
twist
How much is too much
before you give in?
LUCIA FRANCO

LUCIA FRANCO

twist

LIBRO 4

Colaboración







¿Hasta qué punto es demasiado antes de rendirse?



LUCIA FRANCO

twist

LIBRO 4

Nota

La traducción de este libro es un proyecto de Erotic By PornLove, Just Reading y Reading Girls, No es, ni pretende ser o sustituir al original y no tiene ninguna relación con la editorial oficial, por lo que puede contener errores.

El presente libro llega a ti gracias al esfuerzo desinteresado de lectores como tú, quienes han traducido este libro para que puedas disfrutar de él, por ende, no subas capturas de pantalla a las redes sociales. Te animamos a apoyar al autor@ comprando su libro cuanto esté disponible en tu país si tienes la posibilidad. Recuerda que puedes ayudarnos difundiendo nuestro trabajo con discreción para que podamos seguir trayéndoles más libros

Ningún colaborador: Traductor, Corrector, Recopilador, Diseñador, ha recibido retribución alguna por su trabajo. Ningún miembro de este grupo recibe compensación por estas producciones y se prohíbe estrictamente a todo usuario el uso de dichas producciones con fines lucrativos.

¿Hasta qué punto es demasiado antes de rendirse?



LUCIA FRANCO

twist

LIBRO 4

Mas Títulos de Lucia Franco

Títulos independientes

You'll Think of Me
Hold On to Me
Hush, Hush
Say Yes

Off Balance Series
Balance
Execution
Release
Twist
Dismount

¿Hasta qué punto es demasiado antes de rendirse?



LUCIA FRANCO

twist

LIBRO 4

Introducción

Estimado lector:

La serie Off Balance es una serie de continuación. Las novelas deben ser leídas para seguir la historia.

Esta historia es puramente ficticia y no refleja acontecimientos de la vida real.

Cada novela de esta serie de cinco partes sigue un intenso romance de mayo a diciembre entre una gimnasta y un entrenador. Si considera que este tema y cualquier contenido relacionado con él es perturbador, la serie Off Balance no es para ti.

La gimnasia es un deporte práctico que implica horas de contacto estrecho con un entrenador. Mi objetivo era centrarme en la belleza del deporte en detalle, mostrar el aspecto emocional de la dedicación que hace un atleta y mostrar cómo dos personas son capaces de cruzar límites prohibidos y evolucionar juntos.

Esta historia te empujará, te cuestionará y te llevará fuera de tu zona de confort.

La serie Off Balance está dirigida únicamente a lectores mayores de 18 años. Se recomienda la discreción del lector.

Lucia



LUCIA FRANCO

twist

LIBRO 4

Índice

Colaboración 2

Nota 3

Mas Títulos de Lucia Franco 4

Introducción 5

Índice 6

Acerca de Lucia Franco 9

Sinopsis 10

Capítulo 01 17

Capítulo 02 30

Capítulo 03 37

Capítulo 04 46

Capítulo 05 54

Capítulo 06 62

Capítulo 07 72

Capítulo 08 81

Capítulo 09 89

Capítulo 10 97

Capítulo 11 105

Capítulo 12 113

Capítulo 13 124

Capítulo 14 132

Capítulo 15 140

Capítulo 16 149

¿Hasta qué punto es demasiado antes de rendirse?



LUCIA FRANCO

twist

LIBRO 4

Capítulo 17 158
Capítulo 18 167
Capítulo 19 176
Capítulo 20 185
Capítulo 21 195
Capítulo 22 203
Capítulo 23 210
Capítulo 24 218
Capítulo 25 226
Capítulo 26 236
Capítulo 27 244
Capítulo 28 252
Capítulo 29 259
Capítulo 30 266
Capítulo 31 273
Capítulo 32 280
Capítulo 33 290
Capítulo 34 300
Capítulo 35 310
Capítulo 36 317
Capítulo 37 325
Capítulo 38 333
Capítulo 39 340
Capítulo 40 347
Capítulo 41 357
Capítulo 42 363
Capítulo 43 368
Capítulo 44 375

¿Hasta qué punto es demasiado antes de rendirse?



LUCIA FRANCO

twist

LIBRO 4

Capítulo 45 382
Capítulo 46 390
Capítulo 47 396
Capítulo 48 404
Capítulo 49 411
Capítulo 50 418
Capítulo 51 427
Capítulo 52 435
Capítulo 53 444
Capítulo 54 453
Capítulo 55 461
Capítulo 56 468
Capítulo 57 477
Capítulo 58 486
Capítulo 59 495
Capítulo 60 502
Capítulo 61 510
Capítulo 62 517
Capítulo 63 524
Capítulo 64 531
Capítulo 65 537
Capítulo 66 543
Capítulo 67 550
Capítulo 68 557
Capítulo 69 565
Capítulo 70 575

¿Hasta qué punto es demasiado antes de rendirse?



LUCIA FRANCO

twist

LIBRO 4

Acerca de Lucia Franco

Lucia Franco reside en el soleado sur de Florida con su esposo, dos hijos y dos adorables perros que la siguen a todas partes. Fue atleta de competición durante más de diez años -gimnasta y animadora-, lo que inspiró en gran medida la serie Off Balance.

Su novela Hush, Hush fue finalista en el concurso Stiletto 2019 organizado por Contemporary Romance Writers, un capítulo de Romance Writers of America. Sus novelas están siendo traducidas a varios idiomas.

Cuando Lucía no está escribiendo, puedes encontrarla relajándose en la arena de una playa cercana. Se alimenta de cafeína, zumo de apio, limonada de lavanda, sol abrasador y cuatro horas de sueño. Ha escrito nueve libros y tiene previstos muchos más en los próximos años.



LUCIA FRANCO

twist

LIBRO 4

Sinopsis

Golpeada hasta la saciedad, Adrianna se enfrenta a una enfermedad incurable. Es consciente de a qué se enfrenta y está dispuesta a arriesgar lo que le queda por lo que ama. Con una última oportunidad, y a pesar de las órdenes de su médico, Adrianna lucha con más ahínco que nunca por alcanzar su sueño.

Cansado y desgarrado, Kova acepta sus errores mientras ve a Adrianna llegar a su punto de ruptura. Incapaz de mantenerse al margen mientras ella sigue poniéndose en peligro, se entrega a lo que más desea, incluso si eso significa perderse a sí mismo en el proceso.

Mientras Adrianna lucha por su vida, Kova lucha por ambos. Nadie queda indemne mientras sucumben a su deseo más oscuro. Las pasiones se reavivan y sus acciones se vuelven más audaces, creando un vínculo interminable entre ellos. Una vez es un error. Dos veces es una imprudencia. Tres veces es una elección. Pero esta vez pueden haber ido demasiado lejos.

¿Hasta qué punto es demasiado antes de rendirse?



LUCIA FRANCO

twist

LIBRO 4

A mis devotos y apasionados lectores...

por favor, perdónenme.

¿Hasta qué punto es demasiado antes de rendirse?



LUCIA FRANCO

twist

LIBRO 4

Te amo, y eso me está matando.

¿Hasta qué punto es demasiado antes de rendirse?

Glosario de Términos

All-Around Categoría de gimnasia que incluye todas las pruebas. El campeón de All-Around es el que obtiene la mayor puntuación total de todas las pruebas combinadas.

Amanar Un salto al estilo de Yurchenko, lo que significa que el gimnasta realiza un giro sobre la tabla, un salto de manos hacia atrás sobre la barra con un giro de dos y medio hacia atrás.

Cast Un empuje de la barra con las caderas y eleva el cuerpo para enderezar los hombros y terminar en parada de manos.

Deduction Se restan puntos de la calificación de una gimnasta por errores. La mayoría de las deducciones están predeterminadas, como una deducción de 0,5 por una caída de un aparato o una deducción de 0,1 por salirse de los límites en el ejercicio de suelo.

Dismount Es la última habilidad de una rutina de gimnasia. En la mayoría de las pruebas, es el método utilizado para bajar del aparato de la prueba.

Elite Élite internacional, el nivel más alto de la gimnasia.

Execution La realización de una rutina. La forma, el estilo y la técnica utilizados para completar las habilidades constituyen el nivel de ejecución de un ejercicio. Las rodillas dobladas, una mala punta de los pies y una posición del cuerpo arqueada o poco firme son ejemplos de una mala ejecución.

Giant Realizado en barras, un balanceo en el que el cuerpo está completamente extendido y se mueve a través de una rotación de 360 grados alrededor de la barra.

Full-In Un doble giro de espalda completo, en el que el giro se produce en la primera vuelta de espalda. Se puede realizar en posición replegada, con puntas o en disposición y se utiliza tanto en la gimnasia masculina como en la femenina.

Free Hip Circle Realizado en las barras asimétricas o en la barra alta, el cuerpo da vueltas alrededor de la barra sin que el cuerpo toque la barra. Existen círculos de cadera delanteros y círculos de cadera traseros.

Handspring Salto de las manos apoyando el peso en los brazos y utilizando un fuerte impulso desde los hombros. Puede realizarse hacia adelante o hacia atrás, normalmente es un movimiento de conexión. Esta habilidad puede realizarse en suelo, bóveda y viga.

Heel Drive Un término utilizado por los entrenadores para informar a las gimnastas que quieren que impulsen sus talones más fuerte hacia arriba y sobre el lado frontal de un salto de manos o un handspring frontal en suelo. Un impulso de talón más fuerte crea más rotación y potencial para el bloqueo y la potencia.

Hecht Mount Un montaje en el que el gimnasta salta desde un trampolín mientras mantiene los brazos rectos, se empuja desde la barra baja y atrapa la barra alta.

Inverted Cross Realizada por los hombres en los anillos, es una cruz al revés.

Iron Cross Movimiento de fuerza realizado por los hombres en los anillos. El gimnasta sostiene los anillos rectos a ambos lados de su cuerpo mientras se sostiene. Los brazos están perpendiculares al cuerpo.

Jaeger Realizado en barras, un gimnasta pasa de un Giant frontal y suelta la barra, a una voltereta frontal y vuelve a agarrar la barra. El Jaeger se puede realizar en la posición de straddle, pike y layout, y ocasionalmente se realiza en una posición replegada.

Kip El montaje más comúnmente utilizado para las barras, el gimnasta se desliza hacia adelante, tira de sus pies a la barra, luego empuja hasta el apoyo frontal, apoyando sus caderas en la barra.

Layout Una posición de cuerpo estirado.

Layout Timers Un ejercicio que simula la sensación de una habilidad, o el set para una habilidad sin el riesgo de completar la habilidad.

Lines Recta, líneas perfectas del cuerpo.

Overshoot También conocido como Bail Una transición desde la barra alta hacia la barra baja. El gimnasta se balancea hacia arriba y sobre la barra baja con un medio giro para agarrar la barra baja terminando en una parada de manos.

Pike El cuerpo doblado hacia adelante en la cintura con las piernas mantenidas rectas, una posición en L.

Pirouette Se utiliza tanto en gimnasia como en danza para referirse a un giro alrededor del eje longitudinal del cuerpo. Se utiliza para referirse a los movimientos de giro de una parada de manos en las barras.

Rips En la gimnasia, un rip ocurre cuando un gimnasta trabaja tan duro en las barras o anillos que arranca un trozo de piel de su mano. La lesión es como una ampolla que se abre.

Release Dejar la barra para realizar una habilidad antes de volver a agarrarla.

Relevé Es un término de danza que se utiliza a menudo en la gimnasia. En un relevé, el gimnasta está de puntillas y tiene las piernas rectas.

Reverse Grip Un giro alrededor de la barra de espaldas con los brazos girados hacia adentro y las manos hacia arriba.

Round-off Un movimiento de giro, con un empuje en una pierna, mientras se balancean las piernas hacia arriba en un movimiento rápido de voltereta en un giro de noventa grados donde las piernas se juntan antes de aterrizar en ambos pies. Es el inicio de una serie de habilidades que se utilizan en el salto, la viga y el suelo.

Salto Flip o salto mortal, con los pies subiendo por encima de la cabeza y el cuerpo girando alrededor del eje de la cintura.

Sequence Dos o más habilidades realizadas juntas, creando una habilidad o actividad diferente.

Stick Aterrizar y permanecer de pie sin necesidad de dar un paso. Una posición correcta del stick es con las piernas flexionadas, los hombros por encima de las caderas y los brazos hacia delante.

Straddle Back Una transición de barra desigual realizada desde un balanceo hacia atrás en la barra alta sobre la barra baja, mientras se atrapa la barra baja en una parada de manos.

Tap Swing Realizado en las barras, un toque agresivo hacia el techo en un movimiento de balanceo. Esto le da al gimnasta el impulso necesario para balancearse alrededor de la barra para realizar un Giant o pasar a un movimiento de liberación.

Toe On Girar alrededor de la barra con el cuerpo en punta de manera que los pies estén sobre la barra.

Tsavdaridou Se realiza en la barra, un salto hacia atrás con giro completo para bajar.

Tuck Las rodillas y las caderas se doblan y se meten en el pecho, el cuerpo se dobla en la cintura.

Twist La gimnasta gira alrededor del eje longitudinal del cuerpo, definido por la columna vertebral. Se realiza en todos los aparatos.

Yurchenko Un Round-off sobre la tabla, salto de manos hacia atrás sobre la tabla de salto y Salto sobre la misma tabla. El gimnasta puede girar en la salida.

Capítulo 01

Enfermedad renal en fase 4.

Había cinco etapas, y yo ya estaba en la cuarta. Como si fuera una *etapa de cáncer.*

Además de lupus.

Se me heló el cuerpo y se me puso la piel de gallina en los brazos. El número cuatro golpeaba dentro de mi cabeza, burlándose de mí. Tenía que empezar la diálisis y ponerme en una lista de trasplantes.

Sabía que no debía buscar nada en Google, pero no podía no hacerlo. Necesitaba saber a qué me enfrentaba.

Al principio empecé con los medicamentos que me habían recetado los médicos. Antibióticos, esteroides, presión arterial y analgésicos. Luego, la curiosidad me ganó y exploré sitios web que me llevaron a otros sitios web con resultados entre normales y raros. Las horas de investigación sobre el funcionamiento conjunto de ambas enfermedades me consumieron. Leí innumerables páginas sobre la esperanza de vida, hilos sobre los efectos secundarios de los tratamientos y de ambas enfermedades, hilos sobre cómo mi cuerpo podía rechazar el trasplante, charlas sobre lo difícil que sería quedarse embarazada y dar a luz a término, temas sobre cómo la enfermedad se intensificaba y, en última instancia, tenía el poder de acabar con la vida de un ser querido.

El estrés y la ansiedad de lo que podía ocurrir, y de lo que muy probablemente ocurriría, revoloteaban en mi interior a un ritmo que no podía alcanzar. Todo me revolvía el estómago. La

verdad era que tenía que empezar la diálisis inmediatamente y tenía que encontrar un donante compatible para un trasplante de riñón.

Me quedé en la cocina de mi apartamento mirando la fila de frascos de medicamentos con nombres que no podía pronunciar. Pastillas de las que dependía mi vida.

Sonó mi teléfono móvil y lo tomé de la encimera. El rostro bobo de Xavier iluminó la pantalla.

—Hola, hermano mayor. —Sonreí, agradecida por la distracción—. Cuánto tiempo sin hablar.

Gimió en el teléfono.

—Sí, sé que soy un despistado pero pienso en ti todo el tiempo y la intención es lo que cuenta, ¿no?

—Sí, supongo que sí. ¿A qué debo este placer?

—Papá me llamó. —Mi sonrisa desapareció y me quedé callada—. ¿Ana?

Hacía tiempo que no escuchaba ese apodo.

—Estoy aquí. ¿Qué te ha dicho?

—Todo. Lo sé todo. ¿Cómo lo estás llevando? Porque te diré una cosa, me pone triste y me da mucha puta rabia que tengas que pasar por esto —dijo, su voz adoptando una serie de emociones—. Si pudiera cambiar de lugar contigo lo haría. Odio esto para ti.

Parpadeé, conteniendo mis emociones. Había llorado tanto últimamente que no quería empezar de nuevo, y sentí que lo haría por lo dulce que estaba siendo.

Exhalé y busqué en el refrigerador un envase de agua de coco. Lo destapé y tomé un sorbo, mirando los frascos de pastillas con desdén.

—Bueno, ahora mismo estoy en mi cocina con los frascos de pastillas alineados, con las advertencias que imprimen en los laterales mirándome a la cara. Puede causar vómitos. Tomar con la

comida. Puede tomarse con el estómago vacío. Tomar por la mañana. Puede causar temblores. Tomar según necesidad para el dolor. Puede causar somnolencia. Casi todos los síntomas que tengo del lupus son los mismos que aparecen en la lista de la enfermedad renal. Los dolores de cabeza y la pérdida de cabello, el dolor en el pecho, mi drástica pérdida de peso que atribuí al entrenamiento tan duro. La niebla cerebral y la falta de memoria. El lupus tiene el poder de matar a personas de veinte años debido a un ataque al corazón o a un derrame cerebral, y a menudo provoca dificultades para quedarse embarazada, y la mitad de ellas acaban en abortos. La enfermedad renal va de la mano del lupus. Mi sistema inmunitario ataca mis tejidos, órganos y articulaciones. Básicamente, soy mi peor enemigo.

Me detuve cuando me di cuenta que acababa de repetir lo que había leído en Internet sin tomar un respiro.

—Lo siento —dije—. Probablemente no es lo que querías oír.

—No te disculpes. Y es exactamente lo que quería oír. Solo que no estaba seguro de cómo preguntar, ¿sabes?

Tragué saliva.

—Sí, supongo.

—¿Tienes miedo?

Jodidamente correcto, lo tenía. No quería morir. Tenía demasiadas cosas que experimentar primero. Y quería tener una familia con dos o cinco hijos algún día. Y un perro. Quería un perro, tal vez dos. Joy nunca nos dejó tener mascotas.

Niños.

La tristeza me consumía. Kova y yo teníamos relaciones sexuales sin protección... *un montón*... y por algún milagro, no había quedado embarazada. No es que quisiera hacerlo ahora. Pero la idea de no poder tener nunca bebés me golpeó con una fuerza que me dejó sin aliento. Siempre había querido ser madre algún día. Soñaba con eso.

Aborto...

Avery. Dios, me dolía el corazón, mi pecho se sentía hueco por la forma en que la dejé afuera. Ella había abortado, y yo la traté como una mierda.

—¿Ana? ¿Sigues ahí?

Me sacudí la melancolía.

—No, no tengo miedo.

Xavier se rió y yo también lo hice.

—Sabía que dirías eso. Siempre poniendo una fachada fuerte. Un gen Rossi con el que has nacido.

Dejé escapar un suspiro.

—Sí, tengo miedo. ¿De acuerdo? Es mucho para asimilar, y es realmente abrumador leer toda esta basura en línea básicamente diciéndome lo difícil que va a ser mi vida.

Me acerqué al sofá y me senté. Incliné la cabeza hacia atrás y dejé escapar un suspiro de cansancio y me quedé mirando el techo, observando el movimiento circular del ventilador.

Xavier tosió.

—Con el tiempo será más fácil. —Hizo una pausa—. Probablemente no es lo que querías oír. Probablemente no lo creas.

No, no lo era. Y no lo hice.

Cerré los ojos y tomé una bocanada de aire. Tenía que levantarme temprano para el entrenamiento, en contra del criterio de mi médico. Pero no podía dejar de hacerlo. No después que todo lo que había soñado tener estuviera por fin en la punta de mis dedos. La gimnasia era la única cosa que no podía soportar que me quitaran de mi vida. La gimnasia me dio la vida, me dio la libertad. No era nada sin ella. No sabía quién era fuera de este deporte, y el hecho que lo borraran por completo de mi vida me aterraba.

Para ser franca, no veo que llegues a los veinte años compitiendo y entrenando al ritmo que lo haces ahora. No es

imposible, solo muy improbable. Mi mente iba a mil por hora mientras las palabras del Doctor Kozol se sumaban a los pensamientos que se arremolinaban en mi cabeza, exigiendo ser escuchados.

Mi teléfono sonó y lo aparté para mirar la pantalla. *El número de papá.*

—Oye, papá me está llamando. Tengo que contestar.

—Oh, sí, está bien, tómalo. Solo quería decirte que te apoyo. Eres fuerte, hermanita. Lo tienes. Tengo una cita para hacerme una prueba para ver si somos compatibles. Cualquier cosa que necesites, aunque sea para hablar o maldecirme, llámame. Soy tu chico.

Una risita triste salió de mis labios. Esta vez se me escapó una lágrima.

—Gracias, Xavier. ¿Hablamos luego?

—Hasta luego, hermanita.

Conteste la nueva llamada.

—Hola, papá.

—Cariño, ¿por qué no he tenido noticias tuyas? Llevo todo el día esperando.

—Porque ya lo sabes —respondí rápidamente. Resulta que él lo había sabido antes que yo. Sabía en lo que me estaba metiendo—. ¿De qué más hay que hablar? Lo sabes todo.

Papá guardó silencio por un momento.

—Estás molesta conmigo.

—Sí, un poco. Deberías habérmelo dicho. Al menos podrías haberme preparado. He estado en estado de shock desde esta tarde.

—Quería hacerlo, créeme, pero creí que debían ser los médicos los que dieran el diagnóstico para poder explicarlo mejor.

—Hizo una pausa y luego dijo— También me preocupaba que entraras en pánico y no te presentaras.

Reflexioné sobre sus palabras.

—Supongo que tienes razón. No habría dejado de presentarme, pero tampoco habría sido bueno que me sorprendieran.

—Lo siento de verdad —dijo, con la voz llena de arrepentimiento—. ¿Por eso no he tenido noticias tuyas?

—Sí y no. Es que ahora mismo estoy muy revuelta con mis pensamientos, intentando averiguar cómo he llegado a este punto. ¿Papá? —La emoción me obstruyó la garganta, haciendo que mi voz sonara temblorosa.

—¿Sí?

Las lágrimas llenaron mis ojos y me derrumbé más rápido de lo que podía detenerlo.

—Tengo miedo. —La confesión fue un susurro destrozado en mis labios. Mi respiración se hizo más profunda y comencé a llorar—. Tengo mucho miedo. No quiero morir.

—Oh, cariño. —Su voz se quebró, lo que no hizo más que alterarme aún más—. Estaré allí a primera hora de la mañana. Por favor, no llores. Te prometo que todo estará bien.

—Pero esa es la cuestión. —Lloré—. No sabes si todo irá bien. Nadie lo sabe. Mi vida está en el limbo ahora y es aterrador. Por primera vez en mi vida, estoy seriamente petrificada por lo que está por venir. Puedo saborear el miedo y me está sofocando.

—Adrianna, haré todo lo que esté a mi alcance para ayudarte. —Papá hizo que sus palabras fueran absolutas. Lloré más fuerte ante la lucha que estaba enfrentando. Mi futuro era ahora… y lo sería para siempre… una batalla cuesta arriba—. Solo tienes que ser fuerte como siempre lo has hecho. Sigue adelante. No dejes que el día de hoy afecte al de mañana. Toma tu medicina y concéntrate en la gimnasia. Yo me encargaré del resto. Tendrás todo lo que necesitas. Puedo prometerlo.

—¿No me vas a decir que deje el deporte?

—Cariño, sé lo mucho que significa para ti, y he hablado en profundidad con el Doctor Kozol. No es inaudito que un atleta profesional siga compitiendo con enfermedades como la tuya. Es raro, pero no imposible. Tendrás que trabajar con él y su equipo. Y tendrás que ser completamente abierta y honesta sobre todo. No más aguantar el dolor.

—Pensé que estaba sobrecargada por el trabajo. Es algo que viene con el entrenamiento de élite. No pensé en eso.

Me sorbí los mocos, tratando de contener mis emociones. Por encima de todo, el dolor que había estado sintiendo, las náuseas y la sangre, el Doctor Kozol me informó que se debía a una infección renal. Estaba provocando que uno de mis riñones se inflamara. Mi cuerpo me estaba fallando, y lo hacía rápidamente.

—¿Cómo puedo estar tan enferma y no saberlo?

—Adrianna, puedes vivir una vida sana y plena. Sí, habrá complicaciones, pero también hay precauciones que puedes tomar para evitarlas o, al menos, ralentizarlas.

Exhalé una fuerte bocanada de aire, luego lo solté todo y le conté a mi papá lo que había leído.

—No leas nada de esa basura en Internet. Debería tener todas las formas de cáncer conocidas por el hombre si fuera cierto. De hecho, debería estar a dos metros bajo tierra pudriéndome. —Hizo una pausa—. Sabes, si decides que quieres venir a casa un rato para descansar, puedes hacerlo.

Sacudí la cabeza como si él pudiera verme.

—No, eso solo me retrasaría y estoy demasiada cerca para arriesgarme a eso. Pero gracias.

—No sé si lo sabes, pero con tu tarjeta Amex Black, tienes un conserje personal de guardia las veinticuatro horas del día. Se les paga para que hagan lo que quieras y consigan lo que necesites, siempre que esté dentro de los parámetros legales, por supuesto.

Lo sabía, pero nunca había utilizado el servicio.

Me limpié las lágrimas que me quedaban con el dorso de la mano.

—No tienes que venir mañana. Estaré bien.

—Estaré allí —insistió.

Me ablandé.

—Está bien, papá. Te aburrirás. De todas formas, tengo entrenamientos seguidos los próximos días y luego me voy a la competición. Apenas tendré tiempo para verte o hablar contigo.

—Estaré en tu competición, entonces. Si es la única vez que puedo verte, entonces estaré allí.

Maldita sea. Las lágrimas comenzaron de nuevo.

—De acuerdo. —Mi voz sonaba tan pequeña.

—Cariño —murmuró— no llores. Superaremos esto juntos.

—Te amo, papá.

—Yo también te amo.

Respiré hondo e intenté volver a contener mis emociones.

—¿Papá? Por favor, no se lo digas a nadie más. La familia es una cosa, pero nadie más.

—Adrianna, tus entrenadores tienen que saberlo.

Me senté con la espalda recta.

—No.

—Adri…

—Papá, *no.* No quiero que se enteren. Me harían cambiar mi horario de entrenamiento de nuevo. He llegado demasiado lejos para eso.

Papá se quedó callado durante un largo minuto.

—Tienen que saber que vas a empezar la diálisis.

Jadeé, con la mandíbula abierta.

—No, no voy a hacerlo. No voy a hacer diálisis ahora mismo. —La ira secó mis lágrimas—. Las pruebas están a la vuelta de la esquina, y las Olimpiadas solo duran como dos meses de principio a fin después. Empezaré el tratamiento cuando termine.

Su voz se endureció.

—Usa tu cerebro, Adrianna. No tienes tiempo de esperar para empezar el tratamiento. Ya he concertado la cita para ti. Vas a ir.

Mis fosas nasales se dilataron.

—¡Papá!

—Adrianna. —Dijo mi nombre con frustración—. *No* te perderé. Estarás en esa cita quieras o no. ¿Cómo vas a disfrutar de ser una gimnasta si estás muerta?

Cerré la boca de golpe, con los dientes rechinando.

Eso no tenía corazón.

—Papá, por favor. —Mi voz era baja, rota, y las estúpidas lágrimas habían vuelto—. Solo son unos meses. Puedo soportar unos meses más. Después de todo lo que he leído en Internet, si empiezo ahora, no podré competir. Perderé todo por lo que he trabajado porque no tendré fuerzas para continuar. Estaré aún más enferma. Por favor, te ruego que me des más tiempo.

—Cariño, simplemente no tienes tiempo.

Tragué con fuerza y cerré los ojos. Odiaba que tuviera razón.

—Por favor. —Lloré suavemente—. Haré todo lo que quieras en cuanto tenga noticia de las Olimpiadas. —Los dos nos quedamos en silencio durante un largo momento—. Por favor, papá, dame un poco más de tiempo.

Su voz era baja, sombría.

—Adrianna, no puedo permitirte esperar.

Las lágrimas corrían por mis mejillas.

—Papá, unos meses más no me harán daño. Iré al médico cada semana si quieres en lugar de cada tres semanas solo para una revisión. Llevaré un médico a las reuniones conmigo. Por favor, no me quites mi sueño de la gimnasia. En un par de meses tendré que decir adiós para siempre. No me hagas decirlo ahora, porque eso es lo que harías si empiezo la diálisis.

Estaba llorando incontroladamente. Lo único que necesitaba eran unos meses más y luego me entregaría a las enfermedades y haría lo que mi papá y mi nuevo equipo de médicos quisieran que hiciera. Hasta entonces, esto era todo lo que pedía. Estaría bien hasta entonces. Sabía que lo estaría.

Papá dejó escapar un fuerte suspiro mientras yo contenía el mío.

—No creo que esto sea una buena idea.

—Si siento que estoy empeorando, te llamaré y te lo diré. Iré al médico. Lo que sea, pero no me hagas empezar el tratamiento ahora. —Hice una pausa al pensar en cuándo eran las pruebas olímpicas—. Solo necesito unos meses más, es todo lo que pido. No será un problema tan grande si tomo mi medicina y voy a mis revisiones. Además, para entonces, sabré si he entrado en el equipo o no. Solo dame un poco más de tiempo.

—Adrianna, cariño... —Me di cuenta que estaba cediendo—. Pueden pasar muchas cosas en dos meses.

—No va a pasar nada. Ni siquiera estaríamos teniendo esta conversación si no hubiera ido al médico.

—Pero fuiste y eso lo cambia todo. Tu salud está en riesgo. —Oí el sonido del hielo tintineando contra un vaso, como si estuviera dando un sorbo a su bebida, a través de la línea—. Sé lo que la gimnasia significa para ti y no quiero quitártelo, pero como tu padre, soy responsable de tu bienestar.

—Papá, por favor, te lo ruego.

Gimió como si estuviera desgarrado.

—Si algo cambia, o necesitas hablar, será mejor que me llames. No me importa si es de madrugada o si ya has llamado quince veces, llámame.

La esperanza surgió en mí. Solté un suspiro.

—¿Significa esto que me dejarás esperar para empezar el tratamiento?

Dudó. Me di cuenta que no estaba contento con esto.

—No me gusta la idea, pero haría cualquier cosa por ti, Adrianna. Espero que lo sepas. Tienes un largo camino por delante. Solo quiero que te pongas bien y que seas feliz. —Sonreí con tristeza para mis adentros—. Mantén la cabeza alta —dijo, pero no parecía muy seguro de sí mismo.

Mi cabeza era una combinación desordenada de emociones que no podía compartimentar como era habitual en mí. Eran demasiadas cosas a la vez, pero él tenía razón. Necesitaba mantener la cabeza alta y concentrarme. Me había salido con la mía pero necesitaba un cambio de tema antes que él cambiara de opinión.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias, papá! —Se rió y eso aflojó la opresión en mi pecho—. Así que, no es por cambiar de tema, pero tengo una pregunta sobre mamá.

—Tu madre no es…

—No. Me refiero a mi verdadera mamá. Sophia.

Aclarándose la garganta, parecía que lo había tomado desprevenido.

—¿Oh? ¿Qué querías saber?

Tendría que empezar a preguntar a la familia si estaban abiertos y dispuestos a hacer pruebas de compatibilidad para mí,

de lo contrario acabaría en una larga lista de aspirantes y posiblemente nunca conseguiría un donante.

—¿Cómo la conociste?

Dejó escapar un sonido entre un resoplido y una burla.

—¿Seguro que quieres tener esta conversación ahora mismo?

—¿Por qué no? Mi vida ya es una mierda. ¿Qué es una cosa más?

Suspiró profundamente en el teléfono. Imaginé que se frotaba la frente.

—Ella era mi asistente.

—¿Era legal?

—Acababa de cumplir dieciocho años cuando te tuvo.

Así que no, no lo era. Había tenido la extraña sensación que era joven después de conocerla, pero no había esperado que fuera *tan* joven.

—¿La amabas?

—El amor… es algo complicado.

Me reí en voz baja. Acaso no lo sabía.

—¿Aún hablas con ella?

El silencio se prolongó durante un momento tan largo que pensé que había colgado. Justo cuando iba a decir su nombre, habló.

—Sí, lo hago.

—¿Con qué frecuencia?

—Bastante a menudo, en realidad.

Me froté el dolor en el pecho. El juicio y la desconfianza ennegrecieron mi visión mientras todas las mentiras que me habían dicho a lo largo de los años pasaban por mi cabeza.

—¿Cómo acabó ella en tu oficina aquel día que fui a verte? Antes de eso, cuando pregunté por ella, me dijiste que no habías hablado con ella.

—Es una larga historia, pero te la resumiré. Después que nacieras, creí tontamente que podíamos llegar a un acuerdo sobre la custodia compartida, ya que sería lo mejor para ti, pero debería haberlo sabido. —La voz de papá se desvaneció como si estuviera inmerso en sus recuerdos—. Sophia era joven, pobre y no tenía dónde vivir, y Joy usó eso en su contra para mantenerla fuera de tu vida. Sophia me rogó que no te alejara de ella... y no pude. Se necesita ser una persona egoísta para negarle a alguien a su hijo. Así que, trabajé con ella tanto como pude y le mentí a Joy al respecto. Mi arreglo con Sophia duró años hasta que Joy contrató a un investigador privado para vigilarme. Joy construyó un caso ficticio contra ella, insistiendo en que era mentalmente inestable.

Mis cejas se levantaron. Esta mierda se pone cada vez mejor. En nuestra pequeña y rica isla, éramos la familia perfecta. Detrás de las puertas cerradas, todos vivíamos una doble vida.

Capítulo 02

—¿Qué? —Dije. Mi voz se elevó a un nivel impactante—. ¿Qué intentaba demostrar?

—Intenté razonar con Joy y le pedí que se pusiera en el lugar de Sophia y fingiera que era Xavier. ¿Sabes lo que dijo? *"No siento piedad por la puta con la que me engañaste"*. Ahí comprendí que nunca sería fácil. Para que Joy parara el acoso, le di la única cosa que sabía que la aplacaría. Dinero. A regañadientes, le di a Joy por su *desinterés*, pero también para que actuara como una madre. Pensé que todo estaría bien, pero estaba lejos de eso.

Dinero.

—Quieres decir que le pagaste. —Me burlé para mis adentros de la pura ignorancia—. Le pagaste a tu propia esposa.

—Sophia cayó en un terrible estado de depresión posparto después que tú nacieras. Duró mucho tiempo. —Papá ignoró mi comentario—. Me sentía culpable, como si todo fuera obra mía. Cuando dejé de verla, se volvió irracional, muy inestable, y además de la muerte de su hermana, amenazó con huir contigo y desaparecer. Sabía que te amaba mucho, pero no podía arriesgarme. Le dije que si quería buscar un tratamiento de salud mental se lo pagaría, y así lo hice. Le di un piso totalmente amueblado una vez que saliera del centro de internación y, y dinero para vivir, para que no tuviera que preocuparse. Intentó rechazar ambas cosas y se peleó conmigo porque lo veía como un pago por ti. Le aseguré que no era así. —Papá se quedó callado un momento—. Durante ese tiempo, me convertí en un desastre total. Mi negocio se vino abajo, bebía en exceso y tuve una hija con alguien que no era mi esposa pero de la que estaba locamente

enamorado. Quería el divorcio. Joy lo sabía y utilizó todo lo que pudo a su favor. Insistió en que solicitara la custodia total para poder darle un hogar sano y estable con su hermano. Era tan sincera… y yo le creí. Solo que nunca esperé que Joy se aprovechara de mi aventura o que utilizara a mi hija para su beneficio.

Fruncí el ceño, sintiéndome tan mal por dentro. Qué tragedia tan agridulce causó mi nacimiento. No fue una ocasión feliz como debería ser la nueva vida de un niño. Fue una llena de miseria y adulterio. No fui bien recibida, y eso solo solidificó aún más el aislamiento contra el que luché en mi interior durante toda mi infancia.

—Sophia y yo comenzamos a hablar de nuevo una vez que ella estuvo mejor. —Su voz era tranquila.

—¿Hace cuánto tiempo fue eso?

—Diría que hace más de diez años. Por lo menos.

Mis cejas se alzaron.

—¡Qué! —Grité al teléfono—. ¿Hace más de diez años? ¿Es por eso que Joy es cómo es? Supongo que se enteró.

—Ella no se enteró hasta hace un par de años en realidad. Es cuando las cosas empezaron a ponerse muy tensas entre nosotros. Contrató a otro investigador privado.

—Parece que los tiene a la espera.

—Lo tiene. Es su arma preferida. Le encanta recoger pruebas que arruinen a alguien. —Volvió a dar un sorbo a su bebida a juzgar por el sonido del hielo que tintineaba contra el vaso—. Sophia y yo, siempre hemos tenido esta conexión que Joy nunca pudo romper, por mucho que lo intentara. Amo a Sophia y la he amado desde el momento en que la conocí. Eso nunca cambiará.

Me quedé callada, sintiéndome mal por mi papá y Sophia. El anhelo en su voz de un amor con mi verdadera mamá se enroscaba en mi corazón como un trozo de raso mojado y me entristecía. Puede que Joy haya sido la única madre que he conocido, pero ahora tenían sentido muchos de los acontecimientos que habían ocurrido

a lo largo de los años. Puede que esté casada con un multimillonario y que no le falte de nada, pero sigue siendo, y claramente siempre será, la otra mujer. Seguro que eso tuvo que endurecer su corazón.

Papá continuó:

—Después de vivir con Joy durante tanto tiempo y de verla como realmente es, necesitaba saber lo que estaba tramando, así que contraté a un investigador privado. Sabía que no encontraría mucho sobre mí, aparte de estar con Sophia.

—¿Encontraste algo sobre ella? —Aferré el teléfono en mi mano, sin pestañear mientras esperaba su respuesta.

—Encontré una infinidad de cosas que escondía, incluyendo cuentas bancarias en el extranjero.

—No puedo creer que no supiera nada de esto.

—Se supone que no debías saberlo.

Bastante justo.

—Supongo que Joy no se molestará en hacerse la prueba por mí.

—Ella aún no lo sabe.

No estaba segura de si estar feliz o triste por eso.

—Tal vez eso es algo bueno. —Me lamí los labios secos—. Sé que no la conozco del todo bien, pero ¿crees que Sophia estará dispuesta a hacerse la prueba?

—Puede que no lo parezca porque no la conoces realmente, pero Sophia hará cualquier cosa por ti. Solo está un poco sensible en este momento después de escuchar sobre tus enfermedades. Le trajo recuerdos de su hermana. —Hizo una pausa—. A veces, cuando te miro, solo veo a Sophia —admitió—. Podrían pasar como hermanas.

Ahogué mi emoción. Sophia me dijo una vez que me parecía a su hermana.

—¿Dónde vive ella ahora?

Su voz bajó a un tono suave y tranquilo tras otra larga pausa.

—En el norte. Unos cuantos pueblos más allá.

Mi mandíbula se desplomó, el corazón se agitó en mi estómago. Mi verdadera mamá vivía a unos cuantos pueblos de distancia y nunca me enteré. No pude evitar que las preguntas salieran disparadas.

—¿Alguna vez pregunta por mí?

—Todo el tiempo, cariño. Todo el tiempo.

Parpadeé mucho tiempo.

—¿Sigue queriendo verme? ¿Lo ha pedido alguna vez? —Contuve la respiración temblorosa mientras esperaba su respuesta, aterrada por lo que diría.

—Ella ha preguntado sobre verte... —Me di cuenta que estaba pensando cuidadosamente sus palabras antes de pronunciarlas—. Sé que a Sophia le encantaría volver a verte algún día, pero le dije que tendría que depender de ti. Ella estuvo completamente de acuerdo.

Dejé escapar un largo y pesado suspiro, tratando de asimilar los últimos dos días. Desde que Kova me dijo que tenía que empezar con mi madre si quería respuestas, hasta que me diagnosticaron una enfermedad renal y lupus, pasando por el hecho de poder hablar con mi papá sobre mi verdadera mamá, me quedaban tantas preguntas que no estaba segura de poder ordenar mis pensamientos para hacerlas todas.

—¿Tiene otros hijos?

—No. No le pareció justo traer otros hijos a este mundo cuando no pudo tenerte a ti.

—¿Por qué no luchó por tenerme cuando yo crecí y ella mejoró?

—Ella no quería interrumpir tu vida, así que se mantuvo alejada pensando que era lo mejor para ti. Mirando hacia atrás y dándome cuenta de cómo te trataba Joy, de cómo viajaba mucho por trabajo... Tienes que entender, Adrianna, que pensaba que estaba haciendo lo mejor para nuestra familia. Pensé que estaba haciendo lo mejor para ti. Por eso, lo lamentaré siempre.

Cada palabra que decía me destrozaba el corazón. Estaba lleno de remordimientos, y yo no quería eso para él. Hasta Pascua, había amado mi vida, aunque a veces me sintiera como un paria.

—Papá, no te preocupes por eso. Yo no lo hago. Estoy bien, y todo ha salido como tenía que salir. Siempre he sido un firme creyente que si algo está destinado a ser, encontrará su camino. Las cosas suceden por una razón, y a veces esa razón no tiene más sentido que causar dolor y destrucción absoluta. Tal vez así era como se suponía que debía ser.

—Eres más sabia que tu edad, ¿lo sabías?

—Discutible. —Me reí—. Entonces, hay una razón por la que estaba preguntando por ella.

Se rió entre dientes.

—¿Ah, sí? No me había dado cuenta.

Sonreí con tristeza al teléfono.

—¿Tiene...? —No sabía cómo llamarla—. ¿Tiene Sophia alguna otra enfermedad o dolencia en su historial familiar? ¿Algo más por lo que deba preocuparme, aparte que su hermana tuviera MCTD[1]? No necesito más sorpresas.

—Su padre falleció de una enfermedad hepática hace unos diez años, y creo que su madre está bien. Tendría que llamar a Sophia y preguntarle.

Me animé.

[1] MCTD. Enfermedad mixta del tejido conectivo.

—¿Cuándo crees que lo harás?

—La llamaré ahora. Una vez que hable con ella, me pondré en contacto contigo.

Antes de terminar nuestra conversación, repasamos todos mis medicamentos. Cualquier cosa de la que papá no estuviera seguro, la buscó en Internet y repasamos mis síntomas, la importancia de esa medicación específica y cuáles eran cruciales. Me hizo usar Post-its para escribir para qué se usan y luego pegarlos a los lados de los frascos. Sabía que no quería usar los medicamentos para el dolor, así que esos tenían notas adhesivas de distinto color. Era mucho más fácil de esta manera. La ansiedad que había llenado mi pecho cuando recibí las recetas por primera vez comenzó a disminuir. Pude volver a respirar, pero también estaba demasiada aturdida para manejarlo yo misma, demasiado estresada y preocupada por todo lo que había leído y por el futuro que me depararía este nuevo diagnóstico.

Mi papá estuvo a mi lado cuando más lo necesité, y por alguna razón, eso me hizo emocionarme y lagrimear un poco.

—¿Papá? Recuerda, no se lo digas a nadie. No quiero que nadie más se entere excepto nuestra familia, y bueno, Sophia ya que tienes que hablar con ella. Ya tengo bastante con lo que tengo que lidiar ahora mismo, y no quiero que nadie me mire de forma diferente ni se sienta mal ni me compadezca. —Hice una pausa—. Simplemente prefiero no hablar de eso si no es necesario.

—Cariño, haré lo que quieras, lo sabes, pero todos somos tu familia y estaremos ahí para ti. —Papá suspiró cuando bostezo en el teléfono—. Hablaremos mañana, cariño. Ve a descansar un poco. Has tenido un día muy largo.

Terminamos la llamada y me acurruqué de lado, sosteniendo el teléfono cerca de mi pecho. Me temblaban las manos y tenía un vacío dentro de mí que me hacía sentir mucho frío. Necesitaba que alguien me dijera que todo iba a ir bien, que me abrazara con fuerza y me quitara este miedo del pecho y me hiciera promesas que no podría cumplir.

En cambio, estaba sola en un lujoso condominio con el mundo en contra.

Alcanzando detrás de mí, tomé la manta y la tiré sobre mi cuerpo, me quedé mirando a la nada hasta que me dormí.

Fingir que estaba bien era más fácil que explicar por qué no lo estaba.

Capítulo 03

Quería llamar a Avery después de haber hablado con papá anoche, pero no tenía fuerzas después de la larga y algo emotiva conversación que había tenido con él. Sabía que hablar con ella me haría gastar toda la energía que me quedaba, y necesitaba toda la que pudiera reunir.

Llevaba unos meses siendo una mejor amiga de mierda y bastante egoísta y eso no era justo por mi parte. Sabía que estaba mal y tenía que rectificar. Pero no estaba segura de cómo hacerlo.

En el siguiente semáforo, tomé mi teléfono móvil y lo abrí para encontrar mis contactos favoritos. Pulsé un nombre que no había marcado en muchos meses. No sonó ni dos veces antes de escuchar su voz.

—¿Adrianna?

Su tono esperanzador me arrancó otro trozo de mi corazón roto.

—Hola, Avery. —Mis palabras salieron espesas. El teléfono temblaba en mi mano. Si era por los nuevos esteroides que estaba tomando, o por haber llamado finalmente a Avery, no estaba segura. Solo sabía que no era seguro conducir así. Menos mal que estaba a punto de llegar a World Cup.

—Aid... —Volvió a decir mi nombre, esta vez respaldado por su propia emoción.

No nos dirigimos la palabra mientras nos quedábamos al teléfono y llorábamos juntos.

Entonces...

—Si vuelves a pulsar el botón de "jódete", aunque sea una vez... te juro que te voy a dar una paliza. No me importa que seas más fuerte que yo, todavía puedo morder y tirar del cabello como los mejores. Te daré un puñetazo en la vagina.

Una gran sonrisa se dibujó en mi rostro y reí. Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano.

—Oh, chica, necesitaba esto más de lo que puedes imaginar.

—Lo mismo digo. Te he echado mucho de menos.

—¿Avery?

—¿Sí? —Su suave voz estalló de optimismo.

—Estoy tan, tan arrepentida por la forma en que actué, y por la forma en que te he estado tratando. Fue un error por mi parte... Estoy tan avergonzada de mis acciones. Me siento fatal.

Y realmente lo estaba. Solo esperaba que ella pudiera escuchar la honestidad de mis palabras a través del teléfono. El remordimiento me atravesó el pecho y traté de quitarme la opresión.

—No, me he equivocado —insistió ella.

Sacudí la cabeza para aclarar mis pensamientos mientras estacionaba mi camioneta. No quería que se sintiera mal. No tenía motivos para eso.

—Debí ser sincera con todo desde el principio, y no lo fui. —Avery continuó—. Oculté lo que sentía por Xavier a la única persona que nunca debí hacerlo. Si pudiera rebobinar la historia y hacerlo de nuevo, te lo diría sin dudarlo. No vale la pena perder a mi mejor amiga por esto. Por nada.

Mis hombros se hundieron por el quiebre de su voz. Odiaba que se sintiera así.

—Para, Ave. No pasa nada. No has hecho nada malo, y nunca podrías perderme. Todo esto es obra mía. Estaba herida, lidiando

con tanta mierda a la vez, y arremetí contra la única persona que siempre ha estado ahí para mí. No fue justo para ti. Para colmo, era el comienzo de la temporada de gimnasia y la excusa perfecta para evitar la situación, ya que mi horario era solo ir, ir, ir. Soy una amiga de mierda. Sinceramente, ni siquiera sé por qué no te has dado por vencida y has dicho que te jodan y has tirado la toalla.

—Ah, noticia de última hora, idiota, eres mi mejor amiga. No importa qué, nunca haría eso. Solo creo que las dos estábamos lidiando con un montón de mierda y no confiamos la una en la otra como siempre habíamos hecho en el pasado —dijo ella—. Quiero decir, ¿cómo podríamos? Tú con tu entrenador tan sexy, y yo con... tu hermano. Dos relaciones que nunca deberían haber sucedido lo hicieron, y ni siquiera pudimos hablar de eso. Mírate a ti y a Labios de Pez. —Ella reía, y yo también lo hice al escuchar su antiguo apodo para Kova. No lo había escuchado en mucho tiempo—. Has tardado un minuto caliente en contarme todo eso, y lo entiendo. Ahora imagina que estuvieras en mi lugar y que estuvieras saliendo en secreto con uno de mis hermanos tontos. Probablemente habrías hecho lo mismo, sabiendo esto, lo único que querría hacer sería alejarte de él. Así que, lo entiendo. Ahora lo entiendo. Las dos fuimos estúpidas y las dos reaccionamos mal.

—Tienes razón —dije. Miré a través del parabrisas observando a algunos de los gimnastas practicar—. Entonces... ¿sigues con él? ¿Con Xavier? —Contuve la respiración y me preparé para su respuesta. No estaba segura de por qué.

—No. Nunca habrá una Avery y Xavier de nuevo. Puedes creerlo.

—Pero he visto en tu Insta que estuviste con él el 4 de julio.

—Ohhh mira cómo me acechas.

Me reí de nuevo.

—Calla. Y yo que por fin me estaba haciendo a la idea que realmente podríamos ser familia. Espero tener todavía el recibo de tu regalo de bodas.

Avery se quedó callada y eso me preocupó.

—No necesitamos un estúpido trozo de papel que nos diga que somos familia. Pero te prometo que no estamos juntos. Intentamos solucionar las cosas, pero, bueno, es complicado. Todo lo que acabamos haciendo es discutir.

Me ablandé ante sus palabras, aunque seguía preocupada.

—Tienes razón. Sin embargo, habría sido genial. ¿Qué ha pasado?

—Sinceramente, Aid, no intento evitar el tema, pero esa es una conversación que tenemos que tener en persona. Confía en mí en esto. Hay mucho que explicar, y algunas cosas es mejor decirlas cara a cara. Entenderás por qué, y espero que me perdones. No es bonito. Es francamente hiriente, y puede que necesite a mi mejor amiga para superarlo. No lo he superado y no sé cuándo lo haré. La historia es larga y triste y está llena de feas lágrimas. Y, acabo de ponerme el rímel.

Sonreí. Avery y su maquillaje.

—¿Pero estás bien?

Se quedó callada un momento. Tuve mi respuesta antes que ella hablara.

—Estoy bien ahora... al menos todo lo bien que puedo estar.

Conocía a Avery y sabía que no estaba bien. Podía escuchar en su voz que todavía estaba pasando por todo el proceso.

—Déjame comprobar mi calendario para ver cuándo tengo un descanso entre las reuniones. Puedo ir en auto. Quiero verte. Yo también necesito hablar contigo.

No tenía tiempo libre entre los encuentros, pero iba a intentar que funcionara, incluso si eso significaba conducir en ambos sentidos en un solo día. Avery Heron era mi mejor amiga y me necesitaba.

—¿Sobre qué?

Mi corazón empezó a latir un poco más fuerte. Quería contarle lo de las visitas al médico, pero no encontraba las palabras.

—Puedo tomarme un domingo libre. Iré directamente después del entrenamiento del sábado por la tarde, así tendremos la mitad de ese día y un domingo completo para pasar el rato. Pero tendré que irme esa noche. ¿Te parece bien?

—¿Sería más fácil si voy a tu casa? Sé que estás ocupada con los campamentos o algo así. ¿Qué es exactamente lo que haces en el campamento, de todos modos? ¿Voy a escuchar una historia similar a la que ocurre en el campamento de la banda, excepto alguna acción pervertida entre chicas?

Me reí a carcajadas.

—Oh, Dios mío. Ni de lejos. No es así. Apenas puedo caminar cuando termina.

—Adrianna... —soltó mi nombre y luego se río—. ¿Qué clase de mierda pasa ahí abajo? Déjalo en manos de Kova. Debería escribir un libro sobre posiciones sexuales y cómo follar a fondo con alguien mientras hace gimnasia.

—¡Saca tu mente de la cuneta, Avery! Kova no va a los campamentos conmigo, pero ha tenido que sacarme literalmente en brazos del aeropuerto porque son muy brutales.

—¿Sigues fornicando con él?

Fornicando. Puse los ojos en blanco y sonreí. Dios, se sentía bien hablar con ella.

—Es una larga historia, que se hace mejor cara a cara también.

—Entendido. Pero, ¿lo hacen? —insistió ella.

—No fornicamos, pero sí nos hemos liado un par de veces. Una vez en Pascua, pero nada desde entonces.

—¡Mierda! ¡Tanto tiempo! ¿Por qué?

El calor floreció bajo mis mejillas.

—Te lo contaré cuando nos veamos. Espera, ¿cómo sabías lo de los campamentos de entrenamiento que estaba haciendo?

—He estado siguiendo tus logros, idiota.

Mi corazón se hinchó.

—¿En la televisión?

Sabía que los grandes encuentros eran televisados y que una búsqueda en Internet estaba a unos pocos clics de distancia, pero el campamento no aparecía a menos que los entrenadores estuvieran realizando entrevistas y mencionaran a uno de nosotros.

Se quedó en silencio y entonces me di cuenta.

—Xavier —dije en voz baja.

—Aid. Por favor, no cuelgues ni te enfades conmigo, ¡solo quería saber cómo estabas! —gritó en un largo suspiro.

—No lo estoy. Estoy... solo sorprendida.

—Déjame ponerlo de esta manera... él me odia, y nunca me perdonará por lo que hice, pero eso no me impide preguntar cómo estás. Un poco de insistencia hace mucho. —Avery era persistente, eso es seguro.

No puedo ni imaginar lo que ocurrió entre ella y mi hermano, pero espero que, fuera lo que fuera, sea algo que se pueda arreglar. Nuestras familias estarían siempre unidas por los negocios. No tenían más remedio que formar parte de la vida del otro, ya fuera de forma amistosa o no.

—Estoy muy orgullosa de ti, chica. Lo estás haciendo de verdad —dijo, su voz sonaba sincera y genuina. Deseé que estuviera frente a mí para poder abrazarla hasta que me gritara que la soltara—. ¿Sabes qué? Iré en auto y me quedaré una semana o lo que sea. Todavía es verano y el colegio no empieza hasta dentro de un par de semanas, y de todas formas no tengo nada que hacer. Iré a los entrenamientos contigo, pasaré el rato, quizá tropiece con

Reagan y le eche un poco de Visine en el agua, e iré de compras entre el entrenamiento.

Me reí, haciendo rebotar mis hombros.

—Mis entrenamientos son muy largos, Ave. Tengo otros adicionales, y todavía estoy haciendo terapia para mi Aquiles. Me encantaría que vinieras, pero me sentiría mal porque no tendrías nada que hacer. Si no te importa sentirte aburrida, acepto.

—¡Entonces está decidido! —anunció. Una enorme sonrisa se dibujó en mi rostro y la emoción revoloteó en mi estómago. No podía esperar a ver a mi mejor amiga—. Espera. ¿De qué querías hablarme? —preguntó.

Miré el reloj. Tenía que darme prisa o Kova iba a estallar.

—Escucha, Ave, es muy bueno escuchar tu voz. La he echado de menos, pero tengo que irme. Te llamaré esta noche y te lo diré. Lo que tengo que decirte, va a llevar tiempo.

Se quedó callada un momento, luego su tono se volvió serio.

—¿Estás bien?

—No, no lo estoy —admití, con la voz baja.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado?

—Es que... he ido al médico hace poco para hacerme unas revisiones y he descubierto que estoy enferma. —Hice una pausa y exhalé un profundo suspiro—. Estoy muy enferma, Ave.

Las lágrimas llenaron mis ojos. No quería llorar, especialmente cuando estaba por entrar al entrenamiento, pero Avery era la primera persona con la que iba hablar de esto fuera de mi familia, y me estaba golpeando mucho más fuerte de lo que pensaba.

—¿Enferma de qué, mejor amiga?

Mejor amiga.

Una lágrima se deslizó por el rabillo del ojo, las palabras se alojaron en mi garganta. Me tapé la boca para contener mi llanto silencioso.

—¿Aid?

Tomé una bocanada de aire y la solté.

—Sí, estoy aquí.

—¿Enferma de qué?

—Yo... tengo una enfermedad renal. Enfermedad renal en fase cuatro.

—¿Qué significa eso?

—Hay cinco etapas, y significa que mis riñones están fallando a un ritmo frenético. El médico dijo que el daño renal es avanzado. Tengo que empezar la diálisis pronto, y eventualmente voy a necesitar un trasplante. Sin embargo, por el momento estoy aplazando la diálisis y he empezado con una medicación que, con suerte, suprimirá los síntomas. Mi papá dijo que va a hablar con la familia para ver quién se ofrece a hacerse la prueba, pero si no soy compatible con ninguno de ellos, tendré que ponerme en una lista de espera y básicamente rezar por un milagro.

Volvió a quedarse callada. Intentaba mantenerme fuerte, pero podía oír sus suaves gritos en la distancia y eso solo me lo ponía más difícil.

—¿Ave?

—Estoy aquí —dijo, pero apenas pude oírla.

—Tengo miedo. No quiero morir.

Sus gritos fueron un poco más fuertes esta vez, y también los míos. Me sentía vacía por dentro, aterrorizada por lo desconocido, porque no importaba lo que pudiera hacer, mi cuerpo iba a hacer lo que quisiera.

—Ponte las pilas para entrenar. Ya hablaremos de esto más tarde. Te amo y te prometo que todo va a estar bien.

Nos despedimos y colgué el teléfono. Salí de la camioneta, tomé mi bolso y me dirigí al interior del gimnasio, a los vestuarios. Tomé aire por la nariz y respiré profundamente un par de veces para tranquilizarme.

Me sentía fatal por abrirme a Avery cuando la había dejado de lado durante tanto tiempo. Pero la necesitaba, y necesitaba su apoyo para seguir adelante con esto, especialmente si iba a seguir el camino que había planeado.

Me desvestí rápidamente de los pantalones de chándal, los hice una bola y los metí en el bolso. Una ligera punzada me subió por la pierna, pero la ignoré. Ya me pondría hielo en la pantorrilla y el tobillo cuando llegara a casa. Ya tenía suficiente dolor y ni siquiera había empezado el entrenamiento.

Capítulo 04

—No hay gloria en la práctica. Los deportes revelan el carácter. Los juegos, los encuentros... revelan tu verdadero carácter. ¿Qué diría de ti? —preguntó Kova a las chicas. Pasó junto a mí para agarrar unas colchonetas—. La forma de practicar es la forma de competir. Dénme todo lo que tienen hoy, muchachas. Lo quiero todo. Muéstrenme de qué están hechas. Demuéstrenme que se merecen esto.

—Alguien está un poco demasiado feliz hoy —dijo Holly en voz baja con una pequeña sonrisa—. Estoy un poco asustada por lo que nos tiene reservado. Hay demasiado ánimo en su paso.

Reí, totalmente de acuerdo con ella.

Levantando la mirada, observé la forma en que Kova se movía con una camiseta que detestaría en cualquier otro chico. Era del tipo de cuello redondo en el que alguien tomó unas tijeras y cortó las mangas con los ojos cerrados e hizo agujeros gigantes y desiguales que caían hasta sus costillas. La única gracia salvadora era el hecho que Kova con su espantosa camiseta mostraba la parte de su cuerpo que más me gustaba... el lado izquierdo de sus costillas, dejando al descubierto el tatuaje de los anillos olímpico negro que parecía flotar cada vez que respiraba.

Maldito sea este hombre. Malditos sean sus ojos. Maldito sea su maldito cuerpo.

—Debe de tener mucho sexo ahora mismo —comentó Reagan. La miré y sentí una agravación instantánea por sus palabras. Se agachó para agarrarse los dedos de los pies—. Le está dando a Katja

esa P y se la está follando con fuerza. Puede dármela a mí cualquier día. —Se rió.

—¿Qué te da esa impresión? —Holly preguntó, con los brazos extendidos por encima de su cabeza mientras estiraba los hombros.

Reagan la miró con complicidad.

—Es obvio. Tendrías que estar ciega como un murciélago para no darte cuenta, Hols.

Ya habíamos corrido tres kilómetros y completado un calentamiento de treinta minutos. Estábamos situadas en el suelo y estaba a punto de entablar conversación con las chicas cuando Kova se acercó por detrás y me agarró el tobillo, levantándolo.

El olor a limpio de Kova me envolvió como una estela invisible. Los cítricos y la canela palpitaban en mi nariz y me vigorizaban. Intenté echarme hacia adelante, pero él me puso una mano alrededor de las costillas y me detuvo. El calor de sus dedos se extendió por mis costillas.

—¿Qué diría de ti? —volvió a preguntar Kova. Su cuerpo estaba tan cerca del mío que su calor irradiaba en mi espalda.

Miré a Reagan y una sonrisa se dibujó en mi rostro.

—No estoy segura de lo que diría de mí, pero sé lo que diría de ti como entrenador.

—¿Qué es eso? —preguntó con demasiado orgullo.

—Te encanta ser entrenador porque te da el poder de controlar todo y a todos. Te gusta dominar, te gusta tener la última palabra.

Holly y Reagan soltaron una risita. Apreté los labios. No pude evitar reírme.

Kova tiró de mi pierna más arriba, más cerca de mi costado. Hice una mueca de dolor por el tirón en el tendón de la corva.

—Relájate. Inspira con el estómago, Adrianna, y concéntrate —me dijo al oído solo para mí—. Agarra tu tobillo.

Me rodeé el pie con una mano, forcejeando un poco.

—El control es igual a la gloria para ti. Te gusta tener la ventaja porque así es como ganas —dije.

—Ah, crees que me conoces tan bien. —Kova se acercó y les dedicó una sonrisa amistosa a Holly y a Reagan. Se sonrojaron diez tonos de rojo.

Kova se arrodilló a mi lado, con su grueso muslo pegado a mi espalda. Me desequilibré y puse una mano adelante de mí para estabilizarme. Con la presión de su mano deslizándose lentamente hacia mi estómago, Kova me obligó a sentarme más recta. Moviendo las caderas, eché los hombros hacia atrás... y lo sentí, caliente y largo, golpeando suavemente mi espalda. Si hubiera llevado bóxers, no habría sentido nada. Pero, por supuesto, Kova no tenía ninguno, así que lo sentí *todo*.

Inspiré y observé para ver si mis compañeras de equipo pensaban algo de su movimiento de manos. Sabía que no podían ver su polla tocándome tan provocativamente por detrás. Ni una sola vez, adelante de nadie, me había tocado así de forma tan atrevida.

Bajando la pierna, solté un suspiro tranquilo mientras mis músculos se aflojaban. Me estiraba bien sola, pero con la ayuda de Kova siempre era más intenso. Tenía la capacidad de manipular mi cuerpo hasta el extremo, y realmente me encantaba estirarme así. Kova se desplazó al otro lado e imitó su postura, apretando su cuerpo más que antes. Esta vez estaba pegado a mí, y las chicas ni siquiera se inmutaron.

Quería que lo sintiera, que me demostrara que su control iba más allá de la gimnasia.

—¿Confías en mí? —preguntó Kova, y repitió las palabras en voz más alta para Holly y Reagan. Ellas asintieron, mientras yo dudaba durante un minuto—. Si no confías en mí, entonces

tenemos un problema. Este control del que hablas tan dulcemente es para tu beneficio.

Si fuera posible, sus rostros estaban tan rojos como una boca de incendios.

—Hay mucho que trabajar hoy. No me hagas perder el tiempo.

Kova se acercó a trabajar en Holly y Reagan, pero no se acercó tanto a ellas como a mí. Todo el tiempo, nuestros ojos permanecieron pegados a los del otro. La intensidad que desprendía en mí era la distracción que necesitaba desesperadamente. Siempre me daba lo que necesitaba. Incluso cuando no sabía lo que me faltaba, él estaba ahí, animándome en silencio. Era mi mayor animador. Creía en mí. Vio mi sueño cuando nadie más podía hacerlo.

Era mi salvación.

Y en momentos como éste, cuando podía sentir su pasión, olvidaba todo lo negativo que me había hecho y dicho. Sonreí y aprecié todo lo que había hecho para llegar a donde estoy hoy, porque yo tampoco había sido tan inocente e ingenua. Se había desvivido por darme lo que le había pedido cuando no tenía por qué hacerlo. Kova puede ser controlador, pero yo era exigente.

Dos negativos hacen un positivo. Y eso es lo que éramos. Dos defectos. Pero cuando se juntan, nos amplificamos de la manera más deslumbrante e inconcebible que se pueda imaginar.

—¿No dormiste anoche? —Reagan preguntó unos minutos después mientras estábamos cerca de la bóveda—. Tienes un aspecto terrible.

Me mantuve concentrada en el suelo y pisoteé el recipiente de tiza.

—Solo fue una de esas largas noches. —Finalmente la miré—. Di vueltas en la cama, ya sabes. No podía dormir.

Me observó con demasiada atención. Sabía que mis párpados estaban hinchados y mis ojos brillantes. Otro síntoma de la enfermedad renal, lo había descubierto, pero después de todas las

lágrimas que había derramado anoche, supuse que la hinchazón era por eso.

—Sí. Y después de este próximo encuentro es cuando se vuelve real para ti. Ya sabes, si te clasificas en esta para ir al extranjero donde compiten los grandes. Entonces será la prueba olímpica para ti, si tienes suerte.

—Estoy bastante segura —dije. Mis labios mostraban una sonrisa tensa—. Si he llegado hasta aquí, por algo será.

—¡Chicas! —gritó Kova, y ambas miramos en su dirección—. Déjense de chismes y déjanos ir.

Volví a pisar la tiza, sonriendo al suelo.

—Kova y su falta de contracciones —dije—. Te juro que esas tres palabras son sus favoritas.

—Lo sé —respondió Reagan—. *Déjanos ir* —se burló, y yo también me reí—. Alguien tiene que decirle que suena como un robot.

—Se lo mencioné una vez y le sugerí que tomara algunas clases. Dijo que no estaba haciendo su trabajo si eso era lo que tenía en mente.

Reagan me miró durante un largo momento y luego se echó a reír.

—Ese es un comentario tan Kova.

Sonreí.

—Lo sé.

—¿Quieren una hora más de acondicionamiento, señoritas? ¡Pongan sus traseros en movimiento!

—Vamos —dije, con la voz baja, y me puse detrás de ella.

Habíamos estado practicando salto toda la mañana y me estaba ayudando a mantener mi mente fuera del día de ayer. Mi concentración había sido sólida y mi entrenamiento aún mejor. El

salto era uno de los dos aparatos en los que destacaba. Era mi boleto de oro.

Reagan aterrizó y Kova le dio unas cuantas indicaciones, luego se volvió hacia mí y me hizo un gesto para que me fuera. Inspiré profundamente y luego exhalé, y me puse en la zona.

Corriendo hacia el objeto inmóvil, visualicé lo que tenía que hacer, y luego giré sobre mi roundoff, dando una voltereta hacia atrás sobre la bóveda, y me impulsé tan fuerte como pude con los hombros y las manos. Me elevé en el aire, con la euforia desbordada mientras me agarraba con fuerza y me retorcía con ímpetu.

Me abrí y divisé el suelo, luego contuve la respiración. Con los dos pies juntos, aterricé y luché por no saltar.

Lo hice perfectamente y sonreí. Mirando por encima de mi hombro, busqué a Kova. Estaba en paralelo a la bóveda y me miraba fijamente, sin pestañear.

—Vuelve a la fila.

Se me cayó el rostro.

—¿Qué he hecho mal?

—Nada. —Se encogió de hombros—. Absolutamente nada. Eso fue impecable. Lo que acabas de hacer, debes hacerlo siempre. Dondequiera que estuviera tu mente, ve allí de nuevo.

Mi corazón comenzó a florecer. Necesitaba escuchar eso. Ofreciéndole una pequeña sonrisa a cambio, asentí y corrí hasta el final de la cinta blanca. Cuando me tocó el turno de nuevo, volví a ponerme en el estado de ánimo que había tenido justo antes y salí a correr.

—Increíble, Adrianna —dijo Kova, casi sin aliento y con asombro—. Un par más y luego pasaremos a tu segunda bóveda y la practicaremos. Espero ver el mismo resultado en esa también.

Esta vez mi sonrisa fue un poco más grande. La esperanza estalló dentro de mí y era exactamente lo que necesitaba después de la noche que había tenido. Volvió a señalar a la fila y luego hizo

un gesto a Reagan. Mi segundo salto fue una voltereta hacia adelante. Era mucho más difícil y me exigía más energía, pero valía más puntos.

Podía hacerlo. Sabía que podía. Solo tenía que mantener mi fe y mi perspectiva positiva.

Completé dos buenas, pero algo sucedió en la tercera. El letargo se apoderó de mí mientras corría, y mi visión bailó con las estrellas. Cuando mis manos se encontraron con el caballo de cuero, mi vista se volvió borrosa y el dolor me atravesó.

Al girar hacia la parte delantera del caballo, tuve demasiado ímpetu y entré en pánico en medio del vuelo. Perdí el control y me concentré estúpidamente en el dolor palpitante de mi espalda.

Kova se dio cuenta y reaccionó rápidamente.

Descendí como un bloque de pesas, completamente fuera de forma. Alargó la mano y trató de evitar que cayera de cara. Por suerte, me orienté justo a tiempo y recogí los brazos y las piernas mientras salía volando por el dismount y hacía un giro frontal.

Me desplomé y me quedé mirando el techo de World Cup, sin aliento y jadeando. Pequeñas manchas plateadas bailaban en mi visión. Cerré los ojos y me concentré en respirar durante unos segundos. Mi cabeza estaba nublada y mareada. Tardé un minuto en recuperarme.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo? —preguntó Kova. Cuando no respondí, se arrodilló y se inclinó sobre mí con preocupación. Abrí los ojos y los clavé en los suyos, pero no lo miraba. No lo veía. Era más bien como si estuviera mirando a través de él. Kova puso una mano a cada lado de mi cabeza y sus cejas se fruncieron. Sabía que no debía moverme en caso que me hubiera lesionado gravemente.

—¿Adrianna? —Su voz se elevó con angustia.

Primero moví los dedos de los pies y de las manos, luego parpadeé un par de veces hasta que encontré mi voz.

—Sí. —Mi respuesta fue un susurro en mis labios—. Estoy bien. Estoy bien.

Kova soltó un suspiro y se levantó, ofreciéndome su mano. Deslicé mi palma en la suya y él la sostuvo. No me soltó. Me miró demasiado tiempo. Mi corazón empezó a latir con fuerza contra mis costillas.

—¿Segura que estás bien? —volvió a preguntar, con la voz muy baja—. ¿Necesitas un descanso?

Mis ojos recorrieron el gimnasio con nerviosismo. ¿Un descanso? ¿Desde cuándo considera bien los descansos? Tal vez estaba dando a Katja la P como Reagan había dicho.

—Estoy bien… estoy bien. No sé qué pasó, pero estoy bien —respondí, retirando finalmente mi mano—. Tuve un poco de energía de más y no estaba preparada, eso es todo. Voy a tomar un poco de agua y vuelvo —dije.

Kova no respondió. Su mirada estaba fija en la mía mientras se dirigía al equipo.

—Chicas. Tomen un descanso. Nos vemos en las barras en diez minutos.

Le dediqué una leve sonrisa, mostrándole en silencio mi agradecimiento. Sabía que no se lo perdería. Luego me di la vuelta y mantuve la mirada en el suelo mientras pasaba junto a Reagan como si estuviera en mi propio mundo, a pesar de sus pesadas miradas, ignoré su silenciosa voluntad que mirara hacia ella.

Capítulo 05

Volví a entrar en el gimnasio y respiré hondo, preparándome, nerviosa por si Kova hacía preguntas. Sacudí los dedos y tropecé cuando nuestras miradas se cruzaron, sin esperar que estuviera allí. De hecho, parecía más que nada molesto.

La maldita paranoia ya me estaba afectando.

—Tres kilómetros. Ahora. —Bajó la voz—. Correr te ayudará a recuperar la concentración.

Asintiendo, volví rápidamente al vestuario y me puse la ropa de correr y los zapatos deportivos, luego me dirigí al exterior. A pesar de haber corrido antes esta mañana, no gruñí por eso. Necesitaba respirar. Necesitaba soltar toda la mierda que tenía en la cabeza. Estaba tan irritada conmigo misma por haberme resbalado. Sin embargo, Kova tenía razón, necesitaba recuperar la concentración.

El diagnóstico estaba todavía tan fresco. Sabía que esa era la única razón de mi error. En el momento en que había sentido una pizca de fatiga, mi mente se había apagado y había permitido que los pensamientos tomaran el control. No podía permitirme que eso volviera a suceder. Podía hacerlo mejor, sabía que podía. Solo tenía que superar el cansancio y los dolores corporales como había hecho en el pasado y todo volvería a ser como antes.

Me concentré en que mis pies golpearan el pavimento y mantuve la mirada hacia adelante. Corrí a mi mejor tiempo, una kilómetro y medio en siete minutos, dos veces. Cuando terminé, estaba temblando y nerviosa, pero el ejercicio era exactamente lo que necesitaba.

Con el sudor cayendo por las sienes y las mejillas sonrojadas, volví a entrar en World Cup con decisión. Mi corazón latía con fuerza, más rápido que de costumbre. Tenía tanta adrenalina bombeando a través de mí que estaba conectada y lista para volver al gimnasio. Kova me vio inmediatamente y sonreí. Había algo en su mirada que me hacía sentir como en casa. Tenía el ceño fruncido y me dirigí a los vestuarios para limpiarme y cambiarme.

—He dicho tres kilómetros.

Saqué una botella de agua de mi bolso.

—Hice tres kilómetros.

—No es posible. Estuviste menos de veinte minutos. Normalmente corres por lo menos treinta.

Todavía estaba de espaldas a él. Encogiéndome de hombros, dije:

—Corrí rápido y recuperé la concentración como dijiste.

—Deja esa actitud que tienes. No la voy a tolerar.

Yo no tenía ninguna actitud. *Él* tenía una actitud.

—De acuerdo, *entrenador*.

No iba a discutir con él.

Exhalando un largo suspiro, me di la vuelta para mirarlo. Me estaba estudiando con demasiada intensidad y eso me molestaba, pero solo porque no quería que indagara. No era que no quisiera que nunca supiera de mi enfermedad, simplemente no quería que lo supiera ahora. Cuando todo estuviera dicho y hecho, y hubiera conseguido mi objetivo, entonces se lo diría. Hasta entonces, tenía que tener cuidado de no cometer errores.

—¿Así que volvemos a lo mismo? ¿Entrenador? —me preguntó, con los ojos entrecerrados.

Tomé un trago de agua y asentí, tratando de no ser consciente de lo mucho que eso le molestaba. Lo estéril que era para nosotros.

Yo no era solo Adrianna, y él no era solo entrenador. Éramos *Ria* y Kova, y ambos lo sabíamos.

—Eso es muy malo. No vamos a dar un paso atrás.

Permaneciendo en silencio, coloqué mi botella de nuevo en mi casillero y tomé mi leotardo y un sujetador deportivo limpio. Me quité la camiseta de tirantes, la hice bola y la metí en mi bolso. Enganché los pulgares en los pantalones cortos y me incliné hacia adelante, a punto de bajármelos, cuando me di cuenta que Kova seguía allí de pie.

Miré por encima de mi hombro. Nuestros ojos se encontraron. El calor de su mirada me sorprendió.

—¿Qué? —Como no respondió, dije—: Estoy intentando cambiarme. No puede estar aquí, entrenador.

Sonreí. Sus fosas nasales se dilataron. Me di cuenta que me gustaba llamarlo entrenador cuando me enfadaba. Así era como nos provocábamos mutuamente. Era un juego y me encantaba, y descubrí que no podía dejar de hacerlo cada vez que se me presentaba la oportunidad. Un juego peligroso que se presentaba sin ganador ni final a la vista.

—¿Qué te pasa hoy? ¿Te pasa algo?

—No me pasa nada. Solo estoy intentando cambiarme para poder volver a los entrenamientos.

Para mi sorpresa, Kova cambió de tono.

—Cuando termines de vestirte, reúnete conmigo junto a las barras.

Asentí y me cambié rápidamente después que él saliera del vestuario. Antes de salir, revisé mi pequeña nota blanca que papá había querido que guardara específicamente en mi bolso de deporte. En ella figuraban todas las horas en las que tenía que tomar medicamentos y cuáles eran, hasta que los recordara de memoria. La leí por encima, luego empujé mi botiquín de pastillas hasta el fondo y cerré mi casillero.

Kova y yo practicamos mucho juntos, él me instruía todo el tiempo con los pequeños consejos del oficio que podía ofrecer. Ladraba órdenes y yo las recibía en silencio como una buena alumna. Era como lo habíamos hecho desde el principio y yo ansiaba eso mentalmente. Me había olvidado por completo de la nube oscura que se cernía sobre mi cabeza mientras estaba inmersa en el entrenamiento.

—Creo que estás lista para avanzar —dijo frotándose las manos. El audaz optimismo de sus ojos me dio el valor que me faltaba hoy. No había forma que considerara esto si no creía que yo dominaba a fondo la habilidad para pasar al siguiente paso… añadir el giro completo. Esto era muy importante para mí en este momento.

Quizás había sido demasiado dura conmigo misma.

—¿Sientes que estoy lista para seguir adelante?

Me estudió.

—Nunca te haría avanzar si no tuviera plena confianza en ti.

Sonreí de oreja a oreja. Si él sentía que yo estaba lista, entonces estaba lista.

—De acuerdo… pero, ¿me vas a ver? —pregunté, ajustando mis agarres. Lo necesitaba, lo quería allí como cojín.

—Por supuesto. Pienso estar aquí hasta que estés lista para hacerlo por tu cuenta.

Acercándose a la barra baja, Kova se colocó delante de mí en lugar de detrás. Lo miré, con un poco de inquietud. Sus ojos se suavizaron.

—Es solo una media vuelta más. Puedes hacerlo.

—Sé que puedo, entrenador. Aunque la primera vez siempre es la que más miedo da.

Una esquina de su boca se levantó.

—Adrianna, no tienes que seguir llamándome entrenador. Ambos sabemos que soy mucho más que eso.

Le ofrecí una leve sonrisa, y luego me subí a la barra baja antes de balancearme a la barra alta. Tras una parada de manos y dos balanceos completos, me solté en la primera disposición, flotando en el aire hacia otra disposición de cuerpo recto.

—Aprieta... Aprieta... Aprieta... —Kova dijo, su voz tan cerca de mí.

Justo donde iba a girar, llevé los brazos al pecho, con los puños en bolas y la cabeza metida hacia dentro, giré hacia la izquierda y realicé un giro y medio. Al ver el suelo, bajé los talones, pero mi pecho estaba demasiado bajo y sentí que mi cuerpo se inclinaba.

Kova acudió de inmediato. Como entrenador, necesitaba una mirada aguda y unos reflejos rápidos. Tenía que ser un héroe en ese momento, y lo fue. Su fuerte brazo salió y se enroscó alrededor de mi estómago para evitar que siguiera cayendo. Di un paso, y él me tiró hacia atrás como si nada.

Respirando con dificultad, me agarré a su brazo y clavé mis dedos en él. Me sentía un poco incómoda.

—No está tan mal —dijo, soltándome rápidamente—. Hay algunas cosas que podría comentar, pero como ha sido tu primera vez, me abstendré. Hagámoslo de nuevo.

Exhalando la ansiedad, me puse de pie y volví a la barra alta. Otro dismount, y Kova me atrapó de nuevo. Esperé a que me criticara, pero todo lo que dijo fue:

—Otra vez.

La gimnasia se basa en la repetición, repetición, repetición. Horas y horas de lo mismo una y otra vez parecerían desalentadoras para la mayoría, pero a mí me encantaba, porque seguía siendo divertido después de todos estos años. Había que entrenar a los músculos para que recordaran cómo actuar, y la única forma de hacerlo era duplicar el ejercicio o la habilidad cientos y cientos de veces. Así se creaba una memoria para los músculos y el cerebro. Y

por mucho que fuera dura conmigo misma por no hacerlo bien las primeras veces, sabía que era lo normal.

No parábamos de trabajar sin descanso. Sin embargo, al cabo de dos horas, una repentina sensación de agotamiento se apoderó de mí en el momento en el que me puse de pie en la barra alta. Parpadeé un par de veces y respiré por la nariz, agarrando la barra tan fuerte como pude.

—Aprieta —me ordenó Kova, alargando la palabra—. Aprieta, Adrianna.

Intenté luchar con todas mis fuerzas. Mis brazos se debilitaron y mis codos temblaron violentamente. Apreté los dedos alrededor de la barra y supliqué para poder aguantar, pero mi corazón se aceleraba y me sentía sin aliento.

Algo no iba bien. Y si seguía avanzando, tenía el presentimiento que sería malo.

Mis caderas cayeron y bajé con imprudencia, golpeando mi pelvis contra la barra con un *oomph*. Mis brazos se doblaron y solté un largo gruñido. Me esforcé por bloquear los codos para levantarme, pero no pude hacerlo.

Me solté, cayendo al suelo.

Y Kova me vio caer.

Mis rodillas se estrellaron contra la alfombra de aterrizaje. Pequeñas motas de tiza flotaron frente a mi visión. Cerré los ojos, avergonzada por cómo mi cuerpo se rindió de esa manera.

—¡Qué demonios fue eso! —Kova gritó—. ¡Vuelve a levantarte! ¡No hemos terminado aquí!

Volví a subirme a la barra alta, pero el letargo era una presión en el pecho que me consumía. Mis caderas se apoyaron en la barra. No podía levantarme en una parada de manos. Intenté tragar, pero tenía la boca seca. Parpadeé varias veces intentando hacer desaparecer los destellos plateados de las estrellas. No tenía fuerzas para mantenerme en pie, y eso me asustó. El corazón me latía con

fuerza. ¿Siempre había sido así de débil y no lo sabía, por lo que seguía empujando hasta que apenas podía caminar?

Con las manos apoyadas en las caderas, Kova me miró fijamente.

—Ahora, Adrianna. ¿Qué esperas?

—¿Entrenador? —Mi voz tranquila crepitaba de miedo. No podía hacer contacto visual.

Él dio un pequeño paso más cerca.

—Te queda una hora de práctica y luego el acondicionamiento. Contaba con que dominaras esto esta noche para que pudiéramos pasar a las habilidades de skills mañana, y luego conectarlo todo para el encuentro que viene.

Lo último que quería hacer era defraudar a Kova y… *a mí misma*… pero ahora mismo no podía hacer nada de eso. No con lo que sentía por dentro. Simplemente no era posible. Simplemente no tenía la fuerza.

—Por favor… —Mi voz se quebró—. Por favor, ayúdame a bajar.

Sin más preguntas, Kova se puso justo delante de mis piernas colgantes y me alcanzó las caderas.

Su mirada estaba pintada de preocupación mientras me levantaba sin esfuerzo y me guiaba hacia abajo de la barra. Expulsando un suspiro, me solté y rodeé sus hombros con mis brazos, pero no pude apretarlos. Mi cabeza cayó en el pliegue de su cuello y los dedos de mis pies golpearon sus espinillas. Estaba muy cansada y sentía que podía quedarme dormida.

—Adrianna.

Su voz era gruesa en mi oído. Me rodeó la espalda con sus fuertes brazos y me abrazó a él. Estábamos en una posición comprometida, pero su calor me reconfortaba, y en este momento, lo necesitaba.



—¿Qué pasa? Estás temblando.

Capítulo 06

—No sé qué ha pasado. Me debilité mucho por un segundo —dije, entre la verdad y la mentira.

Apoyé mi frente en su cuello y me acurruqué más. Inhalé su aroma a canela y tabaco cítrico y mi cuerpo se relajó en su abrazo. Puse los ojos en blanco.

—Lo único que sé es que me habría hecho daño si hubiera seguido. Necesito un descanso por un segundo, Kova. Por favor. Lo siento mucho.

Esperaba que al usar su nombre escuchara mi desesperación.

Su mano se extendió por la parte baja de mi espalda y suspiré.

—*Ria* —dijo en voz baja para que nadie más lo oyera—. Tengo que bajarte. Hay demasiados ojos mirando hacia nosotros, no podemos ser vistos así. No puedo ser visto así con nadie.

Apartándome, sacudí la cabeza y lo miré a los ojos.

—Por favor, no puedo aguantar. Siento que me voy a desmayar.

Era la verdad. No tenía energía para estar de pie. Necesitaba ir a casa, pero me mordí la lengua porque sabía que eso no era una opción.

Con el ceño fruncido, Kova pasó un brazo por debajo de mis rodillas y me levantó, acunándome hacia él.

—Llévame a la sala de terapia, por favor —dije, y él asintió.

Cuando llegamos allí, me recostó suavemente sobre una de las mesas. Me acurruqué de lado y dejé que se me cerraran los ojos, permaneciendo allí un par de minutos. La habitación estaba helada y me castañeteaban los dientes. Kova me acarició el rostro con una mano y me echó el cabello hacia atrás.

—Sabía que te estaba presionando demasiado. —De sus labios salió una retahíla de lo que supuse que eran palabrotas en ruso—. Pensé que podías soportarlo.

Eso fue un golpe en el pecho para despertarme.

—Puedo manejarlo. Ya lo he demostrado, ¿no?

Él arqueó una ceja, pero sus palabras fueron suaves.

—Entonces, ¿por qué me has hecho traerte aquí? Está claro que es demasiado para ti, Adrianna. No quiero agotarte, pero ¿qué ha pasado ahí afuera? La forma en que estabas sobre mí podría haber suscitado bastantes preguntas. Sabes que no podemos hacer eso cuando hay gente aquí. Dime qué está pasando.

—Casi me desmayo, entrenador. *No* estaba encima de ti.

Al diablo con esto. Me levanté para mirarlo, con los ojos encendidos de ira. Las palabras de Kova me llenaron de resentimiento y lo miré fijamente, dejándolo ver cómo me sentía. ¿Cómo se atreve? Me hacía sentir culpable y eso no me gustaba nada. No cuando había demostrado mi valía una y otra vez. Un error y de repente era el fin del mundo para mí.

—*No pasó nada, entrenador*. Solo tuve un bloqueo mental y necesité parar un segundo. Me esforcé, supongo. Hoy tampoco he comido y me he mareado, pero ya estoy bien. Vamos. Estoy lista para volver a salir.

—No. Recuéstate.

Cristo, este hombre era exasperante.

—Estoy bien. Perdóname por no ser perfecta como tú.

Kova soltó un largo suspiro y miró hacia otro lado. Se restregó una mano por el rostro.

—No… no. Solo estoy siendo, ¿cómo se dice? ¿Un idiota?

—Vaya. ¿Es esa tu forma de disculparte? —pregunté, y él me miró con ojos irritados. Estaba luchando internamente para mantener la compostura—. No eres de los que admiten cuando se equivocan.

—Entiende que no apruebo esto. Tienes que estar ahí afuera practicando, ganándote tu puesto en el equipo olímpico.

—¿Qué es exactamente lo que no apruebas? ¿Qué es lo que he hecho tan mal?

—¿Tomar tiempo libre del entrenamiento? ¿Salir temprano? ¿Llegar tarde? *¿Tomar un pequeño descanso porque tenías un bloqueo mental?* No habíamos terminado el día, y tenemos mucho trabajo por delante con tan poco tiempo.

Se me cayó la mandíbula.

—Es curioso. Recuerdo que insistías en que durmiera en la cama que compartes con tu esposa para que pudiera relajarme. ¿Y la vez que me hiciste faltar a los entrenamientos para que pudiera recuperarme del campamento cuando no quería hacerlo? Eso es culpa tuya, no mía. Podría haberlo manejado. O la vez que no me dejaste volver a los entrenamientos hasta que fui al médico para asegurarme que todo estaba bien cuando te dije que lo estaba, ¡que lo estaba! —Mi voz se elevaba con cada frase, y podía sentir la vena de mi garganta esforzándose por gritarle—. ¿Así que está bien que me vaya en tus condiciones, pero no en las mías? Ni siquiera estaba pidiendo salir temprano, solo tomar un pequeño descanso, que nunca, nunca pido. ¿Cómo es esto justo?

Me estaba enfadando tanto que quería llorar.

—¿Respondes? No lo haces. Eres un doble moral andante. Está bien cuando tú dices que está bien pero no cuando los demás lo hacen. Quieres todo en tus términos para poder aferrarte al control. A tu manera o en la carretera, ¿no?

Las fosas nasales de Kova se dilataron y se acercó. Estaba a pocos centímetros de mi rostro. Apuntando con un dedo hacia abajo, apretó los dientes mientras decía:

—Baja la voz. Lo que ocurre fuera de estas paredes no tiene ningún peso sobre lo que ocurre dentro. Dentro de World Cup, yo te empujo, tú lo aceptas, y ambos ganamos. Como siempre hemos hecho. Estoy haciendo mi trabajo, uno que me exiges porque soy el *único* que puede dártelo.

Una risa sarcástica brotó de mi garganta. Sacudí la cabeza con incredulidad.

—Eres todo un personaje, Konstantin Kournakova. Deberías dar gracias a tu suerte que Katja te aguante.

Sus ojos brillaban con una ira recién descubierta. Las venas de sus brazos se retorcían hacia un rostro asombrosamente guapo. Incluso enojado, era demasiado guapo para su propio bien.

—Recogeré tus cosas y te llevaré a casa —dijo.

Me quedé boquiabierta.

—No me voy a ir.

—Sí te vas. Vete a casa a dormir. Fin de la discusión —dijo rígidamente, pronunciando cada palabra.

—No.

Kova se dio la vuelta para alejarse, pero extendí la mano y le agarré la muñeca.

—Entonces llama a Hayden. Quiero que me lleve a casa. —Un gruñido bajo sonó en el fondo de su garganta, y giró su muñeca para zafarse de mi agarre—. Quiero a Hayden.

—Muy bien.

Momentos más tarde, las voces lejanas se acercaron y Hayden irrumpió en la habitación.

—Jesús, Aid. ¿Estás bien?

Abrí un ojo.

—Estoy bien. Solo me estoy congelando. ¿Ha terminado tu práctica? ¿Puedes llevarme a casa, por favor? Me olvidé de comer hoy y estoy un poco mareada. —Quería añadir que Kova estaba siendo un idiota y me hacía ir a casa, pero no lo hice.

Miró el reloj de la pared.

—Me queda una hora, pero seguro que Kova lo entenderá. —Se giró para mirarlo por encima del hombro—. ¿Verdad, entrenador?

Kova asintió pero negué con la cabeza precipitadamente.

—Puedo esperar —dije—. No me importa.

—No es problema…

—Te esperaré —insistí, con voz firme. No iba a robarle su práctica por mis acciones. Debería haberme arriesgado y completar el dismount para evitar todo esto.

—De acuerdo… pero déjame que te traiga algo de ropa.

Hayden volvió segundos después. Miré sus manos, confundida por dónde había encontrado ropa. Preferiría morirme de frío antes que ponerme las cosas de Reagan.

—Toma, déjame ayudarte.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunté, y levanté los brazos por encima de mi cabeza.

—Es mío. —Colocó su camiseta sobre mí.

Gracias a Dios. Miré hacia abajo. Tenía una gran M amarilla dorada. *Michigan*.

Me apoyé en la mesa y Hayden se colocó a mis pies.

—Kova, levanta sus caderas para mí para que pueda ponerle esto.

—Lo tengo —dije con firmeza. Hayden me entregó un par de pantalones de chándal azul marino. Me los puse y ya me sentí más abrigada.

—No tienes una chaqueta aquí, ¿verdad? —preguntó Hayden a Kova.

—No.

Asintió. No hay mucha gente que lleve un jersey en pleno verano en Florida.

—Está bien. Debería estar bien por ahora. —Hayden me miró—. No tardaré mucho.

—Gracias.

Una vez que Hayden salió de la habitación, Kova me miró con preocupación.

—Creo que deberías ver a un médico.

No podía hablar en serio. Yo estaba en este estado por su culpa. Más o menos. Me reí sarcásticamente, sin poder controlarme.

—Casi creo que eres un hipocondríaco. ¿Por qué sigues queriendo que vaya al médico?

—No me hagas llamar a tu padre —gritó. No estaba impresionado, pero no me importaba.

—Adelante, haz lo que quieras, siempre lo haces de todos modos —dije rendida—. Solo déjame en paz. Por lo menos permíteme el lujo de estar sentada en silencio mientras miro la pared durante la próxima hora.

—No apruebo esto.

—Que sorpresa —dije llena de burla y le di la espalda. Minutos después, por más que intenté luchar contra eso, el sueño me consumió.

—Aid… —Oí mi nombre en la distancia—. Aid… Despierta.

Mis párpados eran demasiado pesados para levantarlos. La voz sonaba mucho más cerca, pero estaba demasiado cansada para preocuparme. Murmuré algo ininteligible, un gemido de “déjame en paz”, y me acurruqué más en un ovillo.

—Adrianna. —Volví a oír mi nombre, esta vez en una lengua exótica con un fuerte giro hacia la R.

Me ardían los ojos mientras me esforzaba por abrirlos. Exhalé un suspiro de sueño. Había dos personas diferentes cerca de mí. No podía saber quiénes eran, pero, sobre todo, ¿dónde estaba yo?

Desorientada, abrí los ojos con una visión borrosa. No podía enfocar. Intenté incorporarme, pero no tuve fuerzas y me desplomé de nuevo, pero no antes que unos brazos fuertes me atraparan.

—Adrianna. —Esta vez mi nombre fue mucho más claro. Reconocí la voz, pero un olor familiar me despertó.

—¿Hayden? —Bostecé y me froté los ojos. Los sentía muy hinchados—. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—¿Tal vez una hora? No estoy seguro.

—¿Eso es todo? Pareció mucho más tiempo.

—Sí. Vamos, vamos a llevarte a casa.

Me senté lentamente con la ayuda de Hayden, pero mi atención se centró en Kova. Una sombra fugaz de arrepentimiento se proyectó en sus ojos. Hice una mueca. Bien. Esperaba que se sintiera como una mierda. Era demasiado pronto para olvidar la

forma en que me había hablado y cómo me había hecho sentir. La gente solía decir que nadie podía hacer que una persona se sintiera inferior a otra, pero eso era una auténtica mierda. Cuando tu corazón se preocupaba profundamente por alguien, era imposible no sentir el peso de sus palabras por muy fuerte que fuera la fachada.

Kova extendió una mano para ayudarme, pero aparté el brazo de su alcance. Mi relación con Kova era la misma canción y baile. Un día aprendería. Pero no hoy, y probablemente no hasta que dejara World Cup para siempre.

—Tengo que agarrar mi bolso —dije, poniéndome de pie. Jesús, estaba tan cansada. Me sentía como si pudiera dormir durante una semana seguida. Bostezando, me dirigí a los vestuarios y recogí mi bolso. No podía irme sin mi medicación.

Volviéndome hacia Kova, le pregunté un poco distante:

—¿Está bien dejar mi auto aquí durante la noche?

—Sí, estará bien.

Hayden extendió una palma de la mano abierta, agitando los dedos hacia mí. Colocando mi mano en la suya, unió nuestros dedos y me guio fuera de World Cup hasta su auto. Kova me seguía de cerca, casi pisando mis pies, pero me hice la desentendida. Sin embargo, no importaba, porque Hayden sí lo hizo.

—¿Por qué no la meas? —gritó sobre el capó de su auto, con sus ojos azules intensos.

—Hayden, sé amable —dije, reprimiendo una risita. En realidad me sentía mal.

Hayden me miró, sus sentimientos cambiaron en su mirada.

—Aid, lo siento, pero me niego a contenerme cuando se trata de ese hombre.

—Solo hago mi trabajo y me aseguro que los demás no se hagan una idea equivocada cuando los vean salir juntos —

respondió Kova torciendo los labios, sin inmutarse por el comentario de Hayden.

—Lo que necesites decirte a ti mismo.

En ese momento, Hayden subió a su auto y yo lo seguí, poniéndome el cinturón de seguridad y recostándome en el asiento. Miré a Kova a través del cristal tintado.

Me atraía su confianza y su fuerza. Era adicta a la forma en que me empujaba y me desafiaba. Podía superar una lesión y seguir practicando. Podía entrenar durante horas la misma habilidad sin una sola queja. Pero esto fue algo que me tomó completamente desprevenida y me aterrorizó. Fue como si toda la masa muscular hubiera desaparecido y me hubieran colocado una roca de cincuenta toneladas en el pecho. Me derrumbé.

Saliendo de World Cup, hablé una vez que estábamos en la carretera principal.

—Gracias por llevarme a casa, Hayden.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti —dijo, y yo sonreí. Lo sabía—. ¿Necesitas que me detenga en algún lugar? ¿Qué te traiga algo?

—No, estoy bien. Solo quiero ir a casa y dormir. ¿Puedes recogerme para el entrenamiento de mañana?

Asintió. En un semáforo en rojo, inclinó su cuerpo hacia mí.

—¿Estás bien? Te ves pálida, Aid.

—Solo estoy un poco sobrecargada de trabajo y falta de sueño. Estaré bien.

—Estoy preocupado por ti. No es normal que dejes el entrenamiento antes de tiempo. ¿Quién va a cuidar de ti cuando yo no esté? —Sonrió con dulzura.

—Ugh. No me recuerdes que te vas —me quejé. Iba a echar mucho de menos a Hayden cuando se fuera a la universidad—. No

puedo creer que me dejes aquí con Reagan. —Me metí el dedo índice en la boca y fingí que me amordazaba.

—No vas a estar atrapada con ella por mucho tiempo. Ella se irá a Luisiana más o menos al mismo tiempo.

—Me olvidé totalmente de eso. —Reagan había aceptado una beca parcial de la Universidad de Luisiana.

Unos diez minutos más tarde, Hayden se detuvo en mi complejo, justo hasta las puertas correderas de cristal delanteras para dejarme.

—Gracias de nuevo por estar ahí para mí. Nos vemos mañana.

—Cuando quieras. ¿Quieres que suba?

Negué con la cabeza, pero le ofrecí una sonrisa amable. No quería que se hiciera una idea equivocada. Prefería comprar una cuerda y ahorcarme antes que eso volviera a ocurrir.

Capítulo 07

Solo me quedaban unas cuantas competiciones a las que tenía que asistir… y clasificar… para ir a los Mundiales, lo que era absolutamente necesario si quería entrar en el equipo Olímpico, si Dios quiere. Los Campeonatos Mundiales solían celebrarse fuera del país y duraban una semana, ya que había muchas rondas clasificatorias. Había otras formas de clasificarse, pero ésta era la más práctica y la menos estresante.

Una vez que llegué a World Cup, corrí automáticamente tres kilómetros antes de ponerme el leotardo. Tenía sed y me bebí casi una botella entera de agua antes de salir del vestuario. El día de ayer fue duro, pero ya había quedado atrás. Estaba decidida a mejorar el día de hoy.

Sonreí para mis adentros y entré en el gimnasio, disfrutando del aire calcáreo y del espíritu que me rodeaba. Estaba deseando que empezara el entrenamiento para poder olvidarme de la realidad de mi vida y de lo que me esperaba.

Me resultaba difícil comprender que, justo cuando empezaba a recuperarme del desamor, mi cuerpo había decidido traicionarme. Esta quietud que se había apoderado de mí se pegó como un superglue[2]. No lo quería. Quería que se fuera, solo que no sabía cómo hacerla desaparecer. En cambio, crecía con cada segundo que pasaba, como una sensación de fatalidad inminente. Me sentía diferente por dentro, sola, un poco paranoica y completamente

[2] Superglue. Es un pegamento a base de cianoacrilato de rápida adhesión y gran resistencia diseñado para unir casi cualquier material.

aislada. Decidí que cuanto más practicara y más tiempo pasara dentro de World Cup, acabaría desapareciendo. Tenía que hacerlo.

Solo quería volver a ser yo misma. Solo que ahora temía que por la forma en que las células de mi cuerpo se destruían unas a otras nunca alcanzaría todo mi potencial como gimnasta, y eso era devastador para mí. La gimnasia era mi vida. No podía imaginarme no poder hacerlo.

Miré a todo el mundo en las diferentes disciplinas, buscando a la única persona que parecía calmar mi preocupación sin siquiera saber que lo hacía.

Una mirada a Kova, y me di cuenta que él también parecía no haber dormido en toda la noche. Tenía ojeras y una gruesa barba le cubría la barbilla. Cuando giró la cabeza en mi dirección, pude ver la angustia que le atormentaba. Mi corazón se apretó ante la mirada anhelante de sus ojos. Me miraba fijamente, pidiendo algo que no podía expresar con palabras. No tenía que hacerlo. Sentí lo que decía, porque yo sentía lo mismo.

Me froté los ojos con las palmas de las manos y me acerqué a la barra de equilibrio donde él estaba.

—Adrianna, ¿podemos hablar un momento? —preguntó Kova.

Kova bajó la guardia para que pudiera observarlo y lo estudié. No había vida en sus ojos, ningún color. Los dos estábamos entumecidos. Estaba acostumbrada a esa sensación de vacío, pero no me gustaba verlo así. Me molestaba enormemente.

—¿Está bien si esperamos hasta después del entrenamiento? Realmente quiero ir a trabajar.

Me miró, con el ceño fruncido, y asintió con firmeza. Tal vez necesitaba liberarse de la misma manera que yo lo hacía con la gimnasia.

Practicamos durante horas en la viga de equilibrio, desglosando mi rutina y trabajando en conexiones, secuencias, saltos y brincos. Todo lo que Kova sugería, lo hacía en silencio, y me aseguraba de hacerlo bien. Cada aterrizaje era suave, ligero y aéreo. Kova no me elogió… es raro que lo hiciera… pero me di cuenta

que estaba practicando bien porque tampoco me ridiculizó. Casi parecía satisfecho. No hubo ni una sola comprobación de equilibrio. No me caí, y la mayoría de mis dismounts los hice sobre colchonetas blandas. Incluso mis giros estaban casi en su punto, aunque no todos, porque girar de puntillas era en realidad más difícil que hacer volteretas en la viga de diez centímetros de ancho. Imagínate, pero era cierto.

Ahora sabía que presionarme no era la idea más brillante que había tenido, pero no tenía ninguna otra opción. Estaba entre la espada y la pared. No quería que la enfermedad renal fuera lo que me robara la gimnasia. Si nunca alcanzaba mi sueño, iba a ser por mi culpa, no porque una enfermedad más fuerte que yo se lo llevara.

Apenas hablé hasta que Kova me acorraló por fin cuando rotamos para hacer el salto.

—¿Qué te pasa hoy? —preguntó, con voz baja y llena de curiosidad.

Me encogí de hombros y desvié la mirada. Observé a mis compañeros de equipo.

—Nada. Estoy bien.

Kova se movió sobre sus pies.

—Escucha, si esto es por lo de ayer…

Levanté la mirada.

—No lo es. Tengo muchas cosas en la cabeza ahora mismo y me estoy centrando en la habilidad que tengo entre manos. Siento mi actitud.

Me observó durante un largo momento. Probablemente se sorprendió que me disculpara por una vez.

—Si algo va mal, acudirías a mí, ¿verdad?

Una mezcla entre una carcajada y un resoplido se me escapó antes que pudiera detenerla.

—Sí, iré enseguida —dije llena de sarcasmo.

Se acercó más e inclinó la cabeza hacia abajo. Mi corazón latió un poco más fuerte. Bajando la voz, dijo:

—Hablo en serio, Adrianna.

—Yo también, entrenador.

Kova exhaló por la nariz como si estuviera derrotado.

—Empecemos con la bóveda. Hoy has practicado bien en la viga. Estoy muy impresionado.

Me tomó un poco por sorpresa su elogio. Una tímida sonrisa se dibujó en una de las comisuras de mi boca, y él la devolvió.

Pequeñas acciones como ésa, eran las que atravesaban mi corazón más que las palabras. Me alegraban el día.

La práctica de la bóveda fue diferente. Fui ligera en mis dismounts. Kova colocó una alfombra de aterrizaje de cinco centímetros de grosor encima del foso de espuma para que mis talones no se golpearan contra el suelo cada vez. Tuve que practicar un salto hacia adelante y otro hacia atrás.

—Dos horas. Una hora para cada salto.

Asentí y me cubrí con tiza, frotando el polvo blanco y seco en las plantas de los pies y detrás de las rodillas. Detrás de la cinta blanca, visualicé mi habilidad.

Dando una palmada, Kova se agachó a la altura de las rodillas para estar en paralelo al aparato y gritó:

—¡Adelante!

Me encantaba cuando activaba su modo de entrenador. Me ayudó a ponerme en movimiento.

Y así empezó. Después de la primera hora, tenía sed y necesitaba ir al baño. Mi vejiga iba a explotar si no hacía mis necesidades pronto.

—Toma un trago. Diez minutos de descanso.

—Gracias —dije y corrí hacia los vestuarios. Tomé un trago de agua y luego revisé mi tarjeta para ver qué medicamentos y vitaminas me correspondían. Me alegré mucho que mi padre me hubiera sugerido esta idea.

Miré por encima del hombro para asegurarme que estaba sola y me temblaron las manos al verter las pastillas necesarias. Rápidamente, me las tragué, metí los frascos en mi bolso y agarré una barrita de proteínas naturales. Quité el envoltorio y di un pequeño mordisco, luego otro, y otro. No tenía apetito, pero me obligué a comer al menos la mitad. No quería marearme. No después de lo de ayer. Tiré el resto y me limpié las manos. Era realmente todo lo que podía soportar. Seguir una dieta baja en calorías era más fácil estos días cuando mi mente estaba retorcida por la preocupación.

Agarré una botella de agua adicional para llevarla al gimnasio. Las bebidas deportivas de cualquier tipo no estaban permitidas dentro, solo el agua.

Justo antes de volver a entrenar para la segunda parte del día, entré en el baño. Quitarse el leotardo durante el entrenamiento era como quitarse los jeans empapados. La lucha era real. Me puse en cuclillas para orinar y esperé que la sensación de ardor en la vejiga se fuera una vez que me alivié, pero lo más extraño fue que, aunque tenía ganas de orinar, apenas salía algo. Supongo que, después de todo, no tenía que ir al baño.

Me lavé las manos, miré mi reflejo y fruncí el ceño. Parecía un desastre. Había cabellos sueltos por todas partes. Intenté alisarlos con un poco de agua y luego me apreté la cola de caballo. Tenía ojeras y estaba un poco pálida, pero la buena noticia era que el sarpullido que había tenido durante las dos últimas semanas había disminuido mucho. Ya casi no se notaba. Eso era muy positivo para mí, porque significaba que los medicamentos estaban funcionando.

Kova miró mi botella de agua cuando volví a entrar en el gimnasio.

—Más vale que sea agua. —Señaló con la barbilla hacia ella.

Le dirigí una mirada divertida.

—No. Es vodka.

Mis labios se movieron, al igual que los suyos.

—No empieces conmigo.

—Como si yo fuera a hacer algo así y le respondiera.

Kova no respondió, pero capté una sombra de humor en sus ojos. Una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios. Lo necesitaba.

Me eché el bolso al hombro, recogí las llaves del auto del banco y me di la vuelta para salir justo cuando Kova entró en la habitación con un aspecto tan fresco como el de un pepino. Casi todo el mundo se había marchado, ya que era tan tarde, así que no me sorprendió verlo aquí solo conmigo.

Respiré con fuerza. Nuestras miradas se cruzaron. Tenía las manos en los bolsillos de sus pantalones cortos mientras se apoyaba despreocupadamente en el marco de la puerta. Llevaba una camiseta negra suelta sin mangas y su gorra estaba orientada hacia atrás, de modo que el pico plano quedaba en la espalda. No tenía ni una línea de preocupación en su rostro y parecía totalmente besable.

Maldita sea. No vayas allí.

Mis hombros se aflojaron. Estaba un poco nerviosa por dentro, pero su presencia me tranquilizó. Odiaba cuando se ponía esa gorra porque se veía muy sexy con ella. El negro era su color.

También era el color de su corazón.

—¿Qué tal la clase de ballet? —preguntó.

—La verdad es que fue genial.

Su ceño se frunció.

—Fue genial —imitó.

No, había odiado cada segundo y planeado su muerte en el proceso.

—¡Sí! La nueva profesora de ballet es bastante impresionante, y me gustó que nos hiciera hacer una especie de estiramientos de yoga al final. Eso fue genial. Dijo que lo haríamos una vez a la semana.

Kova se quedó mirando en silencio. No se lo estaba creyendo.

—Bueno —dije cuando no dijo nada— me voy a ir. Estoy agotada. Nos vemos mañana, entrenador.

Caminando hacia Kova, pude oler el aroma de su colonia antes de llegar a él. Me detuvo colocando su mano en el interior de mi codo. Su pulgar se frotó suavemente hacia adelante y hacia atrás en el doblez de mi brazo.

Fue entonces cuando me di cuenta de lo profundas que eran las líneas bajo sus ojos.

—¿Qué pasa?

Kova bajó la mirada y me estudió. Sus ojos se movieron, bajando las cejas.

—¿Estás bien?

Respiré en silencio.

—Estoy bien, ¿por qué?

Se encogió de hombros tranquilamente.

—Solo preguntaba. Cuando las mujeres dicen que están bien, por lo general significa que están mintiendo, y estoy bastante seguro que has dicho que estás bien un par de veces hoy.

Había prestado demasiada atención.

—Estoy fantástica. ¿Qué te parece? —repliqué sarcásticamente con una enorme sonrisa que hizo que me acercara hasta que estuve contra él. Solté un grito ahogado cuando nuestros cuerpos se tocaron. Sin darme cuenta, me incliné hacia él y abracé su calor.

Lo echaba de menos. Lo extrañaba.

Nos extrañé. Lo que solíamos ser, lo que teníamos.

No nos movimos, salvo que su pulgar seguía recorriendo círculos en mi brazo. No pude apartar mis ojos de los suyos y me dejé llevar por lo que sentía en mi corazón. Apoyé mi mejilla en su pecho, rodeé su espalda con los brazos y cerré los ojos. Kova no dudó y eso hizo que mi estúpido corazón se debilitara aún más por él. Nos fundimos el uno en el otro como si fuera el lugar al que pertenecíamos, el lugar en el que teníamos que estar. Me abrazó más fuerte, luego se inclinó e inhaló profundamente antes de besar la parte superior de mi cabeza. Lo apreté, liberando toda la negatividad de mi vida. Quería que viniera a casa conmigo, donde pudiera sentarme rodeada de sus brazos y olvidarme de mis problemas.

Al levantar la vista hacia él, sentí el anhelo en sus ojos verdes que sabía que se reflejaba en los míos y casi le pregunté si quería venir. Me fijé en las arrugas que tenía alrededor de la boca y en el entrecejo. Pero no le pregunté. Lo único que podía hacer era ofrecerle una sonrisa triste. La devolvió, pero deseé que no lo hiciera, porque eso me dio la aclaración que necesitaba.

—Te veré mañana —susurré, y me alejé.

Kova se acercó a mí, y su mano se deslizó por mi brazo hasta llegar a mi muñeca. Me dio un pequeño apretón en la mano.

La emoción que se arremolinaba en su mirada verde anulaba mi sentido común. No quería irme, y sabía que él tampoco quería que lo hiciera.

Pero Kova me soltó y finalmente me alejé.

—Adrianna —me llamó justo antes que llegara al vestíbulo. Miré por encima de mi hombro. Estaba de pie donde lo había dejado, con un aspecto tan solitario que casi corrí hacia él.

—¿Sí? —Dije finalmente después de un largo momento.

Sus ojos melancólicos me mantuvieron en mi sitio. El corazón me dio un vuelco mientras esperaba.

—Nada. No es nada. Quería hablar contigo, pero podemos retomarlo otro día. Ve a descansar. Te veré mañana.

Sin esperar un instante más, salí rápidamente y me subí a mi camioneta. Si no me daba prisa, iba a dar la vuelta y correr a sus brazos.

Tenía menos de una semana hasta mi próximo gran encuentro. No podía permitirme el lujo de quebrarme, pero con todo lo que tenía en mente últimamente, sentía que se acercaba.

Capítulo 08

—Llevo todo el día intentando ponerme en contacto contigo, Adrianna —exclamó mi padre a través del altavoz. Aparté el teléfono de mi oído. Había perdido un montón de llamadas esta tarde.

Cuando llegué a casa, me duché y luego calenté algo para comer y así poder tomar mi medicina con la comida. Hoy me había saltado las comidas normales porque no tenía mucho apetito. Solo había comido media barrita de proteínas y deduje que esa podía ser la razón por la que estaba tan ansiosa y nerviosa. Mis manos no dejaban de temblar, mi corazón latía más rápido de lo normal y tenía un poco de náuseas.

—¿No pudiste haber enviado un mensaje al menos? Estaba empezando a preocuparme. Casi llamo a Konstantin.

Apreté el teléfono con mi hombro contra mi oído, mientras me sentaba en un taburete.

—Lo siento, papá. Estuve tan ocupada con los entrenamientos que no tuve mucho tiempo entre ellos. Tengo muchas cosas en la cabeza ahora mismo.

—Lo entiendo, cariño, pero hemos hecho un trato. Necesito poder localizarte. —Suspiró, y me disculpé de nuevo por preocuparlo—. Tengo tus citas programadas para pasado mañana. ¿Te viene bien?

Tragué una cucharada de caldo de huesos. Me encantaba esta cosa ya que era suave para mi estómago.

—Sí. Mañana le avisaré a Kova que no estaré. ¿Mencionaste que si necesitaban hacerme alguna prueba tendrían que hacerla el mismo día y que hiciera los arreglos necesarios para eso?

Esperaba no haber quedado como una diva, pero tiempos desesperados requerían medidas desesperadas.

—Sí. Todo está arreglado.

Mis hombros se relajaron.

—Perfecto. Muchas gracias por hacer eso por mí. Me preocupaba que la recepcionista me diera vueltas y me hiciera volver para cada asunto si hubiera llamado yo misma. En este momento no tengo tiempo para eso.

—Vale la pena conocer a la gente de las altas esferas. Cualquier cosa por mi hija. Te mandaré un mensaje con la información y los horarios. Por favor, mantenme informado.

Sonreí y le di las gracias de nuevo. Tras despedirme, dejé el teléfono y me obligué a tomar el resto del caldo. Entre la sensación de acidez en el estómago y el horrible sabor metálico en la boca, sabía que era necesario comer, aunque no tuviera hambre. El caldo solía ayudar a calmar esa sensación de malestar.

Entré en la cocina y metí la mano en la nevera para sacar el cartón de huevos, la mantequilla, el beicon, el queso rallado, una cebolla y un poco de ajo. Luego agarré un aguacate y una lima que tenía en un bol sobre la encimera. Tenía la sensación que las medicinas me estaban afectando y que necesitaba crear algún tipo de barrera para cubrir mi estómago antes de tomarlas. El caldo me había ayudado un poco, pero pensé que comer de verdad podría funcionar.

Saqué del congelador una bolsa de plástico con panecillos ingleses integrales. Hacía mucho tiempo que no comía uno y decidí que haría un sándwich para la cena, y uno extra para mañana por la mañana.

Revolví los huevos mientras me quedaba descalza en la cocina, congelada por la baldosa helada bajo mis pies. Se me puso la piel de gallina en los brazos. Rápidamente, me dirigí a mi

habitación y tomé un suéter. Normalmente no tenía tanto frío y ahora me preguntaba si los escalofríos tenían que ver con alguna otra enfermedad subyacente que pudiera padecer también.

A este paso me iba a convertir en una hipocondríaca.

Mientras los huevos se cocinaban, saqué las pastillas necesarias para la noche y las puse sobre la encimera, luego saqué también las de la mañana y las puse en un recipiente aparte.

Estaba ansiosa por mi cita. Con mi lesión en el tendón de Aquiles, todo lo que tenía que hacer era levantarme de la cama de la manera incorrecta y podía romperlo por completo, pero al menos eso era solucionable. En cierto sentido, lo tenía controlado. Pero con las enfermedades crónicas a las que me enfrentaba ahora, y todos los antecedentes familiares que había descubierto recientemente, no tenía ningún control sobre mi cuerpo, y *eso* me aterraba. Ya no controlaba mis pensamientos. Ellos tomaban las riendas y me controlaban. Mantener la concentración y las emociones en su sitio había sido más difícil de lo que pensaba, y luchaba ciegamente por recuperarlo.

Quería llamar a Avery y hablar con ella. Necesitaba un desahogo, y siempre habíamos sido el hombro del otro para apoyarnos. Sin duda, ahora me escucharía, así era ella, pero seguía sintiéndome egoísta por cómo la había tratado cuando quiso sincerarse. Me había negado a permitirle hacerlo y la había dejado de lado durante tanto tiempo, pero aquí estaba yo queriendo desahogarme con ella cuando no había estado allí para ella. No se merecía eso. No se merecía soportar la carga de mis pensamientos y miedos cuando yo, egoístamente, no había estado allí para sostener los suyos.

Sacudí la cabeza, asqueada de mí misma. Era una persona terrible y lamentaba cómo la había tratado. Si pudiera volver atrás y cambiar mi comportamiento, lo haría.

Quince minutos más tarde, me senté en un taburete con un sándwich de huevo y queso con tocino, cebolla y ajo salteados ligeramente, también aguacate y lima triturados. Le di un mordisco y gemí. Menos mal que no había nadie cerca para oír los sonidos que salían de mí.

Di unos cuantos mordiscos más, luego agarré mi medicina y me tragué el puñado de pastillas. Di otro mordisco. Y otro más. A mitad de camino estaba llena y envolví lo que quedaba en papel de aluminio.

Apagué todo y me metí en la cama con el suéter aún puesto. Todavía tenía demasiado frío para quitármelo.

El agotamiento me golpeó más rápido de lo que esperaba, mis ojos pesaban e intentaban cerrarse. Bostecé, tirando de la manta hasta la barbilla y me puse de lado. Ahora que estaba quieta por primera vez en el día, las articulaciones y los músculos empezaron a enroscarse y a tensarse. Tragué saliva, rezando para que el sueño se apoderara de mí y no tuviera que soportar el dolor que sabía que iba a llegar en cualquier momento, una vez que mi cuerpo tuviera la oportunidad de relajarse.

Me levanté como un rayo y corrí al baño en la oscuridad. Antes que pudiera detenerme, un vómito en proyectil salió volando de mi boca y salpicó el suelo justo cuando llegué al inodoro. Al caer de rodillas, mi cabello cayó alrededor de mi rostro, envolviéndome en una oscuridad aún mayor. El olor putrefacto asaltó mis sentidos mientras más bilis subía por la parte posterior de mi garganta. A ciegas, me arrastré para encender el interruptor de la luz. *Oh, Dios*. Mi estómago se retorcía con nudos mientras mi cuerpo rechazaba más de lo que había cenado dentro del cuenco de cerámica.

Cerré los ojos y traté de no respirar el olor, sabiendo que solo lo empeoraría. Pequeñas gotas de sudor burbujeaban en mi labio superior cuando surgía más vómito. Inclinándome, me agarré al borde del asiento mientras vomitaba, las puntas de mi cabello cayendo dentro del borde. Mis ojos se abrieron enormemente. Las

lágrimas caían libremente de tanto vomitar y me sentí asqueada al ver mi cabello mezclado allí.

Después de lo que me parecieron diez minutos de vómitos que terminaron con arcadas, me agaché de rodillas sujetando mi estómago acalambrado. El calor se extendió por toda la parte baja de la espalda y me estremecí de dolor. Utilizando la pared, me puse de pie, tambaleándome sobre mis rodillas y caminé hacia la ducha. Me quité el suéter, luego tomé la camiseta y la usé para limpiarme la boca y el rostro antes de tirarla al suelo junto con el resto de la ropa.

Me metí bajo el chorro y suspiré por el calor del agua hirviendo cuando otra oleada de dolor me atacó la espalda. Grité y me preparé, apoyando una mano en las baldosas y la otra en la espalda. Respiré profundamente, jadeando con fuerza mientras maldecía todo lo que sabía y rezaba para que el dolor cesara.

Acurrucada en un ovillo, volví a mi cama con un escalofrío incesante. Miré el reloj y parpadeé. Eran las 3 de la madrugada. Dos horas más antes que sonara el despertador.

El día de mañana sería duro, pero lo soportaría. Cerré los ojos con fuerza. Las lágrimas se filtraron por las esquinas y lloré en una agonía silenciosa mientras me dormía con el sonido de mis gritos ahogados y el dolor palpitante que me golpeaba la espalda.



—¿Entrenador? —dije, golpeando ligeramente su puerta. Kova estaba en medio del papeleo o algo así. Su mano se movía rápidamente sobre el papel que estaba garabateando.

Kova levantó la vista y se quedó de brazos cruzados. Su aspecto era casi tan malo como el mío, y por un momento me pregunté si había ido a casa anoche.

—¿Por qué estás aquí tan temprano?

—Porque quería hablar contigo. Mañana tengo una cita con mi médico ortopédico. Ahora, antes que pienses…

Bajó la mirada sin dejarme terminar y empezó a escribir de nuevo.

—Ya estoy al tanto.

Mi estómago cayó y se apretó. Las palabras de Kova estaban llenas de agravio. Esperaba que no estuviera molesto conmigo.

—¿Cómo lo sabes?

Una pregunta tan estúpida cuando ya sabía la respuesta.

—Tu padre.

—Ah, sí. ¿Qué dijo?

Volvió a levantar la vista, clavándome en el sitio con una mirada irritada. Realmente no creía que mi papá se pusiera en mi contra de esa manera, pero ahora no estaba tan segura.

—Dímelo tú, Adrianna. ¿Hay algo que deba saber?

Mi mandíbula se movió sin palabras. Su descaro me tomó desprevenida.

—No, es que no quería que pensaras que estaba tratando de salir antes de tiempo o de faltar a los entrenamientos o algo así, por eso hice que mi papá se asegurara que todo se hiciera en un solo día. Por eso vine temprano, para poder recuperar algo de tiempo… obviamente no todo el tiempo porque eso no sería posible… pero todo lo que pueda. —dije las palabras tan rápido que no tomé aire. Su mirada larga y silenciosa me irritó. Apoyé las manos en las caderas y dije—: ¿Y bien?

—¿Y bien, qué, Adrianna? —enunció cada palabra con mordacidad.

Tragué con fuerza.

—¿Te parece bien?

—¿Por qué no iba a estarlo? Sería imprudente por mi parte decir que no. Puede que a veces haga cosas cuestionables, pero no soy tan estúpido como para entorpecer tu desempeño.

—Pero estás enfadado.

—No, no estoy enfadado.

—¿Estás enfadado conmigo? —presioné, un poco tímida.

Kova estaba definitivamente enfadado, solo que no sabía por qué. Su tono cortante era como pequeñas agujas pinchando mi piel.

Sus hombros se relajaron y su voz se suavizó.

—Nunca podría enfadarme contigo, *Ria*.

Ria. Solo utilizaba *Ria* para dar a entender su punto de vista.

Incliné la cabeza sutilmente y traté de combatir la sonrisa en mis labios. No quería que se enfadara conmigo. No sería capaz de soportar eso además de todo lo demás.

—De acuerdo, bueno, ahora voy acondicionar.

Me giré para irme cuando la vista de su sofá me llamó la atención. Me detuve a mirarlo, pensando en la noche que habíamos pasado enredados en los brazos del otro y en las palabras que me había dicho Kova. Fue una locura lo que sentí hace años cuando había sucedido. Mis mejillas se encendieron recordando las posiciones en las que estábamos, cómo había añadido presión a mi garganta en el momento justo antes que yo llegara al orgasmo…

—¿*Necesitas* algo? —preguntó, su voz adquiriendo un tono más ronco. No se me escapó el doble sentido de su pregunta.

Tragué saliva antes de responder.

—No.

—No me lo imaginaba.

Capítulo 09

—Tienes un aspecto terrible —dijo Kova una hora después.

Acababa de terminar el acondicionamiento y estaba sudando a mares. Dirigí una breve mirada a mis compañeros de equipo, esperando que no hubieran oído.

—Muy... blanca —añadió.

Mis fosas nasales se dilataron, pero fingí que su comentario no me molestaba. Apoyando las manos en las caderas, desplacé mi mirada hacia la suya.

—Creo que quieres decir pálida. A veces tu ruso saca lo mejor de ti —dije, y Holly se rió.

La verdad es que estaba sufriendo por dentro. Después de salir de su oficina, trepé la cuerda diez veces en posición de pike y realicé tantos abdominales que perdí la cuenta, entre otros ejercicios de tronco que dejaron mis músculos gritando en rebeldía. Ese dolor floreciente en la parte baja de la espalda volvió y fue lo único en lo que pude concentrarme durante la última hora. Se hacía más fuerte con cada minuto que pasaba.

Kova no me respondió, sino que se dirigió al equipo.

—Hoy vamos a hacer acondicionamiento de saltos, también conocido como plyos, que seguro que conocen. Se utiliza para aumentar la fuerza de la velocidad. Sus músculos ejercerán la máxima fuerza y me lo agradecerán después.

Kova llevaba la arrogancia con orgullo. A él le funcionaba.

—Vamos a hacer cambios rápidos de pies, con flexiones y saltos. Mucha fuerza en las piernas. Rápido, rápido ¡golpe!

Kova nos puso en fila en el suelo con una colchoneta doblada de unos diez centímetros de altura frente a cada uno de nosotros. Salté sobre ella y me bajé, con la cabeza recta y tan rápido como pude, asegurándome que mi cuerpo se mantuviera tenso.

—Sube y baja de la colchoneta. Hay que saltar más alto y rápido —gritó Kova. Nos rodeaba como un animal que observa a su presa con su mirada láser dirigida a nuestros pies—. Bien, extiende esos tobillos y salta. ¡Fuera!

Tenía miedo de extender demasiado por temor a empeorar mi lesión.

—Puedes ir un poco más ligera en tu extensión, Adrianna. —Juraría que me había leído la mente. Qué raro. Después de unos minutos, dijo—: Ahora haz lo mismo con un pie.

Mis muslos ardían mientras cambiábamos de pierna de nuevo y procedíamos con la misma técnica. Miré a mis compañeros y todos teníamos la misma expresión de dolor.

—Ya está bien. Ya está bien. Pónganse en fila por aquí. —Señaló la cinta blanca en el suelo.

Me puse de pie con las manos en las caderas y observé cómo Kova añadía dos colchonetas extra en forma de caja a la altura de la cintura y del pecho. Sabía a dónde quería llegar.

Kova nos indicó que saltáramos sobre las colchonetas con las piernas estiradas y juntas. Parecía sencillo, pero no lo era. Nada que pareciera fácil lo era, aunque el suelo tuviera resortes debajo y nos ayudara a impulsarnos.

Uno a uno, saltamos sobre cuatro colchonetas dobladas y espaciadas como si fuéramos pequeños palillos rebotando. Cuando me acercaba al final, me esforcé al máximo y levanté las rodillas para saltar sobre la colchoneta más alta. Inspirando de forma audible, salí disparada para alcanzar la parte superior de la última colchoneta y me agaché sobre ella. *Por fin.* Al saltar, solté un jadeo agotador y volví a la fila, pero no antes de echar una rápida mirada

a Kova para ver si se había dado cuenta de lo fatigada que estaba. Sus ojos ya estaban sobre mí.

—Extiendan, señoritas. Extiendan y salten. Ligero y fácil en los dedos de los pies. Esto tiene que ser lo más limpio posible. Si los niños pequeños pueden hacerlo en las fiestas de cumpleaños, no hay razón para que ustedes no puedan.

Me reí en voz baja. World Cup organizaba fiestas de cumpleaños como la mayoría de los gimnasios. El niño más joven que permitía para una fiesta era de cuatro años, y no saltaban sobre colchonetas tan altas.

—Excelente, señoritas. Esto es lo que quiero ver.

Todos estábamos un poco sin aliento cuando llegamos a la sexta ronda. Miré el reloj y me di cuenta que teníamos otras dos horas de esto. Ya estaba más agotada que el resto de las chicas.

Un cosquilleo en mi garganta seca me hizo toser. Me tapé la boca y luché contra otra tos mientras un sonido ahogado y ronco salía del fondo de mi garganta. Reagan me observó. Se formaron líneas profundas entre sus ojos como si estuviera tratando de entender algo, lo que solo me hizo sentir más insegura sobre mi ataque de tos. Se me apretó el estómago mientras luchaba contra la tos de nuevo. Ofrecí una sonrisa como si todo estuviera bien e inhalé una profunda bocanada de aire y la contuve. Una vez que exhalé, me sentí mejor.

—En la siguiente serie, ponte en cuclillas y toca el suelo con las manos en cada salto. Como saltos de rana sobre las colchonetas.

Respirando por la nariz, vi a Holly ir primero, luego a Reagan, y luego me tocaba a mí. Fallé en la última colchoneta sobre la que tuve que saltar, y lo intenté de nuevo.

—Levanta esas rodillas, Adrianna. —Mis muslos estaban ardiendo y temblando. Casi me doy un rodillazo en la boca—. Bien. Así —añadió Kova.

Como solo éramos unos pocos, los sets pasaron rápidamente, y cada vez me costaba más recuperar el aliento. Evité los ojos

entrometidos de Reagan y miré al frente. Frotando el lado de mi rostro en el bíceps, me limpié el sudor de las sienes.

—Toca el suelo, ¡ahora salta! Otra vez. Toca... toca... toca. ¡Salta! Eso es.

Salté sobre la colchoneta hasta la siguiente, sobre analizando mi realidad. Estaba bien. Estaría bien.

¿Nunca me había esforzado lo suficiente? Siempre había utilizado el agotamiento extremo que experimentaba como motivación. Ahora que sabía lo de la enfermedad renal y el lupus, era mi muleta, y temía la posibilidad de utilizarla como excusa para bajar el ritmo. Sería muy fácil. Pero al igual que todas las veces que había batallado, luchando con mis músculos doloridos y mi fuerza para seguir adelante, siempre me volvía a levantar y me esforzaba diez veces más.

Me pregunté si ahora estaba lidiando con las repercusiones de lo que siempre había hecho.

Saltando del suelo hasta la última colchoneta, subí las rodillas y me agaché encima. Sonreí un poco para mis adentros. Me costó un poco más de energía, pero lo hice.

Mi sonrisa creció un poco más. Solo tenía que aclarar mi mente, eso era todo lo que tenía que hacer. Entonces todo iría bien.

Con las colchonetas dobladas a unos dos metros de distancia de cada uno de nosotros en vertical, Kova dijo:

—Salto grande dos veces, pliegue frontal en la colchoneta, set. Voltéate, salta y regresa a la colchoneta. Vamos.

Respiré hondo, lo solté y me puse a trabajar. Dos saltos y ya estaba girando hacia adelante en el aire en una bola apretada sobre la colchoneta. Mis pies golpearon la colchoneta al aterrizar, y reprimí un gruñido bajo en el fondo de mi garganta mientras el dolor se disparaba en mi espalda. Mi cuerpo se endureció, esperando que el dolor se fuera. Cuando un gimnasta realizaba una voltereta en el suelo, la fuerza de presión era nueve veces mayor que su peso. Cuando realizaba habilidades de acondicionamiento como yo, la

presión era la mitad, pero obviamente lo suficiente como para afectarme.

Tragué saliva, casi con miedo a aterrizar y exhalé por la nariz, diciéndome a mí misma que estaría bien. Se me pasó por la cabeza la idea de aterrizar de puntillas, pero sabía que no había forma de evitar a Kova. Tenía ojos de águila y lo veía todo, lo que a veces era una maldición.

Bloqueando las punzadas en la espalda, volví a recorrer el suelo, saltando de puntillas y dando una voltereta hacia adelante para caer de pie. Contuve la respiración y me agaché, apretando todos los músculos de mi cuerpo. Mis abdominales eran sólidos como una roca y ardían por la tensión de contener el dolor.

En el siguiente pase de acondicionamiento, esta vez, los golpes en la parte baja de la espalda se intensificaron y cerré los ojos con fuerza. Me quedé con la boca abierta y solté un grito ahogado.

—Lo tengo —murmuré para mis adentros.

No había ninguna razón por la que no pudiera dejar de lado mis pensamientos o el dolor y seguir adelante como siempre lo había hecho. Había llegado hasta aquí sin saber que estaba enferma. Había superado los efectos secundarios que traían las enfermedades, además de la lesión de Aquiles, el matrimonio secreto de Kova, mi desgarrada amistad con Avery, el inminente divorcio de mis padres y el descubrimiento de mi verdadera madre. Incluso los campamentos sádicos que había soportado. No había ninguna razón para no continuar como siempre lo había hecho. Si superaba todo eso, podía superar cualquier cosa. Esto era solo otro obstáculo que tenía que superar para poder pasar al siguiente.

Solo que en realidad no lo era. Y eso me asustó. Porque, por mucho que me mintiera a mí misma, seguía sabiendo la verdad y eso me perturbaba.

Miré a mi alrededor. Necesitaba inspirarme en mi entorno. Me agarraba a un clavo ardiendo, necesitaba algo, cualquier cosa. Mi mirada pasó de un compañero a otro hasta que se posó en Kova.

Ya lo estaba buscando, pero él siempre me encontraba primero. En este momento de dudas, con un mar de inseguridades que crecía en mi interior con cada respiración, la atracción era demasiado fuerte para ignorarla. Podía negarlo todo lo que quisiera, pero la verdad era que necesitaba a Kova, y él lo sabía.

Mi pecho subía y bajaba como si hubiera bandas de resistencia que me retuvieran, cada nervio de mi cuerpo buscaba que él me insuflara vida.

El dolor que se apoderaba de mi cuerpo me asustaba.

Él podía verlo.

El miedo agobiante enjaulado por mis costillas me consumía.

Él también podía verlo.

Sus ojos parpadearon con angustia y su cuerpo se movió para dar un paso hacia mí, solo para vacilar. Como si estuviera en su naturaleza protegerme.

Mi corazón se desplomó.

No quería que me mirara como lo había hecho antes. No quería que pensara que me pasaba algo, porque no era así. Seguía siendo la misma Adrianna de siempre, solo que ahora venía con una etiqueta.

No. Tacha eso. No quería una etiqueta.

No quería ser conocida como *esa chica enferma*. Las etiquetas traían compasión, simpatía y contención de los amigos y seres queridos. Una etiqueta era una decepción, y la idea de eso era como una roca ardiente en mis entrañas. No podía soportarlo.

Por mucho que quisiera estar envuelta en sus brazos, escuchando sus reconfortantes palabras, no quería que me ayudara. Necesitaba hacerlo por mí misma y demostrar que podía superar el bloqueo mental. Podía hacerlo, sabía que podía.

—Deja de soñar despierta, Adrianna, y mueve el culo.

Le lancé una falsa mirada plana y puse los ojos en blanco. Sabía que no estaba tratando de ser un idiota a propósito. Solo era su forma de ayudarme, y lo agradecía.

Holly se rió en voz baja. Inclinándose hacia mí, susurró con una sonrisa inocente:

—Está bien. *Todas* soñamos despiertas con él. Créeme.

Sonreí. Si ella lo supiera.

Volví a ponerme en marcha. Cada golpe que aterrizaba disparaba una nueva llama de dolor en mi espalda.

—Golpeen el suelo, señoritas. Aterricen y háganlo bien —nos dijo Kova a todas.

Otro rayo de dolor me atravesó en el momento en que mis pies tocaron la colchoneta. Cerré los ojos por un instante, obligándome a bloquearlo. Y volví a hacerlo.

—¡Rápido! ¡Rápido! Queremos velocidad.

—Siiiii —siseó felizmente—. Así. Pies y rodillas juntos.

—Un poco más limpio, Reagan —dijo—. Parece que estás en cuclillas para orinar. —Kova aplaudió de forma odiosa—. Tenemos cinco rondas más antes de seguir adelante. Vamos por eso, chicas.

Soportando el dolor, me mordí el interior del labio y completé la tarea. Cinco rondas me parecieron una eternidad, pero sonreí para mis adentros, feliz de haberlas soportado.

Nos pusimos hombro con hombro a la espera de la siguiente tarea.

—Ahora vamos a hacer saltos de manos a los que añadiremos un giro hacia atrás. Lo que vas a hacer es pararte de manos en la colchoneta, bajar las caderas y saltar al suelo, luego a la colchoneta donde saltarás hacia atrás. Cuando tus pies toquen el suelo, bátelos en otra parada de manos. Deja que te enseñe.

Kova se acercó a la colchoneta y se puso delante de ella. Se quitó la gorra y la dejó caer al suelo junto a sus pies. Me froté la parte baja de la espalda con la palma de la mano para tratar de calmar el dolor palpitante mientras miraba.

Con los brazos por encima de la cabeza, Kova se puso de cabeza. Su camiseta cayó alrededor de su pecho y reveló su tonificado y plano vientre con un vistazo al tatuaje de los anillos. Bajó las caderas, con los pies golpeando el suelo, y volvió a saltar a la colchoneta antes de saltar hacia atrás y hacer otra parada de manos. Con lo que supongo que eran ochenta kilos de músculo sólido, los resortes rebotaron con fuerza y la vibración del suelo golpeó mis pies. Lo hizo dos veces, mostrándonos exactamente lo que teníamos que hacer, y cada vez la tela de su camiseta rebotaba con él.

—¿Lo tienen? —nos preguntó. Todos asentimos al unísono—. Genial. Pónganse en marcha.

Capítulo 10

Me coloqué en posición de parada de manos y mantuve las palmas de las manos apoyadas en la colchoneta y los dedos abiertos. Inspiré por la nariz y bajé las caderas en posición de pike.

—Baja las piernas más rápido, Adrianna.

Me aseguré de hacerlo la próxima vez.

—Ajusta esas caderas —me dijo Kova—. Rápido. ¡Con fuerza! Lo mismo para ti, Holly.

Seguí sus instrucciones y empujé con más fuerza, apartando de mi mente el creciente dolor. Solo empeoraba con cada golpe contra el suelo. Cuanto más hacía y más rápido iba, más me mareaba.

—Cuatro series más, y luego añadiremos una flexión de espalda.

Gemí para mis adentros. Añadir un giro hacia atrás haría que la habilidad fuera más exigente para mi cuerpo. No era nada nuevo para mí. Había hecho esta serie tantas veces que podía hacerla mientras dormía.

Y lo que es más importante, lo había hecho antes de saber que estaba enferma. No había ninguna razón por la que no pudiera hacerlo ahora.

Me mordí el labio, enfadada por haberme dejado llevar por mis pensamientos.

Bajé las caderas con fuerza y me puse de pie. Lo repetí. Me moví más rápido que antes, impulsada por la agravación. Estaba tan enfadada que podría llorar.

—Bien, Adrianna. Eso es lo que quiero ver. Holly, mira si puedes seguir el ritmo de Adrianna. Tú también, Reagan. Que sea una competición. ¿Quién puede completar la última ronda más rápido, pero más seguro?

Una vez terminadas mis últimas cuatro series, me quedé con las manos en las caderas frente a la colchoneta, sin aliento, mientras esperaba a mis compañeras. Kova se acercó a mí.

—Buen trabajo, Adrianna. Ahora agrega la inclinación. Hazlo fuera de la colchoneta y ajústalo —dijo Kova, y me miró a los ojos.

Asentí, pero mi estómago cayó al suelo. Esperaba que no viera mi preocupación. Añadir la inclinación requería una fuerza adicional, lo que instantáneamente decía un dolor adicional en mi cabeza. Tenía que golpear con más fuerza y usar más los músculos del estómago.

Esto debería ser divertido.

En la primera, vi estrellas. Estrellas de verdad, brillantes y plateadas, que flotaban en mi visión. Sabía que ver estrellas era un signo de deshidratación. Tenía la boca seca, pero no me pareció tan grave. Reduje la velocidad en la segunda para ganar mi postura correctamente y miré a las otras chicas. Volví a frotarme la espalda. Se movían muy rápido sin hacer pausas entre ellas. Como pequeñas máquinas.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Kova en voz baja en medio de mi parada de manos. Me doblé y lo miré.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, sin aliento.

—Para empezar, te sigues frotando la espalda.

—Oh. —Mi mandíbula se movió—. Creo que tuve un tirón muscular o dormí mal o algo así. —Me miró pensativo, pero continué—. No pasa nada. Estoy bien. Todo está bien. Pienso pasar por la tienda después del entrenamiento y comprar algo de esa cosa

Icy Hot ya que no puedo tomar Motrin. Debería hacer el truco. Pero estoy bien.

—Estás *bien* —dijo, en voz baja, solo para que yo lo oyera. Y sabía lo que eso significaba.

Le lancé una sonrisa a Kova, esperando que no dijera nada más.

—Pásate por mi oficina antes de salir hoy.

Mi sonrisa vaciló.

A. La. Mierda. Mi. Vida. Maldita. Sea.

Él lo sabía. Tenía que saberlo.

Asentí y luego se giró para mirarnos a todos.

—Quiero veinte flexiones de manos —ordenó—. Una vez que hayan terminado con eso, después que aterricen la primera flexión hacia atrás —usó su dedo y dibujó un círculo imaginario— Añaden una flexión hacia atrás más, salta, salta a una parada de manos, golpear hacia abajo con dos flexiones. Quiero veinte de estos. Vamos.

Reagan y yo nos miramos. Ambas pensamos lo mismo: Estaba tratando de matarnos.

O tal vez solo a mí. Tal vez sabía que yo había mentido y la única forma de vengarse era a través de sus lunáticos métodos de entrenamiento.

—¡Vamos, chicas! ¡Muévanse! —gritó Kova, aplaudiendo lo suficientemente fuerte como para llamar la atención—. ¡Tenemos horas de trabajo por delante! Esto es solo un paseo por el parque para lo que tengo planeado.

Bajando las piernas, ajuste las caderas y reboté con fuerza clavando los pies en el suelo en una flexión de espalda de pie.

Un calor abrasador reverberó en mi espalda y casi perdí el equilibrio. Jadeé y me palpé justo por debajo de las costillas, donde

casi me consumía todo y pasaba del punto de ser insoportable. Hice una pausa para arquear la espalda e inhalé por la nariz. La bilis se agitó en mi estómago y parpadeé rápidamente un par de veces para aclarar mi mente. Pensé que iba a vomitar. Había ojos sobre mí, pero no eran un par cualquiera. Sabía que Kova me observaba sin siquiera mirarlo. Podía sentirlo.

Me di la vuelta y lo vi. Volvió a observarme con la cabeza ladeada y la mirada concentrada. Kova era un hombre perspicaz y eso solo hizo que subiera aún más la guardia. La forma en que su barbilla se inclinó hacia abajo y hacia un lado provocó un revoloteo en mi pecho.

Tirando de mi coleta, fingí que tenía que arreglarla. Agité mi melena llena de tiza y giré la cabeza para recoger mi cabello, rompiendo afortunadamente la mirada. Me tambaleé un segundo por el mareo, y luego recogí mis gruesos mechones en una bola desordenada. Mis dedos temblorosos buscaron los mechones sueltos a los lados de mi rostro y los peiné hacia atrás, hasta dejarlos detrás de las orejas.

—Bajen las piernas con fuerza, chicas —exigió Kova.

Levanté los ojos hacia él y descubrí que su mirada reflexiva seguía sobre mí. Solo que esta vez, estaba haciendo girar su tonto anillo de bodas.

Mis dientes traseros rechinaron. Ese pequeño acto provocó un rápido cambio en mí. Como si me estuviera provocando, tratando de incitarme a mostrarle de lo que era capaz. No era débil, y tenía que dejar de actuar como si cada pequeña cosa me afectara. Porque no lo hacía.

Me molesté conmigo misma y dije que se jodiera todo. Dejé que todo se fuera, y empecé.

Con cada golpe en el suelo con resorte, me concentré en el dolor y me dije que no ganaría.

Con cada voltereta, alejé el insoportable dolor de espalda.

Nunca en mi vida había sentido algo remotamente parecido.

Empujé más fuerte, más rápido. Me dolía el estómago y podía jurar que el vértigo estaba en el horizonte.

Sin embargo, no me detuve. Ni siquiera cuando sentí que me hundían clavos de cinco centímetros de grosor en el trasero, perseveré.

No quería que me sujetaran. Me negué.

Di vueltas, patadas y saltos, masticando la rabia y escupiéndola con cada serie de flexiones de manos que completaba. Me impulsé a moverme más rápido, a pesar de todo, mientras batía las caderas y clavaba los pies en el suelo, maldiciendo los pedruscos palpitantes que estaban pegados a mí. Me resentía por sentirme así, pero me negaba a permitir que mis emociones controlaran mi tiempo de práctica. Nunca lo había hecho en el pasado, y seguro que no iba a empezar a hacerlo ahora.

Las lágrimas amenazaban con llenarme los ojos y creía que iba a vomitar de la agonía que sentía. No estaba segura de cuánto más podría soportar, pero no me rompería sin darlo todo primero.

Cada segundo era una pura tortura, pero seguí... y seguí... y seguí. No iba a terminar antes de tiempo. Ni siquiera cuando añadí el repliegue extra de la espalda y el ardiente latido era todo lo que podía oír, sentir y ver.

Hoy no, riñones. Hoy no.

Tal vez cuando llegue a casa.

—Ah, ¿Adrianna?

Joder. Mi mano estaba en la puerta lista para empujarla. Estaba tan cerca de irme sin tener que hablar con Kova.

Todo lo que quería hacer era ir a casa y morir.

—¿Sí? —dije sin darme la vuelta. Bajé la cabeza y esperé.

—Necesito hablar contigo.

Mierda.

Me di la vuelta para seguir a Kova, pero ya estaba caminando hacia su oficina. Cinco minutos, me dije. No estaría en su oficina más de cinco minutos y luego me iría.

Estaba sentado en el borde delantero de su escritorio esperándome cuando entré. Impasible, su rostro mostraba impaciencia. Tenía los brazos cruzados delante del pecho y sus hermosos bíceps estaban tensos por la irritación. Podía sentir su emoción sin siquiera tocarlo.

—Siéntate.

Mis ojos se movieron entre las sillas frente a él y el sofá. Prefería no sentarme en el sofá por razones obvias y recuerdos puntuales, pero tampoco quería sentarme en las sillas. Apenas habría espacio para respirar entre nosotros.

Así que me senté en el sofá del sexo.

Solté mi bolso en el suelo y me dejé caer de forma muy poco femenina. Apoyé la cabeza en el cojín como si estuviera en casa y cerré los ojos. Suspiré mientras la poca energía que tenía se alejaba de mí. Era la primera vez que me sentaba en el día.

Bostezando, abrí los ojos y miré a Kova.

—¿Qué pasa, entrenador?

—¿Un entrenamiento duro? —Una esquina de su boca se levantó.

—Podría decirse que sí. —Mis piernas estaban tan adoloridas que me costó mucho esfuerzo solo para ponerme de pie.

—Tan duro que te olvidaste que quería hablar contigo, ¿no?

Bajé los ojos.

—Lo siento. No volverá a ocurrir.

—¿Qué tienes en mente?

Levanté la vista. Su pregunta era más intrusiva que curiosa.

—Nada. ¿Qué quieres decir?

Kova me miró fijamente.

—Adrianna, no nací ayer, así que no me tomes por tonto. ¿Qué te pasa?

Oh, Dios.

Me senté más erguida.

—No pasa nada —dije. Su mandíbula se flexionó pero permaneció en silencio. Intenté volver a dar mi respuesta, esta vez un poco más suave y sincera—. No me pasa nada, solo que tengo muchos problemas. Eso es todo.

Se apretó el labio inferior entre el pulgar y el índice y giró la cabeza hacia un lado, luego negó con la cabeza.

—*Chto-nepravil'no* —dijo en voz baja—. *Chto-nepravil'no. Ya chuvstvuyu eto.*

—¿Qué?

—Algo no está bien. Puedo sentirlo. —Hizo una pausa—. Me estás mintiendo.

Me puse de pie.

—Cree lo que quieras, pero esa es la verdad. Ahora, si me disculpas, tengo que irme.

—Siéntate.

No me senté. Seguí de pie.

—Tengo mucho en mi mente, ¿de acuerdo? Piensa en cuando estuviste en mi lugar y dónde estaba tu cabeza. Lo cerca que estabas de tu maldita meta y el terror que cualquier cosa pudiera salir mal en cualquier momento. —Me toqué el pecho—. Así es como me siento ahora mismo. Estamos tan cerca de tenerlo todo. No me digas que estuviste fresco como un pepino mientras estabas bajo estrés todo el tiempo. No eres tan perfecto. Nadie lo es.

Los ojos de Kova se abrieron ampliamente y se puso de pie.

—¡Hoy casi corro hacia ti, Adrianna! ¡Delante de todos! —gritó. Su voz resonó en la habitación y me eché hacia atrás—. Vi la mirada en tu rostro... en tus ojos. Pude sentirla, sentir que gritabas para que te ayudara. ¿Tienes idea de lo difícil que fue para mí contenerme? ¿Alguna idea? ¿Qué te pasa y por qué no me lo dices?

Miré a mi alrededor con pánico. Estaba demasiado avergonzada para mirarlo a los ojos.

—No hay nadie aquí. Ahora, dime qué te pasa. Por favor. No puedo soportarlo más.

Capítulo 11

Mi pecho subía y bajaba rápidamente.

—No pasa nada —murmuré.

Inclinó su cabeza hacia la mía.

—Me estás mintiendo. —Su voz era baja y controlada—. Pareces enferma, Adrianna. Estás *pálida*, tienes ojeras. Algo está mal. Dame tus llaves.

Me burlé.

—No vamos a volver a hacer eso. Y podría decir lo mismo de usted, *entrenador*. Pareces cansado y tienes bolsas bajo los ojos. No te has afeitado en días y estás constantemente perdido en tus pensamientos. La mayoría de los días te ves absolutamente miserable, pero no te presiono. No invado tu espacio personal. Te doy espacio para respirar.

—*¡Me siento miserable!* La única vez que siento algo es cuando estoy aquí, contigo. Y lo que siento últimamente es desapego y tristeza. Me está carcomiendo. —Sacudió la cabeza—. Deberías empujarme, igual que yo te empujo a ti. Fuera de estas paredes siento adormecimiento. Odio salir de aquí. Eres la única luz que tengo en mi vida, pero ahora mismo solo veo oscuridad en ti y no me gusta.

Mis labios se separaron y mi respiración se hizo más profunda. Se estaba acercando demasiado a mí y eso me aterrorizaba.

—Para —susurré. Pero no lo hizo. Kova se acercó más a mí y yo aspiré una bocanada de aire—. Para —repetí.

—A veces *necesitamos* que la gente nos empuje, Adrianna. Lo queremos. Y creo que tú quieres que te empuje. Igual que yo quiero que me empujes.

Sacudí la cabeza y sentí que las lágrimas brotaban. Tenía razón. Quería que me empujara. Estaba insegura, perdida, asustada. Necesitaba que alguien me sostuviera.

Intenté apartarme, pero Kova me detuvo.

—Estábamos progresando, tú y yo. Y entonces algo cambió en ti y te despertaste como una persona diferente.

—Sí, recordé que estás casado —dije a la defensiva.

Sus vibrantes ojos verdes se oscurecieron y sus párpados bajaron hasta convertirse en ranuras. Moviéndome sobre mis pies, me desvié y miré a la pared. Fue un golpe bajo. No me importaba que estuviera casado. Él lo sabía. Su alianza nunca me había detenido. Y seguro que tampoco lo había detenido a él.

Me giré y lo contemplé. La mirada turbulenta de sus ojos me suplicaba que me abriera a él.

—Lo siento. Me duele la espalda, ¿bien? Me está matando y, sinceramente, es el peor dolor que he sentido en mi vida. Como no puedo tomar Motrin, tengo que lidiar con eso. Pensé que esa mierda de ungüento ayudaría, así que iba a conseguirlo. Eso es todo. ¿Nunca has entrenado con un músculo distendido? No es tan fácil, sabes.

Kova me estudió. Sus ojos recorrieron mi rostro, captando mis rasgos. Le devolví la mirada, esperando que mis palabras fueran suficientes para apartarlo de mí. No era exactamente una mentira, pero tampoco era la verdad. Un tirón muscular no ponía a alguien tan enfermo. No causaba náuseas persistentes, ni fiebre, ni sequedad de la boca. Un tirón muscular no me hacía sentir que me estaba muriendo. O causar constantes dolores de cabeza. No causaba debilidad en todas partes.

—Sé que me estás mintiendo.

Soltando mi brazo, caminó alrededor de su escritorio y abrió uno de los cajones. Después de remover las cosas, sacó un tubo de algo y una caja, y volvió a estar frente a mí.

Miré el tubo de pomada rojo, verde y blanco que me ofrecía. La caja era lo mismo, pero en forma de compresas adhesivas.

—¿Por casualidad tienes eso en tu escritorio? —pregunté, con la voz llena de escepticismo.

—Adrianna, soy entrenador de gimnasia. Siempre estoy preparado. Tengo un montón de cosas en ese cajón. Tómalo.

Apreté los labios y asentí.

—¿Necesitas que te lo aplique? Hoy te he visto tocarte la espalda varias veces. Puede que el gel te resulte difícil llegar a donde quieres aplicarlo, pero las compresas medicinales deberían ser fáciles de aplicar para ti. Simplemente se pegan.

—Creo que puedo hacerlo. Pero gracias.

Traté de alcanzar los artículos, pero él los retiró. Mis ojos se dispararon.

—Déjame hacerlo por ti, por favor. Deja que te ayude.

No había nada más que preocupación genuina en sus ojos. A veces me gustaría que no fuera tan proactivo para asegurarse que estoy bien.

Un suspiro de cansancio salió de mis labios y bostecé. Solo quería ir a casa, pero pensé que esto podría ayudar a sacarlo de encima por unos días.

—No tengo nada para cambiarme. —Todo lo que tenía estaba húmedo de sudor por la carrera de esta mañana. Me negué a volver a ponérmelo.

Se encogió de hombros como si no fuera un problema.

—Te daré una de mis camisetas.

Fruncí el ceño.

—¿Por casualidad también guardas ropa aquí?

—A veces.

Se estaba conteniendo. Ahora quería que presionara. Lo que quería decir estaba en la punta de la lengua.

Pero no lo hice... porque tenía miedo de escuchar su respuesta.

—¿Dejarás que te ayude? —volvió a preguntar.

Asentí.

—Gracias —dije suavemente, y la euforia floreció en sus ojos.

—Vamos a la sala de terapia.

Miré a su sofá.

—¿Podemos hacerlo aquí? Esa habitación está más fría que un iglú.

Sonrió, y casi me quedé sin aliento. No había visto a Kova sonreír en lo que parecía una eternidad y lo echaba de menos. Había olvidado lo mucho que amaba verlo así.

—Si lo deseas.

—Sí, lo deseo.

Hizo un gesto con la mano.

—Toma asiento. Deja que te traiga una camiseta.

Me senté y tiré de los tirantes de mi leotardo, suspirando mientras enrollaba la tela hacia abajo hasta que descansaba sobre mis caderas.

Kova me miró por encima del hombro con una mirada curiosa. Sus ojos se dirigieron a mi pecho. Siempre llevaba un sujetador

deportivo, así que no era nada que él no hubiera visto muchas veces.

—Me encanta quitarme el leo al final del día. Es como quitarse el sujetador.

Una risita salió de sus labios.

—Bueno, no sabría decir qué se siente, pero me imagino que bien, ¿no? —Se volvió para buscar entre sus cosas.

—Es sublime —dije—. La mejor sensación.

Kova sacó una bolsa de lona de un cajón de su archivador y la revolvió. Sin decir nada más, se llevó la mano a la nuca y apretó la tela de su camiseta con la mano y se la quitó. Sacudió la camiseta y me la entregó.

Aparté la mirada, pero no antes de echar un vistazo furtivo a sus abdominales.

—Oh, no. Estoy bien con mi sujetador deportivo.

—Tómala —insistió.

—Está bien, de verdad.

—Adrianna, tómala. —Agitó la camiseta delante de mí.

La agarré.

—Pero ¿qué te vas a poner? —Deslizándola por encima de mi cabeza, mantuve los brazos bajo la camiseta y me quité el sujetador deportivo.

Se encogió de hombros como si no fuera gran cosa.

—Nada. No necesito una camiseta.

Dejando caer el sujetador al sofá, dije:

—Pero no puedes ir a casa sin una.

Se echó hacia atrás. Su rostro se torció.

—¿Por qué no? Es mi casa.

—¿No dirá algo tu esposa?

Me dirigió una mirada árida y poco divertida. Casi me reí de su expresión.

—Adrianna, por favor. Ya deberías saber que no me dirá ni una maldita palabra.

Siempre me pregunté por qué era eso.

—De todas formas, probablemente no estará en casa cuando yo llegue.

Me miró fijamente a los ojos, rogándome en silencio que empujara. Esta era la segunda vez que me engatusaba para que hiciera preguntas.

—¿Cómo deberíamos hacer esto? —Ignoré su petición tácita.

—Solo tienes que darte la vuelta para ponerte de cara al sofá e inclinarte. No llevará mucho tiempo. Solo unos minutos.

Kova se sentó detrás de mí y levantó la parte trasera de la camiseta. La recogí por delante y la sujeté justo debajo del esternón. Cruzando las piernas, me incliné hacia el sofá y apoyé la cabeza en el cojín de la esquina del sofá.

—Señala tu zona de dolor —dijo, y lo hice—. Hmm. Pensé que era mucho más abajo. —Su voz estaba llena de preocupación.

—¿Qué quieres decir?

—Normalmente el dolor de espalda es aquí abajo —dijo, y arrastró su dedo justo por encima de mi trasero—. No en lo alto de las costillas.

—Probablemente no me he estirado lo suficiente. Te dije que también pude haber dormido mal. Solo estoy un poco dolorida.

Kova no respondió. No podía ver lo que estaba haciendo, pero podía oír cómo frotaba el gel entre sus manos justo antes de

aplicarlo. Sus frías palmas tocaron mi espalda y empezó a masajearme el producto con aroma a menta.

Cerré los ojos. Podría quedarme dormida así. El tacto de sus manos se sentía divino mientras aplicaba presión en los puntos dolorosos de mi espalda.

—Esto se siente increíble. —No estaba mintiendo. Realmente sentí que estaba empezando a ayudar. Había temido lo peor antes, pero tal vez era realmente un tirón muscular o algo así.

—Debería empezar a funcionar bastante rápido. ¿Cómo era el dolor?

—Solo una punzada constante, pero diferente a todo lo que había sentido antes. Creí que iba a morir cuando estábamos haciendo los pliegues, cada vez que mis pies tocaban el suelo. Me dejaba sin aliento y me hacía sentir mal.

—Deberías haber dicho algo.

—No es nada que no pueda manejar.

Después de otro minuto más o menos, Kova apartó las manos.

—Bien. Hemos terminado. Esto debería funcionar durante un tiempo. Después que te duches esta noche, pega la compresa donde te duele la espalda. Será mucho más fácil que frotar el gel.

Protesté.

—No —gemí, arrastrando la palabra. Busqué a ciegas detrás de mí la mano de Kova—. Eso se siente tan bien. No me digas que se ha acabado.

Kova se rió y puso su mano sobre la mía. Mis hombros se relajaron cuando sus dedos rodearon los míos y me acurruqué más en su sofá.

—Así es. A menos que tengas alguna otra zona de dolor, eres libre de irte.

Debería levantarme e irme. En lugar de eso, puse su mano en mi hombro y luego toqué la parte superior de su mano.

—Por favor, no te detengas —dije, con mi rostro casi pegado a su sillón. Sonreí perezosamente. Kova se rió y me obedeció, pero segundos después volvió a preocuparse.

—Estás hecha un nudo.

Gruñí cuando me empujó contra la curva del hombro.

—Te dije que había dormido mal.

—Si quieres que te dé un masaje, vamos a la sala de terapia donde puedes tumbarte. Tengo tu camilla allí y puedo darte un masaje completo. Lo necesitas.

—Si me levanto, me voy a casa. Estoy demasiado cansada para otra cosa. Además, estoy muy cómoda aquí. Me gusta este sofá. —Hice un pequeño sonido en voz baja y me contoneé para que siguiera.

Kova suspiró.

—Nunca entenderé por qué aguanto tus pequeñas exigencias de la forma en que lo hago —dijo, pero pude escuchar la sonrisa y la diversión en su voz, y eso me hizo sentir bien.

—Porque me a...

Capítulo 12

Me congelé.

Mis ojos se abrieron de golpe.

Joder.

Joder.

¡Joder!

¿Cómo he podido ser tan estúpida?

Sus dedos se tensaron. Una pausa solemne. Podía sentir la tensión y la electricidad en el aire, y la profunda atracción de oxígeno en sus pulmones como si fuera el mío. Pasaron sesenta segundos de silencio sepulcral. Mi corazón iba a ochocientos kilómetros por hora.

Temblando hasta los huesos, me senté y bajé su camiseta.

—Tengo que irme. —Mi voz salió temblorosa, pero no me importó—. Tengo que irme. Tengo que irme. Tengo que irme. —seguí repitiendo.

Definitivamente, ahora me iba a poner enferma. Me apoyé en un lado del sofá para impulsarme, pero no fui lo suficientemente rápida.

Kova me agarró de las caderas.

—Espera.

Todo mi cuerpo se estremeció. ¡Maldita sea! No podía creer que hubiera dicho lo que dije.

—No, tengo que irme.

Me aparté y me zafé de su agarre, pero me agarró de nuevo y me atrajo hacia él.

—Adrianna, por favor, espera.

La urgencia en su voz no pasó desapercibida. Cada vez me costaba más respirar. Se me cerraba la garganta. ¿Cómo pude ser tan estúpida? Kova no me amaba. No amaba a nadie más que a sí mismo.

—¿Por qué tienes que hacer que me ponga difícil contigo?

Con un firme tirón, me empujó y caí en su pecho. Una bocanada de aire brotó de mí. Automáticamente intenté saltar hacia adelante y alcanzar el sofá como palanca para alejarme.

La vergüenza me inundó. Tenía que irme, pero Kova se negó y me rodeó con sus dos brazos hasta dejarme bien sujeta en su regazo. Me envolvió por completo y acercó su rostro a la curva de mi cuello.

Tenía los brazos apretados a los lados y mi pecho subía y bajaba rápidamente. El calor de su piel y el confort de su cuerpo encendieron el mío. Luché contra su abrazo, pero sus pulgares empezaron a frotarme la cadera y el hombro mientras sus dedos me agarraban con fuerza. El ritmo constante de los susurros rusos contra mi oído calmó mis nervios.

—Kova… —Me tembló la voz—. No quise decir lo que dije. No lo dije en serio.

—*Ria*. —Apreté los ojos.

—Por favor. Quiero irme. —Y rodar por un acantilado y morir.

Pero él me sorprendió.

—¿Recuerdas la primera vez que te llamé *malysh*?

Nerviosa, mis ojos rebotaron por la habitación. Tragué saliva al recordar aquel día, poco después de empezar a entrenar en World Cup.

—Sí —mi respuesta salió en un susurro roto—. Estábamos en la puerta de tu oficina, en el pasillo. Después te echaste encima de mí.

Kova apretó su abrazo.

—Ya habías empezado a afectarme. —Su aliento me hizo cosquillas en la piel—. No podía parar lo que ya sentía por ti y eso me jodía la cabeza cada día, porque cada día crecía mi necesidad de ti. Llamarte *malysh* me parecía tan natural que se me escapaba. Me sorprendió y no podía creer que lo hubiera dicho, especialmente en público. Sabía que tenía que arreglarlo, aunque tú no supieras el significado, y lo que dije después fue más duro de lo que pretendía, pero eso fue porque estaba muy molesto conmigo mismo por el desliz.

—Siempre me he preguntado por qué pasó eso, por qué me llamaste *malysh*, quiero decir.

—La verdad —dijo—. No podía creer que saliera de mi boca. Siempre soy tan controlado, tan meticuloso con todo lo que hago, pero desde el primer día había algo en ti que me desequilibró todo. Soy imprudente cuando se trata de ti. No pienso sino que me muevo por el sentimiento. Sé cuándo me necesitas y sé cuándo me buscas. Tú y yo... Lo que me haces sentir... Lo que tenemos, es enloquecedor. No niegues que no es lo mismo para ti.

Lo mismo para mí.

—Tienes razón al cien por ciento —susurré, aterrada de abrirme a él. Sin embargo, la tensión se aflojó de mis miembros y me relajé bajo su abrazo. Me acurruqué en el pecho de Kova y subí las rodillas, y él me abrazó.

—Así que, *malysh* —dijo, con la voz cargada de emoción—. Ya ves que entiendo que eso te haya salido de forma natural, como a mí. Quiero que termines esa frase.

Giré la cabeza hacia un lado, sorprendida, y levanté la vista. Kova me dirigió una mirada atrevida. Nuestros rostros estaban muy cerca. Este hombre era un auténtico loco. No había ninguna posibilidad que terminara mi frase.

—No.

—Termínala —exigió. Su mirada embriagadora me atravesó el corazón.

Sacudí la cabeza con vehemencia.

—No puedo.

—Nunca entenderé por qué aguanto tus pequeñas exigencias de la forma en que lo hago... —repitió, iniciando nuestra conversación de hace un momento.

Volví a negar con la cabeza. Mi corazón se aceleró tanto que cada vez que respiraba profundamente, el antebrazo de Kova subía con mi pecho.

—Por favor, no —dije. Sentía las mejillas encendidas por el calor que se había colado bajo mi piel. Si lo decía, nos llevaba un paso más allá. No estaba segura de poder soportar eso.

—*Pozhaluysta* —dijo, y por una vez, sabía el significado. *Por favor*.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por razones que no puedo explicar. —Esperó unos segundos y luego dijo—: ¿Por qué aguanto tus pequeñas exigencias?

Por la misma razón que yo aguantaba las suyas, y él lo sabía.

Me lamí los labios nerviosamente y encontré el valor que necesitaba para sacar las palabras.

—Porque... —Tartamudeé—. Porque... me... amas.

Los ojos de Kova brillaron con una emoción que me dejó sin aliento. Sus labios se separaron sutilmente.

—Otra vez —exclamó. Ahora era su turno de respirar profundamente. Nos movimos juntos.

—Porque me amas —dije en voz baja.

Kova se inclinó hacia mí y redujo lentamente la distancia entre nuestros labios. Contuve la respiración mientras se acercaba, hasta que me dio el beso más suave que se pueda imaginar.

Se cernió sobre mí, el aire tangible espeso con palabras no dichas que nunca verían la luz del día. Quedarían entre nosotros. Jadeó mientras presionaba sus labios contra los míos. Incluso la acción más sencilla hacía que el mundo se desvaneciera, permitiendo que la verdadera química entre nosotros creciera aún más. Cuando estábamos solos Kova y yo, sin que el mundo exterior influyera en nosotros, me mostraba quién era. Aunque fuera una simple mirada, el apretón de sus brazos, una acción que expresara sus secretos, lo *veía* y lo *entendía*. Al igual que él me entendía a mí. Decir que me amaba era para él el equivalente a *malysh*.

Kova rompió el beso pero no se apartó. Malditos sean sus ojos y la forma en que me miraba. El calor ardiente me abrió el corazón.

—Debería irme —susurré.

—No, quédate. —Apretó sus dedos contra mí—. No tenemos que hablar más, pero al menos déjame deshacer esos nudos por ti. Dormirás mejor gracias a eso.

Dios, la urgencia en su voz y la mirada de temor en sus ojos me resultaban difíciles de negar. Tuve que preguntarme si admitir su amor por mí era tan intimidante para él como lo era para mí.

—De acuerdo.

—*Spasibo*[3] —dijo—. Déjame hacerlo bien. Iré a buscar el bálsamo a la otra habitación. Quítate la camiseta y ponte boca abajo. Vuelvo enseguida.

[3] – Spasibo. Gracias en Ruso.

Kova me soltó y me levanté. Lo vi salir de su oficina, con un paso marcado por la determinación y unos hombros que recordaban a los de un tigre.

Hice lo que me pidió, y luego me llevé su camiseta al pecho, cuestionándome por qué me quedaba en primer lugar. Irme sería la decisión más sabia.

Tumbada boca abajo en su sofá, suspiré por la suavidad y me di cuenta de lo cansada que estaba. Separé los brazos y los llevé a las costillas. Kova volvió en pocos minutos. Se colocó detrás de mí, en cuclillas con una rodilla a cada lado sin bajar el peso.

En el momento en que sus manos tocaron mis hombros, mis ojos se cerraron. Una respiración celestial se desprendió de mis labios al sentir el contacto de sus hábiles dedos. Sabía exactamente cómo localizar la tensión y amasarla con precisión.

—Deberíamos hacer esto más a menudo —sugirió.

—Me aseguraré de anotarlo. —bromeé—. Apenas tengo tiempo para ducharme, ya sabes. —La idea de encontrar tiempo para un masaje era agotadora en sí misma.

—La vida de un atleta.

—Dímelo a mí.

Kova profundizó y presionó con fuerza y gemí por la presión. Me encantaba.

—Tiene mucha tensión. Hazme saber si te estoy haciendo daño.

—No lo estás haciendo. Me gusta más fuerte... —tarareé de placer—. Se siente bien. Como cuando presionas lento pero profundo, se siente mejor.

Las manos de Kova se detuvieron, y eso me llamó la atención. Sentí los signos reveladores de una risa oculta.

—¿Qué? —pregunté, tratando de mirar por encima de mi hombro.

Él reprimió una risa.

—Dices que se me nota el ruso, pero a veces ni siquiera te das cuenta de lo que dices.

Pensé en lo que había dicho, y en cómo podría tomarse de otra manera cuando finalmente me di cuenta. Mieeeerrdaaaaa. Hablando de reacción retardada. Dios, qué estúpida estaba hoy.

—Oh, demonios. —Me reí, mortificada. Me cubrí el rostro. *Me gusta más duro... se siente bien*—. No estaba pensando.

—Obviamente. Todo lo que se dice inocentemente a un hombre nunca se toma así al principio. Recuérdalo.

—Créeme, ahora lo haré.

Siguió la silenciosa soledad de la habitación y sonreí para mis adentros, feliz que mis planes para la noche cambiaran. Sabía que en el momento en que entrara en mi piso vacío me derrumbaría y lloraría hasta quedar dormida. Lo había sentido durante los entrenamientos y casi lo deseaba. Pero ahora me sentía más ligera, más optimista. No me dolía el pecho y podía respirar con más facilidad. Ya no tenía ganas de llorar, y eso me alegraba mucho. Odiaba llorar.

Sentía que Kova había resuelto mis problemas sin siquiera saber que lo había hecho.

Días como éste me afectaban. Días en los que Kova sabía lo que necesitaba sin que yo tuviera que decir nada. Cuando veía el problema subyacente, podía sentirlo tratando de salir de mí, y entonces tomaba medidas en sus propias manos para ayudarme. Habían sido innumerables las veces que esto había sucedido. Cuando veía lo que yo necesitaba cuando nadie más lo había hecho, y me lo daba por completo.

Para vivir en este mundo escandaloso, intenso y agitado de la gimnasia de élite, todos necesitaban un salvavidas. Alguien al que poder aferrarse cuando los tiempos son difíciles, cuando la vida se siente como algo que lo consume todo o el futuro parece sombrío, podrían ver venir el colapso antes que nadie y estar allí. Todos tenemos a esa persona en la que confiamos cuando no tiene sentido

para nadie más que para esa persona. Que aceptaba todos nuestros defectos e imperfecciones.

Kova era mi salvavidas, lo quisiera admitir o no. No quería ahogarme. Quería mantenerme a flote, y él era mi salvación definitiva. Me aferré a él.

Él era controlador, pero yo era egoísta. ¿Alguna vez le di lo que necesitaba? ¿Incluso una vez?

No quería pensar en mi respuesta.



Abrí los ojos, cansada y un poco desorientada. Bostezando, miré alrededor de la habitación en penumbra tratando de averiguar dónde estaba y por qué estaba tan agarrotada.

Frente a mí, Kova estaba dormido en su silla de cuero. Tenía las piernas abiertas con una pierna estirada y la otra doblada, la mandíbula apoyada en el puño y seguía solo con los pantalones cortos y nada más. Lo observé durante unos instantes, en silencio. Mi mirada se dirigió a cada uno de los rasgos de su bello rostro cuando noté la tensión tejida entre sus cejas negras. Las líneas implacables se dibujaban en las esquinas de sus ojos, y sus gruesas pestañas formaban medias lunas en sus mejillas. Incluso mientras dormía, tenía algo en mente.

Kova se revolvió y sus ojos se movieron bajo los párpados. Respiró profundamente y exhaló. Debió sentir que lo miraba fijamente.

—Hola —le dije. Me dio una sonrisa perezosa que era tan condenadamente caliente—. No puedo creer que me haya quedado dormida. Debiste haberme despertado.

—Parecía que necesitabas el descanso. No quería despertarte.

La voz somnolienta por la madrugada era sexy en Kova.

—¿Pero no necesitas ir a casa?

—No te preocupes por eso. Parecía que ayer estabas luchando con algo. Quería estar ahí para ti, aunque fuera para que durmieras.

Fruncí el ceño, medio agradecida, medio confundida. ¿Qué clase de esposa era Katja para no buscar a su esposo, y mucho menos para dejarlo dormir en otro lugar? No tenía sentido para mí.

—¿Qué hora es? —pregunté.

Kova se miró la muñeca. Tuve el repentino deseo de ir hacia él y sentarme en su regazo. Quería hundirme en su calor, sentir nuestros pechos desnudos apretados y volver a dormir.

—Son casi las cinco —dijo.

Estiró los brazos por encima de su cabeza. El tatuaje de los anillos olímpicos que tanto me gustaba en sus costillas se contraía con cada tirón y movimiento de su cuerpo en forma. Me observó mientras lo miraba. No creo que me canse nunca de mirarlo.

—¿Cómo se siente tu espalda?

Pensé en la agonía de ayer y en si sentía lo mismo esta mañana. Le ofrecí una pequeña sonrisa.

—Está bien. No tan mal como antes.

Mi vejiga estaba a punto de estallar cuando me senté.

—Tengo que ponerme en marcha… Hoy tengo mi cita a la que no puedo llegar tarde. —Volví a bostezar—. No puedo creer el tiempo que he dormido. Siento que podría dormir hasta mañana.

Kova asintió y se puso en pie, el crujido de sus rodillas resonó en toda su oficina. Se dio la vuelta, juntó los dedos detrás de la cabeza y se estiró una vez más. Me quedé mirando su musculosa espalda mientras se flexionaba con fuerza, y luego dejé caer mi

mirada hacia los dos pequeños hoyuelos que tenía sobre el trasero. Konstantin Kournakova era un dios ruso que caminaba y respiraba. Las ganas de envolverme en él eran aún más fuertes, pero aparté la mirada y me coloqué bien su camiseta.

—Hace mucho frío aquí. ¿No tienes frío?

—No —dijo entre ligeras risas—. No conoces el frío hasta que has estado en Rusia. Allí hace mucho frío.

Una sonrisa de cansancio se formó en mi rostro. Probablemente tenía razón.

—¿Lo extrañas?

—¿Extrañar qué?

—Rusia.

Mirándome a los ojos, contempló su respuesta.

—Sí. Hace mucho tiempo que no he vuelto. Me encantaría volver en un futuro próximo, pero no para vivir.

—¿Por qué no para vivir? —pregunté, curiosa.

Hizo rodar el labio inferior entre los dientes antes de responderme.

—Ya no hay nada allí para mí. Todo lo que quiero está aquí.

Mi estómago se hundió, una señal para ponerse en movimiento.

Gimnasia. Katja. Yo. Posiblemente en ese orden.

Sentí que esta era otra de esas preguntas para empujarlo, y no estaba dispuesta a eso, al igual que no lo había estado antes. Había demasiadas probabilidades y no quedaba suficiente energía para manejarlas.

Debió percibir mi indecisión, porque continuó.

—Permíteme reformularlo. Todo lo que quiero está aquí en esta habitación.

Todo el aire abandonó mis pulmones. Parpadeé un par de veces y me puse de pie con mi bolso en la mano. Elevé una rápida plegaria a Dios para que frenara los latidos de mi corazón.

—Nos vemos mañana. Gracias por todo —dije, y añadí una pequeña sonrisa para sellar mis palabras.

Él asintió.

—Espera. Deja que te dé algo.

Mi ceño se frunció de asombro al ver que Kova abría su archivador y metía la mano hasta el fondo detrás de todas las carpetas.

Mis labios se separaron por lo que sacó.

—Léelo luego.

Capítulo 13

Nuestro cuaderno.

Lo había olvidado por completo, pero entonces recordé. Me acerqué a él.

—Espera. ¿De dónde has sacado esto? Lo último que recuerdo es que lo puse en mi mesita de noche.

Volvió a cerrar el archivador y me lo entregó.

—Me di cuenta cuando estuve en tu casa en mi cumpleaños. No parecías muy dispuesta a devolvérmelo pronto, así que lo tomé. Tenía algunas cosas que necesitaba desahogar.

Contemplé el cuaderno, preguntándome qué había escrito y cuándo lo había hecho. Que necesitaba desahogarse.

—Ni siquiera recuerdo lo último que escribí en esto.

Kova sonrió y sus ojos brillaron con diversión.

—Fue... pintoresco, por decir lo menos. —Su sonrisa creció—. Vuelve a leerlo cuando tengas un momento. No esperaba que esas palabras salieran de tus labios, eso es seguro. Tampoco puedo decir que no las mereciera. Me gustó bastante esa faceta tuya.

Oh, hombre. Mi mente retrocedió a la última vez que lo tuve en mi poder y a lo que había escrito. Abrí las páginas pero Kova me detuvo.

Tenía razón, tenía que irme. Asintiendo, dije:

—¿Hablaremos después de mi cita?

Su cabeza se inclinó hacia un lado. Kova me miró. Apenas podía ver el brillante color esmeralda de sus ojos. Finalmente, asintió.

Apretando el cuaderno contra mi pecho, reajusté la correa de mi bolso y lo sujeté con fuerza. Salí de su oficina, arrojé el bolso y el cuaderno en el asiento trasero de mi camioneta. No podía esperar a ver lo que había escrito.

A última hora de la tarde, me senté en la camilla del paciente y escuché a la doctora repasar los resultados de la ecografía que acababa de hacerme en el Aquiles.

Por algún milagro, y para mi sorpresa, no había tenido ningún desgarro nuevo, solo las mismas microdesgarraduras de antes que eran un poco más profundas, junto con algo de inflamación. No podía creerlo. Creía que me había desgarrado.

—Pareces sorprendida —dijo la doctora.

—Eso es porque lo estoy. Pensé que me había desgarrado algo más, o algo peor. Fue realmente malo. Apenas podía caminar. Estaba preparada para dar guerra.

—Bueno, no estás lejos de desgarrarte el Aquiles por completo. Toda esa tirantez y el ardor que sientes se deben al exceso de uso, lo cual es completamente normal para una atleta de tu nivel dado el deporte que prácticas. Una vez que termine la temporada, te sugiero encarecidamente que programemos una intervención quirúrgica para reparar los desgarros y dar a tu lesión el tiempo adecuado para curarse. No veo que dures otra temporada con esto.

Es mejor repararlo mientras podamos, lo que significa menos tiempo de curación que si te lo desgarras por completo.

Me senté mirando sin pestañear a la doctora. Después de esta temporada, después de las Olimpiadas, si llegaba tan lejos, debía empezar la diálisis. Después de esta temporada, pensé en la universidad. Después de esta temporada, quería seguir intentando competir.

Podía sentir cómo se me escurría la sangre del rostro, sentir el frío que se colaba en mis huesos ante lo que me deparaba el futuro. No me gustaba.

La doctora me miró.

—¿Está todo bien?

Mi mandíbula se estremeció.

—Ah, sí, está bien. Hace poco descubrí que también necesitaré diálisis después de la temporada, y estaba pensando en cómo voy a encajar una cirugía además de eso ahora. Al final voy a necesitar un trasplante —dije. Las líneas se formaron entre sus ojos—. Tengo una enfermedad renal en fase cuatro.

Esta vez las cejas de la doctora se elevaron hasta la línea del cabello y sus ojos se abrieron ampliamente.

—¿Tienes una enfermedad renal en fase cuatro, y todavía estás compitiendo? —Asentí y ella silbó en voz baja—. Yo no me preocuparía por cómo vas a ser capaz de encajar todo. Teniendo en cuenta el deterioro de tu salud, me reuniría con tu equipo de médicos y diseñaría un plan. Es manejable.

Mis hombros se hundieron. El alivio me recorrió y sonreí.

—Gracias.

—Si aún no estás en diálisis, ¿estás tomando medicación? ¿Esteroides?

—Oh, sí. Tomo un montón de pastillas al día solo para sobrellevar la situación.

Busqué en mi bolso y saqué la tarjeta con la lista de mis medicamentos. Se la entregué a la doctora y sus ojos la recorrieron. Papá había dicho que la doctora podría preguntarme qué estaba tomando y que llevara el papel en lugar de tener que cargar con los frascos. Fue una buena idea.

—¿Tienes una infección? Estás tomando algunos antibióticos.

Asentí.

—Tengo una infección de riñón. Una mala me dijeron. —Parpadeé cuando me di cuenta. Mi mandíbula se abrió—. ¡Soy tan estúpida! He tenido un dolor terrible en la espalda hasta el punto que he estado mal del estómago. Olvidé por completo que tengo una infección renal. Pensé que era un efecto secundario de los medicamentos o la falta de apetito que he tenido. —Sacudí la cabeza para mis adentros, sintiéndome tan tonta por haberme olvidado de esto—. No puedo creer que lo haya olvidado —dije en voz alta.

—Es natural que algo se te olvide dada tu situación, especialmente en tu posición. No te castigues por eso. Dicho esto, te sugiero que estés en contacto permanente con tu especialista y le hagas saber al doctor el dolor que padeces. Si estás tomando medicación, la infección ya debería haber empezado a desaparecer. Además, no puedes tomar esteroides una semana antes de cualquier inyección de plaquetas, en caso que necesites otra, así que tendremos que planificar eso. Ahora mismo estás tomando unos cuantos.

Mis dientes mordieron mi labio inferior. No había pensado en eso y ahora me sentía aún más estúpida por no haberlo pensado antes. Solo sabía que no debía tomar los antiinflamatorios.

Estaba en un aprieto.

La doctora me sugirió que siguiera con las sesiones de blading con Kova, según fuera necesario, y con la típica terapia de hielo que tanto temía. Me recordó que me mantuviera alejada del Motrin, y le prometí que pediría una cita una vez terminada la temporada en caso que todo siguiera como hasta entonces.

Pan comido.

Una vez que volví a mi camioneta, llamé a papá para contarle sobre el dolor en mis riñones y lo mal que estaba. Le había prometido no omitir nada. Llamó al Doctor Kozol por otra línea mientras yo esperaba. Después de tres minutos, volvió y me dijo que fuera a verlo inmediatamente.

Una hora más tarde estaba sentada frente al doctor. Lo rodeaba una amabilidad muy acogedora que me hizo sentir a gusto. Ya había dado una muestra de orina, me habían sacado sangre y me habían hecho una nueva ecografía de los riñones justo cuando entré. El técnico tomó fotos y midió el tamaño de mis riñones y mi corazón. Miraba la pantalla mientras desplazaba el dispositivo, tratando de ver algo, pero todo lo que veía eran masas blancas y negras que se hinchaban y luego se encogían. No tenía ni idea de lo que estaba viendo.

El Doctor Kozol revisó las pruebas y luego fue directo al grano.

—Adrianna. Cuéntame qué ha pasado y no te olvides de nada.

Sonreí y miré la carpeta que tenía en la mano, luego procedí a contarle todo… cómo me he sentido desde que salí de su oficina hace unas semanas, cómo vomité, lo terrible que ha sido mi espalda, los dolores de cabeza y de pecho, la fatiga que me hacía sentir como una mujer frágil de noventa años. Le dije que creía que la medicina me estaba dando temblores y que tenía noches en las que dormía como una muerta y otras en las que los ojos me temblaban por la falta de sueño.

—Apuesto a que han sido unas semanas duras para ti… Un par de meses duros, ¿no?

Me reí ligeramente.

—Sí, se podría decir que sí.

—¿Cómo estás llevando todo?

Me encogí de hombros.

—Sinceramente, no hablo de eso. Me lo guardo para mí. Es más fácil así.

Su cabeza se inclinó hacia un lado y me miró.

—También es muy poco saludable embotellar tus emociones.

—Entreno cerca de cincuenta horas a la semana con toneladas de acondicionamiento. Eso ayuda.

—¿Tomas alguna otra medicación que yo desconozca? ¿Algún medicamento de venta libre o con receta? ¿Antiinflamatorios?

Sacudí la cabeza y le expliqué que ya no podía tomarlos debido a mi Aquiles y al blanding. Me miró la pierna.

—Tienes apenas diecisiete años y te estás cayendo a pedazos.

Esta vez solté una profunda carcajada.

—Dímelo a mí —dije, y sonreí.

El Doctor Kozol colocó la carpeta en el mostrador y luego se volvió para lavarse las manos.

—En este momento, tu sistema inmunológico es débil, lo que significa que tu cuerpo es una fiesta. Si no descansas como es debido, tu cuerpo retrocederá, lo que claramente está haciendo. —Se secó las manos y se puso un par de guantes de látex—. Aunque hay medidas preventivas que podemos tomar para ayudar a reducir tus brotes y molestias, en última instancia, necesitarás un tratamiento más intensivo. Los resultados de tu orina muestran un ligero aumento de proteínas, pero nada que me preocupe demasiado todavía. —Se sacó el estetoscopio del cuello y se puso los auriculares en los oídos—. Respira profundamente. —Movió el instrumento—. Otra vez —dijo, escuchando mi pecho. Se apartó y me miró—. El lupus es un adicto al trabajo. Puede causar dolores de cabeza y pérdida de peso, a veces fiebre baja. Dolor en las articulaciones. Más o menos lo que estás experimentando ahora. Pero junto con la enfermedad renal, necesito estar al tanto de todo lo que estás enfrentando en todo momento. Aunque te parezca poco, podría significar más para mí. Me hubiera gustado que te pusieras en contacto conmigo antes por lo de la infección renal. La ecografía muestra pequeñas piedras, y por eso tienes el dolor que tienes. —Se movió a mi espalda—. Respira profundamente... Otra vez... Otra

vez. —Se inclinó hacia mí, con las cejas fruncidas—. Hazlo una vez más para mí. —Hizo una pausa—. ¿Otra vez?

—¿Cálculos renales? —respondí en voz baja.

—Son pequeños y fácilmente transitables, pero lo suficientemente grandes como para causar dolor. También son manejables, así que no hay de qué preocuparse. Aumenta la ingesta de agua y te daré algo para el dolor, también te ayudará a deshacerlos.

El Doctor Kozol se apartó y colocó el estetoscopio alrededor de su cuello.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—Mencionaste un dolor en el pecho, que estoy seguro que en un momento dado probablemente imaginaste que era por sobre esfuerzo en la práctica. —Por supuesto que sí. Asentí—. El lupus causa inflamación alrededor de tus pulmones, pero ahora mismo, puedo escuchar el débil sonido del fluido rallando alrededor de ellos.

Mis ojos se abrieron ampliamente. Cálculos renales. Más proteínas en mi orina. Líquido en mis pulmones. Esto tenía que ser una broma cruel. ¿Cuántas manos de mierda más se me podían repartir? Por supuesto que me tocaría el “highflyer” de las autoinmunes. Así era mi vida.

—¿Tengo neumonía?

—No. A veces se acumula líquido entre los pulmones y el pecho. Se llama derrame pleural y normalmente desaparece por sí solo.

Exhalé un fuerte suspiro, sintiendo que mi corazón se aceleraba. El pánico me invadía por dentro, pero intentaba mantener la calma mientras el Doctor Kozol seguía hablando.

—No es malo, pero es algo que tenemos que vigilar ya que puedo oírlo. Cambiaremos la medicina y aumentaremos la dosis. En cualquier momento que te duela el pecho, tienes que sentarte y

respirar. Estás presionando demasiado, Adrianna. Ordenaría reposo en cama, pero algo me dice que no aceptarías el consejo.

—¿Por qué siento que viene un pero? —dije.

Los labios del Doctor Kozol se aplanaron. Me miró con atención y respiré profundamente.

—Tu padre ha dicho que empezarás la diálisis cuando termine la temporada de gimnasia. Estoy muy en contra de eso, como sabes. Hay que firmar una renuncia a un tratamiento médico recomendado. Hay demasiado riesgo, sobre todo porque aún no hemos podido encontrar un donante compatible.

Me sobresalté.

—¿Un donante compatible? Espera un momento. ¿Quién se hizo la prueba? —No sabía nada de eso.

El Doctor Kozol tomó mi expediente y revisó algunos papeles. Me miró.

—Tu hermano y tu madre biológica. Ninguno de los dos son compatibles. Se espera que tu padre sea examinado pronto.

Capítulo 14

Hice caso a mi cuerpo... y al médico... y me tomé un día de descanso.

Llamé a Kova después de salir del consultorio del doctor y le dije que los desgarros eran más profundos, pero que no se habían desgarrado del todo. También le dije que me seguía doliendo la espalda y que quería descansar. Para mi sorpresa, se apresuró a complacerme. También me dijo que solo tenía un día y que esperaba verme a primera hora de la mañana siguiente. Me reí. Típico de Kova, pero me pareció bien.

Como me había quedado en casa, me tomé uno de los analgésicos antes de dormirme. Me desperté sintiéndome mucho mejor. Era como si tuviera un cuerpo nuevo y me encantaba. Dormí casi todo el día, solo me desperté para comer y tomar mi medicina antes de volver a dormirme. Estaba agotada, sin darme cuenta de lo mucho que mi cuerpo necesitaba el descanso. En realidad fue una bendición, porque me impidió pensar demasiado en el hecho que aún no había encontrado un riñón compatible.

También me tomé el tiempo para escribir en el cuaderno que Kova y yo compartíamos. Había planeado releer lo que había escrito, junto con las respuestas de Kova, pero decidí que no lo haría. No quería revivir el pasado por el que sentía tanta hostilidad y, puesto que estábamos en una situación bastante buena, no veía el sentido de volver a traer a mi vida esas áreas de negatividad. Lo único que haría sería despertar viejas emociones que había dejado de lado. Así que tomé las páginas y las até fuertemente con cinta de embalar. Había que cortarlas por los bordes para poder leerlas. Luego pasé a

una nueva página y le escribí una nota sincera que le entregaría al día siguiente.

Ojalá supiera por qué te estoy dando poco a poco otra oportunidad y dejándote entrar de nuevo. Lo único que sé es que ese odio me estaba endureciendo el corazón y seguiría ocupando hasta el último centímetro de espacio cuanto más tiempo pasara sin dejarlo ir. Me di cuenta que no es sano, y no puedo permitirme nada de eso en este momento.

No creo que seas una mala persona. Solo creo que tomaste decisiones cuestionables con la intención de tener buenas intenciones solo para que se volvieran en tu contra. Eres un arma de doble filo.

Ojalá supiera por qué quiero estar cerca de ti todo el tiempo.

Ojalá pudiera entender por qué te busco cuando estoy sola.

No puedo explicar este sentimiento en mi corazón que solo tú me das. Probablemente suene tan estúpida y juvenil, pero no siento esto por nadie.

Por favor, te pido que no vuelvas a hacerme daño. Esa ruptura que viví fue causada por ti, y sin embargo eres tú quien está colocando poco a poco las piezas en su sitio. Sé que lo estás intentando, pero yo también.

Al día siguiente entré en la sala de la cafetería y fui directamente a la nevera por la bolsa de plástico que había traído esta mañana. Mi almuerzo era seguro para mis riñones, y había empacado jugo de fibra de trigo para beber para ayudar a romper los cálculos renales.

Me senté y desaté la bolsa de plástico, e hice una mueca cuando miré adentro. Mi manzana roja cayó al suelo mientras empujaba la bolsa con fastidio. Dejé caer la cabeza entre las manos. No tenía apetito. No quería comer. Y definitivamente no estaba de humor para esta comida.

Levanté la cabeza y temblé, entonces recordé que Kova tenía una chaqueta con capucha en su oficina. También me di cuenta que era el momento perfecto para colocar el cuaderno en su escritorio con la excusa de conseguir su chaqueta.

Mis pies descalzos estaban helados contra la baldosa mientras me levantaba y caminaba para agarrar el cuaderno de mi bolso. Luego me dirigí por el pasillo a la oficina de Kova y empujé la puerta para abrirla. Su aroma impregnaba la habitación y aspiré el olor a canela oscura y a tabaco cítrico. La luz del sol se colaba a través de las persianas mientras caminaba alrededor de su escritorio. Me agaché, abrí su cajón inferior y metí el libro debajo de un montón de archivos, asegurándome que estaba cubierto antes de cerrar el cajón.

Agarré la chaqueta con capucha que había en el respaldo de su silla, me la puse y me dirigí a la salida de su oficina.

—¿Qué haces en la oficina de mi esposo?

—¡Oh! —Salté y me agarré el pecho—. Katja. No te había visto allí. Me has asustado. Hola.

Inclinó la cabeza y puso una expresión de superioridad en su rostro que fingí no notar. Sus ojos recorrieron mi cuerpo y luego volvieron a los míos.

—¿Y por qué llevas su chaqueta? —Frunció el ceño.

Mi barbilla se inclinó, sin estar preparada para su tono desafiante. Miré hacia abajo. Esto definitivamente no se veía bien, pero tampoco se veía mal. Intenté pensar en algo rápido para calmar su actitud. La *chaqueta* de Kova, con el acento como lo había pronunciado Katja, me llegaba casi a las rodillas y me mantenía caliente. No me lo iba a quitar solo porque ella estuviera delante de mí.

—Ah, solo estaba…

—Veo que has encontrado mi chaqueta, Adrianna. Bien.

Mis ojos se abrieron ampliamente y se fijaron en los de Katja. Ella se enderezó, con la espalda rígida como una tabla y los hombros erguidos.

Miré más allá de ella y vi a Kova acercándose a nosotros. Me quedé clavada en mi postura cuando capté la mirada de "llévatelo" en sus ojos.

—Lo hice. Gracias —respondí en voz baja, sin saber a dónde iba esto. Se detuvo al llegar al lado de su esposa y colocó su mano en la parte baja de su espalda.

—Allo[4], Katja. —No sonrió.

Lo miró intensamente.

—Konstantin. ¿Por qué lleva tu ropa? —preguntó, levantando la palma de la mano, con los dedos apuntando hacia mí como pequeños cuchillos afilados.

Lo miré, esperando escuchar yo misma su respuesta.

—Adrianna no se sentía bien y dijo que tenía frío. Estuvo enferma hace unos días, así que le dije que consiguiera mi chaqueta y descansara en la sala de terapia.

Interesante.

—¿Por qué no enviarla a casa si está enferma? —preguntó. Su voz era aguda, afilada y de plano molesta—. Ella va a contaminar a todos los demás, incluido tú. Y sabes que no puedo enfermarme ahora mismo.

No era una enfermedad andante, por el amor de Dios.

De acuerdo. Técnicamente hablando lo era, pero ellos no lo sabían. Y no era contagiosa.

[4] Allo. Hola en Ruso.

Kova ladeó la cabeza. Su expresión, la mirada en sus ojos, gritaba sentido común. Reprimí una sonrisa y miré al suelo. Conocía esa mirada y casi me sentí mal por ella.

—Tenemos una semana muy importante por delante, que ya te he mencionado. No tiene tiempo para descansar.

Volví a mirar hacia arriba mientras Katja ponía la mano sobre su corazón. El brillante diamante era más grande que su nudillo. Quería torcer ese dedo hacia atrás.

—¿Pero qué pasa conmigo? Sobre lo que hemos hablado.

—¿Y tú? —replicó.

Me contempló con amargura en su mirada de acero. Mis cejas se inclinaron una hacia la otra con profundas arrugas.

—Esto no es lo que acordamos —dijo Katja, y luego volvió a mirarme como si intentara decir algo sin pronunciarlo. Su mirada siguió a la mía y se dio cuenta que yo había vuelto a mirar su enorme anillo de boda y su alianza.

Aparté rápidamente la mirada, pero era demasiado tarde. Ni siquiera era tan bonito. Solo un tonto círculo y una fina banda.

El aire entre los tres se convirtió en un silencio incómodo. Yo era la tercera rueda. Levantando el pulgar, di un paso atrás y dije:

—Voy a descansar ahora...

Los dos me miraron. Me di la vuelta. La mirada de Katja me dejó una sensación inquietante y no me gustó nada.

—Ah, ¿Adrianna?

Me detuve y miré por encima del hombro.

—¿Sí?

—No más de una hora.

Maldita sea.

—Sí, entrenador.

Sabía que Kova solo intentaba cuidar de mí y lo agradecía, pero Cristo en un palo, iba a morir de hipotermia en la sala de terapia antes que de enfermedad renal.

Un poco dramático, pero realmente odiaba tener frío. Lo despreciaba más que nada.

Acurrucada en un apretado ovillo bajo la *chaqueta* de Kova, me castañeteaban los dientes mientras contaba los segundos que faltaban para que terminara mi condena. Tenía los dedos de los pies congelados y lo único que me aliviaba era el fuerte olor de Kova impregnado en las fibras de su chaqueta. Me refugié más en su chaqueta.

No duré toda la hora. Entre la sala estéril y el idioma ruso recortado que se escuchaba por el pasillo, necesitaba salir de allí y volver al gimnasio.

Volví a la cafetería para limpiar lo que había dejado en la mesa antes de dirigirme a los vestuarios. Me quité la chaqueta de Kova, la doblé y la metí en mi bolso. De ninguna manera iba a llamar a la puerta de su oficina para devolvérsela ahora. No desde que Kova y Katja habían estado discutiendo desde que entraron en su oficina. Parecía que estaban en guerra entre ellos. Al menos eso es lo que había deducido. Ninguno de los dos daba marcha atrás. Mientras la voz de Katja subía y bajaba, la de Kova se mantenía en el espectro opuesto.

Di un paso para salir del vestuario y dudé al oír la voz desenfrenada de Kova. Contuve la respiración y esperé un poco más hasta que me pareció que no había moros en la costa.

Debería haberme escondido.

Una fuerte bofetada resonó en el pasillo. Inspiré y apoyé la espalda en la pared, debatiendo si debía correr o no. Supuse que Kova había recibido una bofetada. No quería estar allí cuando todo terminara.

Expulsando una respiración nerviosa, me decidí por correr de nuevo hacia el gimnasio cuando una estridencia de palabras en ruso sonó al mismo tiempo que la puerta se abría de golpe.

Dios mío, mi corazón. La espalda se me puso rígida, los pies clavados en su sitio cuando Katja salió furiosa de la oficina. La puerta se estrelló contra la pared detrás de ella y rebotó. Se detuvo en sus tacones cuando me vio.

Nuestros ojos se cruzaron. Tenía un aspecto francamente asesino. El ritmo de mi corazón se aceleró hasta alcanzar un nivel insalubre, latiendo con tanta fuerza que podía oírlo en mis oídos. Su impresionante y etéreo rostro se contorsionó en una furia de aborrecimiento, convirtiéndose en algo que nunca esperé que pareciera. Me miró con el ceño fruncido antes de escupir algo en ruso y marcharse.

Todo sucedió muy rápido.

Intenté repetir las palabras en mi cabeza para poder buscarlas más tarde, pero mi cerebro no podía procesarlas al ritmo que ella las había dicho. Lo dijo muy rápido. Creo que ni siquiera se tomó un respiro. Era como una gigantesca frase rusa atropellada y chillona.

Observé en silencio cómo salía del edificio. Un sonido sordo detrás de mí atrajo mi atención y miré por encima del hombro.

Kova estaba estirando la mandíbula, ahuecando un lado mientras se lo frotaba. Divisé la huella roja de su mano en la piel.

Nuestras miradas se cruzaron y me sorprendió su reacción. Parecía... triste, y eso me confundió. Sentí lástima al mirarlo cuando no lo merecía.

Sin pensarlo, me acerqué a donde él estaba y arrastré suavemente mis nudillos por el lado que había abofeteado.

—Lo siento —dije en voz baja.

Sus ojos se suavizaron. Pensé que se enfadaría por haber oído y visto lo que había hecho, pero no me pareció así en absoluto.

Kova me tomó la mano, y sus cálidos dedos presionaron mi fría palma. Mi estómago se hundió cuando me acercó hasta que estuvimos a pocos centímetros de distancia. Me miró profundamente a los ojos.

Por un momento quedamos suspendidos en el tiempo, olvidando dónde estábamos o que alguien podía vernos. Me di cuenta que no era la primera vez que esto ocurría. Últimamente ocurría más y a ninguno de los dos parecía importarnos. Nos estábamos acomodando demasiado y volviéndonos imprudentes.

Kova se llevó mis nudillos a los labios y los besó suavemente. Tragué con fuerza, luchando por apartar mi mirada de la suya. Mis dedos se enroscaron en los suyos antes que soltara nuestras manos.

—¿Problemas en el paraíso? —pregunté, con un tono amable.

Y así, sus hombros se relajaron y se puso a mi lado.

—Probablemente me lo merecía —dijo.

Asentí y él se río.

En voz baja, solo para que me oyera, dije:

—Puse el cuaderno en tu escritorio bajo un montón de carpetas verdes.

Levanté la vista esperando que respondiera. En lugar de eso, bajó la cabeza una vez y capté el más leve indicio de una sonrisa.

—¿Kova? —dije mientras girábamos la esquina.

—Hmm…

—¿Por qué has mentido por mí?

Kova se detuvo en la puerta del gimnasio e inclinó su cuerpo hacia mí.

—A veces, Adrianna, hacemos cosas no por nosotros mismos, sino por necesidad de los demás.

Capítulo 15

Con los ojos muy abiertos, miré a mi alrededor. Había fotógrafos por todas partes y no había ni un asiento vacío en la sala. Caos y entrenadores. Gimnastas y ansiedad.

Kova se puso en cuclillas frente a mí, con el material negro de sus pantalones de vestir estirado sobre las rodillas. Miré su palma abierta.

—Dámela —insistió en voz baja. Le entregué mi cinta deportiva—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué te tiemblan las manos?

Miré mis dedos. Había estado tentada varias veces de saltarme la medicación, pero después de haberla tomado durante unas semanas, tenía demasiado miedo de las repercusiones a las que me enfrentaría si lo hacía. No quería complicarme la vida, pero los temblores se habían agravado tanto en la última semana que empezaban a volverme loca. Sentía todo el cuerpo como si estuviera al límite, con un temblor incontrolable hasta los huesos. Me enteré que era un efecto secundario de los esteroides y no había nada que pudiera hacer al respecto, a menos que llamara a mi médico y le pidiera otra cosa. No lo hice. En su lugar, intenté adaptarme y traté de regularlo lo mejor que pude, equilibrándome mediante respiraciones profundas y flexionando las manos y asegurándome de seguir moviéndome.

—Contéstame —exigió, sus ojos disparando a nuestro alrededor.

—Nada… solo estoy nerviosa.

Hizo una pausa antes de romper un trozo de cinta adhesiva con los dientes.

—¿Algo más? —preguntó, levantando los ojos para mirarme. Kova estaba actuando de forma extraña.

—N-no —dije—. Esto es solo un gran encuentro y honestamente soy una bola de nervios, entrenador. Estoy nerviosa.

No estaba muy lejos de la verdad. Estaba nerviosa. Los medicamentos estaban haciendo efecto y me ponían un poco nerviosa, además del estrés de la competición. Por desgracia, no me ayudaban con la fatiga. Ya estaba agotada. Habíamos viajado por todo el país para esto. Los Campeonatos Nacionales eran un encuentro de dos días en el que competían los mejores gimnastas del mundo, por no mencionar que los entrenadores del equipo olímpico también estaban presentes. Lo siguiente, si tenía suerte, eran los Mundiales.

Los ojos de Kova se suavizaron. Quizá todo estaba en mi cabeza. Aplicó la cinta y luego arrancó otro trozo.

—Lo entiendo. Recuerda que estás aquí por el trabajo que has hecho. Has demostrado que lo vales, que puedes soportar la presión. Ahora se te considera una pieza valiosa para el equipo olímpico. Tienes lo que hay que tener y te mereces estar aquí.

Le dirigí una sonrisa de agradecimiento.

—Solo tratas de hacerme sentir mejor.

—Lo que haga falta, Adrianna. Pero ya deberías saber que yo no digo tonterías.

Me reí.

—Yo no hablo tonterías —dije en un bajo acento ruso falso. La comisura de su boca se curvó y una sensación de tranquilidad me invadió.

—¿Cómo se siente eso? —preguntó.

Flexioné el pie y lo moví.

—Bien.

—¿Y aquí? —preguntó y me puso una mano en la pantorrilla—. Hace tiempo que no hacemos blading.

—Realmente no lo he necesitado, pero se siente bien. Gracias.

Kova se levantó y me tendió la mano. La tomé y me reajusté el leotardo, tirando de él para cubrir mi trasero. Volví a echar un vistazo al estadio para ver si veía a mi papá.

—¿Quieres saber dónde está? —preguntó Kova.

Lo miré.

—¿Cómo sabías que lo estaba buscando?

—Una conjetura.

Sabía que iba en contra de las reglas ver o hablar con la familia antes de un encuentro, pero algo dentro de mi corazón buscaba el tipo de consuelo que solo un padre podía dar. Con todo lo que estaba pasando, había estado más emocional últimamente. A veces una chica necesita a su papá.

Me mordí el labio y asentí. Kova se dio la vuelta y señaló. Mis ojos buscaron tan rápido como los latidos de mi corazón el rostro familiar.

No tardó mucho. Ya estaba saludando antes que mis ojos se posaran en él. Nuestras miradas se encontraron y la felicidad me invadió. Sonreí de oreja a oreja, saludando frenéticamente. Hacía meses que no veía a mi papá, pero sentí que me había acercado a él a pesar de la distancia que nos separaba.

—Gracias —dije en voz baja—. Me sorprende que me hayas dejado saludar. —No lo decía con mala intención, sino con sinceridad, y él lo sabía.

Se encogió de hombros.

—Solo quiero que estés preparada mentalmente para hoy y mañana, y si decir buenos días a tu padre es necesario para eso, entonces a veces las reglas están hechas para ser rotas.

Rompíamos las reglas cada vez que podíamos.

—¿Buenos días? —Me reí y sonreí—. ¿Ves? Tienes que trabajar en tu inglés. Nadie dice eso. Suenas como si fueras de la Edad de Piedra.

—Yo lo digo. —me replicó—. Y no soy viejo.

Seguía sonriendo.

—Eres insufrible. Con treinta y tres años, eres un poco viejo.

Una ceja se alzó.

—¿Un poco viejo?

—Cuando te empiezan a salir canas, ¿no es entonces cuando se te considera viejo?

Sus cejas se dispararon hasta la línea del cabello.

—¿Tengo canas? —Se dio una palmada en la cabeza.

Ahogué una risa y traté de no sonreír.

—El otro día vi una.

—¿Una? —Sus ojos brillaron con diversión—. ¿Qué tan cerca de mi cabeza estuviste para divisar un solo cabello?

Me mordí el labio y apoyé las manos en las caderas.

—Lo vi, ¿bien?

—Si tengo cabellos grises, es por ti, sabes.

—Claro —dije, sacando la palabra a través de una sonrisa de oreja a oreja—. Deberías empezar a buscar tintes. Después de uno, empiezan a crecer como la mala hierba.

—Adrianna —advirtió, y me eché a reír por su tono—. Tienes que entender ahora que nunca me teñiré el cabello.

Esto era demasiado divertido.

—Puedo teñirlo por ti.

—No lo harás.

—Te haré beber mucho vodka una noche. No podrás decir que no.

—Ya me siento así contigo —admitió, esta vez en serio—. Cada vez me resulta más difícil decirte que no.

Una tímida sonrisa tiró de mis labios que se convirtió en una completa. Mis mejillas se calentaron. Me gustaba este fácil ir y venir con Kova.

—¿Así que eso es un sí? Genial. Empezaré a investigar sobre tintes para hombres y, de paso, buscaré cómo hacer crecer el cabello.

Apoyando las manos en las caderas, sonrió.

—Buen intento, pero te digo ahora mismo que eso nunca ocurrirá. No necesito teñirme el cabello para parecer joven. Tú me haces sentir joven, y eso es lo único que importa.

Kova alargó la mano, pero la retiró rápidamente. El reconocimiento apareció en sus ojos. A veces, cuando solo éramos normales y jugábamos, tendíamos a olvidar el mundo exterior. Sentí su atracción, su necesidad juguetona de rodearme con sus brazos y atraerme hacia él. Yo también lo necesitaba. Mis emociones habían sido un conjunto de tristeza y miedo, y algo tan pequeño como esta interacción me daba vida y un respiro a mis pensamientos. La gente suele tomar los grandes momentos de la vida como si fueran lo más importante, pero para mí, eran las pequeñas cosas.

—Gracias —dije en voz baja. Me aparté unos mechones de cabello sueltos detrás de la oreja—. Por esto. —Él sabía lo que quería decir sin tener que decirlo.

Kova asintió, observándome con una mirada sincera. La forma en que mi pulso latía para él no era normal. La forma en que me miraba no era normal. Y lo que sentía en el fondo de mis huesos por él definitivamente no era normal.

—De acuerdo. —Dio una palmada—. Tiza y pongámonos en marcha. ¿Sí?

Me giré para alejarme, sintiéndome mucho más ligera de pies.

—¿Adrianna?

—¿Sí? —Lo miré por encima del hombro.

—Es agradable verte sonreír de nuevo. Ah, y cuando tengas un momento de intimidad, revisa tu bolso de viaje. —Me dirigió una mirada cómplice.

El cuaderno.

Pude sentir un aleteo del ala que se había sujetado tratando desesperadamente de volar. Kova no lo sabía, pero me estaba devolviendo la vida. Cada día me ayudaba a encontrar mi fuerza interior para que pudiera crecer lo suficiente como para sostenerme de nuevo.

Lo que me asustaba era que tenía la sensación que él iba a ser el único que me ayudaría a conseguirlo.

Esta vez le dediqué una verdadera sonrisa que mostraba exactamente lo que sentía en mi corazón. Y me importaba una mierda si alguien lo veía.

—De acuerdo —dijo Kova, frotando mis hombros unas horas después. Se agachó para mirarme a los ojos y dijo—: Dos eventos menos, dos más. ¿Estás preparada?

Asentí. Estaba más que preparada. Lo estaba. Después de dos rotaciones, estaba en primer lugar con solo cuatro décimas de punto que me separaban del segundo. Podía pasar cualquier cosa de aquí al último evento, pero tenía un buen presentimiento. Una sensación realmente buena.

Esas dos pruebas fueron mis preferidas: el salto y las barras. He logrado los dos dismounts y he recibido casi el máximo de puntos por mis rutinas.

—Es como si la gravedad no se aplicara a ti. En las barras te desenvolviste con más fluidez de la que te había visto antes y con una altura que hizo que se me cayera el corazón. Tus líneas no podían ser más perfectas. Hagamos lo mismo en la viga.

La única prueba que me preocupaba de verdad era la viga por lo agitada que estaba ya. Era sutil, pero lo suficiente como para desequilibrarme. Me temblaban los huesos, los músculos y no me gustaba. No lo sentí en las otras pruebas, pero tenía la sensación que lo haría en la viga.

Kova me agarró las manos con las suyas. Miró hacia abajo.

—Sigues temblando —dijo más bien para sí mismo.

Apreté mis dedos alrededor de los suyos.

—Estaré bien —dije—. Solo son nervios. —El flash de una cámara me llamó la atención y retiré mis manos de las suyas.

—Los nervios son algo bueno si los canalizas adecuadamente. Concentración y control.

Asentí y me apliqué tiza en los pies y las manos, luego en la parte interior de los muslos. Me coloqué a un lado, haciendo saber a los jueces que estaba preparada. Cuando me dieron luz verde, saludé primero y luego pisé la colchoneta de espuma conmemorativa, me acerqué a la barra de equilibrio y me puse frente a ella.

Exhalando una respiración tranquila, mis manos se cernieron sobre el trozo de madera de diez centímetros y temblaron un poco. Despejando mi mente de todo, excepto de este momento y de lo que estaba a punto de intentar conseguir, suavicé mi alma y monté en la viga.

Terminé ochenta segundos después, con los dos pies pegados y un pequeño salto que me costó. Pero me sentía bien. Muy, muy bien que, al bajar del podio, fui directo a los brazos de Kova.

Nos separamos y caminamos hacia mi silla. Respiraba más fuerte de lo normal y tenía el pecho un poco apretado. Me froté el dolor, agradeciendo que el dolor de espalda por la infección de riñón se hubiera reducido a un sordo latido.

—Me tambaleé en mis giros.

—Aun así, terminaste con una facilidad inigualable.

Levanté la vista hacia él.

—Tuve dos ajustes de equilibrio, *entrenador*…

—Todo el mundo lo hace —dijo—. Solo son pequeñas cosas en las que trabajaremos antes de los Mundiales.

Mundiales.

Asentí y tomé un par de sorbos de agua y luego dejé caer la botella de nuevo en mi bolso. Me levanté y me ajusté las mangas de mi leotardo negro que tenía una enorme cantidad de pedrería de estilo peridoto. Había sido mi prenda favorita hasta la fecha, y los colores por fin combinaban bien con mi cabello castaño.

Mi rodilla se balanceó.

—¿Por qué tardas tanto? —dije solo para que me oyera.

Volví a respirar profundamente para recuperar el aplomo, esperando que yo también recuperara el aliento. Kova me miró, con las cejas fruncidas, pero desvié la mirada rápidamente y actué con normalidad. Tenía el presentimiento que el bamboleo me haría caer al segundo puesto. O tal vez lo haría el salto. O algo que ellos vieron y yo no sentí. Quizá fueran las tres cosas.

—La paciencia es una virtud.

Me burlé.

—Odio ese dicho.

—No importa que hayas tenido un desliz. Aun así tuviste la mayor cantidad de dificultades en tu…

Levanté la vista para ver qué le había interrumpido y seguí su mirada. Un escalofrío recorrió mis brazos.

Mi puntuación fue publicada.

La única deducción que recibí tenía que ser por las correcciones en mi equilibrio porque mi puntuación no estaba muy lejos del máximo. De hecho, era casi demasiado buena para ser verdad en una prueba que se consideraba mi mayor debilidad.

Me quedé incrédula. Kova, por su parte, estaba perdiendo la cabeza.

Se volvió hacia mí y me agarró por los hombros.

—No te das suficiente crédito —dijo, con la voz mucho más alta de lo habitual. Lo miré a los ojos—. ¡Pues di algo!

—Yo... me he quedado sin palabras. —Realmente lo estaba —. ¿Cómo demonios he conseguido eso?

Kova dejó escapar una sonora carcajada.

—¡Sabía que podías hacerlo! Cuando te concentras bien, te esfuerzas por hacer lo que sea necesario para conseguirlo. Lo veo siempre que compites. —Me atrajo para darme un abrazo de oso— . Estoy muy orgulloso de ti —dijo, y luego se retiró, me agarró por los hombros y me dio una pequeña sacudida.

Una sonrisa tímida se dibujó en mi rostro. No había terminado, pero podía respirar un poco más tranquila sabiendo que solo me quedaba el suelo.

—Date una palmadita en la espalda.

Me di una palmadita en el hombro, literalmente, y Kova me sonrió con más orgullo en sus ojos del que había visto nunca.

Iba a arrasar con mi rutina de suelo.

Capítulo 16

—¿Qué se siente al quedar en primer lugar? —preguntó papá, con la voz llena de alegría.

Habían pasado un par de horas desde que volvimos a la habitación del hotel y la incredulidad aún no había desaparecido. Papá no había dejado de sonreír. Ver mi puntuación final me dejó aturdida, con demasiados sentimientos que filtrar. Fue abrumador de la mejor manera. Hoy ha sido mi mejor encuentro hasta la fecha, pero también el que más energía me ha exigido. Ahora mi cuerpo se está asentando y mis músculos se están contrayendo.

No podía creer que hubiera quedado primera en las preliminares el primer día de los nacionales. En el avión que me llevó al encuentro, leí algunos artículos que decían que tenía posibilidades de acabar entre los tres primeros. Los profesionales esperaban que Sloan se lo llevara porque era así de buena y acababa en primer lugar nueve de cada diez veces. Pero yo me lo llevé, mientras que ella cayó al tercer puesto.

Miré a mi papá, que seguía sonriendo.

—Estoy contenta, pero este es un encuentro muy importante. Todavía me queda un día más, ¿sabes? No quiero adelantarme, así que intento mantener la calma y la tranquilidad, prepararme para lo peor.

El día de hoy era surrealista, pero mañana era un nuevo día con nuevas posibilidades. Podría caer a la tercera posición, y Sloan podría tomar la primera. Todo era posible.

Los ojos de papá brillaban de orgullo.

—Mi hija va a ir a las Olimpiadas. —Tomó un sorbo de su vaso de cristal y sonrió tras él.

Puse los ojos en blanco y se me escapó una pequeña risita.

—No te adelantes. No voy a ir a las Olimpiadas todavía. Todavía queda mañana, y luego otra competición después de esta. Realmente depende del comité y de si creen que puedo soportarlo o no.

—Vas a llegar hasta el final. Puedo sentirlo. Recuerda mis palabras.

—Me alegro de poder hacerlo.

Ladeó la cabeza y una mirada de desconcierto cruzó su rostro.

—¿No?

Miré por encima de su hombro las cortinas transparentes que colgaban desde el techo hasta el suelo en la suite penthouse de su habitación de hotel. Me recordaron mi estado actual: un futuro nebuloso que será difícil de recorrer.

La ansiedad me llenó el pecho y un nivel de abatimiento se instaló en mí. Mi vida tendría para siempre algún tipo de barrera que atravesar. Aprender una nueva habilidad que pueda romperme el cuello en los entrenamientos ya no parecía tan terrible. El mañana parecía aterrador. La próxima semana, el próximo mes, dentro de un año, parecía imposible.

—Tengo esperanza.

—De acuerdo. —Mi papá dejó su vaso y me miró fijamente—. ¿Qué tienes en mente? Apenas has cenado, ¿y ahora *tienes esperanza*? Esa no eres tú. Háblame, cariño.

Apreté los ojos con fuerza y me sinceré sobre mis inseguridades.

—El día de hoy me agotó, tanto física como mentalmente. Apenas puedo mantener los ojos abiertos ahora mismo, y mañana va a ser aún más agotador. *Me duele todo* —dije—. Me duelen los

huesos. Hoy ha sido duro, papá. Muy duro. Me he dejado llevar por la adrenalina y la obstinación, pero ahora siento que voy a estrellarme en cualquier momento. Estoy luchando, de verdad. El entrenamiento del lunes me dejará arrastrándome. El martes será una lucha para salir de la cama. El miércoles me darán ganas de rendirme. Ha sido así durante meses y nunca lo entendí. Me pregunto cuándo me pasará factura, porque lo hará. Egoístamente ignoré las señales durante tanto tiempo cuando debería haberlas abordado. Ahora son más fuertes que yo y me hunden porque no puedo dejar de pensar en ellas. Me esforcé, y puedo seguir haciéndolo como siempre, pero me preocupa empeorar todo y trabajar en contra de mí misma hasta el punto que si me eligen para el equipo olímpico, físicamente no podré hacerlo.

Me miró con simpatía. En voz baja, dijo:

—¿Te refieres a la enfermedad renal y al lupus? Nunca me habría imaginado que te pasara por la cabeza. Te mantienes tan bien.

Asentí débilmente. Una esquina de mi boca se inclinó miserablemente hacia un lado. Incluso cuando dormía estaba en mi mente porque me despertaba pensando en eso. No podía escapar de la forma en que me asfixiaba.

—Hoy me he dado cuenta de lo grande que es esta batalla. No quiero enfermarme más —dije en voz baja—. Pero me aterra que lo haga con la forma en que sigo presionando a mi cuerpo. Por eso no quiero hacerme ilusiones.

—Escucha, he investigado un poco y he hablado con un par de personas. Aunque no ha habido muchos atletas que hayan ido a los Juegos Olímpicos con una enfermedad autoinmune y una enfermedad renal, sí ha habido algunos con una u otra. Con la actitud y el equipo de médicos adecuados, se puede hacer. Tienes las dos cosas. Solo tienes que tener fe. Piensa en positivo y recuerda que siempre puede ser peor. Sí, las señales estaban ahí, pero cualquiera las habría confundido con un sobre entrenamiento. No te martirices por eso. Intenta no pensar en las cosas que te pueden frenar, sino mirar hacia adelante en esta vida que tienes y en la suerte que tienes de haber llegado hasta aquí cuando otros no lo han hecho.

Finalmente lo miré. Mis emociones subían sin cesar detrás de mis ojos mientras escuchaba sus ánimos.

—Ahora hay muchas más luchas. Tantos más riesgos que puedo correr que pueden frenarme. Me preocupa no poder llegar aunque tenga la aptitud. Como si estuviera tan cerca, pero este miedo, esta voz en mi cabeza que me dice que es inútil y que no lo conseguiré porque por mucho que luche no tendré fuerzas para seguir adelante. Es tan fuerte y siempre está ahí. Lo odio.

—Eres la única que piensa así. Sí tienes lo que hay que tener, solo que aún no puedes verlo porque esto aún está muy fresco para ti, para nosotros.

Unas duras líneas se arrugaron entre mis ojos.

—¿Qué quieres decir con que soy la única que piensa así?

Papá me observó durante un largo momento, sin pestañear. El silencio se hizo más espeso, el pavor se abrió paso en mi estómago, como una bolsa de carbón a la vez.

No.

No lo haría.

—Papá —dije, aturdida. Me senté más erguida—. Papá, me prometiste...

Agitó la mano en el aire.

—Solo quise decir que estás demasiado metida en tu cabeza y leyendo demasiados *"y si"* en internet. Te presionas demasiado y empiezas a pensar lo peor. Eso es todo.

—Tuve que leer sobre las enfermedades para poder entenderlas.

Leí todo lo bueno y lo malo, aunque a veces me hizo llorar horriblemente. Algunas cosas eran francamente desalentadoras, pero no podía vivir en la negación. Ser práctico era inteligente. Necesitaba saber. *Tenía que hacerlo*. Así que me perdí en un artículo tras otro hasta quedarme dormida la mayoría de las noches. Me

molestaba que él no pudiera verlo desde mi punto de vista y respetar el hecho que estuviera estudiando al respecto. Pensé que él, más que nadie, querría que estuviera informada.

Sus ojos familiares se suavizaron.

—Tu cuerpo ya está acostumbrado a este tipo de actividad extenuante, cariño, y lo está desde hace tiempo. Nada ha cambiado, salvo aquí arriba —dijo y se dio un golpecito en un lado de la cabeza.

Apreté el interior de mi labio y lo mordí. Volví a inclinarme hacia atrás mientras las lágrimas llenaban mis ojos.

—No estoy mal de la cabeza. —Mi voz tembló—. Solo estoy nerviosa.

—Nunca dije que lo estuvieras. Te estás estresando cuando tienes todo bajo control. No te dejes caer en un agujero oscuro. No es sano.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla. Me la limpié con el dorso de la mano.

—Tienes que mantener la cabeza alta. Nunca mires al suelo cuando camines. Tus sueños, tus puntos de vista, tus metas, todas tus aspiraciones, se paralizarán porque no hay nada que alcanzar cuando te cierras al mundo. En cambio, mira hacia adelante con optimismo y perspectiva. El camino está abierto ampliamente para que tomes lo que quieras. —Hizo una pausa como si estuviera pensando en sus siguientes palabras—. Cariño, siempre habrá una montaña que querrás mover y que te hará cuestionar todo lo que hay en ti. Te preguntarás cómo puedes hacerlo. Así es como funciona la vida. Y ahora mismo, lo tienes un poco más difícil que otros porque estás rodeada de montañas sin ver el cielo. Hazme un favor.

Asentí, secando más lágrimas y moqueando.

—No te centres en la lucha por moverlas porque no se trata de eso. Se trata de cuánto te esfuerzas cuando decides que es tu momento. No puedes mover una montaña, y desde luego no la rodeas. Escalas esa mierda y te demuestras a ti misma de lo que eres capaz.

Estallé en lágrimas incontrolables, mis ojos pesados por el esfuerzo y el agotamiento.

Papá se levantó de la silla y se arrodilló frente a mí. Me agarró las manos y me obligó a mirarlo.

—Algunos días te van a tumbar. ¿Y sabes qué?

—¿Qué? —pregunté, con la voz entrecortada. Intenté contener las lágrimas, pero no sirvió de nada.

—Es entonces cuando te vuelves a levantar y sigues adelante para demostrarte a ti misma lo que puedes hacer. Sé que ahora mismo puede parecer imposible, pero la batalla hará que todo merezca la pena. Un día lo verás.

Se acercó a la mesa, sacó unos pañuelos de la caja y me los entregó.

Entre respiraciones llorosas, le dije:

—Siento que no tengo el equipo adecuado para escalar una montaña escarpada en la oscuridad.

Me sorprendió que se me ocurriera una buena analogía a la altura de la suya sobre la marcha.

—Siempre lo has tenido. Solo has perdido el equilibrio en el camino. Míralo como si te hubieras torcido el tobillo.

Sonreí a través de las lágrimas.

—Como pequeños desgarros en mi Aquiles.

Papá me señaló con el dedo índice y me miró. Yo moqueé pero mi sonrisa triste creció.

—Tenemos una sola vida, Adrianna. Tienes que vivirla al máximo y no dejar que nada te frene. Yo siempre pensé que lo era hasta lo que pasó en Pascua. Ese día puso las cosas en perspectiva. Cambié mucho después de eso, y muy tarde en mi vida. No quiero que los remordimientos y los *"y si"* te atormenten el resto de *tu* vida.

Sé algo ahora. Y hazlo por ti y por nadie más. No tengas miedo. No descanses hasta que estés a punto de caer.

Inhalé un audible suspiro y luego exhalé la carga del mundo que llevaba sobre mis hombros. Unas cuantas lágrimas más resbalaron por mis mejillas. Hablar con mi papá me ayudaba a sobrellevar mis pensamientos. No sentía el pecho tan oprimido y me sentía esperanzada de poder tomar las riendas de mi vida.

No es que no tuviera confianza, la tenía, pero algo cambió en mí desde que me diagnosticaron. Me sentía diferente. Sentí que el mundo me veía de forma diferente, como si anduviera por ahí con una estúpida etiqueta. Sentí que mi tiempo aquí había llegado a su fin antes de poder experimentar algo.

Levanté los ojos hacia el techo y parpadeé un par de veces antes de responder.

—Mi cuerpo va a hacer lo que quiera, me guste o no. Además, aún no he encontrado un donante compatible. Eso me aterra y creo que es lo que más me estresa. ¿Y si nunca encuentro uno? —Me tembló la mandíbula al decirlo en voz alta por primera vez—. Lo deseo tanto, papá, tanto, y no quiero que nada me frene. Me asusta saber que ahora no tengo absolutamente ningún control sobre ese aspecto de mi vida. Ninguno.

Papá miró hacia otro lado, intentando ocultar que su rostro se caía, pero yo lo capté.

—Ese miedo es normal en todas las personas que están en tu lugar. Pero no dejes que te asuste y te arrincone. El control tampoco es algo que suelte tan fácilmente. Soy un trabajo en progreso. Probablemente es una cosa de Rossi. Tu hermano es igual. Lo conseguirás. No te rindas.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro. Papá se acercó a mí y me abrazó. El consuelo de su abrazo paternal alivió mi alma.

Tal vez todo saldría bien. Saber que ningún tratamiento podría revertir el daño es lo que me perturbaba diariamente. Saber que solo podría empeorar de aquí en adelante es lo que me atormentaba.

Tenía que encontrar una forma de aceptarlo. Pero aún no sabía cómo hacerlo.

—¿Estoy cometiendo un gran error al posponer la diálisis? ¿Crees que voy a enfermar más? ¿Crees que moriré antes por eso? —Mi corazón estaba frenético en mi pecho pensando que había cometido un gran error.

Mi papá negó con la cabeza.

—No, no creo que vayas a morir por eso, no digas nunca algo así. Pero ya sabes cuál es mi postura al respecto. Preferiría que empezaras el tratamiento ahora, pero después de hablar en profundidad con tus médicos, entiendo que esperar unos meses debería estar bien. Eso no significa que no piense en eso todos los días, porque lo hago. Me preocupo todo el tiempo, y si pensara por un segundo que la espera te alejaría de mí, me habría puesto firme y te habría retirado inmediatamente. Vas a tener muchos obstáculos. Quiero que tengas lo que quieres mientras puedas conseguirlo. —Papá exhaló un fuerte suspiro—. Tienes esto —dijo, su voz espesa con la emoción—. Lo tienes, ¿de acuerdo?

Asentí y volví a moquear cuando sonó un golpe en la puerta.

—¿Quién es?

Papá se puso en pie, con las rodillas crujiendo.

—He invitado a Konstantin y Katja a tomar una copa.

La mención de Katja me hizo sentir un frío glacial. Mi corazón se hundió. Ni siquiera sabía que estaba aquí.

—Oh, qué amable de tu parte.

Su ceño se frunció.

—¿Está bien? Estás pálida.

Forcé una sonrisa.

—Oh, por supuesto que está bien. Es que no quiero que nadie me vea llorar y me pregunte por qué, ¿sabes? Una vez que pase los

próximos meses con los Mundiales y las Pruebas, si lo logro, entonces se lo diremos a la gente. Hasta entonces, a nadie. Me limpiaré mientras los dejas entrar.

Me dirigí rápidamente al baño y cerré la puerta. Abriendo el grifo, no dejé que se calentara antes de recoger el agua fría y salpicarme el rostro. La última vez que vi a Katja, me miró mal y me habló en ruso. Puede que no hable su idioma, pero no hace falta ser un genio para ver que tiene un problema conmigo.

Fruncí el ceño y me eché más agua en el rostro. Realmente no quería estar en su presencia ahora mismo. ¿Qué iba a decir con los tres hablando? Tal vez podría excusarme e irme a la cama temprano.

Me palmeé el rostro con una toalla, luego me apoyé en la encimera y miré mi reflejo. Me rocé las ojeras hinchadas con el dedo anular, deseando tener alguna crema tonta que mi mamá… Joy… insistía en que usara. Tenía la nariz roja de tanto llorar y los labios agrietados, también estaban un poco hinchados. Necesitaba maquillaje… y unas diecisiete horas de sueño.

Cuando me mudé a la suite de dos habitaciones antes, había desempacado para prepararme para mañana, de modo que no estuviera buscando frenéticamente las cosas en el último minuto. Normalmente, las gimnastas no podían quedarse con la familia durante un encuentro, sino al finalizarlos, pero papá había insistido en que me quedara con él, indicando que Kova lo había aprobado. Me sentí secretamente aliviada. Al ser la única gimnasta de World Cup en este encuentro, me alegré de no estar sola y poder reflexionar sobre mis pensamientos.

Tomé mi bolsa de maquillaje Louis Vuitton y me maquillé lo suficiente como para tener un aspecto medianamente decente. Me recogí el cabello en un moño desordenado y miré mi vestimenta. Un pantalón de yoga y un jersey de gran tamaño tendrían que bastar. De todos modos, no pretendía impresionar a nadie.

Exhalando un fuerte suspiro, abrí la puerta y sonreí, preparándome para una noche agotadora.

Capítulo 17

El segundo día, Kova no era el mismo de siempre, y eso no me gustó nada.

Me alimentaba de su energía. Me daba fuerzas. ¿No lo sabía ya? Él era lo que yo necesitaba para prosperar. No era nada en este deporte sin él. Nada.

Me había despertado sintiéndome extremadamente emocional esta mañana. Odiaba cuando esto sucedía, cuando estos sentimientos profundos golpeaban, o cuando la más mínima cosa me hacía querer derramar un balde de lágrimas. No era frecuente, pero algunas veces al año me encontraba más sensible de lo habitual, como si me hiciera falta una buena purga para limpiarme. Definitivamente me vendría bien una ahora, teniendo en cuenta todas las cosas.

A veces, ser una chica apestaba.

Pero Kova estaba melancólico, malhumorado y andaba con el ceño perpetuamente fruncido desde que llegamos a la competencia.

Este no era él. Necesitaba recuperar la calma.

Anoche, después de dos horas sentada en la misma habitación con papá, Kova y Katja, me excusé y me fui a la cama. Me senté con ellos, pero me quedé leyendo un libro en la tumbona. Mis ojos iban y venían rodando y no podía aguantar ni un minuto más. Cuando la tapa dura se me cayó en el rostro y me quitó cinco años de vida, supe que tenía que acostarme o no estaría fresca para hoy. Lo entendieron y me desearon buenas noches, excepto Katja. No es que hubiera participado en su conversación… no tenía ni idea

de lo que habían hablado... pero anoche me quedó muy claro el mensaje. Las chicas siempre sabían cuando no le gustaban a otra chica, y por la razón que fuera, yo le caía muy mal a Katja.

Miré a Kova y lo observé. Las arrugas se alineaban en su frente mientras lanzaba breves miradas en mi dirección cada pocos minutos. Me preguntaba en qué estaba pensando, si era en mí, porque cada vez que nuestras miradas se cruzaban, tenía la sensación que sus pensamientos eran sobre mí.

Eso es todo. Iba a preguntarle.

Me senté en el suelo con mi bolso entre las piernas dobladas y rebusqué en él mi cinta y mis puños.

—¿Entrenador? —dije, y Kova me miró—. ¿Puedes encintarme las muñecas?

Asintió sin dudar y se puso en cuclillas frente a mí sobre una rodilla.

—¿Estás bien? —pregunté solo para sus oídos.

Asintió y envolvió la cinta blanca alrededor de mi muñeca.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque tu estado de ánimo me preocupa. No estás actuando como sueles hacerlo cuando estamos juntos en las competencias. Necesito al viejo Kova ahora mismo, más que nunca.

Levantó los ojos pero no la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Vas por ahí como si estuvieras enfadado con el mundo. No me gusta. ¿He hecho algo malo?

—No estoy enfadado.

—Entonces puedes actuar un poco más...

—Adrianna, no estoy enfadado. ¿De acuerdo? Solo quiero que hoy sea perfecto para ti. Eso es todo.

Cerré la boca durante un minuto y observé cómo me envolvía la otra muñeca.

—Kova —dije, esperando que viera que hablaba en serio. Por primera vez en mucho tiempo, iba a abrirme y decirle lo que sentía.

Busqué la valentía que necesitaba para decir las siguientes palabras:

—Me alimento de tu energía. *Me das fuerza y te necesito*. Siento que no soy nada en este deporte sin ti, pero verte así... Me está afectando. Así que, aclara lo que sea que tengas en la cabeza y devuélveme a mi entrenador Kova. Por favor. —Hice una pausa y luego añadí—. Te necesito, necesito al entrenador Kova. No puedo hacer esto sin él.

Arrancando el último trozo de cinta con los dientes, volvió a colocar el rollo en mi bolsa y se quedó mirando mis manos. Tomó las muñequeras de algodón y deslizó una en cada muñeca sin decir nada. La tensión creció en mí como la formación de un coro de bajos.

Contuve el estómago. Sentí los pulmones contraídos. Me había saltado todos los medicamentos de la mañana con la esperanza que los temblores disminuyeran durante el día, pero todo mi cuerpo temblaba de pies a cabeza. Kova se dio cuenta y tomó mis manos entre las suyas, reconfortándome.

Soltó un profundo suspiro y finalmente levantó sus ojos para encontrarse con los míos. Una sombra de remordimiento se proyectaba en su mirada. Cerrando los ojos, los abrió para revelar su verdadera emoción, que yo no conocía a menudo. Sus ojos verdes como el acero atravesaron mi corazón e hicieron que mis labios se separaran.

—¿Has leído lo que te he escrito?

Asentí y sonreí tímidamente. Había pensado en hablar con él sobre lo que había dicho, pero aún no había sacado el tema.

Para con la tontería de entrenador.

Me reí y pasé la página, sin estar preparada para su siguiente entrada.

Cuando te volví a ver después de tantos años, no pensé que te volverías tan importante para mí. No pensé que estarías en mi mente todo el tiempo, ni que querría tantas cosas contigo que nunca he pensado tener con nadie más. Pero lo has hecho, y ahora no puedo imaginar que no estés en mi vida. Nunca más te haré daño. Tienes mi palabra. Hacerte daño me inflige dolor.

Volví a pasar la página tímidamente.

He pensado en llamarte krasivaya[5] *en lugar de malysh. Te queda mejor.*

Lo miré y susurré:

—Me gusta *krasivaya*.

Si no conociera a Kova, o si no estuviera sentada tan cerca de él, no habría notado la ligera curvatura de las comisuras de sus labios.

Negó con la cabeza y bajó la vista antes de volver a encontrar mi mirada.

—Estoy tan jodidamente orgulloso de ti y de lo que has llegado a ser. Solo quiero que tengas éxito. Es lo único que tengo en mente. Te lo prometo. Has trabajado muy duro para estar aquí. Quiero que hoy, el resultado final, sea todo lo que soñaste. Me disculpo por hacerte sufrir de alguna manera. Nunca fue mi intención. Supongo que se puede decir que yo también estoy estresado.

Se me apretó el pecho.

—¿Crees que lo de ayer fue pura suerte y que no puedo volver a situarme así?

[5] krasivaya. Hermosa en Ruso.

Kova se apartó, desairado por mis palabras.

—¿Qué? ¿Por qué ibas a pensar eso? Por supuesto que no. Lo sabes.

Me encogí de hombros y me estremecí cuando un fotógrafo nos hizo una foto. El flash era casi cegador y dejó estrellas bailando en mi visión.

—No lo sé. Lo único que sé es que no me gusta tu energía ahora mismo. Está poniendo pensamientos en mi cabeza y no son buenos. No mentía cuando dije que me alimentaba de ti. —Me preparé para abrirme aún más, demostrarle que estaba hablando en serio—. Algunos días, cuando estoy muy deprimida y no me siento yo misma, solo tengo que buscarte y de repente todo vuelve a su sitio. No puedo explicarlo, y sé que puede sonar cursi, pero tú me das la vida. Cuando me siento débil e incapaz o me cuestiono a mí misma, tú me insuflas energía sin siquiera saberlo. —Me incliné hacia adelante y bajé la voz hasta casi un susurro—. Pero hoy no veo a *mi* Kova, el que me da fuerza. Veo a alguien que está sumido en sus pensamientos, confundido y amargado.

Sus ojos brillaron como si mis palabras fueran las que anhelaba escuchar. Como si significaran algo para él. Se quedó callado por un momento.

—Si te soy sincero —dijo con ligereza, moviendo su manzana de Adán—. He tenido una noche muy larga y no he dormido. No tengo otra cosa en la cabeza que dormir y que tú salgas victoriosa. Te lo prometo, *Ria*. Solo quiero que el mundo vea de qué estás hecha.

Ria. Sabía el impacto que tenía ese apodo.

Una de las comisuras de mi boca se levantó. Ahora me sentía un poco tímida.

—Entre tú y yo. Mi papá ronca. Incluso con la puerta cerrada es como si un tren de mercancías atravesara la habitación. Al menos tú no roncas. Duermo como una muerta cuando estoy contigo.

Mis ojos se abrieron enormemente y mis mejillas se sonrojaron de vergüenza. Kova bajó la cabeza y su espalda vibró con una risa silenciosa.

—No puedes decir esas cosas aquí, Adrianna. —Levantó la vista, con los ojos brillando de diversión.

—¡No era mi intención! Simplemente me salió. —Mi voz era un susurro agudo.

—Ven —dijo, y se levantó con una sonrisa. Kova extendió la mano y yo la tomé—. Pongámonos en marcha.

—Sí, vamos. —me burlé juguetonamente.

Me atrajo para un abrazo lateral y miró hacia abajo. Una verdadera sonrisa llegó a sus ojos y sus palabras tácitas brotaron. Las sentí. Las vi y dejé que me reconfortaran.



—Solo te queda el suelo. Tienes esto —dijo Kova agachado mientras me frotaba la parte superior de los brazos.

Asentí frenéticamente. Mis ojos se alzaron de nuevo hacia el marcador, pero Kova me detuvo.

—No. Solo mírame a los ojos. No dejes que el número te desconcierte. Has acertado en las barras, la viga ha sido sólida como una roca y el salto ha quedado atrás. Ahora quiero que salgas al suelo y te diviertas. Sé tú misma y deja que brille tu amor por este deporte.

No tuve que mirar para saber que estaba increíblemente cerca de caer al segundo puesto, pero me gustó el recordatorio de saber a qué me enfrentaba. Estaba a solo 1,4 puntos de caer y era una

bola gigante de nervios por eso. Los jueces habían sido implacables hoy y tacaños con las puntuaciones.

—De acuerdo —dije.

Me apreté la cola de caballo, luego subí al podio y me dirigí al suelo de moqueta azul tipo muelle.

En pocos minutos saludé a los jueces y tomé mi posición. El timbre sonó antes que empezara la música, haciéndome saber que estaba a punto de empezar.

Una sinfonía de instrumentos resonó por todo el estadio y sabía que todos los ojos estaban puestos en mí. La confianza irradiaba de mí y seguí el ritmo de la música, sabiendo que mi rutina personalizada tenía que estar en sintonía con el ritmo y el compás o, de lo contrario, me enfrentaría a deductions. Mi rutina debía coincidir con la melodía. Las cuerdas del violín hacían sombra a las teclas del piano, pero era la delicada arpa la que llevaba mi corazón mientras flotaba por la pista de esquina a esquina en una serie de habilidades y requisitos de baile.

Una vez completados mis dos primeros pases de volteretas, me dirigí a la esquina para mi tercer pase. Bajé los brazos y solté un suspiro, luego empecé a correr. A mitad de la pista, me lancé a una ronda, un salto de manos hacia atrás, una doble disposición y reboté en un medio giro, un salto tipo wolf que habíamos añadido a mi rutina para obtener puntos extra hace unos meses. Era solo una de las muchas revisiones que habíamos hecho a mi rutina para aumentar la dificultad. Todas mis rutinas se habían modificado ligeramente para obtener habilidades de bonificación, pero la única forma de recibir el valor extra era ejecutarla de una forma específica.

Solo que esta vez, tenía tanta potencia e impulso que me salí de los límites.

¡Joder!

Al recuperarme rápidamente, me desplacé por el suelo, saltando y retorciéndome por el camino, haciendo volteretas y practicando habilidades de ballet hasta que llegué a la esquina.

Lo tengo. Respirando profundamente por última vez, visualicé mi última voltereta y salí...

Solo para salirme de los límites. Otra vez.

Oh, Dios. Eso era dos veces ahora. Nunca, nunca lo hice dos veces en una competición. Nunca.

Terminé mi rutina y saludé a los jueces, e inmediatamente busqué a Kova. Ya me estaba esperando cerca de las escaleras. Corrí hacia él con temor en mis pasos e inquietud en mi garganta.

—No pasa nada —me susurró mientras bajaba y caía en sus brazos.

—¡Me salí, dos veces! —Mi voz estaba contenida, pero con un tono de voz elevado. Me aparté y caminamos hacia las sillas. Había cámaras por todas partes, pero las ignoré—. Quién sabe qué otros errores captaron los jueces. Yo lo sabía. Simplemente sabía que lo de ayer era demasiado bueno para ser verdad. Simplemente lo sabía.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero las aparté.

—Oye —dijo, girándose hacia mí. Recuperar el aliento fue una lucha—. Sé positiva y respira lenta y profundamente. Todavía hay dos chicas más que tienen que competir y, por lo que sé, no tienen la dificultad que tiene tu rutina. Ni remotamente.

Exhalé un profundo suspiro. Parpadeando un par de veces, miré el marcador deseando que apareciera mi número. Sin mirar a Kova, pregunté:

—¿He salido con un pie o con dos?

Inhalé, exhalé. No podía recordarlo. Solo que sabía a ciencia cierta que lo hice con uno.

—Con dos.

Me tembló la barbilla.

—¿Las dos veces? —Contuve la respiración.

—Sí —respondió, con voz sombría.

—¿En serio? —pregunté, sin poder ocultar el horror en mi voz.

Vi a Kova asentir con el rabillo del ojo. Joder. Parpadeé rápidamente. Hoy no caerían lágrimas. Me negué. Pero eso era 0,6 de un punto allí mismo.

Me giré para mirar a Kova. Mis ojos se movieron entre los suyos tratando de calibrar sus pensamientos, pero entonces la multitud estalló, y no de la manera que yo esperaba. Nuestras cabezas se volvieron en dirección a los resultados.

Se me heló la sangre mientras miraba los números con incredulidad.

Me iba a dar un ataque al corazón.

Esto era peor que escuchar mi diagnóstico. De hecho, era mucho peor. Podía controlar la salida... y sin embargo no lo había hecho.

—¿Cómo? —pregunté, tapándome la boca—. ¿Cómo? —Esto no tenía sentido. Era imposible que mi puntuación fuera tan baja.

Miré a Kova en busca de una explicación, pero ya estaba corriendo en otra dirección.

Capítulo 18

Me quedé inmóvil y observé cómo mi entrenador se dirigía al jurado con aplomo.

Estaba presentando una consulta. Estaba en su derecho, ya que era un entrenador acreditado.

Mientras tanto, yo hacía cuentas en mi cabeza y sumaba la dificultad y los puntos de bonificación. Sabía que me había pasado de la raya, pero no merecía bajar al tercer puesto. Era mucho para perder. Normalmente estaba muy sincronizada con mi cuerpo y mis movimientos, y tratar de averiguar dónde había cometido errores estaba resultando difícil. Repetí mi rutina en mi cabeza.

Mi instinto me decía que no los había cometido. Pero los jueces decían que sí. Fruncí el ceño. Me puntuaron tanto la ejecución como la dificultad. ¿Tan mala había sido mi ejecución?

No, dijo una voz dentro de mi cabeza. Es imposible. Puede que estuviera más que agotada cuando salí a la pista, y que mis articulaciones se sintieran hinchadas e inflamadas, pero no me fallaba cuando competía. Jamás. Di todo lo que podía ofrecer, y más. Cada lucha a la que me enfrenté, cada riesgo olvidado. No dudé. Lo aspiré y lo expulsé para actuar.

Cuatro minutos. Kova tenía cuatro minutos para presentar el recurso para impugnar mi puntuación.

Vi cómo los jueces le entregaban una hoja de papel. Consultó su reloj. Bajando la barbilla, se giró y nuestras miradas se cruzaron. Se acercó a mí, con sus largas piernas comiéndose el espacio entre nosotros. Kova estaba enfadado.

—Necesito un bolígrafo —dijo.

Busqué rápidamente en mi bolsa de viaje. Sabía que tenía uno porque había guardado allí nuestro cuaderno. Pensaba escribir en él después del encuentro.

Le entregué el bolígrafo y me dijo:

—Date la vuelta e inclínate.

Aplasté mi espalda y Kova se puso a escribir inmediatamente. Hablaba para sí mismo en ruso, mientras el bolígrafo se movía apresuradamente por mi espalda. Tenía que responder a las preguntas y luego calcular mi rutina.

Giré la cabeza hacia un lado y dije:

—Los números no cuadran, Kova.

—Lo sé —espetó, pero yo sabía que no pretendía ser grosero. Apretó demasiado y el bolígrafo me atravesó el papel. No me inmuté, pero Kova maldijo—. ¿Con qué número has salido? —Le dije—. Correcto. Yo también lo hice. —El alivio me recorrió por el simple hecho de saber que no era solo yo quien sentía que los números no cuadraban.

Kova terminó y me di la vuelta. Me pasó el bolígrafo a ciegas mientras leía. Observé cómo sus ojos repasaban lo que había escrito, moviendo los labios. Levantó la vista. Sus ojos se entrecerraron mientras recalculaba los números por última vez para estar seguro. Miró su reloj. El tiempo era esencial, así que me callé y no le dije que se diera prisa. Él lo sabía.

Metió la mano en el bolsillo, sacó una pinza de plata con billetes de cien dólares y se dirigió hacia los jueces. Tuvo que pagar una cuantiosa multa para impugnar mi puntuación y asegurarse que se me reconocieran las habilidades que había realizado. Si Kova tenía razón, le devolverían el dinero. Si se equivocaba y los jueces no consideraban que habían descontado injustamente, perdería su dinero.

Sin decir nada, Kova regresó al panel de jueces y les entregó el papel y el dinero en efectivo, y luego volvió hacia mí.

Dejé escapar una tensa respiración. Eso era todo. Todo lo que podía hacer.

Me mordí el interior del labio y el familiar sabor metálico se deslizó por mi lengua. Volví a masticar. Las cámaras parpadeaban y hacían clic frenéticamente. Todo el mundo estaba de pie a la espera de ver cuál sería el resultado. La siguiente gimnasta no podía competir hasta que terminaran con mi puntuación, así que todos los ojos estaban puestos en nosotros.

Kova permaneció pacientemente a mi lado mientras esperábamos. Si estaba nervioso, nunca lo adivinaría. Me crucé los brazos sobre el pecho y él me acercó a su lado. Me apoyé en él, intentando empaparme de su compostura. La pantalla se encendió y los jueces se inclinaron para empezar a revisar mi rutina, reproduciéndola en el pequeño televisor que tenían sobre la mesa y que solo se utilizaba en momentos como éste para ver si se concedían los puntos correctos. No era como en el fútbol, donde se revisaba todo.

Me separé de él y me paseé de un lado a otro. Me quedé mirando el suelo. Apoyé las manos en las caderas. Miré al techo. Volví a mirar a los jueces. Me crují los nudillos. Miré la pantalla de puntuación. Me limpié las palmas de las manos húmedas en mi leotardo. Miré la pantalla.

La tensión se hizo bola en un lado de mi cuello.

Había pasado demasiado tiempo. Algo no iba bien.

—¿Por qué tarda tanto? —pregunté.

—No lo sé —dijo en voz baja. Kova miró su reloj y luego volvió a mirar a los jueces. Sus ojos estaban fijos en ellos.

En ese momento, uno de los jueces se levantó. Tomo una bocanada de aire y la retuvo mientras subía rápidamente las escaleras hacia el comité técnico. Se le estaba acabando el tiempo.

Un escalofrío recorrió mis brazos mientras esperaba ansiosamente, y esperaba, y esperaba.

—¿Qué significa esto? —le pregunté a Kova. Él sabía de esto más que yo. Cuando no respondió, lo miré por encima del hombro y palidecí.

Su rostro sombrío, la derrota marcaba sus apuestos rasgos. La única vez que había visto esa mirada en él fue cuando me laceró el corazón con la noticia de su matrimonio secreto.

Su mirada lo decía todo.

Su mirada no se apartaba del nuevo grupo de jueces. El tiempo se movía muy lentamente. Mi corazón se desplomó en el estómago y volví a mirar hacia las escaleras. Había tres personas. Dos negaron con la cabeza y una asintió.

La esperanza era un sueño lejano y mi fe se me escapaba de las manos… hasta que la multitud estalló.

Me giré para mirar la pantalla y busqué mi puntuación. La conmoción me recorrió y mis labios se separaron.

Llevaba una décima de punto de ventaja, y volvía a estar en primer lugar. Una maldita décima.

Esto no podía ser real.

Me acerqué ciegamente a Kova, pero él ya estaba acercándose a mí. Me tiró hacia él y me rodeó los hombros con un brazo, levantándome. Me abrazó con fuerza mientras las cámaras nos rodeaban. Lo apreté con fuerza, conteniendo las lágrimas.

Me bajó. Kova, como todos los entrenadores cuando ocurre algo tan profundo, alternó entre dar un beso en la parte superior de mi cabeza y felicitarme.

—¿Cómo? —pregunté, con la voz apagada contra su pecho.

Kova se echó hacia atrás con una sonrisa más grande de lo que jamás había visto.

—Los jueces cometieron un gran error. Sabía que lo habían hecho y actué rápidamente. Parece que tienes los puntos de dificultad, y posiblemente algunos por la ejecución.

Mis cejas se levantaron, mi visión se difuminó. Me sorbí los mocos a través de una sonrisa. Solo por los pelos estaba en primer lugar. Era una lástima que no se permitiera revisar las rutinas a través de la televisión en general.

—¿De verdad?

—Sí. Ahora solo vas en cabeza por una pequeña fracción de punto, pero tengo la sensación que es suficiente. Te mereces tener esos puntos por los que te has matado.

Fui por otro abrazo, apretando a Kova en señal de agradecimiento.

Me frotó la espalda.

—Bien hecho, Adrianna.

—Gracias, Kova —susurré.

Me miró con un afecto tan intenso, como si yo fuera la única persona de la habitación que le importaba, y eso me llenó el corazón.

Le regalé a Kova una sonrisa solo para él antes de separarme y girarme para buscar a mi papá en las gradas. Hoy estaba mucho más cerca.

Por primera vez desde que recuerdo, tenía lágrimas en los ojos mientras saludaba frenéticamente... con Katja a su lado.



—Estoy muy orgulloso de ti. Más de lo que podrías saber —dijo papá—. Hoy me has sorprendido. Tuve tanto orgullo al verte. Creí que iba a reventar por eso. —Hizo una pausa—. Lamento no

haber estado en las otras competiciones, pero eso va a cambiar de aquí en adelante.

Sonreí de oreja a oreja.

—Gracias, papá. Ahora estás aquí y eso es lo que importa.

Estábamos en el aeropuerto y me había quedado dormida esperando la llegada de mi avión. Papá no volaba conmigo, pero mi avión debía despegar antes que el suyo, así que se había quedado.

Al incorporarme, me estremecí por la rigidez de mis articulaciones. Me dolía todo.

—¿Estás bien? —su voz transmitía preocupación.

Asentí.

—Estoy bien. A veces esto sucede cuando finalmente me siento por el día. Juro que a veces tengo el cuerpo de una persona de noventa años.

Papá se rio.

—No sé nada de eso. ¿Dónde es tu próximo encuentro?

—Tengo que consultarlo con Kova. No recuerdo dónde, pero creo que es en unas semanas.

Gracias, enfermedad renal y lupus. Aparentemente la niebla cerebral era un regalo de ellos.

Con este encuentro, me había asegurado una plaza para los Mundiales, ya que había quedado primera los dos días y me había llevado unas cuantas medallas en las pruebas de salto, suelo y barras. Apenas me faltó el tercer puesto por un par de décimas en viga, pero me pareció bien. No podía esperar a llegar a casa para colgar mis medallas en la pared. Todas mis medallas ocupaban un lugar especial en mi corazón, pero éstas eran más especiales. Las gané después de mi diagnóstico y en mi primera gran competición nacional. Tenía muchas ganas de sacarlas de mi bolso y sostenerlas ahora mismo, pero esperaría a hacerlo en privado cuando llegara a casa. Al fin y al cabo, era un poco emotivo para mí.

—Creo que es en otro país ahora que lo pienso. —Me froté la cabeza tratando de recordar cuál era. Era mi primer encuentro internacional... y otro muy importante para mí... solo que no recordaba dónde, ya que había unos cuantos encuentros que tenían lugar en el extranjero.

Papá inclinó la cabeza hacia mí.

—¿Ah, sí? —Luego miró en otra dirección.

Seguí su mirada y disimulé mi expresión. Kova y Katja se dirigían hacia nosotros, ambos con bebidas en la mano. Kova le entregó a papá un vaso de plástico con líquido ámbar y hielo, y Katja extendió su brazo en mi dirección ofreciéndome una botella de agua. Los tres estábamos en el mismo avión de vuelta a casa. Con suerte, en secciones diferentes.

—Gracias —dije, pero ella lo ignoró. No me sorprendió. Katja apenas había mirado en mi dirección. Normalmente no me molestaría, pero ahora me irritaba. Su desprecio era evidente.

Al diablo con eso. Iba a preguntarle a Kova cuando volviéramos.

—¿Adrianna me ha dicho que el próximo encuentro es en otro país? —dijo papá a Kova, removiendo el hielo con la pajita negra.

Destapé mi agua y miré hacia otro lado mientras hablaban, demasiado cansada y mentalmente agotada para escuchar o participar. El agua helada se deslizó por mi garganta y casi suspiré. Me bebí la mitad de un trago. Por mucha agua que bebiera últimamente, no conseguía saciar mi excesiva sed.

Teníamos menos de una hora antes de subir al avión. Agachándome, rebusqué en mi bolso y saqué nuestro cuaderno. Rebusqué un bolígrafo y me senté a escribir.

Estoy escribiendo esto mientras estoy sentada adelante de tu encantadora y perfecta esposa.

Ella me odia.

No me digas que no te das cuenta de cómo me mira cuando estoy cerca. Actúa como si yo fuera una espina en su costado que quiere quitar y tirar.

No estoy loca.

Sé cuándo alguien se ensaña con otra persona. Ella la tiene contra mí. Puedo sentirlo en mis huesos.

Lo que me asusta es que creo que lo sabe todo. Sabe lo que hay entre nosotros. No quería enfrentarme a los hechos, pero creo que es hora de hacerlo. Es lo único que se me ocurre. La única razón por la que se comporta como lo hace conmigo.

Pero mi pregunta es, ¿por qué no ha hecho nada al respecto todavía?

A no ser que lo haya hecho y tú no me lo hayas dicho.

Hice una pausa y levanté la vista, pensando. Mi bolígrafo se tambaleó entre mis dedos y mi mirada se desvió hacia Katja. Ella miraba mi regazo y luego levantó sus ojos hacia los míos. Colocando el bolígrafo en el centro del cuaderno, lo cerré y lo sostuve contra mí. Esto era lo más brusco y arriesgado que había conseguido con nuestros pensamientos, pero tenía que sacarlos o iba a estallar.

Siguió mirándome con ojos de odio y una expresión fría como una piedra en su rostro. Me sorprendió que alguien tan hermoso pudiera parecer tan feo. Un tipo de fealdad maligna. Sus ojos volvieron a posarse en mi regazo, luego se inclinó y susurró algo al oído de Kova. Él giró la cabeza hacia ella mientras ella mantenía sus ojos en mí. No pude ver lo que expresaba su mirada, pero le agarró la mano y colocó sus dedos entrelazados en su muslo con una pequeña sonrisa. Su rodilla se balanceó.

El cansancio me inundó. Mis ojos se volvieron pesados y cálidos. Dios, odiaba esta sensación. Era como si una pesada manta de hierro me cubriera, y de repente me sentía tan cansada que lo

único que quería hacer era dormir. Normalmente tenía que aguantar, pero esta vez no lo hice.

Giré la cabeza en la otra dirección y me alegré cuando el asistente anunció que el avión iba a embarcar poco después. Metí el cuaderno y la botella de agua en el bolso, me lo colgué del hombro, me despedí de papá y me puse en la cola. Eran cinco horas de vuelo y sabía que en el momento en que mi cabeza tocara la almohada rasposa me iba a desmayar de golpe.

Lo que no había previsto era que mi cuaderno se esfumaría al llegar a casa.

Capítulo 19

Últimamente, tenía ganas de abandonar.

No porque no amara la gimnasia, sino porque mis emociones causadas por la realidad de mi vida eran demasiado para manejarlas. Mis secretos eran una carga. Mi propia existencia era una mentira. Ya no sabía quién era ni qué sería de mi futuro. Estaba demasiado perdida en mi cabeza sin una salida que aliviara mi alma. Se me erizaba la piel. No era capaz de concentrarme en una cosa el tiempo suficiente, excepto en la gimnasia, y cuando estaba sola, mi mente saltaba de un tema a otro. Lo odiaba.

Estaba muy enferma cuando llegué a casa después del encuentro, pero no iba a dejar que eso me detuviera. El agotamiento se había apoderado de mí y mi cuerpo estaba acalambrado. Tenía una pequeña fiebre. Ir a entrenar al día siguiente era una obligación absoluta y lo que cualquier otra persona habría hecho, así que es lo que yo también hice.

Había algo en la tiza pulverizada y en el eco de los aparatos que ayudaba a calmar mi mente acelerada. Durante cuatro días y cuatro noches seguidas, me esforcé y entrené como una bestia. Nadie me cuestionó. Madeline y Kova me siguieron la corriente. Ellos probablemente asumieron que me estaba preparando para los Mundiales. Y así era, pero también intentaba mantenerme a flote de la única manera que sabía.

Me decía a mí misma que si había podido hacerlo antes que ocurriera todo, podía hacerlo ahora. Me dolía más que nunca, pero me negaba a recurrir a los analgésicos por la noche. Sabía que podían tener efectos a largo plazo y no iba a seguir el camino de la adicción.

Agotada más allá de lo comprensible, me mantuve al margen y no hablé con nadie. El éxito estaba en el silencio, es lo que me decía. Ni siquiera cuando me quedaba más tarde y solo estaba Kova. Los muros de mi vida se estaban derrumbando poco a poco, pero estar dentro de World Cup era la única forma de respirar. Luchaba por mantener la calma, pero era la única forma de seguir estando entera. La única manera de volver a sentirme yo, así que me esforcé hasta que apenas podía mantenerme en pie.

Pero hoy... Hoy sentía que era más de lo que podía soportar. La presión en mi pecho estaba aumentando hasta mi mayor capacidad. Sentí que la ruptura se acercaba en el momento en que me desperté, como una enorme ola que se formaba en la distancia y que se hacía más fuerte y feroz cuanto más se acercaba.

Mientras esperaba que mi café terminara de prepararse, mi teléfono sonó. Bostezando, abrí el mensaje de mi papá y lo leí:

Papá: Llámame cuando te despiertes. Es importante.

Frunciendo el ceño, lo llamé inmediatamente.

—¿Papá? ¿Va todo bien?

—Cariño. No esperaba que estuvieras levantada.

Miré el reloj de mi cafetera y parpadeé. Eran las cuatro y cuarto de la mañana.

—He estado yendo a los entrenamientos temprano, así que he estado levantada a esta hora toda la semana.

—Igual que tu padre —dijo con orgullo.

Estaba segura que solo dormía tres horas por noche como máximo, solo para poder trabajar más.

Se aclaró la garganta y dijo:

—¿Has visto las noticias?

Mis cejas se fruncieron.

—No. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Un huracán se dirige hacia ti. Solo es de categoría dos y no hay por qué preocuparse, pero con el agua todavía tan caliente y sin tierra que lo frene, quiero que estés preparada. Algunas de las primeras predicciones dicen que podría llegar a tres. Quiero que cierres las persianas aunque las ventanas sean de doble cristal. Deberían cerrarse fácilmente. Voy a hacer que te envíen hoy comida y agua a tu condominio por si acaso, junto con linternas y una radio.

—¿Por quién? ¿Quién tiene la llave?

—Thomas ya está en camino y se dirige hacia ti. Él debe estar allí en el próximo par de horas. Me imaginé que estarías en el entrenamiento, así que le di una llave de repuesto.

Mi corazón se ablandó.

—Me encantaría verlo.

—A él también le encantaría, cariño, pero le di instrucciones estrictas. No quiero que se quede atrapado en el tráfico a la vuelta. Ya sabes cómo se ponen algunas personas cuando se acerca un huracán, cómo los medios de comunicación los exageran y crean el caos. Lo quiero en casa y a salvo.

Me reí ligeramente. Habiendo nacido y crecido en el sur de Florida, un huracán dos no era nada del otro mundo, pero había quienes evacuaban de todos modos.

—¿Cuándo se supone que tocará tierra?

—Pasado mañana, de madrugada y un poco al sur de donde estás. Enciende la televisión y observa. De camino al entrenamiento, llena el depósito de gasolina por si acaso.

Sonreí al teléfono.

—Lo sé, papá.

—Asegúrate que todos tus medicamentos estén llenos y mantén tu teléfono cargado.

Agarré una taza y me serví café.

—Ya lo está.

—Lava la ropa sucia ahora. No abras mucho la nevera y baja el aire para que se mantenga fresco.

—Papá. Es solo de categoría dos.

Me sorprendió que se preocupara de esa manera. Normalmente no se preocupaba hasta que pasaba a un cuatro.

—Lo sé, pero no estoy allí para protegerte esta vez. Solo quiero asegurarme que estás bien. Podría pasar cualquier cosa.

—Gracias —dije.

—Ya he hablado con Konstantin. Tiene previsto cerrar World Cup mañana por precaución.

Me congelé a mitad de camino de servir mi taza de café.

—¿Qué quieres decir? Solo es un dos. Las escuelas ni siquiera cierran por eso.

—Está jugando a lo seguro. No quiero que conduzcas con esa lluvia de todos modos.

Oh Dios. Un día entero a solas, posiblemente más, para reflexionar. Mis dientes se clavaron en mi labio inferior. Me quedé en silencio, preguntándome qué iba a hacer con mi tiempo. ¿Tal vez colgar mis medallas y limpiar? Miré a mi alrededor. Vivía sola y casi nunca estaba en casa. ¿A quién quería engañar? Mi piso siempre estaba limpio. Tal vez debería conseguir un rompecabezas.

—¿Adriana? —Dijo papá.

—¿Sí?

—¿A dónde fuiste?

Pensé rápidamente.

—Estaba pensando que por fin tengo un día libre para descansar. Gracias, huracán. —fingí mi entusiasmo.

Él se río.

—Quédate en el condominio y no me hagas preocupar. Ya tengo suficientes cabellos grises.

—Siempre puedes teñirlo —dije, riendo para mis adentros al pensar en cómo le había dicho lo mismo a Kova.

—Ni en un millón de años. Escucha, tengo que irme. Llámame para comprobarte mañana.

—Gracias, papá. Te amo.

—Te amo más, cariño.

—Espera... —Hice una pausa—. ¿Papá?

—¿Sí?

—Quería preguntarte... Ah, ¿ya te has hecho la prueba?

Apreté el teléfono. Las pruebas podían tardar semanas y quería estar preparada por si pasaba algo. Él no me había sacado el tema ni una sola vez y supuse que debía hacerlo.

—En realidad empecé el proceso cuando te diagnosticaron, solo que no quería decir nada hasta estar seguro. El primer análisis de sangre resultó ser compatible. —Hizo una pausa, y mi corazón dio un salto tan fuerte que tuve que agarrarme el pecho—. Pero las siguientes pruebas cruzadas demostraron finalmente que somos incompatibles y que tu cuerpo podría rechazar el riñón. —Papá bajó la voz—. Lo siento mucho, cariño. Realmente creí que pasaría. Estaba esperando a decírtelo después de tus competiciones de gimnasia. No quería que se te metiera en la cabeza.

—Oh, está bien —dije, mi voz tranquila. Son tres personas en mi familia con la mayor posibilidad de ser compatibles, y ninguna lo era. Me sentí como si me hubieran chupado la vida una vez más.

—No pierdas la esperanza. He hecho algunas llamadas y estoy esperando la respuesta de algunas personas para ver si están dispuestas a hacerse la prueba. No quería decírtelo todavía hasta tener noticias positivas para seguir.

—Está bien —dije suavemente—. Volvemos al principio, supongo.

—Ya pasará —dijo papá. Me di cuenta que estaba tratando de inyectarme palabras alentadoras—. Sé que pasará.

Nos despedimos y me quedé en la cocina mirando a la nada, preguntándome a dónde iría a partir de ahora, intentando no hacerme la única pregunta que había estado evitando desde que empezó esta mierda.

Si nunca encontraba una compatibilidad, ¿moriría? Incluso con la diálisis, ¿moriría?

Sin embargo, sabía la respuesta. La diálisis no era una forma de vida.

Mientras tomaba mi café, consulté la aplicación del tiempo en mi teléfono y leí sobre la inminente tormenta. Era una buena distracción para alejar mi mente de lo que papá me había dicho y para orientar mis pensamientos correctamente. Realmente no quería pensar en el hecho que estaba de nuevo en el punto de partida.

Se pronosticaba que la tormenta se acercaría a la categoría tres. Todo lo que el huracán necesitaba era un pequeño cambio y el ojo tocaría tierra en Cape Coral. Las bandas de alimentación durarían horas y harían el mayor daño. Sin embargo, todavía no estaba demasiado preocupada. Tenía píldoras más grandes que tragar.

Me acerqué y recogí los frascos de medicamentos. Uno por uno, vertí la dosis necesaria y me los tomé, además de comer una manzana. Había pasado por innumerables huracanes. Estaba en un edificio de cemento seguro con persianas y con las necesidades previstas.

Lo que sí me preocupaba era no tener una salida para desgastarme hasta los huesos como me lo permitía la práctica.

Durante toda la investigación que había realizado sobre el lupus y la enfermedad renal, muchos pacientes habían informado que les dolía más el cuerpo cuando había un cambio drástico de

tiempo. Me parecía ridículo que alguien dijera que el tiempo afectaba a su cuerpo, pero entonces pensé en cómo me había sentido yo al levantarme esta mañana, y ayer por la mañana, y me di cuenta que yo también lo había sentido.



—Tierra a Adrianna. ¿Estás bien? —preguntó Madeline, mirándome con preocupación.

—Sí —respondí, y bostecé—. ¿Por qué lo preguntas?

Madeline dio un mordisco a su banana y masticó lentamente. Ya no podía comerlos, a menos que quisiera agravar mis riñones.

—Estás usando la pared para sostenerte. Pensé que estabas a punto de quedarte dormida ahí de pie.

—Oh. —Sonreí tímidamente y me moví sobre mis pies para ponerme derecha. Había estado practicando con ella todo el día—. Estoy bien. Solo estoy tomando un descanso para beber agua —dije, y agité un poco la botella medio llena. Me dolía la garganta y tenía la voz ronca cuando contesté.

—Muy bien… Nos vemos en la bóveda. No me hagas esperar demasiado. Usa el baño, cómete una barrita de proteínas, haz lo que tengas que hacer, porque vamos a trabajar durante las próximas tres horas más o menos.

—No lo haré —dije.

Me animé un poco ante la idea de estar trabajando hasta el cansancio. Eso significaba no tener tiempo para pensar en otra cosa.

Contenta con mi respuesta, Madeline se dio la vuelta. La vi alejarse, mi mirada siguió sus pasos hasta que hizo un giro brusco y mi mirada se fijó en Kova.

Me apoyé de nuevo en la pared y observé atentamente cómo Kova daba instrucciones al equipo masculino. No había entrenado con él hoy, ni ayer, y me resultaba extraño. Extraño de verdad, y lo echaba de menos más de lo que me había dado cuenta. Me sentía perdida sin él a mi lado.

Hace unos días me había emparejado con Madeline para afinar habilidades para las que ella tenía un espacio, y desde entonces no habíamos hablado. Ni siquiera a la hora de irnos. Todo lo que obtuve fue un rápido hola y adiós. Sin embargo, había esperado que lo hiciéramos hoy. Al menos una vez antes que cerrara World Cup por la tormenta. Era el único con el que realmente quería hablar, aunque fuera unos minutos. Tomaría lo que pudiera conseguir de él.

No podía quitarle los ojos de encima. Él no sabía que lo estaba mirando porque estaba de espaldas a mí, pero lo miraba fijamente. Incluso a través de la forma solidaria en que entrenaba al equipo masculino, lo conocía lo suficientemente bien como para percibir que algo le rondaba por la cabeza. Parecía positivo y tranquilizador, pero entonces se dio la vuelta para recoger una gruesa alfombra de aterrizaje, y lo vi todo. Vi las ojeras que tenía, la línea sombría y firme de su boca. Cómo el espacio entre sus cejas estaba permanentemente arrugado con líneas.

Parecía mucho más viejo que sus treinta y tres años.

Arrastrando la alfombra para que quedara centrada bajo los aros, la dejó caer con un fuerte golpe y una nube de tiza se levantó a su alrededor. Se frotó una mano por su desaliñada mandíbula. Tenía el cabello revuelto. La gorra negra que tanto le gustaba llevar no estaba a la vista. Kova parecía tan retraído como yo me sentía.

Se giró hacia un lado y se dirigió al equipo masculino utilizando sus manos y dando ejemplos de lo que sugería que hicieran.

Me di cuenta que había estado en el gimnasio más tiempo que yo esta semana. Llegó antes que yo y se iba después. Fruncí el ceño y bebí el resto de mi agua. ¿Había vuelto a casa?

Los truenos atravesaron el cielo, el estruendo se sintió bajo mis pies, y salté, agarrándome el pecho. Me di la vuelta y miré a través de la gigantesca ventana de cristal la tormenta que estaba cayendo. Grandes gotas de agua caían con fuerza y rapidez, el sonido de la lluvia al golpear el techo de láminas me recordaba a una selva tropical. Era extrañamente tranquilo, pero entonces el cielo se oscureció hasta convertirse en un gris nebuloso y el mundo pareció oscurecerse a mi alrededor. Mi visión se difuminó y mis pulmones se contrajeron. Me encantaba la lluvia, pero esa inminente sensación de fatalidad volvía a recorrer mi pecho como lo había hecho a primera hora de la mañana. Empezaba a sentirme atrapada dentro de mí misma. Una lágrima se filtró por el rabillo del ojo y me la limpié rápidamente.

—¡Adrianna! ¡Muévete! —gritó Madeline desde el otro lado del gimnasio y dio una palmada molesta. La miré, y luego lancé una mirada de pasada a Kova. Contuve la respiración.

Él ya me estaba mirando, lo que significaba que me había visto secar la lágrima.

Capítulo 20

Las palmas de mis manos ardían como si cientos de hormigas de fuego me mordieran la piel, y el interior de mis muslos estaba rozado por la gruesa cuerda.

Apreté el cuerpo, contrayendo todos los músculos que podía para subir y bajar por la gruesa cuerda. Durante los últimos treinta minutos había alternado los abdominales con la escalada por cuerda, utilizando cada gramo de energía que tenía.

Cuando los dedos de mis pies llegaron al suelo, dejé escapar un suspiro de alivio. Me quedaban treinta segundos para volver a subir. Ya casi había terminado esta ronda de acondicionamiento que me había creado. Lo último que tenía que hacer era correr, luego me encerraría en mi condominio durante el día siguiente, más o menos. Con suerte, durmiendo todo el tiempo.

—Ya es hora que te vayas a casa —dijo Kova, con voz baja. Estaba al pie de la cuerda esperándome cuando bajé.

Lo miré. Tenía las manos apoyadas en las caderas y no sonreía. Severo, estaba tratando de hacer un punto, pero me di la vuelta y lo ignoré. Me senté en el suelo y me tumbé de espaldas, luego coloqué las manos detrás de la cabeza. Apretando el estómago, me incorporé hasta quedar sentada.

Uno. Dos. Tres...

Kova se arrodilló y me sujetó los pies.

—Adrianna.

—Me iré a casa cuando esté lista —dije mientras me levantaba y me ponía frente a él.

Volví a bajar cuando dijo:

—Creo que deberías irte a casa ahora.

—No. He dicho que me iré a casa cuando esté lista.

Kova siseó en voz baja.

—Adrianna…

—Me iré a casa cuando haya terminado. ¿De acuerdo? —dije y me concentré en el techo.

—¿Y cuándo es eso? ¿Cuándo ya no puedas caminar?

Ignoré su comentario barato.

—Cuando termine. No es que estorbe a nadie. Ni siquiera hay nadie aquí. Entonces, ¿qué importa? —Todos, excepto Kova, se habían ido hace casi dos horas—. No necesitas estar aquí de todos modos. Puedo arreglármelas sola.

Sus ojos se clavaron en los míos, con una ceja levantada como si se estuviera conteniendo.

—Estás exagerando, Adrianna.

Eso me irritó. Iba a descansar mucho durante todo el maldito día de mañana y necesitaba agotarme lo suficiente como para poder dormir sin problemas. De lo contrario, buscaría cosas en Internet y me sentiría mal conmigo misma. Me concentraría en el dolor de mis articulaciones, y entonces me dolerían aún más. Presionarme con un acondicionamiento extra hasta que apenas pudiera caminar no era la idea más brillante que había tenido, pero estaba perdiendo el control de la situación y esta era mi manera de agarrarlo y salir adelante. Sobre todo después de la conversación que había tenido con mi papá y la falta de coincidencia con un donante. Necesitaba esto más que nunca. Necesitaba desgastar mis pensamientos y apagar mi mente. Por eso me encantaba estar en World Cup… me hacía olvidar todo. No quería estar sola y encerrada todo el día. Dios

no quiera que la tormenta empeore, entonces me quedaría atrapada allí durante días.

—No me digas lo que necesito. Estoy harta de escuchar lo que necesito de todo el mundo. Dime, ¿por qué me empujaste hacia Madeline?

—No hice tal cosa.

Me senté y me puse frente a él, con las manos todavía juntas detrás de la cabeza. El sudor resbalaba por mis sienes.

—Tonterías. Me estás mintiendo.

—¿Qué está pasando? Háblame —me instó, con su voz llena de preocupación—. ¿Qué tienes en mente?

Háblame. Dejé escapar una risa altiva y volví a bajar. El corazón me latía demasiado fuerte mientras intentaba hablar y hacer ejercicio al mismo tiempo.

—Dígame por qué hace días que no me habla, *entrenador*. Días. Apenas me saludas, ¿y ahora quieres hablar?

—Ah, *entrenador*. Solo usas *Entrenador* cuando estás enfadada conmigo.

No estaba realmente enfadada con él. Solo estaba enfadada en general. No estaba ayudando al decirme que me fuera.

—¿Qué ha pasado entre la competición y ahora para que finjas que no existo? Creía que estábamos bien, al menos en su mayor parte.

No lo había buscado deliberadamente, pero deseaba que al menos hubiera intentado hablar conmigo.

Entonces me di cuenta.

Había pasado muchos días ignorándolo y ahora él me lo hacía a mí. Solo lo había hecho durante menos de una semana y yo me estaba convirtiendo en una niña llorona por eso.

—Lo haces a propósito, ¿no? Porque te he mantenido a distancia desde que te casaste con Katja, y ya no puedes soportarlo. Esta es tu manera de vengarte de mí.

—Eso no es cierto. —El sentimiento de culpa se extendió por su tono suave y sentí que me derrumbaba, una palabra inglesa rígida a la vez—. No es cierto en absoluto.

—Entonces, ¿me lo estoy imaginando?

—No. Quiero decir, bien... —Sonaba arrepentido y eso era lo contrario de lo que yo quería—. Sentí que Madeline era más adecuada para lo que necesitabas. ¿Es por eso que ahora estás enfadada y te obligas a hacer ejercicio todos los días después del entrenamiento? ¿Por qué pensaste que te estaba ignorando? Nunca te haría eso. Siempre estoy aquí para hablar si me necesitas.

Te necesito, pero no quiero necesitarte.

Me senté y respiré en su rostro, tratando de recuperar el aliento. Tenía el pecho tan apretado que luché contra un estremecimiento por el dolor.

—No pienso nada. Lo sé. Me estás evitando.

Maldita sea, sabía que estaba siendo irracional, solo que no sabía cómo detenerlo.

Kova se sentó sobre sus talones y me observó.

—No voy a discutir contigo. Vete a casa antes que empiece a llover y tómate un tiempo para descansar. Te veré dentro de unos días. Tu actitud deja claro que necesitas el tiempo libre, y las tonterías de *entrenador* no hacen más que consolidarlo.

Mis ojos se encendieron y me puse de pie. Agarrando la cuerda, apreté el puño y dije:

—Te lo dije, me iré a casa cuando esté lista.

Preparándome, me aferré a la cuerda por encima de mi cabeza, pero Kova me agarró de las caderas para detenerme.

—No. Estás acabada —dijo con firmeza y tiró de mí hacia atrás—. Te vas a matar.

—Ya me estoy muriendo de todos modos, entonces ¿qué importa?

Las manos de Kova se congelaron alrededor de mi cintura. Apreté los ojos y dejé caer la cabeza contra la cuerda. ¡Joder! No podía creer que se me hubiera escapado.

—¿Qué acabas de decir? —susurró.

—Nada. Solo que todo el mundo se muere en el momento en que nace. Eso es todo lo que quería decir. —Intenté zafarme de su agarre, pero no tuve suerte—. Ahora suéltame para que pueda hacer mi última ronda.

—No haré tal cosa.

Con la sangre hirviendo a fuego lento, estaba encendida. Soltando la cuerda, giré y me escapé de su agarre. Miré a Kova, esperando ver su ira, pero obtuve lo contrario.

—¿Cuál es tu maldito problema? Solo estoy intentando concentrarme y prepararme para los Mundiales. ¿Por qué me retienes?

Kova se acercó más a mí.

—No pongas palabras en mi boca. Nunca te retendría. Me preocupa que vayas a hacerte daño. Además, con la tormenta que se avecina, tienes que prepararte.

—Estoy preparada. Esta es mi manera de prepararme mentalmente y enfrentarme a la mierda.

Sus ojos bajaron.

—Todas las noches de esta semana he contenido la respiración observándote, tratando de darte el espacio que tan claramente necesitas para lidiar con lo que sea que tienes en tu cabeza. Pero esta noche, se acabó. Se acabó el agotamiento.

Apreté los labios.

—¿Me vas a dejar hacer la última?

—No hay posibilidad en el infierno. Te he observado lo suficiente esta noche para saber que estás demasiado débil para llegar a la cima. Pensé que ibas a caer la última vez. Por eso vine aquí, para atraparte si tenía que hacerlo.

Débil.

Eres demasiado débil.

Kova me llamó débil.

—¿Crees que soy débil? —Me tembló la voz y no pude disimular el dolor que sentí. Llamarme débil era, con mucho, el peor insulto. Es lo que había estado temiendo, que al final fuera demasiado débil para lograr algo. Prefería que me llamara perra antes que débil.

Antes que pudiera detenerme, se me llenaron los ojos de lágrimas mientras repetía sus palabras en mi cabeza. Mi mandíbula se movió, mi sangre hirvió de furia.

—*Ria* —dijo en voz baja, con las cejas fruncidas por el arrepentimiento. Kova se acercó a mí, pero yo retrocedí—. No quise decir eso. Solo quería que no te hicieras daño.

Le clavé el dedo índice en el pecho y le susurré de forma mordaz:

—Que te jodan, entrenador.

Me giré y me alejé de él. Si no podía subir, entonces me iría a correr.

—Vuelve aquí. ¿A dónde vas?

Las lágrimas corrieron por mis mejillas mientras abría la puerta del vestíbulo.

—A correr —grité por encima del hombro y doblé la esquina. Kova me pisaba los talones mientras caminaba por el pasillo—. Ya

deberías saberlo, ya que has estado aquí todas las noches observándome como un maldito acosador.

—Como el infierno que eres.

Oh, estaba enfadado. Bien. Ahora sabía cómo me sentía.

Abrí mi casillero y busqué los pantalones de ejercicio. Tenía una rutina y tenía que cumplirla. Tenía que hacerlo.

—No puedes detenerme. ¿Por qué no te vas a casa y te peleas con tu esposa y me dejas en paz?

Me puse los pantalones y me los subí, luego agarré una zapatilla, pero Kova me detuvo. Me hizo girar y se acercó a mí. Retrocedí hasta quedar presionada contra el casillero. Me señaló con un dedo. Tuve el impulso de agarrarlo y doblarlo hacia atrás.

—No hagas esto.

—¿Hacer qué? —grité, con la respiración agitada y los ojos frenéticos. Lo aparté de un empujón. No pude evitar que las lágrimas corrieran por mis mejillas sonrojadas. Me temblaban los dedos mientras las limpiaba con el dorso de la mano—. ¿Qué estoy haciendo qué está tan mal?

—Sabes exactamente lo que estás haciendo. Has tenido un fin de semana largo, y luego vienes y entrenas más duro de lo normal añadiendo acondicionamiento y horas extra a tu horario. Tienes un encuentro próximamente.

—¿Y? ¿Y? ¿Eso es algo malo?

Sus ojos se endurecieron.

—Para ti, sí.

Con las fosas nasales dilatadas, dije entre dientes apretados:

—Porque crees que soy débil.

Kova se convirtió en piedra.

—Débil es lo último que te llamaría.

—¿Entonces qué es? —Le supliqué, levantando la voz—. ¿Por qué no puedo terminar como lo he estado haciendo?

—¡Porque sé que estás enferma y no puedo soportar ver lo que te estás haciendo por más tiempo!

Mis labios se separaron con incredulidad mientras el aire se apoderaba de mis pulmones.

Me quedé mirando a Kova, con la mandíbula moviéndose sin poder evitarlo, mientras buscaba palabras, pero no las encontraba.

Mi mente tenía que estar jugándome una mala pasada.

Me sumergí más profundamente, mirándolo fijamente, rezando por no haber escuchado esas palabras.

El silencio entre nosotros se endureció hasta convertirse en un sonido estrepitoso, amenazándome hasta un nivel asfixiante.

—¿Qué? —pregunté, sin aliento. Sacudí la cabeza. No había manera.

La simpatía estaba en pleno efecto y hacía que mi corazón se desmoronara. Extendió su mano, pero me aparté de su alcance, como si no pudiera soportar que me tocara. El dolor se reflejó en sus ojos, pero lo ignoré.

—¿Qué has dicho?

—*Lo sé* —dijo en voz baja. Y en mi corazón, sabía lo que quería decir—. Lo sé todo, y no puedo soportar ver cómo te torturas sabiendo lo que yo sé por más tiempo.

Seguí negando con la cabeza e inhalando profunda y lentamente.

—No sabes nada. Nada. —Mi voz era un susurro.

—*Ria*, *krasivaya*, lo he sabido desde el principio.

Apenas podía respirar. La jaula que rodeaba mi pecho se fracturó por el centro y se abrió, derramando mi corazón. Me di la

vuelta para sacar mi bolso de mi casillero. Mi otra zapatilla cayó al suelo y no me molesté en recogerla.

A la mierda con correr. A la mierda todo el mundo. A la mierda esta vida que me tocó.

—No —me dije más bien a mí misma. No, mi papá no haría eso. No me mentiría, no después de todo. *Después de todo*—. Estás mintiendo. Solo intentas manipularme.

Las lágrimas cayeron rápido y con fuerza y fui incapaz de detenerlas. Justo cuando estaba a punto de balancear el bolso sobre mi hombro, Kova puso una mano en la parte superior de mi brazo.

Sus dedos, su verdad, su compasión, todo se sentía en su tacto y decía todo lo que yo no quería saber.

Me perdí. El toque fue tan simple y suficiente para destrozarme por completo.

La correa se me resbaló de la mano y el bolso cayó al suelo. Al darme la vuelta, rechinaron mis dientes mientras empujaba el pecho de Kova con toda la fuerza que tenía en mí. Era sólido como una roca y sentí como si estuviera empujando una pared de ladrillos, pero persistí. Se tambaleó hacia atrás y trató de alcanzarme, pero lo empujé de nuevo.

—¡No sabes nada! —grité a través de las lágrimas ardientes— . ¡Nada! Mi papá no me haría eso. No me mentiría así.

—*Ria* —dijo con tristeza, solo tratando de calmarme, pero me desencadenó aún más.

Una palabra, tres letras, y decía todo lo que necesitaba saber.

Volví a empujar a Kova y él retrocedió. Lo empujé más fuerte hasta que estuvo contra la pared. No podía parar. No podía procesar nada de lo que decía. No podía escuchar.

—Basta ya. ¡Cállate! No sabes nada.

Me tocó suavemente el brazo, su compasión me consumía. Su tacto me dijo de nuevo la verdad, y me rebelé contra ella. Me dejó pegarle, abofetearlo, empujarlo.

Esto era demasiado. Lo odiaba. Iba a enfermar. Él no lo sabía. Estaba mintiendo.

Kova estaba mintiendo como siempre lo hacía, pero entonces sus siguientes palabras me destrozaron por completo, cambiándonos para siempre.

—Sé lo del lupus y la enfermedad renal.

Capítulo 21

Me quebré, y las lágrimas cayeron en gruesos chorros por mis mejillas hasta las comisuras de la boca. Se filtraron dentro de mí, alimentando un resentimiento feroz y un dolor como nunca antes había sentido.

—¡Se supone que nadie debía saberlo!

Kova me agarró de los brazos y reaccioné rápidamente zafándome de su agarre. Volvió a agarrarme y esta vez le di un golpe en el pecho. Se estremeció, pero apretó más su agarre.

—Suéltame —grité, mi mano conectó con su pecho—. Aléjate de mí. Todo el mundo es un mentiroso. Todo el mundo. Los odio tanto. Todo lo que hacen es mentir. Se supone que nadie debería saberlo, ¡Incluso tú!

Me aparté, pero Kova era demasiado fuerte. Me atrajo hacia su pecho y me dejé caer sobre él. Me permití llorar por un momento, gimiendo contra él mientras me abrazaba, con la espalda vibrando de pena. Dejé escapar un grito de agotamiento, pero no cedí y seguí luchando contra él.

—Tu padre estaba preocupado. No quería hacer daño.

Inspiré de forma audible y me aparté.

—¿Así que lo sabías todo este tiempo?

Kova bajó la mirada, con los ojos hundidos y sobrios.

—Así es.

Parpadeé rápidamente intentando que las lágrimas se detuvieran para poder ver con claridad.

—¿Cómo? ¿Cómo has podido saberlo durante tanto tiempo?

—Tu padre me llamó —dijo sin compasión—. Me dijo que la oficina del médico lo había llamado con los resultados del lupus y que quería hacer más pruebas, pero que tú no habías aparecido. Esto fue hace meses y meses. Estaba preocupado y sabía que estabas bajo presión, pero no quería asustarte, así que me pidió que te convenciera de ir. También me pidió que no te dijera que lo sabía. —Sus ojos recorrieron mi rostro. Bajando la voz, dijo—: No puedo soportar verte así por más tiempo. Estoy preocupado por ti, Adrianna. Te estás desvaneciendo y agotando, y sé por qué. Quieres evitar el problema y actuar como si no fuera nada grave, que no puede controlar tu vida, pero no puedes hacer eso. A la larga solo te hará más daño. Eso es lo que hizo mi madre, y me niego a que tú lo hagas. Deberías haber acudido a mí.

Mis labios se separaron en señal de comprensión.

—Cuando me dijiste que no podía volver a las prácticas hasta que fuera al médico... Aquella vez que me quedé en tu casa... ¿Hace cuánto que lo sabes?

—Antes de eso. Tu padre y yo hemos estado en estrecho contacto con respecto a tu salud. Me enteré cuando volviste del campamento de entrenamiento que era muy posible que hubiera algo mal. Me enteré poco después.

Derramé silenciosamente lágrimas calientes. Todo este tiempo pensé que había estado luchando contra mí misma para demostrar que podía soportar mi programa de entrenamiento, cuando en realidad Kova solo lo permitía todo porque le daba pena. Su tolerancia tenía ahora todo el sentido, y me ofendía. Su forma de manejar mi enfermedad era compadecerse de mí.

Mis ojos buscaron los suyos. No estaba segura de lo que buscaba, algo más que compasión. ¿Estaba triste porque mis posibilidades de alcanzar mi sueño olímpico habían disminuido drásticamente? ¿O porque tenía una enfermedad incurable que

podía despojarme como persona? ¿Cambiaba su forma de verme simplemente como *Ria*?

O incluso peor. ¿Me etiquetó ahora?

—Siempre he admirado tu tenacidad, pero esta locura termina ahora.

Me admiraba.

—Yo... Yo... —Tragué, tratando de encontrar mi voz—. Tengo que irme.

No podía hacerme responsable de mis actos en este momento. Entre la rabia ciega y el entumecimiento, su tacto, el sonido de su profunda voz envolviéndome, la energía era demasiado poderosa en mí para liberarme.

Apartándome, localicé a ciegas mi bolso, mirando pero sin hacerlo realmente. Me incliné y metí la mano para buscar las llaves. Agarrándolas, me incorporé y me dirigí rápidamente hacia la puerta, aturdida.

—Adrianna —dijo Kova, chasqueando la lengua detrás de mí—. ¿Adónde vas? No puedes conducir en ese estado.

—Vete.

Agarré mis llaves con fuerza. Esta vez no me las iba a robar, pero Kova era rápido y me siguió hasta el auto.

En cuanto salí, la lluvia me golpeó en la cara y me empapó al instante. Estaba calada hasta los huesos de dolor. Kova murmuró una serie de palabras en ruso, y por una vez no me importó lo que había dicho.

—Deja que te lleve a casa.

—Vete a casa con tu esposa.

Alcancé el pomo, pero Kova puso la mano en la puerta y me detuvo. Exhalé un suspiro frustrado por la nariz y rechiné los dientes.

—Deja de hacer esto. Habla conmigo —exigió, apretando su pecho contra mi espalda.

—Estoy segura que te está esperando.

—No está en casa.

Se me escapó una risa burlona.

—Qué conveniente. No me extraña que actúes así. No tienes ninguna razón para ir a casa ni nadie a quien responder ahora mismo, así que hablas conmigo porque no te van a descubrir.

Dios no permita que él, o alguien, alguna vez me ponga a mí y a mis deseos en primer lugar.

Se hizo a un lado e inclinó su cuerpo hacia el mío.

—No, lo has entendido mal. Está aquí, en Cape Coral, pero en casa de una amiga que tiene un generador. No quería quedarse sin electricidad y estaba preocupada por el cachorro. Está a cinco minutos de aquí.

—¿Tienes un cachorro? —Mi voz era baja y lejana. Me giré para mirarlo. Lo confirmó con un movimiento de cabeza. La idea me entristeció—. Es encantador. Después vienen los niños porque eso es lo que hace *todo el mundo*. Primero tienen un estúpido perro antes de tener un hijo.

Las fosas nasales de Kova se dilataron. Me miró fijamente, respirando en mi cuello, sin importarle que estuviera empapada por la lluvia. Su silencio solidificó mi afirmación y un pequeño gemido salió de mis labios. Mi mandíbula temblaba por la emoción que me ahogaba.

—Adrianna, por favor. Deja que te lleve a casa —se ofreció.

Un trueno sonó en la distancia.

—Quiero estar sola.

Kova se acercó lo suficiente como para que pudiera sentirlo sin tocarme.

Por una fracción de segundo, quise que me alcanzara y me atrajera a sus brazos, aunque yo dijera que no.

Quería que luchara contra mí y me dijera que todo iba a ir bien, que dejara que llorará sobre él hasta que me desmayara.

Quería que me dijera que siempre estaría ahí para mí.

Era un pensamiento ridículo, teniendo en cuenta todas las cosas.

No me gustaba que hubiera conseguido un cachorro, ni que supiera mi secreto. Su vida no se había salido de su eje como la mía. Su vida no iba a cambiar para peor como la mía. No, Kova estaba ocupado planeando un futuro, mientras yo luchaba por aferrarme a lo que quedaba de la mía.

Mi respiración se entrecortaba. Una inquietante calma se instaló en mí, una lenta corriente de endorfinas subiendo por mi sangre. Luché contra eso. No quería soltarme. Sabía que no sería bueno si lo hacía. Sabía que todo lo que había estado reteniendo saldría a la superficie y me rompería. Necesitaba ser capaz de controlar mis emociones, pero lo que realmente quería hacer era gritar, chillar, desahogarme y simplemente llorar lágrimas feas y fuertes para sacarlo todo.

—Adrianna. Contéstame.

Golpeé la puerta con la mano y me giré hacia Kova. Sentí un escalofrío en los brazos, la brisa de la lluvia me presionaba la piel como pequeños cuchillos. Con los dientes apretados, dije:

—¡Ya lo sabes todo! ¿Qué más quieres? —Permaneció en silencio, una mirada pensativa cruzó su rostro—. ¿Qué, Kova? ¿Qué quieres de mí?

—Sé que no se lo has contado a nadie, y eso no es sano. Tienes que hablar de eso, de lo contrario te corroerá y lo perderás todo.

—No tengo nada más que perder —dije, mirándolo directamente a los ojos.

Una pérdida melancólica plagó sus hermosos ojos, haciendo que casi me desmoronara en sus manos.

—Quiero que me lo digas con tus palabras y tu voz. Déjame estar a tu lado.

Me dolía el pecho por los latidos que recibía mi corazón. No quería que nadie estuviera ahí para mí, para hacerme hablar. Estaban allí porque se sentían mal y por ninguna otra razón. No porque les importara o quisieran oír que me quejaba. Nadie quería oír quejas.

Las lágrimas se mezclaron con la lluvia y me dio hipo. Tenía razón. Necesitaba sacarlo todo, pero no había forma de hacerlo sin llorar, sin enloquecer. Sin parecer una loca total. Había aguantado tanto para mantenerme fuerte. Ya estaba al límite y eso no era lo que necesitaba ahora, especialmente durante un huracán que me mantendría atrapada en el condominio durante todo un día, tal vez más.

Los truenos volvieron a retumbar en el cielo cada vez más oscuro, esta vez con más fuerza. Se me erizó el cabello de la nuca. Las nubes se iluminaron por el rayo que capté en la distancia.

Kova me pasó un brazo por los hombros.

—Ven. Deja que te lleve a casa.

Buscando en lo más profundo de mi ser, me encontré con una resuelta determinación y exhalé por la nariz. Hablaría cuando estuviera preparada, no porque la gente hablara a mis espaldas y se sintiera mal y tuviera la necesidad de sonsacármelo.

Abrí la puerta del auto y subí.

—No —fue todo lo que dije, luego cerré rápidamente la puerta en su cara y activé el seguro. De ninguna manera iba a bajar la guardia de nuevo.

Tiré mi bolso en el asiento del copiloto y me limpié los ojos. Los truenos rugieron y bramaron, asustándome. Kova tiró inmediatamente de la manilla, pero no tuvo suerte. Pulsé el botón

de arranque y luego di marcha atrás lentamente con Kova caminando a mi lado gritando y golpeando el cristal tintado.

Ignoré a Kova por encima del estruendo y el rugido que se acercaba a nosotros. Me abroché el cinturón de seguridad y me dirigí a la carretera principal, empapada y helada mientras me inclinaba hacia adelante tratando de ver el color de las señales luminosas de la carretera. Mi teléfono móvil sonó y busqué a ciegas en el portavasos donde siempre lo guardaba. Estaba vacío. Mierda. Tras una rápida mirada hacia abajo, me di cuenta que estaba en mi bolso.

Olvidándome de él, me centré en la carretera y conduje con cuidado hasta mi casa. Las lágrimas brotaron de mis ojos. La miseria me consumía pero la venganza llenaba mi sangre. Apenas podía ver la carretera entre la lluvia y el desenfoque de mi angustia. Mis dedos se apretaron alrededor del volante hasta que la piel de mis nudillos se puso blanca. Estaba enfadada. ¿Por qué todos tenían que hacerme daño? Tantas mentiras que pretendían protegerme, pero que al final causaban el mayor de los dolores. Era horrible y triste y quería que todo terminara.

Unas luces brillantes parpadearon en mi espejo retrovisor. Me incorporé y eché una breve mirada por encima del hombro al auto negro con el tinte oscuro como la noche, incrédula.

Inspiré un poco.

Mi teléfono móvil volvió a sonar, pero lo ignoré. Apreté el acelerador, pisando a fondo, conduciendo más rápido, un poco demasiado rápido para la lluvia. Las luces rojas parpadearon delante del puente y las barricadas bajaron cuando el puente levadizo subió. Debería haber reducido la velocidad, pero pisé el acelerador a fondo. Mi camioneta dio una sacudida y volé sobre el puente. Una ráfaga de miedo se apoderó de mi corazón y agarré el volante con más fuerza, rezando por no hacerme daño.

Una rápida mirada por el espejo retrovisor mostró a Kova volando sobre el puente detrás de mí. Supongo que no debió haber esperado menos teniendo en cuenta que conducía un auto deportivo.

En pocos minutos, entré en mi complejo de apartamentos y estacioné la camioneta con demasiado entusiasmo. Resoplé y tomé mis llaves, pero dejé todo lo demás. Corrí bajo la lluvia hasta la entrada y me dirigí al ascensor mientras Kova estacionaba en un lugar para discapacitados.

El ascensor sonó y entré. Pulsé el número de mi planta y golpeé el botón de cierre sin cesar para que la puerta se cerrara más rápido.

—¡Adrianna!

Levanté la vista con los ojos muy abiertos y vi a Kova corriendo hacia mí. Con el corazón acelerado, pulsé el botón con más fuerza y rapidez y canté:

—¡Deprisa! Deprisa.

Suspiré aliviada cuando la puerta se cerró finalmente en su rostro. Cayeron lágrimas silenciosas y me las limpié mientras me apoyaba en la fría pared de cristal del ascensor.

Las puertas se abrieron en mi planta y Kova estaba de pie frente a mí. Mi corazón se desplomó y tropecé, preguntándome cómo el segundo ascensor había llegado más rápido que el mío.

Capítulo 22

—Tomé las escaleras —respondió Kova a mi pregunta no formulada.

Por supuesto que sí.

Nos pusimos en marcha y caminamos uno al lado del otro.

—¿Por qué estás aquí? —dije.

—Porque tú estás aquí.

—Quiero estar sola.

—Quiero estar contigo.

Metí la llave en la cerradura y cerré los ojos. Intenté no sentir sus palabras ni el tono suave que utilizó. Antes de abrir la puerta, me giré y me encontré con su mirada.

—Escucha, sé que solo intentas ayudarme y ser amable y todo eso, pero no estoy de buen humor y no puedo hacerme responsable de mis actos. No tienes ni idea de lo que siento por dentro ahora mismo. Estoy herida y disgustada, es mejor que me dejes sola. Así que, por favor, vete a casa —le supliqué.

—Está bien. —Se acercó, y el calor de su cuerpo hizo que mi corazón diera un vuelco—. Desquítate conmigo. Déjame sentir tu rabia. Dámela toda.

Me tembló la mandíbula. No quería que fuera amable conmigo. No en este momento.

—No —susurré, y me aparté para abrir la puerta.

—Sé que todavía estás enfadada conmigo y que lo estás desde hace tiempo. Me lo merezco. Sé que lo que sientes tiene mucho que ver con los secretos que guardas en tu interior. Así que, dame lo peor. No hay nada que puedas hacer que no haya sentido ya de todos modos.

Mi respiración se hizo más profunda, cada respiración elevaba mis emociones hasta el punto de no retorno.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando. —Apreté los dientes—. Quiero explotar, ¿bien? Quiero golpear cosas. Quiero llorar, gritar y preguntar por qué yo… ¿Por qué yo? ¿Qué hice para merecer esta vida? ¿Estas probabilidades? En un abrir y cerrar de ojos, mi mundo cambió de la noche a la mañana con cosas que no tienes ni idea. He estado aguantando todo durante mucho tiempo, además de entrenar y luchar contra mí misma, y solo quiero soltarme y hacerlo sola. ¿Por qué no puedes entender eso? ¿Por qué nadie puede dejarme ser? ¿Por qué todo el mundo tiene algún tipo de secreto sobre mí que me destroza la vida? —pregunté, mi voz subiendo y las lágrimas brotando de nuevo—. Solo vete, maldita sea.

Hace un par de horas me aterraba la idea de estar aislada. Ahora que Kova estaba al tanto de mi secreto y lo sabía desde hacía mucho tiempo, ansiaba la reclusión. Me sentía rara por dentro. No quería que me viera de otra manera, pero ya lo hacía.

Se pasó una mano por el rostro y luego me miró directamente a los ojos.

—Sé lo de tu madre. Frank me contó lo que pasó. Lo sé todo, Adrianna.

Todo el aire volvió a abandonar mis pulmones por segunda vez en el día. Eso fue todo. Las lágrimas volvieron a caer, más fuerte, más rápido, y no pude detenerlas. No quería hacerlo. Mi cabeza daba vueltas mientras mi mundo se alejaba en espiral con una admisión a la vez.

—¿Por qué… por qué no me lo dijiste? —preguntó Kova, el dolor en su voz no pasó desapercibido—. Debiste decírmelo.

Unas gotas de resentimiento rodaron por mis brazos. Me mordí el interior del labio, intentando mantener la compostura, pero sabía que había muy poco a lo que aferrarse.

En cualquier momento iba a estallar. La presa se iba a romper y todo iba a salir.

—¿Debí decírtelo? Tienes el valor de decirme eso después de todo lo que has hecho. ¿Sabes por qué no te lo dije? Porque no es de tu maldita incumbencia, por eso. ¡No tiene nada que ver contigo! No afecta a tu vida.

Se acercó y le puse una mano en el pecho. A unos centímetros de mi rostro, respiró sobre mí.

—Por supuesto. Todo lo que haces tiene que ver conmigo. ¿No lo ves ya?

Me burlé y empujé su pecho, pero no se movió, y eso solo me hizo enfadar más.

—Pero no es así. No todo tiene que ver contigo. De hecho, ¡no tiene nada que ver contigo! Se trata de mí y de mi vida, no de la tuya. Así que vete a la mierda, Kova. —Hice una pausa—. ¿Sabes qué? He terminado con esta conversación. Terminé con tu presencia en mi rostro. Termine con las mentiras. Termine con toda la mierda. Ojalá pudiera desaparecer.

Me di la vuelta y abrí la puerta para deslizarme al interior. Intenté cerrarla pero Kova fue rápido y entró a empujones. Su teléfono móvil sonó y el tono me hizo reaccionar.

Kova contestó al teléfono y lo utilicé en mi favor empujándolo hacia la puerta. Empujé, presioné y clavé mis talones en el suelo para sacarlo, pero él fue más fuerte.

Colocó el teléfono entre su hombro y su oreja y utilizó sus dos manos para someterme. Cerró la puerta de una patada y me agarró por la parte superior de los brazos y me hizo retroceder mientras hablaba en ruso por el teléfono. Luché contra él pero no fue suficiente. Avanzó hasta que estuve contra la barra de desayuno donde suelo comer. Podría haber gritado, pero no necesitaba más de la ira de Katja. Un trueno estalló fuera y grité. Miré por encima

del hombro hacia la puerta corredera de cristal. Me había olvidado de cerrar las persianas anticiclónicas.

Con el rostro tenso y retorcido por la irritación, Kova sacudió la cabeza para que me callara mientras hablaba por encima del agudo ruso de Katja. Me estremecí. Su voz era como clavos en una pizarra. Hablaban al mismo tiempo y por encima del otro. Supuse que estaban peleando, pero no podía estar segura. En realidad, no me importaba.

Mi espalda golpeó el mármol y Kova se acercó a mí. Respiré tranquilamente, separando los labios mientras su cuerpo se enrojecía contra el mío. Me molestaba lo que sentía cuando me tocaba. Me molestaba mi cuerpo. Me molestaba lo nuestro y todo en lo que nos habíamos convertido.

Tragué con fuerza y me lamí los labios. Sentí que encajábamos, como siempre lo habíamos hecho.

El ruso de Kova se redujo a un susurro. Me miró con el ceño fruncido, observando mis mejillas manchadas de lágrimas hasta que sus ojos se dirigieron a mis labios mientras Katja seguía gritando. Sentí su tristeza, su anhelo. *Lo sentí*, y no quise hacerlo. Quería permanecer insensible al mundo. La vida era más fácil así, pero con Kova a mi lado era casi imposible. Él era mi luz, mi vida, mi protector, incluso cuando yo no quería que lo fuera.

Kova sacudió la cabeza y murmuró algo, lo que no hizo más que poner a Katja en marcha de nuevo. Me incliné hacia atrás, luchando contra nosotros mientras él se inclinaba más cerca. Mi corazón se aceleró. Con el dorso de la mano, empujé su mandíbula, echando su cabeza hacia atrás, con la esperanza que retrocediera. Una vena se tensó a lo largo de su cuello y la incipiente barba negra de varios días raspó mi palma, pero él luchó contra mí sujetando mi muñeca. El cuerpo de Kova se endureció, calentándose contra el mío, queriendo darle vida.

Esto es lo que hacíamos. Lo que se nos daba bien.

Gemí, echando de menos la fuerza de su cuerpo contra el mío, la forma en que me hacía olvidar todo cuando estábamos solos. Kova era tan fuerte. No tenía ni idea de lo mucho que había sacado

de él durante semanas, hasta aquel espantoso día en la oficina del médico. Desde entonces, no había sido yo misma, y ahora que estábamos solos él y yo, sentí que volvía a despertarme. Sentí ese tirón, esa fuerza que solo él podía darme. Mis emociones se cocinaban a fuego lento en la superficie y eso me asustaba. Quería luchar contra él, desatar todo lo que tenía en mí sobre él. Y quería que él me devolviera la jugada.

Respirando con dificultad, nuestros pechos se imitaron mientras él descendía de nuevo. Lo aparté y giré la cabeza, dándole mi mejilla. Palabras en ruso no destinadas a mí bailaron sobre mi piel mientras él besaba donde habían caído las lágrimas. Apreté los ojos y me rompió por dentro lo amable que estaba siendo. Él quería ayudar, pero yo no quería al Kova amable. Quería que se enfadara y se marchara.

Kova inhaló profundamente y arrastró su nariz por mi cabello. Siguió dándome pequeños besos por toda la mejilla, acariciándome. Su aliento caliente me hizo cosquillas en el cuello y solté un gemido, maldiciéndome por ello. Se me puso la piel de gallina y temblé contra él, odiando la necesidad de sentir cada centímetro de él.

Agarrando el teléfono con una mano, Kova se apartó solo un centímetro para mirarme. Sus ojos penetrantes me mantuvieron cautiva, y por un momento no hubo barreras entre nosotros. Estábamos solos los dos. Él me insufló vida y yo la inhalé profundamente en mis pulmones.

Había muchos aspectos que no entendía en este mundo de locos. Pero lo más peculiar era lo mío con Kova. Él no tenía moral y yo no tenía dignidad. Nos despojábamos mutuamente de todo, excepto de nosotros. Cuando necesitaba estar sola, cuando me sentía perdida y vacía, él se metía a la fuerza en mi vida. Al igual que las pocas veces que admitió que me necesitaba, le cedí cada centímetro y más sin razón. Estaba segura que nunca entendería este salvaje empuje y atracción del que nos alimentábamos, pero, de nuevo, algunas cosas no estaban destinadas a ser explicadas.

Pero esa mirada. Conocía esa mirada. Era la mirada que hacía que mi corazón diera un vuelco. Kova iba a besarme, y la idea provocaba algo dentro de mi corazón. Incluso cuando no lo quería aquí, cuando estaba tan enfadada con el mundo por las cartas que

me habían tocado, e incluso mientras hablaba con su esposa por teléfono, iba a besarme.

Él no tenía principios, pero era obvio que yo tampoco los tenía.

Me acerqué y tomé su labio inferior entre mis dientes y lo empujé hacia mí. Su cuerpo se puso rígido, pero eso no lo detuvo. Lo que fuera que estuviera diciendo a Katja fue suficiente para enfurecerla y permitirme entrar a la fuerza durante un breve segundo. Pero no me hizo falta. Kova fue más rápido y me besó con fuerza, hundiendo su lengua en mi boca. Su gruesa lengua acarició la mía y me envolvió. Me derretí contra él y me abrí para atraer su esencia dentro de mí mientras mi cuerpo se agitaba de deseo. Mi mano libre se enredó en el cabello húmedo de su nuca y me aferré a él, tirando de él entre los dedos apretados.

Kova empujó su boca con más fuerza hacia la mía, gruñendo y devorando mis labios con precisión, y me arrancó un gemido. Al soltar mi muñeca, su mano se dirigió a mi garganta y mis pezones se tensaron al aplicar presión. La sensación se apoderó de mí. Dejé escapar un gemido fuerte y de satisfacción, olvidando por qué no lo quería aquí. Volvió a besarme, esta vez largo, profundo y lentamente. Mi cuerpo se revolvió en el suyo, en la rígida longitud que colgaba entre sus caderas. Separando los pies, subí una pierna por encima de su cintura y me apreté contra su dura polla. Kova me presionó con el pulgar en el centro de la garganta y la humedad brotó de mí. Grité, deseando más, hasta que oí la voz estridente de su esposa desde el otro lado del teléfono.

El agua fría me bañó.

Me sobresalté y rompí el beso. No porque estuviera enfadada conmigo misma por cómo estaba actuando... lo estaba un poco... sino porque Kova se prestó a eso conmigo. Era enfermizo que los dos nos excitáramos así. Kova nunca había admitido que le gustaba ser infiel, pero tampoco había dejado de hacerlo. Ni siquiera después de casarse. Tuve que preguntarme si a él le gustaba el subidón tanto como a mí. No debería, pero la verdad era que sí. Me encantaba, y eso me convertía en una persona terrible. Ahora que lo pensaba, estaba segura que esa era la razón de la mano que me había tocado. Las enfermedades eran la forma en que el Karma se vengaba de mí. Tenían que serlo.

Las lágrimas volvieron a difuminar mi visión. Había recibido lo que me merecía.

Levantando el brazo, le arranqué el móvil de la mano y lo estrellé contra el mostrador de mármol que había junto a nosotros. Quería silenciar su voz y sacarla de mi apartamento. No podía soportar más oírla. La pantalla se rompió y el teléfono se volvió negro. Gracias a Dios que se había ido.

—Estás jodidamente loca. ¿Lo sabes?

—Todas las mujeres lo están. Ahora quítate de encima y lárgate.

Pero no lo hizo. Kova se quedó mirando donde el teléfono se había deslizado de mi mano sobre la encimera. Sus ojos se endurecieron hasta convertirse en puntos mortales, y su cuerpo se puso rígido. Seguí su mirada...

A la camisa de Hayden.

Estaba colocada en un cuenco decorativo gigante sobre la encimera. La había dejado en mi casa después que tuvimos sexo, pero aún no se la había devuelto. Se me había olvidado.

Sonreí para mis adentros, sabiendo que este era el combustible que necesitaba para hacerlo enojar.

—¿Era eso otra cosa que debí haberte dicho? —pregunté sarcásticamente—. Porque lo hice. Solo que no me creíste.

Capítulo 23

Kova se apartó de mí como si mi cuerpo hubiera cobrado vida con las llamas. Aproveché su conmoción para poner rápidamente distancia entre nosotros.

No había duda que la camiseta era de Hayden, y Kova lo sabía. Tenía las iniciales de la universidad a la que iba a asistir en otoño. La misma universidad en la que Kova le ayudó a grabar un vídeo para solicitar el ingreso en el equipo masculino de gimnasia.

—Hayden vino aquí —dijo más para sí mismo.

—Oh, sí que ha venido. —Quería herirlo como él lo había hecho conmigo. Quería sacarlo todo y no tener más secretos presionando mi pecho.

Los ojos de Kova se iluminaron mientras me miraba. Por un breve momento me quedé congelada en el sitio. Maldita sea, su mirada era poderosa. Oscuros y letales, sus ojos buscaron en los míos la verdad de mis ambiguas palabras. Nunca lo había visto llevar un odio tan profundo, ni una pena tan profunda como la que tenía ahora.

Cuando lo miré directamente a los ojos, una lenta sonrisa se extendió por mi rostro de oreja a oreja.

—Se metió en mi cama, en mi ducha, en mi cocina, en...

Parpadeé y Kova estaba avanzando hacia a mí, comiendo el espacio que acababa de poner entre nosotros. Mis ojos se abrieron de par en par con un poco de pánico. Casi me derriba la rabia que emitía desde el otro lado de la habitación. Retrocedí lo más rápido que pude y me golpeé contra la pared. La mano de Kova salió

volando y me agarró el cuello. Su pulgar me acarició el pulso. Jadeé y le agarré la muñeca, intentando apartarlo.

—Estás mintiendo. —Sus ojos brillaron tanto que me sorprendieron—. ¡Dime la verdad!

El corazón me latía tan fuerte en el pecho que pensé que me iba a dar un infarto. Sabía que él podía sentirlo.

—Alguien necesitaba distraer mi mente de ti, y Hayden hizo un trabajo increíble en eso.

—¿Te lo has follado? —Sus ojos eran enormes. Pensé que le iba a estallar un vaso sanguíneo.

—¿Quieres que te lo deletree? Mejor aún, puedo describir su polla si quieres. Es como cinco…

Un sonido estrangulado salió de la garganta de Kova. Su rostro se contorsionó como si estuviera agonizando. Cuando me soltó el cuello, gritó algo en ruso. Kova cogió el delicado jarrón de cristal azul marino que había en la mesa de al lado y lo tiró al suelo de un golpe, rompiéndolo en un millón de pedacitos. Salté y corrí hacia el lado opuesto de la habitación, hacia la puerta corredera de cristal, solo para que me acechara con la misma rapidez, siguiéndome con su mirada letal. Era como un animal enjaulado y liberado, listo para entrar a matar.

La tensión entre nosotros se hizo más intensa y sofocante.

Tal vez ahora sabía cómo me había sentido cuando descubrí que se había casado con Katja.

Ese dique que había construido para contener las lágrimas después de los momentos paralizantes y devastadores que alteraron mi vida se estaba resquebrajando con cada parpadeo. El torrente de emociones que había en mí se elevaba a un nivel catastrófico.

¿Podría sentirlo?

Lo sentía y no podía detenerlo.

—Duele, ¿verdad? —dije con una mueca de desprecio.

—¿Por qué me haces esto? ¿A nosotros? —dijo, sonando derrotado.

Dejé de moverme.

Mi bomba de relojería interior estalló.

Jodidamente. Lo. Perdí.

Una risa maníaca brotó de mis pulmones. Esta vez las lágrimas no vinieron por tristeza. No, vinieron porque sentí que la rabia brotaba de mí de una manera que nunca había experimentado en mi vida. Me inspiró y todo lo que vi fue sangre.

Con los dedos temblando, alcancé la pesada lámpara que estaba a mi lado y, sin pensarlo, la lancé apuntando a su cabeza.

—¿Cómo he podido hacernos esto? ¿Me estás tomando el pelo? —grité, con la mandíbula temblando.

Los oídos me latían con fuerza y el pecho me ardía con una rabia incontrolable. La lámpara de cristal chocó con la pared y se rompió. Lo mataría. Lo mataría por decir eso.

—¿Cómo te atreves a decirme una cosa así? Estás jodidamente casado, Kova. Ese maldito anillo en tu dedo es la prueba. Tú creaste este puto lío —dije, moviendo el dedo de un lado a otro entre nosotros—. Tú me rompiste. Tú nos rompiste a nosotros. ¿Cómo te atreves a tratar de darle la vuelta a esto en mi contra? Si no fuera porque te casaste, nada de esto estaría pasando.

—Sin embargo, nunca te engañé —respondió y luego se agachó cuando le lancé otro objeto—. No como tú crees. Me casé con ella por ti, ¡No porque quisiera!

Alcancé unas velas que utilicé como misiles y las lanzaba una a una. Estaba decidida a golpearlo. Mi respiración se volvía densa y espesa con cada inhalación y lo único que quería era infligirle dolor de la misma manera que él me había hecho a mí. ¿Por qué mi puntería tenía que ser tan mala?

Me acerqué a él con el odio llenando mis venas.

—¿Estás alucinando? *¿Te casaste con ella por mí?* —Respiraba tan fuerte como yo—. ¿Eso es lo que pretendes decirme? No, te casaste con ella porque fue una decisión que tomaste, luego viniste a mí cuando ya te habías casado y me follaste en ese sofá. —Señalé mi sofá, mi voz se quebró al pensar en aquella noche en la que le entregué cada parte de mí. Esa noche fue la primera y última vez que hicimos el amor, y se quedó conmigo desde entonces—. Otra elección que hiciste. ¿Qué tan enfermo y demente eres para decir que te casaste con otra mujer por mí? ¿Cómo?

—¿Cuándo te follaste a...? —Frunció el ceño, el dolor predominante en sus ojos que casi me hizo sentir mal. Ni siquiera pudo decir la palabra. Los ojos de Kova recorrieron el suelo, parecía perdido y enredado en sus emociones—. No puedo creer que hayas hecho esto —susurró, con un acento más marcado que el habitual.

Mis ojos se abrieron de par en par ante su ridiculez.

—¿Cuándo me he follado a Hayden? ¿Es eso lo que intentas preguntarme?

Levantó la vista.

—¿Fue después de la insuficiencia renal? ¿O antes?

Me quebré por dentro.

—¡No digas esas palabras! —grité y volví a compensar sus pasos con los míos, llorando tan fuerte que apenas podía recuperar el aliento. A través de los ojos borrosos, sujeté el cuello de la lámpara y respiré profundamente, luchando por aferrarme a la poca cordura que me quedaba. Los ojos de Kova se dirigieron a mi mano apretada y luego se encontraron con mi mirada.

—¿Fue después del lupus?

—¡Basta! —grité—. ¿Por qué me haces esto?

Kova me empujaba, me incitaba, sabiendo que no quería hablar de eso. De todo menos de eso. Mi rostro se retorció de angustia y con todas mis fuerzas, arranqué el cable de la pared y giré el brazo hacia atrás para lanzarle la lámpara. Un grito de angustia salió de mi garganta mientras la lanzaba por el aire. Salí

corriendo hacia la cocina, buscando frenéticamente algo para arrojarle si volvía a pronunciar esas palabras. Una cuchara de madera serviría, un vaso, una sartén, cualquier cosa; mis ojos se posaron en un cuchillo.

Alcancé el mango negro cuando un cuerpo pesado voló hacia mi espalda. Kova me abordó por detrás. Una bocanada de aire salió de mis pulmones cuando me hizo girar.

—Aléjate de mí...

—Adrianna.

—Déjame en paz. ¿Por qué estás aquí? Vete a tu casa perfecta con tu perfecta esposa y tu perfecto perro. Deja de torturarme.

Volví a empujar su pecho con mi mano libre, tratando de apartarlo, pero él soltó todo su peso y se aplastó contra mí. Fue rápido y clavó mis caderas en el mostrador con su fuerza. Fue muy fácil para él. El aire salió de mis pulmones. Joder. Era muy pesado. Teniendo en cuenta su altura y complexión, calculé que Kova pesaba unos cien kilos de músculo sólido.

Mi corazón latía frenéticamente contra mis costillas y las lágrimas calientes me difuminaban la vista. Me agarré a él y empujé su cuello con la palma de la mano para que se moviera, pero solo se arrimó más a mí. Era un imbécil.

Kova me gritó que me detuviera, pero yo estaba demasiado enfurecida y molesta. Él permitió que esto sucediera.

—¿No te avergüenzas de ti mismo? —escupí, tratando de golpearlo—. ¿Disgustado de estar casado pero aquí conmigo? ¿Qué es? ¿Embarazada? ¿Simplemente descargas tu semen… sí, he dicho semen, utilizo palabras de chica grande... en todo el mundo y rezas por lo mejor? ¿No tienes integridad? ¿No tienes brújula moral? ¿Cómo puedes seguir follando conmigo estando casado con ella?

—¡Déjame explicarte!

—Déjame explicarte —imité con mi mejor acento ruso—. Siempre necesitas una razón para explicarte, Kova.

Le pellizqué el cuello y sus ojos ardieron. Le clavé las uñas profundamente con la esperanza de sacarle sangre. Su piel se rompió bajo mis uñas, pero no se inmutó. Inclinándome, le mordí el brazo y él gruñó y tiró hacia atrás. Moví las caderas de un lado a otro para mostrarle mi resistencia, pero el resultado fue contraproducente. Su polla se endureció contra mí y me odié absolutamente por reaccionar ante eso. La comisura de su boca se levantó en una sonrisa de satisfacción. Los brazos se me pusieron de piel de gallina mientras un fuego se encendía en mi interior.

Me asquea ponerme caliente contra su polla. Ya había pasado el punto del lívido, pero necesitaba hacerle sentir el peso de sus palabras, necesitaba que entendiera de dónde venía y cuánto me había herido. Se suponía que él no debía conocer mis secretos. Odiaba, odiaba, odiaba que lo supiera. Luchar contra él no era fácil, especialmente cuando ya estaba tan débil.

Sin embargo, no me detuve, porque la tormenta que se estaba gestando en mi interior se sentía demasiado bien. La atracción era demasiado fuerte y me emocionaba verlo tan herido como yo. Provocarlo solo me provocaba a mí, lo que me ayudaba a respirar.

Y eso no era saludable para ninguno de los dos.

—Una vez más, has hecho que odie tu mirada. Aquí estaba pensando que eras mi luz que me ayudaba a ver más allá de todo, pero en realidad solo estabas tirando de mis hilos. Eres un ser humano repugnante y odio las cosas que me haces sentir. Prefiero estar adormecida que vivir lo que me has hecho pasar. No puedo creer que hayas hecho esto, venir aquí y cuestionarme como si tuvieras algún tipo de derecho. Y luego decir ¿cómo pude hacerte esto? La audacia. Estás enfermo. ¿Esto de llevarme de un lado a otro? He terminado con esto. He terminado contigo. Oficialmente he terminado con todo. He terminado con la medicina, los médicos y las agujas. Te quiero fuera de mi vida y no quiero que me toques nunca más. Eres horrible.

Kova soltó mi muñeca y se rindió.

—Di lo que necesites. —Respiró con fuerza hacia mí, casi como si estuviera luchando conmigo—. Sé que no quieres decir nada de eso, pero si te ayuda, desquítate conmigo.

Apretando los dientes, me eché hacia atrás y, con todas mis fuerzas, le di una bofetada en el rostro con tanta fuerza que su cabeza se desvió hacia un lado y la palma de la mano me picó por la conexión.

Se me escapó un jadeo audible. Se me llenaron los ojos de lágrimas por mis crueles acciones. La habitación se quedó en un sorprendente silencio mientras estallaba de tensión. Todo el cuerpo de Kova se endureció hasta convertirse en piedra y me puso nerviosa pensar en cómo respondería. Nunca había golpeado a otra persona y me sorprendió haberlo hecho, pero lo que más me chocó fue la falta de remordimiento que sentía.

—Solo te importas tú mismo. Eres el hombre más egoísta que he conocido.

La piel entre sus ojos se arrugó.

—*Sumasshedshiy*[6].

Hirviendo, lo abofeteé de nuevo porque sabía que lo que había dicho no podía ser bueno. Su polla se endureció como una roca mientras la humedad se filtraba de mí.

—Tu ética está jodida. —Me enfurecí, con la respiración cargada de emoción indomable—. ¿Cómo puedes decir mentira tras mentira y nunca sentirte mal por eso? Me utilizas. Me utilizas cuando Katja no está cerca, y luego me haces sentir culpable por follar con Hayden como si tuvieras algún derecho sobre mí.

Con el pecho apretado como un puño, jadeé tratando de recuperar el aliento. Mis ojos eran enormes mientras lo miraba fijamente, con los ojos abiertos y listos para la guerra. No me importaba que sonara como una lunática, porque todo lo que decía era la verdad y ambos lo sabíamos.

—No vuelvas a pegarme, joder —dijo con los dientes apretados.

Con los ojos desorbitados, le agarré el cabello y se lo tiré hacia atrás. Su cuello se tensó con una hilera de venas mientras luchaba

[6] Sumasshedshiy. Loca en Ruso

contra mi tirón. Nuestros cuerpos se apretaron el uno contra el otro. La polla de Kova era gruesa y llena, como un arma que empujaba contra mi propia excitación. Me sorprendió lo grande y dura que era, teniendo en cuenta la forma en que me comportaba con él.

Pero entonces me di cuenta.

Capítulo 24

Todos los gritos y discusiones que estaba haciendo para hacerlo ver lo que realmente sentía me estaban saliendo al revés.

Kova estaba excitado y, curiosamente, yo también. Mi cuerpo se encendió con un deseo no derramado que me sacudió hasta el fondo, con una emoción que había enterrado. Era implacable, pero no cedía.

—Has perdido todo el control y no puedes lidiar con eso, así que intentas usar la psicología inversa conmigo. No funcionará.

—¡No sabes de qué estás hablando porque no me dejas hablar!

—¡No quiero escuchar más tus mentiras de mierda! No puedo creer que hayas tenido el maldito descaro de decir que yo nos hice esto. —Un resoplido burlón salió de mis labios.

Oh, Dios. No podía soportarlo. ¿Por qué tenía que hacerme esto? Quería que sintiera el dolor que me había causado. Las laceraciones de sus acciones y cómo me habían marcado.

Susurrando, hablé lentamente con una rabia ciega. Él sentiría estas palabras.

—No eres más que un asqueroso y un abusador. Jodidamente te odio.

—¿Jodidamente me odias? —gritó Kova, con sus vibrantes ojos verdes enormes. Llevando su mano a mi cabello, agarró un puño lleno de ellos y me obligó a mirarlo.

Kova ardía con una pasión que me hizo cuestionar mi afirmación. ¿Lo odiaba? ¿Lo odiaba de verdad?

Moví la cabeza lentamente, sin contenerme con una mirada fulminante.

—Nunca he odiado tanto algo en mi vida —repetí lentamente.

Kova volvió a agarrarme el cabello y se inclinó hacia abajo. Pensé que iba a besarme, así que pasé la mano entre nosotros. Las puntas de mis dedos golpearon su nariz y se echó hacia atrás.

—¡*Chyort poberi*[7]*!* Te he dicho que dejes de pegarme, joder.

Me agarró las dos muñecas y las sujetó por encima de mi cabeza al mueble.

—¡Joder, suéltame!

Con sus labios pegados a mi oreja, habló en su lengua materna y luego la tradujo al inglés para mí.

—Nunca podrías jodidamente odiarme. —Respiraba con más fuerza, con más brusquedad, como si estuviera luchando—. No puedes odiarme, maldición, porque me amas. Tú. Me. Amas.

Me quedé helada. Mi corazón se metió en mi garganta, constriñéndose con la verdad.

—¿Qué has dicho? —pregunté, mi voz era un susurro.

Incliné la cabeza hacia él justo a tiempo para que inclinara su boca sobre la mía. Me devoró con un beso salvaje, un beso por el que le hice luchar. Mordí y tiré de su labio inferior entre mis dientes. Kova gruñó y hundió su lengua alrededor de la mía al mismo tiempo que hacía rodar sus caderas hacia mí. Un gemido vibró en lo más profundo de mi garganta. Me debilité, incapaz de no devolverle el beso.

—Me amas —exigió, apartándose—. Dilo.

—Te odio.

[7] Chyort poberi. Maldición en Ruso.

Apretó su pecho contra el mío, casi asfixiándome con su peso, y me besó los labios con tanta intensidad que me dolió el corazón por ese hombre indómito que resultaba ser mi entrenador.

Kova me soltó las muñecas.

—Me llamas mentiroso, pero te resulta tan fácil mentirme a la cara. Dime que me amas.

Sacudí la cabeza.

—Nunca. —Exclamé con fuerza. Nunca pronunciaría esas palabras. Sabía que era mejor así.

—Tienes mucho temperamento. Ahora dime cuándo te has follado a Hayden.

Mi corazón ardía de furia y las lágrimas alimentadas por la ira llenaban mis ojos. Iba a matarlo.

Usando hasta la última onza de fuerza que tenía, empujé el pecho de Kova tan fuerte como pude y me di la vuelta. Mis ojos se posaron de nuevo en el mango negro del cuchillo.

Alcancé el mango, lo agarré y me fui, pero no llegué muy lejos. Kova me agarró del cabello y me tiró hacia atrás. Me detuve con un grito y me hizo girar, empujándome sobre la mesa que nunca usaba. Mis pies no llegaban al suelo y me retorcí intentando darle una patada. Kova se metió entre mis piernas y me inmovilizó. Sin pensarlo, levanté el brazo con el cuchillo, pero me agarró de la muñeca para detenerme. Me empujó hacia abajo hasta que estuve de espaldas.

—Dime —exigió, cerniéndose sobre mí—. Necesito saberlo.

—Estás casado. —Hice una pausa, mis ojos se desviaron por sus rasgos iracundos—. ¿Qué diferencia hay en que me haya acostado con él? No la hay. Igual que mi enfermedad no tiene nada que ver contigo.

Su ceño se frunció.

—En eso te equivocas, Adrianna. Todo lo que haces tiene que ver conmigo.

Me debatí en su agarre, luchando contra su poder. Quería apuñalarlo, quería herirlo. Quería hacerlo sangrar.

Una sonrisa tortuosa se dibujó en mi rostro. Mi mano se apretó alrededor del mango del cuchillo. Iba a hacerle sentir el nivel de dolor y destrucción que me había causado.

—Se corrió dentro de mí. En todo mi cuerpo. Y lo amé... lo supliqué.

De la boca de Kova salió un sonido trágico que me rompió el corazón. Su mano salió disparada y se aferró a mi garganta. Me tensé contra él. Los dos respirábamos con dificultad y luchábamos contra el deseo embriagador que fluía entre nosotros.

—Eres una mentirosa. Nunca lo dejarías entrar así en tu cuerpo.

—No soy una mentirosa habitual como tú. Dejé que Hayden hiciera lo que quisiera, como quisiera. Tres gloriosas veces —dije, sacando las tres últimas palabras con una suavidad azucarada.

Kova me soltó la muñeca y me levantó la pierna. Me giró hacia un lado y me dio una dolorosa bofetada en la parte exterior del muslo. Grité y mis caderas saltaron de la mesa.

—¿Quieres saber la mejor parte? —No me importaba hacerle daño, se lo merecía.

—Adrianna —advirtió. Parecía tan enloquecido que hasta le temblaban las manos, pero sabía que yo también lo hacía. Como si ambos estuviéramos dispuestos a matarnos. Kova quería que me detuviera, pero esta vez me negué a hacerlo. Iba a sentir mi ira.

Continué, sabiendo que esto le haría estallar. Su mirada se dirigió a mi boca.

—Me folló justo donde estamos —dije, golpeando la superficie de la mesa—. Luego me folló desnuda en la ducha y sentí cada increíble centímetro de él. Me tiró del cabello y me inclinó hasta que

estuvo hasta las bolas adentro y luego me folló hasta que no pude caminar.

Su rostro palideció hasta alcanzar un sorprendente brillo blanco. Congelado en su lugar con una mirada mortal, sabía que lo destruiría y me alegraba que así fuera. Solo ahora sería capaz de sentir una pizca de lo que me había hecho sentir.

Sin decir una palabra más, Kova aflojó su mano de mi cuello, pero entonces golpeó su puño contra la mesa de madera tres veces con una rapidez demencial, justo al lado de mi cabeza. Me incorporé y levanté el brazo con el cuchillo apretado en el puño, y por una fracción de segundo me pregunté si realmente podría apuñalarlo o no. Hasta ahí me había empujado Kova.

Kova me agarró de la muñeca justo cuando un trueno sonó fuera. Podía oír la lluvia cayendo sobre el balcón. Agarrando mi otra mano, colocó ambas detrás de mi espalda y se inclinó hacia mí. Nuestros cuerpos se enroscaron en una intimidad agridulce.

—¿Por qué? ¿Por qué has hecho esto? —gruñó y apretó su frente contra la mía, luego giró la cabeza. Sus mejillas estaban rojas e irradiaban una emoción desgarradora que yo había provocado. Kova cerró los ojos y apretó los labios a un lado de mi rostro, a lo largo de la mandíbula y bajando por el cuello, pellizcando y mordiendo, hundiendo los dientes sin importarle—. ¿Tanto me odias que has tenido que follar con otro? Retíralo —suplicó, y su aliento caliente recorrió la curva de mi cuello—. Dime que estás mintiendo solo para hacerme daño. Por favor, Adrianna, dime que te estás inventando todo esto.

—Abre los ojos y mira los míos.

Lo hizo, y una sonrisa pecaminosa se extendió por mi rostro, llegando a mis ojos. Apreté mi pecho contra el suyo y me alegré de su repugnancia.

—Tuve sexo con Hayden —dije con una voz sensual a propósito para burlarme de él—. Sé que te mata saber que otro tipo me sintió correrme alrededor de su polla, igual que me mató saber que te casaste con Katja. Incluso mi diagnóstico palideció en comparación con esa noticia. No creo que nada pueda igualar ese

dolor que sentí. Eso es lo que me destruyó. Ahora puedes sentir lo que yo he sentido durante meses.

Sus ojos eran una oscura caverna de odio. Con los labios un susurro por encima de los míos, dijo:

—Te dije que los mataría a los dos.

—Haz lo que quieras. Ya estoy muerta por dentro.

—¿Crees que eres la única que sufre? ¿Crees que eres la única que se está muriendo por dentro? —Su rostro estaba tan cerca del mío—. No tienes ni idea de lo que estoy sufriendo cada día. Cada día la oscuridad se extiende a otra parte de mí. El entumecimiento es insoportable. Ahora esto con esa pequeña mierda... —Sacudió la cabeza y murmuró en ruso—. La única vez que siento algo es cuando estoy cerca de ti, pero ahora... —Kova se interrumpió y me soltó las manos.

—Quería que me hiciera olvidar cómo tú te sientes.

Acariciando mi mandíbula, Kova frotó su rostro contra el mío y río en voz baja. Agarré con más fuerza el mango del cuchillo mientras un escalofrío me recorría la columna vertebral.

—¿Y qué tal te ha ido, eh?

No dije nada.

—Sabes que nunca podrás olvidarte de mí del mismo modo que yo no puedo dejar de pensar en ti ni un puto segundo de mi miserable vida. Me está matando.

—Te ha sustituido.

Kova se apartó y miró mi mano con el cuchillo de acero.

—Nunca podrás sustituirme. Nunca. Al igual que yo nunca te reemplazaré.

Dejé escapar un gemido estrangulado ante la verdad de sus palabras.

—¿Podrías vivir sin mí? Porque yo no puedo vivir sin ti, y esa es la puta verdad.

Volví a gemir, embargada por la emoción.

—Suelta el cuchillo, Adrianna —suplicó, con la voz rota. Sacudí la cabeza—. No puedes vivir sin mí, porque yo no podría vivir sin ti.

—Suéltame.

—¿Por qué? ¿Para poder cortarme?

Asentí, respirando con dificultad. Estaba agotada y con la adrenalina a flor de piel.

—Quiero que sientas lo que me haces. Quiero que sepas lo que se siente cuando te veo con Katja, cuando nos has llamado a ella y a mí *malysh*, cuando llevas ese puto anillo en el dedo. Cada vez que me has mentido. Odio que sepas mi verdad. Quiero que lo sientas todo y más.

—Solo dime por qué.

—Porque quise. Porque me apetecía. Porque no quería que fueras lo último que sintiera mi cuerpo. Quería... no, necesitaba... que Hayden me hiciera olvidar, y ¿adivina qué, Kova? Durante un tiempo, funcionó, joder.

—Pero nunca te he hecho daño intencionadamente, Adrianna. Lo hiciste para herirme a propósito. ¿Cómo puedo lastimarte así cuando te amo tanto?

—¿Amor? —repetí, con la mandíbula desencajada por el horror.

La ira corría por mis venas. Mis ojos iban y venían entre los suyos. Los dos respirábamos con tanta fuerza que la tensión se ahogaba entre nosotros.

—No me amas. No sabes lo que es el amor. Eres incapaz de amar. ¿Qué te pasa para decirme eso? ¿Por qué juegas así con mis emociones?

—No me digas que no te amo. ¡No conocía el amor hasta que te conocí, joder! ¡Te amo! Todo lo que hago es por amor a ti.

Mis ojos volvieron a burbujear de lágrimas.

—¡Cállate! Estoy harta de todas las mentiras. No te casas con una mujer, le juras tu amor y luego me dices que también me amas.

—Ni una sola vez le he dicho a Katja que la amo.

Estaba tratando de darme un ataque al corazón.

—¡Estás mintiendo otra vez!

—Se lo dije antes de casarnos, pero nunca desde entonces.

—¡Siempre mientes! Te casaste con ella porque la amas.

—¡Ella sabe lo nuestro, Adrianna! *Tuve que casarme con ella, joder* —gritó enfadado—. No tenía ninguna puta opción en el asunto. Ella iba a ir a la policía y a tu padre. *Lo sabe todo*. Tiene nuestro cuaderno de notas, e incluso contrató a un investigador que la zorra de tu madre le sugirió —dijo, y yo jadeé de asombro—. Acorralado contra la pared y sin opción, hice lo que tenía que hacer. No iba a dejar que te arruinara. Ella había estado presionando para que me casara porque su visado se acababa. Sabía que yo no quería casarme con ella y que volvería a Rusia. Nosotros éramos el combustible que necesitaba para encender su llama. He estado tratando de encontrar una manera de divorciarme, pero aún no tengo nada que sostener sobre su cabeza, así que estaba contando mis días y dándote el espacio que necesitabas.

Estaba temblando, respirando con dificultad.

—Pero ahora he terminado de darte espacio.

Capítulo 25

—¿Qué? —pregunté sin aliento.

Mi mente recorrió todos los diferentes escenarios. Esto era demasiado para mí para procesar y simplemente irreal.

—¿Cómo? ¿Qué? —Ni siquiera reconocí mi propia voz—. ¿Así que nunca ibas a casarte con ella? ¿Y mi... Joy...? ¿Nuestro cuaderno?

—Hazlo —exigió, empujándome. La mano de Kova se deslizó sobre el filo del cuchillo y mi ritmo cardíaco se aceleró hasta un nivel anormalmente excitado—. Córtame. Si quieres que sienta lo que tú has sentido, entonces córtame, pero te prometo, *malysh*, que un corte nunca se compararía con la herida que acabas de causar en mi interior. ¿Crees que eres la única que está jodida por dentro? ¿Quién está vacía por dentro? Te equivocas. Ahora sabes por lo que he estado pasando. Así que ponme ese cuchillo y libérame de la agonía con la que trato a diario. Liberanos a los dos.

Y lo hice. No dudé. Apretando los dientes, presioné el cuchillo contra su piel y lo hundí en la palma de la mano. Tomé una bocanada de aire. Los ojos de Kova se abrieron de par en par por un momento, en estado de shock; probablemente no esperaba que lo hiciera realmente, pero yo estaba tan angustiada por todo. El matrimonio. Joy. Sophia. Avery. El lupus y la enfermedad renal. Las mentiras y los secretos. No me contuve.

Poco a poco todos estos momentos de la vida fueron aniquilando lo que yo era como persona que no podía soportar más. Era demasiado, demasiado intenso para cualquiera. Lo peor era este sentimiento, esta sensación deformada de amor que tenía por

Kova que no tenía sentido. No era bueno para mí, no éramos buenos el uno para el otro, pero eso no me impedía amarlo. Quería quemarlo hasta los cimientos, pero quería que me llevara con él. Quería herirlo con una pasión que nunca había sentido, pero quería herirme con él. Me lo permitiría, porque quizás en el fondo de su enrevesada mente, me amaba de verdad, y yo lo sabía. Los dos éramos culpables de tener una malsana obsesión de amor por el otro, pero el amor era el amor, ¿no?

Lentamente, empujé con más fuerza, introduciendo el cuchillo en su piel. Nuestros ojos se fijaron en los del otro, mis lágrimas finalmente se secaron.

Kova no se inmutó. Soportó el dolor que le di. Para mi sorpresa, rodeó el acero con sus dedos y lo apretó. Me ayudó a cortarlo, empujando el cuchillo en su palma. El calor recorrió mi mano, pero no me detuve. Sus labios se separaron y sus ojos se abrieron ampliamente, y un torrente eufórico de endorfinas que no esperaba me golpeó. Un pequeño suspiro salió de mis labios mientras un rastro de sangre roja oscura se deslizaba por su muñeca y su brazo... cuando un pensamiento me golpeó.

—Quítate la camiseta.

No era una petición, y él lo sabía. Metiendo la mano por detrás de la cabeza, Kova agarró la camiseta y se la quitó con una mano, y luego la dejó caer al suelo. La sangre caliente se filtró por el cuchillo hasta mi mano, hasta mi palma, mojando el agarre que tenía del mango. Unas cuantas gotas cayeron sobre mi muslo.

Una extraña sensación se apoderó de mí y me evocó sentimientos que nunca había sentido. Kova volvió a meterse entre mis piernas, encendiendo una parte más oscura de mí. Lo agradecí. Mis ojos se detuvieron en el lado izquierdo de su pecho. Intenté bloquear los pensamientos que tenía. Lamiéndome los labios, arrastré los dientes sobre el labio inferior y lo mordí. Su piel bronceada, demasiado hermosa para marcarla y sin embargo yo quería hacerlo. El pecho subía y bajaba, no sabía de dónde venía este impulso de marcarlo, pero me obligaba a hacerlo sobre su corazón. Para marcarlo como él lo hizo conmigo.

Inclinando mi cabeza hacia atrás con la punta de su dedo, me miró profundamente a los ojos.

—Cada día, cuando me mire en el espejo, esto será un recordatorio del dolor que te he causado.

Un escalofrío me recorrió los brazos. Kova me estaba dando luz verde.

Nuestro mundo se detuvo. Estábamos solos en este momento que solo nosotros controlábamos.

Agarró mi mano que sostenía el cuchillo y la colocó en su pecho. Mi pecho subía y bajaba profunda y lentamente. Con los ojos clavados un momento, vacilé al contemplar sus hombros musculosos y la curva de su cuello, la vena que bajaba. Intentaba estabilizar su respiración como yo.

Apoyé la palma de la mano en su pecho y dudé un instante. Kova apretó mi mandíbula, su sangre cubrió mi piel. Me incliné hacia el corte de su palma, sin entender lo que estaba sucediendo pero, por una vez, sin cuestionarlo.

En cambio, me dejé llevar y lo sentí a él, en este momento, a nosotros.

Sentí su tacto, el calor de su cuerpo, cómo sus dedos enhebraban mi cabello. La forma en que sus labios danzaban seductoramente sobre los míos, el deseo que crecía entre nosotros y contra el que habíamos luchado durante tanto tiempo. Pequeñas gotas de su sangre cayeron sobre mi muslo. Al levantar la cabeza, nuestras miradas se encontraron y contuve la respiración. Sus ojos verdes eran profundos y pesados, rodeados de gruesas pestañas negras. Los dedos me rozaron las mejillas y me senté más erguida.

—Hazlo. Quiero que lo hagas. *Necesito* que lo hagas. —Su voz era cruda—. Pero quiero que sepas que en el momento en que bajes el cuchillo, te voy a follar hasta dejarte sin sentido. Aquí mismo, en tu mesa, y no me detendré. Voy a pasar horas dentro de tu cuerpo para recordarte lo nuestro. Nunca en mi vida he sentido algo así con nadie más que contigo. —Hizo una pausa—. Dime que tú también lo sientes, que no soy solo yo.

Asentí, admitiendo la verdad.

—Lo siento… todo el tiempo.

Entonces, me besó.

Kova inclinó sus labios sobre los míos y me besó profunda y fuertemente, hundiendo su lengua en mi boca de forma atrevida, lenta y contundente al mismo tiempo. Mi cuerpo cobró vida, estallando con antojos albergados que solo él podía satisfacer. Su lengua acarició la mía, envolviéndola y excitándome de la misma manera que cuando entrenaba gimnasia. Era un besador implacable, con una precisión sin igual.

Mi mano vibró por el estruendo de su pecho, recordándome lo que debía hacer. Sin pensarlo más, incliné el cuchillo y arrastré la punta hacia abajo, abriendo su carne. El olor salado y metálico cubrió mis fosas nasales y se enroscó oscuramente en mi estómago. Kova no se inmutó, solo me besó más fuerte, más profundamente, haciendo que me calentara más que nunca por él.

Pero yo no había terminado.

Usando el pulgar para palpar, presioné la piel sangrante y separada y palpé la parte superior de la línea que acababa de hacer. Coloqué la cuchilla justo al lado y corté otra línea en ángulo. Kova gruñó en mi boca y me agarró la cabeza con las palmas. Su erección presionó mi sexo y enganché mi pierna para acercarlo. Me pregunté cómo sería que me follara mientras lo cortaba. La humedad se filtró de mi coño al pensarlo. Sus ricos labios no se habían detenido, la emocionante sedosidad de su lengua abrumaba todos mis sentidos. Oh, Dios. Era demasiado erótico y las piernas me temblaban por la indulgencia. Necesitaba más. Necesitaba parar.

El viento aullaba fuera mientras la tormenta se acercaba. Encerrando mis tobillos alrededor de su espalda, sabía que la siguiente línea iba a doler y quería atraparlo contra mí para que no pudiera moverse. Lo acerqué más y su erección se apretó más en mi coño. Gemí en su boca. Alcanzando entre nosotros con mi otra mano, acaricié su polla y sentí su grosor. Kova volvió a gruñir, luego tomó su mano y guió la mía hacia sus pantalones cortos para que

pudiera sentir su carne caliente y gruesa. Lo agarré con fuerza, buscando mi vena favorita.

—Kova —susurré. Mi cuerpo estaba en otro nivel de placer, como si estuviera drogada aunque no lo hubiera hecho en mi vida—. Te necesito. —Me encontré diciendo mientras apretaba su polla.

—Lo sé. —Casi gimió.

Buscando las líneas, mis dedos untaron la sangre y su lengua penetró más profundamente, mordisqueando y tirando con los dientes. Un gemido brotó en mi garganta, con mi leotardo mojado con mi deseo por él.

Al girar la muñeca, le clavé el cuchillo en el pecho por última vez e hice una línea horizontal sobre las dos que ya había creado para formar una A. Me aseguré de cruzar sobre la piel abierta para que le doliera más mientras lo marcaba. Los dientes de Kova se hundieron en mi labio inferior hinchado. Empujó su polla en mi mano, liberando una oleada de placer. Solté un suave suspiro y mi cuerpo se ablandó. Casi llegué al orgasmo solo por esto. Sabía que el último desgarro que hice en su hermosa carne le dolía. Había algo excesivamente carnal cuando se entregaba el poder y la confianza sin condiciones. Eso es lo que acababa de hacer.

Con una última caricia en torno a su beso, Kova dibujó su lengua a lo largo del paladar de mi boca y tiró de mi labio con él. La humedad se filtró de mí. Al retirarse, nuestros labios se separaron, pero él no fue muy lejos. El calor de su aliento recorrió mi piel. La lluvia y el viento habían aumentado en el exterior mientras nosotros creábamos nuestra propia tormenta en el interior.

Abrí los ojos y lo primero que busqué fue la letra que había grabado en su piel. Gotas gordas y carmesí resbalaban por su pecho, sobre sus costillas. Su polla seguía caliente en mi mano, solo que ahora goteaba semen. Se me hizo la boca agua al ver su afilado abdomen y los fuertes músculos que había debajo. Era un hombre grande y en plena forma. Hombros anchos, cintura estrecha y tupida. Todo lo que quería hacer era tocarlo.

Mi mano tembló ligeramente al colocar el cuchillo sobre la mesa. Me incliné y dejé caer mi frente sobre su pecho, y dejé escapar

un flujo de aire. La mano de Kova me ahuecó la nuca, su otra mano desató mi coleta. Toqué la línea de sangre, extendiéndola sobre sus oblicuos, el calor me conmovió. Levanté la cabeza y miré la marca que había hecho. No era pequeña, del tamaño del interior de mi palma. Un lado de la letra era más largo que el otro. Lo había hecho a ciegas, pero tampoco tenía mal aspecto. Seguro que quedaría una cicatriz.

Algo peculiar se había apoderado de mí. Algo que nunca había esperado hacer en un millón de años, o que nunca había considerado hacer hasta ahora.

Inclinándome, aplané la lengua y lamí la sangre, trazando la A y sintiendo las incisiones que acababa de hacer. La mano de Kova se tensó detrás de mí y su pecho se flexionó cuando traté de disipar con un beso el dolor que acababa de infligir.

Deslizando su mano por debajo de mi cabello, Kova hizo girar mis mechones alrededor de su palma y luego me agarró del cuello, inclinando mi cabeza hacia atrás. Su pulgar me presionó en la parte delantera del cuello y tiró de mi cabello hasta que nuestras miradas se encontraron.

Llevábamos demasiado tiempo sin vernos.

Mis pulmones se agarrotaron, desesperados por el aire, y mis labios se separaron contra los suyos. Mi expresión imitó la suya. La embriagadora mirada de sus ojos sustituyó a la oscura caverna del odio, y supe que después de esta noche, después de este momento, nunca, nunca seríamos los mismos.

—Voy a destrozarte como tú lo hiciste conmigo —dijo, con su voz como un susurro áspero. Y yo estaba extrañamente excitada.

Kova tomó el cuchillo. Hizo un corte en mi leotardo y mi sujetador deportivo, luego en mis pantalones cortos, y me lo arrancó todo en un abrir y cerrar de ojos, junto con sus pantalones cortos. Estábamos los dos desnudos y, justo cuando creía que iba a deslizarse dentro de mí, me levantó y me hizo girar para que estuviera tumbada boca abajo.

—Pon las rodillas sobre la mesa, *malysh*.

Fue una posición incómoda al principio, pero mi flexibilidad me permitió tumbarme sobre la mesa abierta con las caderas presionando la madera. Mi coño y mi culo colgaban de la mesa, pero no me iba a caer porque Kova estaba justo detrás de mí acariciando su polla.

Kova me agarró de las caderas y se zambulló en mi interior de un solo golpe largo y duro que me dejó sin aliento. Mi mano subió y golpeó la mesa. Toda la mitad inferior de mi cuerpo se estremeció en rebeldía. Ni siquiera pude respirar antes que se retirara y entrara en mí con tanta fuerza que vi las estrellas. Era cálido y grueso, y dejó escapar un gemido estrangulado como si estuviera en el cielo. Su mano recorría mi culo en círculos mientras giraba sus caderas contra las mías.

—¡Joder! Maldita sea, Kova, espera.

—Esto no es para ti, Adrianna. Esto es para mí. Ahora, respira profundamente y quédate abajo.

Era implacable, metiéndose con fuerza y rapidez. Sus pesadas bolas golpeaban mi clítoris, burlándose de mí cada vez que entraba en mi coño.

—¿Hayden te folló así?

Oh, estaba enfadado. Me gustaba el Kova enfadado.

Mis ojos estaban cerrados mientras me concentraba en lo bien que se sentía.

—No, él me folló mejor.

La mano de Kova subió para agarrar mi nuca mientras la otra presionaba mi espalda baja para que no pudiera moverme. Jadeé, soltando un largo gemido mientras me apretaba tanto que iba a tener un moretón. Estaba a su merced y lo encontré totalmente embriagador.

—Voy a hacer que te arrepientas de haberte follado a ese niño. —Me reí suavemente y eso solo lo excitó más—. Arquea la espalda —dijo, y me llevó más adentro. Las risas disminuyeron y unos suaves gemidos salieron de mis labios mientras el placer se

apoderaba de mi cuerpo. Kova no se contuvo y me tomó con fuerza, dolorosamente con fuerza, pero me pareció bien. Lo quería así.

Me tiró del cabello y me puso erguida, y la madera se clavó en mis rodillas. Me rodeó la cintura con un brazo para que no pudiera moverme, luego me puso la otra mano alrededor del cuello y me acercó a su pecho. Mi ritmo cardíaco se aceleró.

—¿Te ha apretado así? —dijo entre dientes apretados cerca de mi oído. Mi coño se tensó en torno a su polla, amando este lado furioso de él—. Adelante, miénteme —me instó—. Ya sé la verdad.

—Sí —dije sin aliento. Me apretó tanto que apenas pude tragar—. No pude caminar después.

Oh, Dios. Los sonidos que hizo Kova solo aumentaron mi placer. Me gustaba oírlo así y empecé a cabalgar su polla.

—¿Te ha hecho sangrar con su polla como yo?

Mis ojos se abrieron y miré hacia abajo. Había gotas de sangre en la mesa y la parte superior de mi coño estaba manchada de sangre. Kova me desgarró, joder.

Se río al oído cuando me di cuenta.

—Yo también puedo hacerte sangrar.

Kova me mantuvo inmóvil y aumentó sus empujones. Me apoyé en su pecho y, en cuestión de segundos, me estaba corriendo sobre su polla con su mano alrededor de mi garganta. Me acerqué y le pedí que me estrangulara más fuerte. Este ángulo era demasiado bueno y no podía aguantar más. Mis caderas se movían de un lado a otro mientras montaba su polla.

—Adelante, miénteme otra vez, dime que te has corrido en su polla con la misma fuerza con la que te has corrido en la mía —dijo entre dientes apretados, y luego estaba descargando su semen caliente dentro de mí, haciendo rodar sus caderas con fuerza y lentitud dentro de mí como una ola que se estrella. Gimió en mi oído y quise decirle que siguiera haciendo esos sonidos porque eran muy eróticos y, con diferencia, uno de los más sensuales que había oído en mi vida.

—Me he corrido toda la noche con él —me burlé, sin aliento.

—Maldita mentirosa —respondió, y luego forzó mi cabeza hacia un lado para poder hundir su lengua en mi boca y besarme—. Será mejor que no vuelvas a follar con él, ni con nadie más. Eres mía y tu coño es mío.

No discutí eso. Era la verdad y lo sabía en mi corazón. Me había arruinado de la mejor manera posible.

Aflojando su agarre en mi cuello, Kova se retiró y me dio la vuelta. Sentía las piernas como gelatina.

—Rodéame con tus brazos —dijo, con su voz raspando sobre mí. Gutural.

Asentí. Kova me levantó, con sus manos bajo la parte posterior de mis muslos mientras me llevaba a mi habitación. Nuestras miradas no vacilaron, ni siquiera cuando me colocó suavemente en la cama y se subió al colchón. Me desplacé hacia atrás hasta que estuvimos en el centro y me acosté. La suavidad contra mi espalda me refrescó mientras abría mi cuerpo a él. Se colocó encima mío y apoyó su peso en los codos; su longitud, pesada y húmeda, se apoyó en la parte interior de mi muslo. Nos miramos un momento en silencio mientras la tormenta de afuera golpeaba contra el costado del edificio y mis ventanas.

Alcanzando su espalda, Kova agarró la manta y tiró de ella para envolvernos en un túnel acogedor. Echó las caderas hacia atrás y se metió entre nosotros para agarrar su longitud. Mi mirada se dirigió a sus labios con anticipación.

—Ojos en mí, Adrianna. Ahora déjame demostrarte lo mucho que te amo —dijo con la voz ronca.

Todo se detuvo.

Algo dentro de mi corazón remendó las costuras rotas al mencionar de nuevo esas palabras y la forma en que las dijo, como si su vida dependiera de ellas.

Asintiendo en silencio, abrí las piernas, sabiendo que se estaba posicionando. Con el corazón acelerado, no hacía falta

ningún juego previo. Su placer seguía goteando de mí. Kova se inclinó y susurró contra mis labios, su ruso como la seda envolviendo mi cuerpo. Los dos estábamos preparados y al borde de algo inconcebible de entender.

Deslizando sus manos sobre mis muñecas, entrelazó sus dedos con los míos mientras se abría paso. Nuestros labios se separaron el uno contra el otro de la misma manera que nuestras palmas se encontraron. Ambos respiramos con fuerza al sentir que nuestros cuerpos se unían de nuevo. La euforia pura nos enredó en un cúmulo de bucles y lazos. Los ojos de Kova se oscurecieron con una profundidad que me provocó escalofríos y me abrió el corazón.

Mantuvimos los ojos abiertos mientras él se abría paso lentamente, alcanzando una intimidad más profunda. Empujó cada tierno centímetro de mi coño, lentamente, asegurándose que sentíamos al otro hasta que no pudo ir más allá. La presión que ejercía dentro de mí aumentó hasta alcanzar un nivel de éxtasis embriagador.

Nuestros cuerpos se unieron y ambos inhalamos. Mi corazón latía con fuerza al contener nuestras respiraciones.

Esto era alucinante.

Así es como siempre estuvimos destinados a ser.

Uno. Juntos. Completos.

Capítulo 26

El calor fluía entre nosotros, Kova me encendía de un modo que no podía explicar. El peso de su cuerpo sobre el mío, y la forma en que me miraba, fue suficiente para hacerme recordar dónde estaba mi hogar, con él. No era su longitud la que tiraba de todos los nervios de mi cuerpo, *lo hacía,* pero su mirada era la que me mantenía inmóvil.

Solté un suspiro de alivio al saber que así era como debía ser cuando dos personas hacían el amor.

Mis muslos temblaron y me estremecí bajo él mientras me adaptaba a su tamaño. Kova me miró a los ojos como si estuviera perdido dentro de mí. Era uno de esos raros momentos en los que se exponía, en los que quería que lo mirara a los ojos y viera lo que sentía. Porque ambos sabíamos que lo que sentía estaba mal, y le dolía decir que me amaba. Cuando se trataba de Kova y de nuestra situación, todo giraba en torno al tacto, a las acciones cuando estábamos solos y en nuestro propio mundo, a mirar más profundamente y a sentir nuestras emociones.

—A veces las palabras resultan vacías —dijo—. Déjame mostrarte lo que realmente siento por ti.

Arrastrando sus dientes sobre el labio inferior, Kova rozó su nariz sobre la mía, su boca danzando seductoramente sobre mis labios pero sin cerrar del todo la distancia. Bajó la mirada, luego echó las caderas hacia atrás y creó un dolor desesperado entre mis piernas de forma agradable y lenta, sin apartar su mirada de la mía. Se me escapó una bocanada de aire y mi espalda se arqueó cuando él se deslizó de nuevo hasta el fondo. Mis dedos se apretaron alrededor de los suyos, los nudillos se clavaron en los suyos

mientras los mantenía pegados a la cama. Con los pezones presionando su pecho, Kova sacó hasta la punta y se detuvo. Sin decir una palabra, se lo pedí con la mirada. Dejó caer un beso en mis labios y luego volvió a introducirse.

Era demasiado para soportar después de no tenerlo dentro de mí durante tanto tiempo. Un suspiro escapó de mis labios y me apreté a su alrededor. Volví a suspirar y su mandíbula se flexionó en señal de gratificación. El placer floreció a medida que sus sensuales embestidas creaban una vorágine en nuestro interior. Levanté la pierna para engancharla alrededor de su espalda, tratando de empujarlo más rápido, muriéndome por más, pero él me detuvo.

Negó con la cabeza.

—Déjame llevarte despacio esta vez, déjame sentirte —dijo, y yo asentí, relamiéndome los labios—. He echado de menos tu cuerpo tanto como a ti.

Él era un terremoto que me destrozaba con su pasión.

Kova empujó profundamente y mi espalda se arqueó, un gemido lleno de placer rodó por mis labios. Decoró mi mandíbula con ásperos besos. Sus dientes mordisqueando mi piel no hicieron más que aumentar el placer mientras me empujaba con una dulce lentitud que casi me mata. El sudor se acumulaba en su pecho, pequeñas gotas de sangre goteaban de su herida, y yo lo acogía todo sobre mí. Era crudo, oscuro y sucio, y me encantaba que lo amara conmigo. Que no pensáramos en eso. Aceptábamos la lujuria del otro y alimentábamos nuestros oscuros deseos sin cuestionarlos. Él sabía lo que me gustaba y me lo daba. Al igual que yo lo hacía con él.

—Endereza las piernas. —Kova me extendió los brazos por encima de la cabeza, con sus manos aún en las mías, y lo miré confundida—. Confía en mí, *malysh*.

Así lo hice.

Mi cuerpo estaba estirado bajo el suyo, mis pezones presionados contra su pecho. Me hacía sentir tan sexy así, como si

yo fuera todo lo que él necesitaría con la forma en que me abrazaba y me miraba.

Con una de sus rodillas a un lado de mi cadera y la otra pierna estirada junto a la mía, la presión se volvió insoportablemente embriagadora mientras él se sumergía en mi coño con un grado de delicadeza desvergonzada. El arrastre y el tirón de la humedad resonaban a nuestro alrededor y no hacían más que aumentar el momento.

—Joder —gimió por la estrechez.

La presión iba en aumento. Era tan bueno y tan adictivo que adelanté mi boca y lo devoré. Estaba tan completamente contenida y aturdida por la química de nuestros cuerpos fusionándose que algo se desató dentro de mi corazón.

Kova me devolvió el beso con la misma ferocidad. Se me curvaron los dedos de los pies cuando se retiró y volvió a introducirse con una suavidad incontenible. Mis caderas se agitaron y gemí cuando el placer alcanzó nuevas alturas.

—Estoy tan cerca, Kova, por favor... —supliqué, con el corazón acelerado.

La forma en que mis caderas empujaban hacia adelante y el modo en que mis piernas se cerraban provocaban la más dulce fricción en mi clítoris cuando él empujaba. El interior de mis muslos temblaba, no podía esperar más.

—Entonces, suéltalo.

—¿Y tú?

Se rió junto a mi oído.

—Adrianna, solo estoy empezando. Te lo dije, voy a pasar horas dentro de tu cuerpo —dijo, y empujó hasta dar con mi clítoris—. Vas a tener que rogarme que pare, e incluso entonces, puede que siga.

Mis labios se separaron y me besó.

—Relájate para mí, *malysh*, y haz el amor conmigo.

Asentí, mi mente y mi cuerpo se abrieron completamente a él.

—Piensa en lo que te estoy haciendo, en cómo me sientes en tu apretado coñito, y sabes que nadie te hará sentir nunca como yo.

Tenía razón.

—Bésame —susurré, y lo hizo.

El cuerpo de Kova hizo el amor con el mío, sus labios coincidiendo con la tenacidad de sus caderas, tan agradable y lento hasta que me estremecí y estuve al borde de la liberación.

—Oh, justo así —gemí, cerrando los ojos.

—Mírame. Quiero ver tu rostro cuando te corras alrededor de mi polla.

Eso fue todo lo que necesité. Abrí los ojos y busqué los suyos, mi orgasmo se apoderó por completo de mí mientras mi cuerpo ondulaba de placer. Jadeé, tomando pequeñas bocanadas de aire mientras la euforia se apoderaba de mi cuerpo. Mis manos apretaron las suyas y él devolvió el gesto. Me corrí tan fuerte que estaba al borde de las lágrimas.

—Sí, así, Adrianna. Solo… así… —Soltó como si estuviera orgulloso y se metió en mi interior—. Me gustaría que pudieras ver tu rostro cuando te corres. Cómo tus ojos se ponen brillantes, sentir cómo tu coño palpita alrededor de mi polla. Me aprietas tan jodidamente fuerte que solo quiero desgarrarte más fuerte.

Mis muslos estaban pegajosos por mi placer, pero no me importaba. A Kova le encantaba, y a mí también.

—Hazlo. Dame todo y no te contengas —dije.

El deseo se calmó y Kova aflojó el agarre de mis manos y se sentó de nuevo sobre sus rodillas para sentarse a horcajadas sobre mí, todavía metido hasta el fondo. Sin aliento, no me moví y me quedé mirando el techo con asombro. ¿Cómo podía ser el sexo tan

bueno? Estaba aturdida y confundida por cómo se podía sentir algo así. No era normal. No podía serlo.

Las palmas de sus manos rozaron mi vientre hasta llegar a mis pechos, y Kova ahuecó y tiró de mis pezones. Me llegó un zumbido al corazón y respiré con fuerza. Lo miré y mis ojos se dirigieron inmediatamente a la A de su pecho. La sangre se había detenido y podía ver el contorno hinchado de la letra. Sus ojos siguieron mi mirada. Las comisuras de su boca se curvaron en una sonrisa muy sexy y me pellizcó los pezones con más fuerza mientras miraba la marca... mi marca... que lo marcaría para siempre. Su polla saltó dentro de mí y exhalé por la ternura.

Al mirarme, los ojos de Kova brillaban con pensamientos depravados, y eso me hizo sentir un escalofrío hasta los dedos de los pies. Me mordí el lateral del labio y la conciencia se encendió en él.

—Estabas mojada cuando me cortaste. Te hizo sentir bien.

Asentí sutilmente. Era parcialmente cierto. Había cosas que me daban curiosidad, solo que nunca hablaba de ellas porque pensaba que me hacían parecer rara.

—También estaba tan abrumada por todo que quería infligirte dolor porque quería que sintieras el dolor que me ha consumido durante meses. Lo que sentía por dentro era por ti, y quería que lo experimentaras. Quería que lo sintieras mucho más. Pero entonces ocurrió el diagnóstico de riñón, y siento que me mienten constantemente para protegerme. Siento que tengo que controlar mis emociones por el bien de todos los demás y simplemente me rompí. Al cortarte sentí como si estuviera liberando toda esta emoción reprimida, como si estuviera alcanzando esta locura y todo saliera de mí. Nadie para luchar contra mí, nadie para controlarme. No más mentiras. Tenía el control por una vez, y estaba libre de esta maldita carga que ya no podía detenerme. —Me lamí los labios—. Me avergüenza haberte utilizado así. Lo siento mucho.

—Querías que siguiera adelante —afirmó, empujando dentro de mí.

Reflexioné sobre su afirmación.

—La verdad es que no lo sé. Más o menos. La sensación dentro de mi pecho me asustó un poco. No creo que me hubieras detenido si hubiera querido seguir.

Kova metió la mano entre mi sexo y palpó el sensible nudo de nervios. Separando mis labios hinchados, acarició mi clítoris.

—No, todavía no —dije entre un suspiro y me relajé.

Estaba atrapada bajo él con su dura polla todavía dentro de mí. El puro placer se sentía tan bien por la forma en que frotaba mi clítoris que mis caderas se pusieron a rodar lentamente. Mis dientes se clavaron en mi labio inferior.

—No me digas que pare —dijo—. Te lo he dicho, toda la noche. —Kova miró hacia abajo y tiró de mis pliegues para exponer mi clítoris—. Pero tienes razón. No te habría detenido. Si hubieras necesitado marcar todo mi cuerpo, te habría dejado porque entiendo lo que estabas sintiendo, olvidas que yo también lo sentía fuertemente. Cada día era peor para mí, pero entonces presionaste el cuchillo en mí, y comprendí que era algo que ambos necesitábamos. Sentí que podía respirar. Los dos estábamos dejando todo atrás y empezando de nuevo.

Kova tenía toda la razón. Me sentí como si hubiera nacido de nuevo. Todos mis pecados fueron lavados con su sangre, y mi cuchillo estaba liberando sus demonios.

—Soy tuyo, como me quieras —dijo. Algo salvaje entró en sus ojos mientras se veía a sí mismo bombeando pequeños empujones dentro de mí—. Siempre y para siempre.

Podría verlo hacer esto todo el día, la forma en que miraba mi coño, cómo se inclinaba hacia adelante y agarraba mis caderas ferozmente y penetraba con más fuerza. Su cabeza se echó hacia atrás por el placer y Kova pareció perderse en las sensaciones que se apoderaban de él. Estaba cada vez más cerca. Podía ver la gruesa vena de su cuello bajando y pasando por su clavícula.

—Me encanta verte así —admití. Mi voz era muy ronca, pero quería halagarlo como lo había hecho conmigo. Él también lo necesitaba—. Tan libre y abierto a mí cuando eres tú mismo. Podría

contemplar tu cuerpo durante horas, sentir tus manos sobre mí durante días. Nunca he sentido algo así más que contigo.

—Oh, *Ria*... —dijo—. Me está costando más control del que nunca supe que tenía para no volver a follarte implacablemente. Me encanta ver cómo te desmoronas debajo de mí.

Lamiéndome los labios, dije suavemente:

—Soy tuya. Tómame como quieras.

Kova no dudó. Agarró mis caderas, sus dedos se clavaron en mí, las uñas marcando mi piel mientras metía y sacaba su polla con habilidad. Empujando pecaminosamente fuerte tres veces más, se estaba corriendo. Me abrazó con tanta determinación y se introdujo tan profundamente que volví a sentir un pequeño desgarro, pero no le dije que se detuviera. Su cálido semen goteaba por mi culo. Me hizo sentir bien, sexy y deseada, viendo cómo se excitaba por mí.

Con el pecho sonrojado por el éxtasis, me miró y dijo:

—Lo siento. No debería haber terminado dentro de ti, pero no sé lo que me pasa. Contigo, no pienso con claridad. Me consume lo *nuestro*. Esta obsesión se apodera de mí, pierdo el control y tomo decisiones estúpidas. Solo contigo, *Ria*. Solo contigo. Me haces hacer y desear cosas que nunca debería. —Jadeó como si tratara de recuperar el aliento—. Seré mejor en eso. No más después de esto. Compraré condones para nosotros.

—Está bien. A mí también me gusta. —Tragué con fuerza—. Me gusta cuando te corres dentro de mí —dije con sinceridad.

Las lágrimas subieron al instante a la parte posterior de mis ojos y me sorbí los mocos. No quería llorar, no después de lo que acabábamos de compartir, pero tampoco podía evitarlo. Kova estaba preocupado por un embarazo. Aunque lo agradecía, también me dolía porque después de lo que había descubierto, tener hijos algún día me parecía otro sueño que quizá nunca alcanzaría.

—¿*Ria*? ¿Qué pasa? ¿Te estoy haciendo daño? —Kova se apartó y me envolvió en sus brazos, acurrucándome contra su pecho. Nos tumbamos cara a cara sobre nuestros costados con la

manta a nuestro alrededor. Íntimo. Como si lo hubiéramos hecho todas las noches de nuestra vida.

—No, en absoluto.

Frunció el ceño y una lágrima se deslizó por el rabillo del ojo por la realidad de mi situación.

Lo miré a los ojos y me tembló la mandíbula.

—Será increíblemente difícil quedarme embarazada con mis enfermedades. Creo que por eso nunca lo hice antes. Todas las veces que tuvimos sexo, y cuando tomé el Plan B, a veces lo tomé tarde. Gracias a Dios no me quedé embarazada, pero debería haberlo hecho. —Hice una pausa y la tristeza se reflejó en sus ojos— . Así que el que te corras dentro de mí no me preocupa en absoluto. Por supuesto que compraré el Plan B mañana para estar segura, pero ya no me preocupa como antes.

Capítulo 27

Frunce el ceño.

—No entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que tengo lupus y enfermedad renal. Estoy en la cuarta etapa, Kova. Ambas cosas afectan a la fertilidad, así que será difícil quedarme embarazada. Todo lo que he leído y aprendido hasta ahora lo dice, y ahora tiene sentido, dada nuestra historia. —Miré su cuello, mis dedos se movieron sobre la vena gruesa y la presioné suavemente—. Creo que he estado enferma durante un tiempo, años, solo que no lo sabía, por lo que ambas enfermedades no se trataron y causaron daños irreversibles. Eso es lo que pasa y lo que he estado leyendo. Piensa en eso. ¿Por qué no me quedé embarazada? No es que quisiera... habría abortado... pero debería haberlo hecho. Nunca usamos preservativos...

Kova me interrumpió.

—¿Sabes lo que pienso? —preguntó tranquilamente—. Creo que las cosas suceden por una razón, de la forma en que están destinadas. El hecho que no te hayas quedado embarazada no significa que nunca lo harás. Tal vez hay un plan más grande para ti y es por eso.

—Un plan más grande... ¿Cómo, Dios? No estoy segura de creer en Dios. Y menos después de todo lo que ha pasado.

Su ceño se frunció.

—¿Habrías abortado? —dijo suavemente, pero parecía molesto por eso.

—Sí —dije sin dudar. Fruncí el ceño. Al menos pensaba que lo haría. Ahora no estaba segura—. ¿Por qué pareces molesto por eso? Creí que estarías aliviado.

Kova me puso de espaldas y se inclinó sobre mí. Me quitó las lágrimas con un beso y me apartó el cabello que tenía pegado al rostro.

—¿Quieres que sea sincero?

Asentí, Kova suspiró y exhaló.

—¿Quiero que quedes embarazada y tengas un hijo? Eso es un firme no. Un bebé arruinaría nuestras vidas en este momento. No obstante, nunca te diría que abortaras. Sin embargo, oírte decir que lo habrías hecho por alguna razón no me sienta bien. Sé que no tiene sentido. Es tu vida y tu elección. Tu cuerpo es tu cuerpo y yo nunca te diría qué hacer con él. —Apretando un rápido beso en mis labios, Kova continuó—. Escúchame. Tomaste esas pastillas a la hora correcta, *Ria*. Me aseguré de eso. Por eso no te quedaste embarazada, no por tus enfermedades. ¿Me preocupó en el pasado que existiera la posibilidad que te quedaras embarazada? Sí. Nunca he sido tan imprudente con nadie en mi vida. He utilizado protección, así que me dio un poco de pánico, sobre todo teniendo en cuenta nuestra situación y nuestras edades. Pero creo que algún día tendrás un hijo, *Ria*. Sería un crimen que no transmitieras todas las increíbles cualidades que tienes.

Me tembló la mandíbula y, antes que pudiera detenerlas, unas lágrimas solitarias se deslizaron por mis sienes. Esperaba que algún día eso sucediera.

—Un día a la vez —dijo, y yo asentí.

Acariciando un lado de mi rostro, Kova se inclinó y me besó suavemente, tomándoselo con calma y derramando su pasión en mí. Era lo último que esperaba que ocurriera y, sin embargo, no estaba enfadada conmigo misma por haber cedido después de haber jurado que no volvería a hacerlo. Si hubiera sido hace dos meses, la historia hubiera sido diferente. Pero las cosas cambiaron. Tal vez era el momento de dejarme llevar y aceptar que lo que él decía era la verdad, que no tenía elección sobre el matrimonio. Me

gustaría pensar que Kova tenía más poder en una situación así, pero había tantas preguntas que quería hacer antes de sacar conclusiones precipitadas.

Empujando hacia él, hice rodar a Kova sobre su espalda y me puse a horcajadas sobre sus caderas. Me senté y, sin preguntar, lo miré a los ojos y busqué entre nosotros su longitud y la coloqué en mi abertura. Me hundí hasta que mi clítoris se apoyó en su montículo. Kova parecía complacido mientras nuestros cuerpos se fundían, un torrente de calor fluyó a través de mí al sentirlo hincharse. No entendía todas estas sensaciones que me golpeaban, aparte que me sentía bien por una vez y no quería que terminara. Esta noche me dejaría llevar y sentiría.

Mis dientes se hundieron en mi labio inferior y gemí sabiendo que no tardaría mucho. Sus manos rozaron mis muslos hasta llegar a mis caderas y Kova me ayudó a guiarme. Mis caderas giraron hacia atrás, obligando a mi clítoris a arrastrarse de un lado a otro sobre su vello púbico. Se me escaparon pequeños sonidos y caí hacia adelante, apoyándome en su estómago para sostenerme. Ya se sentía demasiado bien y ni siquiera me había movido para deslizarme hacia arriba y hacia abajo, solo estaba tomando su longitud y complaciéndome en él. Intenté esperar a Kova, pero fue una lucha mientras caía más profundamente en la decadencia. Algo que se sentía tan intenso era fácilmente adictivo.

—¿Te estoy haciendo daño? —pregunté.

Kova dejó escapar una risita sexy.

—Imposible —dijo, y luego me ayudó a llegar al punto de no retorno. Apenas se retiró, solo con pequeños empujones, mientras yo me mecía más fuerte sobre él—. Déjate llevar por mí —dijo.

Sacudí la cabeza, con los ojos cerrados, mientras intentaba luchar contra el orgasmo.

—Quiero que te corras conmigo.

—No te preocupes por mí. Estoy lejos de haber terminado contigo.

Abriendo los ojos, miré hacia abajo y contemplé el cuerpo de Kova. Sus firmes abdominales, sus pectorales abultados y sus oscuros pezones, y la A que le había esculpido eran suficientes para hacerme ver fuegos artificiales. Me quedé mirando la letra y me solté sobre él, mordiéndome el labio mientras apretaba su polla y me corría tan fuerte que me dejaba sin aliento.

Mi cuerpo se debilitó, Kova se sentó y me agarró la nuca. Respiré dentro de él, sintiendo por fin que me había saciado. Como si me hubieran quitado una enorme roca de encima y pudiera encontrar un momento de absolución.

Apoyó sus labios en mi frente y dijo:

—¿Sabes que puedo sentir tu coño contrayéndose alrededor de mi polla?

Me sonrojé.

—¿De verdad?

Asintió, y yo dije:

—Eso es un poco embarazoso.

—¿Por qué? Me encanta saber qué puedo hacerte sentir tan bien. Me pone aún más caliente para ti. También me he dado cuenta que necesitas correrte al menos dos veces cada vez.

—¿Lo hago? —No me había dado cuenta.

Kova asintió.

Antes que pudiera decir nada, me levantó y me dio la vuelta para que estuviera de rodillas con la espalda pegada a su pecho. Su brazo me rodeó la cintura para sostenerme, manteniéndonos a los dos de rodillas mientras metía la mano entre nosotros y agarraba su polla para colocarla en mi abertura.

—Baja —dijo, besando mi cuello mientras lo tomaba de nuevo.

Me tensé ante la sensibilidad, no estaba segura de estar preparada para más sexo en este momento. Ya estaba muy sensible,

pero sus besos eran lo suficientemente deliciosos como para relajarme con él. Mi cabeza rodó hacia un lado y un ligero gemido vibró en mi pecho cuando Kova me penetró por detrás como si fuera su talento. Me estremecí ante el éxtasis intensificado desde este ángulo. Dios, era bueno en esto. Con los muslos pegados a los míos, recorrimos juntos el mismo camino del éxtasis en perfecta armonía. El placer era ya demasiado con la forma en que sus manos recorrían mi cuerpo desnudo como si no pudiera dejar de tocarme.

—Ohh —suspiré, presionando contra él.

Volvió mi rostro hacia el suyo y se quedó mirando mi boca.

—Estos labios. —Lamió el labio superior y lo metió en su boca—. Son míos.

Solté un pequeño jadeo. Su tono seductor me hizo mojar el interior del muslo.

—Este coño —dijo, sacándolo del todo—. Es mío. —Y luego volvió a entrar. Kova llegaba tan profundo en este ángulo.

Su mano encontró mi garganta y una pequeña chispa de anticipación me recorrió. Algo frío tocó mi piel, pero fue rápidamente reemplazado por el hambre en las palabras de Kova.

—¿Te ha besado como yo? ¿Te ha vuelto loca y lo suficientemente ansiosa como para hacer que te corras con solo un beso de la forma en que yo lo hago? —Me besó como si me estuviera haciendo el amor.

La lengua de Kova estaba por todas partes en mi boca, acariciando y tirando, trabajándome hasta que estaba empujando mis caderas hacia las suyas, encontrándome con él embestida tras embestida, gimiendo dentro de él para que me tomara más fuerte.

—¿Lo hizo? —Kova volvió a preguntar, y empujó por completo hasta que se metió en lo más profundo que podía.

Me estremecí a su alrededor, sintiéndome estirada al máximo y casi con miedo a moverme. Su mano me rodeó el cuello y una ráfaga de fuego me atravesó. No iba a durar mucho más. Su

anchura era dolorosa, pero de nuevo con Kova, el dolor y el placer iban de la mano, y lo recibí con los brazos abiertos.

Con los labios hinchados, rompí el beso y negué con la cabeza.

—Solo me he sentido así contigo.

—¿Te ha follado como yo? ¿Suplicaste por más? ¿Te corriste por él como lo haces por mí? ¿Te derrumbaste en sus brazos como lo haces en los míos?

No tenía que decirlo para que él supiera la verdad. Sabía que solo ardía por él.

—No —dije sin aliento. Mirándolo a los ojos, le dije la verdad—. No pude correrme siempre. Y cuando finalmente lo hacía, tenía que pensar en ti. Era la única manera de acabar, imaginando que me follabas. Me has arruinado para todos los demás hombres.

Los ojos de Kova brillaron salvajemente. Sus caderas bombeaban ansiosamente dentro de mí con mayor rapidez, más crueles, exigentes, como si estuviera trepando dentro de mí. El aire se alojó en mi garganta, pero no me asusté. No cuando había experimentado esto en el pasado con él y sabía lo que se avecinaba. Me excitaba.

Kova dejó caer su cabeza sobre mi cuello. Sus manos estaban en mi cabello. Un aliento caliente y espeso me hacía cosquillas en la carne húmeda y caliente. Gruñó, la deliciosa vibración de su pecho provocó escalofríos en mi espalda con cada empuje. Sentí cada centímetro de su gruesa polla hasta la vena que me encantaba tocar.

Esto no era solo sexo. Esto era hacer el amor. Una forma profunda, desgarradora y animal de hacer el amor que nadie entendería más que nosotros. Me di cuenta que no quería que nadie nos entendiera. Solo nosotros importábamos.

Kova me sujetaba con firmeza y eso me parecía increíblemente erótico. Sabía que amaba la lucha, así que luché a propósito. La fuerza en él, la forma en que sus caderas se movían contra las mías, me daban ganas de agarrarlo, abrazarlo y demostrarle lo mucho que significaba para mí también.

—Ahí es donde te equivocas. Nunca habrá otro hombre, Adrianna. Nunca —afirmó Kova, y luego hundió sus dientes en la curva de mi cuello.

El éxtasis me recorrió y dejé escapar un largo gemido. El éxtasis estalló en todo mi cuerpo deseoso y me encendió las venas con un placer que solo él sabía darme. Mi coño palpitaba y mi clítoris ansiaba su lengua. No iba a durar mucho más. Puse los ojos en blanco y gemí largo y tendido mientras él lamía mi carne caliente. Mi espalda se arqueaba salvajemente y ansiaba que me liberara ya. Estuve a punto de gritar la palabra con A, pero me contuve.

—¿Sabes por qué? —me preguntó, con la voz cargada de deseo. Volvió a girar mi cabeza para que lo mirara. Antes que pudiera responder, lo hizo—. Porque eres mía y siempre lo serás. —Kova entró más profundamente y yo gemí porque era la verdad. Era suya para siempre—. Al igual que yo siempre seré tuyo —añadió, y luego me besó sin remordimientos ni culpa, como si adorara el suelo que pisaba.

Sus caderas rodaron dentro de mí como una ola que se estrella, golpeando tan profundamente que jadeé cada vez. Mi orgasmo iba en aumento y su polla se agitaba. Estábamos llegando a la cúspide del éxtasis.

Nunca había entendido lo que era hacer el amor hasta ahora.

Mientras su mano se ceñía a mi cuello, encontré a ciegas la otra y la llevé a mi clítoris. Lo ayudé a acariciarme y suspiré sin aliento por la lujuria. El cuerpo de Kova se endureció y eso me complació. Extendiendo un poco más la mano, rodeé con el pulgar y el índice su circunferencia en la base y lo ayudé a guiar su polla hacia adelante y hacia atrás dentro de mí. Nuestro placer cubrió mi mano y apreté con más fuerza el resbaladizo lío que habíamos creado. Kova me mordió el cuello y un escalofrío recorrió mi piel. A él le gustaba, a mí me encantaba.

—¿Eres mío? ¿Realmente mío? —pregunté de repente. Si yo era suya, era justo que él fuera mío.

—He sido tuyo desde el día en que entraste en World Cup, *malysh*. En el momento en que te vi, comprendí que era eso y que algún día te tendría.

No necesitó decir más. Sabía por qué las cosas habían ido por el camino que habían ido. Solo que esta vez, realmente lo creía.

Capítulo 28

Mis muslos temblaron. Llevé la mano a mi espalda y le apreté el cabello, tirando de sus mechones mientras llevaba su mano libre a mi montículo.

—¿Sientes eso? —Empujé su mano hacia abajo mientras él introducía su polla en mi interior. Gruñó contra mi mandíbula. Sentía lo mismo que yo y estaba muy caliente—. Esa es tu polla follándome. Entrando y saliendo, puedes sentir cómo me tomas y lo profundo que estás.

Negó con la cabeza.

—No soy yo quien te folla, soy yo quien te hace el amor, porque, *Ya lyublyu tebya*[8]*, malysh. Ya lyublyu tebya.*

Mis labios se separaron y mi respiración se agitó ante su franqueza, pero no pude responderle, aunque me dolía el corazón.

Sabía que no debía hacerlo.

—Córrete conmigo, *malysh* —dijo, y asentí. Estaba más que preparada—. Déjame mostrarte lo bueno que puede ser—. Entonces me besó con fuerza, mordiéndome los labios, y yo se lo devolví, satisfaciendo sus necesidades.

Puse la palma de la mano sobre nuestros cuerpos unidos para sentir nuestro orgasmo juntos. Quería sentir su semen saliendo de mí, saber que se sentía tan bien como yo. Mis labios, hinchados y carnosos, se abrieron ampliamente. Había algo sexy en nuestros

[8] Ya lyublyu tebya. Te amo en Ruso.

cuerpos y en cómo se movían y estiraban para satisfacer nuestras necesidades carnales. Los dedos de Kova se aceleraron en mi tierno clítoris, y el agarre que tenía alrededor de mi cuello se tensó hasta un nivel asfixiante, pero no luché contra él. No podía hacerlo. No cuando me ahogaba en el placer que me daba.

Las caderas empujaban más fuerte y más rápido, mis uñas marcaban su polla mientras nuestros cuerpos temblaban al borde del deseo. Los dos estábamos allí, y los dos nos dejamos llevar.

Kova se corrió dentro de mí, su polla palpitando mientras su cálido semen me llenaba, filtrándose por los lados. Cubrió mis dedos y mi coño se dilató alrededor de él para absorber lo que me daba. Su cuerpo se agitó detrás de mí y una sonrisa gratificante inclinó las comisuras de mi boca mientras le mordía el labio. Me encantaba saber que él sentía lo mismo que yo. Seguí rápidamente, corriéndome sobre él. Alargando el brazo, agarré sus bolas y apreté. La mano en mi garganta se tensó hasta el punto que no podía respirar, pero el placer era tan intenso que no me importó. Quería más, y más, y más, y no bajar nunca de esta altura.

Pequeñas estrellas plateadas danzaron en mi visión mientras el orgasmo me sacudía el cuerpo. El corazón me latía con fuerza y rapidez y un suspiro de felicidad agotado salía de mis labios. Una sensación extracorporal me recorrió los brazos y terminó con los dedos de los pies curvados por la necesidad. Kova tenía razón. No me deshice en los brazos de Hayden como lo hacía en los suyos.

Kova me estaba mostrando quién era y lo que tenía para dar. Sus caderas no habían dejado de moverse, y yo estaba demasiado colocada en esta intensa sed de más para darme cuenta que las nubes negras y humeantes que se arrastraban por mi visión eran en parte por la sensualidad y la pasión depravada que solo Kova podía ofrecer, y por el agarre que tenía en mi garganta.

Solté un suspiro justo cuando la oscuridad se cerraba, y sentí la suavidad de la cama contra mi espalda.

Abrí los ojos, respiré profundamente y parpadeé un par de veces. Miré a mi alrededor. Estaba un poco nublada, con la cabeza desorientada. Kova estaba inclinado sobre mí, con la cabeza apoyada en la palma de la mano y una sonrisa sensual en los labios.

Su mano estaba entre mis piernas, suavemente, acariciándome a través de su semen. Este hombre nunca se cansaba.

—¿Me he dormido? —pregunté. Mi garganta estaba en carne viva.

—A veces, cuando el placer es tan extremo, la gente se desmaya. Te has desmayado.

Mis cejas se levantaron. Eso no podía ser seguro.

—¿Por cuánto tiempo?

—No mucho tiempo. Solo unos minutos más o menos.

—¿Y entonces te encargaste de tocarme así? —bromeé.

Sus ojos parpadearon con maldad.

—Me gusta la idea de mi semen dentro de ti —dijo y me dio un pequeño beso mientras introducía lentamente dos dedos empapados de orgasmo en mi adolorido coño. La humedad succionada resonó en el confinamiento de mi habitación—. Me pone completamente caliente para ti.

Mi espalda se inclinó, levantando mis pechos en el aire.

—No más, Kova —dije, rompiendo el beso—. Estoy demasiado dolorida y cansada.

Negó con la cabeza.

—Quiero tocarte.

No pude negárselo.

—Bien, pero me voy a dormir. —Reí y me revolqué en su pecho con una sonrisa.

Me sentí un millón de veces más ligera, como si volviera a ser normal. Sus dedos me acariciaron, se burlaron de mí, pero no volvieron a penetrarme. Un hervor de calor se encendió en mí mientras me dormía. Me sorprendí a mí misma rodando sobre su mano y rechinando hacia abajo cuando un pequeño pellizco me

ardió en la piel, lo suficientemente fuerte como para enviarme al límite de nuevo y al olvido.

Solo había dormido unas horas antes que me despertara el aroma de las especias que flotaba en mi apartamento. Me incorporé y salí de la cama para agarrar rápidamente una camiseta y ponérmela. Me estremecí cuando la tela me cubrió, un escalofrío se instaló en mis huesos cuando me di cuenta que había olvidado tomar mi medicación antes. Mierda.

Me froté los ojos con el dorso de la mano, sintiéndome agotada pero menos estresada al mismo tiempo. Sabía que Kova era la razón de eso, pero no sabía si era porque habíamos sucumbido a nuestros secretos, o al sexo. O ambas cosas. Ya no sentía una brecha entre nosotros. No me sentía como un objeto extraño tratando de encontrar su lugar en el mundo. Todavía había mucho que hablar, pero la rabia contenida en mi pecho ya no estaba allí.

El viento aulló fuera cuando salí de mi habitación, y salté por el sonido de un golpe en mi pared. Mis muebles del patio se deslizaban. Debería haberlos metido, pero ya era demasiado tarde para eso. No con el huracán encima como estaba.

Entré en el salón y me detuve en seco cuando vi a Kova de pie junto a la estufa. Estaba de espaldas a mí y solo llevaba los pantalones cortos que había llevado antes. Le llegaban muy abajo de las caderas, dejando ver los dos pequeños hoyuelos que tenía sobre el culo. Eran muy sexys. Mis manos deseaban estar sobre él, tocarlo. Me quedé mirando aturdida, mis ojos viajaron más alto, bailando por su espalda desnuda mientras disfrutaba de cada músculo mientras cocinaba. Estaba salivando, y no por el delicioso olor que emanaba de la cocina.

Kova se llevó un vaso de agua a los labios y me fijé en la hermosa y nervuda curvatura de sus brazos. No tenía ni idea de lo que estaba cocinando, y no me importaba. Solo quería morderlo.

Inspiré y él se giró al oírlo. Nuestros ojos se encontraron y mis labios se separaron. Me había olvidado de los anillos olímpico tatuados en negro a lo largo de sus costillas. Me encantaba, pero solo se notaba cuando levantaba el brazo o lo movía hacia un lado. Como un pequeño secreto al que solo tienen acceso los que tienen la suerte de verlo. Me atraía como un maldito imán.

Me preguntaba si habría algún momento en el que mi estómago no se agitara o mis sentimientos no salieran a la superficie cuando él estuviera cerca. No estaba segura de cómo llamarlo, pero la energía cuando estaba cerca era estimulante. Lo anhelaba, y creo que él también me anhelaba a mí.

Mis pies me llevaron hasta él. Miré la estufa y me pregunté brevemente de dónde había salido esta variedad de comida cuando recordé que Alfred la había dejado. Olía divinamente y parecía de calidad de restaurante.

Kova dejó su vaso en la encimera de mármol, bajó el fuego y me miró. Una sonrisa perezosa y feliz se formó en su rostro y me hizo sentir bien. Parecía libre de las ataduras de su mundo. Desinhibido, como yo. Me puse delante de él, con la cabeza justo por debajo de sus pectorales color miel. Kova era más grande que la vida a mis ojos, y yo era tan pequeña en comparación con él.

Por pura necesidad, estiré la mano para tocar su estómago. Necesitaba sentirlo de nuevo. Solo para sentir y nada más. Mis dedos presionaron su piel tensa. Sus abdominales se hundieron mientras mis uñas recorrían el pequeño y fino vello. Mi otra mano surgió para tocar su cadera, mi pulgar creando un continuo remolino en la increíblemente deliciosa V oblicua que acentuaba su físico. Me gustaba que me dejara tocarlo. Su mirada se oscureció y sus ojos bajaron. Antes me había rendido exactamente a lo que me había prometido que no volvería a suceder, pero ahora... ahora era una persona diferente con deseos, ansias y tentaciones diferentes. Diferentes limitaciones.

Todo estaba ahí, listo para volver a romper la superficie. Acercándome un último paso, mis nudillos rozaron sus costillas para trazar sobre la tinta. Kova respiró con fuerza. Sus costillas se contrajeron por mi delicado toque.

—¿Por qué te gusta tanto? —preguntó.

Sacudí sutilmente la cabeza, insegura de mí misma. No tenía una razón por la que me atraía.

—Quizá algún día tengas uno.

Mis ojos se iluminaron ante la posibilidad, pero se apagaron rápidamente al pensar en eso. No estaba segura que ahora fuera a hacerme un tatuaje, o de llegar tan lejos como él, pero me gustaba la idea de tener uno similar al suyo.

—Puede que nunca tenga la oportunidad que tú tuviste. —Esbocé los cinco círculos con la uña y luego, sin pensarlo, presioné mis labios sobre su tatuaje.

—*Ria* —susurró. Su estómago se flexionó bajo mi beso—. ¿Qué estás haciendo?

Me encogí de hombros.

—Tu cuerpo es tan hermoso. Nunca me canso de él.

Actué con un deseo salvaje e indomable. Mis dos palmas subieron lentamente por su pecho, y cuando mis manos bailaron sobre sus pezones, él se movió rápido y me agarró por la nuca, enredando mi cabello en su mano. Me tiró de modo que quedé pegada a su duro cuerpo. Ambos jadeamos y luego exhalamos. Me sentí tan bien. Me sorprendió que mi cuerpo volviera a desearlo tan pronto. Sus dedos me masajeaban sensualmente la nuca y yo me deleitaba con eso. Las fosas nasales de Kova se dilataron, su mandíbula se tensó y miré sus labios con una repentina necesidad de chuparlos. El deseo se arremolinó en la mirada de Kova y parpadeé, fundiéndome con ese hombre enigmático del que debería estar lejos.

—Debes saber que nada de lo que ha ocurrido entre nosotros era mi intención cuando he venido hasta aquí.



Entonces aplastó su boca contra la mía. La lengua de Kova se deslizó a lo largo de la línea de mis labios y yo me abrí lo suficiente para darle acceso.

Capítulo 29

Me puse de puntillas y rodeé sus anchos hombros con mis brazos. Nos besamos como animales hambrientos, devorándonos mutuamente como si fuéramos la última comida del otro.

Nos consumimos mutuamente hasta un grado insano, tomando todo lo posible.

Agarró mi cuerpo dolorido, con tanta fuerza, con tanta rudeza, y me levantó. Mi corazón latía tan salvajemente por él que casi le dije que lo amaba. Me deslicé a lo largo de él, mis piernas se enrollaron automáticamente alrededor de su cintura mientras nuestras lenguas giraban eróticamente una contra la otra en una danza prohibida de vida y muerte. La mano de Kova ahuecó la parte más alta de mi culo y de mi cadera casi con crueldad. Empezaba a pensar que no era consciente de su fuerza y me pregunté brevemente si tenía marcas en el cuello, pero sus dedos se deslizaron peligrosamente cerca de mi sexo y todo pensamiento que tenía se desvaneció.

El beso de Kova solo tardó unos segundos en hacerme gotear de deseo, lo cual no era sorprendente. La boca del hombre era un regalo.

—Dios, te he echado de menos —dijo entre besos—. Pensé que te ibas a despertar arrepentida y que me ibas a odiar —dijo. Mi corazón golpeó con fuerza contra mis costillas y me sentí mal que temiera eso. Necesitaba decírselo—. Pensé que me ibas a echar. Pensé que no íbamos a poder hablar. Definitivamente no esperaba esto.

Una pequeña sonrisa tiró de mi rostro. Sacudí la cabeza.

—Todo lo contrario. Me siento viva de nuevo, gracias a ti.

Kova me golpeó contra la nevera. Su cuerpo se revolcó contra el mío y sentí su erección tensándose contra sus pantalones cortos. Tiró de mi cabello y yo chillé. Moví mis caderas contra las suyas, pidiendo en silencio más. El brote de un orgasmo comenzó a brillar. Cerré los tobillos y apreté para que él estuviera perfectamente alineado con mi coño y me restregué contra él.

Gemí, un frenético deseo reverberó en mi pecho. Me sentía totalmente adicta a él y a la sexualidad que despertaba en mí. Qué increíble era. No había palabras para lo que me hacía sentir, solo que lo deseaba todo el tiempo.

—Más —pedí sin aliento.

Kova gruñó, y me encantó su sonido. Las puntas de sus dedos se burlaron de mi sexo, hurgando entre mis pliegues, pero no pude aguantar más. Alcancé su mano hasta donde quería y casi me corrí.

—Creo que deberías tomarte un descanso —dijo.

Negué con la cabeza.

—Te deseo. Te necesito, Kova, tanto. Me haces olvidar mi realidad, y necesitaba eso más que nada.

Se apartó y sonrió de forma tan sexy que quise saltar sobre él.

—Solo quieres mi polla —dijo—. ¿Es todo para lo que sirvo, Adrianna?

Inclinándome hacia adelante, le mordí el labio y lo metí en mi boca. Sonreí y me encontré con su mirada.

—Me encanta tu polla —admití, y luego suspiré cuando su lengua se encontró con la mía, pero él apartó rápidamente la mano.

Con la espalda inclinada y los hombros pegados a la nevera, mis caderas se separaron del frío electrodoméstico para obtener más de su polla. Volví a mover su mano hacia donde yo quería y él

volvió a gruñir, esta vez no le gustó mi asertividad porque apartó su mano rápidamente.

Quería jugar así. Bien, yo también podía.

Metí la mano entre nosotros para tocarle la polla a través de los pantalones cortos, frotándolo para crear fricción, asegurándome de prestar atención también a sus bolas.

Kova exhaló un fuerte suspiro y gimió, presionando su frente contra la mía.

—Me encanta este lado indómito de ti. —Entonces me mordió el labio, tirando de él con los dientes.

Grité y la humedad brotó de mi coño. Le di una palmada en la espalda desnuda para que aflojara, pero no lo hizo. Kova se abalanzó sobre mis labios, mucho más fuerte esta vez, más cruel de lo que esperaba. Sentí un fuerte pellizco y agarré su polla, apretando a su vez su hinchada cabeza. Deliré demasiado con el placer y el dolor y volví a ondular sobre él. Gruñó de satisfacción y golpeó la puerta junto a mí. Kova empujó sus caderas con dureza contra mi pelvis y volvió a introducir su lengua en mi boca, donde saboreé la sangre. Mi sangre. Me había mordido hasta el punto de sangrar.

Me eché hacia atrás y me sujetó la mandíbula con las dos manos. El cabello me cubrió el rostro. Lo miré a los ojos y supe que su brillo reflejaba el mío.

—Te he hecho sangrar —susurró, con la mirada fija en mi boca. Su tono ronco era algo animal y me hizo acelerar el corazón. Sentí que un hilillo de algo se deslizaba por mi mandíbula—. Te hice sangrar —volvió a decir, como si necesitara escuchar su propia voz.

—Es justo ya que te he cortado.

—Me encanta que me hayas marcado. Me costó cada gramo de autocontrol que tenía para no arrancarte la ropa y que lo hicieras mientras te follaba.

Jadeé ante la tentadora idea.

—Quieres eso —afirmó—. Quieres sentir la presión del cuchillo en mi piel mientras te corres en mi polla.

Mis labios se separaron, las mejillas enrojecidas por la vergüenza. No podía responder con sinceridad.

Kova aplastó su lengua y la presionó contra mi barbilla, arrastrándola hasta donde estaba el rastro de sangre y la lamió para limpiarla antes de besarme profundamente. Le devolví el beso con la misma intensidad, saboreando la rica sangre en mi lengua. Estaba completamente hechizada por ella y le permití que me lamiera toda la boca, sorbiéndola antes de besarme de nuevo.

—Kova. —Jadeé—. Jesús...

—Lo sé —dijo, leyendo mis pensamientos, sabiendo que no estaba pidiendo sexo.

Alcancé sus pantalones cortos y traté de bajárselos. Su vello púbico me hizo cosquillas en los dedos, excitándome, pero Kova se apartó y me miró a los ojos.

—No —dijo, deteniéndome.

—Sí.

—*Malysh*, no. Necesitas descansar.

Sonreí y me quedé quieta un momento, pero empujé más la cintura elástica. Como de costumbre, Kova no llevaba bóxer. Sus ojos estaban vidriosos y sus labios se separaron en pura felicidad erótica. Sonreí perezosamente. El dorso de mis dedos rozó su polla y deslicé mi mano dentro de sus pantalones cortos, empujándolos hacia sus caderas. Acaricié su culo firme y redondo y lo atraje hacia mí. Su piel era tan suave y tersa y estaba llena de músculos.

—Solo quiero sentirte —le pedí suavemente. Acaricié a Kova, sintiendo cómo las venas se movían a lo largo de su cuerpo—. Sabes que esto es lo que más amo —dije, y presioné la vena.

Su rostro era una mezcla de confusión y suficiencia. Quería sentir la plenitud de sus abdominales mientras mis manos se deslizaban hacia abajo para acariciar sus bolas, así como el grosor

de sus muslos mientras me aferraba a ellos. Me encantaba el cuerpo de Kova. Quizá no a *él* a veces, pero su cuerpo, podía admitir que lo amaba.

Kova se estremeció cuando acaricié su longitud. Me besó, suavemente, lentamente, con ternura. Cuando subí la mano, la humedad golpeó mi muñeca. Miré hacia abajo, a la hinchada corona púrpura presionada contra mi coño, y vi una gota de líquido blanco nacarado. Con el pulgar y el índice, la froté sobre su cabeza, y entonces se me ocurrió una idea. Gimió, gutural y acaloradamente, amando la atención que yo centraba en su polla. Su cabeza se echó hacia atrás y le pellizqué la punta. Suspiró y apretó la mandíbula, soltando un suspiro. Volví a pellizcar y vi el pulso de la vena de su cuello.

—¿Por qué me haces esto? —dijo—. Joder.

Mis muslos temblaron alrededor de sus caderas mientras él murmuraba algo en ruso contra mi boca, y luego disminuyó sus besos.

—Déjame bajar —dije contra su boca. Kova me miró confundido—. Bájame y apaga la estufa.

Sus ojos se abrieron ampliamente. Había olvidado que la había dejado encendida, pero yo no. Mientras me bajaba al suelo, se acercó y apagó la estufa. Todavía entre él y la nevera, me puse de rodillas y lo miré. Puede que mi cuerpo estuviera dolorido, pero mis rodillas estaban bien, y podía... deseaba... darle esto a él.

Su polla estaba erecta y gruesa contra su tonificado estómago. Agarrando sus caderas, le bajé suavemente los pantalones cortos hasta los tobillos. Kova era un espectáculo en este ángulo, un hermoso espectáculo viril. Un hombre que me hacía desear cosas que no podía nombrar ni explicar, algo más arriesgado que provocaba una intensidad entre el dolor y el placer. Algo parecido a la gimnasia.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté cuando se apartó—. Déjame hacer esto por ti.

—No. —Se movió para alejarse de nuevo, pero clavé mis uñas en sus muslos.

—Quiero hacerlo. Deja que te dé esto.

Antes que pudiera protestar de nuevo, me lo llevé a la boca y envolví su longitud con mi lengua. Me saboreé en él y chupé con fuerza. Al menos, lo intenté. Su cuerpo se relajó. Levantó los brazos y los apoyó contra la nevera, apoyando la cabeza en los antebrazos. Kova se estremeció, soltando un gemido tan primario y desbocado que no pude evitar preguntarme qué había embotellado en su interior para que ese tipo de alivio se liberara.

Tomándolo tan profundo como pude, que era solo a medias o de lo contrario me habría atragantado, succioné mis labios alrededor de él tanto como me fue posible y miré hacia arriba. Su fuerza era más pronunciada en este ángulo, y podía ver cada curva y arco muscular poderoso y flexible de su magnífico cuerpo. Pero su rostro se retorcía en una mezcla de gratificación y vergüenza. Las dos palabras que definían nuestra relación ilícita.

Con la mano, rodeé la base y los deslicé hacia arriba y hacia abajo en sincronía con mi boca. Algo me decía que le gustaba un apretón fuerte, así que apreté más, clavando mis uñas en su polla. Respiró cuando mi lengua giró en torno a su calor y lo acarició de arriba abajo.

—*Ria*... más.

—Dime qué hacer. No sé lo que estoy haciendo. —Clavé más las uñas y alcancé sus bolas, imitando el movimiento.

Kova dejó escapar un gruñido sexy y yo sonreí alrededor de su gruesa erección, sabiendo que lo estaba haciendo bien.

—Así —susurró.

Su mano bajó y me sujetó la nuca, empujándome hacia su pelvis que se balanceaba lentamente. Kova gimió profundamente y en voz baja mientras crecía en mi boca, y un ligero sabor salado cubrió mi lengua. Su movimiento, elevado por el placer, me hizo estar necesitada y caliente por él.

—Chupa más fuerte.

La succión se hacía un poco más dura en mi mandíbula y mejillas, pero cuando hice lo que me pedía, Kova soltó otro gemido y eso hizo que valiera la pena el dolor. Los sonidos que escapaban de sus labios eran tan increíblemente eróticos y quería escucharlos de nuevo.

—Raspa tus dientes *suavemente* por mi polla y aplana tu lengua. —Volvió a mecerse lentamente en mi boca—. Oh, joder… *Malysh*, qué… No… Oh Dios. —Sacó la última palabra con un lento movimiento de sus caderas. No podía formular palabras y yo me deleitaba en la gloria que lo estaba haciendo sentir bien.

Sus dedos agarraron mi cabello y lo anudaron en un giro mientras mantenía mi rostro pegado a sus caderas durante unos segundos. Moví la cabeza hacia un lado y me estremecí por el tirón del cabello y mordí accidentalmente. Creí que se enfadaría por haberle hecho daño, pero probé otro chorro de líquido en mi lengua que me dijo que en realidad le había gustado.

Tragué. Kova era un fenómeno.

—Mueve las manos —ordenó.

—¿Dónde las pongo? —pregunté con él todavía en mi boca. Salió confuso, pero él sabía lo que había preguntado.

Kova me agarró de las muñecas y las rodeó hasta que se las puse en el culo. La polla de Kova era larga. No había forma que pudiera meterme toda su longitud en la boca sin que me dieran arcadas. El tipo de vulnerabilidad que se producía en esta posición me preocupaba, pero me dejé llevar y me entregué a él.

Moviendo los pies, se acercó y colocó ambas manos en mi mandíbula para sujetar mi rostro. No quedaba mucho espacio entre el aparato de cocina pegado a mi espalda y yo, así que no estaba segura de adónde pensaba ir.

—Relaja tu garganta, *malysh*.

Capítulo 30

Sin saber qué significaba eso, levanté la vista y me encontré con los ojos de Kova. Él vio mi confusión y repitió lo que había dicho, luego se deslizó más dentro de mi boca. Mis cejas se fruncieron y mi lengua le impidió automáticamente continuar. No había espacio para que profundizara más.

—¿Ves? —dijo—. Afloja los hombros.

Kova bajó la mano y masajeó tiernamente mi garganta con sus dedos. Un disparo de placer fue directo a mi coño y mis ojos se pusieron en blanco. Estaba dispuesta a saltar sobre sus huesos. Desconcertada no era una palabra lo suficientemente fuerte para describir por qué me gustaba tanto esto... sus manos en mi cuello coaccionándome para aprender un acto sexual... pero lo hice. Mucho.

—Respira por la nariz y aplana la lengua para que pueda llegar a tu garganta.

Me aparté para serenarme un poco mejor, pero me empujó hacia atrás y me mantuvo allí. Aclarando mi mente, me concentré en sus palabras e hice lo que me pedía.

—Sí... así, Adrianna. Así... como... eso... —Lentamente empujó más, golpeando la parte posterior de mi garganta.

Me atraganté y me ahogué, mis ojos se llenaron de lágrimas. Se apartó y yo inhalé rápidamente antes que volviera a hacerlo, con los ojos llorosos. Su polla golpeaba el interior de mi garganta con cada empuje y guía de sus caderas, sus manos se enroscaban en mi cabello y masajeaban mi cuello al mismo tiempo.

—Quiero sentir el fondo de tu garganta. Necesito llegar más profundo… —gimió—. Oh, los pensamientos que me das, mi niña, las cosas que quiero hacerte…

Eso era lo más extraño que había escuchado. ¿Por qué demonios querría tocar la parte posterior de mi garganta? No tenía ningún deseo de tocar nunca la parte posterior de su garganta.

—¿Has hecho alguna una mamada vez?

Negué con la cabeza, y sus ojos se oscurecieron. No lo había hecho. Nunca había hecho una mamada de verdad.

Me aparté y dije rápidamente:

—Te dije que no sabía lo que estaba haciendo.

Su boca se convirtió en una de las sonrisas más sensuales que jamás había visto en él. Entonces comenzó un profundo y duro revolcón con sus caderas, introduciéndose en mi boca con tanto arte.

—Ya casi estoy… Oh, joder. Solo recuerda respirar por la nariz y aflojar, todo se deslizará hacia abajo y podrás tragar.

Bien. Sonaba bastante fácil.

Pero no lo era. Ni siquiera cerca.

La polla de Kova se deslizó sobre mi lengua y pasó por mi garganta hasta llegar a mi cuello. ¡Mi maldito cuello! Los sonidos que salieron de él no eran normales. Eran carnales, sensuales y profundamente calientes. Algo cálido se deslizó por mi garganta y su mano masajeó la parte exterior de mi cuello. Intenté retroceder mientras el pánico se apoderaba de mí por la gran obstrucción que tenía en el esófago, pero mi cabeza chocó contra la nevera de acero inoxidable. Mis ojos lloraron profusamente. Fue como si supiera mi siguiente movimiento, porque me encontró las muñecas y las sujetó detrás de él. Mis uñas marcaron sus nalgas mientras él empujaba más hacia mi boca.

Iba a morir por darle una mamada. Mi familia se avergonzaría por toda la eternidad.

—Oh sí, tómalo todo, tómalo todo. —Se corrió… mucho.

Su polla palpitó y se puso rígida. No estaba preparada para el grosor de su semen ni para lo terriblemente salado que era, pero me llenó la boca, y si no hacía lo que él decía y lo tragaba, iba a vomitar. Podría morderlo, pero probablemente le gustaría.

Tenía que tomar una decisión rápidamente.

—Trágatelo, *Ria*. Trágate hasta la última gota.

Mis dedos se clavaron en el borde de sus nalgas, y fue en ese momento cuando decidí hacer algo que ningún hombre heterosexual querría. Al menos, no creía que lo quisieran.

Mi garganta se contrajo y cerré los ojos mientras me lo bebía. No fue fácil pero me concentré y me las arreglé para poder darle lo que quería. Y que yo quería. Yo necesitaba que él tuviera esto.

Kova gritó en éxtasis mientras mis dedos rozaban su redondo culo hacia el territorio prohibido. Justo cuando creía que se apartaría, hizo lo contrario y se estremeció contra mí mientras hurgaba y pinchaba el agujero con un dedo. Sus nalgas se cerraron y yo empujé más profundamente.

Le encantaba, joder.

A Kova le encantaba tanto que me soltó las muñecas y me agarró la mandíbula y la nuca mientras terminaba de correrse en mi boca. Se empujó hacia abajo y, aunque las lágrimas corrían por mi rostro, seguí chupando hasta que me tragué hasta la última gota. Era sexy de verdad cuando gemía.

—Mejor que nunca —balbuceó en trance, y empujé mi dedo una última vez—. Oh, joder… nunca me he corrido tan fuerte en mi vida.

Se retiró de mi boca antes que pudiera tragarme la última gota y ésta me chorreó por la barbilla. Kova me levantó. Mis piernas se enroscaron automáticamente alrededor de sus caderas mientras él pegaba su boca a la mía, sin importarle que no me hubiera tragado la última gota de su semen, y me besó con fuerza. Le rodeé el cuello con los brazos y le devolví el beso con la misma intensidad. Tanto

que mi corazón palpitaba por esa bestia de hombre que podía ser tan cruel y apasionado al mismo tiempo. Algo perdía dentro de mí, algo que retenía. Algo más que gustarle, más que desearlo.

Su mano encontró la parte de atrás de mi cabello y su lengua se adentró en mi boca, consumiéndome, sin importarle un carajo que se estuviera saboreando a sí mismo mientras me besaba hasta el cansancio. Nos retiramos al mismo tiempo, jadeando fuertemente el uno contra el otro. Sus ojos exponían una colección de sentimientos, retorciendo mi estómago con el impulso de escuchar.

Otra vez la palabra con “A”.

Le ofrecí una tierna sonrisa. Me limpió la barbilla con el pulgar y lo agarré para chuparlo.

—¿Quién eres tú? —preguntó con puro asombro.

Reí y negué con la cabeza, luego me deslicé por su cuerpo para ponerme de pie.

Kova me besó los labios. Se subió los pantalones cortos, pero no del todo. Tuve una visión parcial de la anchura de su polla asomándose. Me lamí los labios. Era demasiado sexy para su propio bien.

—Me gusta cómo te queda —dije, y le froté el ligero vello. Con cada momento que pasaba con Kova, me daba cuenta que tenía menos pudor.

Me apartó la mano, disimulando una sonrisa.

—Ahora que se nos ha abierto el apetito, déjame terminar de cocinar para nosotros. —Sonrió, y luego me dio una palmada en el culo mientras me alejaba.

Antes de sentarme, me dirigí hacia donde estaban alineados todos mis frascos de medicamentos. Los estudié, odiando que tuviera que tomar tantas pastillas y que tuviera que hacerlo por el resto de mi vida. No estaba segura de lo que pasaría ya que había omitido una dosis; con suerte, nada demasiado extremo. No estaba segura de cuánto más podría soportar.

—No me mires —dije en voz baja cuando sentí el peso de su mirada sobre mí.

Destapé un frasco y vertí dos cápsulas.

Kova me entregó su vaso de agua, removiendo la comida en la estufa con la otra mano.

—¿Quieres hablar de eso?

Me tomé las dos primeras cápsulas sin mirarlo, y luego abrí el siguiente frasco.

—Todavía no.

—Lo tomaré. Eso es mejor que un no.

Me quedé mirando al frente, tratando de encontrar una manera de evitar esta conversación. Tomé el siguiente grupo de pastillas.

—Ya lo sabes todo, Kova.

—Pero no lo he oído de ti.

Me volví hacia él, con la frustración hirviendo bajo la superficie. Kova apagó la estufa y miró hacia mí.

—¿Por qué necesitas oírlo de mí? —pregunté—. ¿Para escuchar que tengo miedo? ¿Que no sé cuándo estaré en la quinta fase y eso me aterra? Ahora mismo soy frágil, ¿Bien, Kova? No hablar de eso es la única forma de afrontarlo.

La voz de Kova se suavizó.

—Te lo pido para poder sentir lo que sientes. Para poder meterme en tu cabeza y ver dónde estás, qué puedo hacer para ayudarte. Ya te he dicho que somos un equipo. Yo exhalo, tú inhalas. Quiero escuchar de tus labios lo que está pasando en tu cabeza para poder ponerme al mismo nivel que tú y entender. No tienes que hacerlo sola.

Me tembló la mandíbula. No había esperado eso ni la compasión en sus ojos ni que me envolviera el corazón. Me movió a

observarlo con un poco más de amabilidad. Lo estaba intentando, al igual que yo.

—¿Quieres hablar de Joy, tu esposa, y de la forma en que te chantajearon para que te casaras?

—Sé que lo parece, pero sí, quiero hablar de eso. No estoy dispuesto a discutir el hecho que las dos mujeres de nuestras vidas son pequeñas y sucias serpientes, pero sí quiero que sepas por qué me casé con Katja y que no era algo que quisiera.

—Pero en un momento lo hiciste. Una vez quisiste casarte con ella y lo planeaste —repliqué, y luego me encogí, preguntándome cuándo dejaría pasar eso.

—Sí, lo hice. Incluso compré el anillo para cuando llegara el momento.

Mi corazón ardiente cayó en mi estómago y suspiré, mirando hacia otro lado.

—No lo sabía. No debería haber dicho nada, lo siento.

—No lo sientas. Realmente quiero que seamos abiertos el uno con el otro —dijo, y entrecerré los ojos hacia él. Se río entre dientes—. Soy un trabajo en progreso, pero te prometo que lo estoy intentando. Ahora mismo quiero centrarme en ti.

Me mordí el interior del labio en contemplación y finalmente asentí.

—Siento que estoy corriendo otro gran riesgo por ti, Kova. Una mano me dice que confíe en ti, la otra me dice que huya lejos. Por favor, no me mientas nunca más. Sinceramente, no sé si podría soportar que lo hicieras.

El arrepentimiento lo invadió.

—Estoy eternamente arrepentido de lo que pasó y de la forma en que manejé las cosas. Hice y dije muchas cosas que no quería. No estuvo bien y no estoy poniendo excusas por mis acciones, pero estaba contra la pared. Cuando lo sepas todo, lo entenderás. Al menos, espero que lo hagas.

Volviéndome hacia los frascos alineados contra la pared del mostrador, los miré fijamente, esperando que me dieran una señal o una respuesta a las preguntas de mi cabeza y a los sentimientos de mi corazón que intentaba ignorar.

Alcancé el tercer frasco, lo destapé y vertí las pastillas en mi mano, luego las arrojé a mi boca y las tragué. Solo quedaban cuatro frascos más. A estas alturas, ya no tenía mucho que perder.

Capítulo 31

Kova colocó en la encimera el gran bol de pasta que ni siquiera sabía que tenía. Eché un vistazo al interior mientras daba vueltas a la comida y luego la ponía con una cuchara en dos cuencos y colocaba uno frente a mí. Mis ojos se abrieron de par en par. Pollo a la parrilla y espárragos en salsa Alfredo. El delicioso aroma del vapor llenó el aire y mi estómago rugió. Hacía tiempo que no comía algo así.

—Vaya. No sabía que pudieras cocinar así. —Me reí.

Kova se sentó a mi lado.

—En realidad me encanta cocinar. La última vez que lo hice, no comiste.

Definitivamente no sabía eso de él.

—Gracias —dije.

Mi corazón se movió, como si una pequeña pieza que se había roto volviera a pegarse en su sitio. Kova era un buen tipo. A pesar de sus extravagantes maneras, tenía un buen corazón. Aunque manchado, pero nada que no pudiera limpiarse y quitarse de nuevo.

—Sé que no tenemos una relación normal. —Me miró en busca de la palabra adecuada, pero el típico Kova y su falta de inglés lo confundieron—. Pero siempre estoy aquí para ti. Y no lo digo a nivel de entrenador/gimnasta. Espero que a estas alturas sepas que sinceramente me importas más que nada.

Esa era la cuestión. Había estado ahí para mí, y mucho más últimamente. No lo detestaba, pero tampoco lo amaba. Necesitaba encontrar una forma de aceptarlo.

—Por favor, no me mimes. Sé que probablemente fuiste cuidadoso conmigo desde que lo descubriste todo, pero no lo seas. Para que yo sea la mejor, tengo que entrenar duro, y parte de eso es que me trates como a cualquier otra persona que entrena bajo tu mando. De lo contrario, me fastidiará.

Me miró fijamente durante un largo momento y se frotó la nuca. Pensé que iba a discrepar, pero me sorprendió.

—Prometo ser duro contigo como antes, si prometes decirme cuando no te sientas bien. Puede ser tan simple como un dolor de cabeza, pero necesito saberlo. ¿Trato?

Me iluminé.

—Trato.

Kova extendió la mano para estrecharla, pero en su lugar, le eché los brazos por los hombros y sellé el trato con un abrazo.

Girando la pasta en mi tenedor, di un bocado y el sabor explotó en mi boca.

—¡Oh, Dios mío! Esto es increíble! —dije, y luego giré más en mi tenedor.

La apreciación se extendió por su cara. Esto era calidad de restaurante. Debería saberlo. Todo lo que Kova se propone hacer, lo hace bien.

Una calma fácil se instaló en el aire mientras comíamos. La lluvia empapaba mi patio y golpeaba la puerta corrediza de cristal, pero había algo bastante pacífico en este momento. No hubo ni un segundo incómodo entre nosotros y eso me encantó. Kova quiso repetir, pero yo estaba demasiado llena después de la gran porción que me había dado.

Una vez que terminamos, Kova llevó nuestros cuencos al fregadero. Observé cómo limpiaba mi cocina y le di las gracias de nuevo.

—No puedo recordar la última vez que comí algo tan delicioso o que estuve tan llena. Probablemente no necesite volver a comer hasta mañana.

Se rió, y me encantó lo ligero y liviano que sonaba. Relajado. Era surrealista que este momento se sintiera completamente normal, como si no hubiera una gran diferencia de edad entre nosotros, ni reglas, ni nadie que nos ofreciera sus dos centavos o nos mirara con disgusto. Como si hubiéramos hecho esto un millón de veces. Me pregunté si esto era lo que se sentía al tener una relación completa con él.

—Oh, Dios —dije de repente, agarrándome mientras los calambres sacudían mi abdomen. Mi estómago se estremecía, con pequeñas burbujas que se balanceaban y estallaban dentro de mí.

—¿Qué pasa, *Malysh*? —preguntó, cerrando el grifo y secándose las manos con un paño. Me miró con preocupación.

Sacudí la cabeza. Al encorvarme, un calambre me desgarró el estómago y la bilis me subió por la garganta. El calor me recorrió rastrillando sus garras por el bajo vientre. Kova se acercó para ayudarme a levantarme, pero no podía ponerme en pie. Me temblaban las piernas y me sentía más débil de lo que había estado en años. Mi mano se agarró a la mesa para hacer palanca justo cuando Kova estaba allí para atraparme.

—Mi estómago. Me duele mucho. Necesito ir al baño. Ahora —insistí, mordiéndome el labio en carne viva. Cualquier cosa con tal de no concentrarme en el destrozo de mi estómago.

Intenté dar unos pasos, pero mis piernas no sirvieron de nada. Las rodillas se me doblaron y casi me caigo al suelo, pero Kova fue rápido y me levantó, acunándome contra su pecho.

—Te tengo —dijo, con sus labios pegados a mi frente.

Me tapé la boca y murmuré:

—Date prisa, Kova. Voy a vomitar. —Sentí que la comida que acababa de ingerir subía y recé para que se mantuviera abajo, tratando desesperadamente de no vomitar sobre él.

Kova encendió las luces y me soltó las piernas, pero me sujetó el pecho para ayudarme a levantarme. Mi cuerpo perezoso se deslizó por su alta estructura.

La visión del retrete me provocó. Me amordacé y me tapé la boca, luchando contra el vómito, pero fue inútil. El estómago se me apretó y me dio un calambre. Salí corriendo del agarre de Kova y me lancé hacia el retrete. Mis rodillas se estrellaron contra el suelo de baldosas con un fuerte golpe y me agaché. El dolor no se notó en mi cara. Llegué justo a tiempo para expulsar todo lo que había comido. Mis dedos se enroscaron en el borde y el olor del agua cubrió mis fosas nasales. Todo subió.

Las lágrimas resbalaban por mis mejillas mientras todos los sonidos asquerosos imaginables salían de mis labios. La vergüenza me quemaba las mejillas. Me quería morir. No era así como me había imaginado esta noche.

Aunque estaba segura que mi estómago estaba vacío, no podía dejar de vomitar. El cabello se me pegaba al rostro y los mocos me goteaban de la nariz. Intenté empujar el pecho desnudo de Kova, pero no conseguí nada. No se movía.

—Vete —ahogué. No quería que me viera así.

—Deja que te ayude —dijo con simpatía.

Por suerte, Kova hizo lo que sabe hacer y no hizo caso a mis ruegos.

Me echó el cabello hacia atrás, asegurándose de coger los mechones que estaban pegados a mi rostro húmedo. Algunas de las puntas se habían mojado en el vómito y al instante me calenté por todas partes. Kova tiró de la cadena y un poco de vaho me dio en el rostro. Mis dientes rechinaron mientras intentaba luchar contra el vómito de nuevo, pero no sirvió de nada. Con los ojos cerrados, me incliné más hacia la taza, inhalando inevitablemente el agua rancia mientras mi cuerpo

temblaba violentamente. Me ardía la nuca. Pequeñas gotas de humedad se acumulan en mi tibia piel y empecé a sudar. Lentamente, abrí los ojos solo para darme cuenta que era un gran error porque vomité una vez más.

Kova me sujetó el cabello con una mano y me frotó la espalda con la otra. Tiró de la cadena y me dio una toallita. Me limpié el rostro, con arcadas.

Cuando estuve segura que no quedaba nada en mi estómago, cerré la tapa y me crucé con los brazos para descansar la cabeza. No podía levantarme. Todo estaba hinchado: los ojos, los labios, el cuerpo, los pies. Sentía que tenía fiebre. Estaba incómodamente hinchada y un pequeño pulso latía bajo cada centímetro cuadrado de mi piel. Me sentía increíblemente débil hasta los huesos. Solo quería meterme en la cama e hibernar bajo las sábanas. Kova me quitó el paño de la mano y me limpió suavemente el lado del rostro y el cuello mientras yo miraba la pared aturdida.

—Gracias —salió en un susurro roto. Me ardía la garganta—. No hay nada peor en este planeta que vomitar delante de alguien. Lo siento.

—Tonterías. Es normal y no me molesta. Pero creo que puedes haber vomitado tus pastillas.

Mis ojos se agitaron.

—Me siento asquerosa. —Me lamí los labios resecos y volví a sentir náuseas. Como si me hubiera leído la mente, Kova se levantó y abrió la ducha.

—Creo que te ves hermosa como siempre.

Casi me reí.

Utilizando toda la fuerza de voluntad que me quedaba, me agarré a la pared y utilicé los muslos para ponerme en pie. A pesar de todos los músculos de mi cuerpo, era inútil. Unos pocos pasos y ya estaba frente a la ducha, tratando de sentir el calor. El calor me envolvió el rostro y suspiré satisfecha, sintiéndome

un poco mejor. Me encantaban las duchas calientes y humeantes.

Agotada y sin apenas energía para mantenerme en pie, me miré en el espejo justo cuando me quité la camiseta y vi mi rostro. Cristo en un palo. El rimel salpicaba mi rostro como un laberinto mal diseñado. Mis labios carnosos estaban anormalmente hinchados y rojos, y mis ojos estaban hinchados e inyectados en sangre.

Exhalando un suspiro, tiré de la costura de la camisa e intenté ponérmela por encima de la cabeza, pero estaba demasiado débil y no tenía fuerzas. Kova volvió a entrar justo a tiempo para ver mi lucha y se hizo cargo. No me opuse. Me quitó suavemente la camisa y la dejó caer al suelo.

El vapor llenaba el baño. Miré hacia abajo. Mi estómago estaba hundido, ahuecado, con una pronunciada pendiente hacia mis espantosas caderas sobresalientes. Sabía que había perdido una tonelada de peso debido a las enfermedades, pero era algo que había aprendido a ignorar.

Un siseo salió de sus labios con un sutil movimiento de cabeza.

—*Ria* —susurró Kova con incredulidad, el dorso de su mano rozando mi pelvis—. No me había dado cuenta antes.

Él estaba preocupado al verlo, y francamente, yo también lo estaba ahora que por fin me permitía mirarme en el espejo.

—Estoy bien. Solo ayúdame, por favor —dije, extendiendo la mano hacia él.

—Eres demasiado pequeña —dijo más en voz baja que a mí. Apreté los labios. Odié escuchar la lástima que transmitía su voz—. No me gusta esto, *Ria*. Te estás desgastando demasiado.

—Kova, por favor —dije, cerrándole el paso.

No se equivocaba, pero no quería oírlo. Sabía que me estaba desgastando demasiado, pero me dije que esto era lo que quería y lo que necesitaba hacer. No quería que me trataran de forma

diferente, y menos ahora. Mi sueño se había convertido en una adicción, y había hecho de buena gana cualquier cosa para alcanzar ese subidón, ahora más que nunca. Puede que me haya destruido en el proceso, pero no iba a parar. Estaba demasiado cerca de la cúspide de la victoria. No habría ningún cambio cuando llegara el día de mañana.

Me puse bajo el chorro de la cascada y cerré los ojos. El agua caliente era una sensación celestial al recorrer mi piel. Había algo en las duchas calientes que me encantaba. Me eché un poco de champú en la mano y empecé a lavarme el cabello, pero de repente me invadió el cansancio. El estómago me retumbaba y las burbujas volvían a saltar. No estaba segura de por qué estaba tan enferma, ni de por qué me sentía como lo hacía ahora. Probablemente se trataba de un cúmulo de cosas y sabía que de ahora en adelante tendría que asegurarme de tener más cuidado conmigo misma. Mis brazos cayeron a los lados y exhalé con un resoplido. Solo quería ir a dormir.

La puerta de cristal se abrió y miré por encima del hombro. Mi corazón se aceleró cuando Kova se metió bajo el agua hasta que su pecho quedó pegado a mi espalda. Estaba muy agradecida.

Me rodeó los hombros con sus brazos y yo me incliné hacia atrás para disfrutar de un momento de armonía. Dejó caer un ligero beso en la parte superior de mi cabeza. Kova aportaba una sensación de seguridad que yo absorbía cada vez y que nunca cuestionaba. Una paz en mí que me hacía rodar y que nadie más me daba.

El agua alrededor de nuestros pies corría rosada por la sangre seca. Había olvidado que ambos la teníamos. Nos enjuagamos y enjabonamos mutuamente, y me aseguré de ser suave con la *A* mientras lo limpiaba. Kova me lavó de la manera más cariñosa posible. Me cuidó como si estuviera dedicado a mí... y yo lo dejé. Porque se sentía bien. Porque no se me ocurrió no dejarlo. Porque dentro de estas paredes, se sentía normal que fuéramos y sintiéramos lo que era natural entre nosotros, independientemente de la edad.

Capítulo 32

Entrenador o no, Kova fue la única persona que me dio ese consuelo tranquilizador, haciéndome sentir que todo iba a estar bien.

Necesitaba su fuerza ahora mismo. No me importaba que tuviera una esposa o que hubiera un huracán afuera. Tal vez eso me hacía ser egoísta, pero cuando se trataba de Kova, mi corazón latía solo por él. Mis logros eran para él tanto como para mí.

Dios, odiaba ser tan emocional. Todo salía a la superficie y no podía detenerlo.

Al salir de la ducha, Kova me dio una toalla y me dijo:

—Sécate el cabello y envuélvelo. Yo me encargaré del resto.

Me estudió, sus ojos recorrieron mi rostro. Eché una mirada fugaz al espejo. Parecía la muerte.

Levanté la mano.

—Lo sé… parezco el fantasma de Lucifer.

El borde de sus ojos se arrugó y Kova se rió.

—Estoy bastante seguro que eso es imposible —dijo, colgando la toalla—. Nunca podrías parecerte al diablo. ¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor en realidad. Estoy muy cansada, pero ya no me siento tan mal. —Me mordí el labio—. Lo siento mucho. No sé qué ha pasado. Creo que solo necesito descansar un poco.

Seguí a Kova fuera del cuarto de baño, con la mirada puesta en su culo perfectamente redondo y en los dos pequeños hoyuelos que tenía encima mientras se dirigía a mi cama. Estaba encaprichada con su cuerpo y podía mirarlo durante horas.

La electricidad parpadeó y mi corazón se detuvo por un segundo.

—Mierda. La tormenta —dije.

—¿Dónde está tu encendedor? —preguntó Kova.

Señalé mi mesita de noche. Abrió el cajón y cambió las cosas de sitio. Sacó un tubo y yo respiré mortificada. No era el mechero que buscaba. Lo sostuvo y me miró con una ceja arqueada. Mierda. Había olvidado que había metido mi lubricante ahí para los momentos en los que estaba sola.

Lo alcancé, pero Kova lo apartó.

—Deja de avergonzarme y guarda eso.

Sonrió y quise darle un puñetazo por ello. Una por una, encendió todas las velas de mi habitación justo a tiempo antes que se cortara la luz por completo.

—Menos mal que nos duchamos cuando lo hicimos —bromeó. Entregándome el mechero, dijo—: Pero algo me dice que no te importa estar sucia.

Oculté una sonrisa y lo dejé caer de nuevo en el cajón. Menos mal que no podía ver el rubor que subía por mis mejillas.

—Ponte en el centro de la cama y túmbate —ordenó Kova.

Una vez que lo hice, Kova se subió y levantó cada tobillo para que mis rodillas estuvieran dobladas, mi cuerpo abierto a él. Lo observé con una curiosidad imperturbable. Poco a poco me robó el pudor y me convirtió en una zorra de moral relajada.

Agarro mi toalla y, empezando por el cuello, me secó con palmaditas, bajando por cada brazo y pecho. Kova estaba duro como una piedra, con su erección tensa y la punta de color

púrpura intenso, pero no intentó nada, sabiendo que yo no me sentía bien. Se dirigió hacia mi estómago y mis muslos, bajando por mis piernas. Dejó caer la toalla al suelo, se sentó entre mis piernas y me separó las rodillas. Las ensanché más para él hasta que quedé completamente expuesta.

—Kova, ¿qué estás haciendo? —susurré, la lujuria llenando mi tono.

—Dormirás profundamente después de esto. Déjame darte lo que quieres. Necesitas esto.

Asentí con la cabeza, esperando que tuviera razón. No podía recordar la última vez que había dormido bien.

Kova introdujo un dedo en mi interior y lo enroscó. Mis muslos se estremecieron y me apreté a su alrededor. Introdujo otro. No era lo que esperaba, pero no protesté. Su áspero pulgar rodeó mi clítoris palpitante y me mordí el labio inferior. Mis caderas giraron hacia él en una ola lenta y sensual, sintiendo su contacto de la forma más deliciosa.

Nuestros ojos se encontraron. Ninguno de los dos dijo una palabra. Siguió dándome placer lentamente, metiendo y sacando, metiendo y sacando. Aparte de la lluvia que caía fuera, nuestra fuerte respiración y la sensual succión eran los únicos sonidos de la habitación. Era erótico. Los labios se separaban y las rodillas se ensanchaban solas. Estaba demasiado excitada para recordar que no me sentía bien.

No pasó mucho tiempo hasta que la lengua de Kova encontró mi centro y me lamió hasta el punto del orgasmo, para luego retirarse. Grité su nombre, rogándole que me dejara terminar, pero me dijo que esperara. Tenía muchas ganas de sujetar su cabeza y aplastar su rostro entre mis piernas. Kova era una burla agridulce. Necesitaba esa presión, esa fuerza, y lo único que hizo fue sostenerlo por encima de mi cabeza y colgarlo delante de mí. Su lengua acarició mi sensible clítoris mientras sus dedos se deslizaban dentro y fuera, y justo cuando creí que había terminado, sus dientes rasparon suavemente sobre los labios de mi hinchado coño...

Y se hundió en la tierna piel.

Grité y arqueé la espalda, retorciendo mi cuerpo hacia él y apretando las sábanas con mis puños. Él me ignoró y me mordió el otro lado. Una oleada de deseo me invadió. Gemí, confundida por lo mucho que me gustaba esto. Mis ojos giraron hacia atrás de mi cabeza y de repente me sentí en una nube, flotando en un hermoso éxtasis, elevada mientras mis caderas ondulaban en dulce deseo y frustración sexual.

—Te pareces mucho a mí en muchos aspectos, *Ria*. —Lo miré, con su cara pegada a mi coño. En el fondo, sabía que en muchos aspectos era cierto—. Te gusta un mordisco de dolor con tu sexo, y a mí me gusta darlo.

—¿Cómo sé que me gusta? —pregunté apenas reconociendo mi voz.

Kova no contestó, sino que me lo demostró dándome un largo golpe de lengua, seguido de una apretada succión en mi clítoris. Gemí en éxtasis, ahogándome en él.

—Lo sé todo sobre ti, *Malysh*. Lo sé por la forma en que tu cuerpo reacciona. Si no te excitara tanto, no estarías tan mojada.

Con sus ojos clavados en los míos, esta vez me mordió el interior del muslo, pero lo besó justo después. Vi cómo su lengua se deslizaba por sus labios. Con las piernas abiertas, incliné mi coño hacia su cara y giré mis caderas hacia arriba, rezando para que volviera a hacerlo con más fuerza. Sus dientes tiraron de mi piel y el deseo salió de mí.

—Oh, oh, oh —gemí, con mis piernas haciendo tijeras a los lados de su cara—. Kova... no puedo aguantar mucho más. —Me dolía hasta el punto de sentir dolor por él y por la liberación.

Me incliné y miré las marcas que había hecho. Observé, a contraluz de la vacilante luz de las velas, cómo aplanaba la lengua y lamía las pequeñas perlas carmesí. El agua se acumuló en nuevas gotas y él volvió a lamer. Pero no podía formular palabras porque su pulgar frotaba mi clítoris palpitante en círculos rápidos y me excitaba demasiado ver cómo me bebía.

Sin mover la cabeza, Kova levantó sus ojos hacia los míos. Exhaló por la nariz y el aliento caliente cayó en cascada sobre mi coño. Era un hombre perverso. Las comisuras de su deliciosa boca se curvaron ligeramente en una sonrisa torcida antes de bajar la cabeza. La punta de su nariz bailó sobre mi montículo. Mi estómago se revolvió, esta vez en el buen sentido, cuando separó sus labios y sus dientes se hundieron en mi clítoris.

—No me canso de ti —dijo, con la voz ronca.

Una serie de sensaciones inexplicables me recorrieron. Se me curvaron los dedos de los pies y me apreté alrededor de sus dedos bombeando al borde de algo increíble. No grité ni gemí. No podía. Jadeé, intentando respirar. Kova me dejó sin aliento, segura que me perforó la piel a fondo por la forma en que tiró de mi carne, chupando con su lengua al mismo tiempo.

—Oh, Kova… —gemí, incapaz de apartar los ojos de lo que estaba haciendo. Mis pezones se endurecieron hasta convertirse en puntos duros—. Estoy a punto de correrme… Necesito…

—Todavía no —dijo alrededor de mi carne.

Sacó los dedos y los lamió para limpiarlos, luego se sentó sobre sus rodillas. Su polla estaba erecta y desnuda, la punta morada mientras se tensaba entre nosotros.

Deslizó sus manos bajo mi espalda y levantó mis caderas, masajeándolas. Mirándome directamente a los ojos, dijo:

—La última vez te hice el amor, pero esta vez necesito follarte hasta que recuerdes quién te ama.

Suspiré en voz baja, con el corazón apretado. Lo necesitaba tanto como a él.

—Dilo. Dime, Adrianna.

—Kova. —Su nombre era un susurro en mis labios.

Con un rápido movimiento, se deslizó hasta el fondo. Ambos gemimos al unísono, nuestros cuerpos se fundieron de la forma más deliciosamente ilícita. Mis muslos temblaron para adaptarse

a su tamaño y sentí un pinchazo por el estiramiento, pero me encantó y lo alcancé.

Kova se inclinó, con sus labios pegados a mi cuello, su aliento caliente.

—Joder, no sé cómo voy a hacer esto. —Se retiró y volvió a empujar con fuerza y rapidez, mis caderas se arqueaban para recibirlo más profundamente—. Estar casado con ella pero solo desearte a ti.

Ninguna mujer en el mundo ha querido ser la otra mujer. Nunca quise, nunca lo pensé realmente hasta ahora, pero cuando te enfrentas a perder en la situación como yo, tienes un cambio de opinión, corazón y tomas lo que puedas.

—Entonces no me abandones —fue todo lo que pude decir. La idea de perderlo físicamente me dolía. Estaba dispuesta a ser la otra mujer—. No me dejes.

—No creo que pueda —dijo entre empujones—. Me encanta estar dentro de ti. Me encanta todo lo que te rodea. No puedo seguir así sin ti a mi lado.

Kova se retiró y yo lloré en señal de protesta.

—¿Qué estás haciendo?

Naturalmente, me ignoró. Kova se bajó de la cama y se colocó al final de la misma. Me agarró del tobillo, me tiró al borde y me dio la vuelta. Me agarró de la cadera y me enganchó.

—El rostro en la cama. Arquea la espalda.

Hice lo que me dijo y giré la cabeza para observarlo. Respirando agitadamente, pensé que iba a deslizarse de nuevo, pero debería haberlo sabido.

Separando mis nalgas, se inclinó y arrastró su lengua plana desde la punta de mi clítoris hasta mi pequeño agujero fruncido. Extendí la mano y apreté las sábanas, suspirando mientras él rodeaba la entrada.

—¿Qué pasa contigo y mi culo? —Apenas podía decir las palabras.

—Un día me rogarás que tome este culo.

—Nunca —susurré mientras devoraba mi coño, con su dedo intentando penetrar en el pequeño agujero. Mis ojos se pusieron en blanco en una feliz agonía. ¿Por qué se sentía mucho mejor en este ángulo?—. Quiero sentarme en tu rostro —admití.

—Deja que te folle primero, luego puedes hacerlo tú —dijo, y luego empujó tan fuerte y rápido que no me lo esperaba.

Esta vez grité. Salí disparada, pero Kova me empujó hacia abajo, asegurándose que tomara cada centímetro de él en este ángulo. Se balanceó dentro de mí, forzando mis caderas a rodar y agarrando mis nalgas. Me agarraba con fuerza la cadera mientras empujaba sin piedad. Su cadera me golpeaba el culo con fuerza brutal, atrayéndome hacia él mientras me empujaba al mismo tiempo. Su polla golpeaba con fuerza y profundidad, penetrando sin reservas. Mi cama se deslizó por el suelo de lo fuerte que se estaba metiendo. Me apreté y él volvió a apretar una mano en mi espalda obligándome a permanecer abajo.

—Ah, ah, ah —gemí entre el dolor y el placer.

Mi estómago se apretó, sintiendo un poco más de dolor que de costumbre, esperando que ya hubiera terminado. No estaba segura de ser capaz de correrme así. Estaba tan dentro de mí que me dolía en este ángulo.

—Tómalo. Tómame todo, por favor. Tómame tal y como soy —suplicó, y luego empujó más rápido que nunca y se corrió dentro de mí—. Déjame tenerte así. —Me agarró de las caderas, ayudándome a tomar toda su longitud hasta el final—. Oh, *Ria*... Joder...

El placer era casi demasiado. Lo miré por encima del hombro, fijándome en él, mientras su cabeza giraba hacia atrás y sus sensuales músculos se flexionaban y luego se contraían. Se abalanzó sobre mí con fuerza, bombeando, y luego me mantuvo quieta mientras llegaba al orgasmo. Me pasó un brazo por debajo

de la cintura y me abrazó con fuerza, mientras con la otra mano me apretaba la nuca, con su polla palpitando de virilidad y calor mientras su semilla se extendía por mí. Su húmedo pecho estaba pegado a mi espalda mientras gruñía y gemía y me penetraba con la fuerza de cien hombres.

De acuerdo. Tal vez exageré un poco, pero eso es lo que sentí.

—No te muevas —dijo, respirando con dificultad.

Mis muslos temblaban sin cesar mientras él se retiraba. Seguí mirando por encima del hombro, pero Kova estaba absorto en mi sexo.

—Empújalo —dijo, con la voz ronca.

Sacudí la cabeza, pero lo hice de todos modos. Sonó un pequeño plop y me moví para mirar entre mis piernas. El semen de Kova goteaba de mí sin siquiera tener que intentarlo.

—Hazlo. Empuja mi semen y déjame ver cómo gotea por tu coño y sobre tu clítoris.

—Eres un hombre tan sucio —dije, y luego hice con descaro exactamente lo que me había pedido.

La espesa sustancia viscosa hizo exactamente lo que dijo que haría, solo que no cayó sobre la cama. Dos de sus dedos lo atraparon y lo introdujeron de nuevo en mi dolorido coño. Mis caderas se levantaron y gemí, cabalgando sobre sus dedos, aun necesitando la liberación. Los ojos de Kova brillaban como si estuvieran en trance mientras volvía a introducir su semen en mi interior.

—Kova —dije casi en un gemido—. Esto no es justo.

En un abrir y cerrar de ojos, estaba de espaldas con la cabeza cerca de mi cabecera.

—Dame mi coño. Siéntate en mi cara, *malysh,* y no te contengas.

Era un poco tímida, pero no dudé mientras me arrastraba por su cuerpo hasta quedar de rodillas con las manos en el cabecero. Miré entre nosotros. Mis pezones estaban duros y sonrosados, y él los miraba fijamente. Nunca habíamos hecho esto antes, y de repente me sentí un poco avergonzada. Kova lo notó y me acercó a su boca.

Todo terminó después de eso.

—Oh, joder —dije, sacando la palabra.

Mis caderas tomaron el control por sí solas. Me apreté contra su cara, esperando no hacerle daño, pero sin importarme realmente si lo hacía. El placer era demasiado bueno y no quería que se acabara. Supongo que le gustó porque me atrajo más hacia él. Me restregué contra él, su barba incipiente aumentaba el deseo mientras giraba mis caderas sobre él.

—Así de fácil —dije sin aliento—. Esta podría ser mi posición favorita.

Luego, me metió dos dedos y me mordió el clítoris. Su mano libre me pellizcó el pezón hasta que vi las estrellas.

Yo. Estaba. Acabada.

Mi orgasmo golpeó con fuerza, explotando a través de mi cuerpo. Me pinchó la piel y me hizo llegar a un subidón tras otro. Un grito de éxtasis salió de mi pecho mientras le follaba la boca con mi coño. Metí la mano entre los dos y le agarré el cabello para apretar su cabeza lo más posible contra mi sexo mientras me corría en su boca. Kova me tomó como yo lo tomaba a él. Mis muslos temblaban y apretaban su cara. Probablemente le estaba haciendo daño. Con suerte, podía respirar.

Mi corazón se ralentizó, el orgasmo se desvaneció y solté mi agarre de su cabello, esperando no haberle arrancado ninguno. Dios, eso fue increíble. Kova me puso de espaldas en un suspiro y se cernió sobre mí. Me echó el cabello hacia atrás. Su boca estaba húmeda con mi placer y sus ojos, de un intenso y loco tipo de lujuria, se encendieron de emoción.

—Te amo, joder —gruñó, y luego estrelló sus labios contra los míos.

Yo también lo amaba.

Capítulo 33

—Adrianna... Adrianna.

Estaba tumbada boca abajo con la cabeza metida debajo de la almohada. Sentía un frío en los huesos, pero a la vez mucho calor. Una mano me frotó en círculos en la espalda mientras me despertaba lentamente. Los ojos me ardían como si no hubiera dormido mucho, pero el profundo sueño del que estaba saliendo decía lo contrario.

—Adrianna. —Su marcado acento ruso era un susurro que parecía muy lejano.

—¿Hmm...?

Me quité la almohada de la cabeza y me aparté el cabello del rostro, intentando mirar hacia el sonido de su voz. Abrí los ojos pero los sentí como si estuvieran en llamas. Sentí que todo mi cuerpo se hinchaba de calor. Intenté sentarme, pero mis codos cedieron. Me sentía fatal. Letárgica y muerta de cansancio. Si no lo supiera, diría que estaba teniendo un brote.

Rodando sobre mi espalda, me froté la frente y un suave suspiro se escapó de mis labios.

—Estoy muy mareada. —La habitación daba vueltas y mi cabeza se sentía como un globo inflado—. ¿Qué hora es?

Kova se sentó en el borde del colchón y miró hacia abajo. Todavía estaba oscuro, pero la luz del baño iluminaba partes de la habitación.

—Son casi las seis de la mañana. Tengo que ir al gimnasio.

Fruncí el ceño.

—¿Y el huracán?

—Nos ha pasado y por suerte no se ha convertido en un categoría cuatro. Pero ha vuelto a tomar fuerza.

Asentí y traté de incorporarme de nuevo, pero Kova no lo permitió.

—No, tengo práctica. Tengo que ir. Tengo que estar allí. —Luché contra él, pero era mucho más fuerte e insistió en que me acostara. No estaba segura de cómo me iría en el entrenamiento sintiéndome como me sentía, pero tenía que estar allí.

—Absolutamente no. Quiero que te quedes en la cama. Tienes fiebre y estás muy pálida. Necesitas descansar, *Ria* —me instó.

Anoche vomité y ahora me sentía como si tuviera gripe. Mi cuerpo estaba completamente agotado y me sentía perezosa. Parpadeé rápidamente con los ojos secos. El miedo me consumía.

—¿Kova? —Mi voz se quebró, mi garganta apretada y con necesidad de agua—. ¿Qué me pasa?

¿Estaba teniendo un brote de nuevo?

Se inclinó y me besó la frente. Inmediatamente le rodeé el cuello con los brazos y lo apreté. Tiró de mí para que me sentara en su regazo y escondí mi rostro en su cuello mientras me consolaba. Todavía estaba desnuda, pero eso no nos molestaba a ninguno de los dos.

—No te pasa nada, Adrianna. Solo estás extremadamente agotada y necesitas un sueño profundo e ininterrumpido. Tienes fiebre y tus mejillas están rojas.

Asentí con la cabeza.

—Pero no puedo faltar a los entrenamientos y prometiste no tratarme de forma diferente.

Se apartó y me dedicó una cálida sonrisa.

—Fui egoísta y te tuve muchas veces anoche. Apenas dormiste. —Parecía muy satisfecho—. Y. —Levantó un dedo—. Te dije que no te trataría de forma diferente mientras te sintieras bien. No puedes forzar tu cuerpo o tu cuerpo se apagará completamente. Perder el entrenamiento no estará en nuestras manos. Quédate aquí y duerme. Espero que el sarpullido desaparezca. Te veré esta noche.

La esperanza me llenó el pecho.

—¿Vas a volver?

Asintió con la cabeza.

—Toma mis llaves para que puedas volver a entrar. ¿Y Katja?

Kova me miró diciendo que no fuera allí. Así que no lo hice. Tenía en la punta de la lengua preguntarle si podía traerme los frascos de las medicinas y un vaso de agua, pero cuando me besó la parte superior de la cabeza y me susurró:

—*Ty ma-yo sak-ro-vee-sche* —no tardé en quedarme dormida, olvidándome de las pastillas.

Era un déjà vu de nuevo. Kova tratando de despertarme. Su mano en mi espalda, su voz lejana.

Me senté y me aparté el cabello del rostro. Estaba segura que no me había movido en horas.

—Dios... ¿Qué hora es? —pregunté, mirando a mi alrededor con confusión. Tenía los ojos hinchados y el cuerpo me dolía aún más.

Kova inclinó la cabeza y sus ojos se entrecerraron.

—¿Has estado durmiendo todo el día?

—¿No lo sé? —respondí en voz baja.

—Son las ocho... de la noche.

Mis cejas se alzaron y mi mandíbula cayó.

—Me estás tomando el pelo. ¿He dormido catorce horas seguidas?

Kova alargó la mano y presionó el dorso de sus nudillos contra mi frente. Su palma me acarició la mandíbula en señal de preocupación.

—¿Estás bien? Todavía tienes fiebre.

—Sí, estoy bien. Al menos creo que estoy bien. Aparentemente, estaba mucho más cansada de lo que creía... Vaya.

—Tu cuerpo debe haber necesitado descansar más de lo que ambos pensábamos.

Acepté y me acerqué al borde de la cama, dejando caer las piernas por el lateral para sentarme a su lado. Necesitaba encontrar algo de ropa.

—No creo que me haya movido en absoluto después que te fueras.

Estaba segura que podría dormir otras diez horas. Cerré los ojos y luego los abrí, sintiéndome todavía muy cansada.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—¿Sinceramente? Odié haberme perdido el entrenamiento, pero me siento mucho mejor. —Hice una pausa, mis labios

formaron una línea fina y plana. No quería pronunciar mis siguientes palabras, pero él tenía que oírlas—. Gracias por hacerme faltar hoy. Tenías razón, lo necesitaba con urgencia. Si no hubieras insistido, habría estado allí y quién sabe qué habría pasado.

Se encogió de hombros descaradamente.

—Menos mal que el gimnasio está cerrado mañana, porque te espero en el gimnasio bien temprano el lunes.

Mi corazón floreció de felicidad. Era sensible y a la vez severo. Me encantaba.

—Estaré allí con las campanas puestas.

—El entrenador sabe más.

Se me escapó una risita. Me volví a tumbar y me acurruqué bajo la manta.

—No te pongas chulo conmigo, entrenador. —Hice una pausa, la duda me invadió—. ¿Puedes quedarte?

Kova me miró durante un largo momento como si estuviera contemplando su respuesta, y luego asintió.

—¿Puedes hacerme un favor? ¿Puedes traerme mis frascos de medicina y un vaso de agua?

—Por supuesto.

Kova volvió y colocó un vaso en mi mesita de noche y luego alineó las botellas para que pudiera leer las etiquetas.

—Tu padre me llamó.

Me quedé helada, el pánico me invadió. Me senté.

—¿Qué has dicho?

—Estaba preocupado por ti y dijo que tu teléfono estaba apagado. Le dije que te vería y le avisaría.

—Mierda. Mi teléfono está en el auto. Me olvidé de él. —Debió estar muy preocupado por no poder localizarme, especialmente durante el huracán.

Kova abrió una lata de ginger ale y la colocó junto al agua, luego metió la mano en su bolso y sacó un trozo de galletas. Una a una, vertí las pastillas en un montón sobre el edredón. Un gemido vibró en el fondo de mi garganta. Odiaba tener que tomar tantas al día.

—¿Tienes tu teléfono? Lo llamaré ahora.

Hizo una mueca.

—Lo has roto.

Mis cejas se alzaron, el remordimiento manchó mis mejillas.

—¿Lo hice?

—Cuando lo golpeaste, rompiste la pantalla. Todavía funciona, pero ten cuidado de no tocar el cristal. No quiero que te cortes.

—Lo siento —dije, con la voz baja. Me acaloré un poco cuando hablaba con su mujer por teléfono.

Un lado de su boca se levantó. Metió la mano en el bolsillo y sacó el teléfono.

—Está bien. Nada que no pueda ser reemplazado. —Me lo entregó.

Llamé a mi padre.

—¿Konstantin?

—No, soy yo, papá.

—¿Adriana? ¿Estás bien? De todas las veces que no contestas, ¿y durante un huracán? —rugió. Apreté los ojos, la vergüenza me llenó porque lo había preocupado tanto.

—Lo siento mucho, papá. Mi teléfono murió y he estado tan cansada y enferma que llegué a casa y me fui a dormir. Creo que estaba teniendo un mal brote... No lo sé. No quise hacer que te asustaras.

Su voz pasó de estar enfadada y presa del pánico a estar angustiada y preocupada.

—¿Enferma? ¿Qué pasa?

Kova salió de la habitación para darnos privacidad. Le conté a mi padre cómo me había sentido últimamente y lo que había pasado, y cómo había olvidado tomar mi medicina. Incluso llegué a decir que había estado trabajando hasta el cansancio solo para olvidarme de las enfermedades.

—Cariño, no puedes ser tan dura contigo misma. Si necesitas alguien con quien hablar, puedo encontrarte el mejor terapeuta de ese lado de la costa.

Lo contemplé por un momento y miré el montón de pastillas que aún no había tragado.

—Puede que no sea mala idea, pero déjame ver si puedo trabajar en ello primero.

La puerta de mi casa se cerró y Kova volvió a entrar en mi habitación. Sosteniendo su teléfono a un lado, le pregunté:

—¿A dónde fuiste?

—A tu auto para coger tu teléfono. —Lo levantó, agitándolo hacia mí. Sonreí y le di las gracias.

—¿Qué ha pasado? —preguntó papá. Le conté los acontecimientos de la noche anterior, solo le dije que Kova me ayudó durante mi sesión de vómitos y no las otras cincuenta veces que tuvimos sexo—. *Es un hombre tan bueno. No sé qué haría sin que él estuviera a tu lado. Ha ayudado a aliviar todas mis aprensiones que tenía sobre que fueras allí en primer lugar.*

Miré a Kova. Se me revolvió el estómago...

—Ahora que sé que estás bien, pon a Konstantin al teléfono, por favor. Tengo algo que quiero preguntarle. ¡Oh! Y toma tu medicina ahora, jovencita.

Una sonrisa triste me arrancó la comisura de los labios.

—Siento preocuparte, papá. Te amo.

Le devolví el teléfono a Kova y salió de la habitación.

Recogiendo el surtido de pastillas en la palma de la mano, las miré con total desprecio. Tomar Motrin era una cosa, ¿pero éstas? Las odiaba con una pasión que no sabía que se podía tener por la medicina.

Alcanzando el vaso de agua, exhalé y luego las arrojé todas a la vez. Algunos eran pequeños y otros del tamaño de tranquilizantes para caballos. Por supuesto, eso me perturbó la cabeza. Se me alojaron en la garganta y entré en pánico durante una fracción de segundo, luego cerré los ojos y los obligué a regresar. Me bebí la mitad del contenido del vaso.

Kova volvió a entrar. Puso las manos en las caderas y me miró.

—He traído sopa de fideos de pollo para ti. Quiero que te la comas.

Hice una mueca. Sabía que debía comer, pero no quería hacerlo.

—Realmente no quiero comer después de lo que pasó ayer. ¿Puedo comer estas galletas?

—Realmente creo que necesitas comer, *Ria*, aunque sea a sorbos. ¿Qué tal si hablamos mientras comes?

Me mordí el interior del labio. Tentador, pero tenía una idea mejor.

—¿Nosotros como tú? —Sugerí, esperanzado.

—Bien. Si eso es lo que se necesita, entonces sí.

Le sonreí, contenta que se comprometiera. Me quité las mantas de encima e intenté levantarme, pero Kova me detuvo. Lo miré confundida.

—¿Qué estás haciendo? Voy por la sopa.

—Quédate aquí. Te lo traeré.

—No quiero que me mimen, Kova. Puedo conseguirlo.

Kova bajó los ojos como si lo hubiera insultado.

—No te estoy compadeciendo, Adrianna. Solo... —Hizo una pausa—. ¿No sabes ya que me importas mucho? Esto es por tu propio bien. Por favor, déjame cuidarte —suplicó.

Tuve la sensación que realmente quería atenderme. Accedí y acepté, y toda su cara se iluminó.

—Espera... ¿Qué ha dicho mi padre?

Sacudió la cabeza, con los ojos llenos de puro asombro y excitación.

—Nunca adivinarás.

Incliné la cabeza hacia un lado.

—¿Qué quieres decir?

—Me preguntó si podía quedarme esta noche para vigilarte. Casi le dije que ya lo estaba haciendo.

Se me cayó la mandíbula.

—Me estás tomando el pelo.

—Ojalá así fuera.

Mi mirada se desvió, la vergüenza carcomía el revestimiento de mi estómago. A este paso me iba a provocar una úlcera. Dejé la galleta a medio comer en la mesita de noche y luego quité las migas imaginarias de mi manta.

—¿Kova? —pregunté en voz baja, ahora recogiendo pelusas.

—¿Sí?

—¿Qué crees que pasaría si mi padre se enterara de lo nuestro? Sabemos que Joy lo sabe, y no sé por qué no se lo ha dicho a mi padre. Siento que se está guardando la información por alguna razón, pero no sé por qué. Katja está al tanto y lo sabe todo. ¿Pero mi padre? Él cree que te quedas aquí como un favor para cuidarme, porque eres su amigo...

Mi voz se apagó y la culpa que había sentido antes se multiplicó por diez.

Capítulo 34

—Yo honestamente no tengo una respuesta para ti—. Kova se sentó en el borde de mi cama. Su cara estaba demacrada, y parecía tan horrible como yo me sentía—. Ojalá la tuviera, pero no la tengo. Aunque no fuera amigo de Frank, no creo que me fuera bien.

—¿Cómo te sentirías si los papeles se invirtieran?

Sus ojos se agudizaron.

—Estaría en la cárcel. Si alguna vez tengo una hija, estará encerrada hasta los treinta y cinco años. Sin teléfono móvil. Sin televisión. Sin amigos. —Kova levantó una ceja y luego dijo—: Nada de amigos a los que les gusta, cómo se dice, machacar a otros amigos.

Una sonrisa triste se dibujó en mis labios y me reí.

—¿Acabas de decir machacar?

—Lo hice. No soy demasiado mayor para no saber lo que significa esa palabra, y no me digas que un chico puede follar como un hombre a los diecisiete años. Acaban de descubrir su polla.

Sonreí más.

—Eres terrible.

Kova se encogió de hombros sin importarle.

—Soy quien soy.

La realidad me enfrentó de nuevo. La culpa me estaba masticando.

—Esto está muy mal, Kova. Me siento mal por mi padre. Nunca me doy cuenta de lo mal que está hasta que me mira al rostro.

Kova suspiró profundamente.

—Créeme. Cada día, cuando te miro, cuando pienso en nosotros y en las cosas que quiero, nunca estará bien. Pero aquí, *Ria* —dijo y puso la mano sobre su corazón—, no me importa lo que esté bien o mal. Lo único que me importa eres tú. Así que si tengo que ir a espaldas de tu padre, que así sea.

—¿Y te parece bien?

—¿Qué otra opción tengo? ¿Renunciar a ti? Nunca. Lo he intentado y no ha funcionado. ¿Podrías cortar los lazos conmigo por completo?

Lo miré a los ojos. Sabía la respuesta sin tener que decirla. Él también la sabía.

Nuestro amor y nuestro dolor se entrelazaban, enroscándose a nuestro alrededor cada vez que respirábamos el mismo aire. Estábamos atrapados en un ciclo. Un ciclo doloroso e interminable que no tenía luz al final del túnel.

Íbamos a destruir muchas relaciones, pero esperábamos no arruinar las nuestras en el proceso.

Di vueltas en la cama toda la noche.

Mirando el reloj, el fastidio se apoderó de mí. Solo habían pasado unas horas desde que me había dormido. Así que, en realidad, no había pasado toda la noche, pero lo parecía. Me puse de lado y observé a Kova durmiendo en la oscuridad. La única luz que entraba era la de las persianas. Tenía los brazos cruzados detrás de la cabeza, y la masculinidad tallada de sus bíceps se acentuaba en ese ángulo. Kova era un hombre musculoso, físicamente hermoso, con una fuerza inmensa y una suavidad sorprendente.

Su pecho desnudo se expandía y se contraía con cada bocanada de aire. Extendí la mano, deseando tanto tocarlo, trazar el tatuaje en sus costillas. Pero no lo hice. Volví a girar sobre mi otro lado y cerré los ojos, rezando por dormir. Después de tomar una gran taza de sopa, me acurruqué junto a Kova con la intención de hablar, pero mis ojos se cerraron antes que pudiera detenerlos y volví a quedarme dormida, solo para despertarme cada pocas horas.

—¿En qué estás pensando? —preguntó en voz baja, acurrucándome. Kova me rodeó la cintura con un brazo y me ajustó a él como una pieza de rompecabezas. Su cuerpo era tan cálido y acogedor. Me hundí en él y suspiré. Mi trasero se hundió en sus caderas y levanté las mantas sobre nosotros.

Mis dedos se entrelazaron con los suyos y los atraje hacia mi pecho.

—No quise despertarte.

Kova me besó la nuca y volvió a preguntarme mientras acercaba sus piernas a las mías:

—¿En qué estás pensando?

—Nada. Todo. Algunas noches me cuesta mucho conciliar el sueño. Estoy tan cansada físicamente que apenas puedo moverme, pero mi mente no para.

—¿Tomas algo para ayudarte a dormir?

Sacudí la cabeza.

—No. Pensé que con todos los otros medicamentos que tomo no era buena idea añadir más a la mezcla.

—Cuéntame algo que tengas en mente.

Elegí un tema sencillo para empezar. La oscuridad hizo que fuera fácil exponerme sin reservas.

—¿Recuerdas a mi mejor amiga, Avery, a la que conociste cuando vino a verme al entrenamiento? Ella va a venir a visitarme pronto y estoy nerviosa por ello. Soy amiga de ella desde que éramos bebés. Nuestros padres son socios, nuestras familias viven al lado. Nos lo contamos todo, pero ella guardó un gran secreto y me mintió. —Hice una pausa y pensé en cómo Kova me había hecho lo mismo. Intenté que eso no endureciera mi corazón de nuevo—. Me ha hecho mucho daño. Se acostó con mi hermano durante más de un año y me lo ocultó. Se quedó embarazada y abortó. Me enteré por accidente, y no puedo evitar preguntarme si alguna vez planeó decírmelo.

Kova silbó.

—¿Cuáles fueron sus razones para ocultártelo?

—No lo sé. Realmente no tenía una buena, aparte que pensaba que me enfadaría. Y lo estaba. Estaba echando humo. Esto fue al mismo tiempo que descubrí otra mierda que me destruyó por completo. ¿Y luego escuchar que estaba embarazada? Como que estallé contra ella. Lloró histéricamente, diciendo que me necesitaba más que nunca, que estaba sufriendo de una manera que yo no podía comprender, pero la dejé allí. —Sacudí la cabeza—. No debería haberla dejado.

—Si te hubiera dicho desde el principio que estaba interesada en tu hermano, ¿te habrías opuesto igualmente?

Reflexioné sobre su pregunta.

—Probablemente habría tratado de convencerla que no estuviera con él.

—¿Por qué?

—Porque Xavier es un mujeriego. Es el tipo de hombre que solo hace una cosa. No le importan las chicas, ni los sentimientos, ni las emociones. Se preocupa por sí mismo y por el dinero. Cuánto puede beber en una noche. Nada más. Quiero a Avery, y no querría que ella fuera otra muesca en su cama, y probablemente habría intentado todo lo que estuviera en mi mano para asegurarme que eso no ocurriera.

—Entonces, te habrías opuesto a pesar de lo que ella quería —afirmó.

Me mordí el labio. No lo había pensado así, y ponerlo de esa manera me hacía sentir un poco mal.

—Supongo que sí. —Suspiré—. Dios. Eso me convierte en una amiga de mierda.

—¿Has hablado con ella?

—Hace poco que me decidí a hablar con ella y casi me rompió por dentro cuando escuché su voz. Me sentí tan mal al escuchar lo feliz que estaba por hablar conmigo y disculparse. Antes de eso, me había llamado numerosas veces, pero nunca contesté. Nunca respondí a sus mensajes.

Kova se acurrucó más y metió su pierna entre las mías. El calor de su cuerpo me hizo caer más dentro de él y absorber lo que me estaba dando.

Me besó la nuca.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Justo antes de saber que estabas casado.

Kova gimió en el fondo de su garganta.

—Los dos te hicimos daño, ¿cierto?

Lo ignoré porque sabía que lo había hecho.

—¿Eso me hace una mala persona por haberla dejado fuera? Ella nunca me habría hecho eso.

—No, eres joven. Es normal reaccionar así. Te has sentido herida y has reaccionado por emoción, pero creo que deberías hablar con ella. Explícale por lo que estás pasando y escúchala. Solo escúchala. No la avergüences por sus decisiones. Nadie es perfecto.

Me reí ligeramente.

—Lo sé. Es que ni siquiera sé cómo voy a empezar la conversación. La echo tanto de menos. Echo de menos su humor sarcástico, su risa, el sonido de su voz. Echo de menos hablar de tonterías con ella. Echo de menos a mi amiga. Va a ser ese silencio incómodo y todo porque soy una idiota y arremetí contra ella. Soy tan tonta.

—No eres una tonta. Solo será incómodo si tú lo haces incómodo. Si están tan unidas como dices, lo más difícil será la parte en la que admiten que lo sienten y se disculpa por el comportamiento que ella tuvo contigo. Después de eso, todo volverá a ser como siempre. Ten un poco de fe.

Quitando mi mano de la de Kova, me giré para que estuviéramos frente a frente y pasé mi pierna por encima de su cadera. Acomodó su grueso muslo contra mi sexo hasta que nuestros cuerpos quedaron completamente unidos. Solté un suspiro, preguntándome cómo podría vivir sin él. Kova calmaba las angustias de mi corazón y tranquilizaba mi alma cuando estábamos solos. En momentos como éste, me gustaría que siempre estuviéramos solos. Estábamos en una posición extremadamente íntima. Personal. Del tipo en el que dos personas mantienen un vínculo con la salvación.

Mi mano buscó la suya y uní nuestros dedos, haciéndolos descansar entre nuestros pechos. Podía quedarme dormida así. Había un confort y una seguridad que encontraba en su tacto que me calentaba. Tuve que preguntarme si yo también hacía lo mismo por él.

La oscuridad de mi habitación dificultaba la visión más allá de la cama, pero al estar tan cerca nuestros rostros se hicieron visibles. Los ojos de Kova brillaban de vulnerabilidad. En la oscuridad estaba indefenso, pero aun así encontró la forma de aferrarse a mí.

—Ahora me dices algo —dije.

—¿Vas a pasar por alto el lupus y la enfermedad renal?

Me quedé callada.

—Esperaba que lo olvidaras. Mi padre te lo contó todo de todos modos.

—Quiero oírlo salir de tus labios.

Exhalando un profundo suspiro, le di a Kova lo que quería.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Qué tengo miedo? ¿Qué quiero vivir una larga vida y me aterra no hacerlo? Porque lo tengo. No quiero reconocer lo enferma que estoy, así que hago cosas estúpidas para mantener mi mente ocupada, como el acondicionamiento extra. Odio tomar toda esa medicación y a veces me ahogo con ella. Quiero tener una familia algún día, pero mis posibilidades son escasas. Quiero viajar, quiero ver el mundo. Ahora mismo quiero ir a los Juegos Olímpicos. Estoy muy cerca, pero tengo miedo que pase algo y me impida llegar hasta el final. Que me ponga demasiado enferma. No quiero que la gente me mire con lástima y se sienta mal, o me mire de otra manera. Quiero ir a la universidad. Quiero competir en la universidad. Pero, ¿progresará mi enfermedad renal hasta el punto de tener que someterme a diálisis antes de lo previsto? ¿Me pondré tan enferma y agotada por ello que no podré seguir haciendo gimnasia? ¿Cuándo necesitaré finalmente un trasplante? ¿Qué pasa si nadie es compatible? Porque ahora mismo, nadie lo es y la idea de no encontrar nunca uno me aterra más que nada. ¿Me estoy matando, literalmente me estoy matando por no empezar la diálisis ahora? ¿Y si el lupus me provoca un brote durante un encuentro y me meto tanto en la cabeza que me convierto en un caso perdido y lo arruino todo? —Me temblaba la voz y se me llenaban los ojos de lágrimas—.

Intento mantenerme positiva, pero mi esperanza se desvanece. Cada día mi ventana de optimismo se cierra un poco más. La ansiedad y el miedo me asfixian y lo único que hago es llorar por ello. Soy demasiado joven para sentirme así, pero no sé cómo no pensar en ello. —Luego, me puse a hablar de todos los medicamentos, las visitas al médico, los análisis de sangre y las pruebas que tengo que hacer y con qué frecuencia. Lo solté todo sin contener nada.

Y se sintió bien. Realmente bien.

Kova me abrazó con más fuerza. Bajando la barbilla, me levantó el rostro hasta que nuestros labios estuvieron a un suspiro de distancia.

—Si no tuvieras miedo, yo estaría preocupado. Sí, sabía todas estas cosas, pero necesitaba oírlas de ti. Necesitaba oír tu voz diciéndolas. Gracias por decírmelo por fin. —Kova hizo una pausa y besó la parte superior de mi mano—. Quiero ser esa persona para ti, *Ria*. Quiero que acudas a mí, que hables conmigo siempre que tengas miedo o estés preocupada. Los dos sabemos que no he sido muy bueno en eso, pero he estado trabajando en ello, cosa que tú has sabido. Nuestros momentos tóxicos han terminado, ¿sí?

Asentí con la cabeza.

—Bien. Tenemos que estar ahí para el otro en todo momento.

—Sin embargo, no me gusta hablar de ello, porque entonces lo hace real. —sollocé—. No quiero hacerlo real. Solo quiero que todo desaparezca.

Kova me besó la frente.

—No dejes que el lupus te defina. No dejes que la enfermedad renal te venza. Eso no es lo que eres. Eres una luchadora y por eso te amo tanto, joder. En cambio, míralo de otra manera. No dejes que te ahogue. Deja que las enfermedades te inspiren. Haz que te den la vida que siempre has querido vivir.

Mi voz se entrecorta.

—¿Cómo lo hago? No sé cómo. Me siento tan perdida, tan asustada.

—Solo vive. Vive como si cada día fuera el último. Vive, y deja que los que quieran vivir contigo, vivan también. No te cierres al mundo porque estés sufriendo. Te vas a perder todo lo bonito de esta cosa caótica que llamamos vida. Tienes una razón para luchar ahora más que nunca.

Una lágrima se deslizó por el rabillo del ojo y rodó por mi sien.

—Y me tienes a mí. Siempre me tendrás. —Kova presionó un duro beso en mis labios—. Déjame vivir contigo.

Apreté los ojos mientras Kova me abrazaba más fuerte. Sus últimas palabras casi me rompen el corazón porque eran tan reales y las sentía en cada fibra de mi cuerpo. Pequeños gemidos salieron de mis vulnerables labios. Estaba petrificada por mi futuro. Mi corazón ardía de resentimiento por todas las cosas que quizá nunca pueda hacer. Pero las palabras tranquilizadoras de Kova, la forma en que su corazón las recubría de ternura, significaba más que decir te amo.

Él tenía razón. Necesitaba vivir, y dejar que los que quisieran, vivieran conmigo.

—Te dije que te amo, Adrianna. Solo te he amado de verdad.

—Solo dices estas cosas porque estoy enferma.

—No te equivoques, te he amado desde que te vi. —Me miró reflexivamente—. Pero cuando la vida pasa ante tus ojos, asumes todos los riesgos que puedes. No quiero que vuelvas a dudar de mí. Quiero que sepas lo que siento. —Se lamió los labios—. Esto somos nosotros, *Ria*. No hay vuelta atrás después de esto. Solo hacia adelante.

Asintiendo con la cabeza, lo besé con fuerza. No estaba segura de cómo iba a funcionar esto, pero quería hacer exactamente lo que Kova había dicho.

Viviría como si cada día fuera mi último día. Quería vivir.

Y quería hacer eso con Kova.

Capítulo 35

Kova no había estado en la práctica una vez que regresé después que el huracán había pasado.

Me dolió un poco el corazón y de hecho me pregunté si tenía algo que ver con lo que compartimos en mi condominio. Sobre cómo me dejó cortarle y cómo había dicho que me quería, cómo quería vivir conmigo. Intenté no centrarme demasiado en ello, pero cuando no vino al día siguiente, ni al siguiente, empecé a cuestionarme todo. Había estado ausente tres días completos, lo cual, de nuevo, era algo completamente distinto a él. La última vez que había hecho esto se había casado. Mi instinto me decía que esta vez no había una razón drástica, pero empecé a preocuparme y contemplé la posibilidad de enviarle un mensaje de texto. Me controlé, aunque me costó. No quería que su ausencia me afectara, pero él me había dicho que viviera.

¿Cómo podía vivir si él no estaba aquí para vivir conmigo?

Tal vez había perdido la fe en mí. Tal vez lo que había dicho en mi habitación hace unos días no era cierto. Había mostrado algo más que un momento de debilidad. Había bajado la guardia por completo y le había dado la bienvenida.

Después del entrenamiento decidí dar una vuelta por su casa una vez que el sol se puso para ver si su auto estaba allí. Debió haber ido a casa para recuperar el sueño que deseaba desesperadamente, pero sabía que mi mente no descansaría sin saberlo.

Modo acosador total activado.

Para mi satisfacción, su auto estaba aparcado en la entrada, pero también el de Katja y un par más que no reconocí. No es que lo hiciera. Las luces de su casa estaban encendidas y podía ver sombras caminando de un lado a otro a través de las cortinas. Si no se presentaba en el gimnasio mañana, le enviaría un mensaje mañana por la noche.

Afortunadamente, Kova apareció al día siguiente, pero no era él mismo. Parecía restringido. Sus hombros estaban apretados y sus ojos estaban atormentados. Mi corazón se aligeró con solo verlo. Sonreí, pero la sonrisa se desvaneció cuando entró en su despacho sin dirigirme siquiera una mirada.

Se me formó un nudo en la boca del estómago.

Inhalé y luego exhalé. Tenía que dejarlo pasar. Tenía un trabajo que hacer, pero la sensación persistente en mis entrañas no desaparecería ahora.

Dios. Esto apestaba.

Madeline trabajó diligentemente conmigo durante casi todo el día. Kova apenas miraba en mi dirección. Normalmente, cuando lo buscaba, ya me estaba mirando o miraba porque sentía que lo buscaba. Pero hoy no reconoció mi presencia. Ni una sola vez. Ni siquiera sentí el peso de su mirada sobre mí como de costumbre. Era como si yo no existiera, y eso me dolía mucho en el corazón.

Por suerte, Avery estaría aquí esta semana. Podría desahogarme con ella y ella podría decirme qué hacer, y decirme si estaba actuando como una loca o no.

Cuando llegó el momento de rotar a las barras, Madeline dijo:

—Gran trabajo hoy. Has demostrado una gran mejora. Es como si no fueras la misma persona que llegaba mansa y con miedo a su sombra en la barra. Todo ese trabajo duro ha dado sus frutos. —Terminó con una gran sonrisa—. Ve a las barras. No hagas esperar al entrenador Kova.

Asentí y sonreí. Durante mi día de dudas y cuestionamientos, necesitaba sus elogios más de lo que me había dado cuenta.

—Gracias, entrenadora.

Respirando profundamente, me dirigí a las barras asimétricas. Sabía que íbamos a continuar donde lo habíamos dejado con el perfeccionamiento de mi desmontaje, pero también sabía que teníamos que empezar con los nuevos movimientos de liberación hoy también para seguir con el programa.

—Hola —dije, acercándome a él.

Kova estaba de pie, con el cuerpo inclinado hacia otro lado y las manos en la cadera, mientras miraba fijamente al espacio. Miré en su dirección para ver qué miraba, pero nada me llamó la atención.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, todavía con la mirada perdida.

—Mucho mejor... gracias por preguntar.

Asintió con las cejas fruncidas.

—Empecemos.

—Kova... —con cuidado y despacio, dije su nombre—. ¿Estás bien? ¿Pasa algo malo? ¿He hecho algo malo?

Finalmente me miró y sus hombros se relajaron. Kova parpadeó rápidamente unas cuantas veces y el intenso aire que lo rodeaba se disipó en cuestión de segundos. Tomó aire y yo inhalé. Kova me miró con una mirada de amor que alivió mis dudas, y luego se inclinó hacia mi rostro solo para detenerse. Se apartó y lo miré con los ojos muy abiertos.

Sus labios se fruncieron y se tapó la boca, sonriendo detrás de su mano. Había planeado besarme como si fuera normal para él. Me encantaba que tuviera el impulso instintivo de hacerlo, pero no aquí.

Se aclaró la garganta:

—Todo está bien. No tenemos mucho tiempo hoy con lo mucho que tenemos que lograr, así que pongámonos en marcha. Espera…

—¿Sí?

—¿Te sientes bien? ¿Realmente bien?

Una de las comisuras de mi boca se desplaza hacia un lado.

—Estoy bien.

Kova asintió y se dirigió a un lado para situarse junto a las barras. Sacó su teléfono móvil del bolsillo y se puso a buscar. Supongo que le habían arreglado la pantalla mientras estaba fuera del gimnasio.

Con la tiza, lo observé, con la cara fruncida como si estuviera leyendo algo que le molestara. Cogí un pequeño bloque de tiza y lo rompí, luego rocié con agua mis puños antes de aplicar más polvo. Los dedos de Kova se movieron rápidamente sobre la pantalla y supe que no podía contenerme. Todavía me molestaba no saber por qué no había ido al gimnasio.

Apretando el velcro, pregunté:

—¿Dónde has estado?

—Casa.

Moví la cabeza, sabiendo que eso era todo lo que iba a conseguir. Aplaudí y me limpié la tiza en los muslos.

—Siento haber preguntado.

Las siguientes tres horas de entrenamiento me parecieron las más largas de mi vida. Cumplió su promesa y me hizo trabajar en las barras como siempre lo había hecho y no como si se compadeciera de mí y necesitara asegurarse que estaba bien cada diez segundos. Me sentí aliviada y seguí todas sus indicaciones, pero fue su actitud la que me molestó. Parecía molesto, a pesar que yo lo estaba haciendo todo bien.

Puede que Kova no estuviera ladrando órdenes, pero me interrogaba cada vez que se presentaba la oportunidad. Sus ojos de águila no perdían detalle, y había una indignación en sus palabras que pinchaba mí ya sensible naturaleza. Kova apenas me tocó. Se mantenía alejado de mí a propósito y me instruía desde detrás de los cables de las barras, aunque lo había visto antes trabajar con otras gimnastas a corta distancia. Hubo momentos en los que necesité que me guiara, que me pusiera las manos encima para mostrarme cómo tenía que colocar mi cuerpo, pero no se movió. Mi frustración aumentó.

Sus motores estaban acelerados y preparados para una discusión, podía sentirlo. Había una tormenta en los ojos de Kova, pero no estaba segura de sí tenía que ver conmigo o no. Quería arrastrarme bajo su piel y averiguar qué problema tenía en la cabeza. Quería ceder, pero sabía que la única persona que sufriría sería yo. Y eso me molestaba porque, por alguna ridícula razón para la que no tenía respuesta, quería ayudarlo como él me había ayudado a mí.

En un momento dado, grité:

—¡No entiendo! Enséñame cómo se hace.

Aun así, se quedó atrás.

Incluso cuando las lágrimas cubrían mis ojos por mi incapacidad para dominar una habilidad como yo quería, él se quedó atrás. Vio mi lucha. Era consciente de lo frustrada que me había vuelto. La angustia en sus ojos desgarrados era evidente, y por eso me molestaba que me hiciera abrirme. Lo único que podía pensar era en lo tonta que era. Cómo podía decirme que quería vivir conmigo solo para poner un muro de tres metros entre nosotros.

El reloj marcó las siete y me di por vencida mentalmente. Rápidamente, recogí mis cosas y salí corriendo hacia mi taquilla, pasando junto a Reagan y Holly al salir. Nos despedimos. El gimnasio estaba casi vacío, salvo por algunos padres en el vestíbulo. Necesitaba llegar a casa.

Metiendo mi ropa y mis zapatos en la mochila, lo sentí antes de verlo.

—Siento haberte defraudado —dije con una voz rota y frágil—. Siento haberte dicho algo. —Y así fue. Ahora deseaba no haberme abierto.

—Adrianna.

No le respondí. Volvió a decir mi nombre.

Sacudiendo la cabeza, lo ignoré. Esto no era justo. No podía hablar conmigo solo en sus términos.

Cerré de golpe mi taquilla y me di la vuelta dispuesta a pelear, solo que el Kova que vi no era el Kova que esperaba. Me ablandé un poco, pero dejé mi expresión de agravio en su sitio para demostrarle que no aceptaba su bonita sonrisa como si por fin se alegrara de verme.

Kova entró en la habitación y se acercó a mí. Me agarró por los codos y trató de relajarme. Hablé antes que él pudiera hacerlo:

—No puedes decirme que me amas un segundo y al siguiente actuar como si no te importara una mierda. No es justo, Kova. —Hice una pausa, sintiendo que me emocionaba totalmente por esto—. Dijiste que querías vivir conmigo —susurré—. Me lo tomé a pecho.

—Lo sé, y me disculpo. No tuvo nada que ver contigo. Lo prometo.

Fruncí el ceño, sin estar preparada para eso ni para la absoluta tristeza de sus ojos verdes.

—¿Me das unos minutos para que el resto de la gente se vaya y podamos hablar?

Su cabeza se inclinó hacia un lado y me dedicó una sonrisa perezosa imposible de rechazar. Asentí con la cabeza. No quería seguir enfadada con él, no después de lo que habíamos compartido en esos pocos días, y quería saber qué había pasado.

—Espera en mi oficina.

Volví a asentir con la cabeza. Kova me miró por encima del hombro y me dio un beso en la cabeza. Se dio la vuelta y salió del vestuario para detenerse en el umbral. Se detuvo con la mano en el borde del marco de la puerta y me miró por encima del hombro.

Su mirada bajó al suelo por un momento y luego se encontró con la mía.

—Solo... Solo sé que no me has defraudado. Tengo algunos problemas con Katja ahora mismo y eso está en mi mente sin parar. No en ti. —Luego se fue.

Me coloqué la mochila al hombro y salí de los vestuarios, dirigiéndome a su despacho con una pequeña sonrisa en el rostro. Me sentí un poco mejor.

Al abrir la puerta, me eché hacia atrás completamente sorprendida. La sangre se escurrió de mis mejillas.

—Oh. Hola, Katja.

Capítulo 36

Ella sabe. Recuerda, ella sabe, me dije a mí misma.

Y ella tenía mi maldito cuaderno.

—Adrianna —dijo, girando la R. Estaba sentada en la silla de Kova detrás de su escritorio, girando lentamente de lado a lado como si fuera la reina suprema—. ¿Cómo te va?

Puse una sonrisa inocente y le di importancia.

—Estoy genial. Solo busco a mi entrenador. Pensé que estaba aquí. No estaba segura si tenemos una sesión de blading esta noche.

Entrecerrando los ojos, inclinó la cabeza hacia un lado. No tenía ninguna razón para que no me gustara Katja. Hasta ahora no había sido más que amable conmigo, pero era su esposa y eso bastaba para que la odiara.

—¿Pero no tuviste una hace solo dos noches?

Mis cejas se juntaron.

—¿Hace dos noches?

—Sí, Konstantin dijo que estaba aquí para tratarte.

Entre su voz melosa y su sonrisa maliciosa, algo me dijo que ya sabía la verdad.

—Oh, sí —dije, cubriéndolo—. Estuve aquí, simplemente no terminamos porque dolía demasiado. Pregunté si podíamos continuar otra noche.

La sonrisa se desvaneció de su impecable rostro y sus ojos cayeron. Katja había jugado conmigo.

—¿Es eso así? —preguntó, y yo asentí—. Porque hace dos noches, Konstantin ni siquiera estaba en la ciudad. De hecho, acabamos de regresar ayer por la tarde.

Casi me ahogo cuando traté de tragar con la garganta seca. Katja me miró fijamente. El latido de mi corazón era como un fuerte tambor en mis oídos. No estaba segura de cómo podría salir de esta. Necesitaba mantener la calma y pensar en una respuesta casual sin complicar aún más la situación.

—¿Hace dos noches? Oh, pensé que dijiste hace un par de noches. O tal vez fue la semana pasada. No puedo recordar. Las horas de práctica son largas y los días tienden a mezclarse. La niebla mental es real con el lupus —agregué con una sonrisa aireada, jugando. Estaba un poco molesta conmigo misma por usar eso como excusa—. Nunca pensé que lo fuera hasta hace poco.

—Ah, sí. Konstantin me contó sobre tu sentencia de muerte hace un par de meses.

Contuve un silencioso jadeo y me eché hacia atrás, dolida que alguien pudiera rebajarse a un nivel tan cruel. Ajusté la correa en mi hombro y la sostuve un poco más fuerte.

—No tengo una sentencia de muerte. Estoy bien.

—Bueno, nunca mejorarás ahora, ¿verdad? Solo continúas deteriorándote. —Sus dulces palabras me picaron la piel. Hablaba como una sabelotodo—. Y nunca sabrás si mañana vas a empeorar, o dentro de tres años, ¿verdad? Un día la medicina no te ayudará.

La tristeza se deslizó dentro de mí como grasa negra. La pequeña sonrisa que llevaba se deslizó en un ceño fruncido. La miré, atónita por cómo podía atacar a alguien de una manera tan

horrible. Sabía que me lo merecía un poco, después de todo, me acostaba con su esposo, pero ella se había rebajado a un nivel que estaba fuera de los límites a pesar de todo. Lo que ella había dicho era lo que más temía y lo que estaba tratando de superar.

Katja era tan despiadada como Joy. Por un momento fugaz me pregunté si Kova sabía lo mala que era en realidad. Las lágrimas amenazaron con brotar de mis ojos y tragué la poca saliva que me quedaba. La opresión en mi pecho me estaba reteniendo y necesitaba salir. Sus palabras fueron duras. Ella lo sabía, lo cual era evidente por la sonrisa satisfecha en su rostro y la brillante satisfacción en sus ojos.

Me temblaba la mandíbula y sabía que si hablaba me temblaría la voz. En lugar de eso, simplemente asentí con la cabeza y aplasté los labios, exhalando por la nariz. Miré alrededor de su oficina, mis ojos escaneando el piso. La incomodidad llegó a un estado claustrofóbico y necesitaba salir. Hablaría con Kova más tarde, lo entendería. No había forma que pudiera nadar más rápido que un tiburón que perseguía el olor de la sangre. Y eso es lo que ella era.

No me quedó nada más que decir. Sabía en mi interior que volvería diez veces más fuerte si lo hacía. No pude manejar eso. No cuando fue por la yugular.

Girando sobre mis talones, caminé hacia la puerta. Su risa se arrastró sobre mi delicado estado, pero la ignoré, alcanzando la perilla mientras la puerta se abría y Kova entraba.

Me congelé, la ira reemplazó mi angustia. Aquí estaba él en todo su esplendor sabiendo que su esposa estaba aquí. Me había enviado a la guarida del león. Yo era fuerte, pero no era tan fuerte. Todos teníamos nuestros límites.

Ojos preocupados escanearon mi rostro hasta que miró por encima de mi hombro. Su mirada se redujo a rendijas y la mirada que le dio a Katja lo dijo todo.

No tenía idea que ella estaba aquí. Y seguro como el infierno que no estaba feliz de verla.

Miré al suelo.

—Te veré mañana —dije en voz baja.

Traté de pasar a su lado, pero puso su mano en la cresta de mi codo.

—Espera.

Mi corazón cayó. Kova me estaba tocando frente a Katja.

Lo miré y él dejó caer su mano. Estaba tratando de transmitir algo a través de sus ojos, y aunque no quería escuchar porque estaba molesta, le di un sutil asentimiento.

Esperar.

No tenía ninguna razón plausible para que yo me quedara aquí en lugar de su esposa. Me di la vuelta y crucé los brazos frente a mi pecho. Mordiéndome el interior del labio, desvié la mirada hacia el suelo. Esto era incómodo.

—Katja. —Kova dijo su nombre de manera muy diferente a como lo hice yo—. ¿Cuándo llegaste aquí?

—Hace un rato. Entré por la entrada trasera.

Puso sus manos en sus caderas. El resentimiento fluyó de él, dando vueltas a nuestro alrededor.

—¿Pasa algo? ¿Estás bien?

—Todo es simplemente fantástico, mi amor. Te extrañaba.

Se puso de pie y caminó alrededor de su escritorio para pararse frente a él. Podía oler el perfume que comenté una vez solo para descubrir que era su gel de baño que Kova había enviado desde Rusia. Realmente olía increíblemente atractivo, y odiaba que lo usara.

—¿Por qué estás aquí?

—¿Es esa la forma de saludar a tu esposa?

Su tono seductor no pasó desapercibido. Katja se inclinó para besar a Kova, pero él la detuvo. Ella se apartó y le dirigió una mirada gélida. El infierno no tiene furia como la de una mujer despreciada. No podía dejar de mirar el pesado rímel que hacía que sus pestañas parecieran patas de tarántula.

—Estoy ocupado con el trabajo y tratando de terminar. ¿Puede esto esperar? Ve a casa y te veré allí —dijo con firmeza.

—Si solo estás haciendo una sesión de blading, entonces te esperaré. No tomará mucho tiempo —dijo, con una sonrisa sugerente en los ojos—. Tengo una sorpresa para ti de la que vas a estar muy feliz. Vamos a estar felices. Quería dártela aquí ya que este lugar es tu segundo amor.

—Me... me voy a ir —dije en voz baja.

—No —ladró Kova con los ojos todavía en Katja, luego cambió a su lengua materna.

El calor me atravesó y cerré los ojos con fuerza tratando de tragarme el nudo que estaba atascado en mi garganta. Esto no era bueno. La parte de atrás de mi cuello estaba sudorosa por la vergüenza que sentía al estar en esta oficina. Las puntas de mis dedos hormigueaban y mis palmas estaban húmedas. Odié cuando cambiaron al ruso. No porque fuera entrometida, definitivamente lo era, sino porque era incómodo y me hacía sentir como si estuvieran hablando de mí. Sus voces se hacían más fuertes. Me quedé allí sintiéndome como la tercera rueda que era.

Retrocedí, pensando que no se darían cuenta de mi partida, pero me equivoqué.

Kova estiró el brazo detrás de él y se aferró a mí. Mis ojos muy abiertos cayeron a su agarre en mi antebrazo. Contuve la respiración y me quedé inmóvil.

Mierda. Mierda. Mierda.

Mi corazón iba a explotar en mi pecho. También podría pegarme un tiro para acabar con la miseria.

La intensa discusión se redujo a un silencio alarmante. Los miré. Katja frunció el ceño ante la mano de Kova en mi brazo antes de enfocar su atención en mi rostro. Sus hermosos ojos azul cristalino eran más afilados que un cuchillo y me apuntaban. Tenía el presentimiento que si pudiera estrangularme ahora mismo, lo haría.

Pero entonces, entonces ella me sorprendió.

Katja enderezó la espalda e inhaló, recobrándose. Fruncí el ceño, observándola mientras se bajaba el dobladillo de la camisa y luego se apartaba unos cuantos mechones sueltos de cabello rubio platinado detrás de las orejas adornados con enormes diamantes que estoy segura que Kova le compró.

Metió la mano en su bolso y sacó un sobre blanco. Ella lo empujó contra su pecho. Kova colocó sus dedos sobre los de ella, sus cejas se juntaron mientras miraba hacia abajo y luego se lo quitó. Katja dijo algo en ruso, luego salió de su oficina, aparentemente tratando de mantenerse digna.

Kova frunció el ceño mientras desdoblaba el sobre sellado y lo miraba. Había una dirección de remitente impresa en la parte superior, pero el resto estaba en blanco. Le dio la vuelta entre los dedos, miró la parte de atrás y luego la arrojó sobre su escritorio sin preocuparse. Se pasó ambas manos por la cara y, por una fracción de segundo, me sentí mal por el cansancio que expuso cuando dejó caer las manos.

—Debería irme, Kova. Podemos hablar mañana.

—No —dijo, su tono derrotado—, por favor, no te vayas todavía.

Me moví sobre mis pies.

—¿Pero crees que es una buena idea que tu esposa, que sabe de nosotros, se vaya en mi lugar? Me preocupa que pueda hacer algo estúpido.

Sacudió la cabeza.

—Confía en mí. No hay nada más que pueda hacer que sea peor que lo que ya ha hecho.

Dejando caer sus caderas hasta el borde de su escritorio, Kova arrastró sus cansados ojos de arriba abajo a lo largo de mi cuerpo. Una pequeña sonrisa necesitada se curvó en un lado de su boca. Estirándose hacia adelante, tiró de la correa de mi mochila hacia él, arrastrándome con ella. La quitó de mi hombro para que cayera al suelo, luego agarró mis caderas y me jaló entre sus muslos abiertos.

Kova me rodeó con sus brazos como si yo fuera su salvavidas, suspirando como si finalmente estuviera en casa. Me apoyé en su pecho y le permití absorber todo lo que necesitaba de mí. Inhaló profundamente y se aferró a mí como si tuviera miedo de soltarme. Sus dedos se presionaron contra mí y pude sentir en su toque, en la forma en que se inclinó más fuerte hacia mí y en la forma en que su corazón latía contra su pecho, que se estaba hundiendo en un agujero oscuro.

Éramos nosotros. Todo lo que estaba mal y todo lo que estaba bien. Era como este sentimiento subliminal que no podía explicarse. Cuando uno de nosotros necesitaba al otro, allí estábamos. Solo se podía sentir. Hicimos lo que teníamos que hacer sin dudarlo, porque él me amaba, y aunque nunca se lo había dicho, yo también lo amaba.

—Necesitaba esto —dijo en voz muy baja, rompiendo el silencio.

—¿Necesitabas qué?

—Tú. Solo necesitaba abrazarte. Te he extrañado estos días. Nunca me di cuenta de lo mucho que no me gusta pasar un día sin verte.

No lo hagas no lo hagas no lo hagas

—¿Kova? —dije vacilante, mirando su pecho—. ¿Dónde estabas?

—Lidiando con Kat.

Levanté la mirada y esperé a que se explicara. Kova mantuvo una mirada pensativa mientras me miraba como si estuviera considerando sus palabras. Esperó un buen par de minutos, luego apretó un poco mi mano y besó mis nudillos, dejando sus labios presionados allí por un momento.

—Sospecho que Katja me está mintiendo sobre algo. No es ella misma y ha estado demasiado distante. No me quejo que lo esté, pero algo anda mal, y no sé qué. Me está molestando. Solía pelear conmigo por la noche para estar en casa, ahora parece aliviada cuando tengo que quedarme en el gimnasio, lo que encuentro peculiar dado lo que sabe de nosotros. Tengo la sensación que está tratando de planear algo grande. Simplemente no sé qué es todavía.

Capítulo 37

Se me escapó una risa sarcástica.

No podía hablar en serio. El pensamiento me provocó una punzada de celos tan profunda que me sobresaltó. Normalmente no era una chica celosa, pero estaba contenta que su esposa lo rechazara. Celosa significaba que era frágil, y no me gustaba pensar en mí misma de esa manera. La última palabra que usaría para describirme a mí misma sería envidia. Pero cuando se trataba de Kova, esa era una historia diferente. No quería compartirlo. Él era mío, al igual que yo era suya.

Aún así, no podía dejarlo ir.

Me burlé:

—Espera un minuto. No me estarás diciendo que tratas de tocarla, de tener sexo con ella, y ella no lo está haciendo, ¿verdad?

—Estoy tratando de aplacarla para que no vaya a la policía, Adrianna. —sonaba ofendido—. Tengo que usar mi cuerpo para protegernos. Estoy disgustado, pero esa es la verdad.

Apreté los dientes con tanta fuerza que los escuché rechinar. Cada vez que dábamos un paso adelante, siempre dábamos diez pasos atrás. Siempre.

—¿Tienes alguna idea de lo que sucedería si nos descubren? —él continuó—. Iré a la cárcel y tú no irás a los Juegos Olímpicos. El comité nunca lo permitiría, puedes contar con eso.

Tuve que hacer tratos con ella para que no hablara con Frank y que ella tranquilizara a Joy.

El comité nunca lo permitiría.

Inhala exhala.

Ni siquiera había pensado en eso.

Kova tenía razón. No esconderían esto debajo de la alfombra. Lo desnudarían y lo empujarían tras las rejas, y yo me vería obligada a retirarme debido a una "lesión", y eso sería todo.

—Ni siquiera había pensado en eso —susurré. Estaba asustada ahora.

¿Era loco de mi parte decirle que siguiera aplacándola? Porque si eso iba a ser lo que se necesitaba, entonces debería hacer lo que fuera necesario. Simplemente no quería escuchar cómo lo hacía.

—Ella está tramando algo. Simplemente no puedo entender qué es.

—Entonces, ¿cuál es tu plan mientras tanto? ¿Follarla hasta dejarla en el olvido para silenciarla y luego indagar mientras duerme? —Di un paso atrás y levanté las manos en el aire. Al instante me enojé de nuevo—. ¿Por qué los hombres son tan estúpidos?

Kova se levantó. Para mi sorpresa, no saltó a mi garganta. Permaneció tranquilo.

—Tengo que jugar su juego para que podamos llegar a la cima hasta que pueda descubrir qué está tramando, entonces puedo usarlo en su contra.

Exhalé un pesado suspiro. Esto estaba tan jodido.

—¿Por cuánto tiempo, Kova? ¿Cuánto tiempo tienes para seguir su juego y pretender que la amas?

—Por el tiempo que sea necesario hasta que ambos estemos libres de sospecha.

Me quedé boquiabierta.

—Entonces, ¿ahí es donde estuviste los últimos días? ¿Apaciguando a tu esposa cuando se suponía que me estabas entrenando? Escucha, estoy completamente a favor que intentes hacerla feliz por el momento, ya que claramente es un cañón suelto, solo creo que no debería escuchar más sobre eso.

Su rostro palideció. Lo último que quería hacer era lastimarlo, pero me dolía físicamente escuchar cosas como éstas incluso si dijera que no quería. Supongo que no era tan fuerte como pensaba.

—Tenía que ser el esposo cariñoso y ponerla primero para hacerle creer que todavía tenía control sobre mí. Si voy a jugar su juego, tengo que jugarlo unos pasos por delante de ella.

Respirando pesadamente, podía sentir las lágrimas subiendo, pero las obligué a bajar. Señalé mi pecho.

—Te cuento sobre mi estúpida enfermedad y te hablo sobre los momentos más desgarradores de mi vida, ¿y respondes con estas cosas? —Mi voz se quebró—. Tienes que estar bromeando. ¿Por qué me odias? ¿Te gusta lastimarme?

La cara de Kova cayó. Me alcanzó y yo retrocedí. Su mano cayó impotente a su costado.

—No hagas esto, Adrianna, por favor. Te lo ruego. No es así, te lo juro por mi vida y todo lo que tengo para dar no es así. Solo estoy tratando de hablar contigo y decirte lo que realmente ha sucedido.

Exhalé un profundo suspiro tratando de tomar el control de la situación.

—Tienes razón. Pedí esto, y solo me estás diciendo la verdad. Sin embargo, eso no significa que tenga que gustarme. —Hice una pausa, mi mandíbula temblando—. Realmente duele, Kova. ¿Está bien? No quise reaccionar exageradamente. Lo siento.

—¿Crees que me gustó escucharte que tuviste sexo con Hayden varias veces? ¿O cuando hablas de tu futuro eso claramente no me involucra a mí? Tenemos que poder hablar de todo, ¿no es eso lo que siempre me dices? A veces me enferma escuchar las cosas que dices, pero trato de no aferrarme a ellas y seguir avanzando contigo. Ambos hacemos cosas que no nos gustan en este momento, pero piénsalo, si fuéramos solo tú y yo, ¿lo haríamos? ¿hacer algo de esta locura estúpida que hacemos? No.

Sacudió la cabeza, sus ojos tan llenos de angustia que se apoderaron de mi corazón. Él estaba en lo correcto. Tragué, sorprendida por lo cortés que estaba actuando y sin ponerse a la defensiva, y aquí estaba yo, dejando que mis emociones me afectaran.

Suavemente, dije:

—No es lo mismo y lo sabes.

Levantó las manos y se rindió.

—Tienes razón. No lo es. Pero nunca me acostaría con Kat, y tú no habrías estado con Hayden. Nunca hubiéramos hablado de esta mierda, y nunca nos pelearíamos porque estamos bien juntos sin nada de eso. Y sabes que es la verdad. Solo seríamos nosotros y eso sería todo, pero ambos estamos atrapados en situaciones de las que no podemos salir todavía, y probablemente no por un tiempo. Así que hacemos lo que tenemos que hacer y lo haremos. Seguir haciéndolo y hablando mierda, nos guste o no, porque no quiero que vuelva a haber un secreto entre nosotros.

Mi corazón latía más fuerte.

—¿Qué quieres decir con un tiempo?

—Piénsalo. No podemos estar juntos abiertamente hasta que tengas al menos dieciocho años. Incluso entonces será arriesgado, pero al menos serías mayor de edad. Incluso si me divorciara de Katja mañana, todavía tendríamos que escondernos detrás de puertas cerradas.

Tenía razón otra vez y aquí estaba básicamente actuando de acuerdo a mi edad. Eso me avergonzó. Hice una mueca, deseando haber pensado antes de hablar. Aquí estábamos, solo dos personas tratando de encontrar la manera de estar juntos solo para que la vida real, las personas y la ley, se interpusieran en el camino.

Miré a Kova, realmente lo miré. Sus ojos se clavaron en los míos como si me suplicara que viera sus razones, que estuviera de acuerdo con él en que tenían sentido. Odiaba admitir que lo hicieron. Estaba por cumplir los diecisiete, y eso nos dejaba un año más. Pero entonces, ¿qué pasaría después de eso? ¿Iría a la universidad? ¿Estaríamos juntos oficialmente? ¿Tendríamos una relación a distancia? Negué con la cabeza y dejé ir el resentimiento que tenía y traté de concentrarme en el ahora y no preocuparme por el futuro.

—Lo siento —dije de nuevo, mi voz bajando. Esto era muy difícil.

—Lo siento también.

—Esto no es normal —dije en voz baja—. Ojalá no tuviéramos que lidiar con esto.

—Como yo lo hice.

Yo le daría eso.

Poniendo mis manos en mis caderas, fingí una actitud para aligerar el triste estado de ánimo.

—Eres necesitado, controlador y autoritario todos los días, pero a veces tienes razón y no me gusta agregar eso a la mezcla. Tu cabeza se agranda.

Sus ojos se iluminaron.

—Siempre tengo la razón.

Fruncí los labios para enmascarar mi sonrisa. Kova volvió a alcanzarme mientras se sentaba en su escritorio. Me paré entre

sus piernas y lo miré, luego envolví mis brazos alrededor de sus hombros.

—Me gustas —le dije en broma.

—Te amo —dijo con seriedad.

Kova besó mi frente y deslizó sus palmas por mis muslos y mi trasero. Me levantó en brazos y separé mis rodillas para sentarme a horcajadas sobre él. Me acurruqué más cerca de él, incapaz de acercarme lo suficiente, y disfruté de ese sentimiento.

—Escúchame —dijo, moviendo apenas los labios—. Solo nos importamos el uno al otro y eso es todo. En este momento, las cosas no son como las queremos, pero espero que algún día lo sean. Hasta entonces… —Se inclinó y me dio un beso en los labios—. Te quiero a ti, toda tu. Somos buenos juntos, *Ria*. No puedo evitar ser adicto a ti. Ambos nos alimentamos mutuamente con lo que deseamos, y eso es lo que nos hace ser nosotros. A la mierda lo que piensen los demás. Lo sé. Soy exigente y controlador, pero creo que eso te gusta. Justo como me gusta cuando me confrontas y discutes, pasando de dulce e inocente a enojada y encendida y solo quieres pelear en tres segundos. Siempre te amare, Adrianna, siempre. Me despierto por la mañana pensando en ti. Me acuesto pensando en ti. Cuando estoy comprando comestibles estoy pensando en ti. Hago café, pienso en ti. Tomo vodka, pienso en ti. Me acaricio la polla pensando en ti. Siempre estás en mi mente porque solo te amo a ti.

Me asusté.

—Kova… —dije, un poco avergonzada. Mi cabeza cayó hasta su clavícula—. ¿Por qué siempre tienes que encontrar una manera de ser tosco?

—Soy quien soy. Ahora dame un beso.

No necesité pensarlo, lo besé con todo lo que tenía para dar. Nos perdimos en la sensual maraña de nuestros labios. El tiempo se detuvo mientras nuestros corazones latían uno contra el otro. No hubo juicio, solo fuimos nosotros cayendo más y más

profundo en la reclusión de su oficina. Si uno prestaba atención, un beso revelaba la verdad, y el suyo me decía todo lo que me preocupaba que no sintiera pero que en verdad sentía. Me preguntaba si sabía que yo sentía lo mismo por él.

Kova tomó la parte de atrás de mi cabeza y me besó como si no me hubiera besado en meses. Como si yo fuera su mundo y sin importar lo que fuera, siempre lo sería. Su longitud se endureció debajo de mí y automáticamente rodeé sus caderas. Envolví mis brazos con más fuerza alrededor de su cuello y me acurruqué más cerca, devolviéndole el mismo afecto, mostrándole exactamente lo que significaba para mí.

—Dime qué más tienes en mente —le dije, rompiendo el beso. Era tan natural para nosotros perdernos en el momento.

Me besó por última vez.

—Lamento haberla mencionado. Nunca debí haberlo hecho.

—No —dije, deteniéndolo.

Realmente se disculpó e hizo el esfuerzo que le había pedido. No era justo de mi parte ridiculizarlo por eso. Mi corazón latía más rápido por este hombre con el que nunca debería haber tenido la oportunidad de estar. Había estado dedicando tiempo estos últimos meses y yo tenía que demostrar no solo que lo respetaba, sino que también lo veía.

—Me di cuenta que algo estaba en tu mente cuando te pregunté. Necesito hacerte preguntas difíciles como esta, y no debería enojarme cuando tu respuesta no es la que quiero escuchar.

—No te merezco —dijo.

Me reí. Nunca había escuchado a nadie decir eso antes.

—No creo que se trate de merecer a alguien. ¿Alguien merece a alguien? Creo que se trata más de encontrar a alguien que te comprenda y acepte todos tus defectos, pero que también te ayude a superarlos. Es tan fácil cerrar la puerta y seguir caminando. Pero se necesita fuerza para mantenerla abierta,

para ver con qué va a entrar esa persona, y si vale la pena o no. El riesgo tiene que ser mayor que la oportunidad, y creo que lo vales, Kova.

La nuez de Adán de Kova se balanceó. Sus ojos verdes estaban llenos de afecto mientras perforaban el centro de mi pecho. Contuve la respiración por su profunda mirada.

—Bog, ya chertovski lyublyu tebya.

Esperé a que él tradujera. Cuando no lo hizo, incliné la cabeza hacia un lado y sonreí suavemente.

—Dímelo.

Sacudió la cabeza.

—No me creerás, al igual que nunca lo haces en cualquier otro momento.

Ah, ya sabía.

—Es esa estúpida palabra amor otra vez, ¿no?

Sus ojos se oscurecieron como si estuviera ofendido.

—No me parece estúpido cuando te lo digo.

Mi corazón floreció aún más por él.

—Lo suficientemente justo.

—Dios, jodidamente te amo. Realmente lo hago.

Capítulo 38

Me sonroje, un poco avergonzada. Pensé que iba a decir algo sensiblero, pero no esperaba eso.

—Eres lindo —le dije.

La cabeza de Kova cayó hacia atrás y soltó una carcajada.

—Espero que algún día puedas encontrar la manera de amarme como yo te amo y decirlo de verdad.

Tragué. Él no sabía que ya lo amaba, pero algo en mi corazón me dijo que no le dijera todavía.

—¿Qué más? Dime qué pasó con Katja.

Kova gimió.

—No quiero hablar de eso cuando estoy duro por ti. Hablar de ella va a ablandar mi polla.

Ante eso, giré mis caderas hacia él y sonreí.

—Dime —le dije, resaltando las palabras.

—Adrianna, no quiero hablar de mi esposa cuando todo en lo que puedo pensar es en deslizarme dentro de tu coño en este momento.

—Sabes, nunca estoy lista para cuando dices esa palabra.

—¿Coño? —repitió con una ceja arqueada, y yo asentí. Kova sonrió—. Deja que te meta mano rápidamente. Luego puedes hacer todas las preguntas que quieras. Prometo responderlas

Esta vez fue mi turno de soltar una carcajada. Esa palabra sonaba tan extraño en sus labios.

—¿Acabas de decir meter mano?

—Bueno, pensé que si coño te molesta, meter mano podría ser una mejor palabra. Soy demasiado mayor para usar acostón. No me pidas que diga eso. Escuché a algunos chicos decirlo. Puedo decir meter mano, pero acostón es donde dibujo una línea. Lo dije una vez antes, pero no puedo decirlo de nuevo. A menos que solo quieras que te folle.

Sus ojos estaban llenos de diversión. No pude contener las risitas en mi garganta y me eché a reír.

—Ni siquiera puedo lidiar con lo gracioso que suena viniendo de ti. Suena tan raro.

Poniéndome de rodillas, palmeé su cara y presioné mis labios contra los suyos. Kova envolvió sus brazos alrededor de mi espalda baja. Me incliné hacia él y lo obligué a recostarse en su escritorio. Me cerní sobre él y lo besé de nuevo, mi mano deslizándose por su estómago, sobre sus abdominales duros como rocas para acunar su grueso eje sobre sus pantalones de chándal. Apreté su polla y se retorció en mi mano. Kova gimió, su espalda se arqueó, y maldita sea, todo era tan sexy, la forma en que la luz de la luna brillaba entre las sombras de las persianas sobre él.

Había algo seductor y arriesgado en nosotros en su oficina de esta manera, la emoción de ser atrapado se cernía sobre mí, y me alimentaba. Nos alimentamos de eso.

—Adrianna —gimió mi nombre. Agarró mis caderas bruscamente a través de la lucha de mi agarre sobre él.

Presioné mis labios contra los suyos.

—Dime lo que pasó y podemos darnos un acostón. —Me reí. Apenas podía decir la palabra.

Kova se rió sombríamente. Su cara se iluminó e hizo cosas estúpidas en mi corazón. Se veía tan despreocupado y feliz y quería ver más de eso.

—Eres tan jodidamente anormal —bromeó.

—Tienes razón, pero esta es nuestra normalidad, recuérdalo, y es lo que quiero. Me gusta preguntar por ella cuando me dices que no lo haga. —A pesar que ninguna persona en su sano juicio preguntaría por el otro compañero de la forma en que lo hacía, disfruté recordando que todavía estaba aquí conmigo. Estaba tan mal y por razones que no podía explicar, me encantó—. Así que cuéntame sobre tu esposa mientras follamos.

Agarró mi muñeca para detenerme.

—Te excitas.

—¿Es eso algo malo?

Kova aflojó su agarre en mi muñeca, volteó su mano y me toco sobre mis pantalones cortos. Mis labios se abrieron con un suspiro y casi caigo sobre él.

—Jesucristo, estás mojada. Te gusta.

Asentí en silencio. Una chispa de deseo me recorrió la espalda. Desearía entender por qué amaba el aspecto tortuoso de todo. Y porque todavía estaba conmigo, en mente, cuerpo y alma, y no en ella.

Metiendo la mano en sus joggers, busqué su cálida e hinchada polla. Lo acaricié de la punta a la base, girando mi muñeca alrededor de su longitud. No me molesté en ocultar el gemido en el fondo de mi garganta.

—Sabes, he querido follarte en mi escritorio. Nunca pensé que me tendrías sobre mi espalda así.

Una lenta sonrisa se deslizó por mi rostro.

—De hecho, me gusta estar encima, así que esto es mejor para mí.

—Lo que quieras, como quieras, solo tómalo de mí —respondió Kova.

Me quité la chaqueta con cremallera y la tiré al suelo, así que todo lo que me quedó fue un sostén deportivo y una camiseta sin mangas. Kova me ayudó a quitarme los pantalones cortos y las bragas. En un movimiento rápido, insertó dos dedos dentro de mí. Suspiré por la presión y me hundí sobre ellos, permitiendo que los pequeños bocados de dicha fluyeran a través de mí.

Me levanté un poco y coloqué una mano sobre su pecho para deslizar sus dedos arriba y abajo mientras sostenía su erección con la otra. Su pulgar golpeó mi clítoris en el lugar correcto y dejé escapar un suspiro apresurado.

—Ella rara vez está en casa —comenzó—. Yo debido al trabajo, pero no salgo de Florida tan a menudo como ella.

El sonido quebradizo de su voz tiró de mi corazón.

—Sigue adelante —le dije, y me levanté para colocar su punta en mi entrada. Ya estaba caliente y lista para él.

Antes que pudiera deslizarme suavemente hacia abajo, Kova empujó sus caderas hacia arriba y se estrelló contra mí. Él gimió, y lo sentí muy dentro mío.

Le di una palmada en el pecho.

—Eres un bastardo a veces —gruñí—. Joder eso dolió, Kova.

—Tú me haces de esta manera.

—A veces pienso que eres demasiado grande para mí —gemí.

—Me gustaría que pudieras ver lo que yo veo así —dijo apenas por encima de un susurro, como si estuviera hipnotizado.

Miré hacia abajo y me incliné para poder ver, pero no pude.

—Deja de desviarte.

—Es difícil concentrarse cuando todo lo que veo es tu coño apretando mi polla.

Me reí.

—Kova… —le advertí, mi voz saliendo ronca.

Su cabeza cayó hacia atrás y golpeó el escritorio.

—Eres el dolor y la provocación más grande de mi vida. Está bien —dijo, tragando saliva y comencé a montarlo lentamente.

—Agregó un código de acceso a su teléfono. Nunca antes había tenido uno. Es fría y juro que tiene una actitud todo el tiempo. Su cambio en el comportamiento y el secreto despiertan demasiada curiosidad en mí. Sé que no debo cuestionarla, pero con lo que ella sabe, todo es posible.

—Así que te preocupa que ella esté hurgando a tus espaldas.

—Solía estar un paso por delante de ella y ahora no lo estoy. Ella no me obligó a casarme y luego me controla y me exige mierda mientras te sostiene sobre mi cabeza.

Lo monté con más fuerza, odiando sus palabras pero tomándolas de todos modos. Respiraba con más fuerza cada vez que me hundía y eso solo me irritaba. Nunca se lo admitiría, pero me gustaba que ella se comportara de esa manera. Ella lo había chantajeado, y aunque Kova finalmente estaba viendo sus verdaderos colores, solo se volvería más distante con ella. Nuestra diferencia de edad puede oscilar entre nosotros, pero nuestra conexión era profunda y la edad se olvidó hace mucho tiempo cuando solo éramos nosotros. Nuestras conversaciones surgieron de forma natural, y pensé que ya no había nada realmente bueno para él y Katja. Después de lo que me dijo sobre cómo crecieron juntos, llegué a la conclusión que les resultó práctico y simplemente se sintieron cómodos. Ella pudo haber encontrado una manera de aferrarse a él en este momento, pero no sería para siempre. Al menos, esperaba que no.

Me tranquilicé con mi siguiente conjunto de palabras. No quería que se sintiera ofendido por ellas, pero me molestó que estuviera tan preocupado por ella.

—¿Crees que es un poco hipócrita de tu parte estar molesto porque ella está mintiendo sobre algo cuando tu polla está dentro

de mi coño en este momento? ¿Que estás en la cama con tu gimnasta en cualquier oportunidad que tengas?

Kova gimió, su espalda arqueándose de nuevo. Me miró con ojos sensuales y una mandíbula apretada a través de una sonrisa sexy como el infierno. Levanté su camisa para mirar su cuerpo tonificado.

—Es exactamente por eso que trato de no cuestionarla nunca —dijo, empujando dentro de mí—. Es hipócrita de mi parte. Trato de no levantar la voz porque no soy mejor. Soy un ser humano terrible. Un esposo terrible. —Volvió a empujar con fuerza y agarró mis caderas para sujetarme y poder empujar dentro de mí.

Inhalé y contuve la respiración, mis muslos temblaron alrededor de sus caderas. Sentí que estaba estirada al máximo y me dolía, como si pequeñas lágrimas estuvieran desgarrando mi carne tierna. Kova se echó hacia atrás y dejé escapar una bocanada de aire.

—Pensé que, desde que la traje a los Estados Unidos en primer lugar, debería darle rienda suelta para que hiciera lo que quisiera. La instalé muy bien. Hubo un momento en que quería hacerla feliz, pero ella cambió, y vi un lado de ella que me disgustó. Luego, te vi a ti.

Quería. Kova lo dijo en tiempo pasado. Ambos estaban yendo en diferentes direcciones y jugando el juego entre ellos ahora.

—¿Esto comenzó cuando llegué a World Cup?

Mi corazón se aceleró con anticipación. Un orgasmo estaba subiendo pero no estaba lista para dejarlo ir todavía. Una vez que tenía a Kova dentro de mí, siempre quería más. Nunca quise dejar de sentirlo a él o este intenso placer que traía a la mesa cada vez. Kova era una adicción y sabía cómo llevarme más alto que nadie y nada. Estaba hechizada al ver sus caderas rodar contra las mías tan lenta y sensualmente que perdí el hilo de mis pensamientos por un momento. Era tan jodidamente sexy con la forma en que su cuerpo se movía. Suspiré, sintiéndome bien, y

me permití simplemente hundirme en él. Estaba flotando en una nube, todo mi cuerpo hormigueaba y al borde del deseo.

—Dios, te sientes tan bien —dije, mordiéndome el labio—. ¿Cuándo?

—Empezó antes que vinieras aquí —dijo. Su frente se arrugó, casi como si acabara de caer en la cuenta. Kova volvió a mirar nuestros cuerpos unidos. —Diría que unos seis meses antes de eso. No tuviste nada que ver con eso, pero tampoco ayudaste a la situación. Simplemente me mostró cosas que quería más, cosas que me faltaban.

—Tal vez ella siente lo mismo por ti y es por eso que está actuando de esa manera. ¿Has intentado hablar con ella al respecto?

—¿Adriana?

—¿Sí? —dije sin aliento.

—¿Podemos no hablar más de ella? Solo quiero ver cómo mi polla se desliza dentro de tu pequeño coño.

Capítulo 39

Mis ojos se cerraron y una inyección de felicidad me recorrió la espalda.

—Le dije algo a ella —respondió a mi última pregunta—. Soy un hombre muy conflictivo si no te has dado cuenta. Ella niega que haya algo malo. —Kova estaba obsesionado con nuestros cuerpos.

Cuidadosamente tomó mis labios entre sus dedos y los separó. Mi mandíbula cayó abierta y mi cabeza rodó hacia atrás. Casi dejo de moverme de la pasión. Pellizcó mi clítoris e inclinó sus caderas para que golpeara su montículo cuando me deslicé hacia abajo.

Kova era bueno. Demasiado jodidamente bueno.

—Oh, *malysh,* si pudieras ver esto... —Su voz era áspera como la grava y la piel de gallina bailó por mis brazos—. Pon tus manos detrás de ti sobre mis piernas e inclínate hacia atrás.

Hice lo que dijo y casi tuve un orgasmo en ese momento. Rodé mi labio inferior entre mis dientes, tratando de contenerme. Era demasiado, demasiado bueno cada vez incluso en el más mínimo ángulo.

Quería su honestidad, quería que se abriera a mí, y lo hizo. La sensación más extraña me atravesó mientras teníamos sexo. Como si ambos fuéramos libres. No me lastimó. En todo caso, algo tranquilizador se instaló en mi estómago que no podía nombrar. La mayoría de la gente refutaría la idea que un infiel le hable a la otra mujer sobre su esposa de esta manera.

Pero no éramos la mayoría de la gente. Y yo no me consideraba la otra mujer. Y, a decir verdad, nos revolcamos en el suspenso.

Estaba enferma Pero honestamente no me importaba. Kova me dijo que estaba bien sentirme así, y entonces le creí.

—Hay algo más… —dijo Kova entre dientes, aun mirando nuestros cuerpos unidos—. No te va a gustar.

El pánico inmediato se encendió dentro de mí y lo monté más rápido y más duro. Quería escuchar lo que tenía que decir, pero estaba demasiado cerca del borde del deseo. No estaba segura de poder manejarlo y cambié de tema.

—¿Tienes un espejo?

Me miró como si hubiera hablado en ruso. Casi me río.

—¿Por qué diablos tendría yo un espejo? ¿Y por qué necesitas uno ahora? Estoy a punto de correrme dentro de ti y quieres mirarte?

Esta vez sonreí.

—Casi. Quiero ver lo que ves, cómo ves nuestros cuerpos.

Sus ojos se iluminaron y una sombra de deseo sincero se proyectó a través de ellos. A Kova también le gustó que yo también quisiera ver, y eso me entusiasmó.

Pensé rápidamente en lo que podría usar para poder ver antes que termináramos. Ambos estábamos cerca del final. Al ver su teléfono celular en el escritorio, lo tomé y le pedí su código de acceso. Era gracioso cómo no le gustaba que Katja tuviera uno a pesar que él sí. Desbloqueé su teléfono, luego busqué el ícono de la cámara e hice clic en el video. Incliné la pantalla de la cámara para que captara nuestros cuerpos y no mi rostro.

La polla de Kova se deslizó sin esfuerzo dentro de mi coño regordete, mis labios succionando alrededor de él mostrando mi tierno clítoris. Me estiró y no estaba segura de cómo encajaba con él. Abrió mis labios de nuevo para que pudiera ver lo que él

veía y mi boca se abrió, un suspiro salió de mis labios. Podía ver cada pliegue y flujo mientras su húmeda y rígida longitud empujaba hacia adentro y hacia afuera. Capté una vista de esa vena sexual con la que me gustaba jugar y coloqué la cámara para grabarla. Dejé escapar el aliento y gemí mientras lo veía desaparecer en mi coño. Esto era muy excitante y mucho más de lo que esperaba.

Los sonidos del sexo infundidos con una respiración pesada. Nuestro jadeo y vernos en la cámara es lo que me atrapó. Oh Dios. Todo era demasiado. Me incliné hacia atrás sobre un brazo para tener una mejor vista y su polla latía dentro de mí. Mis ojos se encontraron con los suyos. Él estaba allí, y yo también.

Miré hacia abajo. Su polla se veía enorme desde este ángulo. No podía apartar los ojos de la pantalla. Ahora sabía a qué se refería y por qué le gustaba mirarnos.

Unos cuantos giros voluptuosos más de sus caderas, y Kova agarró mi muslo, clavando sus dedos en mi carne. Gimió largo y profundo. Me eché hacia atrás lo suficiente para ver el pulso de su espesor mientras se corría dentro de mí. Las venas de su estómago que conducían a su ingle se tensaron. Kova me agarró con más fuerza, su decadencia inundándome mientras me soltaba. Dejé escapar un largo suspiro cuando sus uñas arañaron mi muslo. Apreté mi agarre alrededor de su teléfono y observamos juntos mientras me llenaba hasta el punto en que su semen rezumaba por los costados, cubriendo mi coño, mis muslos y su montículo.

Mis labios se abrieron con asombro. Estaba obsesionada con nuestro placer. Su orgasmo había salido de mí en el pasado, pero en realidad nunca lo vi suceder hasta ahora, y lo encontré increíblemente erótico de ver. Su polla tembló. Mis dientes se clavaron en mi labio inferior y me estremecí sobre él. Kova todavía estaba duro, y todavía estaba más que excitado por esto.

Apagué la cámara, coloqué el teléfono boca abajo y me acerqué a él. Empuñé el centro de su camisa y tiré, obligándolo a sentarse. Los brazos de Kova se enrollaron alrededor de mi espalda mientras cerraba su boca sobre la mía. Lo besé

profundamente, solo para que me devolviera el hambre con más pasión mientras me mecía contra él.

—Dime que me amas. Dilo —exigió, su voz era un susurro ronco.

—Te odio.

Kova empujó dentro de mí sin reservas y se mantuvo muy adentro. Gemí, mordiendo y tirando de su labio con mis dientes. No diría las palabras que él quería escuchar porque entonces él tendría cada parte de mí y necesitaba reservar algo para mí.

Presionó su pecho contra el mío, casi asfixiándome con su fuerza, y besó mis labios tan ferozmente que mi corazón dolía por este hombre indómito. No pude controlar los sonidos que salían de mi garganta mientras me devoraba con un beso salvaje, un beso por el que hice que peleara.

La nariz de Kova se acomodó en la curva de mi cuello. Me abrazó con más fuerza y pasó sus manos arriba y abajo de mi cuerpo. Podía sentirlo sonriendo contra mí y eso me hacía feliz.

—Sé que no has terminado, y yo tampoco.

Se me escapó un suspiro ronco.

—Tienes razón.

—Siempre necesitas al menos dos rondas.

—Sabes, es bueno que no vivamos juntos. Todo lo que estaríamos haciendo es tener sexo.

Kova se rió entre dientes, su cálido aliento me hizo cosquillas en la clavícula y me estremecí.

—¿Y eso es algo malo?

—¿Qué ibas a decir que no me iba a gustar?

—Ella quiere un bebé.

El silencio era un latido atronador de mi corazón. Estaba a mí alrededor. Sus palabras fueron un susurro y suficiente para reducirme a un estado sin palabras. Su polla todavía estaba dura y caliente dentro de mí, y no estaba segura de cómo sentirme acerca de tal cosa.

No, sabía cómo sentirme, sabía exactamente lo que estaba sintiendo, y estaba tratando, tratando con todas mis fuerzas de ser racional y escuchar. Pero esto…

No había manera, y él lo sabía.

Kova mordió mi cuello y me mantuvo inmóvil. Traté de apartarme pero él se aferró más fuerte. Primero el cachorro, ahora un bebé. Lo sabía. Joder, sabía que eso vendría. Mi instinto decía que lo era, pero lo aparté y lo ignoré.

Ella quiere un bebé.

Con el pecho apretado por las cuatro palabras que casi me rompen por dentro, me golpeó con un dolor profundo en los huesos. Un bebé. El hecho que lo chantajearan me hizo pensar que iba a seguir adelante.

Kova soltó mi cuello y se puso de pie, sosteniéndome en sus brazos. Probablemente sabía que iba a tratar de alejarme. Caminó hacia la puerta de su oficina y presionó mi espalda contra ella. Nos ajustó para que aún estuviéramos unidos, luego se separó y mi espalda se arqueó cuando me deslizó por su eje hasta que no pude ir más lejos.

—Adrianna —dijo, su voz llena de angustia—. Mírame. Mírame a los ojos y escúchame, realmente escúchame. —Cuando lo hice, su cara estaba borrosa—. Ella me ha estado preguntando por un tiempo. Le dije que nunca sucedería, tal como lo he hecho cada vez que me lo ha pedido.

Pasé mis uñas con más fuerza por sus brazos, dejando rastros rojos que me hicieron sentir bien de ver. Esperaba que doliera.

—Realmente sabes cómo convertirme en un demonio para ti y luego odiarte. —Kova sostuvo mis caderas hacia abajo y me penetro sin remordimientos—. Cuando te follas a tu esposa, ¿te

corres dentro de ella como lo haces conmigo? —No pude contenerme. Las imágenes en mi cabeza de él follándose a Katja eran demasiado fuertes y provocaron una rabia tan profunda que sentí que me corría por la sangre—. ¿Ella te deja lamerla como lo haces conmigo? ¿Y me refiero a todas mis partes? ¿Sabe lo asqueroso que puedes ser?

No pude decir las palabras, pero él sabía exactamente de lo que estaba hablando. Sabía que me gustaban esos lados desagradables de él, pero ¿a ella sí?

—¿Se le escapa, y lo ves caer? ¿La muerdes lo suficientemente fuerte como para hacerla sangrar y luego la lames?

Oh Dios. Mi corazón solo podía manejar tanto.

—Adrianna... —gimió, empujando lo suficientemente profundo para asegurarse de acariciar mi clítoris.

Mis ojos se cerraron y me derretí en su agarre. Cerré mis tobillos alrededor de su espalda y su boca me hizo cosquillas en el cuello. Sus pantalones de chándal todavía estaban puestos, solo parcialmente bajados.

—Simplemente cállate y deja de hablar —dijo.

Luché en su agarre, tratando de alejarlo. Estaba más duro que nunca, y la parte triste era que estaba tan mojada que se deslizaba sin resistencia.

—Lo haces, ¿no? —dije, agarrando su cabello y tirando de él. Tal cosa de chicas que hacer, pero necesitaba algo—. Simplemente descargas tu polla cuando quieres. Una cosa así.

—No —dijo en un susurro, y por un segundo, pensé que sonaba herido. Pero luego me di cuenta de quién estaba hablando y que no se lastimaba muy a menudo.

Agarrando mis muñecas, las estiró por encima de mi cabeza y las sujetó a la puerta. Su polla se sacudió dentro de mí y golpeó justo el lugar correcto. Un lugar delicioso. Mi pecho se abrió y exhalé un suspiro. Sabía el juego que estaba jugando y estaba lista para pelear. Pero luego me miró y su mirada me molestó

sorprendentemente, porque en realidad parecía herido. Fruncí el ceño.

Estaba hirviendo y, sin embargo, todavía me empujaba.

—Apuesto a que te la follas sin protección porque al perfecto e increíble Kova no se le puede molestar con condones.

Respiró hondo.

—Nunca. Siempre uso condón.

Una risa oscura escapó de mi garganta.

—Sí, claro. ¿De verdad crees que te creo?

—Los compré cuando compré tu Plan B.

Oh, no lo hizo. No solo dijo eso.

Me resistí a su agarre, forcejeando. Mis muslos se apretaron alrededor de sus caderas y apreté su longitud. Las pupilas de Kova se dilataron y se abalanzó sobre mí. Ambos contuvimos la respiración, nuestras bocas abiertas e imitando el éxtasis del otro. Me dio ganas de burlarme de él solo para poder sentir esa oleada divina a través de mí.

—¿Este fin de semana? ¿Ahí fue cuando empezaste? —Casi grité mi respuesta.

Que broma. Esta jodida conversación me estaba poniendo a través del doble de las emociones.

—No, fue la primera vez que compré tu Plan B, niña tonta.

Mis fosas nasales se ensancharon y contuve mis emociones. Tragué saliva, casi creyéndolo.

—Déjame ir.

—Nunca. ¿A estas alturas no te has dado cuenta que nunca podré dejarte ir?

Capítulo 40

Jadeé y apreté mis muslos alrededor de él.

Nuestras caderas chocaron entre sí y me permití disfrutar de la calidez del paraíso en el que nuestros cuerpos estaban profundamente fusionados. Un movimiento lento de mi pelvis en el ángulo correcto, y fue una sensación abrumadora para los dos. Suspiré, sin importarme por un momento. Se sentía demasiado bien. Nos sentimos demasiado bien. Kova se estremeció contra mí, sintiéndonos. Ambos estábamos cerca de la cima de nuevo y me suavicé a su alrededor.

Entrelazando nuestros dedos, su voz era una mezcla de dolor y realidad.

—La follo por detrás para no tener que mirarla.

Kova surgió dentro de mí, tomándome como el animal que era. Jadeé, luego solté un suspiro sin aliento velado por la rabia con la noticia que acababa de dejarme caer. Mi piel se erizó con calor, lista para pelear y el placer que estaba a punto de desgarrarme.

—Tú te follas así a tu esposa porque eres una bestia.

—Nunca has estado más equivocada —insistió—. Lo hago porque solo quiero ver tu rostro cuando follo. La pongo boca abajo y no dejo que me toque. Incluso apago las luces. La cantidad de vodka que bebo es peligrosa, pero es lo que hago para terminar de una vez. Ella no me pone la polla dura. Ahora solo tú entiendes esta parte de mí. Lo juro. Si nunca crees nada, cree esto.

Mi mandíbula tembló.

—Vas a darle bebés, ¿no? —Darle hijos a Katja la uniría a él para siempre.

Sacudió la cabeza con vehemencia y se clavó en mí.

—No. Nunca —susurró—. Ella nunca tendrá hijos míos.

—No te creo. Harás lo que ella quiera ahora mismo.

—Tengo mis límites, Adrianna.

—A veces me follas por detrás.

Sus ojos cayeron y sonrió.

—Eso es solo para que pueda mirar tu culo y abrir tus mejillas mientras lo hago. ¿Tienes idea de lo sexy que eres desde ese ángulo? Te dije que tu culo será mío algún día.

Sus palabras ásperas cubrieron cada centímetro de mi piel caliente, casi haciéndome desear que lo tomara ahora. Estaba demasiado avergonzada para admitir que me gustaba cuando me tocaba allí.

Como si leyera mi mente, su gran palma se deslizó para acunar mi trasero. Mis labios se abrieron con anticipación y respiré profundamente, tensándome cuando uno de sus dedos encontró mi diminuto y pequeño agujero y lo presionó. Dejé escapar un suspiro de felicidad, con el pecho hacia afuera, y me ondulé sobre él.

—Kova —dije, tragando saliva, preguntándome si lo que estaba a punto de preguntar era una pérdida de aliento—. Por favor, no me hagas más daño.

—Nunca más, mi amor. Nunca más.

La forma en que me besó no me dejó más remedio que creerle. Soltó mis brazos y los envolví alrededor de sus hombros. Mi lengua se hundió alrededor de la suya y el movimiento de nuestros cuerpos fue uno y el mismo.

Daba miedo cómo no podíamos tener suficiente el uno del otro.

Kova me levantó y nos llevó al sofá. Salió y se sentó, luego me dio la vuelta para que mi espalda estuviera hacia él y me senté a horcajadas sobre su regazo.

—Estírate hacia adelante para que estés sobre tus manos y rodillas.

Hice lo que me pidió, sintiéndome muy expuesta. Agarrando mis caderas, Kova me empujó hacia abajo con más fuerza y solté un suspiro entrecortado. Este fue un nuevo ángulo para mí y, con mucho, el mejor hasta ahora. Miré por encima del hombro cuando Kova se llevó los dedos a la boca y luego penetró en mi apretado agujero.

—Esto es lo que me encanta ver —dijo, abriendo mis mejillas. Sus ojos estaban fijos en nuestro sexo y mi culo. Me apreté y él susurró—: Relájate para mí, *malysh.* —El tierno anillo de nervios que penetró ardió, y dijo de nuevo—: *Malysh*, relájate para mí.

Asentí e hice lo que me pidió, frotando mi clítoris sobre su saco lleno. Su dedo se deslizó en mi agujero y traté de respirar con calma.

—Maldita sea. Sabes que puedo sentir mi polla deslizándose dentro y fuera de tu coño así. —Casi gimió.

Las palabras sexys y roncas de Kova me llevaron a otro nivel. Las sensaciones que fluían a través de mí eran demasiado y no podía dejar de moverme sobre él o retroceder, amando absolutamente el éxtasis del dolor y el placer de ambos lados. Mis muslos temblaron y los dedos de mis pies se flexionaron y curvaron por la estimulación de sus hábiles dedos y su boca sucia.

—Quiero que dejes de tener sexo con tu esposa. —Las palabras salieron de mis labios.

—Sabes que eso no es posible —respondió y empujó tan fuerte dentro de mí que perdí el aliento.

Mis pulmones ansiaban aire. Kova empujó profundamente y me sujetó. Me volví insaciable por este orgasmo y comencé a molerme sobre él.

—Puedes.

Un gemido escapó de mis labios cuando traté de moverme porque estaba bastante segura que me desgarraba de nuevo.

—*Ria*, tengo que jugar el juego, pero haré un trato contigo.

Yo dudé. Otro instante que definitivamente no era una conversación normal sobre una relación y, sin embargo, era nuestra. No podía pensar con claridad cuando un orgasmo estaba a punto de destrozarme, pero asentí de todos modos.

—Ella nunca conseguirá mi polla como tú lo haces. Nunca miraré su rostro cuando la folle.

Kova gimió y tuve la sensación que no había terminado. Sus dedos aceleraron el ritmo y también lo hicieron sus caderas. Estaba cerca, al igual que yo.

—Kova… —Clavé mis dientes en mi labio inferior—. No puedo aguantar más, y no hay nada que puedas decir que hará que esté bien que estés conmigo y con tu esposa al mismo tiempo.

Su risa seductora desafió mis palabras.

—Nunca la follaré sin condón, y nunca jamás volveré a correrme dentro de ella. Lo último que necesitamos es que quedes embarazada, pero la idea de mi semen dentro de tu coño me pone tan jodidamente duro que es doloroso.

Mi clítoris palpitaba y sentí que su polla se hinchaba dentro mío, agrandándose a un grosor que decía que estaba diciendo la verdad. Ambos dejamos escapar un gemido gutural, nuestra carne resbaladiza por la lujuria y los deseos ilícitos.

—*Ria…* —dijo, su dedo todavía trabajando cuidadosamente en mi trasero. De hecho, me encontré retrocediendo por más—. Haz eso con tu coño donde aprietas mi polla. —Pensé en lo que dijo y lo intenté—. Sí… —gimió, empujando tan lento y fuerte que

sabía que no iba a poder caminar. La punta de su polla golpeó profundamente. Aplasté mi coño sobre él y lo apreté de nuevo—. Solo… así… así… —gimió Kova, y fue por mucho el sonido más sexy que jamás había hecho. Quería obligarlo a hacerlo una y otra vez—. Más fuerte —rogó, y apreté tan fuerte como pude.

—Ella nunca recibe tu semen —le dije—. Solo yo lo hago. —Sus caderas tomaron velocidad y por una vez sentí que tenía el control—. Ni siquiera en su boca te correrás —le dije, sorprendida por mis propias palabras—. Solo en la mía.

—No puedes hablarme así. —Sonaba como si estuviera sufriendo.

—Ni siquiera quiero que te corras con tu condón cuando la follas. Puedes usar tu mano o arrancar el condón y correrte encima de ella, pero nunca dentro de ella.

Su respiración se profundizó, y me excitó.

—Sigue hablándome así.

—¿Quieres saber un secreto? —pregunté, empujando hacia atrás para que mi culo estuviera casi en su rostro—. Me encanta cuando te corres dentro de mi coño. Me encanta lo mal que está, que nunca debería pasar. Me mojo pensando en cómo eres mi entrenador y yo soy tu gimnasta y puedo sentir tu polla latiendo dentro. Es tan jodidamente arriesgado, y aunque tienes una esposa, todavía estás aquí conmigo, corriéndote dentro de mí, y eso me encanta.

Su cuerpo tembló e hice una nota mental que a Kova le encantaba hablar sucio.

—¿Me escuchas? Solo te corres dentro de mi coño —le dije, respirando con dificultad—. Mi joven, apretado coño que desvirgaste y tomaste para ti. —Estaba a punto de tener un orgasmo en cualquier segundo. Cómo había aguantado tanto tiempo estaba más allá de mí.

—¿Te gusta que tu entrenador te esté follando? —preguntó, casi sorprendido por su pregunta.

Gemí.

—Pienso en eso cuando me toco.

—¿Tú… te tocas? Joder…

—Todo el tiempo —admití.

—¿Con que? —preguntó, sin aliento.

—Mis dedos, ¿pero quieres saber otro secreto? —El asintió—. Acabo de comprar mi primer vibrador y me corrí tres veces seguidas pensando que era tu polla.

Fue una mentira. No había comprado nada, pero se sentía como algo que él querría escuchar.

El ritmo de Kova se hizo más lento. Su respiración era áspera y entrecortada cuando sacó su dedo, pero luego empujó mi entrada de nuevo con dos dedos esta vez.

—Quiero follarte hasta que no puedas caminar. Golpearte tan fuerte que estés demasiado magullada para sentarte durante una semana.

Un jadeo salió de mis labios. Mis ojos se abrieron y me tensé, entonces recordé que me dijo que me relajara. Lo intenté pero mi corazón latía con fuerza en mi pecho. Sabía que no me haría daño, pero aun así me hizo sentir un poco aprensiva. Con el corazón acelerado, mi trasero se sentía como si estuviera en llamas, pero no lo suficiente como para arruinar lo que teníamos entre nosotros. Mis muslos se debilitaron y apenas podía sostenerme de la avalancha de placer que se apoderó de mi cuerpo. Kova se dio cuenta y se sentó para que yo pudiera recostarme contra él.

—Yo… no puedo aguantar más. Necesito correrme —dije, luego volteé mi cabeza para besarlo—. Pero solo si te corres conmigo.

—Haré lo que quieras, lo que sea, si me dices que me amas.

—No —dije, mi voz debajo de un susurro—. ¿Por qué me preguntas esto ahora?

Sus caderas entraron en mí más rápido. Una rutina de perfecta armonía suficiente para seducirme a un salvaje lío de pasión.

—Dime —me rogó y casi me derrumbé, pero me mantuve firme y negué con la cabeza—. Quiero oírte decir que me amas como yo te amo.

—No —dije de nuevo. Él no obtendría eso de mí.

—Dime —me rogó, poniendo su mano en mi garganta—. Por favor, para que sepa que no soy el único loco.

—Oh, Dios, está justo ahí —dije y retrocedí para montar su polla al mismo tiempo. Mi corazón latía con fuerza y una vez más me llevó a un nuevo nivel que sabía que volvería a desear después de esto.

—Dime —dijo una última vez, y en parte le di lo que quería escuchar.

—Me encanta la forma en que hacemos el amor.

Eso era todo lo que estaba recibiendo.

Kova se estiró entre nosotros y pellizcó mi clítoris con tanta fuerza que grité cuando me embistió por detrás. Usó su fuerza para empujarme hacia abajo sobre su polla mientras fuertes gemidos salían de mi garganta. El placer era demasiado y cerré los ojos y me dejé caer. Estrellas plateadas bailaron detrás de mis párpados mientras apretaba su agarre. Mi respiración tomó un sonido propio, y mi cuerpo se montó en su ola hasta que el placer disminuyó y disminuimos la velocidad.

Nuestra pesada respiración era el único sonido en la habitación. Kova sacó su polla con un pequeño chasquido y se recostó contra el reposabrazos del sofá, llevándome con él. Miré hacia abajo entre nosotros, su longitud semi-dura y brillante con nuestros deseos abandonados. Una fina línea blanca brotó de su punta y se pegó a la parte interna de mi muslo. Su mano se

aplanó contra mi entrada y lo miré por encima del hombro con curiosidad.

—Aprieta. Puedo sentir mi semen tratando de salir de ti. —Cubrió mi sensible vagina con su mano para sujetarla. Era tan sucio, pero me encantaba eso de él—. Déjalo donde pertenece. —Asentí, tratando de recuperar el aliento, sintiendo su semen tratando de salir de mí.

Dándome la vuelta, me levanté para enfrentarlo y me hundí en su regazo. Kova agarró mi rostro y me besó con pasión y ternura, algo que había notado que hacía cada vez que teníamos sexo. Esta era su forma de mostrarme afecto, pensé. Se apartó y sonreí. Ambos nos miramos entre nosotros. Su polla colgaba sobre su cintura elástica luciendo completamente usado, y pude ver mi clítoris mientras su semen se escapaba de mí hacia su eje. Mis dientes se clavaron en mi labio inferior mientras movía mi coño sobre su longitud, frotando su placer blanco y espeso en su polla. Levanté los ojos para estudiar a Kova. Nos miraba fijamente.

Me incliné hacia adelante para empujar su cabeza hacia atrás para poder presionar mis labios en su cuello, deslicé mi húmedo coño sobre él. Kova gruñó y lo sentí contra mis labios.

—Adelante, córrete conmigo así, *Ria*, sé que quieres.

Y lo hice. Froté nuestros deseos sobre él hasta que estaba tratando de apretar su polla con los labios de mi vagina y me corrí de nuevo.

—Dios —dije sin aliento una vez que terminé. Me senté sintiéndome un poco mareada. Mis ojos estaban muy abiertos por la sorpresa—. No sé qué me pasa cuando estoy contigo. Siento que me convierto en otra persona y todo en lo que puedo concentrarme es en el sexo.

Kova sonrió y luego me besó con fuerza. Volvió a meterse la polla en los pantalones y luego se dejó caer de rodillas. Agarrando mis caderas, colocó un suave beso en mi montículo y levantó una pierna y la colocó sobre su hombro. Observé, curiosa por ver qué iba a hacer cuando sus dientes inferiores bailaron

gradualmente sobre mi clítoris. Me estremecí, una corriente de euforia me atravesó. Mis dedos enredaron sus mechones despeinados y levanté mis caderas, meciéndome en su cara mientras él me provocaba un poco más. Si quería darme más, bien por mí. Kova aplanó su lengua y la presionó contra mi sexo y casi me corro de nuevo. Era salvaje y sucio, pero la verdad sea dicha, me encantó que nos estuviera saboreando.

—Me encanta tu coño —dijo como si estuviera en las nubes.

Sentí una pegajosidad espesa y resbaladiza que me bajaba por el culo hasta el sofá. Miré hacia abajo y observé que dos dedos de Kova lo limpiaban y luego lo empujaban hacia mí. Acarició las tiernas paredes de mi coño con una suavidad que no coincidía con su áspero exterior, masajeándome con su semen. Los deseos carnales de Kova resonaban dentro mío. Entendí de dónde venía porque yo era como él.

Kova me miró. Nuestros ojos se conectaron y algo en mi corazón cambió de lugar. Cada día estaba reparando lo que rompió dentro de mí. Su vulnerabilidad había regresado, las defensas habían bajado y vi el amor que me tenía. No por los orgasmos que me dio, sino por la forma en que sus ojos angustiados me miraron fijamente, la forma en que su cara se contorsionó por la agonía y el anhelo. Dejó caer su frente en mi estómago y sus hombros se tensaron. Exhaló un suspiro y luego envolvió sus brazos alrededor de mi cintura y me abrazó, liberando cualquier emoción reprimida que tuviera.

Y lo tomé. Lo tomé todo, sintiendo el peso de su cuerpo y absorbiéndolo profundamente en mis huesos. Era extraño cómo lo sentía más a través del tacto que de sus palabras. Lo entendí Pero a veces, cuando me miraba, y cómo su cuerpo se hundía en el mío, cómo temblaba bajo la superficie, era la única respuesta que necesitaba.

Poniéndome de rodillas, abracé a este hombre que estaba tan atormentado por sus sentimientos y acciones. Quería decirle que lo amaba. Sentía demasiada empatía por él, y no sabía cómo cerrar esa puerta para que dejara de suceder, porque la realidad era que, para empezar, había abierto la puerta y la había mantenido abierta para él.

—Prométemelo —dije suavemente. El asintió.

Kova tenía razón. Esto no era normal, pero era nuestra normalidad… y estaba bien con eso.

Capítulo 41

Kova volvió a ser el mismo de siempre con cada día que pasaba, y en pocas semanas me recibió a diario con su descaro arrogante que había llegado a conocer y amar.

Nunca me di cuenta de lo mucho que mi salud mental dependía de su entrenamiento y de lo que lográbamos en el gimnasio, porque a pesar de la fatiga y los dolores de huesos, me iba mejor que nunca. Tomaba todos mis medicamentos, no me perdía los análisis de sangre programados y realmente dormía. Incluso comía un poco mejor. No había ganado peso, pero me sentía viva y sabía que era porque había reavivado mi relación con Kova.

Todavía no tenía un donante compatible. Eso era algo que no podía hacer por mí.

Los dos nos esforzábamos por encontrar el medio adecuado para que las cosas funcionaran. Dentro del gimnasio, retomamos donde lo dejamos y practicamos mis rutinas durante horas cada día, desglosando las habilidades y practicando hasta la perfección. Lavar, enjuagar, repetir. Fuimos completamente civilizados el uno con el otro y volvimos a los negocios. Me comí sus palabras. Se acercaba mi primer gran encuentro internacional y, un par de semanas después, una competición más en la que se realizaba la selección para el equipo olímpico.

Ya está. Los momentos que había estado esperando estaban finalmente aquí.

Cuando el día se acercaba a su fin y el entrenamiento estaba a punto de terminar, capté un destello de color rosa neón en el

rabillo del ojo. Miré un rostro que no había visto en muchos meses. Unos brillantes globos azules por ojos, una enorme sonrisa de oreja a oreja que me llegaba al alma, y un cabello rubio platino y puntas rosas que se había teñido.

Avery Heron. Mi mejor amiga. Estaba en Wold Cup.

La emoción que no había sentido en años me recorrió. Se me iluminó el rostro y me puse de puntillas. Quería correr hacia ella, echarle los brazos al cuello, pero no podía marcharme en medio del entrenamiento, ni siquiera para tomar un descanso; necesitaba permiso.

Busqué a Kova y él vio mi silenciosa súplica. Asintió con una sonrisa amable. Salí corriendo. Tal vez el hecho de haberme sincerado sobre Avery con él había sido una bendición disfrazada.

En cuestión de segundos estaba en el vestíbulo lanzándome a los brazos abiertos de mi mejor amiga. Ella me atrapó y yo la rodeé con mis piernas como si fuera un maldito mono araña. Ella retrocedió a trompicones, pero por suerte para las dos recuperó el equilibrio.

—¡Adrianna! —me chilló al oído. Casi lloré al escuchar su voz en persona—. Dios mío, me estás apretando hasta la muerte. Suéltame. —Ella fingió un sonido de asfixia.

Me reí mientras me soltaba. Nuestras manos se unieron y nos quedamos a centímetros la una de la otra.

—¡No puedo creer que estés aquí! Me imaginaba que no por unos días más! —dije.

—Quería sorprenderte, ¡así que he venido antes!

Estaba tan feliz que se me llenaron los ojos de lágrimas. La abracé de nuevo y la apreté.

—No sabes cuánto te he echado de menos. ¿Cuánto tiempo estarás aquí?

—Por el tiempo que quiera estar. No tengo un itinerario.

—¡Estoy tan emocionada! —Asentí con una estúpida sonrisa en el rostro.

La puerta sonó y entró la definición de una mujer perfecta.

Katja.

Me miró directamente y pensé que ni siquiera sabía su apellido. No es que importe ya que ahora es una Kournakova.

—Adrianna.

Su acento ruso era más marcado que el de Kova. Miró a Avery con ojos dudosos, recorriendo su cuerpo con una mirada amarga. Tragué saliva con nerviosismo, pensando en que la última vez que la vi, Kova la había echado de su despacho por mí.

—Hola, Katja —dije en voz baja para ser amable.

—¿Sabe Konstantin que estás aquí?

Una pregunta extraña, y decidí no responderla. Ella no necesitaba saber que me había dado permiso.

Katja emitió un pequeño sonido en voz baja y entornó los ojos hacia las ventanas que daban al gimnasio. Miré a Avery, que tenía la misma expresión de desconcierto que yo. Las dos nos encogimos de hombros al mismo tiempo y nos reímos.

—Estás muy bronceada —le dije—. Igual que Ba…

Me señaló con el dedo índice y levantó una ceja.

—No te atrevas a decir Barbie, perra. Sabes que odio esa puta mierda.

Me reí mientras me regañaba. Pero lo estaba. Era una versión realista de Barbie, pero con una piel profundamente besada por el sol que yo envidiaba. Aparte de mis raíces italianas que me bendijeron con un tono mediterráneo, yo era pálida en comparación con ella, y ahora siempre lo sería debido a la reacción que el sol provocaba junto con el lupus.

—Bien. Te pareces a Paris Hilton.

Su rostro se arrugó.

—Ewww. ¿Una enfermedad andante?

Me reí.

—¿Taylor Swift?

Sus ojos brillaron.

—Mucho mejor.

—Tengo que terminar. Me quedan unas dos horas. ¿Quieres esperar o ir directamente a mi apartamento?

—Esperaré. No me importa.

—Genial. Esperaba que dijeras eso. —Sonreí de oreja a oreja—. ¡Ah! ¡Estoy tan feliz que estés aquí!

Abrí la puerta que conducía al gimnasio y, por segunda vez en el día, algo me llamó la atención. Pero esta vez no era un color. Eran las palabras silenciosas de Katja que flotaban en el aire, y fruncí el ceño. Su vértigo me hizo detenerme con la mano en el pomo.

Luché conmigo misma. No quería darme la vuelta para ver lo que estaba haciendo, pero lo hice de todos modos. Aprendí de Kova que todo lo que hacía tenía un motivo, así que su presencia en el World Cup significaba algo. Vi a Katja sujetarse el estómago mientras hablaba con un padre de uno de los equipos y capté el leve ronroneo de un inglés roto que pellizcó mi remendado corazón. Vi sonrisas y juro que oí algún tipo de bendición.

—Hola —dijo Avery en voz baja. Sus cejas estaban fruncidas mientras miraba por encima de mi hombro—. Ignora a ese sucio mosquito y lo que sea que hayas oído. Tengo la sensación que no todo es lo que parece con ella.

Una risa triste salió de mis labios.

—¿Acabas de decir mosquito?

Un lado de su boca se apartó hacia un lado. Se encogió de hombros.

—Sí, lo escuché en una nueva canción de rap y me encantó. Así que todos los que me resultan molestos son unos mosquitos.

—Que es todo el mundo, ya que odias el mundo.

—Excepto tú. —Su sonrisa llegó a sus orejas—. Termina y hablaremos más tarde. Parece que ambas necesitamos tener una larga charla de chicas.

Volví a entrar en el gimnasio intentando olvidar lo que había visto. Tenía muchas ganas de preguntarle por qué estaba aquí, pero no me atrevía. Él sabía cuál era mi posición y cómo me sentía. No me rebajaría a ese nivel y me perdería el respeto por completo.

Inhala la tiza, exhala la mierda.

Durante las dos horas siguientes, fingí que no tenía ninguna preocupación en el mundo, excepto por la gimnasia.

Kova no me dirigió la palabra, salvo cuando entrenaba, pero tampoco esperaba otra cosa ya que su intrigante esposa estaba aquí para vigilar a su marido.

—¿Adrianna? —Kova dijo en voz baja, y solo para mí.

Tiré del velcro de mis muñequeras para aflojar las correas.

—¿Sí? —dije sin levantar la vista. Quitarme las muñequeras me sentaba tan bien como quitarme el sujetador deportivo al final del día.

—Mírame.

Vacilante, levanté los ojos. Kova se frotó la nuca y su cara se retorció de angustia.

—No vayas allí. Sé lo que crees haber oído, pero no es cierto.

Tragué con fuerza, rezando para que lo que decía fuera la verdad.

—Te he dicho que quiere uno, no que lo tenga.

Se me apretó el estómago, asombrada que se arriesgara a una conversación así en público.

Kova murmuró en voz baja en ruso.

—Te pido que por favor me creas. Por favor.

Capítulo 42

—¿Él quiere que le creas? —replicó ella, con voz sorprendida—. ¿Le dijiste que se fuera a la mierda a patear piedras?

Le dirigí a Avery una mirada cómplice.

—Sabes que no lo hice.

Suspiró.

—A veces me gustaría que te creciera la valentía y le dijeras que coma mierda, y luego te fueras. —Los ojos de Avery se abrieron de par en par y pareció un poco preocupada e intentó retractarse de sus palabras—. No quiero decir que no tengas valentía, ah, solo que me gustaría que no dejaras que te pisoteara.

Estábamos sentadas en mi cama haciendo una reunión mientras bebíamos la limonada recién exprimida que Avery había preparado. Llevábamos horas hablando y nos sentíamos tan bien. Era la tan esperada charla de chicas que deberíamos haber tenido hace mucho tiempo.

No dejé ninguna piedra sin remover. Le conté todo lo que había pasado con Kova, sin dejar nada fuera. Me abrí sobre Joy, y Avery la maldijo a siete infiernos diferentes. Nunca le había gustado Joy. Le hablé de mi verdadera madre y de cómo la conocí, de la enfermedad en su familia y de cómo era genética. Avery me animó a que me reuniera con ella un día cuando estuviera preparada. Fui sincera y le dije que tenía miedo de morir joven.

Ella me escuchó. Lloró conmigo. No juzgó ni criticó mis decisiones. Era la mejor amiga ideal que se sentaba y me escuchaba. A veces, el hecho de escuchar puede ser más poderoso que cualquier otra cosa.

Suspiré en señal de comprensión.

—Sé lo que quieres decir, es difícil. Supongo que quiero darle el beneficio de la duda ya que no tenemos una relación normal.

—¿Pero es eso? ¿Una relación? —planteó su pregunta con cuidado.

Me rasqué la pelusa imaginaria de mi edredón.

—Sinceramente, no sé cómo llamarlo. —Y no lo hice.

—Quizá no necesite una etiqueta. A veces eso puede arruinar algo bueno —ofreció.

Le sonreí, apreciando su esfuerzo.

—Sí, supongo que sí. —Hice una pausa—. ¿Me hace estúpida? Sé sincera.

—No te hace estúpida. El amor hace que la gente haga cosas que normalmente no haría, pero no te hace a ti, ni a nadie, estúpido. Tal vez en ese momento fue lo correcto y eso es lo que realmente importa. —Me miró con desafío—. Y ni siquiera niegues que lo amas. Es obvio que lo haces.

Me reí con tristeza.

—¿A ti? ¿O a todo el mundo?

—Quiero decir, hoy no te he visto mirarlo con corazones en los ojos. Estoy segura que te cuidas de no hacerlo en público, pero cuando hablas de él, pones esa mirada soñadora y cursi que me avergüenza, pero sí, puedo verlo. También te conozco, así que le estás preguntando a la chica equivocada.

—Tengo miedo que me haga daño otra vez —dije en voz baja—. No quiero que me haga daño otra vez, Ave. No creo que tenga el corazón para ello.

—¿Aid?

Mire hacia arriba.

—Ha hecho mucho daño, no se puede negar. Llámame loca, no puedo creer que vaya a ponerme del lado de Labios de Pez, pero no creo que todo haya sido intencionado. Su situación no es la habitual, y ambos hicieron cosas que no harían normalmente. ¿Creo que deberías ir con pies de plomo? Claro que sí, por más de una razón. El amor es arriesgado, y aunque digan que el amor no debería doler, siempre lo hace porque nadie tiene un amor perfecto. Todo es prueba y error. Si te permites amar a alguien, le estás dando poder sobre ti. Para mí, eso duele. No quiero que nadie tenga ningún tipo de poder sobre mí nunca más. Sí, hay un montón de razones por las que deberías alejarte y dejarlo pasar, pero ¿puedes pensar en al menos una razón que te haga querer quedarte y arriesgarte?

Asentí inmediatamente. No dudé.

—¿Qué es? —preguntó ella, con ojos suaves.

—Suena tan estúpido...

—No, no lo es. Si tiene sentido para ti, entonces es todo lo que importa.

—Él me anima. Quiero ser mejor persona, mejor gimnasta, gracias a él. Puedo sentir su energía y me encanta. Me da vida. Me ha hecho fuerte, incluso en mi punto más débil, cuando me cerraba al mundo, podía buscarlo y él siempre estaba ahí. Ni siquiera tiene que decir nada, Avery, es como si lo supiera, y de repente estoy bien. Como si una paz se instalara dentro de mí. Estoy segura que lo que estoy diciendo no tiene sentido. Sé que hace las cosas al revés todo el tiempo, que dice todas las cosas equivocadas, y que no siempre tiene sentido en ese momento, pero al final, lo tiene. —Hice una pausa y sacudí la cabeza. Nada de lo que dije en voz alta tenía sentido—. ¿Sabes lo que me dijo

cuándo me sentía desesperada? ¿Cuándo estaba aterrorizada y me hundía en una profunda depresión? Que debía usar mi enfermedad como inspiración, que debía vivir por ella en lugar de permitir que me matara. —Mi voz bajó—. Dijo que quería vivir conmigo.

Levanté la vista y Avery tenía lágrimas en los ojos.

—Deberías casarte con ese estúpido ruso.

Me eché a reír.

—Demasiado tarde. Ya tiene un anillo en el dedo. De todos modos, no es que pueda casarme con él ahora.

—No durará, Aid. Créeme, no lo hará. No después de todo lo que me contaste sobre el chantaje, Cuntja, la forma...

—¿Cuntja?—pregunté, encontrando un tono cómico en el sonido.

—Sí, Katja y Cuntja. Cuntja —dijo como si fuera obvio.

Una carcajada estalló en mí y solté una risa histérica.

—¡Oh, Dios mío! Eso es lo mejor! —dije entre ataques de risa. Era el nombre perfecto para describir a su esposa. Recapacitando, pregunté—: ¿Pero crees que es justo? Es decir, probablemente es como es por mi culpa.

—Dijiste que Kova te dijo que los problemas entre ellos comenzaron antes que llegaras, así que no. Ella es una perra porque nació con eso en su sangre, y porque Joy también le dio la munición para ser una perra vengativa en eso.

Asentí con la cabeza, estando de acuerdo con ella. Aun así, estaba segura que no ayudaba a su situación.

Avery continuó:

—Lo que estaba diciendo es que la forma en que está contigo cuando están solos no es el mismo tipo que se ve en público. ¿Y a quién le importa? Lo que importa es cómo es contigo. Ahora

tiene que desviar la atención y ser un idiota. Creo que probablemente le moleste que se esté tirando a una gimnasta que todavía es una adolescente. Al menos, espero que así sea. —Se rió nerviosamente—. Piénsalo. Si fueras tú, como si estuvieras en el lugar de Kova, ¿qué harías? Ahora mismo es el momento equivocado, sí, y algunos días necesita un ajuste de actitud, pero un día todo estará bien en el mundo, y también lo estará para ustedes.

Le sonreí con aprecio. Quería a mi mejor amiga. Ella ordenó mis confusos pensamientos.

—¿No sabías nada de esto? ¿Sobre el lupus y los riñones? ¿Xavier nunca te lo dijo?

Sacudió la cabeza y bajó la mirada con una expresión de tristeza en el rostro. Estaba realmente sorprendida.

—No. —Su voz era baja—. Honestamente nunca lo supe.

—Vaya. Me imaginé que lo habría hecho.

—No hemos hablado mucho desde que pasó todo... —dijo en voz baja, como si le doliera pronunciar esas palabras.

—Pero los vi juntos en Instagram el 4 de julio.

Sacudió la cabeza y bajó la mirada. La tristeza de su rostro me dijo todo lo que necesitaba saber.

—No es así. Lo prometo. Intentamos salir, pero no puede superar lo que hice.

—¿Te refieres al aborto?

Ella asintió en silencio.

—No es lo que piensas... no he abortado.

Capítulo 43

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

Avery exhaló un gran suspiro y miró su vaso de limonada. Hace unos segundos había sido mi roca, dándome palabras inspiradoras. Ahora parecía rota por dentro, su rostro palidecía. Su pulgar bordeó el borde del vaso mientras parpadeaba, como si estuviera perdida en sus pensamientos.

—¿Estás segura que quieres oír esto? —me preguntó, con la voz baja—. No todo es arco iris y mariposas, y tienes que hacerme la promesa de no decírselo nunca a tu hermano, no importa lo que te diga.

Cogí su mano y sus dedos rodearon los míos. No dije nada. No era necesario. Ella sabía que nunca lo haría. Las dos nos colocamos contra mi cabecera y nos sentamos.

—Hay muchas cosas que no sabes de tu hermano —dijo en voz baja.

No me sorprendió. La mayoría de los hermanos eran así.

—Dime cuándo empezaste a salir con él.

Me miró con ojos cautelosos.

—Nunca salimos. Estuvimos juntos pero nunca salimos oficialmente.

—Me lo imaginaba. Solo que no sé cómo lo hicieron cuando estaba en la escuela.

—Venía mucho a casa los fines de semana para verme y luego nos escondíamos juntos en la casa de invitados o íbamos a fiestas. O yo iba a visitarlo. No era difícil escabullirse, sinceramente, y nadie pensaba nada porque mis hermanos también estaban allí. Yo solo parecía la hermana pequeña que iba con ellos, ¿sabes?

Asentí con la cabeza. Tenía sentido. Todo era posible con el suficiente valor.

Avery soltó un suspiro como si acabara de soltar el peso de su mundo.

—No me ocultes nada, ¿de acuerdo? No más.

Miró en mi dirección y sonrió suavemente.

—Es una mierda porque todavía lo quiero, incluso después de todo. Es una persona diferente cuando solo estamos él y yo. Como tú y Kova, supongo. —Hizo una pausa para tragar, luego se mordió el labio inferior como si estuviera nerviosa por contarme. —Empezamos hace unos dos años. Nos tomábamos el pelo como los hermanos, pero luego algo se transformó en algo más y nos convertimos en algo más. Era como un mejor amigo con derecho a roce. Una vez que empezamos a salir, nos enamoramos mucho el uno del otro. Lo quería… Creo que todavía lo quiero.

Mis cejas se alzaron.

—No puedo creer que no lo supiera. ¿Cómo no lo vi? Siento que todo es tan obvio ahora, pero en ese momento... Como en Año Nuevo... debería haberlo visto.

—No lo habrías hecho. Nadie lo habría hecho. Nuestros padres nunca estaban cerca. Hacías gimnasia mañana, tarde y noche, y se nos daba bien ocultarlo. Era tan fácil.

Asentí con la cabeza de un lado a otro. Tenía razón. Andar a escondidas es fácil cuando se desea algo lo suficiente.

—Las fiestas, sin embargo... de ahí provienen todos nuestros problemas. Hay muchas drogas, agresividad y testosterona en

ellas. En ese momento, no pensamos en nada. Estábamos viviendo nuestra mejor vida, pero la retrospectiva es una perra. Bebíamos y fumábamos un poco de hierba, y luego volvíamos a su casa y nos follábamos como conejos. Pero no era como cualquier relación de pareja. Era mucho más para los dos. No puedo explicarlo, simplemente era así, y él lo sabía.

Avery exhaló otro gran suspiro como si le costara entrar en el meollo de la historia. Me sentí mal.

—Si es demasiado duro hablar de ello, no tenemos que hacerlo —dije con suavidad.

Ella negó con la cabeza.

—No, necesito contarte todo.

Acercándome a ella, apoyé mi cabeza en su hombro, con la esperanza de darle valor para seguir adelante.

—Continúa.

Esperó un largo momento.

—No sé si lo sabes, pero Xavier está metido en la lucha. Como la mierda de la MMA, pero es clandestina. También es bueno en eso, invicto... o al menos lo era. —Su voz se apagó como si le entristeciera el recuerdo—. Xavier decía que yo era su amuleto de la suerte y me tenía en su esquina en cada combate. No perdió ningún combate, hasta que dejamos de estar juntos. No ha ganado desde entonces.

—Tenía la sensación que estaba metido en algo imprudente, pero no sabía qué era eso. —Pensé en una de las veces que fui a casa y él tenía algunos cortes y moretones en la cara y cómo lo había disimulado. Supuse que estaba haciendo el idiota con sus amigos y lo dejé estar—. Qué cliché de él. Un mocoso rico metido en peleas clandestinas. —Puse los ojos en blanco.

—Gana dinero, chica. Buen dinero. Bueno, lo hizo.

Sacudí la cabeza, desconcertada.

—Pero, ¿por qué? No lo necesita.

Se encogió de hombros.

—Porque es bueno y puede. ¿Por qué alguien hace estupideces como ésa? Era un subidón verlo, y me decía que así era para él también cuando peleaba. Estaba drogado todo el tiempo, así que estoy segura que la adrenalina y la cocaína le hacían sentir de seis metros de altura.

—¿Estaba consumiendo cocaína? —pregunté, con la voz baja, como si alguien pudiera oírme. La cocaína y las peleas no podían ser una buena combinación para el corazón. El temor comenzó a cultivarse en mi estómago como un humo negro y empecé a temer el peor escenario posible.

—Oh, él estaba haciendo más que eso. Cocaína, Ex, Oxy, Vicodin, Xanax, cualquier cosa que pudiera conseguir, como sea que pudiera tomarla, lo hacía. Esnifar, inyectar, masticar pastillas, lo hacía todo. Se drogaba tanto que no quería bajar, así que pasaba a algo más fuerte.

Me iba a poner enferma. La preocupación instantánea por mi estúpido hermano y su imprudencia me golpeó cuando algo más cayó en la cuenta. Levanté la cabeza y me volví hacia Avery.

—Te drogabas con él, ¿verdad?

Miró hacia otro lado. La vergüenza enrojeció sus mejillas y asintió.

Mis labios se volvieron hacia abajo.

—Ave, ¿sigue haciendo esto?

—Hasta cierto punto, sí. —Le costó admitirlo—. Es una de las razones por las que me alejé. Cada minuto de cada día, estaba drogado y preparándose para una pelea.

Fruncí el ceño. No podía creer que no hubiera visto nada de esto.

—Estoy tan confundida.

—Rompimos y volvimos a estar juntos muchas veces. Como si no estuviéramos juntos, pero lo estábamos. Cuando me alejé la última vez, dijo que había terminado de jugar conmigo. Me dolió y pensé que estaba mintiendo, pero le dije que por mí estaba bien y le di el dedo. Cuando me habló mal, se lo devolví diez veces más fuerte. Xavier me hizo callar, y hombre, es bueno en eso. Pero eso es lo que hicimos, ¿sabes? Peleamos, nos disculpamos y luego volvimos a ser como éramos. Me imaginé que eso sería lo que pasaría, pero luego no hablamos durante más de un mes hasta que lo volví a ver.

—¿Qué dijo cuándo se enteró que estabas embarazada?

—No era lo que esperaba en absoluto. Pensé que iba a enloquecer, pero estaba extrañamente emocionado.

Mis cejas se alzaron.

—¿Qué? Eso no tiene ningún sentido.

—Sí, lo sé. Fue raro. Estaba sonriendo como un tonto y tocando mi estómago cada vez que podía. Aquí estaba llorando y entrando en pánico por dentro porque, hola, solo tenía diecisiete años y estaba embarazada. Mamá adolescente, allá voy. Pero Xavier saltaba y me besaba y abrazaba sin parar. Nunca lo había visto tan feliz, Aid. Recuerdo esta sensación de alivio, como si estuviera bien, uno menos, faltan diez más y entonces todo estará bien. Mi amor por él se convirtió en algo más durante ese tiempo. También recuerdo que pensé que llegaríamos a ser una familia como siempre habíamos hablado.

Sacudí la cabeza, sin saber ya qué sentir. La reacción de Xavier sobre el embarazo era extraña y me hacía dudar. Ambos eran tan jóvenes y no deberían querer un bebé, pero él sí.

—Eso no tiene ningún sentido —le dije—. No estaba pensando con claridad. Nadie quiere un bebé a esa edad. Tuvieron que ser las drogas. Tuvo que ser —Hice una pausa, decidiendo decirle lo que estaba pensando—. ¿A menos que él realmente te amara...?

Sus hombros cayeron.

—Ya no lo sé. Sinceramente. Creo que tal vez me amaba y ambos no lo sabíamos, pero seguro que ahora ya no. No después de lo que hice —dijo, su voz se quebró un poco—. Lo único en lo que podía pensar era en tu madre, bueno Joy, y en cómo iban a reaccionar mis padres ante la noticia. Decírselo a Xavier hizo que me temblaran las manos y que mi corazón palpitara con fuerza. ¿Nuestros padres? Se me revolvió el estómago y me puse a sudar. Estoy en el instituto. No puedo tener un bebé. Pero lo iba a tener. Iba a tener un hijo.

Apoyé la cabeza contra la madera y me puse en su lugar. No podía imaginarme tener un hijo a nuestra edad, y mucho menos pasar por emociones tan fuertes sin nadie en quien apoyarse. Las dos habíamos afrontado situaciones en las que habíamos necesitado el apoyo de la otra en un momento crítico, y no lo habíamos tenido. Tuve que lidiar con el hecho que Joy no era mi madre, Kova se casó en secreto y una estúpida enfermedad me estaba agotando. Mientras tanto, mi mejor amiga estaba embarazada de mi hermano y había abortado, pero ella no lo había hecho.

Dios, ojalá las dos hubiéramos tenido fuerzas para hablar entre nosotras. No pude evitar preguntarme si nos hubiéramos apoyado la una en la otra, ella estaría aquí sosteniendo un bebé ahora. Pero el pasado es el pasado y ahora que estábamos hablando, iba a asegurarme que esto no volviera a suceder. No podía revertir el tiempo, pero podía intentar evitar que el mismo error se repitiera.

Bajé los ojos, con el arrepentimiento derramándose a través de mí. Yo era la definición de una amiga de mierda. Absorta en la gimnasia y en Kova, Avery tuvo que lidiar con esto por su cuenta. Sin embargo, la compensaría. De algún modo, de alguna manera, lo haría.

—Sigue adelante —dije en voz baja. Sabía que había más.

Avery tomó un sorbo de su limonada.

—No me preocupaba necesitar apoyo económico. Sabía que con el tiempo nuestras familias se unirían y a nuestro hijo no le faltaría nada, pero tenía miedo. Dios, estaba muy asustada, y

tenía que decírselo a nuestros padres. Tenía que decírselo. Eso fue lo peor. Tenía más miedo de decírtelo a ti que a nuestros padres. No quería que me odiaran o que no volvieran a hablarme. Estuve dándole vueltas a cómo decir algo, pero nunca pude encontrar el valor para hacerlo. No quería perderte y tenía mucho miedo de hacerlo. —La voz le temblaba. Avery levantó las rodillas y las rodeó con los brazos—. No solo me estaba enrollando con el hermano de mi mejor amiga, sino que también me había quedado embarazada de él. —Avery rompió a llorar, y supe por qué. Me perdió por un momento.

Y fue mi culpa.

Capítulo 44

Me acerqué, agarre su vaso y lo coloqué en mi mesita de noche, junto con el mío, y luego le pasé el brazo por el hombro y la abracé.

Me devolvió el abrazo y lloró suavemente mientras mi corazón se rompía por ella y por nosotras. No podía imaginarme tener que contarle algo así, y ahora tenía sentido por qué no lo había hecho. Abrirme a ella sobre Kova era una píldora difícil de tragar. Pero si hubiera tenido que decirle que me había quedado embarazada de uno de sus hermanos, creo que tampoco lo habría superado. Probablemente habría hecho lo mismo que ella.

—Siento mucho la forma en que actué —dije con sinceridad—. Ojalá lo hubiera sabido. Ojalá hubiera estado ahí para ti. Ojalá te hubiera dado la oportunidad de explicarte. Desearía no haber sido tan perra contigo.

Avery me volvió a abrazar con más fuerza.

—No es tu culpa. Yo era un desastre y tú también. No podía hablar de ello cuando lo necesitaba. Me encerré en mí misma y me puse a pensar en todos esos escenarios diferentes, pensando que tenían resultados positivos, pero en realidad no los tenían. Me mentía a mí misma y sabía que lo hacía.

Al retirarme, hice que me mirara. Sus ojos azules, normalmente impresionantes, estaban inyectados en sangre y gritaban de vergüenza. Quería quitársela para que no volviera a sentirla.

—Antes de decir nada más, hagamos un pacto. A partir de ahora, prometemos no contenernos nunca, por mucho miedo que tengamos a contarnos algo, ¿bien? No quiero volver a pasar por esto contigo, porque la verdad es que nos necesitamos.

Asintió con la cabeza y moqueó.

—Nunca más.

—Nunca.

—Hay más. —Parecía asustada, pero asentí de todos modos, y empezó a contarme la vida de Xavier que no sabía que tenía.

—Xavier estaba haciendo todas esas peleas clandestinas, y lo estaba haciendo genial. Justo antes de cada pelea, me besaba delante de todos y me decía que era suya, y después lo celebrábamos en una fiesta con bebidas y lo que nos apeteciera. Lo hacía con él, quería hacerlo. Nunca se separaba de mí, no podía quitarme las manos de encima, y si algún otro chico me hablaba, se ponía posesivo y totalmente alfa. Al principio me encantaba. Pensé que era caliente, ¿sabes? Estábamos pegados el uno al otro y sé que no quieres oír esto, pero teníamos el mejor sexo cuando estábamos así después de una pelea. Tenía tanta adrenalina. —Ella sonrió con tristeza—. Bueno, una noche estaba muy golpeado y casi pierde una pelea. El tipo con el que luchó conocía la racha de victorias de tu hermano y se preparó para el gancho de izquierda de Xavier. Estaba decidido a acabar con tu hermano.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral y una sensación de miedo se me agolpó en el estómago. Tenía el presentimiento que esto iba a ser malo. Las peleas clandestinas eran probablemente una de las cosas más tontas que había oído.

—Xavier estaba tan excitado por la pelea y las drogas, que justo antes que casi cayera, me miró por última vez y me dedicó una sonrisa pícara. Fue tan jodidamente sexy, Aid. Dios, lo recuerdo como si fuera ayer. De todos modos, este tipo pensó en enemistarse con Xavier usándome a mí.

—Oh, mierda. ¿Qué ha hecho?

—Oh, mierda es jodidamente correcto. —Avery sacudió la cabeza como si estuviera allí de nuevo viviéndolo. —Le dijo a Xavier que me iba a follar duro después de ganar. —Hizo una pausa y se estremeció—. Pensé que Xavier iba a matarlo. Realmente pensé que iba a ir a la cárcel por asesinato.

Nunca había visto a mi hermano enfurecido, salvo en Semana Santa, cuando empujó a nuestro padre contra la pared. Todo esto era nuevo para mí.

—A pesar que la sangre goteaba de una esquina de su labio, y sus ojos estaban hinchados y ya con moretones, Xavier se ensañó con el tipo. No sé de dónde salió su energía. Estaba exaltado y le dio una buena paliza. Lo pulverizó hasta el punto que hicieron falta varias personas para quitarle a Xavier de encima. Fue horrible. El tipo apenas se movía. Estaba tirado en el suelo en un charco de sangre y le faltaban los dientes. Xavier lo escupió, dijo una mierda y se volvió hacia mí. Pensé que iba a darme un beso de celebración como solía hacer, pero estaba enfadado y me asustó. Había una mirada perdida en sus ojos.

Me senté en absoluto silencio escuchando este lado de Xavier que no sabía que existía. Pensar en él así me asustaba. Imprudente y salvaje era una cosa, pero esto era pedir un deseo de muerte. ¿Oírle tomar tantas drogas y pelear? Era una combinación mortal. Alguien tenía que hacerlo entrar en razón. Yo quería hacerlo, pero tampoco quería traicionar la confianza de Avery. Suspirando interiormente, no sabía qué decir. No podía dar consejos porque ya estaban dichos y hechos, así que lo único que podía hacer era escuchar.

—En la fiesta de después, apenas me dirigió dos palabras, pero tampoco me dejó separarme de él. Estaba agotada, pero me senté en su regazo, como siempre hacía, mientras él se bebía todo lo que le daban. No me dejó ponerle hielo en la cara ni ayudarle a ponerse algo para reducir la hinchazón. Intenté besarlo, intenté tener sexo con él como solíamos hacer después de una victoria, pero nada funcionó. Lo único que me dejaba hacer era cogerle la mano. Sus dedos temblaban después de entrelazarlos con los míos y su agarre era muy fuerte, casi como si tuviera miedo que me fuera a ir. Nos metimos líneas de coca juntos, probablemente compartimos una bola de ocho esa noche,

pero luego él fue más allá y se tomó un Xanax y se metió un poco de Ex. Yo no lo hice, sin embargo, ni siquiera cuando me rogó que me drogara con él. No me gustaba mezclar estimulantes con bajones porque eso es como pedir un deseo de muerte. Pero lo hizo. Recuerdo haber tenido una sensación extraña en el estómago esa noche. No se comportaba como él mismo, había bebido mucho, tomando trago tras trago de tequila. Le rogué que se detuviera, pero no me escuchaba y se enfurecía cada vez más. Era como una bomba de relojería. Aun así, me quedé a su lado. —La voz de Avery se apagó y bajó la mirada. Las lágrimas llenaron sus ojos—. Hacia las tres de la madrugada, sufrió una maldita sobredosis— susurró. Sus hombros temblaron y empezó a llorar de nuevo.

Respiré con fuerza y se me cayó el estómago. Me tapé la boca y me quedé mirando, sin pestañear, mientras repetía las palabras en mi cabeza, sin estar segura de haberla escuchado bien.

—¿Qué? ¿Tuvo una sobredosis? —susurré, con la mandíbula temblando. Parpadeé un par de veces tratando de recomponer todo. Se me nubló la vista al imaginar a mi hermano así.

Apretando los ojos, asintió con la cabeza y se limpió las lágrimas de las mejillas.

—Tuvimos que usar Narcan para traerlo de vuelta.

Fruncí el ceño, frunciendo las cejas.

—¿Simplemente llevaste eso?

Sollozo y respiró profundamente antes de exhalar lentamente. Apenas podía mirarme a los ojos.

—No, uno de los chicos con los que estaba festejando la tenía, pero después que eso ocurriera la llevé porque tuve que volver a usarla con él en otra ocasión. Durante el tiempo que estuve con él, tuvo un total de tres sobredosis. —Dejó escapar un sollozo que me rompió el corazón. Ahora estaba aterrada por mi hermano—. Todas las noches Xavier se excedía. Se convertía en una persona completamente diferente, tan malvado cuando

estaba jodido. Sabía que no me pondría la mano encima, pero su rabia era una faceta suya que me asustaba. Se volvió tan volátil.

El miedo al rojo vivo me atravesó.

—Avery —susurré. El corazón me retumbó en el pecho ante la idea de perder a mi hermano. No debía decirle nada, pero era una cuestión de vida o muerte y no iba a arriesgarme.

—Tenemos que hacer algo al respecto. ¿Sigue así?

Sacudió la cabeza.

—Por lo que he oído, lo único que hace ahora es beber y tomar Xanax. Sigue siendo una combinación peligrosa, pero es mejor que lo que estaba haciendo. Al principio intenté ayudarlo, pero no lo conseguí. Fue entonces cuando nuestras peleas empeoraron. Se estaba saliendo de control y no podía detenerlo. No me dejaba. La primera vez que lo abandoné fue cuando tuvo la segunda sobredosis. Pensé que lo despertaría. Pero la tercera vez que ocurrió fue la gota que colmó el vaso. Ni siquiera se dio tiempo para recuperarse de la sobredosis cuando volvió a hacerlo. Como yo estaba embarazada en ese momento, estaba sobria, así que vi lo mal que estaba. Sé que yo estaba igual de mal al principio, no pretendo ser una santa, pero él se esforzaba por ver hasta dónde podía llegar cada noche. Le dije que si no conseguía ayuda me iría para siempre. Esa noche estaba muy enfadado. Nos gritamos literalmente a todo pulmón. Me dijo que cuidaría de su hijo, pero que había terminado de jugar conmigo porque todas las perras son iguales y solo sirven para una cosa. No me lo creí porque es lo que hacíamos, ya sabes, pero supongo que hablaba en serio. Durante semanas me aisló y no me veía, no me hablaba. Me dejó de seguir en todas las redes sociales y me bloqueó. Fue horrible. Estaba embarazada y tan sola. Me enteré que se enrollaba con nuevas chicas cada noche, pero que también perdía todas las peleas. Cuando finalmente pude verlo, fue en un evento de caridad. Estaba con una chica a la que tu madre lo había emparejado. —El rostro de Avery se arrugó y parecía absolutamente enferma—. Dios, me mató verlo así. Xavier estaba encima de ella. Me miraba y luego la besaba. Me mataba por dentro. Ahí estaba yo con su vestido favorito

esperando convencerlo, embarazada de su hijo que aún escondía bastante bien, y él estaba cariñoso con otra.

—Ave —dije. Tenía un mal presentimiento—. No me digas que has abortado por eso.

Ella miró hacia otro lado.

—Sí y no... Los calambres empezaron esa noche, solo que no me di cuenta que eran calambres. Solo pensé que mi vientre se estaba estirando. Al día siguiente fui a la casa de la piscina para intentar que entrara en razón. Apenas podía caminar hasta mi auto, y mucho menos conducir hasta su casa y caminar hasta la casa de la piscina. El dolor era insoportable, pero lo echaba mucho de menos y quería arreglar las cosas. Estaba dispuesta a todo, solo que cuando abrí la puerta, lo encontré enredado en las sábanas totalmente desnudo con la misma chica. Verlo así me sacó el aire de los pulmones. Era la prueba que necesitaba para acabar de verdad con él. Creí que iba a vomitar y me sujeté el estómago y me apoyé en el marco de la puerta. Xavier se levantó al verme y se acercó a mí. Me dijo que me fuera a la mierda. Lo raro era que podía ver su dolor cuando me gritaba, podía sentirlo, lo mucho que le dolía mirarme porque sabía que todavía me quería igual que yo a él. Tenía los ojos inyectados en sangre, le temblaban las manos, tenía moratones por todas partes. Era como si se hubiera dejado golpear. Me dio un pequeño empujón en el hombro, pero no fue malo ni nada. Le rogué que volviera conmigo. Me dejé llorar delante de él. Le dije que me dolía la barriga, pero se desentendió diciendo que estaba usando el embarazo como una forma de retenerlo.

Avery respiró profundamente y bajó la voz.

—No sabía que el estrés podía provocar un aborto, pero eso es lo que ocurrió. Nunca tuve un aborto, Aid. Tuve un puto aborto espontáneo. Le mentí a Xavier. Le mentí a todo el mundo.

—¿De cuánto tiempo estabas para entonces?

—Estaba de unos cinco meses cuando tuve el aborto. Sin embargo, nunca lo sabrías. Apenas se me notaba y lo escondía bien.

Avery me soltó y sus lágrimas empezaron a caer de verdad. Me acerqué y la abracé como un oso. Lloró suavemente sobre mi hombro, temblando. Lloré con ella por la pérdida de todo a la vez. Me abrazó con fuerza mientras sollozaba, sus lágrimas caían rápido y con fuerza. Se me rompió el corazón cuando revivió ese momento que yo estaba segura que quería olvidar para el resto de su vida. Todo este tiempo estaba viviendo una mentira sin salida. Conocía esa sensación y cómo puede consumir a alguien, cómo la presión se convierte en algo más, cómo te quedas atrapado en esos pensamientos deprimentes.

Pero esto era diferente. Había llevado una vida dentro de ella. Su hijo.

Un niño que perdió.

Y me había perdido la oportunidad de ser tía.

Capítulo 45

—No sé qué decir, Ave. Lo siento tanto, tanto. Dios, lo siento mucho —dije de nuevo entre lágrimas.

Mis problemas parecían tan pequeños en comparación con los suyos. Ahora sabía por qué quería decírmelo en persona. No era una conversación para tener por teléfono.

Avery moqueó y respiró profundamente. Se echó hacia atrás y utilizó su camisa para limpiarse los ojos.

—Ese día le pedí que me palpara el vientre porque nuestro hijo daba patadas. No estaba lo suficientemente avanzado como para sentir patadas todo el tiempo, pero empezaron. Pequeñas, pero las sentía. Pensé que si no me hablaba, al menos eso podría funcionar. Recuerdo que sentí una pizca de esperanza, como si el corazón se me fuera a salir del pecho, porque dejó de gritarme y me miró la barriga. Sus ojos cambiaron, su comportamiento cambió y vi al antiguo Xavier durante una fracción de segundo. Aunque decía que no me quería, quería a nuestro bebé. Extendió la mano y la retiró con la misma rapidez. Su pared volvió a su sitio y me echó, cerrando la puerta de golpe. Le pedí a gritos que regresara conmigo. No llegué muy lejos dentro de su casa cuando caí al suelo de dolor. Joy me encontró.

Todo mi cuerpo se tensó por el hecho que Joy fuera la que la encontrara. Entonces, de repente, todo encajó en su lugar, y mi mente volvió a la Pascua cuando la mierda había golpeado el ventilador. Joy había dicho que había limpiado el desastre y ayudado con el aborto de Avery como si estuviera orgullosa de ello. Apreté los dientes mientras trataba de no revivir ese día.

—¿Qué pasó después? —pregunté, temiendo saber exactamente cómo había ayudado Joy.

—Me llevó a una clínica privada —dijo Avery, con la voz tan baja que apenas podía oírla.

—¿Sabía ella que era un aborto involuntario?

Avery dudó.

—Ella lo sabía. Dijo que sería mejor que dijera que había abortado. Ella sabía de las fiestas de Xavier y dijo que él no se lo tomaría tan a pecho, así que lo hice. Llámenme loca pero estuve de acuerdo con ella. Nunca sabía cuándo su próximo colocón iba a matarlo y no quería que asumiera la culpa en absoluto, así que accedí y le mentí.

Se me cayó la mandíbula y una astilla de calor recorrió mi columna vertebral.

—Me estás tomando el pelo. ¿Ella lo alentó? Te juro, Avery, que la mataré.

Dios. Estaba empezando a odiar seriamente a esa mujer.

Avery se tranquilizó un poco.

—No, en realidad no. Quiero decir que el médico dijo que estaba en las primeras etapas de tener un aborto involuntario y fue entonces cuando Joy sugirió que hiciera el procedimiento para acabar con él y así avanzar más rápido. —Se sentó en silencio por un momento. Su mandíbula temblaba—. Así que lo hice. Maté a mi bebé. No sabía que el estrés lo haría. No sabía lo fácil que era abortar —afirmó, respirando con dificultad—. No sabía nada —gritó—. Ahora nunca podré tenerlo en brazos, y Xavier nunca podrá llamarlo Rocky.

—¿Rocky?

Se encogió de hombros con desánimo.

—Bromeó diciendo que lo iba a llamar Rocky.

Las dos nos quedamos en silencio durante un rato, dejando que todo se asimilara. Tomé la mano de mi mejor amiga, tratando de infundirle ánimo. Me dolía físicamente verla así y quería alejar su dolor tanto como pudiera. No era ingenua. Sabía que ella nunca olvidaría algo así, pero si podía ayudar a hacerla un poco feliz, entonces quería hacerlo.

—¿Por qué no decirle la verdad?

—Prefiero que me odie a que piense que causó el aborto y se odie a sí mismo. Si estuviéramos juntos y nunca hubiéramos peleado, estaría aquí sentada con un bebé contigo. No lo culpo de nada, pero sabía que se culparía a sí mismo. Se fue de juerga y llevó la fiesta lo más lejos que he visto hasta ahora.

Avery estalló con más lágrimas.

—Lo siento mucho —sollozó. Le dije que parara y que se desahogara. No debería disculparse. Para eso estaba yo aquí.

—Si supiera que es el origen del aborto, me asusta pensar lo que haría.

—Apuesto a que se perdió cuando se lo dijiste. —No solo estaba triste por mi mejor amiga, sino también por mi hermano. Justo cuando pensaba que mis problemas eran malos, siempre había alguien que lo tenía peor.

Avery levantó la cabeza, con los ojos tan abiertos como la luna.

—Fue la primera vez que lo vi llorar. Destrozó la casa de la piscina, hizo agujeros en la pared con los puños y la cabeza, quedó destrozada todas las noches durante semanas. Joy tuvo que contratar a gente para que lo rehiciera todo. Pensé que iba a tener una sobredosis de nuevo, y esta vez para siempre. Gracias a Dios no lo hizo.

—¿Y qué pasó con el 4 de julio?

Se lamió los labios y miró hacia abajo.

—No estaba segura de cuándo me había quedado embarazada y mi periodo era irregular, así que me dieron dos fechas de parto. Los médicos dijeron que solo el tiempo lo diría a medida que el feto creciera. —Hizo una pausa—. El 4 de julio estaba en medio de mis fechas de parto. Me quedé embarazada en algún momento de octubre, pero no lo supe hasta diciembre.

—Espera un momento. ¿Estuviste embarazada en Nochevieja y bebiendo?

Sacudió la cabeza.

—En realidad no bebí. Fingí dar un sorbo y cuando nadie miraba, Xavier lo tomó.

—No puedo creer que no lo supiera. —Estaba en shock.

—Nadie lo sabía. Lo ocultamos bien y apenas se me notaba. Una vez que tuve un pequeño bulto, cambié a ropa de estilo más boho.

—Bien, sigue adelante.

—Antes del post de Instagram, no nos habíamos hablado desde el día que le conté lo del aborto, así que cuando me pidió verme, salí corriendo. Era el cuatro. —Avery se quedó callada y temí que se le viniera encima más dolor—. Intentamos estar juntos ese día, pero apenas aguantamos los fuegos artificiales. Me dolía demasiado. Xavier me dijo que siempre me vería como la madre que había matado a su hijo. No lo dijo con mala intención, solo que le dolía como a mí. No lo culpo por decirlo. —Sus ojos bajaron a la cama—. Tenía un aspecto horrible, Aid. Muy mal. Me desbloqueó de las redes sociales después de ese día. Por supuesto que siempre lo estoy acechando. Aunque parece feliz, sé que la mirada en sus ojos es cualquier cosa menos eso.

Esta vez me tocó llorar a mí. No pude evitar que las lágrimas brotaran de mí y lloré profundamente por ellos y por lo que nunca volverían a tener.

Me limpié los ojos con el dorso de las manos.

—Nunca hubiera imaginado que nada de esto sucediera. No lo esperaba en absoluto. No sé qué decir para ayudarte. Me siento inútil.

Me miró con cariño. Avery negó con la cabeza.

—No hay nada que tengas que decir. Con decírtelo es todo lo que necesito.

—¿Qué pasa después de esto? ¿Cómo con ustedes?

Ella miró hacia otro lado con anhelo en sus ojos.

—Nada. Seguimos como si nunca hubiera pasado, supongo. —Esperó un largo minuto antes de volver a hablar—. Nunca seremos los mismos.

Mi corazón se rompió por los dos.

—¿No crees que decirle la verdad sería mejor?

Sacudió la cabeza rápidamente.

—No. No hará nada por recuperar al bebé y, sinceramente, el daño ya está hecho. Como dije, prefiero que me odie a que piense que tuvo algo que ver con el aborto. Es mejor así.

Después de hablar y derramar más lágrimas, comimos palomitas y vimos Crueles intenciones.

Avery y yo estuvimos de acuerdo en que confesarnos mutuamente fue catártico. Ya teníamos que haberlo hecho y nos prometimos que no volveríamos a hacerlo.

Dijo que no iba a volver a contactar con Xavier, aunque yo deseaba que lo hiciera. La animé, pero después que me dijera que me iba a cortar el cabello mientras dormía si no dejaba de hacerlo, me callé. Mi pérdida de cabello había aumentado en los últimos meses, así que necesitaba todo lo que me quedaba.

Me sentí muy mal al saber lo mal que estaban Avery y Xavier, pero sobre todo al saber que se deseaban mutuamente. Y por mucho que odiara inicialmente la idea que estuvieran juntos, por lo que deduje, parecía que realmente estaban interesados el uno en el otro. Era una locura pensar en ellos así, pero ya no tenía espacio para hablar.

Hola, Kova.

Pensando en Kova... mierda. Me di cuenta que me olvidé de decirle que tenía una cita mañana.

—Pásame mi teléfono, Ave. Me olvidé de decirle a Kova que tengo análisis de sangre mañana.

Avery puso en pausa nuestra película favorita antes de coger mi móvil de la mesita de noche y entregármelo.

—Gracias. Me olvidé de mi cita. No tienes que venir... será aburrido. Tengo práctica después, así que si quieres ir de compras o hacer turismo o algo, puedes.

—Estás tan metida en la gimnasia que has olvidado lo que es el mañana.

Rápidamente envié un mensaje a Kova y luego fruncí el ceño.

—¿Qué hay mañana?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Tu cumpleaños, tonta.

Me detuve y la miré fijamente. Mierda.

—Oh, Dios mío. ¿Cómo lo he olvidado?

Mañana cumpliría diecisiete años. Había estado tan metida en mi vida y concentrada que había olvidado mi propio cumpleaños.

—¿Por qué crees que estoy aquí? —preguntó con una sonrisa en el rostro.

Me sentí bien al verla sonreír después de nuestra larga conversación. Sin embargo, no puedo atribuirme todo el mérito. Estaba un poco obsesionada con Ryan Phillipe y juraba que un día se mudaría a Hollywood y se casaría con él.

—Como me lo perdí el año pasado, he venido a celebrar tu gran día. Tengo planeada una increíble sorpresa para ti que nadie podrá superar.

Seguí mirando fijamente, estupefacta.

—¡No puedo creer que lo haya olvidado!

—Le echaremos la culpa al lupus.

Por una vez pude reírme de estar enferma.

—Así que voy a ir contigo mañana a tu médico y luego te llevaré a pasear.

Mi felicidad se desvaneció un poco. La idea, aunque parecía muy divertida, duró poco.

—No puedo. Tengo práctica después.

Avery negó con la cabeza, mientras sus mechones rubios se balanceaban sobre su rostro.

—No —dijo con orgullo, y se metió un trozo de palomitas en la boca—. Lo he aclarado con Kova. Eres mía durante todo el día.

Mis cejas se fruncen.

—¿Qué? ¿Cómo?

Parecía muy orgullosa mientras movía los hombros de un lado a otro.

—Tengo mis maneras.

Sentí que una sonrisa me arrancaba la comisura de los labios. Mis labios se movieron.

—¿De verdad? —Me reí.

—¡Sí! Tengo todo el día planeado. He estado esperando esto, no tienes ni idea. Te va a encantar. Solo confía en mí en este caso, ¿de acuerdo?

Le eché los brazos por los hombros y la apreté todo lo que pude.

—Hace años que no me tomo un día para pasar el rato; normalmente duermo en mi día libre. En serio, eres la mejor amiga del mundo.

—Sé que lo soy. —bromeó, fingiendo que se revolvía el cabello a pesar de estar atado—. Ahora déjame volver con mi futuro ex-marido.

Luego dijo su siguiente serie de palabras tan rápidamente que no creo que haya respirado.

—Oh, tendrás que estar en la práctica a las seis de la mañana siguiente y tomar una clase extra de ballet, pero no te preocupes, valdrá la pena.

Capítulo 46

—¿Quieres las buenas o las malas noticias? —me preguntó el Dr. Kozol.

Le dirigí una mirada sosa.

—No sé, Doc, ¿cuánto peor puede ser? Estoy básicamente en mi última etapa.

—Al menos no has perdido el sentido del humor. —Avery se rió a mi lado y yo le sonreí.

El Dr. Kozol abrió mi expediente, y su expresión alegre no pasó desapercibida. Era bueno ver que mi médico también tenía sentido del humor. Me ayudó un poco, mentalmente.

Ya había sacado sangre y había hecho el examen físico habitual. Ahora estábamos sentados en su despacho, con la puerta cerrada, revisando mi plan de tratamiento y asegurándonos que la medicina estaba ayudando a mantener mis síntomas. Había llegado al punto de saber que esto era lo normal cada vez que venía.

—La mala noticia es que, aunque voy a enviar tu muestra de orina junto con tu análisis de sangre, tus proteínas siguen aumentando. No mucho, pero lo suficiente como para preocuparme. ¿Has estado siguiendo tu nuevo plan de dieta?

—Sí, lo he hecho.

—Eso es bueno. ¿Y tus medicamentos? ¿Cómo te están funcionando?

Dudé. Había algunos efectos secundarios que había sufrido, pero en general, no eran demasiado malos. Realmente no quería probar nuevos medicamentos.

—Me llevó algún tiempo adaptarme a ellos, pero ahora creo que están bien. Por ejemplo, si no como con dos de ellos, me pongo muy mal hasta el punto de vomitar. He aprendido a seguir las reglas que aparecen en el lateral de la botella. Sin embargo, no tomo ninguno de los medicamentos para el dolor. Hago todo lo posible por superarlo. En su mayor parte, los medicamentos parecen funcionar, supongo.

Asintió con la cabeza y anotó algunas cosas.

—En realidad, todo es ensayo y error, ya que no hay dos pacientes iguales —dijo, revisando mi historial. El Dr. Kozol hizo una pausa para mirarme fijamente—. Y ninguno suele renunciar al tratamiento tampoco.

Haciendo una mueca, apreté los labios. Sabía los riesgos que corría, y también sabía que si no los asumía me arrepentiría. En circunstancias normales no habría prolongado la diálisis. Habría ido al hospital para que me hicieran más pruebas, como él había sugerido en un principio. Pero me resultaba difícil entender que, después de haber llegado tan lejos, ahora lo dejara todo. Unos meses más no me matarían. Ojalá.

—No estoy renunciando al tratamiento, por decirlo así, solo lo estoy retrasando.

El Dr. Kozol me estudió, con su bolígrafo oscilando entre el pulgar y el índice.

—Sabes que el tiempo es esencial, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Lo sé. Créeme, está en mi mente todo el tiempo. ¿Y mis pulmones? La última vez que estuve aquí dijo que había sonidos que no le gustaban. —No podía recordar sus palabras exactas, solo que estaba preocupado por ellos—. Oíste líquido creo, ¿verdad?

Asintió con la cabeza.

—Están mejor. Todavía puedo oírlo, pero definitivamente ha mejorado.

Se me iluminó la cara.

—Al menos tengo una cosa buena, ¿no?

El Dr. Kozol me ofreció una sonrisa amable.

—Llevas una semana de retraso para verme. Cuando hablé con tu padre y repasamos tu nuevo plan, esperaba que cumplieras la promesa.

Desvié la mirada y crucé una pierna sobre la otra. Tenía razón. Tendría que haber venido la semana pasada, pero no lo hice. Lo había retrasado. Probablemente pensó que no me importaba o que no me tomaba en serio mi enfermedad, pero no era el caso.

Sentada un poco más recta, miré a mi médico directamente a los ojos.

—Sé que lo último que quieres oír es una disculpa, pero realmente lo siento. No volverá a ocurrir. Lo prometo. La semana pasada… —Mi voz se interrumpió mientras me debatía en decirle la verdad—. Es que he estado sumida en mis emociones, luchando desde que todo pasó. Acabo de empezar a decírselo a la gente. Sé que no es una excusa y no intento que lo sea, solo te digo por qué no estuve aquí. Es mucho para manejar y me asusta. Sé que tengo que empezar la diálisis y el hecho de no hacerlo está en mi mente todo el tiempo. Sinceramente, estoy tratando de no dejar que las enfermedades se apoderen de mí. —Hice una pausa, tragando saliva—. A veces lo hacen. Poco a poco lo voy aceptando, aunque no quiera.

Su cara se suavizó con empatía.

—Comprensible, pero Adrianna, espero que seas consciente del riesgo que corres. No me gusta recordarte lo enferma que estás cada vez que te veo, pero…

Sonrío.

—Lo sé, lo sé. No es cuestión de si moriré, sino de cuándo.

Morboso, pero era la verdad.

—Lo dejaré pasar esta vez, pero, por favor, no lo vuelvas a hacer. —El Dr. Kozol miró mi expediente y empezó a escribir de nuevo—. Muy bien, cuando lleguen los análisis de sangre, si hay algún problema, te lo haré saber. ¿Estás lista para las buenas noticias?

Asentí con vehemencia. No podía imaginar lo que era.

El Dr. Kozol exhaló un profundo suspiro.

—Me alegra decirte que hemos encontrado un riñón compatible.

Me quedé helada.

No podía moverme.

No respire.

—¿Qué? —dije, con la voz un poco ronca—. ¿Qué has dicho?

Avery alargó la mano para agarrarme, ofreciéndome apoyo. Mis dedos estaban fríos, su palma caliente al tacto y me dio un pequeño apretón. Miré hacia ella y me encontré con su mirada. Mi sonrisa era débil, pero intenté demostrarle que estaba agradecida que estuviera aquí conmigo.

Parpadeé muchas veces tratando de contener mis lágrimas mientras sus ojos brillaban con profunda felicidad y amor.

Mi respiración se volvió densa.

—¿Cómo? ¿Quién? Cuándo... —Tenía tantas preguntas corriendo por mi mente. No podía pensar con claridad.

Tenía miedo que fuera un sueño y que me despertara en la pesadilla en la que había vivido durante los últimos meses. Recé para que no fuera una broma de mal gusto.

—Has encontrado un donante —dije, y él asintió—. ¿Pero quién? Mi padre me dijo que él, mi hermano y mi madre biológica no eran compatibles. ¿Encontró un primo lejano o una tía o algo así? —No me iba a hacer ilusiones que Joy se sometiera a la prueba, pero habían pasado cosas más locas.

—Tenemos una donante, Adrianna —dijo de nuevo suavemente—. De hecho, está sentada a tu lado.

Las lágrimas me nublaron la vista y mi cuerpo estalló en un sudor frío. Con los ojos muy abiertos, me giré para mirar a mi mejor amiga.

—¿Qué?

Apenas pude pronunciar la palabra sin que me temblara la voz. Mi corazón se aceleró. Antes de poder detenerlas, unas lágrimas resbalaron por mi mejilla. Sabía que no era la única persona en el mundo que buscaba un riñón y que las posibilidades de encontrar a alguien que lo donara eran escasas. Por eso mi médico se empeñó en que empezara el tratamiento. Mi fe en encontrar un donante compatible se había tambaleado un poco, pero había mantenido la esperanza. Pero esto... mi mente no estaba procesando todo.

—¿Avery? —dije, con la voz temblorosa.

Tenía los ojos brillantes por las lágrimas y se mordía el labio inferior. Le temblaba la mandíbula y pude ver la verdad en su mirada.

—Es cierto. Somos compatibles.

Mi cabeza tembló al oír su voz áspera. Una lágrima se deslizó por sus ojos azules como el cristal y se la limpió rápidamente.

—Realmente somos compatibles. —Avery moqueó.

El corazón latía con fuerza contra mis costillas, estaba en completo shock.

—No lo entiendo. ¿Cómo?

—Cuando me contaste todo, fui a ver a tu padre al día siguiente y le dije que estaba dispuesta a hacerme la prueba. —Su cabeza se inclinó hacia un lado—. Frank entonces fue a ver a mi padre y hablaron del tema. Al final se pusieron en contacto con él —dijo, señalando al Dr. Kozol—. Después de un par de días, ambos me dieron luz verde y me hice la prueba. No soy muy dada a rezar, pero recé como una loca y juré a todos los dioses que había que haría cualquier cosa por ser tu donante. —Se detuvo para reponerse—. Pensé que no había mejor momento para decirte esto que en tu cumpleaños.

Parpadeé un par de veces, asegurándome que había escuchado todo correctamente. Avery Heron, mi mejor amiga, iba a darme uno de sus riñones.

Como no dije nada, se rió.

—Todos estábamos en shock, créeme.

Una risa ligera salió de mis labios.

—Es que... no sé qué decir, qué pensar. ¿Estás segura que quieres hacer esto?

—Eres mi mejor amiga. Haría cualquier cosa por ti. Cuando estés lista, mi riñón es tu riñón. No más insuficiencia renal para ti. No bajo mí vigilancia.

Las dos nos reímos con sus frases cursis, sonriéndonos la una a la otra. La miré con total asombro que hiciera esto por mí. No se trataba de tomar prestada una camisa o un par de pendientes, sino que me estaba dando un órgano que nunca podría retirar.

Dejé escapar un resoplido y me limpié las lágrimas frescas que me nublaban la vista.

—No sé qué decir más que gracias, Avery. —La emoción volvió a obstruir mi garganta—. Gracias.

Volvió a apretar mi mano.

—Amigas del riñón de por vida.

Capítulo 47

Después de pasar otra hora en la consulta del médico repasando los detalles y los planes, volvimos a mi apartamento y derramamos más lágrimas antes de llamar a nuestras familias.

Todavía no podía creerlo. Iba a conseguir un riñón. No ahora mismo, pero sí con el tiempo.

Nos sentamos en el sofá a beber chocolate caliente que Avery había preparado de forma artesanal. Me dolían las mejillas de no poder dejar de sonreír y había estado llorando a ratos. Ser donante de órganos era un acto desinteresado y requería un corazón enorme por parte de alguien. Yo estaba muy cerca de tener una insuficiencia renal, y Avery estaba dando voluntariamente una parte de sí misma para ayudarme a vivir una vida más larga. Estaba cambiando el final de mi historia ofreciéndome el regalo definitivo, algo que nunca, nunca, podría pagarle.

—Estoy siempre en deuda contigo, sabes —dije en voz baja. Mierda. Las lágrimas volvieron a llenar mis ojos.

Arrugó la nariz al verme.

—Menos mal que sé dónde vives.

—Ni devoluciones— bromeé. Me lamí los labios y respiré profundamente.

Avery me miró de forma divertida.

—Como si yo fuera a hacer eso. Tengo algo para ti —dijo y se levantó del sofá de un salto. Dejó el chocolate caliente en la mesa

de café y corrió a mi habitación. Un minuto después, estaba de vuelta y me entregaba una bolsa de regalo.

Con el rabillo del ojo, capté el diseño brillante de su camiseta. Me quedé mirando lo que parecían habas. Debió de ser una casualidad cuando fue a coger mi regalo. Fruncí el ceño al leer las palabras y finalmente reconocí las imágenes. Me quedé boquiabierta y mis ojos se abrieron de par en par con la risa.

—¡Dios mío! Acabo de darme cuenta de lo que hay en tu camisa —dije.

Dos riñones con las palabras debajo:

¡Somos compatibles! ¿Quién no querría un trozo de esto?

Me reí a carcajadas.

—¿Dónde has encontrado eso?

—Tengo contactos. —Señaló con la barbilla la bolsa de regalo que me entregó—. Ábrela, pero no leas el interior de la tarjeta ahora mismo. Me he puesto un poco sentimental y me da mucha vergüenza. Solo lee el anverso. —Mis ojos se desviaron hacia abajo mientras abría la tarjeta.

He oído que la orina necesita un riñón. ¿Quieres el mío?

—Oh, hombre. —Me reí.

—Lo sé. Me divertí mucho eligiendo cosas para ti.

Volví a meter la tarjeta en el sobre y la dejé a un lado.

—No necesitabas darme nada, sabes. Me estás regalando un maldito órgano.

—Sí, pero quería hacerlo.

Sonreí, sintiéndome agradecida.

—Esto es para cuando termine la operación —dijo Avery mientras sacaba el primer regalo envuelto en papel de seda—. Tienes que llevarlo.

—Lo prometo —dije sin siquiera mirarlo.

Desplegué la camiseta y leí las letras de molde en negrita.

DIRECTAMENTE DE UNA OPERACIÓN DE TRASPLANTE.

Tenía dos riñoncitos al lado del texto.

Solté una carcajada y sonreí de oreja a oreja. Era la primera vez en meses que sentía que podía volver a respirar, que había una luz al final del túnel, y se lo debía a mi mejor amiga. Era surrealista.

—¡Me encanta! Solo tu encuentras una camisa como esta.

Volví a meter la mano en la bolsa y saqué otro regalo envuelto en papel de seda. Levanté la camiseta verde, el color asociado a la enfermedad renal, y leí las letras blancas.

LADRÓN DE RIÑÓN.

Avery asomó la cabeza por el lateral. Estaba radiante de felicidad. Me encantaba poder verla así de nuevo, pero me sentía mal porque solo era por ser compatible. Pero así era Avery. Siempre haciendo lo imposible por hacer feliz a otra persona.

Mientras sacaba otra camisa, me dijo:

—Y ésta es por ahora. Hay dos. Una para ti y otra para mí.

AMIGAS DE RIÑÓN PARA TODA LA VIDA.

Mis labios se separaron.

—Esto es lo que me dijiste hoy en la consulta del médico.

—Lo sé. No te has dado cuenta de nada —bromeó.

Sin embargo, no podía reír, no cuando estaba llorando de nuevo. Mi cabeza cayó en mis manos y rompí a llorar por su consideración. Avery se acercó a mí y me abrazó con fuerza mientras yo lloraba suavemente en su hombro.

—Te quiero, chica —dijo ella, moqueando—. Sé que tuvimos nuestra primera, y última, pelea épica, pero eso no cambia nada entre nosotras. Haría cualquier cosa por ti, como sé que tú harías por mí.

Maldita sea, no estaba ayudando, pero tenía razón. Si los papeles se invirtieran, haría todo lo posible para ayudarla.

—Gracias, Avery —dije, retirándome—. Una palabra no parece suficiente para lo que me estás dando.

—Para —dijo ella y se limpió la lágrima bajo la línea de las pestañas—. Si no quisiera hacer esto, no me habría hecho la prueba. —Tomó mis manos entre las suyas y se acercó—. Quiero hacer esto por ti, ¿bien? No quiero que sientas que tienes que dar las gracias todo el tiempo o que tienes que tratar de encontrar algo para darme a cambio. No se trata de eso. Te quiero y quiero ayudarte.

Asentí y me clavé los dientes en el labio inferior mientras luchaba contra las lágrimas. Algún día se lo devolvería, pero aún no sabía cómo. Sin embargo, encontraría la manera.

Buscando en la bolsa, Avery me entregó algo más pesado.

—Este es el último.

Desenvolví una taza y le di la vuelta.

Tengo 99 problemas pero mi nuevo riñón no es uno.

—Oh, Dios mío. —Me reí de nuevo—. Realmente te has pasado con lo de los riñones. —Volví a sonreír, amando tanto cada regalo. No tenía ni idea de dónde había encontrado nada de eso, pero era tan considerado y divertido, y lo apreciaría para siempre—. No puedo esperar a usarlo.

Se encogió de hombros como si no fuera gran cosa. Pero lo era. Era algo muy importante.

—Pensé que era mejor intentar convertirlo en algo divertido y no en algo deprimente. Esto es algo bueno y no deberíamos llorar

o estar tristes por ello. —Me entregó una de las camisetas a juego—. Póntela.

Mientras me ponía la camisa por encima de la cabeza, llamaron a la puerta.

—¿Esperas a alguien? —Avery se volvió hacia mí.

Sacudí la cabeza.

—No.

Me dirigí a la puerta y la abrí.

—Kova —dije, un poco sorprendida—. Hola. ¿Qué estás haciendo aquí?

Sus ojos se suavizaron.

—*Ria*, ¿puedo entrar?

—¿Ese es Kova? —Avery gritó, y corrió detrás de mí. Colocando sus manos en mis hombros, se inclinó sobre mí—. Hola, guapo. Te ves muy bien.

Kova me lanzó una mirada incómoda. Mis mejillas se sonrojaron y le pedí perdón con la boca. Aunque Avery lo sabía todo sobre Kova y yo, Kova no lo sabía. Imaginé que le daba pánico por dentro.

—Entra —dije.

Se pasó la mano por el cabello y cerré la puerta. Parecía ansioso.

—No me quedaré mucho tiempo. Solo quería traerte esto —dijo Kova, y luego levantó la mano para revelar una icónica bolsa de regalo de color turquesa.

—Oh-Dios-Mio —dijo Avery, frotándose las manos con impaciencia. Ambos la miramos y ella nos devolvió la mirada—. Ah, puedo salir para darles un poco de tiempo —dijo, y luego se dio la vuelta y se dirigió a mi habitación. La oí dejarse caer en mi cama.

—No te preocupes —le dije cuando noté la inquietud escrita en su cara—. Avery es como una bóveda. Te juro por mi vida que nunca dirá nada a nadie sobre nosotros. Te lo prometo.

—¿Sabe ella...?

Asentí con la cabeza. No iba a mentir.

—Lo sabe.

Expulsó un profundo suspiro.

—Si lo dices, entonces te creo. No te quitaré demasiado tiempo, ya que no la ves a menudo. Solo quería traerte un regalo de cumpleaños.

Mis ojos se abrieron de par en par cuando me entregó la bolsa.

—¿Sabías que era mi cumpleaños?

—Sí, por supuesto.

—¿De verdad?

Kova asintió y mi corazón latió un poco más rápido por él. Yo no era de las que transmiten mi cumpleaños, así que el hecho que él lo supiera sin tener que decírselo me emocionó por dentro cuando mi familia se olvidaba la mitad de las veces. Una estupidez, lo sé, pero supongo que son las pequeñas cosas de la vida.

—No tenías que darme nada.

Kova se acercó a mí y pude oler su colonia. Su tentador aroma se arremolinó deliciosamente alrededor de mi cabeza. Me pasó unos mechones de cabello por detrás de la oreja y me agarro la mandíbula. Me inclinó la barbilla hacia atrás y me miró a los ojos con fiereza.

—Tú significas el mundo para mí, *Ria*. Quería darte algo especial para demostrártelo. —Se inclinó y sus labios rozaron la concha de mi oreja—. Realmente quiero besarte, pero no lo haré con tu amiga aquí.

Volviendo mi rostro hacia el suyo, besé tiernamente su mejilla sin hacer ruido.

—Gracias por venir —susurré.

Cuando volvió la cara, apreté mis labios contra los suyos y le di un rápido beso. Kova me agarró rápidamente por la nuca y apretó más sus labios contra los míos, inhalando por la nariz como si me respirara.

—Por favor —dijo contra mi boca—. Abre tu regalo.

Al retirarme, mis mejillas se calentaron y le sonreí. Se colocó detrás de mí y vio cómo sacaba la caja cuadrada de la bolsa. Puse la bolsa sobre la encimera y luego tiré del lazo de satén blanco para soltarlo. Kova jugó con mi cabello, moviéndolo hacia un lado para que cayera sobre mi hombro. Me recosté contra él, cayendo en el calor de su cuerpo mientras me rodeaba el estómago con sus brazos. Los latidos de mi corazón se aceleraron, pero me acomode en sus brazos. Dentro de la caja de terciopelo había un brazalete de oro rosa suave. Tenía una doble cadena con el símbolo del infinito.

Separando los labios, lo saqué de la caja y lo puse en la palma de la mano. Solté un suspiro. Mi dedo rozó la fina cadena hasta llegar al colgante del centro. Kova no dijo nada sin pensarlo bien. Se le daba fatal exponer sus sentimientos. Pero cuando lo hacía, significaban algo, y algo me decía que había pensado en este regalo en concreto. Conocía el significado del símbolo del infinito. Lo único que pude hacer fue concentrarme en la delicada pieza de joyería y sentir cómo se me llenaban los ojos de lágrimas. Maldita sea, he llorado mucho estos días.

—Es tan bonito —dije en voz baja. Lo levanté hacia él—. Pónmela, ¿por favor?

Kova la sujetó bajo mi muñeca. Entrelazó sus dedos con los míos y levantó nuestras manos unidas hacia su boca para apretar un beso en la mía. El mundo exterior no tenía ni idea de lo dulce que podía ser.

—Hay una cosa más.

Mis cejas se inclinaron hacia el otro. No me había dado cuenta que había otra caja en la bolsa. Soltando su mano, metí la mano dentro y la saqué, luego la abrí.

Me quedé mirando sin pestañear el delicado collar a juego. Era impresionante, delicado y muy bonito.

—Kova, me has dado demasiado. Esto es... es hermoso. Muchas, muchas gracias.

—No existe tal cosa como demasiado cuando se trata de ti.

Capítulo 48

Son palabras que me hacen cosquillas en el cuello.

Estuve muy cerca de decirle que lo amaba.

Kova me colocó el collar alrededor del cuello. Dando la vuelta, agarré su mandíbula y la acerqué a la mía. Inhalando, lo besé. Los fuertes brazos de Kova me rodearon la espalda. Me levantó y me colocó sobre la encimera y se metió entre mis piernas, devolviéndome el beso con la misma intensidad. Me encantaba cuando hacía eso. Me encantaba cuando me devolvía el beso con diez veces más fuerza. Como si estuviéramos demostrando quién se amaba más.

—Te amo, *Ria* —admitió solo para que yo lo oyera.

Me lamí los labios.

—Desde que mi secreto salió a la luz y lo hablamos, me dices que me amas todo el tiempo.

—La vida es demasiado preciosa. La damos por sentada. Me di cuenta de eso cuando me enteré de lo enferma que estabas. Te dije que ya no quiero ocultarte nada. Quiero que sepas lo que siento todo el tiempo.

Le sonreí suavemente.

—Gracias —susurré. Mis dedos revolvieron el cabello alrededor de su cuello mientras nos mirábamos fijamente.

—¿Puedo salir ahora? —Avery gritó desde mi habitación.

Mi sonrisa se amplió y Kova y yo empezamos a reírnos juntos.

—Me encanta verte reír —le dije. Luego incliné la cabeza y grité—: ¡Sí! —A Avery.

Avery no mostró ninguna vergüenza y salió rebotando de mi habitación.

—Muéstrame la mercancía.

Sacudiendo la cabeza, levanté la muñeca y cogí el collar para enseñárselo. Se acercó a nosotros y Kova se acercó un poco más a mí.

—Lo has hecho bien, entrenador —dijo mientras examinaba las joyas, y luego se volvió hacia Kova—. ¿Tienes un hermano?

Me reí y Kova me miró de reojo, confundido. Avery tenía mucha personalidad si no la conocías.

Le dio una palmadita en el brazo.

—Solo estoy jugando. Ya no me dedico a los hermanos —dijo, y luego se dirigió a la cocina para coger una botella de agua.

Mis mejillas se encendieron, pero Dios, quería a mi mejor amiga.

—Eso he oído —respondió Kova.

Mi mirada volvió a dirigirse a él y me fijé en su cara. Mis labios se crisparon. Volvió a rodearme con un brazo, con la risa resaltando sus ojos.

—¡Se lo has dicho! —me gritó levantando el brazo. Su mirada era acusadora, pero sabía que no estaba realmente enfadada.

Mi mandíbula se tambaleó.

—¿Perdón?

—Tienes suerte que sea tu cumpleaños y seas mi mejor amiga. —Tomó un sorbo de agua—. Está bien. Lo he superado.

Kova me soltó y dio un paso atrás. Miró de mí a Avery. Seguí su mirada, tratando de averiguar qué estaba mirando.

—¿Por qué llevan la misma camiseta? ¿Es una cosa de amiguitas?

Me eché a reír cuando dijo "amiguitas". Sonaba como si hubiera comido algo agrio.

Luego leyó las palabras. Y volvió a mirar hacia atrás y hacia delante entre nosotras.

—¿No te has enterado? —dijo Avery.

—¿No me he enterado de qué? —Los ojos de Kova se dirigieron a los míos.

—Díselo, Aid.

Me mordí el labio mientras me miraba fijamente. Su pecho se levantó más y más rápido, y juro que pude sentir su corazón bombeando. Kova me observaba, esperando, con cara de esperanza.

—¿*Ria*? —preguntó lentamente.

Desvié la mirada y bajé de un salto del mostrador.

—Bueno... —empecé, y me acerqué a Avery—. No he tenido la oportunidad de decírtelo y, sinceramente, no estaba segura de cómo lo haría. —Le rodeé la nuca con el brazo y la atraje hacia mí. Ella me devolvió el abrazo, dejando caer su cabeza sobre mi hombro y enganchando sus brazos alrededor de mi cintura. Por el rabillo del ojo vi que sonreía suavemente a Kova—. Este cumpleaños ha sido el mejor de mi vida. No solo me has sorprendido con un regalo significativo, sino que Avery, bueno, ella...

Dispara. La emoción me golpeó más rápido de lo que pude evitar. Las lágrimas llenaron mis ojos y mi mandíbula tembló. Intentar decir que tenía un riñón compatible resultó ser más difícil de lo que pensaba.

Avery levantó la cabeza de mi hombro y me miró. Una lágrima se deslizó por mi ojo y bajó por mi mejilla. Todavía no podía creer lo que iba a hacer por mí.

—Para el cumpleaños de Adrianna, también la sorprendí. —Miró hacia Kova—. Soy su pareja. Bueno, eso ya lo sabíamos. —Bromeó con una mirada juguetona—. Soy compatible con los riñones. Cuando llegue el momento, porque sé que es testaruda y no lo hará ahora, le daré un riñón. Tengo estas camisetas para nosotras, ya que somos amigas de riñón de por vida.

Observé cómo la cara de Kova cambiaba entre un puñado de emociones. El color de sus mejillas se desvaneció y se quedó inmóvil, como si estuviera en shock y no supiera qué decir. Su nuez de Adán se balanceó. Levantó la mano, se la pasó por la boca y miró al suelo. Luego, caminó hacia nosotras y nos sorprendió a ambas.

Pensé que iba a tirar de mí hacia sus brazos, pero no lo hizo. En su lugar, tiró de Avery hacia sus brazos y la abrazó.

Me quedé boquiabierta y mis ojos se abrieron de par en par al ver cómo su cara se torcía en una mezcla de dolor y alivio. Entrecerrando los ojos, capté el sutil temblor de sus brazos.

Avery me miró en busca de orientación. Lo único que pude hacer fue encogerme de hombros porque, aparte de cuando estábamos solos o él estaba con Katja, nunca vi a Kova mostrar un ápice de emoción, y mucho menos tocar a nadie. Ahora mismo, se estaba volcando en ella.

Con los ojos brillantes, Avery se dejó llevar. Rodeó la espalda de Kova con los brazos y pasó las palmas de las manos planas muy lentamente de los hombros a las caderas. Sus ojos se cerraron flotando y sonrió de oreja a oreja.

—Vaya, Kova, qué espalda tan fuerte tienes —dijo.

Me reí.

Kova se retiró, con los labios crispados.

—Gracias, Avery —dijo. Su voz era ronca.

Se giró y me miró, casi haciendo que mi corazón se detuviera. Sus ojos estaban llenos de amor y afecto. Sabía que me amaba, me lo decía a menudo, pero esta vez era diferente. Su amor me dejó sin palabras. Esta era una faceta de Kova que nunca exponía al mundo exterior, por razones obvias, pero que permitía que Avery viera. Eso hizo que me enamorara aún más de él.

—Desde el fondo de mi corazón, gracias, Avery —dijo de nuevo, exhalando un fuerte suspiro. Estaba luchando con la noticia de la misma manera que yo—. No puedo imaginar mi vida sin Adrianna.

Las dos nos quedamos mirando con asombro. Kova siguió con algunas cosas en ruso, aunque no le pregunté qué significaban. Algo en mi interior me decía que le diera un minuto.

Avery se recuperó y fingió quitarse el polvo de los hombros.

—Ahora que he conseguido que puedan fornicar el resto de sus vidas, enséñame tu marca. —Kova parecía confundido. No sabía de qué estaba hablando hasta que dijo—: Adrianna me habló de la A y quiero verla. Quítate la camiseta.

Me tapé la boca.

—Ave —dije, intentando no reírme. Era tan imprevisible.

Me miró como si no fuera una petición descabellada.

—¿Qué? Es lo menos que puede hacer por mí. Quiero verlo. Creo que es tan sexy y dulce. —Avery tenía una mirada melancólica que me hizo reír aún más.

—No —dijo él, callándola.

Su mandíbula cayó al suelo. Miró a Kova como si estuviera ofendida.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—No.

—Bien. Bien. No te quites la camisa, solo levántala para que pueda ver.

Kova se volvió hacia mí en busca de ayuda. Lo único que pude hacer fue ofrecerle una mirada de disculpa.

—No.

—¿Qué? —Ella resopló y me miró—. Ayudar a una hermana.

—¿Solo un vistazo? —le pregunté, vacilante.

Sacudió la cabeza.

—Eso es solo para *Ria* y para mí.

—Aww, eso es tan adorable. —Avery se inclinó hacia mí y acercó su boca a mi oído mientras miraba a Kova—. Saca una foto mientras duerme —susurró en voz alta para que la oyera—. No tengas miedo de tomar unas cuantas y enviármelas. Prometo no decírselo a nadie.

Sacudiendo la cabeza, la sonrisa sexy de Kova me enroscó el corazón. Eché una mirada a Avery, y pude ver que ella también sentía su carisma por la forma en que lo observaba con un brillo en los ojos. Quería volver a besar esos labios, pero me contuve.

Acercándose a mí, Kova me apretó contra su cuerpo.

—*Ya lyubuyu tebya navsegda* —dijo, y luego me besó la parte superior de la cabeza—. Tengo que irme. Feliz cumpleaños, *malysh.*

—Solo una mirada —presiono Avery mientras Kova se dirigía a la puerta y la abría.

—Nunca sucederá. Soy tan terco como *Ria*. Pregúntale a ella. —Kova se detuvo justo cuando estaba a punto de irse y me miró por encima del hombro—. Espero verte mañana temprano.

Asentí con la cabeza y se fue. Volviéndome hacia Avery, parecía que iba a licuarse en un montón en el suelo. Me reí. Por fin empezaba a ver lo que yo veía.



—Espero que algún día te cases con ese estúpido ruso —dijo soñadoramente.

Capítulo 49

—Mierda —susurre en voz baja.

Parpadeé, esperando que el agua del váter teñida de rosa fuera algo que estaba imaginando.

No lo era.

Desde que empecé a entrenar al ritmo que lo hacía hace más de un año, mi periodo había sido irregular. A veces lo tenía en cuatro semanas, otras veces pasaban casi siete semanas sin que hubiera rastro de él. A veces tenía periodos abundantes, otras veces manchaba durante tres días. Mi cuerpo estaba sometido a una tremenda tensión, lo que provocaba un desorden en mi ciclo. Con todo lo que estaba pasando últimamente, se me había olvidado, así que no había pensado en ello.

Cerré los ojos y respiré profundamente. Esto me iba a pasar a mí. No solo me había despertado con un dolor de cabeza atroz y el estómago revuelto por los nervios, sino que estaba en Escocia preparándome para competir en una competición internacional, y ahora necesitaba tampones.

Rápidamente, me bajé el leotardo y me envolví el cuerpo con una toalla. Abrí la puerta y entré en la habitación que compartía con Holly. Sarah no se había clasificado y Reagan rechazó el encuentro por no tener fondos para ello, así que esta vez estábamos solas.

—¿Holly?

Me miró desde donde estaba sentada en su cama enviando mensajes de texto en su teléfono móvil.

—¿Por casualidad tienes algún tampón contigo? Me acaba de venir la regla y no tengo nada.

Se quedó boquiabierta e inmediatamente se puso en pie.

—¿No los traes como respaldo? Siempre los dejo en mi maleta.

—No estaba pensando, supongo.

Holly me entregó un montón de tampones y los miré con horror.

—¿Qué tamaño es este?

—Ultra. Mi flujo es siempre muy malo y abundante. Lo siento, no tengo nada más.

—No te preocupes. Solo estoy agradecida que los tengas. Gracias —dije.

Volví al baño y me ocupé de mis asuntos. Odiaba tener la regla durante un encuentro de gimnasia. Siempre temía que se me notara de alguna manera. Por suerte, mi maillot era de color verde oscuro con incrustaciones de cristales de Swarovski de color rosa intenso. Si se me escapaba, no se notaba.

—Chica, siempre deberías llevarlos encima —dijo Holly cuando salí del baño vestida y lista para salir.

Le ofrecí una sonrisa y asentí con la cabeza, y luego me dirigí a mi maleta para sacar la bufanda y el abrigo. Estaba un poco nerviosa, pero en general me sentía segura. Después de este encuentro, había uno más en Italia, las pruebas olímpicas, y entonces se seleccionaría el equipo.

—Suelo hacerlo, pero no sé en qué estaba pensando para no traerlos. Supongo que tengo muchas cosas en la cabeza. Eso es todo. —Nunca olvidaría después de esto, eso era seguro.

Me miró con curiosidad.

—Sí, Hayden mencionó que lo has tenido difícil últimamente. Sé que ha estado preocupado.

Dudé un instante y luego me tapé las orejas con el pañuelo. Había tantas cosas que podría haberle dicho.

—¿Qué quieres decir?

Se lo quitó de encima y se subió la cremallera del abrigo.

—No hay nada de lo que no podamos hablar esta noche si quieres. —Ella sonrió pero no fue suficiente para suavizar mis plumas—. No es malo ni nada, solo ha estado preocupado por ti durante un tiempo. Los dos lo estábamos.

La miré fijamente, preguntándome en qué dirección iría esta conversación cuando señaló mi bolsa de maquillaje. Me giré y descubrí que no había cerrado la cremallera y que se veían las tapas de mis frascos de medicamentos.

—No hace falta que me expliques nada, solo espero que estés bien —dijo suavemente.

Mierda. Había sido buena ocultando mis enfermedades en su mayor parte, pero con mi cabeza centrada en mis rutinas y en el encuentro de dos días en el que estábamos, había dejado los frascos a la vista. Tomar la medicina se había convertido en una segunda naturaleza para mí en estos días, y había estado llegando a un acuerdo con él. Más o menos.

Holly se acercó y me abrazó.

—Sé que no nos conocemos desde hace mucho tiempo, pero siempre estoy aquí para ti. Te quiero como a una hermana.

Sonreí y le di las gracias.

—Son recetas de mis médicos. Tengo una enfermedad autoinmune y no tengo más remedio que tomarlas. Estoy bien, Holly. De verdad. Estoy mejor de lo que he estado en realidad, pero podemos intercambiar historias de guerra esta noche si quieres.

Eso era todo lo que le daba. No añadiría yo que tenía una enfermedad renal, ni que necesitaría un trasplante en un futuro próximo. No añadiría que estaba mejor gracias a Kova y a las palabras que me había dicho.

Quiero vivir contigo.

Pero era la primera vez que hablaba en positivo sobre mi futuro y, sorprendentemente, me hizo sentir bien.

Frotando mis hombros, Kova me miró. Me estaba congelando y él intentaba ayudarme a mantener mis articulaciones calientes antes de subir al podio para mi primera rutina. Me dio un poco de envidia que llevara un grueso cuello de tortuga. Combinado con sus pantalones de negocios, Kova se veía muy bien vestido de negro. El color acentuaba perfectamente sus seductores ojos verdes.

Me estremecí y me froté el costado de la cabeza. El dolor de cabeza con el que me había despertado no había remitido.

—Estás preparada —afirmó.

Con los labios apretados, asentí con la cabeza mientras mis ojos se movían tratando de asimilar todo a la vez. Me mordí el interior del labio. Los nervios y las náuseas eran una combinación terrible. No solo estaban aquí los mejores atletas del mundo, sino que había agentes deportivos, canales de noticias para televisar la competición, entrenadores universitarios que intentaban reclutar gimnastas y también el comité olímpico.

—Oye. Mírame —dijo Kova, y mis ojos se fijaron en los suyos—. Concéntrate en mí. No mires a ningún otro sitio y no mires a las otras gimnastas. Mantén la cabeza en el juego.

Inclinó la cabeza hacia abajo y sus ojos se clavaron en los míos. Se quedó callado un momento, ayudándome a encontrar mi terreno, reconfortándome. Solté un suspiro que no me había dado cuenta que estaba reteniendo.

—Puedes hacerlo. Nunca has estado más preparada que en este momento, ¿sí? —dijo, y yo asentí con la cabeza—. Recuerda por qué estás aquí, piensa en cómo has llegado hasta aquí. Lo hiciste por tu perseverancia cuando el mundo estaba en tu contra y por tu trabajo duro y determinación. Lo has conseguido, Adrianna. No dejes que esa voz en tu cabeza te afecte.

—Estoy trabajando en ello.

Se inclinó y bajó la voz.

—Dos de tus rutinas tienen más puntos de dificultad que todas las chicas de aquí. Eso es enorme. Ya te pone un paso por delante. Incluso con todo lo que has enfrentado estos últimos seis meses, seguiste adelante cuando todos los demás se habrían rendido. Puedes con esto. Solo tienes que tener la cabeza bien puesta. Piensa solo en tu rutina y sonríe. Diviértete ahí fuera. Te lo has ganado.

Tenía razón. Incluso si los demás competidores fueran capaces de maximizar todos sus puntos, yo podría seguir siendo la líder en salto y barras, y conseguir los títulos de Campeón del Mundo. La única manera que eso no sucediera sería que yo cometiera un error. Pero no lo haría. He trabajado demasiado duro para esto como para dejar que alguien me lo quite. Especialmente ahora. El suelo era mi favorito y mi rutina siempre ponía al público y a los jueces en pie, por así decirlo. Y la viga, bueno, era otra historia, pero no me preocupaba.

Como siempre, Kova tenía razón.

—¿Adriana? —dijo, y lo miré a los ojos—. Eres tú contra ti misma. Algunas personas prosperan bajo presión, mientras que

otras ceden. Tú prosperas más que nadie que haya visto. Y no lo digo para llenarte la cabeza de palabras vacías solo para animarte o darte una pequeña charla de ánimo. Es lo que realmente siento y lo que veo. Es la verdad. Recuerda, deja que *eso* te inspire a vivir *tu* sueño. Has venido a ganar. Nada más.

Exhalando una respiración entrecortada, la tensión de mi cuello se aflojó. Sabía que el "*eso*" al que se refería era la enfermedad renal. Intentaba ser lo más discreto posible porque sabía que yo no quería que nadie lo supiera. Mi rostro se suavizó. Sabía que Kova hablaba en serio, que no gastaría su aliento en palabras inútiles. Era honesto hasta la saciedad y supongo que eso me gustaba de él.

—Gracias —dije en voz baja. Siempre tenía razón.

—Ahora vete a poner tiza. Estoy seguro que podrías usar más.

Me obligué a sonreír y me acerqué al cuenco de tiza. Hundí las manos en el polvo y éste se hinchó en una nube frente a mí. Podía saborearlo en mi boca.

—Estoy muy nerviosa —le dije a Holly, que estaba a mi lado—. ¿Por qué estoy tan jodidamente nerviosa? Quizá debería haber comido algo antes de salir. Tengo el estómago hecho un nudo y estoy analizando demasiado.

Se rió.

—Ah, ¿porque en este momento tienes mucho más que montar que yo? Solo espero poder ganar la atención de un entrenador universitario. Quieres que los malditos entrenadores olímpicos se fijen en ti.

—¿Aún no tienes noticias de Alabama?

—No, pero aún es pronto. Solo estoy estresada y desearía haber solicitado otras universidades como respaldo ahora.

Holly colocó su mano sobre la mía y la tomó entre las suyas. La miré y ella frunció el ceño.

—Es la medicina —susurré—. A veces me da temblores y me pone nerviosa.

—Los nervios son buenos. Son los que nos hacen seguir adelante, nos hacen sentir vivos. Si no tuvieras nervios, entonces perderías la diversión del deporte. ¿Estoy en lo cierto?

Mi corazón bombeaba la adrenalina por mis venas a gran velocidad, como si se tratara del clímax de una película. Podía sentir que se acercaba y no podía esperar a sentir que el ritmo bajaba para repetirlo una y otra vez.

—Sí, tienes razón. Es que la gimnasia es tan impredecible, ¿sabes? Y hay tantas gimnastas increíbles aquí y todas queremos más o menos lo mismo. Todas luchamos por una oportunidad de demostrar nuestra valía.

Suspiré, con los hombros pesados por el peso del mundo.

Antes que Holly pudiera responder, el timbre sonó por el interfono. Una señal para avisar que el encuentro estaba a punto de comenzar. Me quité el exceso de tiza de las manos y me la limpié en los muslos.

Es hora de ir.

Buscando a mi entrenador por última vez, nuestras miradas se cruzaron durante un breve momento. Con sus manos apoyadas en las caderas, sentí que me daba el valor que necesitaba para ser valiente.

Poniendo un pie delante del otro, subí las escaleras.

Capítulo 50

—¿Qué pasa? —preguntó Kova, poniéndose en cuclillas frente a mí.

Estaba sentada en el suelo estirando el pie antes de aplicar la cinta deportiva.

Y estaba muy molesta.

Apretando los dientes, dije:

—En primer lugar. Me duele la cabeza desde que me levanté y no se me quita. En segundo lugar, hay una estúpida chica rusa cuyo nombre ni siquiera puedo pronunciar que me persigue en cada rotación. Está tan cerca que si pestañeo me pasará.

Kova sonrió con orgullo y tomó mi pie entre sus manos para flexionarlo con cuidado. Me sujetó el talón y presionó el centro del arco con el pulgar. Me apoyé en las manos.

—Malditos sean esos rusos y sus habilidades —dijo, y yo levanté una ceja—. Taina Mstislav. —Su acento era tan marcado al decir su nombre que ni siquiera pude imitarlo—. Significa gloriosa defensora.

—No es lo que quería oír.

Se encogió de hombros.

—Los rusos siempre han dominado este deporte. Lo ven de forma diferente. La mayoría de las chicas son arrancadas de pueblos pequeños sin nada a cuestas y la familia es pobre. Les dan un techo y comida y todo el entrenamiento que necesitan,

pero tienen que devolverlo ganando. No importa qué chica rusa gane, solo que Rusia debe ganar. Lo hacen por amor a su país.

Se me arrugó la frente.

—¿Qué pasa si no ganan?

—Rusia rompe con las chicas. —Se quedó en silencio un momento, y luego dijo casi con dolor—: No quieres saberlo.

Miré a Taina, que estaba justo detrás de mí en la clasificación. Ella no sabía que la estaba observando.

—¿Es su entrenadora? —le pregunté a Kova.

Siguió mi mirada.

—Sí —dijo su nombre.

—¿La conoces?

—Sé de ella.

Observé cómo caían los hombros de Taina, cómo su espalda se enderezaba, cómo asentía rápidamente mientras recibía instrucciones de su entrenadora. A la entrenadora casi se le salen los ojos de la cabeza. Taina tenía las manos en la espalda y retorcía y giraba los dedos hasta que las puntas estaban moradas.

Kova terminó de vendar mi Aquiles y los observó un momento conmigo.

—Siempre tendré amor por mi país —dijo—, pero no estoy de acuerdo con la forma en que Rusia maneja las cosas. Es una crueldad.

—¿Kova? —Esperé a que me mirara antes de continuar—. Voy a derrotarla. —dije con una resuelta determinación.

La comisura de su boca se desplazó hacia un lado y me agarró un lado del rostro.

—Más te vale.

De pie, Kova me tendió la mano. Me puse de pie y me arreglé el leotardo para que no se me viera el trasero.

—¿Has bebido suficiente agua hoy? Puedo traerte un poco de Gatorade si quieres.

Sacudí la cabeza. No me gustaban las bebidas azucaradas.

—Estaré bien. La abstinencia de cafeína es real —bromeé—. Voy a buscar la taza más grande que pueda encontrar después del encuentro. —Solo me quedaba la viga de equilibrio y el suelo, y luego era libre.

Kova me estudió. Las luces hacían brillar sus ojos, aunque nunca se lo diría.

—¿Te sientes bien? ¿En general?

—En realidad, sí. Estoy un poco cansada, pero nada que no pueda manejar. Creo que cuando cambié mi forma de ver las cosas, cambió mucho para mí en general. Solo que me costó un poco llegar a eso.

Holly se acercó.

—Oye, ¿quieres calentar conmigo? —preguntó, y luego miró a Kova.

—Ve —dijo, dando una palmada juguetona en mi espalda—. Ustedes, señoritas, tienen unos minutos hasta que sea la hora de empezar.

Kova se alejó y nos sentamos a estirar. Después de unos minutos, Holly habló.

—¿Adriana?

—Sí —dije, alcanzando mis pies y sintiendo el ardor en mis isquiotibiales. Me encantaba la forma en que mis músculos tiraban. Me puse de pie y giré para hacer piruetas con las manos.

Holly se acercó a mí. En voz baja, para que solo yo pudiera oírla, dijo:

—Deberías tener cuidado con la forma en que miras a nuestro entrenador.

Me quedé helada. La nuca me ardió de culpa, pero me recuperé rápidamente y fingí que no sabía de qué estaba hablando.

—No lo entiendo. —Pero ella sabía que lo hacía. Podía verlo en sus ojos. Mi corazón estaba a punto de salirse del pecho—. No pasa nada —dije en voz baja.

Me dedicó una sonrisa cómplice e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Si eso es lo que quieres, lo entiendo. Una cosa es World Cup, pero en un encuentro, y mucho menos en una internacional, no puedes dejar que suceda. No con tanta gente y cámaras alrededor.

Me esforcé por no entrar en pánico.

—Sin embargo, no dejé que pasara nada.

—Puede que tú no lo hayas hecho, pero él sí. —Holly hizo una pausa y eligió cuidadosamente sus siguientes palabras—. Lo que sea que esté pasando entre ustedes dos, lo está haciendo muy obvio. Es por lo que te pedí que te estiraras. Me preocupaba que alguien lo viera.

Parpadeé y volví a parpadear. No sabía qué decir a eso.

—¿Cuándo has visto a un entrenador mirar a una gimnasta con la intensidad con la que te miró a ti? Nunca. Normalmente nos gritan a todos.

Tenía razón, y me esforcé por mantener la calma y la serenidad.

—Holly, pero no pasa nada.

Inclinándose, bajó la voz a un susurro.

—Una vez tuve un entrenador… pero no era como Kova —dijo y se estremeció como si fuera un mal recuerdo—. Si no fuera por Kova, no sé qué habría hecho.

Fruncí el ceño.

—¿Qué significa eso?

Se lamió los labios.

—¿Esta noche? Esta noche hablaremos. Solo dejen de mirarse como si no hubiera nadie más en la habitación.

Holly se alejó mientras yo me quedaba de pie, en silencio, con pánico interior, sin saber qué hacer. Me comí las uñas y me quedé mirando aturdida, intentando pensar en lo que podría habernos delatado hace un momento. Si ella vio algo, probablemente alguien más también lo hizo.

Mierda.



—Felicidades, Adrianna —dijo mi padre, dándome un gran abrazo. Por fin había terminado el encuentro y podía verlo. Solo sería por un par de horas debido a las reglas, pero lo aceptaría.

—Gracias, papá. —Se echó hacia atrás y lució una enorme sonrisa—. Sabes, es un poco gracioso que rara vez te vea en Florida, y sin embargo vueles a Escocia para verme.

—Este es un gran momento. Por supuesto que tenía que estar aquí y me alegro mucho de haberlo hecho. ¿Con cuántas medallas te fuiste?

Sonreí más, todavía sorprendida de haber ganado siquiera una medalla a pesar de todo.

—Cuatro. Tres de oro y una de bronce. —Naturalmente, el bronce estaba en viga, pero no me importaba. En este momento de mi vida, cualquier medalla era mejor que ninguna.

Kova se acercó a nosotros y puso una taza delante de mí.

—Café —fue todo lo que dijo, y yo lo tomé, sonriéndole, tan agradecida que se hubiera acordado. Le di un sorbo inmediatamente y suspiré.

—Konstantin.

Me detuve a mitad de sorbo al pronunciar su nombre. Me pareció percibir una rigidez en el tono de mi padre.

—Frank. Me alegro de verte, amigo mío.

—Igualmente.

—Adrianna lo ha hecho magníficamente hoy —dijo Kova con orgullo. Estaba radiante y, por un segundo, me pregunté si era esto de lo que había hablado Holly.

—Ella lo hizo. Estoy muy orgulloso.

—Unos cuantos entrenadores de la universidad me apartaron para preguntarme por su futuro, si tenía planes de competir en la universidad. No estaba seguro de si habían hablado de eso o no.

Mis ojos se abrieron de par en par por la emoción.

—¿De verdad? ¿Quién?

Miró hacia abajo.

—No puedo decirlo, pero hay interés. ¿Recuerdas cuando hablamos de los premios y no te recomendé que los aceptaras? —preguntó, y yo asentí, agarrando mi taza. El calor se sentía bien en mi mano—. Si hubieras aceptado, no me habrían abordado y no habría interés.

—¿Hay algún interés de alguien por el que deba preocuparme? —preguntó papá con rigidez. Sus ojos estaban fijos en Kova, como si tratara de obtener una lectura psíquica de él. Los tres permanecimos en un incómodo silencio durante un momento.

—Bueno, no iba a decir nada todavía, pero escuché al comité hablar y se mencionó el nombre de Adrianna.

Ahora, sabía que esto era una mentira. No los habría escuchado hablar libremente, porque nunca habría ocurrido. El comité era muy privado y hablaba a puerta cerrada, no en público. Kova intentaba disimular y desviar la pregunta de papá como si fuera totalmente ajeno. Supe al instante que debía seguirle el juego.

Jadeé con fuerza y reboté sobre las puntas de los pies.

—¡No puede ser! ¿Has oído mi nombre? —dije, y Kova asintió. Miré a mi padre para calibrar su reacción—. ¡Papá! ¡Esto es tan emocionante! Ojalá Xavier estuviera aquí con nosotros ahora —dije con entusiasmo y luego me incliné a su lado para darle un medio abrazo.

Me rodeó la espalda con un brazo y me apretó contra él de forma sobreprotectora. El corazón me golpeaba contra las costillas con tanta fuerza que empezaba a sentir dolor.

Carraspeando, papá dijo:

—Es una noticia fantástica. Gracias, Konstantin. Si te parece bien, me gustaría cenar con mi hija. No la haré llegar tarde. Sé que mañana tiene que volver a competir. De hecho, después de la cena, cuando Adrianna vuelva a su habitación, puedes pasar a tomar algo.

Casi me atraganté con mi café. Aquello no era una invitación, sino una exigencia. Kova tenía que ser denso para no verlo.

—Por supuesto —dijo Kova con una agradable sonrisa en la cara—. Estoy deseando ponerme al día contigo. Tenemos mucho que hablar. Me gustaría saber cuál es tu posición respecto a la

universidad para ella, así podré estar preparado cuando me pregunten de nuevo.

Mi pecho no podía soportar más tensión. Me lancé.

—Papá, si vamos a cenar, pongámonos en marcha. Estoy congelada y no he comido en todo el día.

Kova me detuvo.

—¿Por qué no has comido? —preguntó, mirándome con aprensión.

—No puedo entrenar y mucho menos competir con el estómago lleno. Tiene que estar completamente vacío.

—¿No has comido nada hoy? —Kova miró su reloj y luego a Frank antes de volver a mirarme—. Llevamos aquí siete horas, sin contar el tiempo desde que te despertaste, ¿y no has comido nada?

—No. Solo un poco de agua esta mañana.

Ahora que lo pienso, es probable que la medicina haya sido lo que me ha hecho daño al estómago esta mañana y por lo que he sentido náuseas. Algunas de las píldoras debían tomarse con comida y no lo habían hecho.

—Eso es muy peligroso, Adrianna. Por eso te ha dolido la cabeza todo el día. Tienes que comer algo antes de pisar el suelo mañana.

—¿Te duele la cabeza? —Añadió papá, con voz de pánico. Se le fue el color de la cara—. ¿Qué más? ¿Algo más que te moleste?

Sabía a dónde quería llegar, así que le sonreí con dulzura y traté de aliviar sus preocupaciones.

—Estoy bien, papá, de verdad. No me pasa nada más y mi dolor de cabeza hace tiempo que desapareció. Solo odio comer y hacer ejercicio. Seguro que en tu habitación hay una cesta de fruta. Me la llevaré cuando vuelva a mi habitación y comeré antes de salir del hotel mañana.

Papá expulsó un suspiro y vi que la luz volvía a entrar en sus ojos. Me sentí mal por haberlo preocupado, pero en ese momento comprendí por fin el significado de una pequeña mentira piadosa.

La gente mentía para proteger a sus seres queridos, a pesar del tamaño de la mentira. No se pensaba mucho en el futuro si la mentira se revelaba, sino que se tomaba la decisión consciente de proteger a los demás de la dolorosa realidad para que no tuvieran que soportar la verdad.

Y lo conseguí porque la verdad es que me dolía el cuerpo con rabia y luché contra el vómito que había estado subiendo por la garganta todo el día. Ignoré los calambres y los labios resecos. Ignoré el dolor que me atravesaba el pecho.

Lo ignoré todo y me mentí a mí misma diciendo que todo estaba bien, cuando en realidad no lo estaba.

Capítulo 51

Mire a mi padre mientras daba un sorbo al líquido ámbar que solía tomar con la cena. Estaba leyendo unos documentos que había traído, escaneando los papeles y dándoles la vuelta. Papá nunca se quedaba quieto, sino que siempre estaba trabajando.

—¿Qué está pasando entre tú y mamá? —solté.

No era frecuente que habláramos, y mucho menos de ella. Me imaginé que podía influir en la conversación de la mejor manera posible porque sentía que tenía algo en la punta de la lengua sobre mí y necesitaba evitarlo, especialmente después de cómo había actuado con Kova.

—¿Joy o Sophia?

Era la primera vez que respondía así.

—Joy.

—Estamos tratando de resolver las cosas.

—¿Qué significa eso?

Papá miró mi plato.

—¿Por qué no comes?

Desvío.

Miré hacia abajo.

—Comí un poco. Cuando tengo los nervios a flor de piel, es difícil comer.

Se quitó las gafas y apartó la pila de papeles.

—¿Por qué tienes los nervios a flor de piel?

Me miré fijamente y me pregunté cómo no podía darse cuenta.

—Papá, este encuentro es enorme, y mañana es otro día completo de competición —dije como si fuera obvio, porque lo era.

—¿Hay algo más que deba saber?

El calor se extendió por mi pecho.

—¿Cómo qué? Estoy tomando todas mis medicinas y me siento bien. Voy a ir al médico como estaba previsto. Estoy estresada, eso es todo. ¿Qué pasa con Joy? Siento que si nunca volviera a saber de mí, estaría bien con eso. Y, papá, a pesar de todo, ella me crió. ¿Cómo puede dejarme ir como el vestido de la temporada pasada que usó una vez?

Se inclinó hacia atrás y me miró de forma peculiar. Con el whisky en la mano, preguntó:

—¿Por qué no preguntas por Sophia?

Mi mandíbula se movió. No me lo esperaba, pero parecía que ambos teníamos cosas que discutir.

—No es que no tenga curiosidad por ella, porque la tengo, solo que tengo mucho en mi plato en este momento. Añadir otra madre no es algo que crea que deba hacer ahora mismo. Me imaginé que me pondría en contacto con ella una vez que terminara la temporada. Antes de eso solo me volvería loca y no es una buena idea, teniendo en cuenta que ya tengo muchas cosas en marcha. El mero hecho de acordarme de tomar las pastillas a tiempo me preocupa. Hacer tiempo para ver a mi madre biológica es una gran presión, tanto física como emocional. Por no mencionar que también es un poco incómodo.

Sus ojos se suavizaron.

—Lo siento, cariño. Tienes razón. No debería haber preguntado eso. Cuando estés lista para hablar con ella, puedes hacerlo.

—¿Pregunta por qué no quiero?

—Lo hace, pero le explicaré la próxima vez que necesitas pasar estos próximos meses antes de hacerlo.

—Espero que le digas a Sophia que soy yo, no ella.

Papá se rió y la tensión en la habitación se relajó.

—Entonces... ¿sobre Joy? ¿Qué significa resolverlo? Pensé que se estaban divorciando.

—Lo estamos haciendo. Solo está siendo extremadamente difícil.

—¿Por qué?

—Se casó por dinero y firmó un acuerdo prenupcial. Ahora está intentando extorsionar para conseguir lo que quiere. Ya le compré una casa, una casa de verano en los Hamptons, acordé un estipendio mensual, además de un buen acuerdo, pero nada más. Teníamos un acuerdo cuando naciste, que ella ha roto innumerables veces de las que tengo constancia. He dejado pasar muchas cosas. No estoy orgulloso de ello y es algo con lo que lidio cada día, pero ya es suficiente. Ya está bien de dejar que se salga con la suya porque me siento mal.

—Probablemente me odia —dije en voz baja—. Probablemente me culpa por todo, por arruinar su estilo de vida.

—Se odia más a sí misma y se esconde cada día con la riqueza. Por eso actúa como lo hace. Joy es una mujer muy insegura, así que menosprecia a los que la rodean para construirse a sí misma. De lo que no se da cuenta es que cuando se lava esa mierda de la cara cada noche y cuelga su horrible bufanda de Hermes, sigue siendo la misma persona de siempre. He sido paciente. Sé que he cometido errores, pero este último truco ha sido la guinda del pastel.

Contemplé mi próximo movimiento. Con la mención de papá al chantaje, sentí que podía mencionar lo que Kova me había dicho. Solo que no estaba segura de cómo hacerlo sin que pareciera obvio.

Aparté el plato y me metí las manos heladas en el bolsillo delantero de la sudadera.

—Papá, tengo una pregunta... Se han dicho algunas cosas en el gimnasio desde hace unos meses. ¿Es cierto que Joy ayudó a Katja a chantajear a Kova para que se casara con él?

Se llevó el vaso de cristal a los labios y dio un largo sorbo con una mirada inquietante. Los suyos se movieron de un lado a otro entre los míos, y fue en esa simple acción donde tuve claridad.

Mi respuesta obvia fue que tenía que permanecer imperturbable y completamente indiferente a la conversación. No dejaría que oyera la ansiedad en mi voz ni que viera cómo me temblaban los dedos. La verdad era que yo era una bola de paranoia.

Papá depositó el vaso en el posavasos a juego. Sus dedos permanecieron envueltos en él antes de responder.

—Supuestamente.

—¿Cómo? —Gemí para mis adentros.

—¿Por qué te importa?

—No lo sé. Solo son cotilleos del gimnasio —respondí demasiado rápido y ahora tenía que arreglarlo. Me senté y crucé casualmente las piernas—. No sabía que Joy y Katja fueran siquiera amigas. Siempre tuve la impresión que ella no le agradaba.

—No lo hace.

Parpadeé.

—Estoy confundida.

—A Joy nunca le ha gustado Katja. A Joy no le gusta nadie más atractivo que ella, o alguien que tenga el potencial de tener más que ella.

Las chicas malas eran bonitas por fuera, pero al final eran las más feas del grupo. Cuanto más aprendía sobre Joy, más veía lo horrible que era por dentro.

—¿Entonces es verdad? Básicamente obligó a Kova a casarse con ella.

—Si yo fuera Kova, también me habría casado con ella.

Incliné la cabeza hacia un lado, sin saber cómo tomar eso. Le devolví el estudio.

—¿Qué quieres decir?

Sus ojos no se apartaron de los míos.

—No ha sido inapropiado contigo, ¿verdad? —preguntó, tanteando el terreno.

Parpadeé rápidamente.

Mantén la calma.

No reaccione de forma exagerada.

Mantén la calma.

Respira.

Mantén la calma.

¡Joder!

Eso fue lo último que pensé que preguntaría y me dejó sin palabras. Debería haber sabido que ni siquiera debía hurgar en esta conversación.

Lo miré con confusión, tratando de no dejar que la pregunta me alterara, cuando en realidad mi corazón bombeaba tan fuerte que ahogaba cualquier otro sonido en la habitación.

—¿Inapropiado cómo? ¿Quién?

Sus ojos seguían clavados en los míos.

—Kova. Joy insiste en que Kova tiene los dedos sucios por lo que debería preocuparme. ¿Es algo más que manos sucias? Al parecer, Joy o Katja, no estoy seguro de cuál de las dos, descubrió algunas cosas interesantes sobre Kova que de alguna manera se relacionan contigo. Joy se niega a mostrarme nada, pero lo está usando en mi contra para obtener más dinero. Ella jura que me dará un ataque al corazón y es por eso que está reteniendo, pero también dijo que si no cumplo irá a la policía y a los medios.

—Papá, eso es ridículo. Por favor, dime que no le crees.

En su cara se dibujó una sonrisa de confianza que me puso nerviosa. Contuve la respiración, esperando su respuesta, preguntándome si debería haber preguntado ahora.

—Joy nunca haría nada que pudiera manchar su imagen. Si lo que dijo fuera cierto, lo que dudo mucho que sea, nunca lo haría a pesar de todo. Ella lleva el nombre de Rossi. Siempre estará ligada a Rossi Enterprises, lo quiera o no. Si juega sucio, volvería a perseguirla y ella lo sabe. —Dio un sorbo a su bebida— . Está siendo dramática y lo más probable es que exagere sobre lo que tiene. Intenta intimidarme, pero a menos que aporte pruebas, no tengo motivos para creerle.

Papá hizo una pausa, su cara se suavizó ligeramente, pero sus hombros estaban tensos.

—Eres mi hija, Adrianna, y siempre voy a estar de tu lado primero. Lleva la venganza en la sangre. Solía pensar que era una mujer con un objetivo. Ahora sé que solo es maliciosa y vi esto como otro de sus planes para conseguir lo que quiere.

—¿Pero por qué no le preguntaste a Kova sobre lo que dijo Joy?

—No vale la pena mencionarlo.

—¿Qué quieres decir?

—No hace falta decir que eres mi hija y que si alguna vez te hiciera daño, le rompería el puto cuello.

Saboreé el matiz no tan sutil de sus palabras. La forma en que mi padre pronunció tranquilamente esa afirmación me sacudió. Tuve la sensación que haría algo más que eso.

Inclinando la cabeza hacia un lado, un aire de superioridad le rodeaba mientras continuaba.

—Adrianna, un hombre nunca va a admitir que ha perdido su sentido del orgullo y se ha visto forzado a estar en algo que no quiere. Un hombre tampoco va a acudir a otro hombre con sus penas, eso es para las mujeres.

Alcancé mi vaso y bebí un sorbo de agua. La tensión palpitaba en un lado de mi cuello. Tenía razón, pero esto era mucho peor de lo que yo podría haber imaginado. Un silencio incómodo llenó la mesa mientras nos mirábamos. Se me puso la piel de gallina en los brazos y los dientes se me apretaron en el interior del labio.

Elegí mis palabras con cuidado.

—Papá, ha sido un buen entrenador para mí. No hay nada malo o inapropiado con nadie. Simplemente es muy dedicado al deporte.

Hizo girar los cubitos de hielo en su vaso.

—Creo que tampoco hace falta decir que lo arruinaría si lo hiciera. El dinero viene con el poder, recuerda siempre eso.

No respondí. Sabía muy bien cuánto dinero podía comprar. Me quedé sin palabras y no estaba segura de si algo ayudaría a la situación.

—Joy me metió en la cabeza algunos pensamientos que siempre había cerrado —dijo. Mis cejas se profundizaron en la confusión—. No los creía, pero después de hoy, y la forma en que te tocó, la forma en que ambos se miraron, me hizo pensar lo contrario por un minuto.

Mis ojos se ablandaron. Me sentía tan culpable por dentro.

—No es así, papá, te lo prometo. Tómate un minuto para ver a todos los entrenadores y gimnastas de mañana. Lo que has visto hoy entre Kova y yo es algo normal entre un entrenador y una gimnasta. Lo verás mañana con todos los demás. Joy está loca.

Papá se terminó el whisky y, una vez pagada la cuenta, me acompañó a mi habitación de hotel. Me deseó buena suerte mañana y dijo que estaría vigilando.

Cuando me acosté a dormir esa noche, me di cuenta que nunca me pidió que confirmara nada. O bien estaba realmente de mi lado y me creía, o tenía mejor cara de póker de lo que yo pensaba.

Capítulo 52

—Enhorabuena, Adrianna! —dijo Holly, apretándome en un fuerte abrazo.

—¡Gracias! Felicidades a ti también —respondí y me retiré, sonriendo a pesar del cansancio—. ¡Chica, lo has hecho genial! Sin duda, el teléfono de Kova no tardará en sonar con interés por ti.

La ventana para reclutar era extremadamente pequeña y había que seguir las reglas establecidas por el comité nacional. Durante el periodo de descanso, los entrenadores de las universidades no podían acercarse a ningún atleta ni hablar con él, y no se les permitía ver las competiciones. Sabía que cumplía con los requisitos académicos, una obligación absoluta desde el segundo año, pero nadie se había presentado a ella todavía, y si iban a hacerlo, ahora era el momento de hacerlo. Eso es todo lo que necesitaba: una presentación y eso era mostrar interés.

Sus ojos estaban llenos de esperanza.

—Sin embargo, no he conseguido una medalla.

—No importa. Has llegado hasta aquí y eso es enorme. Todavía te queda tiempo, ya verás.

Tenía el presentimiento que la reclutarían y, si no, siempre podría presentarse. Aunque Holly no había conseguido medallas en ninguna de las pruebas, había quedado en quinto lugar en la general, y ningún entrenador que se precie lo pasaría por alto. El período de espera era una mierda, porque una semana parecía

un mes y te hacía dudar de ti misma. No me sorprendería que hubiera interés por parte de las escuelas de la División I y II.

—Sabes, no pudimos hablar anoche —dijo, mirándome.

Cuando volví a la habitación anoche, ella ya estaba dormida, y cuando nos despertamos, estábamos demasiado concentradas para hablar.

—¿Esta noche?

Aunque volvería a cenar con mi padre, y técnicamente se me permitía quedarme con él, había optado por quedarme con Holly ya que estaba sola. Sus padres asistían a muchas competiciones en Estados Unidos, pero a ninguna fuera. Simplemente no podían permitírselo. Ser gimnasta de competición requería mucho más dinero del que la gente creía.

—Sí —dijo, luego se inclinó y bajó la voz a un susurro—. Por cierto, hoy se veían normales.

Me mantuve neutral y me limité a sonreír. Teníamos mucho que hablar, y si yo iba a revelar algún secreto, ella también lo haría. Y sabía justo el que iba a preguntar.

Antes de irme a la cama anoche, me aseguré que hoy estaría a punto, pero eso fue porque anoche le envié un mensaje a Kova y le dije que se pusiera las pilas también.

—¿Adriana?

Mi nombre era una llamada distante, un eco lejano.

Alguien me dio varios golpes en el brazo hasta que me puse de lado y abrí los ojos.

Entrecerré los ojos mirando a Holly.

—¿Qué hora es? —Tenía la garganta reseca—. ¿Tienes agua? —pregunté antes que pudiera responder con la hora—. Siento que tengo cuchillos en la garganta.

Me senté y la cabeza me dio vueltas. Supe sin comprobar que tenía fiebre. A la mierda mi vida. Realmente esperaba que no estuviera teniendo otro brote.

—No te ves tan bien —dijo Holly, la preocupación recubrió sus palabras de la manera en que suenan los padres. Me dio una botella de la mini nevera.

Le di las gracias.

—Me siento como una mierda.

—¿Cuándo volviste aquí?

Al tomar otro sorbo, me estremecí cuando el agua helada bajó como si fueran fragmentos. Volví a tapar la botella y parpadeé varias veces con los ojos hinchados.

—Cenamos temprano porque mi padre tenía una reunión telefónica. —Agarre mi teléfono y miré la hora. Mis cejas se levantaron—. ¿He estado durmiendo durante más de tres horas?

Holly levantó los hombros.

—No me preguntes —bromeó—. Acabo de regresar y estabas muerta para el mundo.

Miré a mi alrededor, muy confundida. Un fuerte sonido burbujeante estalló en mi estómago. Nos miramos durante una fracción de segundo antes de levantarme y correr hacia el baño. Me arrodillé y solté todo lo que había cenado en el inodoro.

—¿Aid? —dijo en voz baja.

—Saldré en un minuto —dije antes que el vómito surgiera de nuevo.

Dios, odiaba vomitar más que nada en el mundo. Prefería tener la regla durante un mes seguido que vomitar. Por suerte no duró mucho y pronto me lavé y salí del baño.

Los ojos de Holly estaban puestos en mí. Sin decir una palabra, me dirigí a mi equipaje y recuperé el pequeño estuche de maquillaje que utilizaba para llevar todos mis medicamentos. Lo llevé a la cama donde Holly estaba sentada y saqué los frascos, colocándolos frente a sus piernas cruzadas.

Frunciendo el ceño, cogió una botella, luego otra y otra, leyendo cada etiqueta.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, con voz suave.

—No quiero ser dramática, pero son lo que me mantiene viva. —La cabeza de Holly se levantó, sus bonitos ojos azules se llenaron de alarma—. Tengo lupus, lo que me llevó a tener una enfermedad renal. —Como no dijo nada, continué—. Tengo una enfermedad renal en fase cuatro.

Sus labios se separaron y se volvieron blancos.

—¿De cuántas etapas? —preguntó, apenas audible

—Cinco —le contesté, y las preguntas lágrimas llenaron instantáneamente sus ojos—. No llores. Estoy bien. Estoy mejor que bien, en realidad. Algunos días son más difíciles que otros. Como hoy. Los encuentros consecutivos me desgastan mucho y me quitan mucha energía. A veces me pongo un poco enferma. Todavía me estoy adaptando.

—¿Cómo te has enterado? ¿Cuándo?

Me senté a su lado.

—Bueno, no sé cuánto tiempo he tenido ninguna de las dos, pero por lo que me han dicho los médicos, si ambas enfermedades no se tratan a tiempo, causan problemas a largo

plazo y las etapas empeoran. Dedujeron que eso es lo que me pasó a mí. Solo me enteré hace un par de meses.

Sus cejas se alzaron mientras sus manos sostenían dos de las botellas.

—¿Te tomas todo esto?

—Varias veces al día.

—Vaya —dijo ella en voz baja—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Lo sabe Hayden?

—No, nadie lo sabe. No quiero que nadie lo sepa, para ser honesta. Así que, por favor, no le menciones nada a Hayden. Solo mi familia, Avery y Kova están al tanto —dije, y ella me miró como si estuviera esperando más—. Mi padre se lo dijo.

Holly desvió la mirada como si fuera culpable.

—Y yo que pensaba que había algo más cuando solo intentaba ayudarte.

—¿Qué quieres decir?

—Pensé con seguridad que había algo más que una relación de entrenador y gimnasta. Todas las señales estaban ahí

Tragué y sonreí suavemente.

—Me ayuda mucho y me cuida...

Omití un detalle importante, pero no era algo que ella necesitara saber. No iba a divulgar nada que pudiera ser usado en nuestra contra.

—Pero... —continuó.

—Es amigo de mi padre, ¿sabes?

—Espera. ¿Cómo afecta esto a la gimnasia para ti?

Respirando hondo, entré en detalles, contándole todo sobre las enfermedades y cómo me afectaban. Le dije que Avery es un

donante compatible y que en algún momento necesitaría un trasplante.

—No puedo creer que no se lo hayas dicho a nadie —dijo, con la voz un poco quebrada cuando terminé. La incredulidad marcó su rostro y empaticé con ella. Yo me sentiría igual que ella.

—Lo he considerado. Sería bueno hablar de ello, pero si lo hiciera, ¿qué cambiaría? Seguiría teniendo las enfermedades. La gente no quiere oír a alguien que siempre se queja, y yo definitivamente no quería que me compadecieran ni que nadie me tratara de forma diferente, así que me lo guardo para mí. Quizá algún día sea más abierta al respecto.

Ella asintió, aceptando lo que dije.

—Sí, supongo que puedo verlo desde tu punto de vista. —Hizo una pausa—. Solo me lo dices porque he visto las botellas, ¿no?

—Más o menos —dije con una sonrisa parcial—. Créeme, me quejo mucho conmigo misma. Estoy harta de oírlo. —Holly se rió, pero fue una risa triste—. No te sientas mal —dije— prefiero lidiar con ello por mi cuenta, para ser honesta. Lo último que quiero es que alguien se preocupe por ello, como si fuera un bebé, ¿sabes?

—Sí, lo entiendo. Es una mierda.

Esta vez me reí de verdad.

—Solo un poco.

Holly se quedó callada durante un rato.

—No puedo creerlo. Entrenas más duro que la mayoría de nosotros, asistes a más encuentros que nosotros y tienes los ojos puestos en las Olimpiadas. ¿Y todo mientras te enfrentas a esto?

—Ahora estoy más centrada que nunca. Cuando me diagnosticaron, sentí que tenía un temporizador en mi vida. Tenía mucho miedo de no poder vivir y experimentar la vida. Caí en una especie de depresión a causa de ello y perdí la vista, así

que para mantenerme ocupada me limitaba a entrenar y a seguir empujando para distraer mi mente.

—¿Lo hiciste?

Asentí con la cabeza. Me encontré con su mirada con una mirada de dolor en mis ojos. Sabía que tenía una historia que contar, pero estaba decidiendo si debía recorrer toda la milla. Abrí la boca, pero ella habló primero.

—Antes que llegaras al Wolrd Cup, había otro entrenador al que Kova acabó despidiendo cuando compró el gimnasio. Llevaba años allí. Todos crecimos con él, pero no nos gustaba.

Holly se estremeció y su rostro se retorció de repugnancia. Tenía la sensación que lo que intentaba decirme era más difícil para ella que para mí.

—De vez en cuando lo veo en un encuentro y está tan fresco como si hubiera ocurrido ayer.

—¿Quién es él? ¿El entrenador?

Ella asintió.

—Hay una razón por la que te dije lo que hice ayer sobre Kova. Sé que lo negaste y todo, pero estaba preocupada y no quería que pasaras por lo mismo que yo.

Mi pecho se desinfló.

—¿Holly? Si no quieres decirme nada, no tienes que hacerlo.

—Quiero —dijo ella, todavía incapaz de mirarme. Así que cerré la boca y la dejé hablar—. Era un entrenador con el que crecí, alguien con el que mi familia era amiga, y alguien en quien todos depositamos nuestra confianza.

Sacudió la cabeza y murmuró para sí misma, pero la capté.

Siempre son los que nunca sospechas.

Holly respiró profundamente y continuó.

—Había algo en él que me parecía extraño. Era tan malo, pero conseguía resultados, así que nunca me cuestioné lo que hacía. Ninguno de nosotros lo hizo. Era el entrenador y eso era todo, ¿sabes? Pero entonces... algo cambió. No puedo precisar cuándo, ni por qué, pero... él... hubo una vez, no, un montón de veces... —ella suspiró. Yo sabía a dónde iba esto sin que ella lo dijera, así que lo hice.

Suavemente, con compasión, le dije:

—Te ha tocado.

Sus ojos inquietos se detuvieron en los míos por un momento antes de parpadear y decir:

—Sí. Mucho. No sabía que no debía. Quiero decir, eso no es cierto. Ahora sé que estaba mal, pero al mismo tiempo era alguien más que un entrenador, y pensé que estaba bien porque, si no, ¿por qué iba a pensar que estaba mal? Estamos tan aislados que la gente nunca podría entender que este tipo de estilo de vida es normal para nosotros. Estar cerca de nuestros entrenadores, viajar a solas con ellos, verlos casi como un padre. Los idolatramos. No soy estúpida. Sé que ningún padre me tocaría de la forma en que él lo hizo, pero tampoco me pareció mal. Sé que no tiene ningún sentido, probablemente no sepas lo que quiero decir. —Volvió a suspirar, resignada, y me entristeció la noticia.

Sabía exactamente lo que quería decir. Ya lo había escuchado antes. Era algo que sucedía todo el tiempo en el mundo del gimnasio. Ahora sabía por qué estaba preocupada por mí.

—No tienes que explicarlo. Lo sé.

Se le cayó el pecho.

—Me descontrolé y me subí a este tren de chicos locos. Me salté los entrenamientos, me enrollé con chicos del colegio, me escabullí por la noche, les contesté a mis padres. Era un desastre. Mientras tanto, mi increíble entrenador —dijo sarcásticamente y puso los ojos en blanco— seguía abusando de

mí y haciéndome sentir tan desagradable. Pensaba que si salía con chicos que realmente me gustaban, todo estaría bien.

—Si te hizo sentir así, ¿por qué seguiste regresando?

Se encogió de hombros sin poder evitarlo.

—A veces sentía que no tenía elección. Me estaba convirtiendo en una gimnasta muy buena. Supongo que pensaba que se lo debía. Pero era tan manipulador. Nunca lo vi como lo que realmente era hasta que fue demasiado tarde. —Hizo una pausa, bajando la voz como si estuviera avergonzada—. Tuve que ir a terapia por ello.

Fruncí el ceño.

—¿Cuántos años tenías cuando sucedió esto?

Una lágrima se deslizó por el rabillo del ojo. Se la limpió rápidamente.

—Tenía nueve años cuando empezaron los tocamientos. Se detuvo cuando Kova compró el gimnasio. Entonces tenía casi quince años. —Mis cejas se alzaron. Esto era más reciente de lo que yo sabía. Recordé que Kova me había contado una historia sobre cómo había despedido a un entrenador el día que compró World Cup por su trato abusivo. No me di cuenta que era el entrenador de Holly—. ¿Puedes creer que lloré en el hombro de Kova y le di las gracias? Estaba mortificada, pero también muy feliz. Kova lo amenazó y nunca volvió. —Holly se quedó callada un momento, como si estuviera sumida en sus pensamientos—. Ojalá Kova hubiera venido antes al gimnasio. Me salvó. No sé qué habría hecho sin él.

Capítulo 53

Miraba a Holly, deseando que hubiera algo que pudiera decir o hacer para ayudarla, pero sabía que no habían palabras que pudieran reconfortarla.

—¿Kova no llamó a la policía?

—Llamó a mis padres. Kova quería llamar a la policía, pero mis padres le rogaron que no lo hiciera. Él juró que no lo haría. Por si fuera poco, como cualquier padre cuando se entera que su hija está siendo víctima de abusos sexuales, querían sacarnos a mí y a mi hermano de World Cup y básicamente encerrarnos en nuestra casa. Depositaron toda su confianza y fe en ese entrenador y él se aprovechó. No querían que se repitiera. Yo estaba devastada. Dios, estaba tan disgustada. Me disculpé pensando que era mi culpa, pero mirando hacia atrás, no los culpo. Si fuera mi hija, reaccionaría igual.

El miedo me recorrió. Había escuchado esta historia demasiadas veces.

—Así que se salió con la suya —dije, y ella asintió—. Y tú pensabas que lo mismo pasaba conmigo.

Levantó la vista y se abrazó a sí misma.

—He pensado eso desde hace un tiempo. Pero era extraño, como si no lo miraras de la misma manera que yo cuando miraba a mi antiguo entrenador. Y Kova no tiene esos ojos espeluznantes cuando te mira —dijo, con la sorpresa en su tono—. Pensaba que pasaba algo, solo que no sabía qué, pero después de lo que pasé

y después de toda la terapia, sentí la necesidad de hablar contigo. No quería que pasaras por lo mismo que yo.

Contemplé hasta dónde debía llevar esta conversación, si revelar o no un secreto que podía poner en peligro más de una vida, o ver cómo se ahogaba en sus recuerdos e imaginar lo peor. Quería decírselo, mi instinto me decía que me arriesgara, pero cuanto menos se supiera, mejor. Sin embargo, la necesidad de calmar su corazón dañado me consumía.

Holly continuó, su voz se astillaba con cada palabra. Me recordaba a un jarrón de cristal: el más mínimo golpe lo rompería definitivamente.

—¿Sabes que hay una regla estricta para tener citas? —dijo, con la voz baja. Asentí con la cabeza—. Es por mí. Hay cosas que no sabes... que nadie sabe.

—Una vez Hayden mencionó algo sobre la regla de las citas y tú, pero se negó a decir nada más. Traté de sacárselo. Ese chico es sólido como una roca. No quiso ceder.

La desesperación cubrió sus palabras.

—Hayden es protector. Me alegro que nunca te lo haya dicho. Es vergonzoso.

Sonreí para mis adentros. Su mellizo era un oso de peluche gigante que quería consolar y proteger a todo el mundo. Ahora muchas cosas tenían sentido. Hayden nunca aceptaría a Kova, por mucho que yo lo defendiera, por lo que le había pasado a Holly. Ella había sido fácilmente manipulada por su antiguo entrenador, y él suponía que yo también lo había sido. Era fácil decir que no lo estaba, pero las palabras eran vacías cuando su hermana lo había experimentado realmente.

—Ha estado preocupado por ti, sabes.

—No creo que Hayden sea capaz de no preocuparse por nadie —dije, y ella estuvo de acuerdo—. ¿Por qué hay una regla de citas en vigor? —pregunté.

Me miró y luego soltó el edredón que estaba agarrando, como si por fin hubiera dejado de lado la vergüenza que llevaba consigo. Se secó las mejillas con el dorso de la mano.

—Antes que despidieran al entrenador, me descontrolé. Me saltaba los entrenamientos para no tener que verlo. Y como he dicho, me enrollé con chicos de la escuela solo para sentirme normal. Tenía una actitud terrible. Fue demasiado tarde para darme cuenta que mis acciones se habían vuelto en mi contra porque mi entrenador también lo notó. Se puso peor que nunca conmigo y acabé confesando a Hayden una noche. No pude aguantar más y me derrumbé. Le dije que tenía que hacerme una prueba de ETS porque tenía un bulto que me asustó. Terminó siendo nada, pero Hayden estaba furioso y se involucró tratando de ayudar. En ese momento Kova amenazó con expulsarme del World Cup por mi comportamiento. —Hizo una pausa, respirando profundamente—. Hayden fue a ver a Kova y le suplicó, diciéndole todo lo que había estado pasando y cómo tenía que hacerme una prueba de ETS. Fue entonces cuando Kova llamó a mis padres. Cuando quisieron retirarnos de World Cup, Kova se puso a luchar por nosotros. Les habló de sus planes de despedir a mi entrenador en cuanto comprara el edificio para que pudiéramos quedarnos. Desgraciadamente, por la misma época, mi padre aceptó un trabajo en Ohio. Era una oferta que no podía rechazar, pero yo no quería irme y Hayden tampoco. No podían permitirse mantenernos entrenando aquí, y mucho menos en un apartamento alquilado, y seguro que no confiarían en otro entrenador tan pronto. Fue entonces cuando Kova, de repente, tuvo un programa de becas que nadie conocía.

Mi rostro se arrugó. Eso era nuevo para mí.

—¿Qué programa de becas?

—Exactamente.

—El programa nos pagaba a mí y a Hayden los entrenamientos a tiempo completo y los gastos de los encuentros. Lo único que tenían que pagar mis padres eran los viajes, la ropa y otras necesidades fuera del gimnasio. Kova dijo que veía nuestro verdadero potencial y que podíamos vivir con él y Katja hasta que tuviéramos nuestra propia casa para que

pudieran vigilarnos. No fue fácil para mis padres. Tuvieron que llegar a un acuerdo, como que Kova aceptara no ir a la policía. Costó tiempo y dinero.

Los dos entrenamientos de élite a tiempo completo costaban más de dos mil dólares al mes, por no hablar que los maillots podían costar hasta quinientos dólares cada uno. El entrenamiento a nivel olímpico a menudo creaba tensiones financieras en las familias, algunas de las cuales llegaban a declararse en bancarrota. La élite era casi igual de pesada con los gastos. Con Kova pagando la factura, se aliviaba la carga de la familia con la posibilidad de asegurar un futuro para Hayden y Holly. La razón por la que Holly seguía compitiendo a un nivel de élite era la esperanza de obtener una beca completa para la universidad. Hayden había recibido una, y Holly rezaba para que ella también lo hiciera.

—A cambio, tuvimos que firmar un acuerdo de no tener citas. Kova dijo que su tiempo era valioso y que teníamos que respetarlo. Nos estaba dando una oportunidad, y solo una oportunidad.

Me reí.

—Siento haberme reído, es tan Kova.

—Lo sé. Creo que se sintió culpable por no haberse dado cuenta antes con mi entrenador, así que esta fue su manera de devolverme el favor. No hace falta que te diga lo a menudo que ocurre esto o cómo la mayoría de los entrenadores se salen con la suya. Mis padres dicen que incluso se ofreció a pagar la terapia, pero ellos se negaron y dijeron que ya estaba haciendo bastante por nosotros. Al final, mi madre se quedó unos meses hasta que nos puso en manos de Kova. Le decimos a todo el mundo que vivimos solos desde los dieciséis años, pero es mentira. Mis padres se quedaron sin dinero con el traslado a Ohio, así que vivimos con Kova y Katja durante un tiempo. Cuando despidieron al entrenador, conseguimos nuestro propio apartamento. Eso les dio a mis padres el tiempo que necesitaban para acomodar nuestra casa. Kova sabía lo mucho que significaba la gimnasia para mi hermano y para mí y quería que

la tuviéramos sin preocupaciones, pero con seguridad. Y lo conseguimos.

Mis ojos se centraron en Holly, mi pecho dolía por el tiempo que le habían robado. Por fuera era la chica americana de siempre, pero por dentro sufría y estaba en un estado de ansiedad pensando que yo estaba siendo maltratada como lo había sido ella. Había tantas cosas que no sabía de las personas con las que pasaba cincuenta horas a la semana. Los conocía, pero eran prácticamente extraños.

En voz baja, dijo:

—Kova fue quien me sacó de ahí. Trabajó conmigo a mi ritmo hasta que estuve preparada para entrenar en la élite. Me dijo que si nunca estaba preparada, no pasaba nada, pero que había que intentarlo. Le debo mucho.

Las lágrimas llenaron inmediatamente mis ojos. Las aparté con un parpadeo. Él había hecho lo mismo por mí y era algo que nunca podría pagarle. Me resultaba difícil entender a Kova y su historia. Su generosidad, su compasión, por qué nunca me lo contó. Ahora tenía mucho sentido. Kova había tenido problemas al crecer. Se me ocurrió la idea que estaba tratando de hacer un cambio, posiblemente tratando de dar a los que no podrían tener la oportunidad. Lo situó bajo una luz fascinante y me sorprendió por completo. Hizo que mi corazón latiera por él y por lo que había debajo, la capa que mantenía oculta al mundo. Después de todos nuestros altibajos, sabía que había un hombre con un gran corazón, solo que no sabía cuán grande era realmente.

Tragando, exhalé la preocupación de contar un secreto, y me abrí como ella lo había hecho.

—Kova fue quien me sacó del oscuro agujero en el que yo también estaba metida. Cuando llegó el diagnóstico, me cerré en banda y no se lo dije a nadie. Además, había estado lidiando con muchas cosas personales en casa que intentaba que no me afectaran. Tenía mucho peso que cargaba cada día y que intentaba canalizar en la gimnasia. Me despertaba y pensaba, ¿qué otra cosa podría salir mal? —Hice una pausa por un momento, pensando—. Me costó algún tiempo, pero ¿sabes que

cuando te aguantas todo y luego explotas suele ser en la persona equivocada? —Ella asintió—. Eso es lo que pasó. Exploté, y lo hice con él. Él me dejó. —Sus cejas se alzaron—. Kova lo sabía, mi padre se lo dijo aunque me prometió que no lo haría, y por eso había estado intentando ayudarme todo el tiempo. Solo que no lo sabía porque no lo veía al dejar a todo el mundo fuera.

Holly se mordió el labio durante un largo rato.

—¿Había algo antes de esto? ¿Tú y él? —su pregunta fue suave y sin juicio.

—Sí.

Sus hombros cayeron. Su reacción fue en parte de sorpresa y en parte de tristeza.

—Lo sabía. Tenía un presentimiento, pero tampoco estaba segura.

—No es como lo que tú y tu entrenador han pasado. Sé que parece que lo estoy defendiendo, pero no es así. Lo prometo. En todo caso, lo presioné.

—Te creo, solo que es difícil de aceptar, ¿sabes? Siempre hay una sombra de duda. Conozco a Kova y nunca lo pondría en la misma categoría que ese otro entrenador. Es que... —Dejó escapar un suspiro—. Sí, lo entiendo.

Asentí con la cabeza. Tenía sentido.

—¿Crees que los demás lo saben? —pregunté, rezando por dos letritas. Holly negó con la cabeza y yo exhalé aliviada.

—Si lo supieran, hablarían de ello.

—Reagan como que sabe. —Sus ojos se abrieron de par en par—. No hablé con ella de ello y nunca lo haré, pero se dio cuenta el día que Katja vino al gimnasio y le contó a todo el mundo lo de la boda.

Ella parpadeó como si estuviera pensando en ese día.

—Sí, eso fue una sorpresa.

—¿Cómo es eso?

—Simplemente nunca parecieron totalmente enamorados, ¿sabes? Sabía que se querían como yo te quiero, pero no como yo te quiero así.

Los nudos de mi estómago se apretaron solo de pensar en aquel espantoso día y en cómo deseaba poder borrarlo de mi memoria.

—Llevaba meses casado, Holly.

—Sí, otro shock. Especialmente con la forma en que siempre te miraba.

El aire se apoderó de mis pulmones.

—¿Ha sido tan obvio desde entonces?

—No, realmente no lo creo. Después de lo que he pasado y dado el hecho que lo conozco un poco mejor que otros, puedo verlo.

—¿Cómo me mira?

—Con admiración, casi como si te amara. Seguro que no mira a su mujer de la misma manera. —Hizo una pausa—. Retiro lo dicho. Parece que la quiere, pero es diferente. No puedo explicarlo. Como si se esforzara en no mirarte, pero cuando lo hace es como si hubiera amor en sus ojos. Es un poco gracioso ya que es un hombre. Normalmente son las mujeres las que actúan así.

—De ninguna manera. No me mira así.

—Es la verdad. Hayden también lo ve. Kova te mira de forma diferente. Definitivamente no me mira como a ti, de lo cual me alegro. —Se rió a medias—. Si lo hiciera, podría desencadenar el TEPT.

Me reí y me tapé la boca. Me reí mucho más fuerte de lo que debía ante ese comentario.

—Hablo en serio —dijo.

—Sé que puede parecer difícil de creer, pero él no me obligó a nada. De hecho, fue todo lo contrario. Intentó no hacerlo, pero yo seguí presionando y presionando hasta conseguir lo que quería.

—¿Aunque sabías que tenía novia?

Mis mejillas se calentaron de vergüenza. Parpadeé con fuerza, avergonzada de abrir los ojos.

—Sí. Sé que me hace una mala persona. Esto puede sonar cursi, pero él es mi otra mitad. No puedo imaginar un futuro en el que él no esté. —Inhalé y expulsé un suspiro ponderado, luego me puse realista con ella—. La cosa es que no sé cómo dejar de amarlo. Mi corazón late por él, Holly, todos los días. Sé que está mal y que no debo hacerlo, pero lo amo. No sé cómo detenerlo.

Ella aspiró un silencioso jadeo.

—¿Saber que tiene una esposa no te molesta?

La miré directamente a los ojos y le dije la verdad.

—No, no lo hace.

Sus cejas se alzaron, estaba sorprendida. No la culpo.

—Eso es un poco… — Holly no terminó su frase.

—¿Jodido?

Asintió con pesar. Sabía que debería sentir remordimientos por lo que había hecho, pero la verdad era que no los sentía. No sé si alguna vez lo hice.

—No sé lo que voy a hacer. Sé que lo correcto sería cortar los lazos con él, pero no puedo porque en el fondo no quiero. Mi mente me da advertencias pero mi corazón las derriba con nada

más que amor por él. Y el amor siempre gana, ¿no? ¿No se supone que lo haga?

Holly se quedó callada un momento.

—Pero tiene una esposa.

—Lo sé.

—¿Se va a divorciar de ella?

En voz baja, dije:

—No, que yo sepa. Pero tampoco se lo pediría nunca.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Lo pensé por un momento antes de decir:

—Solo puedo amarlo en la oscuridad.

Capítulo 54

Vomite hasta que se secó.

La parte posterior de mi garganta ardía como si alguien estuviera raspando carbón caliente en ella y mi estómago estaba hueco.

Sabía que no debía comer comida de avión. El estómago se me revuelve con solo mirarla, pero ya me he sentido mal durante casi todo el vuelo y pensé que se debía al hambre y a los medicamentos que me estaban afectando al estómago.

Desgraciadamente, no pude asearme porque teníamos que apresurarnos para tomar el siguiente vuelo. Pero una vez que estuvimos en el avión, y se apagó la señal del cinturón de seguridad, utilicé el horrible y pútrido baño para lavarme los dientes.

El olor me afectó y acabé vomitando de nuevo. Nunca había tenido problemas con los vuelos, pero tampoco había viajado tanto tiempo a la vez. Tendría que comprar algún medicamento para el mareo antes de ir a Italia. De ninguna manera iba a lidiar con esto si podía evitarlo.

Dormí el resto del viaje y cuando aterrizamos en Florida, me excusé para refrescarme.

—¿Estás bien? —preguntó Holly, mirándome mientras se lavaba las manos.

La miré en el espejo.

—Creo que estoy teniendo uno de esos brotes de los que te hablé. —Su rostro cayó—. No me pongas esos ojos de cachorro. No te lo he dicho para que me compadezcas.

Cerró el agua.

—Lo sé. Pero todavía me siento mal.

Ambas nos secamos las manos y salimos al vestíbulo de la terminal. La frente de Kova se arrugó mientras me observaba, sus ojos recorriendo la longitud de mi cuerpo. Sabía que Holly me observaba, así que intenté disimular su mirada para que dejara de hacerlo.

No se dio cuenta.

Hombres.

Tan estúpido a veces.

Recogimos las maletas y subimos al auto de Kova. Hice que Holly se sentara delante para que yo pudiera sentarme atrás con la ventanilla bajada, pensando que eso me ayudaria con las náuseas. Respiré lentamente el aire salado con los ojos cerrados. En casa. Estaba en casa. Menos mal que el aeropuerto no estaba demasiado lejos. Entre el jet lag y el cansancio del encuentro, no me sentía muy bien.

—Adiós, Holly —dije desde el asiento trasero.

—¡Hasta mañana! —dijo, alejándose. Kova se quedó estacionado hasta que cruzó la puerta de su casa.

—¿Quieres saltar al frente? —preguntó.

Fingí un gemido.

—Estoy demasiado cansada. Me quedaré aquí si te parece bien.

—Me parece bien —dijo, y yo me reí—. ¿Qué es tan gracioso?

—A veces pareces un robot cuando no usas contracciones en inglés —me burlé de él.

Miró por el espejo retrovisor, sonriendo.

—Me parece bien —volvió a decir.

Mi estómago dio un pequeño vuelco y sonreí al llegar a un semáforo en rojo. Siguiendo el impulso de mi corazón, me desabroché el cinturón de seguridad y me agarré a los asientos de delante para inclinarme hacia delante. La mirada de Kova se clavó en mí mientras yo metía la cabeza en la parte delantera y acercaba su cara a la mía para darle un pequeño y rápido beso. Él respondió inmediatamente, con su mano en la nuca mientras me besaba profundamente mientras me abrazaba a él. Un auto tocó la bocina detrás de nosotros y me aparté, nuestros labios emitieron un sonido seco.

Me lanzó una rápida mirada antes de volver a centrarse en la carretera, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Menta. Me alegro que te hayas lavado los dientes —dijo, y le di un golpe juguetón—. ¿Por qué fue eso?

Me encogí de hombros y me apoyé en el lateral del asiento del copiloto observándolo.

—Solo tenía ganas de besarte.

Kova unió nuestros dedos y los colocó sobre la consola. Mi mejilla se apoyó en la tela y miré nuestras manos unidas, sintiéndome realmente bien con nosotros.

Pensé en lo que me había contado Holly, en lo generoso pero discreto que había sido, y eso me hizo desfallecer aún más por Kova. Mi pulgar frotó el espacio entre su pulgar y su índice en un esfuerzo por frenar mi acelerado corazón. Recordé cuando me habló de su pasado y de cómo había tenido tan pocas oportunidades al crecer. No lo había cambiado, solo le recordaba de dónde venía y lo poco que tenía. Era humilde y eso decía mucho de su carácter.

—Lo has hecho muy bien este fin de semana —dijo, observando el camino—. Debes estar orgullosa de ti misma. Sé que yo lo estoy.

—Siempre estás orgulloso de ti mismo.

Sonrió y decidí que le contaría mis pensamientos.

—Me ha costado mucho. Estoy tan desgastada físicamente que me preocupa.

Su mano se tensó.

—Sé que lo estás.

—¿Cómo?

—Me doy cuenta mirando tus ojos, tu cuerpo. Estás tratando de mantenerte fuerte, pero tus ojos están luchando una guerra interior y tu lenguaje corporal sugiere que estás extremadamente cansada.

—Sí —fue todo lo que dije. Tenía razón. Uno puede decir mucho con solo prestar atención—. Me ha dejado un poco desgastada, pero estoy bien. Por una vez, me siento realmente bien. Quiero dar todo lo que tengo ahora porque sé que no volveré a tener esta oportunidad. Quiero saber que he luchado mucho. Lo último que quiero es despertarme al día siguiente con arrepentimiento. Sé que probablemente parezca una tontería, pero no quiero perder este momento.

Kova me miró brevemente. Se llevó las manos a los labios y las besó antes de volver a mirar la carretera. Me agarro de la mano durante el resto del trayecto y permaneció en silencio hasta que llegó a mi complejo. El aire fresco me calmó el estómago y mis nervios se calmaron y todo volvió a sentirse bien en el mundo. Como si nos invadiera una paz en la que por fin habíamos alcanzado un punto en nuestra relación en el que estábamos bien y nada podía arruinarlo. Estábamos pasando páginas.

—¿Está todo bien? —pregunté preocupada cuando estaciono el auto y se quedó quieto.

—Simplemente no quiero despedirme de ti.

Agridulce. Eso es lo que éramos. Hermosas alas de mariposa que se desintegraban hasta convertirse en cenizas y flotarán en el viento.

—Honestamente, no quiero nada más que entrar y simplemente estar contigo, y no puedo. Quiero ir conduciendo de tu mano, y no puedo. Quiero despertarme tomando café contigo antes que salga el sol y luego ir al gimnasio juntos, y no puedo. —Se quedó callado un momento y no interrumpí sus pensamientos. Kova tragó, su nuez de Adán se balanceó como si fuera una píldora difícil de tragar.

—Es tan injusto —dijo, todavía mirando al frente—. Ya te estoy echando de menos y ni siquiera te has ido.

La derrota en sus palabras me tomó desprevenida. Me resultaba demasiado familiar lo que él sentía. La vida era injusta. Nosotros éramos injustos. Una guerra se libraba en el interior de Kova. Lo decía en serio y me dolía el corazón por ese momento en el que era fiel a sí mismo y a sus sentimientos.

—Vamos —le dije, instándolo—. Ven conmigo.

Sacudió la cabeza.

—No puedo. Tengo que ir a casa.

En voz baja, dije:

—Quédate conmigo. Aunque sea por una hora. Podemos ver la puesta de sol en la playa. —De alguna manera, sabía que no quería sentarse dentro, y de alguna manera, sabía que no estaba buscando sexo.

Me estudió. No vacilé bajo su mirada. La emoción en sus ojos verdes era tan densa con la miseria que pensé que iba a decirme todo lo que pensaba.

—De acuerdo —fue todo lo que dijo.

Esa tensión anhelante se hizo más fuerte en el confinamiento de su auto. Nuestros pechos subían y bajaban, imitando los del otro, mientras intentábamos estabilizar nuestra respiración.

Fuera lo que fuera, él también lo sentía. No podía explicar por qué, pero después de este momento, sabía que nunca sería lo mismo para nosotros.

Salimos de su auto y subimos mis pertenencias. Agarre un par de mantas y nos dirigimos hacia abajo y hacia la playa, a una de las tumbonas de madera que se ofrecen a los inquilinos del complejo. Kova colocó una manta. Primero tomó asiento y luego me atrajo hacia su regazo. Pecho con pecho, me acurruqué en su cuerpo, mis piernas se enredaron con las suyas y usé su hombro como almohada. Suspiré satisfecha y miré el suave chapoteo de las olas. Kova nos envolvió con la segunda manta, luego me rodeó con sus brazos y me abrazó como si no quisiera soltarme nunca. Apoyó sus labios en la parte superior de mi cabeza y se acurrucó más.

Kova se relajó al instante contra mí, como si pudiera volver a respirar. Algo estaba pasando dentro de él y si esto era lo que necesitaba, que así fuera. Ambos lo necesitábamos.

Estábamos solos en una playa de arena marfil con el sol poniéndose detrás de las aguas tranquilas. Fue suficiente para adormecerme.

Después de un rato, habló:

—¿Por qué esto se siente tan natural? —preguntó—. Es lo más ordinario, algo que he dado por sentado al vivir aquí, aunque no puedo imaginarme haciendo esto o estando tan a gusto con nadie excepto contigo. Lo digo en serio, Adrianna.

Sentí su confusión, lo simple y fácil que era esto, pero tan difícil de procesar.

—Lo sé. Yo también estoy tratando de entenderlo. Nunca veo el atardecer, pero ahora que lo hago, es tan tranquilo y relajante. —Había algo en las olas blancas que besaban suavemente la orilla, la forma en que el sol hacía que las olas parecieran diamantes ondeando en la distancia, el sonido pacífico del vasto océano.

—Me gustaría poder hacer esto todos los días contigo en mis brazos como lo estamos haciendo ahora —continuó, como si estuviera perdido en sus oscuros pensamientos. Me tragué la emoción y levanté la vista. El verde de sus ojos era iridiscente contra el sol poniente y sorprendía con sus pestañas oscuras. Cada vez que parpadeaba, los tonos verdes cambiaban—. Todo lo que tenemos es ahora mismo. Este momento. Mañana no me despertaré contigo, y mañana no me acostaré contigo. Solo tendré unas pocas horas robadas del día contigo y eso no es suficiente para mí. Quiero que cada minuto que esté despierto sea contigo.

Fruncí el ceño, el miedo se apoderó de mí. Me preguntaba de dónde venían estos sentimientos ahora. La última vez que estaba en lo más profundo de sus sentimientos, mi corazón se hizo añicos al día siguiente.

—¿Kova?

—¿Hmm?

—La última vez que te pusiste así, no parabas de decir *prosti* una y otra vez mientras hacíamos el amor, y al día siguiente me enteré que estabas casado. —Hice una pausa y me lamí los labios—. Por favor, dime que no va a volver a pasar mañana. Por favor, dime que no voy a descubrir algo impactante que me va a destrozar. No puedo soportarlo ahora mismo.

La intensidad de sus ojos se clavó en los míos.

—No te estoy ocultando nada. Nada, Adrianna. Lo juro.

Asentí sutilmente, aceptando su respuesta.

—Siento haber preguntado.

Kova negó con la cabeza.

—No lo sientas. He plasmado esa preocupación en tu interior y es culpa mía. Pero te juro que no oculto nada. Estoy amargado por la mano que me tocó, eso es todo. Ojalá pudiera cambiar las cosas.

Kova apartó la vista, con una mirada distante.

—Estoy estudiando cómo puedo divorciarme de ella, si quieres saberlo. Solo tengo que tener cuidado con la forma en que lo hago. Me llevará algún tiempo.

Me miró. Lo único que podía hacer era mirar fijamente sus ojos solitarios y saber que lo que decía era la verdad, y eso lo destrozaba. Inclinándose hacia mí, bajó la cabeza y sus labios capturaron los míos.

Mi corazón se disparó. Este no era un beso cualquiera, y definitivamente no era uno sexual. Era un beso que sólo podía ser fortificado con un amor sincero y profundo. El de los sueños. El tipo de amor que todos buscamos pero que rara vez recibimos.

Fue un beso que casi me hizo decir te amo.

Apreté la mano alrededor de la tela de su camisa y lo acerqué, respirando el beso como si fuera mi soporte vital. Abrí la palma de la mano y la deslicé por su pecho y alrededor de su hombro para acariciar la parte posterior de su cabeza. Mis dedos enhebraron su cabello, nuestros cuerpos se enrojecían mientras la pasión entre dos personas que no tenían derecho a entregarse el uno al otro crecía hasta alcanzar una fiebre vinculante.

Kova rodó sobre mí, con su cuerpo medio sobre el mío mientras profundizaba el beso. Se echó la mano a la espalda y se tapó con la manta para darnos intimidad. Era íntimo sin ni siquiera tener que intentarlo.

Permanecimos así hasta bien entrada la tarde, alejando con un beso nuestros miedos y preocupaciones, y sellando con un golpe de lengua cualquier distancia que hubiera entre nosotros

Capítulo 55

No desafié a Kova cuando me dijo que me tomara el día siguiente libre.

Por una vez estuve de acuerdo, y creo que lo sorprendió más que a mí. Sus ojos se llenaron de gratitud y me hizo sentir bien verlo así. Besó mi frente y dijo gracias antes de irse.

Cerré la puerta y pensé en todo lo que había sucedido desde que llegué a World Cup y cómo habíamos llegado a este punto. Tuvimos nuestras dolorosas verdades y mentiras, intentamos incontables veces no admitir nuestros sentimientos, tratamos de no estar juntos. Pero a pesar de todo, siempre estuvimos ahí el uno para el otro porque alguna fuerza nos obligó a hacerlo.

Y aunque él no estaba aquí, Kova todavía estaba a mí alrededor. Mezclado con el aroma del aire salado y azucarado de la playa, era una combinación intensificada de dulce y oscuro envuelto en uno. Podía olerlo en cada habitación, y me consoló esa calidez. Me había dolido físicamente el corazón despedirme y me había causado una profunda melancolía, pero no podía volver a pedirle que se quedara.

Mi cuerpo necesitaba descansar, y si iba a estar en este juego todo el tiempo que fuera físicamente capaz, entonces necesitaba jugar bien mis cartas. Así que escuché a mi cuerpo y a mi entrenador, y decidí quedarme en casa.

Fue bueno que no fuera desafiante por una vez. Me desperté con terribles calambres estomacales y mis senos se sentían pesados e incómodos, así que me salteé el café y preparé un poco de té de menta con la esperanza que aliviara mi malestar estomacal. Tosté una rebanada de pan, pero no pude comerla.

Un brote. Tendría que hacer una cita a primera hora con mi médico solo para asegurarme que todo estaba bien. Esto realmente podría ser la causa de algunas cosas compiladas juntas, pero tuve que tomar decisiones inteligentes sobre mi salud. Después de todo, solo tenía una vida para vivir, y seguro que quería vivirla al máximo.

Después de tomar mi medicina, terminé mi té y me volví a dormir. Me sentí como una mierda. Tres horas después me desperté y corrí al baño. Sabía que no debía tomar la medicina con el estómago vacío, pero la idea de comer me hizo sentir más enferma, así que me la salté. Supuse que el té estaba bien. Claramente, estaba equivocada.

—Creo que me estoy muriendo. —Exageré un gemido a Avery por teléfono después de limpiarme y cambiarme de ropa.

—*Jesús, Aid, ¿qué mierda de hora es?*

Miré mi reloj y fruncí el ceño. ¿Me había levantado en medio de la noche y no me había dado cuenta? El jet lag estaba jugando conmigo. Son las siete y cuarto.

—*Regresa a la cama.* —Ella gimió y le expliqué que ya me había levantado dos veces—. *Eres muy extraña.*

—Estoy tan cansada. Mi período está todo desordenado y mi estómago se está comiendo a sí mismo. Por una vez, tengo senos grandes, así que no puedo quejarme de eso, pero estoy teniendo un estúpido brote y odio la vida.

—*¿Tus senos se agrandan durante eso?*

Pensé en su pregunta y palmeé una. Hice una mueca y jadeé.

—*¿Qué sucedió?*

—Agarré mi seno para sentir el tamaño porque estoy muy feliz que no sean picaduras de abejas en este momento y me duele mucho. Mis pezones están adoloridos.

—*¿Kova los ha estado chupando?*

Me reí, acurrucándome bajo las sábanas de mi cama.

—No.

—*¿Pellizcarlos?*

—No —dije arrastrando las palabras.

—*Entonces debió haberte dolido mucho maldecir. ¿Estás segura que esto es normal para un brote?*

Consideré su pregunta.

—Quiero decir, nunca lo he pensado mucho, pero ahora que estoy prestando atención, ¿creo?

—*¿Qué otra cosa?* —preguntó, sonando como si estuviera despierta.

—Sigo vomitando, pero creo que es por los viajes y la comida de mierda que no estoy acostumbrada a comer. Eché a perder todos mis medicamentos, tuve mi período en medio de la competencia, lo que no ayudó a mis nervios. Bueno, no en el medio, sino justo antes de salir del hotel. Te lo dije, me estoy muriendo. Esto es todo.

—Cierra la boca, no te estás muriendo. Ni siquiera has recibido mi riñón todavía. Literalmente no puedes morir.

Me reí.

—Odio vomitar.

—Yo también odio vomitar. Prefiero que me saquen un diente que vomitar. —Ella hizo una pausa—. *Espera. ¿Todavía tienes tu período?*

—Es el final del ciclo.

—¿Así que lo tuviste por, como, tres días?

—Sip, supongo.

—¿Y eso es normal?

—Bueno, normal para mí, diría yo.

—Y te duelen los pechos.

Me quedé en silencio por un momento. Todo lo que podía escuchar era el latido de mi corazón en mis oídos.

—¿A qué quieres llegar?

—¿Te has hecho una prueba de embarazo? —ella lo soltó.

Avery estaba loca.

—No estoy embarazada. Cada vez que he estado con Kova he usado el Plan B.

—Haría una prueba para estar segura. El plan B no está al cien por cien.

—Lo sé, pero no estoy embarazada. ¿Qué te hace pensar que lo estoy? —Solo decir la palabra me estaba haciendo temblar.

—Porque te duelen las tetas, idiota. Estás cansada, y hola, estás vomitando. —Básicamente me deletreó las palabras y se

detuvo entre ellas—. *Si eso no es una señal, entonces no sé qué es.*

Me froté los ojos con la palma de la mano.

—¿Entonces? Todos los signos de un brote y los efectos. Es un montón de mierda que podría y no podría ser, pero no estar embarazada es uno de ellos.

—*Todo lo que se necesita es un pequeño y resistente hijo de puta para deslizarse a través de él. Ah, lo retiro. Un pequeño y agresivo hijo de puta ruso para nadar hasta el huevo*.

No pude evitar que la risa saliera de mí.

—Te odio.

—*Aid.* —Escuché la súplica en mi nombre—. *Todas las bromas a un lado, sígueme la corriente.*

—No debí llamarte.

—*No seas estúpida. Te estás poniendo nerviosa porque ahora realmente estás pensando en eso y te asusta muchísimo. Lo entiendo, créeme, lo entiendo más que nadie. Pero la diferencia es que estoy contigo. Vístete y ve a la farmacia. Si es negativo, entonces te vuelves a dormir y no tienes que preocuparte.*

Tenía razón, y no me gustó. Mi estómago estaba hecho un nudo. Tiré la manta y la pateé lejos, sintiéndome más caliente que de costumbre. Tragando el nudo en mi garganta, miré mi estómago plano. ¿Embarazada? No, no había una oportunidad en el infierno.

—Creo que estoy teniendo un ataque de pánico —dije, jadeando en el teléfono—. No puedo tener un bebé.

Avery suspiró como si estuviera molesta.

—*Deja de ser dramática. Levántate y vístete.*

Estaba luchando por respirar.

—No puedo, Avery. Simplemente no puedo. —La parte de atrás de mi cuello estaba húmeda y me sentía pegajosa por todas partes. Necesitaba ducharme.

—Nadie dice que vas a tener un bebé, lunática. Solo ve a hacerte la prueba.

—¿Y si lo estoy? —Solo tenía diecisiete años. No podía quedar embarazada.

—Diría que no me sorprendería. Kova es un bicho raro en las sábanas, y por lo que me has dicho, eres igual de mala.

—¡Avery! No estás ayudando.

—¿Qué? Hablo en serio. Es un poco sexy y caliente, pero al mismo tiempo ustedes dos son ninfómanos. Es bueno que no vivan juntos. Creo que ustedes se follarían hasta la muerte. ¿No es así? ¿Nunca te ha dolido el coño?

Negué con la cabeza.

—¿Qué? No. Quiero decir, al principio, sí. ¿A veces? Si estás tratando de distraerme del terror que me está consumiendo, no está funcionando.

—No lo hago. Solo tenía curiosidad.

Gemí y me aseguré que ella lo escuchara.

—Me estoy volviendo loca por la posibilidad que pueda estar embarazada, y tú estás preguntando por mi coño. ¿En serio, Ave?

—¿Mal momento?

—Sé que ninguna forma de control de la natalidad es cien por ciento, y considerando cuán intenso es nuestro sexo y cuánto tenemos al mismo tiempo, tal vez no tomé las píldoras suficientemente tempra…

Me congelé a mitad de la frase. ¿Los había tomado lo suficientemente temprano? ¿Había tomado suficiente? Mi mente

corrió a través de la niebla mental hasta la primera vez que tuvimos sexo nuevamente. Parpadeé un par de veces tratando de recordar cuándo me golpeó... Fue cuando le grabé una A en el pecho durante el huracán, y de nuevo un par de días después.

Las lágrimas llenaron instantáneamente mis ojos, pero las reprimí. No, todavía no me emocionaría porque estaba bastante segura que tomé las píldoras dentro del período de tiempo correcto y no estaba embarazada. Kova se habría asegurado de eso.

Sentándome, moví mi cabello de mi cuello y me encorvé para sostener mi estómago. Iba a enfermarme y esta vez era por la realidad de la situación y nada más. Había un cuento de viejas que flotaba en Florida que las mujeres quedaban embarazadas durante los huracanes. Ahora mi mente estaba pensando demasiado en pensamientos estúpidos y realmente considerándolos.

—*¿Ría?* —bromeó, a lo que en realidad me reí entre dientes tristemente. Olvidé que fingía decir mi apodo como lo hacía Kova—. *¿Qué pasa?*

Respirando profundamente, dejé caer mi cabeza en mi palma.

—¿Qué pasa si estoy embarazada? ¿Un bebé, Avery? Nunca podría admitir que Kova es el padre; iría a la cárcel. No, me retracto. No llegaría a la cárcel. Mi papá lo mataría primero. Y nadie encontraría su cuerpo, entonces mi hijo crecería preguntándome quién es su papá.

Por una vez, Avery se quedó callada.

—*Sí, estás jodida. Esperemos que sea negativo.*

Capítulo 56

—¿Qué diablos compro? —susurré al teléfono. Los ojos muy abiertos escanearon la variedad de cajas de colores—. Hay un millón de ellas. ¿Todas funcionan?

—*Sí, todas funcionan, pero puedes comprar algunas para estar segura.*

—Vaya. —Ni siquiera había pensado en eso—. Hay dos en un paquete.

—*Compra tres de los paquetes de dos.*

—¿Qué? ¿Por qué necesito seis pruebas?

—*Porque si estás embarazada, vas a estar en estado de shock y pensarás que la prueba está mal. Terminarás orinando en todas ellas.*

Mis ojos escanearon las cajas. Algunos tenían una lectura automática, algunos detectaron un embarazo en cinco días, algunos siete.

—Probablemente tengas razón. Pero no digamos más la palabra O.

—*Honestamente, no sé cómo soy amiga tuya.*

—Tuve un período, sin embargo, —dije, todavía en negación.

Tratando de calmar mis nervios, tomé una de las pruebas que Avery nombró.

—Todavía puedes sangrar y estar embarazada al principio. Se llama manchado. Mucha gente lo confunde con un período.

—Vaya. —Agarré una caja más y salí del pasillo. Con la cabeza gacha, conté los azulejos mientras caminaba rápidamente hacia el frente para pagar—. ¿Sería raro si orino en una aquí?

—Quiero decir, ¿es ahí donde quieres saber que estás embarazada de un futuro atleta olímpico?

—Te estoy colgando.

Ella rió.

—No sería raro, pero hazlo en casa. Así podrás llorar en paz.

—Solo quiero terminar de una vez. Estoy nerviosa. —Con el corazón acelerado a una milla por minuto, pagué en la caja de autopago, luego corrí a mi camioneta y me subí. Me quité las gafas de sol y dije—: Siento que me voy a enfermar.

—Eso es porque…

—Cállate. No encuentro esto divertido. Mi futuro se arruinará.

—Kova debería haber envuelto su varita mágica porque sacar y rezar no funciona.

Luché contra la sonrisa.

—Sigo respirando profundamente, pero siento que no puedo recuperar el aliento. Me tiemblan las manos y no puedo dejar de pensar que voy a ver una línea rosada.

—Son dos líneas, y es normal. Sabes que solo estoy jugando contigo.

—Lo sé. Yo solo, no lo sé. —Tropecé con mis palabras.

Suspirando, mi mente se aceleró con un millón de pensamientos diferentes.

—Tomé el Plan B, pero cuanto más lo pienso, más creo que lo tomé demasiado tarde. Pero luego sigo pensando en cómo los médicos dijeron que supuestamente es muy difícil quedar embarazada y no puedo entender cómo sucedió esto. ¿Cómo estás tan tranquila y bromeando?

—Porque ya pasé por esto y, a veces, las bromas Aid a aligerar el ambiente.

Me suavicé ante su tono impasible. Ella tenía razón y lo apreció.

—No puedo creer que hayas hecho esto sola. Me siento tan mal por no haber estado ahí para ti.

Al entrar en mi complejo, era un desastre cuando estacioné. No sabía qué habría hecho si ella no se hubiera quedado al teléfono conmigo todo el tiempo, convenciéndome para que me vistiera y fuera a la tienda. El remordimiento asomó su fea cabeza por debajo de los nervios. Había sido una amiga terrible, no me merecía esto, pero tampoco pensé que sería capaz de hacer esto sola, y creo que ella lo sabía. Había manejado todo lo que me habían lanzado hasta ahora, algunas cosas mejor que otras, pero esto, esto era la guinda del pastel.

—No te disculpes. Fue mi decisión. Es lo que es, y no pensaré en el pasado. De todos modos, nada bueno viene de aferrarse a los arrepentimientos.

Si bien ella tenía razón, siempre viviría con la culpa que no tuviera a nadie con quien hablar y la experiencia traumática por la que había pasado sola. Dejar ir y seguir adelante fue una píldora más difícil de tragar.

Una vez dentro de mi condominio, Avery dijo:

—Consigue una taza en la que puedas orinar y luego tírala.

—¿Vas a quedarte en el teléfono conmigo incluso cuando orine? —pregunté mientras metía la mano en el armario de la cocina con una mano temblorosa y sacaba un vaso de plástico. Lo miré.

—Ah, ¿sí? Necesito saber si voy a ser tía o no.

Mis movimientos se hicieron más lentos.

—Ave… —No podía procesar ese pensamiento en este momento.

—*Lo sé* —dijo, con pesar, y eso fue suficiente. Ella supo—. *Solo ve al baño para que podamos hablar por FaceTime.*

Las lágrimas subieron por mis ojos y de inmediato rodaron por mis mejillas.

—¿Cómo pude haber sido tan jodidamente estúpida?

—No tengo una respuesta para ti, ninguna que sea una respuesta aceptable de todos modos. Ambas fuimos realmente estúpidas, pero también lo fueron los chicos. Odio decir que olvidas tus responsabilidades en el calor del momento, pero de alguna manera lo haces. Aun así, no es una buena razón para ser irresponsable.

Mirándome los pies, me quité las chancletas. El frío del azulejo me estremeció la columna vertebral mientras estaba allí preguntándome cómo me metí en este lío.

—La próxima vez dile a Kova que necesita amarrar a ese dinosaurio. Usa una envoltura de film.

Una fuerte carcajada estalló en mí. Me sequé las lágrimas, agarré la bolsa de plástico y me dirigí al baño.

—En serio, no puedo creer que esté haciendo esto.

—En serio, no puedo creer que vayas a orinar mientras me haces FaceTime.

Cambiando mi teléfono para que pudiera verme, lo puse en el mostrador y miré la pantalla.

—¿Ave?

—*Hayyyy.* —Ella sonrió cuando vio mi rostro—. *Dios, te ves como una mierda. Eres casi transparente.*

—He tenido días mejores —bromeé—. Está bien, déjame orinar y luego vuelvo.

Girando el teléfono para mirar hacia la pared, agarré la taza y orine. Me sonrojé, todavía en estado de shock porque me estaba haciendo pruebas de embarazo. Arregle la cámara para mirarme. El rostro de Avery se contrajo.

—*¿Esa es tu orina?* —preguntó una vez que coloqué la taza transparente en el mostrador para lavarme las manos—. *Está muy oscuro.* —Miró más de cerca, entrecerrando los ojos—. *¿Eso es sangre?*

Lo miré brevemente.

—Probablemente. Mi orina puede variar desde el color de un plátano hasta el jugo de arándano.

Su rostro se torció.

—*Asqueroso.*

—¿Cuánto tiempo tarda la prueba en mostrar resultados? —pregunté, abriendo la primera caja. Mis dedos temblaban cuando saqué ambas pruebas y las puse en una toalla al lado de la taza.

Expulsé un suspiro pesado. Lo que sucediera a continuación podría cambiarlo todo y no estaba segura de estar preparada para ello.

—*Todos son diferentes. El mío surgió muy rápido. Abre dos cajas. Haz primero el del resultado rápido y el automático. Guardaremos el de siete días durante una semana a partir de ahora solo para estar seguras.*

Asentí e hice lo que dijo. Cuando tuve todos los palos alineados uno al lado del otro, los miré con una extraña variedad de sentimientos. Definitivamente no quería estar embarazada, pero ¿y si ya había un bebé creciendo dentro de mí? ¿Podría deshacerme de él? Siempre había pensado que podía, pero ahora que me enfrentaba a la gravedad de la situación, ya no estaba

segura. Tenía un plan, y ese plan no incluía tener un bebé hasta que estuviera casada y tuviera al menos veintiséis años.

—*¿Qué estás pensando?* —Avery preguntó en voz baja.

—Que todo está jodido y que mi vida está a punto de cambiar. Que no sé lo que se supone que debo sentir en este momento. Me está dando dolor de cabeza.

—*Esto es lo que quiero que hagas. Sumerge el palito en la taza durante unos segundos, luego tápalo y déjalo. No esperes, pasa al siguiente hasta que termines. Ve a tomar un trago. De agua o lo que sea que bebas, y luego regresa y revisa los resultados. No te detengas. Te vas a desmayar esperando los resultados con la forma en que ya estás hiperventilando.*

Levanté mis ojos hacia ella y me detuve. Riendo, no me había dado cuenta que estaba jadeando tan fuerte, pero hombre, mis nervios estaban disparados. Este fue un momento de la verdad, y tan ansiosa como estaba por averiguarlo, estaba más aterrorizada que nada.

—Tengo miedo —dije en voz baja.

Sus ojos se suavizaron.

—*Puedes hacer dos volteretas hacia atrás con un montón de giros locos al mismo tiempo, correr a ochenta millas por hora hacia una mesa y darle la vuelta, pero ¿esto te asusta?*

Me encogí de hombros.

—Sí un poco.

Respiré hondo por última vez, saqué los dedos y destapé el primer palo, sumergiéndolo en la orina durante unos segundos. Recapitulando, continué asegurándome de no mirar el anterior hasta que terminé con los cuatro. Avery se quedó en silencio, observándome. Aunque estaba a cientos de millas de distancia, sentí que estaba a mi lado, dándome fuerzas. Necesitaba eso más que nada.

Una vez que terminé el cuarto, agarré mi teléfono mientras el vómito me subía por la parte posterior de la garganta. Vomité en el inodoro, jadeando en seco hasta que apenas pude recuperar el aliento ya que no había nada en mi estómago para salir.

—*Esta vez sé que son tus nervios* —dijo Avery, ligeramente ahogada. Me giré para mirar y me di cuenta que estaba tapando el teléfono con la mano. Gracias a dios. Ella no necesitaba verme vomitar. Tirando de la cadena, me limpié el rostro y me arrastré para sentarme en la bañera. Levanté mis rodillas y coloqué mis brazos sobre ellas.

—No quiero mirar —le dije con toda honestidad. Y no lo hice. Las lágrimas llenaron mis ojos y negué con la cabeza—. No quiero mirar, Ave. No quiero.

Su rostro cayó, paralizado por la tristeza.

—*Ojalá estuviera allí contigo* —dijo en voz baja—. *Yo lo vería por ti.*

—Ojalá pudieras. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—*Como treinta segundos.*

Me quedé boquiabierta.

—¿Eso es todo? Se siente como una eternidad.

Ella sonrió con tristeza.

—*Sí, así es como lo sentí yo también.*

Miré por encima del teléfono en el mostrador e hice una mueca.

—*¿Qué pasa?* —preguntó ella.

—Mi orina es más roja que amarilla desde aquí. ¿Crees que eso podría alterar la prueba?

—*No, no debería. Está buscando una hormona específica.*

—Maldición. Esperaba que dijeras que sí.

—*Ilusiones.* —Ella hizo una pausa—. *¿Lista?*

Negué con la cabeza, mirando el mostrador. Mi baño estaba tan frío que empecé a temblar. Me contuve. Era lo último que quería hacer.

—No recuerdo un momento en el que haya estado tan nerviosa. Estoy aterrorizada, Ave. Realmente no quiero mirar. Siento que ya sé la respuesta.

Sostuve mi estómago. Era tan plano.

Avery expresó su pena.

—*Solo quítate la tirita y hazlo.*

—No puedo creer que llamé para bromear diciendo que me estaba muriendo y se convirtió en hacerme pruebas de embarazo.

—*Definitivamente no es lo que esperaba, eso es seguro.*

Poniéndome de pie, caminé de puntillas hacia el mostrador.

—*Pretende que estoy ahí sosteniendo tu mano* —dijo, y tragué saliva y miré el teléfono mientras me detenía frente a lo que podría cambiar mi vida para siempre—. *Mira el mostrador, Aid* —mi mejor amiga me animó suavemente.

Mis labios eran una línea delgada y plana cuando negué con la cabeza. Las lágrimas se derramaron desde las comisuras de mis ojos hacia mi boca y pude saborear la salinidad.

—*Vamos, mejor amiga.* —Ella también tenía lágrimas en los ojos.

Finalmente, miré.

Escalofríos sacudieron mi cuerpo mientras mis ojos se movían de una prueba a otra. Me dolían los pulmones con cada resultado mientras luchaba por respirar. Estaba mareada y aturdida y mirando con los ojos muy abiertos en estado de shock absoluto hasta que mi visión se volvió borrosa.

—¿Avery? —dije, mi voz quebrada.

La enfermedad renal no me iba a matar, un ataque al corazón sí.

Volví a hojear la fila de pruebas y todas las líneas con total incredulidad.

—*¿Qué dice?* —rogó, pero no pude encontrar las palabras. No quería decirlo en voz alta porque entonces lo haría real—. *¿Aid? Di algo, por favor.*

Le dije:

—Cristo en un maldito palo.

Capítulo 57

Lloré durante una hora seguida después de contar dos conjuntos de líneas positivas.

Revisé cada pocos minutos esperando que cambiaran. Las líneas paralelas eran sólidas y brillantes, a excepción de las dos automáticas que decían claramente embarazada

Embarazada. ¿Cómo estaba embarazada? Más importante aún, ¿cómo dejé que esto sucediera?

Avery escuchó, y la amé aún más por eso. Ella me dejó desahogarme a través de las lágrimas, a pesar que yo era un desastre de gritos de negación y angustia. Ella no trató de colgarme. Ella actuó como si estuviera justo a mi lado como si estuviera llorando en su hombro. Ella era la mejor amiga perfecta, lo que me hizo sentir aún más como una mierda ya que no había estado ahí para ella en su momento de necesidad.

—¿Cómo, Avery? ¿Cómo? —pregunté por millonésima vez y agarré otro pañuelo.

—*Quiero decir, siento que sabes cómo sucede en este punto.*

—¿Qué voy a hacer? No puedo decírselo a mi papá, y definitivamente tampoco puedo tener un bebé. Eso me deja con una opción.

Avery se quedó en silencio durante un rato. Suavemente, ella dijo:

—*¿Qué quieres?*

—No es tan fácil de responder.

—*Si no necesitaras un riñón, ¿qué harías?*

—Todavía no puedo tener un bebé. Kova iría a la cárcel.

—*¿Y si no fuera a la cárcel?*

—Mi papá nunca lo aceptaría.

—*¿Si lo hiciera?*

Mi rostro se sentía tan hinchado y el agotamiento por llorar y el estrés de la verdad era una presión creciente en mi pecho. Su pregunta no fue cortante y seca, y tampoco lo fue mi respuesta.

—Desearía poder regresar y cambiar las cosas. Desearía poder regresar y ser más inteligente.

—*No pienses en el pasado, no te servirá de nada. Confía en mí. Piensa en el futuro y en lo que debes hacer.*

Avery tenía razón, pero era difícil hacer eso cuando miraba todas estas pruebas diciéndome que estaba embarazada.

El hijo de Kova.

Nuestro hijo.

Las lágrimas volvieron a nublar mi visión y comencé a llorar. Rápidamente, recogí las cajas y los palos y los tiré a la basura. Los palos sobresalían de la basura, pero no me importaba. Tomé la última caja y la puse entre las toallas en el armario de mi baño. No podía soportar mirarlo más tiempo.

Me enjuagué el rostro con agua fría y luego lo sequé. Avery miró pero no dijo nada, solo se veía tan triste como yo me sentía. Levantando mi camisa, me concentré en mi estómago, frotándolo en círculos.

—¿Cómo es que hay un bebé ahí dentro? —pregunté, más hablando conmigo misma.

—*Técnicamente es un feto.*

—Lo que sea. Lo mismo, en realidad.

—*Sí. Una vez que el corazón comenzó a latir, lo vi de manera diferente.*

Dejé caer mi camisa, deseando poder revertir el tiempo.

—¿Cuándo es eso?

—*Seis semanas.*

Aparté la mirada y pensé en cuándo pudo haber sucedido esto. Mirando los frascos de perfume que nunca usé, leí ciegamente las lujosas etiquetas sin procesar realmente las palabras.

—¿Cómo puedo saber qué tan embarazada estoy?

Avery se rió entre dientes y se tapó la boca. La miré y vi arrepentimiento llenar sus ojos azules.

—¿Qué? ¿Qué es tan divertido?

—*Se trata de qué tan avanzada estés, no de qué tan embarazada estés. Estás embarazada. Eso es todo. Nada más, nada menos. Estás totalmente embarazada. Se basa en tu último período, pero dado que todo está en mal estado, ¿cuándo ¿ustedes tuvieron sexo por última vez?*

Se me hizo un nudo en el estómago. No quería pensar en eso porque había una buena posibilidad que el corazón del bebé ya estuviera latiendo, y permanecer inconsciente era más fácil.

Si escucho un latido del corazón, ¿cambiaría de opinión?

El pensamiento me heló hasta los huesos y una ráfaga de emociones me golpeó en el pecho.

Lamiendo mis labios secos, sollocé.

—No importa, no quiero saberlo. Eso solo lo hará más difícil.

—*Deberías llamar a Kova* —sugirió Avery.

—¿Qué? ¿Por qué? No.

Sus cejas se juntaron.

—*¿No vas a decirle?*

—No. Creo que solo voy a tener un aborto.

El silencio era ensordecedor.

Mi corazón cayó.

La realidad se apoderó de nosotras y ambas nos quedamos quietas mientras nos mirábamos, nuestra expresión reflejaba la de la otra.

Ya había tomado mi decisión sin procesarla hasta ahora.

Tenía diecisiete años e iba a tener un aborto.

Mi pecho se desinfló, los pulmones me dolían por aire. La respuesta fue tan fluida que me tomó por sorpresa. Las consecuencias de tener sexo sin protección y ser irresponsable. Las lágrimas llenaron mis ojos nuevamente, y mi mandíbula tembló. Sabía que me arrepentiría de esta elección por el resto de mi vida. Sin embargo, las palabras se derramaron de mis labios porque también sabía lo que tenía que hacer todo el tiempo.

—No puedo tener un bebé. Soy demasiado joven... ¿verdad? He llegado demasiado lejos para eso. —Se me escapó un sollozo—. Sé que es muy egoísta de mi parte, pero simplemente no puedo —susurré, pensando que disminuiría mi decisión—. Simplemente no puedo —hice una pausa, luego le dije cómo me sentía realmente—. Tampoco me puedo imaginar deshacerme de él.

—*Tienes que decírselo* —dijo en voz baja.

—No quiero hacerlo. Está casado y una vez dijo algunas cosas duras acerca que me iba a quedar embarazada y lo que él haría.

Avery gimió en el teléfono. Sabía de lo que estaba hablando y no le gustaba.

—Dejen de pensar en el pasado. Piensen en lo lejos que han llegado, cuánto han crecido. Independientemente de cuál sea su elección, todavía necesita saber. Es su derecho. Si no se lo dices. Solo te arrepentirás y luego tendrás que vivir con ese arrepentimiento.

Suspiré interiormente. En voz baja, dije:

—Sé que necesito decírselo. Eventualmente lo haré.

—Apesta, Aid. Todos los días me culpo por no esforzarme más para hablar con Xavier. Es horrible. Además, vas a necesitar tiempo para descansar de todos modos. Él tiene que saberlo.

—¿Descansar?

—Necesitarás un tiempo libre para descansar en cama. Cuando tuve el aborto, tuve que descansar durante una buena semana más o menos. Tuve mucho sangrado y mi estómago me mató. Los calambres son mucho peores que un período. No hay manera que puedes practicar así.

—¿Reposo en cama? —Mi voz alcanzó su punto máximo— Pero tú estabas más avanzada que yo. Tal vez no necesite eso.

—Creo que después de un número específico de semanas, debe realizarse un procedimiento. Pero podría estar equivocada. No podía simplemente sangrar todo, lo tuvieron que succionar.

Mis labios se abrieron con incredulidad y negué con la cabeza apresuradamente. Succionar sonaba aterrador y deshumanizante. No dejaría que llegara tan lejos. Literalmente, no me quedaba tiempo en mi horario para descansar en cama, y mucho menos para un procedimiento. Me quedaba un encuentro internacional donde se seleccionaba el equipo, y luego, por algún milagro, los Juegos Olímpicos. Dos meses como máximo hasta que todo terminara. No hay tiempo para descansar. No hasta después de los Juegos, si llegaba a ellos.

—Dos meses hasta que termine todo por lo que he trabajado. Después de eso, lo resolveré.

Sus ojos se abrieron.

—*Aid, esa es una idea terrible. Probablemente la más tonta que hayas tenido hasta la fecha. Ni siquiera sabes qué tan avanzada estás. Tal vez puedas simplemente tomar una píldora o algo, hay píldoras abortivas, pero esperar no es una buena idea.*

—No puedo decirle. —Entré en pánico—. No le voy a decir. Iré a una clínica o algo así. Tampoco puedo ir a mi médico habitual. Tendrán que decirle a mi papá y él no puede saberlo. Buscaré un lugar en línea.

Juro que palideció. El rostro de Avery se acercó a la pantalla.

—*Escúchame. Estás cometiendo un gran error. Díselo, Adrianna.*

—Yo...

—*Y no puedes simplemente ir a una clínica al azar.* —Su voz se elevó, y sentí la alarma en sus palabras—. *No seas estúpida.*

Me froté la cara, cerrando los ojos.

—Qué desastre. No sé lo que voy a hacer. Quiero decir, lo sé, ugh. Esto realmente apesta.

—*Empieza por decírselo y continúa desde ahí. Tiene derecho a saber* —instó en voz baja—. *Por favor, si nunca me vuelves a escuchar, haz que esta sea la única vez que lo hagas.*

—Se va a enfadar.

Se me hizo un nudo en el estómago de solo pensar en decírselo. Ni siquiera sabía por dónde empezar, cómo iniciar la conversación, no podía imaginar una respuesta que fuera menos que negativa. No había forma correcta de decirle a Kova que estaba embarazada de su hijo.

La voz de Avery estaba tensa.

—No lo sabes. Y si no lo haces correctamente, podrías correr el riesgo de tener problemas con futuros embarazos. No seas estúpida.

Miré hacia abajo.

—Tal vez eso es algo bueno —dije en voz baja—. Es lo que me merezco.

—No digas eso.

—Es verdad —respondí un poco más fuerte—. Tonteé con mi entrenador, me acosté con un hombre casado y dejé que sucediera. Quería que sucediera. Esto es realmente mi culpa y lo que obtengo. Es karma.

—Tú no lo obligaste a hacer nada que no quisiera.

—Pero lo hice. Esa es la cuestión. Lo presione desde el principio. Desde el primer encuentro, fui todo yo. Quiero decir, obviamente no es un santo, pero lo perseguí. En el fondo de mi mente, estaba haciendo todo para que no pudiera decir que no. Lo perseguí tantas veces, Ave. —Mi barbilla tembló con culpa. Yo era una persona terrible, terrible.

—Aid, escúchame. Es fácil culparte a ti misma en un momento como este, pero no solo eres tú. Kova no hizo nada que no quisiera hacer. Incluso si no le facilitaste la elección, todavía no tenía que mantenerlo en marcha. Una vez es un error. Dos veces es imprudente. Tres veces es una elección. Una decisión consciente.

Miré a mi mejor amiga, agradeciéndole por hablarlo conmigo.

Tomando una respiración profunda, me levanté del piso del baño y caminé hacia la cocina y coloqué mi teléfono cerca de mis frascos de medicamentos. Me recogí el cabello en un moño desordenado, luego recogí las botellas una por una y las destapé, vertiendo las pastillas en una pila.

Avery tenía toda la razón, pero aún tenía la culpa por invitar a que sucediera y no impedir que continuara. Había algo demasiado seductor en Kova que no podía negar, y no sabía por qué. Una vez me dijo que yo era la llama y él la polilla, pero no

pude evitar pensar que era al revés. Si ambos nos sentíamos así, entonces una llama cada vez más grande que se extendía con el tiempo destruía todo a su paso y era más difícil de apagar.

Llené un vaso de agua y lo puse sobre el mostrador. El líquido salpicó el mármol.

—Estoy segura que todas estas pastillas no son buenas para tomar durante el embarazo. Tal vez por eso tuve mi período, pero en realidad fue un aborto espontáneo y no lo sabía.

—Solo ir al médico te dirá eso. Creo que sangrarías mucho, como más de lo normal, y tendrías calambres severos. Sabrías la diferencia.

Suspiré, llena de agotamiento.

—¿Qué voy a hacer? Todo esto es tan jodido. —Recogí las pastillas y me las tragué todas a la vez.

Una comisura de su boca se levantó hacia un lado.

—Sabes lo que tienes que hacer —dijo, y yo asentí.

Ella tenía razón, otra vez. No podía no decírselo a Kova, pero ¿cómo diablos empecé?

—Te amo, Ave. No sé qué haría sin ti.

Ella fingió voltear su cabello.

—Bueno, duh. Eso es porque soy la mejor amiga del mundo. Entonces, ¿cuándo crees que lo harás? Espero que sea más temprano que tarde.

Me encogí de hombros.

—Realmente no lo sé. Tal vez después de la práctica de mañana.

Sus cejas se elevaron.

—Será mejor que me envíes un mensaje de texto lo antes posible en el momento en que lo hagas.

Nos despedimos y pasé el resto de la tarde agonizando por mi situación actual en Internet. Era una idea terrible, pero no pude evitar buscar cosas, como hice cuando descubrí que tenía lupus y una enfermedad renal. Empeoró todo diez veces, pero no pude evitarlo.

Di vueltas y vueltas toda la noche, el sueño me evadía, y cuando mi alarma sonó a la mañana siguiente, casi llamo.

En cambio, me levanté de la cama y seguí con mi rutina normal. Iba a reunir fuerzas para decírselo a Kova, pero también me aseguraría de mantenerme concentrada en mi sueño. Él entendería.

Un día tendría hijos, pero ahora no.

Hasta entonces, lloraría al niño que pronto abandonaría con el hombre que amaba.

Capítulo 58

Lo primero que pensé cuando entré en World Cup y vi a Kova fue que sería un padre genial.

Tenía puesta la gorra, esta vez mirando en la dirección correcta, y una camiseta tipo béisbol de color gris jaspeado y negro que abrazaba sus brazos, y se combinaba con sus típicos pantalones cortos negros. Era difícil no mirar los cortes y las curvas de sus bíceps.

Hizo que mi corazón latiera tan fuerte y un estúpido número de mariposas en mi estómago se arremolinaban ridículamente rápido unas contra otras. Kova levantó un tapete plegable y lo arrastró por el piso, creando filas para el acondicionamiento. Me imaginé a un bebé en su cadera, no en la mía, y cómo se vería. Sería tan lindo, probablemente locamente posesivo, pero profundamente enamorado de su hijo a quien le enseñaría gimnasia. Podía verlo explicando sus acciones y por qué siempre tenía razón, y cómo estaba siendo un entrenador mandón con su hijo porque quería lo mejor para él.

Kova miró hacia arriba y nuestros ojos se encontraron. Un tipo diferente de sonrisa tiró de sus labios, una que decía que estábamos bien, como si estuviera feliz por una vez. Imagínate. Las veces que él es feliz, me muero por dentro. Me tragué mis emociones y me obligué a devolverle la sonrisa.

Cruzó la distancia y me dolía el pecho con cada paso que lo acercaba a mí. Ya podía oler su colonia, gracias a mis sentidos de embarazo intensificados que había aprendido en línea, y creó una sensación constante de deseo a través de mí.

No le diría hoy. No podría

—¿Cómo te sientes? —preguntó—. Pareces un poco cansada. ¿Querías quedarte en casa otra vez?

Negué con la cabeza y me pellizqué las uñas. Me mordí el labio, tratando de luchar contra el pánico que crecía dentro de mí.

—Mejor. Ayer dormí todo el día.

Me miró con curiosidad, una sombra de su gorra se proyectaba sobre la mitad de su cara.

—Eres hermosa —dijo en voz baja, aceptando mi respuesta. Una pequeña sonrisa se formó en su suculenta boca.

Antes que pudiera decir otra palabra, me puse de puntillas y me acerqué a él. Mis emociones, probablemente la ansiedad de tener que decírselo, subieron a la cima antes que me diera cuenta de lo que estaba pasando. Palmeando sus mejillas, acerqué su cara a la mía y estrellé mi boca contra la suya.

Levantó el borde de su gorra y lo empujó hacia arriba, luego envolvió sus brazos alrededor de mi espalda y se acercó a mí. Kova dejó escapar un pequeño gemido cuando me devolvió el beso. Él siempre devolvía aún mejor. Era su forma de mostrarme cómo se sentía. Sus grandes manos recorrieron mi espalda, rozando mi trasero antes de agarrar un trozo y sostenerlo. Mis dedos enredaron el cabello en la parte posterior de su cuello mientras su lengua se deslizaba por la comisura de mis labios y se enredaba alrededor de la mía. Me besó como si tuviera hambre, como si no pudiera llenarse. Él estaba luchando por nosotros y cada vuelta de su lengua era un mayor tirón a lo que quería, pero en última instancia, nunca podría tener.

Todavía abrazándome, Kova rompió el beso, dejándome sin aliento. Miró mis labios y luego mordió uno. Fueron las pequeñas cosas como esta las que me hicieron enamorarme más de él, pero también me ayudaron a decidir que hoy no era el día para dejar caer la pelota.

—Eres un amante, no un luchador.

Él sonrió, con el ceño fruncido.

—¿Qué te hizo pensar en eso?

—Por la forma en que besas. Puedo sentirlo.

Pareció contento con mi respuesta.

—La vida es demasiado corta para pelear. A menos, por supuesto, que peleemos durante el sexo. —Sus ojos se calentaron con el pensamiento—. Entonces, estoy listo para pelear.

Mi cabeza cayó hacia atrás y una risa salió de mí antes que pudiera detenerla. Bajó la cabeza, su nariz haciéndome cosquillas en el cuello. Sentí el contorno de su sonrisa debajo de mi oreja. Kova se apretó contra mí y retrocedí hasta que sentí la pared contra mi espalda. El calor me recorrió la columna cuando su pecho empujó contra mí, la calidez de su cuerpo fuerte me trajo una sensación de seguridad y amor que tanto necesitaba.

—Como cuando volvimos a hacer el amor por primera vez después de tanto tiempo, cuando me tirabas cosas, cuando intentabas cortarme… —enfatizó las últimas palabras y me reí— . Cuando me cortaste. Por mucho que ambos nos lastimamos ese día, y por mucho que me encantara cada minuto, no quiero volver a pelear contigo de esa manera. Entonces, sí, tal vez soy un amante, pero solo lo soy. Un amante para ti, y yo solo soy un luchador para ti. —Kova miró hacia abajo—. Pensé que te había perdido para siempre durante ese horrible momento. No quiero que vuelva a suceder.

Tragué. Sí, definitivamente no se lo diré hoy.

En voz baja, dije:

—No creo que sea posible perderme.

Las esquinas de sus ojos se suavizaron.

—Lo mismo. Ahora, déjame follarte antes que comience la práctica.

Una fuerte carcajada estalló en mi pecho.

—No —salió de mis labios. Me hacía tan feliz y me preguntaba si él lo sabía—. Qué manera de arruinar el momento con tu rápido polvo.

Kova gimió.

—No puedes entrar así y besarme y esperar que no quiera más. Siento que acabo de despertar a tu lado, y sabes cuánto lo deseo. Verte flexible y suave como eres ahora, y ser capaz de despertar con mis bolas muy dentro de ti, sentir cómo te aprietas alrededor de mi polla, escuchar tus pequeños y suaves suspiros... No hay nada que desee más que eso.

Hizo que mi corazón latiera deseando eso.

—Solo me quieres por mi coño.

Sus ojos brillaron con deseo.

—Entre otras cosas.

Traté de no sonreír ante su respuesta. Sabía que se estaba burlando de mí, pero estaba dando resultado y haciendo que no pensara en el problema más grande que tenía entre manos.

—Eres un charlatán.

—Tengo mis momentos. Entonces, ¿qué dices, sí? Puedo levantarte la pierna así. —Su voz bajó cuando bajó y enganchó mi muslo alrededor de su cadera—. Entonces puedo mover tus pantalones cortos a un lado y tomarte rápido y rápido así —dijo, tirando de la tela a un lado y jugueteando con mi carne desnuda con los dedos. Llevaba pantalones cortos pequeños, un sostén deportivo y una camiseta sin mangas hoy—. O puedo levantarte y llevarte rápido pero lento aquí mismo en mi gimnasio —gimió al pensar en sus propias palabras—. Despacio porque necesito sentir cada centímetro de tu dulce cuerpo. Sabes que ya estoy duro para ti. —Empujó un dedo largo dentro y jadeé—. Siento que te aprietas a mi alrededor —dijo, besándome. Su lengua me vuelve loca de lujuria—. Vamos, déjame tenerte —suplicó, y fue muy lindo.

—No. —mi respuesta salió un poco más sin aliento de lo que quería—. Pero tal vez antes que me vaya esta noche —dije, empujando mis caderas en su mano. Maldito cuerpo traidor.

Su gemido exagerado fue uno de proporciones épicas.

—Me vas a matar. ¿Cómo diablos voy a esperar hasta entonces? Deberías dejar que te folle. —Él se rió—. No tomará mucho tiempo.

Ignoré su comentario irritantemente acertado y me estiré entre nosotros, deslizando mi mano debajo del elástico de sus pantalones cortos para encontrar su polla desnuda sólida como una roca. Kova agarró mi muñeca.

Apreté.

—Todavía no hay boxers, por lo que veo.

—Nunca —dijo entre dientes—. Además, me gusta verte mirando mi polla. Nunca los usaré solo por esa razón.

Mis mejillas se encendieron.

—No lo hago.

—Lo haces, y sabes que me pone jodidamente duro cada vez. —Apretó su agarre—. Tuviste tu oportunidad, ahora tienes que esperar hasta esta noche.

Frustrada, me incliné y mordí su labio hasta que probé sangre. Gemí, lamiendo las diminutas gotas carmesí. La polla de Kova se retorció en mi mano y sentí una ola de placer recorrer su cuerpo. Me encantaba que él amaba lo que hacía.

—Esta noche, te follo aquí.

—Me eche para atrás —dije en voz baja al teléfono.

Ni siquiera sé por qué susurraba cuando estaba sola y nadie más podía oírme.

—*¿Con quién?* —preguntó Avery.

—Kova.

—*Ohhh* —respondió ella—. *¿Por qué te sumergiste en Labios de Pescado?*

—Se suponía que íbamos a tener sexo después de la práctica. Cuando no estaba mirando, corrí.

Avery se rió entre dientes.

—*Déjame adivinar, no le dijiste sobre el engendro.*

Negué con la cabeza, luchando contra una sonrisa. Estaba casi en casa.

—No.

—*¿Cómo estuvo la práctica de todos modos ahora que estás cargando un pequeño exaltado ruso?*

Esta vez me reí.

—Avery… —gemí—. Fue muy estresante y no sé por qué. No me quedaré con el bebé, así que no debería haberme molestado, pero seguía pensando que lo lastimaría, así que dudé mucho.

Ella se quedó en silencio por un momento.

—*Creo que eso es normal. ¿Crees que Kova se dio cuenta?*

—Él se da cuenta de todo, así que le di importancia y usé mi enfermedad como excusa.

—*Quién diría que la enfermedad renal sería útil por una vez. Entonces, ¿qué vas a hacer ahora cuando te busque y estés desaparecida?*

Suspiré en el teléfono.

—No lo sé. Supongo que solo le diré que no me siento bien.

—*Y crees que él lo va a creer* —afirmó, claramente no convencida de mi mentira.

—Sí, pero eso es solo porque él sabe que estoy enferma y no quiere que me pase nada.

Entré en mi complejo, agarré mis cosas y subí las escaleras.

—*Realmente tienes que decírselo, Aid* —dijo en voz baja.

—Lo sé. Realmente iba a hacerlo cuando llegué a la práctica, pero luego lo vi, Ave, y lo imaginé con un bebé. Me jodió la cabeza.

Ella tarareó por lo bajo.

—*Se vería muy bien con un bebé.*

—Digno de baba. ¿Ves? Las palabras me evadieron y no sabía si dejarlo escapar o abrirme camino en la conversación, y luego decidí besarlo…

Ella se rió.

—*Sé que es más fácil decirlo que hacerlo, pero cuanto más esperes, más difícil será. La ansiedad te devorará.*

Ya me sentía así ahora. Una vez que estuve en mi apartamento, dejé mis cosas en el suelo y me senté en el sofá. Exhalé un suspiro y escuché el silencio por un segundo.

—Sí —dije un poco sin aliento.

Miré mi estómago, todavía con asombro que estaba embarazada. Puse mi mano sobre mi vientre, temiendo mi siguiente pregunta.

—¿Ave? ¿Qué pasa si esta es la única vez que puedo quedar embarazada?

—No puedes verlo así. Si sucedió mientras entrenabas como una maldita lunática, entonces deberías poder hacerlo en el futuro cuando seas una persona normal otra vez. Además, hay una gran cantidad de drogas que necesitas. Puedes tomar para ayudar a concebir.

Pensé en lo que tenía que hacer y en lo desanimada que me sentía por la elección que había hecho. Me enfermó. Realmente nunca tuve una opinión sobre el aborto, no hasta que Avery me dijo que había tenido uno, y ahora que me enfrentaba a la misma decisión, estaba resultando ser mucho más difícil de lo que pensaba. No podía tener un bebé, pero estaba aprendiendo rápidamente que tampoco me gustaba la idea de tener un aborto. Estaba atrapada en la peor situación de mi vida sin la elección correcta. Todos iban a salir lastimados por mi imprudencia.

Suspiré interiormente. Sentí que comenzaba a caer en un agujero oscuro de depresión y luché contra eso. No había tiempo en mi agenda para salir de ese lúgubre agujero. Lo acababa de hacer hace unos meses.

—Va a ser muy duro y uno de los momentos más difíciles de tu vida —dijo con simpatía—. Te sentirás mejor una vez que se lo digas. Puedo sentarme aquí y contarte chistes, decirte qué decir, pero sé de primera mano lo difícil que es realmente. La ansiedad por sí sola te matará. Vas a intentarlo varias veces hasta que un día simplemente salga.

Envolví un brazo protector alrededor de mi estómago.

—Va a estar tan enojado.

—Tengo esta sensación realmente extraña que no lo estará, pero incluso si está enojado, al menos se lo dijiste. Te sentirás

mejor diciéndole a la larga. Entonces puedes seguir adelante y programar lo que necesites, y estaré contigo cuando suceda.

Tragué.

—¿Vas a conducir y venir conmigo?

—*Por supuesto, idiota. Te amo.*

Mi teléfono sonó y lo aparté para ver un mensaje de texto de Kova. Mi corazón cayó. Sabía que me buscaría.

—Me tengo que ir, Kova me está enviando un mensaje de texto.

—*Para que lo sepas, no recomendaría decírselo por mensaje de texto.*

Me reí. Justo antes de colgar, dije:

—Créeme, no lo estaba planeando.

Entrenador: ¿Dónde desapareciste? Te estaba buscando.

Me mordí el labio tratando de conjurar una buena mentira que fuera suficiente.

Yo: No me siento bien. Creo que estoy teniendo un brote y solo necesitaba irme a casa. Lo siento.

Contuve la respiración y esperé a que respondiera. Ojalá lo creyera, pero esperaba que no lo hiciera.

Entrenador: Tu salud es más importante. Obtén el descanso que necesitas, y si necesitas más tiempo, házmelo saber. ¿Puedo llevarte algo de cenar?

Rápidamente respondí con un no, gracias y tiré el teléfono sobre mi sofá. Rodando sobre mi costado, lloré hasta quedarme dormida por las cosas que no tenía la capacidad de cambiar.

Capítulo 59

Fui tarde a la práctica a propósito para que Kova no pudiera hablar conmigo.

Bueno, veinte minutos tarde, pero fue suficiente para irritarlo por el resto del día.

No ayudó que yo estaba terriblemente mareada. Ya sea por el embarazo o porque estaba muy nerviosa por decírselo a Kova, no estaba segura. Todas las veces que había vomitado desde el último encuentro realmente podrían ser de cualquiera de los dos. Mi estómago estaba en mal estado.

Esta noche le diría que estaba embarazada.

Sus ojos encontraron los míos en el momento en que entré al gimnasio, pero rápidamente desvié la mirada y comencé a estirarme. Lo primero que pensé fue que quitaría importancia a mi tardanza, ya que él había dicho que si necesitaba más tiempo para descansar, podía tomarlo, pero también sabía que tenía que decirle con anticipación si lo necesitaba.

—Adrianna. Tres millas —ordenó con un mordisco y luego se alejó de mí.

Mi mandíbula se desplomó hasta mi estómago, pero no había nada que pudiera decir o hacer ya que él era mi entrenador, así que me levanté, entré en el vestuario, me puse la ropa y los zapatos para correr, luego salí. Hice algunos estiramientos para no irritar mi tendón de Aquiles. No se curó y no lo haría hasta que me operaran, pero casi iría tan lejos como para decir que estaba en remisión con el dolor y la inflamación.

Afortunadamente, no tuve nuevas lágrimas, y aunque no había necesitado una sesión de blading recientemente, sabía que Kova querría hacer una antes de ir a Italia para la competencia. Me dio un poco de energía en mi paso y Dios sabía que podría usar eso en este momento, y antes de la competencia de gimnasia más grande de mi vida.

En el momento en que mis pies tocaron el pavimento, me obligué a correr las tres millas sin parar. Cuando regresé a Wolrd Cup, estaba sin aliento y tenía una gran necesidad de ir al baño. Estaba todo tranquilo y sereno hasta que noté que el agua del inodoro estaba teñida de rosa.

Mi triste realidad. O solo estaba manchando, o estaba abortando y no lo sabía. Me taponé con un poco de papel higiénico pero no había sangre. Confundida, lo hice de nuevo con el mismo resultado cuando me di cuenta que en realidad podrían ser mis riñones los que causaban la sangre. Era un síntoma común de la enfermedad renal crónica.

La ira llenó mis ojos de lágrimas, pero las respiré y tiré de la cadena. Sacudiendo la cabeza y los dedos, salí del baño solo para encontrarme cara a cara con un Kova muy molesto.

—Oye —dije, tirando hacia atrás. Fruncí el ceño—. ¿Me estabas esperando?

Los ojos verdes de Kova me miraron y retrocedí.

—No te aproveches de mi amabilidad, Adrianna. No me pisotearás solo porque soy comprensivo con tu salud. Si necesitas algo, dímelo, pero no llegues tarde y asumas que puedes hacer lo que quieras sin aclararlo conmigo primero.

Mi mandíbula se movió. Me ofendió un poco que pensara que me aprovecharía así, especialmente después de todo. Traté de explicarme, pero él me interrumpió y comenzó a hablar de nuevo. Su acento ruso era más fuerte esta vez, y eso solo pasaba cuando estaba furioso.

—Te quedan diez días hábiles y eso es todo. Dos semanas hasta que abordemos el avión. —Hizo hincapié en el tiempo—. Y

solo queda una oportunidad. Hagamos que cuente. Vamos a estar haciendo dos días hasta que nos vayamos, con el fin de semana para recuperarnos. A menos que me digas lo contrario, estarás aquí a tiempo y lista para practicar.

Con la boca cerrada, asentí. Después de todo, tenía razón. Me presenté a propósito para practicar tarde y funcionó en mi contra.

Bajó la cabeza y se acercó.

—Dentro de estas paredes somos entrenador y gimnasta. Afuera, eres Adrianna Francesca Rossi y yo soy Konstantin Kournakova, y eres mi vida, pero hasta que llegue el día en que pueda reclamarte en público, no podemos permitir que nada nos desvíe del objetivo.

Sin decir una palabra, lo rodeé y entré directamente al gimnasio.

Lo amaba y lo odiaba tanto.

Toda la semana me he dejado la piel. Kova y Madeline me lo dieron todo y más. Ninguna de los dos entrenadores fueron fáciles conmigo, lo que me encantó. Hacía mucho tiempo que no sentía esa tensión, ese dolor en todos los lugares ocultos. Por supuesto, estaba incómoda y cansada y apenas podía caminar cuando llegué a casa. Mentalmente, era exactamente lo que necesitaba. Me negaba a permitir que mis agotadoras enfermedades, que tenían el poder de paralizarme, se interpusieran en mi camino. No ganarían. Hubo un par de veces en las que sentí que me desplomaba y Kova estaba allí, convenciéndome, pero asegurándose al mismo tiempo que estaba bien.

Tenía razón. Ahora era mi momento y tenía que hacerlo valer.

Eso no significaba que no me estaba muriendo al final de la noche y casi paralizada por la mañana. Un poco dramático, tal vez, pero Jesús, me sentí magullada y maltratada. Me sumergí en baños de Epsom, hice que Kova me hiciera masajes de tejido profundo e incluso me aseguré de seguir la dieta especial para

mis enfermedades. Nunca me perdí una dosis de medicina tampoco. Por la noche recibía mi cama con los brazos abiertos, y por la mañana me recibía el baño. Las náuseas matutinas no eran una broma. Una cosa que estaba deseando terminar era el vómito constante que venía con el amanecer. Era extraño cómo funcionaba el tiempo con eso.

Para el viernes, estaba contando las horas hasta que tuviera los próximos dos días libres. Había investigado las ventosas, algo que se suponía que era divino para los músculos adoloridos con acumulación de ácido láctico. Sacó la piel del músculo subyacente para estimular el flujo de sangre, lo que produjo una recuperación más rápida, pero no estaba segura de estar lista para que las pequeñas copas de fuego en llamas fueran succionadas y arrastradas sobre mí todavía. Le preguntaría a Kova y vería qué tenía que decir. Podríamos hacer una prueba y ver cómo iba.

—Hola —dijo Kova mientras almorzaba en el café. Sentí su energía entrar en la habitación antes de verlo.

Levanté la vista, masticando una rodaja de manzana de mi ensalada de espinacas.

—¿Qué pasa?

Miró por encima del hombro y luego sacó una silla para sentarse. Mis cejas se fruncieron y lo miré con curiosidad.

Kova se inclinó y apoyó los codos en las rodillas.

—Ven conmigo este fin de semana.

Mis ojos se desorbitaron y casi me atraganto con la comida.

—¿Qué?

—Hay un pequeño pueblo al que quiero llevarte a una hora de distancia.

Las arrugas entre mis cejas se hicieron más profundas y tragué lentamente el bocado que había estado masticando.

—¿Hay algo mal contigo?

Kova lanzó una amplia sonrisa y bajó la cabeza por un segundo. Su espalda se sacudió con una risa. Volvió a mirar hacia arriba, sonriendo.

—Ya sabemos que no estoy cuerdo.

Traté de no reírme.

—¿No es esa la verdad? Pero, ¿cómo vas a escabullirte sin que Katja lo sepa? —Quería decir Cuntja como lo había hecho Avery, pero me contuve.

Lo apartó como si no fuera un problema. No quería hablar de ella conmigo y no lo culpé, pero fue lo primero que pensé. Me preguntaba cómo iba a continuar con su infidelidad en su tiempo libre si su esposa estaba cerca.

—Entonces, ¿qué dices? Quédate esta noche después que todos se vayan y cena conmigo. Pediré lo que quieras, y luego mañana, o el domingo —ofreció—, podemos ir a este pequeño pueblo. Déjame llevarte allí. Es solo por el día.

Dejé el tenedor y aparté la ensalada. Kova lo deslizó de nuevo frente a mí.

—Come —dijo.

Nunca habíamos ido a ningún lado juntos.

—¿Por qué quieres llevarme allí?

—Has estado muy distante conmigo esta semana y no quiero eso.

—He estado un poco ocupada trabajando duro, sabes... —Aparté la mirada.

Tenía una razón para estar distante, además de tratar de mantener mi enfoque en la gimnasia cuando se me ocurrió la idea.

Tal vez finalmente podría contarle mi secreto esta noche. No querría llevarme a ningún lado después de eso, y nos daría unos días de diferencia. No había forma que recibiera la noticia de su hijo de otra manera que no fuera negativa.

Continuó, tratando de llevar su caso a casa.

—Lo sé. Este es el último fin de semana antes del encuentro en el que estarás libre por mucho tiempo. Soy lo suficientemente egoísta como para decir que te quiero para mí. Piénsalo, pero al menos come conmigo esta noche. ¿Puedes darme eso?

Mordiéndome el labio, asentí.

—De acuerdo.

La mano de Kova golpeó la mesa y rebotó. Sonreí ante su emoción, sintiéndome un poco bien al verlo tan feliz por algo tan minúsculo, a pesar que iba a arruinar todo esta noche.

Inclinándose, tomó la parte de atrás de mi cuello y me dio un beso en la frente. Me congelé con sus labios sobre mí, y él también.

—No puedes hacer eso aquí, Kova —susurré.

Dejó caer la mano y dio un paso atrás.

—Lo sé. No estaba pensando. Hasta luego —dijo, y luego salió del café.

Lo vi irse, preguntándome qué le había pasado y si hablaba en serio cuando dijo que me quería para él solo en mi último fin de semana libre. Sabía de lo que estaba hablando: tenía la esperanza que me eligieran para el equipo olímpico. Si lo fuera, me enviarían al centro de entrenamiento durante cuatro semanas, con Kova, para entrenar para los Juegos con los entrenadores olímpicos.

Pensar en eso me hizo darme cuenta que tenía dos opciones: decirle a Kova esta noche que estaba embarazada o mantenerlo en secreto hasta que todo terminara.

Hubo un total de siete semanas desde hoy hasta que deje los Juegos, si tenía suerte. Siete semanas de ansiedad con las que tenía que lidiar, o superarlo esta noche.

Mirando mi estómago plano, el miedo se enroscó dentro de mi pecho como un mal augurio. No estaba segura de cuándo empiezan a crecer los vientres, pero recé para que el mío no lo hiciera pronto.

Lo que era más angustioso era que no tenía idea de cuánto tiempo tenía para anticipar tal cosa, pero eso era algo que no quería saber.

Mi única preocupación era que esperaba que el corazón no estuviera ya latiendo.

Capítulo 60

—¿Por qué querías cenar? —pregunté después que todos se fueron para la noche.

Bostezando, estaba sentada en el cómodo sofá de su oficina. No tenía apetito y no estaba segura de cómo iba a comer para disimular eso. Todo lo que quería hacer era ir a casa y escabullirme, no divulgar el pequeño y sucio secreto que estaba cargando. Miré mi estómago sintiendo un poco de remordimiento por llamarlo un pequeño secreto sucio.

—¿Por qué no? —respondió, como si mi pregunta fuera tan extraña.

Levanté la vista, sintiéndome a la defensiva por razones que no podía explicar.

—No lo sé, ¿porque nunca lo hacemos?

—Es por eso que quería.

Fruncí el ceño, viendo como Kova colocaba la bolsa de papel en su escritorio y sacaba el contenido. Cuando me preguntó para qué estaba de humor, le dije lo que quisiera. La comida era lo último en mi mente.

—¿Qué otra cosa?

Hizo una pausa y se enderezó. Kova me miró directamente a los ojos y dijo:

—Porque has estado trabajando duro y te siento un poco distante. Por eso.

Mis hombros se relajaron. Estaba siendo honesto y no era justo de mi parte ser grosera.

—Gracias —dije.

Kova llevó los contenedores y nos sentamos cara a cara. No había ningún lugar para comer realmente en el gimnasio además de la cafetería, pero eso se sentía demasiado estéril.

Una vez que le di un mordisco, mi apetito volvió a rugir. No comí demasiado de las verduras al vapor y el salmón fresco al horno con salsa de mantequilla de almendras, solo hasta que sentí el primer indicio de estar llena. Tomamos pedazos de la comida del otro hasta que estuve llena y Kova se comió el resto de la mía junto con la suya.

—Esta oficina recibe mucha acción —bromeé.

Me acurruqué en la esquina del sofá y acurruqué mi mejilla en los cojines con una sonrisa soñadora. Toda la semana había estado nerviosa y estresada. Esta noche, estaba en paz y no estaba segura si era porque sabía que no tenía otra opción en lo que iba a decir, o porque estar cerca de Kova me calmaba los nervios.

Kova se levantó y me colocó en su regazo con mi espalda contra su pecho. Dejó escapar un suspiro mientras envolvía sus fuertes brazos a mí alrededor. Besó mi sien. Mis ojos se cerraron y me acomodé en él.

—He estado esperando todo el día para hacer esto —dijo en voz baja, y me reí—. ¿Qué es tan divertido?

—Estaba pensando exactamente lo mismo.

—Grandes mentes piensan igual.

Sonreí y disfruté de la sencillez de lo fácil que éramos, de cómo entendí totalmente cuando Kova dijo que simplemente no quería despedirse, porque cuando había momentos como este, yo tampoco quería.

—¿Has estado terriblemente callada? ¿Qué tienes en mente?

Se me hizo un nudo en la garganta.

Mucho.

Todo.

No sabía por dónde empezar, pero sabía que esto era todo. Sería entonces cuando le diría que donde sus manos estaban actualmente en mi estómago, había una vida creciendo dentro que habíamos creado. Una vida que nunca sería capaz de vivir.

—Nada, de verdad. Estoy bien.

—Dijiste bien. Ahora sé que tienes algo en mente —dijo con una mezcla de alegría e inquietud—. ¿Estás nerviosa por el encuentro? Porque realmente siento que no tienes nada de qué preocuparte. Eres una de las favoritas.

—No —dije en voz baja.

Por una vez no estaba asustada por una competición. Estaba confiada solo pensar en salir con mis entrenadores, y en mi leotardo con incrustaciones de cristales, como una competidora de alto rango por uno de los cuatro lugares codiciados en el equipo olímpico femenino de gimnasia de los Estados Unidos, provocó que una ráfaga de libélulas ansiosas invadiera mi pecho. Estaba más que emocionada por el próximo fin de semana y los días no podían llegar lo suficientemente rápido.

—¿Pasó algo en el doctor con respecto a tus riñones?

—No.

Dejó escapar un silbido.

—Gracias a Dios. ¿Tuviste una pelea con Avery?

—No.

El silencio llenó la habitación. Kova me dio un pequeño apretón y se acomodó más cerca mío. Estaba tratando de diseccionar lo que estaba pasando en mi cabeza, pero nunca lo adivinaría.

Permanecí en silencio, buscando las palabras adecuadas para iniciar la conversación. Quería decirlo solo para terminar de una vez, pero al mismo tiempo, estaba aterrorizada.

—¿*Ria*? —Su voz estaba llena de preocupación—. ¿Qué pasa? ¿Me estás preocupando?

Todo mi cuerpo comenzó a temblar, mi respiración se intensificó. Kova intentó girarse para mirarme, pero lo detuve y le di más de mi espalda. No podía mirarlo mientras hacía esto. No quería ver la mirada en sus ojos cuando le dijera que estaba embarazada. ¿Se sentiría aliviado que yo fuera a abortar? ¿Enojado porque estaba embarazada en primer lugar? ¿O sorprenderme por completo y estar decepcionado con mi decisión? Mi corazón se aceleró tan rápido que mi cena era tan pesada como un bloque de concreto en mi estómago, amenazando con volver a subir.

—Pensé que te habías olvidado de ese nombre —dije, mi voz llena de emoción.

—¿Es por eso que estás tan molesta? Puedo usarlo más. Me preocupaba que viniera con malos recuerdos, y estaba tratando de evitarlos.

—No —dije, esta vez las lágrimas llenaron mis ojos.

—¿Por qué no puedes mirarme, Adrianna? Me estás asustando.

Me calenté, el calor burbujeaba por todo mi cuerpo. Oh Dios. No había manera que pudiera hacer esto. Simplemente no pude. Avery estaba equivocada. Kova no necesitaba saberlo. No había ninguna razón para que él lo supiera, solo causaría más angustia innecesaria.

—Por favor mírame.

—Yo… —comencé—. Necesito…

—¿Qué necesitas? Te lo daré.

Me dolía el pecho por los latidos que me quitó el corazón. Negué con la cabeza y respiré con dificultad, tratando de reunir incluso una pizca de coraje para decírselo, pero estaba luchando por encontrarlo. Esto tenía que ser lo más difícil que había tenido que hacer en mi vida.

—¿Recuerdas cuando me preguntaste si mi espalda estaba contra la pared con una decisión que podría cambiar mi vida, qué haría?

Kova se quedó callado antes de responder en voz baja:

—Sí.

—Bueno… —comencé y tragué mientras mi cuerpo se asaba con temor—. Es mi turno de preguntar eso. Si estuvieras contra la pared con una decisión que podría cambiar tu vida, ¿qué harías?

El cuerpo de Kova se convirtió en piedra debajo de mí.

—¿Qué necesitas decirme?

—Responde a la pregunta.

Kova divagó en ruso.

—Responde a la pregunta, Kova —le dije de nuevo con un pequeño mordisco esta vez.

—No —dijo, sin aliento—. Yo inventé este juego. Ahora dime lo que estás escondiendo.

Las lágrimas se derramaron de mis ojos y me levanté de su regazo. Un chorro de aire expulsado de mis pulmones. Empecé a pasearme por su oficina, mirando al suelo deseando que se abriera y me sacara de este mundo cruel de ansiedad que me asfixiaba. Mi pecho estaba tan apretado, apretado por la falta de aire, y mi corazón estaba tan desordenado que pensé que iba a vomitar.

Kova se puso de pie e intentó acercarse a mí, pero no se lo permití. Levanté la mano para detenerlo.

Agarrando mis llaves y mi teléfono celular de su escritorio, me dirigí directamente a la puerta. Sin embargo, fue rápido y la cerró de golpe. Contuve la respiración y sentí su pecho en mi espalda y su brazo envolviéndose posesivamente alrededor de mis caderas. No había ni una onza de ira proveniente de Kova y aunque eso fue un alivio, también fue aterrador, porque si supiera la verdad, no creo que me tocaría. Cerré los ojos con fuerza, deseando tener la fuerza para decírselo.

—Déjame irme —supliqué, apenas por encima de un susurro.

Me obligó a darme la vuelta para mirarlo, pero no podía mirar. Miré su pecho, avergonzada.

Kova levantó mi barbilla, obligándome a mirarlo a los ojos.

—¿Qué estás escondiendo? —preguntó, su corazón claramente contenía esas palabras. Sus ojos frenéticos buscaron los míos en busca de una pista—. ¿Te volviste a follar con Hayden? Porque lo juro por la tumba de mi madre muerta...

Sacudiendo la cabeza, me ofendió que pensara eso, aunque sabía que todavía se acostaba con su esposa.

—No, loco.

—¿Entonces qué es eso?

—¿Qué harías? —pregunté de nuevo, volviendo a mi pregunta original que él había evitado.

Kova exhaló. Su mirada se elevó por encima de mi cabeza mientras sus ojos buscaban las palabras correctas. Luego volvió a mirar hacia abajo.

—Supongo que haría exactamente lo que me dijiste cuando te pedí eso. ¿Ahora entiendes por qué hice lo que hice? ¿Por qué no tuve otra opción? ¿Por qué escondí el matrimonio no deseado?

Asentí, mis labios eran una línea plana cubierta de lágrimas saladas. La tristeza llenó sus ojos verdes. Sus palabras goteaban como cera derretida. Lo conseguí, a pesar que lo odiaba más que nada.

—Decirle a la persona que amas que te vas a casar con otra causa una escalera de confusión tan mala que nadie podría anticipar. Ni siquiera me di cuenta que te amaba, pero no podía soportar verte sufrir, así que pensé Podría ocultarlo. Pensé que encontraría una manera de divorciarme de ella antes que pudieras saberlo, pero no tenía nada. Al final, no fui lo suficientemente fuerte como para admitirlo ante ti. —hizo una pausa—. ¿Es lo que sea que estás reteniendo por lo que has estado distante conmigo?

Mis ojos buscaron los suyos esperando que viera la verdad.

—Deja de decirme que me amas. No puedo manejarlo.

Parecía tan herido. Sus ojos verdes me traspasaron con un inmenso dolor y por una fracción de segundo me sentí mal por haberle preguntado eso. Kova tragó y su manzana de Adán se balanceó como si estuviera luchando por respirar.

—No, no me detendré. Te amo, y lo que sea que tengas miedo de decirme, no hará que te ame menos. Solo, por favor, Adrianna, ¿qué es?

—Basta. No me amarás después de esto.

—Imposible. Eres una parte integral de mí ahora y para siempre.

Le di un golpe en el pecho, enojada por no tener el coraje de hablar.

—Lo siento.

Me derrumbé por dentro. Odiaba que Avery me hubiera empujado a hacer esto. Sabía que debería haberlo manejado por mi cuenta.

La cara de Kova cayó y me aplastó verlo así. Lo último que quería hacer era lastimarlo.

—¿Por qué? Por favor dime. No puedo soportar verte sufrir así.

Sacudiendo la cabeza, era mi turno de disculparme con él. Me derrumbé en sus brazos y lloré hasta que no me quedaron lágrimas. Hasta que finalmente me soltó y dejó de presionarme para que le dijera.

En cambio, me abrazó todo el tiempo.

Capítulo 61

Toc. *Toc. Toc.*

Gimiendo, arrastré los pies por el salón hasta los rápidos golpes que no habían cesado. Mis ojos estaban pesados y somnolientos por la falta de sueño. Sin mirar por la mirilla, supe que solo podía ser una persona y abrí la puerta.

—Kova... —dije, y bostece—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Abrí más la puerta para que pudiera entrar y luego la cerré. Se volvió para mirarme con los ojos muy abiertos, como si estuviera al borde de algo hermoso, pero yo estaba demasiado cansada para mostrar interés.

—Sé que no debía verte hasta mañana, pero tenía que venir.

Fruncí el ceño y me froté los ojos con el talón de la mano. Antes de salir de Worl Cup la noche anterior y que se me secaran las lágrimas, habíamos acordado que iríamos juntos a la pequeña ciudad el domingo. Era el plan perfecto para mí, estratégico en realidad. Había planeado descansar todo el día mientras reunía fuerzas para contarle lo del embarazo mañana por la noche, después de nuestra jornada. No había manera que tuviéramos otro día como ese pronto, o si alguna vez, así que pensé que esperar hasta el final del día era el mejor momento para soltar la bomba. Solo tenía que pensar en cómo iba a hacerlo.

Miré el reloj y vi que apenas eran las siete de la mañana. Estaba más que agotada físicamente y necesitaba volver a la cama.

—Kova, anoche no dormí nada. Ahora mismo estoy muy cansada. ¿Puede esto esperar?

—No, no puede. Tenía que verte para darte la noticia.

Se mostró decidido en su decisión y mis hombros cayeron. Hice un gesto con la mano, indicándole que siguiera y parpadeé. Kova me miró y sus ojos recorrieron todo mi cuerpo. Solo llevaba una camiseta de tirantes y la ropa interior del bikini, ya que tenía mucho calor por la noche.

—Voy a pedir el divorcio.

Mis labios se separaron con sorpresa.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—He encontrado la salida —dijo emocionado, casi como si yo debiera saber de qué estaba hablando—. Voy a dejar a Katja para siempre.

Mi corazón iba a mil por hora tratando de procesar las palabras que Kova acababa de pronunciar. Parpadeé con fuerza y volví a parpadear.

—¿Qué acabas de decir?

Estaba sonriendo como un tonto.

—Me voy a divorciar y serás toda mía. —Se dirigió hacia mí mientras yo me quedaba congelada en el sitio.

Su sonrisa era tan grande y feliz y habría sonreído a su vez si no estuviera en un estado de shock tan absoluto. Kova apretó su cuerpo contra el mío y me agarró la cara. Retrocedí y él me acompañó. Al plantar sus labios sobre los míos, el beso de Kova estaba lleno de alivio, como si las ataduras se hubieran cortado y por fin fuera libre.

Mis manos se apoyaron en su duro pecho. Se flexionó bajo mi contacto y gimió en el fondo de su garganta.

Rompiendo el beso, dije:

—¿De qué estás hablando? ¿Qué ha pasado?

Kova me agarró de las caderas y me levantó. Mis piernas se enroscaron automáticamente en sus caderas.

—Abre la boca y deja que te bese primero.

—No…

Con su mano en mi nuca guiándome hacia él, acortó la distancia. Su lengua se deslizó por mis labios. Un torrente de deseo me recorrió y le devolví el beso.

—Te necesito.

Lo tiré del pelo y él arqueó el cuello hacia atrás. Sus ojos brillaron con calor y supe que tenía una cosa en mente. En el sexo.

—No, no lo harás. Dime primero qué pasó.

—Sí, lo haré —dijo, caminando conmigo en brazos hacia mi dormitorio.

—Estás confundido.

Encendió la luz y se subió rápidamente a mi cama conmigo.

—No. Estoy más despierto que nunca. Ahora veo claramente.

Sacudí la cabeza, desconcertada, mientras él dejaba caer su peso sobre el mío. Intenté apartarlo para poder obtener respuestas, pero Kova fue rápido y me sacó las dos manos por encima de la cabeza y las sujetó a la cama con su agarre. Su otra mano se deslizó por mi muslo hasta las costillas. En segundos, su boca encontró mi cuello y su lengua lamió un rastro húmedo. Todos los pensamientos sensatos abandonaron mi mente cuando atrajo mi tierna piel hacia su boca y chupó con fuerza. Mi espalda se arqueó y un grito de felicidad escapó de mis labios. Su lengua era plana y se movía en lentos y sensuales círculos. Mi cuerpo se estremeció y mis ojos se cerraron mientras el placer zumbaba en mi interior. Me besó febrilmente a lo largo de la mandíbula hasta que sus labios se encontraron con los míos.

—No entiendo. ¿De qué estás hablando? —conseguí decir.

Pero Kova no detuvo el tormento cuando dijo:

—Katja. El matrimonio.

—¿Qué? —pregunté, apartándome con una anticipación que me dejaba sin aliento—. ¿Qué ha cambiado? No lo entiendo.

—Tuvimos una discusión y ella tuvo un desliz. ¿Recuerdas cuando te dije que creía que estaba tramando algo? Descubrí todo lo que estaba ocultando. Hay mucho que contar.

Con la mandíbula temblando, dije:

—Kova, no puedo dar mi vida por ti. Lo siento, pero no puedo.

Aunque suene egoísta, si no lo daría por mis riñones, no lo haría por Kova.

—No lo entiendes —dijo. Tiró de mí para que me sentara en su regazo y puse mis manos en su pecho, sintiendo el calor que desprendía—. No te pido que renuncies a nada, nunca lo haría. Esperaré el tiempo que haga falta para que seas mía.

Sacudí la cabeza con incredulidad. Las lágrimas me nublaron la vista.

—¿Pero por qué? ¿Por qué? ¿Y si nunca podemos serlo?

—Algún día serás mayor de edad, por lo que no tendrás que rendir cuentas a nadie. Lo que tenemos es algo que la gente busca toda su vida. Tú me entiendes, yo te entiendo. ¿De verdad crees que un entrenador y un atleta nunca se han enamorado? Ha sucedido más veces de las que puedes imaginar. Un entrenador sabe más que nadie sobre su atleta.

—Pero, Kova, solo tengo diecisiete años.

—Lo sé —dijo suavemente, rozando un mechón de pelo detrás de mi oreja—. Y aunque tenga treinta y tres años, te esperaré. Por mucho tiempo que pase, esperaré porque te amo y quiero que estemos juntos algún día.

Unas estúpidas lágrimas cayeron de las esquinas de mis ojos. Ni siquiera sabía por qué lloraba, pero lo hacía, y empezaron a salir más rápido. Una suave sonrisa se formó en sus labios carnosos. Sus labios *besables*.

Kova me secó las lágrimas. Sacudí la cabeza, mirando su pecho.

—No lo entiendo.

—El amor no tiene nunca sentido. Solo te dejas llevar por lo que siente tu corazón. La forma en que me miras, el dolor de querer algo que no puedes tener, conozco esa mirada porque yo siento lo mismo por ti. Sé que está ahí para ti, aunque no me lo digas.

Me mordí el labio inferior y levanté la vista para encontrarme con sus ojos. La comisura de mis labios se levantó.

—Puede que...

Sus labios formaron una enorme sonrisa.

—Admitir que estás enamorado de alguien es mucho más difícil de lo que parece. Las cosas más importantes de nuestra vida son las más difíciles de sacar. ¿Es por eso que no te gusta admitir tu amor por mí? ¿Porque soy importante? No he dicho que te amo para que me lo devuelvas, pero puedo sentirlo en tu tacto, en la forma en que agarras mi piel, en la forma en que me alcanzas. Sé lo que sientes en tu hermoso corazón sin que tengas que decirlo.

Respiré hondo y pregunté:

—¿Puedo preguntar de qué iba tu discusión?

—Oh, mucho. Fue como un efecto dominó y no podría haberme alegrado más. Después de enterarme que estaba presionando para que el matrimonio obtuviera la ciudadanía, leí un correo electrónico entre ella y una amiga. Su amiga la animaba a sacar lo que pudiera de mí. Yo sabía que ella amaba el dinero, pero no tanto. Incluso antes que llegaras, siempre le daba lo que quería sin cuestionarlo. El dinero es solo dinero. Pero me dolió ver que me utilizaba para ambas cosas.

Mis cejas se fruncen.

—¿Todavía no tiene la nacionalidad? Suponía que la tenía.

—No, está en el camino más rápido para recibirla pero todavía no la tiene. Si no se casaba, tardaría mucho más en recibirla. La última persona con la que hablamos dijo que debería tenerla en un año más o menos.

Tenía que haber más.

—¿Qué más?

—Tuve la extraña sensación que me había estado engañando.

Mis ojos se ablandaron. Rodeé sus hombros con mis brazos y lo atraje hacia mí. Le besé los labios sin poder evitarlo, pero le sonreí.

—No es posible que estés molesto si te estaba engañando, Kova.

—Sé que lo que hago está mal, y me siento mal por ello, pero nunca, nunca la he utilizado. La quiero, *Ria*, siempre lo haré, pero nunca la amaré como a ti.

—Entonces, déjame entender esto. ¿Te divorcias de ella por la ciudadanía y porque crees que te engañó?

Kova arrastró los dientes sobre el labio inferior y desvió la mirada. Sus manos rozaron mis muslos y sobre mis caderas, las puntas de sus dedos se deslizaron bajo mi camiseta de tirantes. Inclinándose, me dio un beso en el pecho.

—¿Qué es? —pregunto, con la voz temblorosa. Mi pecho subía y bajaba más rápido y más fuerte con la anticipación.

—¿Recuerdas la noche que te envié a mi oficina y ella estaba allí?

Desgraciadamente.

—Sí.

—¿Recuerdas el sobre blanco que me empujó y que tiré sobre mi mesa? —preguntó, y asentí a ciegas—. Nunca lo abrí. De hecho, lo puse en mi escritorio esa noche y no volví a pensar en ello.

Oh, Dios. De alguna manera supe a dónde iba esto antes que terminara de explicarse. Mi corazón ardía. Podía sentirlo en mis entrañas. Intenté apartarme de Kova, pero él me mantuvo en su sitio. No tenía fuerzas para luchar contra sus manos.

—Está embarazada —susurré, con un escalofrío que me recorría la columna vertebral.

Algo dentro de mí se hizo polvo y dejé escapar un suspiro de derrota.

Nunca ganaría cuando se tratara de él. Nunca sería primera.

Capítulo 62

—Sí —dijo, dejando caer su cabeza sobre mi pecho.

Le acaricié la nuca. La angustia de esas dos letras me estrujó el corazón y me di cuenta que Kova tenía ahora dos mujeres embarazadas. Me alegré mucho de no habérselo dicho. Esto hizo que mi decisión fuera mucho más fácil.

Sus manos se apretaron contra mí.

—Me bebí media botella de vodka después que tu padre me hablara de tu enfermedad renal. Una hora después me la terminé. Me desmayé.

—¿Te acostaste con Katja cuando te enteraste que estaba enferma? —afirmé con total y completa incredulidad.

De todas. De todas las cosas que podría decirme, nada podría equivaler a esta clase de devastación que ahora me consumía. El entumecimiento se apoderó de mí, barriendo todo lo demás.

Su voz era baja, tranquila y sorprendentemente arrepentida.

—No lo recuerdo todo. Solo recuerdos de esa noche. Me he esforzado mucho por recordar, pero mi memoria no está ahí. Me desperté desnudo y desorientado. No podía creerlo, y desde entonces no ha vuelto a ocurrir ni una sola vez.

—Te acostaste con tu esposa cuando te enteraste que, básicamente, tenía una sentencia de muerte —dije lentamente, tratando de asimilarlo.

Kova no respondió. Su silencio era su respuesta, y su verdad me haría sufrir considerablemente más.

Me rodeó la cintura con sus brazos y dejó caer su barbilla sobre mi hombro. Estaba caliente, pero yo no sentía nada. Él temblaba, pero yo estaba quieta. Pensé que su matrimonio había sido devastador. Esto me destrozaba el alma.

—Nunca planeé contarle a Katja lo nuestro. Al final iba a marcharme, pero Joy tenía otros planes. Es una mujer vengativa, con poder y dinero. Todavía no sé por qué me persigue. Pensé que posiblemente porque le preocupaba que su nombre se arruinara y la humillación que le causaría. —Hizo una pausa, pasándose una mano por la mandíbula—. Fue Joy quien encontró mi chaqueta en tu habitación en la víspera de Año Nuevo y se la envió a Katja. Así fue como empezó, hasta que Joy dio un paso más y contrató a un investigador privado para que nos siguiera. Tienen tanto en contra nuestra, Adrianna. Tantas pruebas condenatorias. Joy fue capaz de recuperar todos nuestros mensajes de texto de la compañía de teléfonos móviles. Leyó cada mensaje, vio cada imagen, incluyendo el video que te envié mientras dormías. Tienen fotos de nosotros en el gimnasio, de encuentros, de mi casa, de tu condominio. Se lo entregó todo a Katja y, por lo que he averiguado, lo utilizó como cebo para que tu padre consiguiera lo que quería. Estaba acorralado.

Los dos estábamos callados, perdidos en nuestros pesados pensamientos y en la realidad de nuestras vidas.

—No tuve más remedio que casarme con Katja. Me lo había suplicado durante años, pero nunca me atreví arrodillarme y pedírselo. Después que Joy le contara todo sobre nosotros, se quedó destrozada cuando le dije que nunca me casaría con ella. Nunca olvidaré la forma en que me miró, como si tuviera venganza en sus ojos. Estaba enfadada, diciendo que había malgastado su vida y que tendría lo que se merecía. Quería que te expulsara del entrenamiento de Word Cup. Cuando le dije que no, fue cuando Joy intervino. Negocié con ambas para expulsarte de mi gimnasio. No había ninguna razón legítima para echarte, y nunca te irías por tu cuenta cuando había entrenadores detrás de ti para el equipo olímpico. Surgirían demasiadas preguntas y llamarían la atención innecesariamente a todos. Ambas lo sabían. O me casaba con ella,

o tu carrera en la gimnasia se acabaría, y a mí me llevarían esposado.

—Joy no está detrás de ti. —Mi voz estaba ronca—. Ella está detrás de mí por lo que mi padre ha hecho, y ha seguido haciendo. Se desquita conmigo porque soy una réplica de mi madre biológica, y porque mi padre sigue hablando con ella después de haberle prometido a Joy hace años que no lo haría. ¿Por qué Katja seguiría con esto después de enterarse de la infidelidad?

—Cuando se enteró que la estaba engañando, y contigo, lo único que quería era que te echara porque sabía que volverías a Palm Beach. Después que me negué, y ella habló con Joy, amenazó con ir a la policía. Sabía que yo perdería todo si lo hacía, pero ella también porque no tenía ningún vínculo legal conmigo. Como dice el refrán, el dinero habla, y Joy le pagó una gran suma. Su corazón se endureció por los susurros de Joy en su oído. Desde entonces ha sido igual de mala, y han sido dos contra uno.

Kova sacudió la cabeza en señal de derrota. Recordé a mi padre diciéndome que Joy tenía algo sobre mí que no podía mostrarle porque le preocupaba que le diera un ataque al corazón. Él pensaba que ella estaba mintiendo. Ahora que sabía la verdad, lo mataría, y en realidad estaba agradecida que no se lo hubiera mostrado, pero también estaba aterrada que si hacía una sola cosa mal, le mostrara todo.

—Papá dijo que Joy es rencorosa y celosa, pero me cuesta creer que esté celosa de mí. Creo que ella me ve igual que mi padre, contigo. —Mi voz era tranquila—. No me extrañaría que Joy se lo contara a mi padre algún día, pero no la veo haciéndolo público.

No reconocí mi propia voz. Estaba tan vacía como mi pecho y tan muerta como mi corazón. Me sentía arruinada. Las dos estábamos embarazadas, pero la diferencia era que Kova y Katja podrían criar a su hijo.

Por primera vez en mucho tiempo, las lágrimas no llenaron mis ojos. La rabia no llenaba mi sangre. El odio no sellaba las heridas de mi corazón. Solo estaba muy triste por dentro.

Desenrollé los brazos y coloqué mis manos sobre sus hombros. Kova intuyó lo que iba a hacer y me abrazó con más fuerza, colocando su cara en mi pecho como si se aferrara a mí por la vida y no quisiera soltarme.

—Kova... —Mi voz era fría, distante.

Me cortó para poder apurar sus siguientes palabras.

—Katja está embarazada, pero no es mi hijo.

Bajé los ojos. ¿Negaría también a nuestro bebé?

—Por supuesto que no es tu hijo. Tú dirías eso.

Habló más rápido, con la mirada dura.

—No, definitivamente *no es* mi hijo. La sorprendí haciéndose una prueba de embarazo cuando creía que estaba haciendo ejercicio en el garaje. La sorpresa se reflejó en su rostro y sé que mi repentina aparición la desconcertó. Empezó a tartamudear y dijo que, como no me había dado la varilla de la prueba la primera vez que se la hizo, quería compensarlo ahora. No tenía ni idea de qué estaba hablando. Cuando la interrogué, afirmó que me había dicho que estaba embarazada, pero yo no lo recordaba. Un hombre no olvida esa sensación en el corazón cuando se entera que va a ser padre. Ella dijo que estaba en el sobre que me dio en mi oficina la noche que estuviste allí. Me quedé completamente destrozado cuando me lo dijo. Así que fui a World Cup, busqué en mis cajones y lo encontré. Lo abrí y me senté en silencio durante horas tratando de averiguar cómo había sucedido cuando me di cuenta que ninguna de las fechas coincidía. Ninguna de ellas.

—Quizá la dejaste embarazada la noche que te enteraste de mi enfermedad renal —le espeté.

—No es posible.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—Dijiste que no te acordabas.

Levantó un dedo.

—Escúchame. Me conecté a sus cuentas y revisé sus correos electrónicos y sus páginas en las redes sociales. Encontré conversaciones entre ella y múltiples hombres, uno de los cuales supongo que es el padre.

Mis cejas se dispararon hacia mi frente.

—No tomé a Katja por una infiel.

—Yo tampoco, así que llamé a la consulta de su médico y hablé con la enfermera, ya que Katja me tiene anotado como persona autorizada para recibir información médica en todos sus expedientes. Aunque Katja está efectivamente embarazada, se encuentra en una fase muy temprana de su embarazo. De hecho, solo unas pocas semanas. Mi connivente esposa me había dado la foto de la ecografía de otra persona y trataba de hacerla pasar por nuestra porque sabía que yo no la quería, pero también sabía que un bebé nos uniría para siempre.

—¿Cuándo ocurrió todo esto?

—Ayer por la mañana y hoy.

Se me encogió el corazón ante su respuesta. Le pregunté:

—¿Por qué no me lo dijiste anoche?

—Pensaba hacerlo después de la cena, pero entonces…

Pero entonces me volví loca.

—Lo siento.

Inspiré, sintiendo que la sangre se me escapaba de las mejillas. No podía creer hasta dónde había llegado para mantener a Kova en su vida. No tenía palabras. Lo único que podía hacer era escuchar en silencio.

—Adrianna, no he tenido relaciones sexuales con ella tan recientemente como para que esté embarazada. Solo he estado contigo. La noche en que tu padre me llamó con tu diagnóstico, sí, caí en un estado de ánimo del que no sabía cómo salir. La idea que no estés en mi vida no es algo que quiera imaginar nunca, pero

tampoco sabía cómo afrontarlo, sobre todo porque no podía hablar contigo. Tenía que quedarme callado y eso me estaba matando. Así que me fui a la mierda escribiendo en el cuaderno, que estoy intentando negociar con ella para que me lo devuelva, y saqué mi vieja medicación para la ansiedad que me había dado mi terapeuta. Creo que la mierda estaba caducada. De todos modos me tomé un par y abrí una botella de vodka añejo. No estoy poniendo excusas, pero esa noche me desmayé. Aun así, no creo que haya tenido sexo con ella. ¿Qué hombre se olvida cuando tiene sexo?

Me quedé mirando sin palabras.

—Ese no es mi bebé, pero ese bebé es mi salida —dijo.

Respirábamos con fuerza, con los pechos apretados.

—Estás mintiendo —susurré, con el corazón acelerado—. Siempre me mientes.

Negó con la cabeza, sus ojos me suplicaban.

—Te dije que no te mentiría más. Te estoy diciendo la verdad. ¿Por qué crees que he venido corriendo a contártelo todo? Me rendí al chantaje porque no tenía otra opción. Tu futuro estaba en juego y no iba a arriesgarlo, pero de ninguna manera voy a aguantar esto también. ¿Iba a actuar como si el bebé de un desconocido fuera mío para el resto de mi vida y no decírmelo nunca? Eso es cruel y despiadado. ¿Y el verdadero padre? ¿Nunca lo sabría? El lunes, voy a pedir el divorcio. La quiero fuera de mis manos y de mi vida para siempre. Esto es... ¿Cómo se dice, el pastel con la guinda?

Me reí un poco ante sus palabras, entendiendo lo que intentaba decir.

—¿Te refieres a la guinda del pastel?

Sus labios se movieron y continuó:

—Sé que lo que he hecho contigo está mal, pero esto es... no tengo palabras para ello.

Tenía muchas cosas en la cabeza y no sabía por dónde empezar primero. Mi estómago empezaba a dar vueltas, las

habituales náuseas matutinas que tenía todos los días salían a la superficie.

—Di algo —suplicó Kova—. Por favor.

Exhalando por la nariz, dije:

—Suéltame.

Se le cayó la cara. Sabía que no era lo que quería oír, pero estaba a punto de vomitarle encima si no se movía. Kova soltó su agarre y me bajé de la cama y corrí al baño, asegurándome de cerrar la puerta tras de mí. Mis rodillas se estrellaron contra el suelo y vomité en cuanto miré el agua del inodoro.

Dios, odiaba esto. No había manera que pudiera soportar nueve meses de esto. Me marchitaría hasta quedar en la nada. Mi garganta sabía a ácido y mi estómago ya estaba vacío para empezar, y ahora se sentía como un saco seco de nada. Me lavé la cara y me cepillé los dientes, y luego salí para encontrar a Kova sentado en mi cama con la cabeza caída entre los hombros. Podía sentir su culpabilidad desde donde yo estaba y me sentí fatal.

Me acerqué a él y le puse una mano en el hombro. Apoyó su cabeza en mi estómago y rodeó mi trasero con un brazo para acercarme a él. No me miraba a los ojos, pero sabía que me necesitaba, que buscaba apoyo, y estaba más que dispuesta a dárselo. Su dolor era demasiado abrumador para ignorarlo, aunque yo nunca podría hacerle eso.

Kova estaba sufriendo y eso me afectaba a mí. Levantó la vista, y la vulnerabilidad de su mirada fue demasiada para soportarla.

Capítulo 63

No había manera que le hablara del bebé cuando parecía totalmente indefenso después de saber lo engañosa que había sido su mujer. Sabía que estaba mal, pero era un hombre devastado, desgarrado y en desacuerdo con su vida, tratando de encontrar qué puerta era la correcta. No iba a torturarlo más.

—Lo siento —dije. Mis dedos estaban en su pelo—. Todo lo que me contaste me revolvió el estómago y fue mucho para procesar. —No era necesariamente una mentira, pero tampoco era toda la verdad—. No sé qué pensar, ¿de acuerdo? Es tan engañosa que es atroz. Simplemente me afectó, especialmente al escuchar que Joy estaba involucrada de la manera en que lo estaba. En realidad hablé con mi padre sobre eso hace un par de semanas, pero Joy no le ha dicho nada de eso. Supongo que es realmente molesto ver a alguien llegar a los extremos que tiene. Ya soy una bola de nervios, ¿sabes?

Asintió con la cabeza, su mano jugaba con mi largo pelo contra mi espalda.

—No quise molestarte.

—Lo sé —dije suavemente—. Podría tener algo que podría ayudarte. Mi padre me dijo que lo que Joy tiene no lo hará público. Nunca se lo mostró, pero dijo que está demasiado preocupada por su imagen como para arruinarla, y tiene razón. No irá a la policía porque también la arrastrarán por el barro, por mucho que intente evitarlo.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

Me encogí de hombros.

—No sabía lo que tenía hasta que me lo dijiste. Mi padre pensaba que se lo estaba inventando, y yo también. No teníamos nada que contar. Pero ahora que sé exactamente lo que tiene, no se lo dirá a nadie más que a mi padre si realmente quiere arruinarme. Es demasiado perjudicial para ir a las autoridades, y realmente no creo que ella lo haga nunca.

Kova me miró con tanta esperanza que sonreí. Colocando mi mano en su pecho, mis dedos se extendieron.

—¿Cuándo le dirás que te vas a divorciar?

—No voy a decírselo, solo voy a pedirlo. Deja que sea notificada. Estoy bastante seguro que volverá a Rusia. —Hizo una pausa—. Aunque, ella realmente quiere su ciudadanía, así que no estoy del todo seguro. No sé qué hará con el bebé. Lo que sí sé es que Katja ya no es mi problema.

Tragué con fuerza, sintiendo que mis emociones aumentaban, y le eché los brazos por los hombros. Me subí sobre él, obligándole a tumbarse de nuevo en mi cama. Nuestros cuerpos se apretaron y ambos suspiramos como si hubiéramos estado esperando este momento, cuando ya no estaría atado a ella. Las manos de Kova me guiaron, encontrando su lugar en mis caderas mientras me inclinaba y lo besaba con fuerza. Los dedos se clavaron en mi piel, su cuerpo se encajó en el mío mientras me derretía al sentirnos unidos.

Tuve que preguntarme si seguiría esperándome después que le contara lo del bebé.

—¿Dónde está Katja ahora? —pregunté, rompiendo el beso.

Parpadeó como si estuviera tratando de procesar mi pregunta.

—En casa, creo. Ahora no estoy seguro. Después de nuestra segunda discusión esta mañana, me dijo que me fuera a la mierda y que no estaría en casa esta noche.

—¿Le dijiste algo más?

—No. Quería hacerlo, pero ya he hecho bastante daño y sentí que con salirme era suficiente. —Kova sonrió—. Sí desactivé el acceso a mi cuenta bancaria y a sus tarjetas de crédito. Que use el dinero que Joy le dio.

Le di un pequeño beso.

—Sé que te gusta poner una fachada fuerte, pero creo que aquí dentro. —Le di un golpecito en el lado izquierdo del pecho—. Tienes un corazón más grande de lo que dejas ver. Te preocupas, solo que eres un poco más reservado que otros.

Me miró con una sonrisa de desconcierto.

—Sé lo que hiciste por Holly y creo que es lo más dulce —dije, con la voz baja, y juro que sus mejillas adquirieron un color más intenso—. Me contó todo lo que hiciste por ella y por Hayden, la estúpida regla de las citas y todo, la beca. Sí, sabe lo nuestro, pero nunca dirá nada. —Kova se congeló y no pude culparlo. Continué—: Ella no dirá nada. Confía en mí.

—Ria... —advirtió, pero le puse un dedo sobre los labios. Intentó morderlo.

—Estaba legítimamente preocupada. Me contó lo que le había pasado con su anterior entrenador y le preocupaba que me estuviera pasando lo mismo. Le aseguré que no era así. Le expliqué lo necesario, por supuesto sin entrar en detalles, pero ella *no* dirá ni una palabra —reiteré. Volví a besarlo y cambié de tema—. ¿Significa esto que te tengo para mí este fin de semana?

Los ojos de Kova se iluminaron de deseo. Deslizando su mano por mi espalda hasta llegar a mi pelo, su nariz tocó la mía. Tiró del lazo del pelo, dejándolo caer sobre la cama, y mi pelo nos encerró.

—Cuando estés cerca de mí, por favor, lleva el pelo suelto. —Me pasó los dedos por el pelo de la nuca y tiró de él, haciendo que mi espalda se arqueara y mi pecho se apretara contra él—. Eres impresionante —susurró, apretando una mano en la parte baja de mi espalda. Una ráfaga de deseo recorrió mi columna vertebral y mi cuerpo se relajó sobre el suyo—. No sé qué hacer con esto, con

nosotros, pero en mi corazón está bien. Dios, parezco un puto sentimental. —Se río, su aliento me hizo cosquillas en el cuello.

Mis dientes se clavaron en mi labio.

—Estás totalmente ñoño ahora mismo, pero es bonito.

Sonriendo, Kova apretó sus labios contra los míos. Se me llenó el corazón al verlo tan feliz y en paz. Movió la mandíbula y deslizó su lengua en mi boca dispuesta y me devoró. Me besó profundamente, lentamente, con hambre. Gemí, arqueando la espalda y apretando mi pecho contra el suyo. Necesitaba estar más cerca, sentirlo en todas partes, aunque ya estaba todo lo cerca que podía estar. Ensanché mis caderas, moviéndome para sentir más su erección. Él gimió en mi boca y apretó más sus labios contra los míos, provocando un flujo de humedad entre mis muslos.

Mis manos se deslizaron por sus hombros y hundí mis dedos en sus rígidos músculos. La sangre se me calentaba y de repente sentí que llevaba demasiada ropa. Kova rodeó la mía con su lengua y tiró de ella. Gemí, casi gritando, mientras la necesidad me enroscaba los dedos de los pies. Apretó su polla contra mí, provocando una respuesta. La humedad cubrió mis bragas y giré mis caderas seductoramente hacia él. Un gemido vibró en lo más profundo de su garganta. Su cuerpo era cálido al tacto, invitándome a entrar en su mundo. El placer floreció en mí, mi necesidad de él era feroz.

Jalé la camisa y le susurré que se la quitara. Me senté a horcajadas sobre sus caderas mientras Kova arqueaba la espalda y se quitaba la camisa. Sus manos buscaron inmediatamente mis caderas y me quitaron las bragas. Mi mirada recorrió el corte de sus abdominales, amando cómo cada músculo causaba una hendidura poco profunda, hasta ese sexy descenso junto a sus caderas hasta la ingle. Este hombre, con su pecho color miel que desembocaba en unos hombros fuertes y curvados, y la letra que le había grabado, era el hombre más hermoso que había visto nunca. Mis ojos bajaron hasta el bulto de sus pantalones mientras una sonrisa seductora me tiraba de los labios. Siempre estaba duro para mí y eso me encantaba.

Mis dedos recorrieron tímidamente su pecho, bajando por el esternón y rodeando sus oscuros pezones. Se flexionó debajo de mí, aspirando entre los dientes, observando cada uno de mis movimientos. Sus ojos verdes estaban llenos de deseo. Nuestras miradas se mantuvieron unida mientras mi mano bajaba por su estómago tenso hasta la cintura elástica de sus pantalones. Introduje las yemas de los dedos en el interior de la tela y toqué el vello de su montículo. Sus orificios nasales se encendieron y movió las caderas, con la nuez de Adán moviéndose lentamente. Inclinándome hacia delante, me lamí los labios y los apreté contra la A tallada en su pecho. Mi lengua se deslizó y lamió profusamente la cicatriz, sintiendo los surcos. La mano de Kova se acercó a mi cabeza y me la puso en la nuca, sintiendo su respiración agitada. Subiendo por su cuerpo, lo acribillé a besos hasta llegar a su boca.

Sin pedirlo, levanté las caderas y metí la mano entre nosotros para sacar su polla. Estaba ya muy gruesa y preparada. Me agarró de las caderas mientras colocaba su punta hinchada en mi húmeda entrada. Mirándolo a los ojos, me hundí lentamente en su longitud, sintiendo cómo me estiraba para encajarla. Sus dedos se clavaron en mi piel, sus palmas calientes al tacto. Una vez que estuvo completamente dentro de mí, me quitó la camiseta y sus ojos se fijaron en mis pechos. Estaba palpitando, necesitaba acomodarme un poco más antes de empezar a moverme o él iba a desgarrarme.

Sus cejas se fruncieron y lleva su mano a mi pecho.

—Tus pechos son más grandes. —La yema de su pulgar trazó un círculo alrededor de mi areola y yo ronroneé en el fondo de mi garganta. La piel se me erizó de deseo y los pezones se endurecieron—. Incluso aquí, son más grandes.

Miré hacia abajo, parecían un poco más grandes, pero sabía por qué. Las emociones me obstruyeron la garganta y las reprimí, preguntándome si tendríamos esto después si él descubría la verdad.

Colocando mis manos en su estómago, dejé que las sensaciones se apoderaran de mí y comencé un lento recorrido, necesitándolo tanto.

—Oh. —Suspiré.

—Inclínate hacia atrás y coloca tus brazos sobre mis rodillas.

Hice lo que me pidió y dejé caer la cabeza hacia atrás mientras montaba su polla a mi ritmo. Era caliente, lento, sexy y simplemente perfecto, como una perezosa mañana de domingo.

—Sí, así, Ria —dijo entre dientes apretados.

Miré hacia abajo. Su dedo encontró mi clítoris y me estremecí, tomándolo como sabía que le gustaba mientras subía más del orgasmo que ya estaba escalando. Separó cuidadosamente los labios de mi coño y observó cómo tomaba su polla. Sus ojos brillaban con un deseo tan oscuro que mi clítoris palpitaba.

—Estoy muy cerca —dije sin aliento.

Su polla se agitó y me agarró de las caderas, acelerando el ritmo mientras me empujaba con fuerza. Nuestros cuerpos se golpearon. Nos movimos más rápido, necesitando más, mis pechos rebotando, mi largo pelo cayendo sobre ellos. Estaban tan sensibles y los mechones sueltos que rozaban mis pezones me hacían un poco de cosquillas.

—Más —supliqué, cerrando los ojos.

Kova levantó ligeramente sus caderas para que mi clítoris golpeara la base de su polla. Era un ángulo diferente y era exactamente lo que necesitaba.

Se me escaparon pequeños sonidos y Kova gruñó. Tuve un orgasmo como si fuera el más increíble de mi vida. Nunca me contenía cuando estaba con él. El placer me consumía y tomaba con avidez todo lo que él me ofrecía. Su mano se levantó y me agarró del cuello. Me asusté durante una fracción de segundo y le agarré la muñeca hasta que recordé lo mucho que me gustaba que lo hiciera. Kova tomó el control y me rodeó la garganta con sus dedos y me empujó hacia abajo con fuerza, apretando. Las estrellas estallaron en mi visión, haciéndome sentir que me salía de la piel. Soltó y volvió a apretar.

—No te detengas —susurré.

—Estás impresionante así. Toma mi polla todo el tiempo que quieras. Soy tuyo.

Y lo hice. Incluso cuando nuestro placer disminuyó y él se retiró, nos quedamos donde estábamos. Froté mi coño hinchado a lo largo de su suave polla hasta que me corrí una vez más. A él le encantaba.

Kova me sostuvo en sus brazos. Mi pecho se llenó de esperanza y pensé que tal vez un día podríamos tener algo más. Lo que teníamos era más que amor. Era una conexión devota que solo dos personas podían compartir.

Miré los ojos verdes de Kova y estudié su mirada. Tener a alguien detrás de mí, empujándome, viendo y ayudándome a alcanzar mi sueño y, lo que es más importante, queriendo estar ahí a lo largo del camino, era especial.

¿Pero tener a alguien que me ame como él lo hacía? No había suficientes palabras en el diccionario para describir ese sentimiento.

Capítulo 64

El nudo se sentó en la boca del estómago cuando salimos del Callejón del Caimán.

La preocupación me invadió con un temor inminente mientras Kova nos llevaba al siguiente pueblo. Algo no iba bien, pero no conseguía saber qué era lo que me molestaba exactamente.

El embarazo pesaba en mi mente, y planeaba al cien por cien decírselo finalmente esta noche. La conversación era delicada, pero no era eso. Esto se sentía diferente. Creo que la inquietud provenía del hecho que nunca había estado a solas con Kova fuera de Word Cup o de nuestras casas, y eso me estresaba un poco, sobre todo porque sabía que Joy había contratado a un investigador privado en el pasado. No tenía ni idea de si seguía recurriendo a uno después de todas las pruebas condenatorias que tenía, pero aprendí a no darle importancia. Nunca tuve la noción que alguien me estaba siguiendo, lo que solo aumentó la ansiedad aún más.

Kova aparcó su auto y se inclinó para darme un beso en los labios. Salió y se acercó al lado del pasajero mientras yo rebuscaba en mi bolso unas gafas de sol. Al abrir la puerta, me ofreció su mano. Kova tenía un aspecto absolutamente delicioso. Vestido con unos jeans oscuros desgastados que le abrazaban el trasero y una camiseta blanca lisa que acentuaba sus bíceps, era sencillo pero increíblemente atractivo. Sus gafas de sol de aviador me servían de reflejo y su pelo estaba peinado hacia atrás. Tenía un aspecto delicioso. Salí y Kova entrelazó sus dedos con los míos, luego levantó su brazo para rodear mis hombros y me atrajo con fuerza a su lado. Apoyé mi mejilla en su pecho y él dejó caer un beso en la

parte superior de mi cabeza. Empezamos a caminar uno al lado del otro.

Demasiadas emociones me golpearon a la vez mientras caminábamos por el paseo marítimo respirando el aire salado. Los barcos estaban atracados y la gente paseaba sin rumbo fijo como nosotros. El día estaba nublado, pero por suerte no había demasiada humedad. Almorzamos junto al agua y charlamos sobre gimnasia, y luego compramos en algunas de las pequeñas tiendas. Kova se negó a dejarme comprar nada. Pagó el almuerzo y cada vez que le decía que me gustaba algo, lo compraba. Me enfrenté a él con uñas y dientes.

—Para —le insté, arrancando una pesada vela de sus manos.

—¿Parar qué? —Me miró, desconcertado.

Kova cogió el tarro de cristal, pero yo me aparté y le dije:

—Lo rompí cuando te lo tiré. No lo vas a reponer.

Sonrió, recordando nuestra pelea.

—Me tiraste más de una vela, si mal no recuerdo.

Apreté los labios, luchando contra una sonrisa porque se veía muy sexy.

—*Ria*, no seas tonta. Es solo una vela. Sé lo mucho que te gustan, así que déjame comprarla.

Incliné la cabeza hacia un lado y señalé su mano. Llevaba en la mano tres bolsas con artículos que me había comprado a lo largo del día.

—Ese bolso de Tommy Bahama tiene algo más que una vela. También la de Sephora.

—¿Y? —Parecía realmente confundido.

—¿Y? Deja de comprarme cosas. Solo porque yo diga que me gusta algo no significa que tengas que comprarlo. Eso es un montón de dinero ahí, ¿y ahora quieres añadir más?

Sus ojos se suavizaron y me dedicó una sonrisa divertida.

—Dame la vela, *Ria*.

—No.

—Me gusta comprarte cosas. Me hace feliz, ahora dámela —dijo, pero me mantuve firme—. Compraré todas las velas de esta tienda si no me la das. —Hizo un gesto con los dedos para que se la entregara. Sus ojos brillaban con humor.

La sujeté a mi espalda y Kova se acercó a mí.

—Ni siquiera me gusta.

—Eres una maldita mentirosa, una horrible. —Se rió, con los ojos brillantes. Me encantó la mirada juguetona de su rostro—. Solo dámela.

Kova colocó las bolsas en el suelo y luego se inclinó hacia mí para rodear mi espalda. Me arqueé, tratando de mantenerla fuera de su alcance, y apretó un beso en mi cuello expuesto. Intenté actuar con firmeza en mi decisión, pero mi risita me delató.

—No seas idiota, Kova. No me gusta ni a mí ni a ti. Ahora vete.

—Eso no es lo que has dicho esta mañana... ni anoche —me gruñó al oído, con la mano en el tarro de cristal.

Se lo di de buena gana, más bien por miedo a que se cayera al suelo de baldosas y se rompiera, mientras él volvía a dejar caer un suave beso justo debajo de mi oreja. Su cálido aliento me hizo cosquillas en el cuello. Sonriendo, me acurruqué contra él. Kova me rodeó el cuello con el brazo y me atrajo hacia él, mientras su otra mano se apoyaba en la parte baja de mi espalda. Me dio un fuerte beso en la boca y, justo cuando estaba a punto de ceder, levantó la vista y se quedó helado.

—¿Kova? —Intenté mirar por encima de mi hombro para seguir su mirada, pero giró rápidamente conmigo. Intenté mirar más allá de él, pero me bloqueó.

—Adrianna —dijo en voz baja.

Mi sonrisa vaciló y mi corazón cayó ante su tono grave.

—¿Qué pasa?

Kova me quitó las gafas de sol de la parte superior de la cabeza y me las puso. Las acomodo y luego dijo:

—Necesito que cojas las bolsas, te des la vuelta y vayas directamente a mi auto con la cabeza baja. No te vuelvas, solo vete y me reuniré contigo allí.

La alarma sonó en mis huesos. Lo sabía. Algo en mis entrañas me había advertido que no viniera aquí y ahora sabía por qué.

—¿Qué pasa, Kova?

Kova me miró fijamente, rogándome que accediera a su petición. Metió la mano en el bolsillo y me dio sus llaves.

—Escúchame, por favor. Te lo explicaré, solo ve a mi auto y espérame.

Agachando la cabeza lentamente, hice lo que me pidió. Me agaché y cogí las bolsas, luego me giré y me dirigí rápidamente hacia la salida. Podía sentir los ojos de Kova clavados en mí durante todo el camino, observándome. Justo cuando estaba a punto de salir, me bajé un poco las gafas de sol y me detuve para mirar por encima del hombro. Tenía que mirar. Tenía que ver lo que él veía, lo que le hacía pasar de la burla y la diversión a lo sombrío y serio. Con cuidado, me giré lo suficiente para echar un vistazo.

Mis labios se separaron.

Todo el sonido se desvaneció a mi alrededor.

Estaba entumecida, incapaz de moverme, de sentir, de oír. Debería haberlo escuchado, porque nada podría haberme preparado para lo que vi.

Solo podía mirar a la pareja abrazada detrás de Kova. Tan enamorados y tan...

Mi padre.

Y mi madre. Mi *verdadera* madre.

No podía ver su rostro completo, pero la había visto una vez para saber que era Sophia. En mi corazón sabía que lo era. Su altura y su pelo eran similares a los míos, y teníamos una forma de cuerpo casi idéntica, solo que yo era mucho más delgada que ella. Sophia se volvió hacia un lado y papá le dio un beso en la mejilla. Se miraron, tan enamorados y tan normales. Me quedé por un momento atascada ante la sencillez de ellos y el golpe de la traición que me atravesó. Sabía que papá se estaba divorciando de Joy, pero no esperaba que estuviera con nadie más, especialmente con mi madre biológica. Pensaba que solo le ponía al día sobre mí. Esto no era así. Había una familiaridad y un entendimiento con ella que llegó con el tiempo, no de la noche a la mañana.

Me dolía el corazón, destrozada por las mentiras y los engaños. Con el sutil gesto de Kova instándome a marcharme, me di la vuelta y salí.

Solo tardé unos minutos en llegar a su auto. Me senté a un lado, escondiéndome en las sombras, rogando en silencio que Kova se diera prisa. Tenía los nervios crispados y el miedo por las nubes mientras mi corazón latía con fuerza tratando de analizar lo que acababa de ver. Eran tantos los pensamientos que me daban vueltas en la cabeza que, cuando dos nudillos golpearon el cristal tintado, casi me sobresalto.

Kova entró en el auto y dejó caer una bolsa en el suelo junto a mis pies. Siempre había comprado la tonta vela.

—No puedo creerlo —dije en voz baja una vez que estábamos en la carretera—. No puedo creer que esté con mi madre.

—Tenía la sensación que era tu madre.

Me volví hacia él.

—¿Cómo es eso?

—Se parece a ti —afirmó, pisando a fondo el acelerador—. Es que nunca me había dado cuenta hasta ahora de lo parecidas que son.

El miedo me llenó las venas.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Hace tiempo que sé que Frank no es un hombre monógamo.

—Retrocede. ¿Qué quieres decir con que nunca te diste cuenta que era mi madre hasta ahora? —Mi corazón iba más rápido que la velocidad de su auto—. ¿Dónde la has visto? ¿Cómo la conoces? —El terror llenó mi sangre—. Oh, Dios mío. No me digas que has estado con ella.

Capítulo 65

Los ojos de Kova se abrieron de par en par como si se sintiera ofendido.

—No, nunca he engañado a Katja, excepto contigo —espetó—. No soy un infiel, y nunca he estado con Sophia.

Dejé escapar un silbido. Kova salió de la autopista y se detuvo ante un semáforo en rojo. Me quedé mirando al frente, aturdida.

—Sabías que era un infiel —susurré en señal de comprensión.

Me lanzó una mirada fugaz y puso una mano sobre mi rodilla. El remordimiento se reflejaba en su rostro.

—Por supuesto que lo sabía. —Bajó la voz y dijo—: Lo he visto con ella antes. Solo que nunca supe que era tu madre hasta que la he vuelto a ver ahora. Me olvidé de ella, para ser sincero.

La cabeza me daba vueltas. Sentí que me estaba perdiendo una gran parte de la historia. Kova se dio cuenta de la expresión de mi cara y continuó:

—La ha traído a mi casa en el pasado para las fiestas de Navidad. Hemos tenido fines de semana de vacaciones rápidos con ellos aquí y allá. Hace tiempo que no ocurre, así que me olvidé de ella.

Mis cejas se alzaron con rabia.

—¿Sabías que era un infiel y estabas de acuerdo con ello? No puedo creer que lo aceptaras como si nada. ¿Durante cuánto tiempo? ¿No te molestó?

—Lo que haga en su tiempo libre no es asunto mío. Sé que te molesta, pero no la tomes conmigo.

Me giré en mi asiento y miré al frente. Tenía razón.

—Lo siento. Es que no pensé que el adulterio fuera algo casual.

Kova se quedó callado.

—No es algo casual para todos —dijo en voz baja, como si estuviera herido.

Solté un suspiro reprimido. Este día estaba saliendo mal.

—¿Crees que mi padre te vio?

—Oh, me vio.

Mi almuerzo iba a subir.

—Voy a vomitar otra vez —dije, sosteniendo mi estómago—. ¿Qué ha pasado?

Se encogió de hombros como si no se inmutara.

—Nada. Compré tu vela y me fui.

—No entiendo. ¿Eso fue todo?

—No iba a entablar una conversación mientras su hija estaba escondida en mi auto, Adrianna. Dije hola y me fui. ¿Qué te gustaría que hubiera hecho? ¿Invitarlos a tomar una copa?

Apreté los labios, pero no respondí. Tenía razón, así que lo dejé pasar.

—¿Te preguntaron con quién estabas?

—Sí.

Mi corazón se detuvo. En silencio, pregunté:

—¿Qué has dicho?

—Les dije que estaba solo y que había venido a recoger velas para Katja ya que sabía que le encantaba esa tienda.

Kova se detuvo en una plaza de aparcamiento, apagó el auto y me miró.

—¿Ha estado alguna vez allí? ¿Contigo?

—Nunca.

Abrí la puerta de golpe y salí, pero Kova ya estaba avanzando hacia mí. Invadió mi espacio y apretó su cuerpo contra el mío, asegurándose que lo sintiera todo. Me cogió la nuca y apretó su frente contra la mía, respirando en mi interior.

—Aunque se me pone dura verte celosa, solo quiero dejar claro que yo no te llevaría donde he llevado a Katja, pequeña psicópata loca. Nunca haría eso. Le mentí a tu padre —admitió antes de pegar su boca a la mía.

Le devolví el beso porque no podía no hacerlo. Jugó conmigo, pero me dejé llevar. Kova sabía cómo someterme con su lengua, su tacto, su agarre, y eso fue exactamente lo que hizo. Me metió la lengua en la boca, y yo gemí y apreté su camisa con la mano, queriendo apartarlo, pero lo único que hice fue atraerlo más. Me besó, con dientes y lengua con la boca bien abierta, y yo suspiré, fundiéndome con él.

—Realmente pensé que me habías llevado donde la habías llevado a ella por un segundo —dije—. Iba a matarte.

Unos ojos estrechos me atravesaron el corazón.

—Deja de pensar que siempre te miento o que intento hacerte daño —dijo contra mis labios. Sentí el abatimiento en sus palabras e inmediatamente me arrepentí de cómo había actuado—. Ya te lo he dicho, con todas las de la ley. —Kova metió sus manos en mi pelo, tirando de los mechones de mi nuca. Mi estómago se tensó cuando tiró con fuerza, mi cuerpo cobró vida y me dolió por él.

Me coloqué entre nosotros, cogí su hinchada longitud y le di un buen y fuerte apretón. Sus párpados cayeron, cargados de lujuria desencadenada. Le desabroché el botón y le bajé la

cremallera de los pantalones y metí la mano dentro para sacar su dura longitud. Estaba desnudo, como siempre, y duro como una roca. Estábamos tan juntos que nadie podía ver lo que estaba haciendo. Rodeé su polla con mis dedos y lo acaricié. Kova gimió, su mandíbula se flexionó en un esfuerzo por mantener la compostura.

Me puso las manos en el cuello y acercó mi cara a la suya. Se me puso la piel de gallina cuando sus seductoras palabras me rodearon:

—¿Sabes lo fácil que sería follarte aquí sin que nadie lo supiera?

Mis mejillas ardían de calor y apreté su longitud sin darme cuenta. Solo planeaba excitarlo, no tener sexo aquí. Dejó caer un pequeño beso en mis labios y miró hacia abajo.

—Mira alrededor —dijo—. Nadie nos verá.

Probablemente tenía razón. Había árboles por todas partes, y delante del auto había un muro de cemento rodeado de más arbustos. No había ninguna persona a la vista. Se inclinó y me acarició el cuello, con su mandíbula sin afeitar, incitándome a aceptar.

—Todo lo que tengo que hacer es levantarte el vestido y deslizarme dentro, y tu ropa lo ocultaría todo —susurró, respirando entre los dientes—. Deja que te folle aquí fuera. Nadie lo sabría, pensarán que solo nos estamos besando. —Kova estaba ridículamente duro en mi mano, y palpitando. Sentí un poco de humedad y la usé para pasar mi mano por su punta—. Déjame mostrarte cómo apenas necesito moverme para que te corras. —Kova gimió y supe que mataría por hacerlo—. Déjame entrar en ese coñito tuyo. Lo haré rápido.

Su mano subió por mi muslo y por debajo del vestido hasta acariciar mi trasero. El aire frío pasó por mi piel y me estremecí. Por suerte, mi muslo estaba orientado hacia la pared, de modo que si alguien pasaba junto a nosotros no vería nada. Rápidamente, introdujo sus dedos en mis bragas.

—Estás muy seguro que ocurrirá rápidamente. De ninguna manera —dije, con la voz un poco sin aliento—. No eres rápido, te gusta tomarte tu tiempo.

—Soy un hombre empeñado en ganar todos los retos que se me presentan. Ahora acaricia mi polla, *Ria*, y no te contengas. Hazlo con fuerza. Usa tu muñeca y retuerce y aprieta la cabeza.

El calor me recorrió la espina dorsal mientras hacía exactamente lo que él pedía. Tomándome por sorpresa, se inclinó hacia delante y me lamió los labios como si estuviera lamiendo un cono de helado. Jadeé y automáticamente apreté las piernas mientras su dedo acariciaba mi clítoris.

—Juegas sucio —dije.

—Juego para conseguir lo que quiero. Ahora abre las piernas para mí, *Malysh*.

Negué con la cabeza, pero mi estúpido cuerpo le obedeció una vez que empezó a frotar un dedo en círculos sobre mi clítoris. No podía no hacerlo. Era imposible. Kova sonrió y luego deslizó un dedo por mi pliegue húmedo.

En un susurro lujurioso, dije:

—Seguro que hay cámaras aquí fuera.

Levantó una ceja y hundió un dedo en mi entrada.

—¿No lo hace mucho mejor?

Me quedé con la boca abierta y luché por quedarme callada, agarrando su camisa, empujando y tirando de él.

—No quieras apartarme —se burló—, alguien podría ver lo que estamos haciendo.

Mi corazón se aceleraba, mi cuerpo ardía por este hombre temerario que me obligaba a hacer cosas que no solía hacer. Sin embargo, me encantaba. Su mirada era tan oscura como la del diablo y me llenaba de antojos que quería satisfacer. Lo miré profundamente a los ojos, invitándolo. Podía tener lo que quisiera.

De un tirón, me arrancó las bragas por la entrepierna. Me mordió el cuello y levantó una pierna para que mi tobillo quedara discretamente enganchado alrededor de su cadera.

—Necesito estar en lo más profundo de ti. No me lo niegues.

Doblando un poco las rodillas, Kova se inclinó hacia mi entrada. Con un rápido movimiento, se introdujo en mi interior. Los dos gemimos al mismo tiempo, cayendo uno dentro del otro. Empujó mis caderas hacia abajo y yo me apreté a su alrededor, palpitando por la tensión.

Exhalé una respiración dolorosa.

—Joder, Kova. Esto duele.

—Ojos en mí, *Ria*.

Capítulo 66

Kova me bajó la pierna con cuidado para que pudiera ponerme de pie, y luego me acomodó el vestido en el otro lado para ocultar lo que se pudiera ver. Me estremecí al ver lo apretada que estaba, conteniendo la respiración. Pequeñas estrellas plateadas bailaron en mi visión.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, poniéndome de puntillas. Miré a mi alrededor, nerviosa por si alguien nos veía. Estaba hinchado y grueso y casi me dolía tenerlo en este ángulo.

—Rodea mis hombros con tus brazos y bésame, joder. Deja que yo me encargue del resto.

Así que lo hice.

Ahora entendía lo que quería decir. Kova apenas tenía que salir para que el placer estallara en mí. Fue un polvo lento y duro. Este ángulo hacía que su polla acariciara mi clítoris con cada movimiento que hacía y me golpeaba en lo más profundo. Golpes cálidos y potentes, y pronto estuve temblando al borde del deseo. Mis uñas marcaron sus bíceps. Gemí en su boca, chupando su lengua, sin importarme si alguien me oía. Nos mecíamos el uno contra el otro, y los impulsos duros y superficiales de sus caderas funcionaban de forma exquisita. Quería morderlo, comerlo, devorarlo hasta que me follara sin sentido. Empecé a jadear, mi respiración se hizo más profunda al sentir que el orgasmo subía casi de inmediato.

—Te lo dije —dijo tan sin aliento como me sentía yo—. Follo como un campeón. Tres minutos como máximo. Tal vez menos.

—¿Por qué... por qué no me lo dijiste desde el principio? —bromeé.

Kova colocó ambas manos en mis caderas y rodó su pelvis hacia la mía. Se me cerraron los ojos de la felicidad que me invadía.

—Necesito más.

Chasqueó la lengua.

—Siempre tan ávida de mi polla. Actúas como si no la quisieras y luego suplicas.

—Solo cállate. Me voy a correr en cualquier momento.

—Eso es bueno. Porque una pareja está caminando por aquí ahora.

Mis ojos se abrieron de golpe y se fijaron en los de Kova. Me asusté, pero una sonrisa perezosa se extendió por su bello rostro, como si estuviera satisfecho de sí mismo.

Bajando la voz, dijo:

—Me voy a correr en lo más profundo de tu coño cuando pasen por delante de nosotros. —Su sonrisa fue suficiente para llevar mi orgasmo al borde de la locura—. Intenta no hacer ningún ruido ahora.

Al separar los labios, mi corazón latía rápidamente contra mis costillas. Mis mejillas se sonrojaron cuando el sonido de los pasos se acercó. Puse mis manos sobre sus hombros y su pecho, esperando que pareciera que estábamos hablando.

Sin quitarme los ojos de encima, dijo:

—Se están acercando.

Luego empujó dos veces más, sacando todo el camino hasta donde realmente pensé que nos íbamos a quedar atrapados por la forma en que su cuerpo retrocedía y entraba. Empujó mis caderas hacia abajo para que no pudiera moverme cuando sentí un espasmo dentro de mí. Su mandíbula se flexionó y sus fosas nasales

se encendieron, los ojos eran un pozo oscuro de euforia. Empecé a correrme justo cuando la pareja de ancianos pasó por delante de nosotros. Fingí una sonrisa en su dirección mientras Kova bajaba la barbilla para saludarles. Me corrí aún más fuerte, palpitando alrededor de su polla hinchada. En cuanto pasaron junto a nosotros, Kova se inclinó hacia mí y me devoró la boca mientras empujaba por última vez con fuerza hasta donde podía llegar. Dejó escapar un gemido profundo y gutural de su pecho. Mis uñas se clavaron en su piel y suspiré, tomando su polla como a él le gustaba.

—Joder —dije, rompiendo el beso.

—Lento y constante gana la carrera. —Sonrió y miró su reloj— . La próxima vez lo cronometramos —dijo—. Apuesto a que puedo hacer que termines en dos minutos y medio.

—Eres un idiota. ¿Por qué me haces esto? —me burlé, todavía sin aliento.

—Ni siquiera actúes como si te arrepintieras —dijo, saliendo de mí con un chasquido. Me arregló el vestido para que volviera a estar cubierta.

Apreté los muslos, esperando que no me goteara por las piernas mientras atravesábamos el edificio.

Kova se inclinó y dejó caer un suave beso en mis labios. Me alejé un paso, pero Kova me detuvo.

—Déjame coger tus cosas.

Lo había olvidado por completo. Vi cómo metía la mano en el auto para coger nuestras cosas. Cerró la puerta de golpe y activó la alarma, y luego buscó mi mano. Me miró brevemente con una simple sonrisa. Cogidos de la mano, nos dirigimos hacia las puertas correderas de cristal. Había un zumbido de energía, una excitación que se extendía dentro de mí, y me pregunté si él también lo sentía. Me apoyé en él mientras subíamos el ascensor en silencio y reflexioné sobre el día, lo que habíamos hablado, lo que había pasado entre nosotros.

En cuanto la puerta se cerró y estuvimos en mi apartamento, Kova lo dejó todo y me estampó contra la pared. Jadeé conmocionada, con la respiración entrecortada en la garganta.

—El reloj comienza ahora.

—¿Qué...? —dije pero fui rápidamente silenciada por su boca diabólica.

—No he terminado contigo. Lo que pasó afuera fue solo un aperitivo comparado con lo que te voy a hacer. Este día, estando fuera contigo como estábamos, me ha dado un hambre increíble por ti.

Sus dedos estaban en mi coño, empujando su semen dentro de mí. Mis caderas se movían contra su mano, el deseo volvía a rugir en mí. Se me escapó un pequeño gemido.

—Después de hoy, te vas a poner un anticonceptivo —ordenó, casi sin aliento—. Te deseo todo el tiempo y no quiero preocuparme que te quedes embarazada. Será mejor para los dos.

Tragué con fuerza, ahogándome con sus palabras. Todo el día había olvidado que estaba embarazada hasta ahora. La melancolía me invadió, pero antes que pudiera reaccionar, su boca estaba sobre la mía y me dejé llevar. Pronto sabría la verdad. Hasta entonces, no iba a preocuparme.

Mi móvil sonó en mi bolso y Kova se apartó.

—Ni se te ocurra —me advirtió. Sus ojos desorbitados me mantuvieron cautiva y me incliné hacia él, escuchando—. Quítate el vestido ahora o lo haré pedazos.

Se quitó la suya en segundos. Se llevó la mano a la nuca y se quitó la camisa, que luego dejó caer al suelo. Su boca volvió a estar sobre la mía mientras se quitaba los zapatos y los pantalones.

Ambos completamente desnudos, Kova me levantó y consumió mi boca. Debería haber sabido que no había terminado conmigo. La pasión envolvió el aire que nos rodeaba y cedimos a nuestros decadentes deseos. Rodeé sus hombros con mis brazos y mis tobillos se enredaron en sus caderas mientras nos llevaba por

mi salón. Mi teléfono móvil volvió a sonar, pero lo ignoré. Solo Avery me llamaba una y otra vez de esa manera. No había forma que dejara de hacerlo ahora que sabía que era ella.

Rompiendo el beso, mis labios recorrieron su mandíbula y siguieron su seductor aroma a canela que me encantaba, chupando su cuello y mordiendo con fuerza. Kova se detuvo. Un suspiro gutural retumbó en su garganta y luego su mano bajó y me dio una fuerte palmada en el culo. Sexy como el infierno, hizo que mi piel se estremeciera.

Kova abrió la puerta del patio y salió, con el corazón a mil por hora. Vivía en el último piso y había un montón de condominios alrededor que podían vernos a través de los listones blancos abiertos. Miré por encima del hombro y me di cuenta que algunos balcones estaban ocupados. Si yo podía verlos, ellos podían verme a mí. Lo que significaba que cualquiera podía mirar hacia arriba y ver a dos personas desnudas haciéndolo como conejos.

Kova se detuvo frente a la barandilla. Mirándome, me dijo con una resolución inflexible:

—Vas a ser mía aquí fuera.

Me estremecí con un acuerdo constante. La idea me estimuló por completo.

Desbloqueé los tobillos y me deslicé por su cuerpo para ponerme de pie. Su erección se erguía entre nosotros y el impulso de mirar hacia la abertura para comprobar si alguien podía vernos era fuerte. Agarrando un puñado de mi pelo, lo envolvió en su mano y me guio hasta las rodillas, obligándome a mirar hacia arriba. Estaba un poco nerviosa, pero sin dudarlo, abrí la boca y tomé todo lo que pude de él. Él gimió al contacto, inclinando sus caderas y sujetando la parte posterior de mi cabeza durante un buen minuto. Chupé, haciendo girar mi lengua alrededor de su longitud, saboreándome en él. Como estaba un poco salada, la eliminé rápidamente con un lametazo para poder saborearlo solo a él. Kova guio mi cabeza hacia sus caderas, empujando hasta el fondo. Su otra mano me agarró la nuca. No podía moverme aunque quisiera.

—Oh, joder. —Respiró con fuerza. Mi ritmo cardíaco se disparó, pensando que alguien lo había oído.

Recordé cómo me había enseñado a chuparlo, así que lo hice, asegurándome de mostrar atención a esa larga vena que me encantaba.

—Pon una mano en mis bolas y masajéalas, apriétalas. Usa la otra mano y juega con tu coño.

A pesar que el sol brillaba en mi espalda, la anticipación se apoderó de mí. Me gustaba tocarme. Sabía exactamente cómo excitarme y, como ya estaba al límite, pensaba hacerlo.

Acariciando su saco, hice rodar sus pesadas pelotas en mi mano. Sorprendentemente, me gustó la forma en que se sentían al tirar de ellos y retorcerlos. Me di cuenta que a él también le gustaba, especialmente cuando mis dedos los rozaban. Sentí que apretaba sus mejillas mientras empujaba en mi boca y se mantenía quieto. Se me humedecieron los ojos mientras luchaba por respirar, y pellizqué su sensible saco entre mis dedos.

—Oh, fóllame —gimió largo y tendido.

Levanté la vista para ver su cabeza echada hacia atrás, las venas de su cuello sobresaliendo. Qué ángulo para ver a Kova. Estaba al borde del orgasmo y empecé a girar mi lengua alrededor de la cabeza de su polla cada vez que él se retiraba.

—Sigue chupando así, trabaja esa garganta.

Oh Dios, esta vista de él, mis dedos, sus pelotas... Estaba justo ahí... Justo... Ahí. Mi respiración se agitó y me froté con fuerza y rapidez, mi sangre subía y mis entrañas se estremecían. Me acerqué a él y agarré sus pelotas con la palma de la mano y apreté mientras me corría en mis dedos. Kova se introdujo y golpeó el fondo de mi garganta. Mi estómago se tensó por un segundo. No sabía qué hacer.

—*Ria* —gritó, descargando en mi boca. Hizo tanto ruido que estaba segura que si había alguien fuera lo había oído. No esperaba que se corriera y casi me atraganté con el chorro inicial del líquido caliente y salado—. Trágatelo, —exigió, acariciando mi garganta con

su mano y sus dedos. Había tanto que apreté los ojos, tragándolo como él había dicho.

Kova se retiró y dio un paso atrás, con un chorro de líquido blanco y cremoso goteando de él.

—Tsk, tsk, *Ria*. He dicho que juegues contigo, no que te corras. Levántate y súbete a la silla ahora.

La anticipación se apoderó de mi pecho. Mi mirada se encontró con la suya. Me limpié la boca con el dorso de la mano y me puse de rodillas temblorosas. Los hermosos remolinos de negro y verde obsesivo de sus ojos me intrigaron.

—De manos y rodillas —ordenó—. Culo arriba.

Me puse en posición y me eché hacia atrás, colocando el pecho en el salón. Antes que pudiera parpadear, una mano bajó y me picó el culo con una bofetada.

No grité. En cambio, me mordí el labio y me quedé donde estaba. Kova se inclinó hacia delante, me agarró del pelo y me tiró de la cabeza hacia atrás, dándome otra bofetada llena de placer. Se me puso la piel de gallina. Empezaba a preguntarme si me pasaba algo. ¿No debería haberme repelido todos los azotes, los mordiscos, la aspereza y la sangre? Se suponía que debía gustarme la suavidad y la delicadeza, y sin embargo, aquí estaba yo encabritada y contoneándome en su cara.

Me encantaba todo lo que me daba, y eso era lo que me confundía. Podía sentir cómo mi sangre subía y las sensaciones me recorrían mientras mi cuerpo deseaba más toques desviados y gemidos ilícitos.

Capítulo 67

Kova me soltó el pelo.

Me empujó los omóplatos y me obligó a bajar la cara. Mis pezones rozaron el tosco material del salón y dispararon una ráfaga de gozo por mi espina dorsal. Agarrando la silla, la acercó a la barandilla. Mi balcón estaba cerrado con una pantalla, pero si alguien pasaba por el edificio y miraba hacia arriba, nos vería.

Kova se arrodilló y me agarró las caderas, girándolas hacia arriba. Me separó las mejillas y mi espalda se inclinó, la mortificación rugió en mi interior.

—Tu coño está chorreando —dijo, su voz espesa de deseo y me excitó.

Se inclinó hacia delante hasta que no pude verle la cara. Puse los ojos en blanco cuando pasó su lengua plana por mis labios húmedos, hasta llegar a mi culo, donde la punta de su lengua hizo pequeños círculos.

Un gemido salió de mis labios y volví a balancearme dentro de él. Mis ojos se abrieron justo cuando él tragó, su garganta se tambaleó. Su mirada embriagadora se fijó en la mía.

—Tenía que limpiarte antes de poder jugar.

—Eres un hombre de culo.

Me tocó las dos nalgas, sus manos eran tan grandes que sabía que me cubrían, se inclinó hacia delante y yo contuve la respiración mientras me las abría hasta casi el punto del dolor. Sus ojos verdes estaban embelesados conmigo y eso me hizo sentir un escalofrío de

poder por mis venas. Un pequeño escozor y jadeé. Nunca me había mirado el culo en el espejo, pero la próxima vez que estuviera sola, lo haría. Esta posición era ligeramente embarazosa, y esperaba estar depilada y limpia para él.

Kova se inclinó hacia delante y penetró en mi coño con su cálida lengua. Suspiré. Mi espalda se inclinó aún más y mi cuerpo se relajó, solo para que él se retirara y fuera directo a mi culo.

Debería haberlo sabido.

—Arquéate más para mí.

Hice lo que me pidió. Sus dientes apretaron la piel mientras lamía mi agujero, creando una succión a mi alrededor. Su fascinación por ese punto prohibido creó un frenesí en mi sangre. No lo entendí, pero tampoco lo cuestioné, porque la verdad era que me gustaba tanto como a él.

—¡Oh, Dios mío! —grité, sin preocuparme de si alguien oía mis jadeos a estas alturas.

Kova me agarró de las caderas y me acercó a su boca. Mis piernas se ensancharon por sí solas y mi trasero se apretó vergonzosamente contra su cara.

—Un día… —dijo, con su voz ronca y profunda.

Sabía a qué se refería. Al sexo anal. Era una conversación que ya habíamos tenido y algo que nunca ocurrirá.

—No, no lo harás. Eso nunca va a suceder.

—Sí, pasará.

—No, no pasará.

—Ah, pero *malysh*. —Sacó, su pulgar recorriendo círculos sobre el pequeño agujero fruncido—. No tienes ni idea de lo que te pierdes.

—No hay manera que tú, o cualquier otra persona con una polla más pequeña, encaje ahí. No, gracias. No se puede. Fin de la discusión.

El agarre de Kova se apretó sobre mí hasta el punto que supe que tendría un moratón.

—Nadie va a tomar este culo. ¿Entiendes? Estrangularé personalmente a cualquiera que se acerque a él. Es mío.

Su pulgar presionó el punto oculto mientras introducía un dedo en mi coño.

—Puedo hacer que te guste, sabes —susurró, sacando el dedo y usando la humedad para trazar el apretado agujero.

Aplicó más presión, introduciendo la punta de su dedo. Esta vez me metió dos dedos en el coño y se frotó lentamente por mis paredes internas, provocando un gemido bajo mientras me estiraba. Me aguanté un gemido ante la doble intrusión.

Este hombre sabía exactamente lo que tenía que hacer con mi cuerpo y me sorprendió un poco porque nunca me encontré diciendo que no, solo que sí. La manipulación del cuerpo en su máxima expresión. Observé cómo Kova escupía en sus dedos y luego aplicaba presión en el apretado manojo de nervios. Me estremecí, pero me quedé quieta.

—¿No te preocupa que alguien pueda verte? —preguntó.

Era difícil pensar con claridad cuando mi cuerpo era una llamarada de calor y lujuria.

—Lo hago, pero nadie puede ver mi cara. Así que supongo que no.

—Pero los que viven en el edificio probablemente puedan averiguar cuál es el número de tu condominio.

Probablemente tenía razón, pero no me importaba.

—Tal vez.

—Respira hondo —me ordenó. Mis ojos se abrieron de par en par, sabía lo que iba a hacer—. Respira hondo, *Ria*. —Exhalando, mi cuerpo se ablandó, y él presionó un dedo en mi culo, luego lo sacó. Esperaba que fuera el dedo meñique—. Respira, —me indicó, y lo hice—. Confía en mí, te encantará cuando termine contigo.

—Duele —dije, pero él presionó más profundamente, y cuando me di cuenta que no se detenía, cerré los ojos, respiré profundamente y me concentré en el placer. La forma en que jugaba con mis tiernos labios, haciendo que volviera a tener un orgasmo, era bastante notable. Me sorprendió que mi cuerpo estuviera preparado para otro.

—Apoya, empuja hacia atrás y relájate. Concéntrate en mis dedos acariciando tu coño.

Sorprendentemente, depositó un beso en cada mejilla, y luego deslizó su dedo más adentro de mi culo. Me apreté y mis brazos salieron disparados hacia delante en busca de algo a lo que agarrarme. Mi espalda se arqueó y balanceé mi trasero hacia su cara.

Esto duele. Esto duele más que perder mi virginidad.

—Kova, por favor. Me duele —gemí entre el dolor y el placer mientras él utilizaba un dedo para acariciar mi clítoris y acariciar mi culo.

Se dispararon pequeñas chispas en mi interior y me estremecí de éxtasis. No sabía si me corría o me iba. Ya no sabía lo que quería o no quería. Me perdí en una bruma de sexo y gratificación. Kova tenía razón. Podía hacer que lo deseara, porque ahora en cierto modo lo hacía.

Kova gimió detrás de mí y sacó el dedo, pero lo volvió a meter con cuidado. No fue agresivo ni duro, sino sorprendentemente suave. Dejó escapar una larga bocanada de aire que golpeó mi mejilla.

—Solo escucha lo que digo y me lo agradecerás.

Mientras Kova introducía y sacaba suavemente su dedo de mí, miré entre nuestros cuerpos. Su polla estaba erecta y se

esforzaba hasta el punto de parecer dolorosa. La punta de su polla estaba morada y tenía un aspecto casi furioso. Su estómago estaba duro como una roca, como si se aferrara a lo último que le quedaba de cordura. Pero tenía razón. Creo que podría hacer que me gustara porque esto era mejor de lo que esperaba.

Sentí un espasmo a su alrededor y, justo cuando estaba a punto de correrme, se retiró y se puso de pie.

—Kova… Por favor…

Con su polla en la mano, me miró y luego se inclinó hacia mi entrada, y se deslizó dentro de mi calor que estaba deseando otro orgasmo. Los dos gemimos al unísono de puro placer.

Inclinándose, me lamió un rastro húmedo por la columna vertebral hasta el hombro y bajo la oreja. Tiró del lóbulo. Ni siquiera sabía que fuera posible tener la piel de gallina con este calor.

—Quiero oírte gritar —susurró, con su aliento caliente en mi cara, empujando dentro de mí—. Que todo el mundo me oiga follar contigo y desee que sean ellos.

Asentí con la cabeza. A estas alturas estaría de acuerdo con casi todo.

Cuando empezó a entrar y salir de mí, mis ojos se cerraron y le oí escupir. Abrí un ojo y vi cómo hacía rodar su saliva entre los dedos y los dejaba caer detrás de mí.

—Arquea la espalda —ordenó—. Exhala.

Entonces, un largo dedo se deslizó de nuevo en mi culo mientras él estaba profundamente dentro de mí. Mi cuerpo se estremeció en éxtasis y un gemido ronco salió de mis labios. La presión era casi demasiado para soportar.

Dejé escapar un gemido agudo mientras me trabajaba tan lentamente que casi me hizo llorar de placer. Como si supiera que no podía aguantar mucho y no quisiera hacerme daño. Fue cuidadoso y atento y no pude detener los sonidos que se me escapaban aunque lo intentara. Era imposible.

—Kova…

—*Ria*…

—¿Por qué me gusta tanto esto? —Casi gimo. El interior de mis muslos estaba mojado por mi placer—. No quiero que pares nunca. ¿Podemos hacer esto todo el día?

Se rió y se burló de mí.

—Oh, *malysh*. Ahora ya sabes con qué me enfrento a diario. Cómo me imagino tomándote, cómo nunca será suficiente. Ahora lo ves.

—Lo hago, Dios mío, cómo lo hago… —Apenas pude encontrar mis palabras—. ¿Cómo…? ¿Por qué?

Mi cuerpo estaba envuelto en oscuros deseos, las mejillas enrojecidas con un matiz rosado, los muslos temblando y estremeciéndose por el hambre. Estaba flotando en otro nivel. Mi cuerpo iba a arder por la presión del placer que solo Kova podía darme.

—No creo que pueda aguantar mucho más, Kova. Por favor, necesito… —Se lo supliqué.

Una risa oscura me envolvió, y con su mano libre rodeó mi clítoris. Se me escapó un fuerte ronroneo y me balanceé lentamente dentro de él, porque me gustaba mucho. Ya no me daba vergüenza rogarle, y me di cuenta que estaba a punto de hacerlo cuando su polla se agitó dentro de mí y sus embestidas se volvieron más duras, más profundas y más controladas para los dos.

Kova me levantó de un tirón para que yo estuviera de espaldas a su pecho. Los dos estábamos arrodillados, esclavos de los deseos del otro.

—Pon tus brazos detrás de mi cuello.

Hice lo que me pidió, mis pechos hinchados y rebotaban mientras él se burlaba y provocaba cada zona erógena que tenía. Mi mente estaba empañada, él me llevó a nuevas alturas. Después de pasar el día con él y de nuestras conversaciones, nuestra conexión

se hizo más fuerte y me asustó un poco. Ahora entendía lo que quería decir. Yo también quería esto todo el tiempo y no me refería solo al sexo. Mi corazón era suyo, al igual que yo sabía que el suyo era mío. Me gustaba ver su brazo sobre mi vientre. La masculinidad que rezumaba de él y la vena girando hacia abajo. Era fuerte y áspero, y el placer tan divino.

—Córrete, córrete ahora conmigo —dijo, y luego hundió sus dientes en mi hombro, su lengua lamiendo mi piel.

Mi cuerpo estalló de éxtasis en un suspiro gutural, como si una enorme ola rugiera a través de mí. Grité su nombre, impulsando mis caderas hacia las suyas. Su placer se deslizó por el interior de mis muslos y me sentí sensible por todas partes, saciada por este contacto. Nuestros orgasmos retrocedieron, pero el gozo que siguió a ellos fue muy intenso. Los dos jadeábamos y una capa de sudor cubría nuestros cuerpos, pero no me molestó. Kova me cogió la mandíbula y me giró la cara hacia la suya. Nuestras miradas se cruzaron durante un instante antes que me diera un tierno beso que rodeó mi corazón. Sus labios eran suaves y dulces, su lengua ligera, como si lo que acababa de hacer a mi cuerpo fuera normal.

No había nada normal en Konstantin Kournakova y Adrianna Rossi, pero eso es lo que me gustaba de nosotros.

Al romper el beso, Kova abrió los ojos.

El corazón me latía con fuerza en el pecho, la luz del sol parpadeaba contra sus ojos verdes que revelaban una apertura con un amor tan profundo que se me apretó el estómago. Intentaba mantenerme fuerte, no quería decir algo y arrepentirme, pero en este momento, lo que sentía era amor.

El amor era una mirada. El amor era un sentimiento. El amor era una palabra de cuatro letras que tenía más peso que el oro.

El amor era la claridad.

Capítulo 68

—Kova —susurré, como si fuera la palabra que solo él quería oír.

Sus ojos brillaron con conciencia y me sacó con cuidado, luego me dio la vuelta para tumbarme de espaldas en la tumbona. Su longitud, aún caliente y dura, me presionaba el muslo. Mi corazón latía con fuerza. Debimos haber sido sensatos al ser tan libres con nuestra carnalidad, pero nunca pudimos controlarla. Solo éramos nosotros y eso era lo único que importaba.

Nuestros ojos se concentraron en los del otro mientras él cubría mi cuerpo con el suyo, su boca con la mía, su peso cayendo sobre mí. Me encantaba cuando hacía eso, cuando se tumbaba encima mío, libre y se entregaba a sí mismo. Era una de las pocas veces que lo tenía solo a él sin todas las capas, como si se entregara a mí. Mis brazos se enrollaron alrededor de sus hombros, mis dedos en su pelo. Me besó con tanta avidez que apenas pude seguir su ritmo. Las manos se deslizaban por su espalda y se agitaba como si lo necesitara desesperadamente. Introdujo su lengua en mi boca con pasión. Sus manos encontraron mi cuello y aplicaron presión, y me dejé llevar. Mi cuerpo se deshizo bajo el suyo. Se desató sobre mí y lo tomé todo.

—Necesito ver tu cara cuando te haga el amor —dijo, dejándome sin palabras.

No lo cuestioné. Simplemente asentí con la cabeza. Era lo que necesitaba y se lo di. Sabía en el fondo de mi corazón que después de este fin de semana, cuando descubriera mi secreto, lo más probable es que se rompiera la conexión que tanto nos había costado reconstruir, así que iba a saborearlo todo lo que pudiera.

Sin pensarlo dos veces, levantó las caderas y volvió a introducir su polla en mí. Sus ojos se iluminaron y gimió. Comenzó a hacerme el amor como una bestia, bombeando sus caderas con ardor. Golpes duros y largos, manteniéndose dentro de mí antes de retirarse y volver a hacerlo, construyendo una vorágine de deseo. Un gruñido erótico vibraba en su pecho cuando impulsaba con más fuerza. Mi espalda se inclinó en respuesta a lo profundo que estaba, mis uñas marcando su espalda. Se estremeció contra mí y cerré mis piernas alrededor de su cintura.

Esto era hacer el amor.

—Kova… —Tragué, temblando—. Oh, Dios mío… —gemí contra su boca—. Duele. —Y lo hizo. Estaba tan agrandado y golpeando todo el camino en la espalda.

—Shhh…

—Kova. —Clavé mis dedos en él, sintiendo su piel romperse bajo mis uñas.

—Tómame. Tómame todo —apretó entre dientes—. *Mne nuzhno, chtoby ty byl bez sderzhannosit, bez osuzhdeniya.*

—Por favor… —No estaba segura de lo que le estaba rogando.

—Ty nuzhna mnye[9]*.*

Me dolió el corazón al escuchar su voz quebrada.

—Solo aguanta… Necesito esto, te necesito. Necesito sentir más de ti.

—Me vas a hacer sangrar, Kova.

Gruñó y redujo su ritmo a regañadientes. Los músculos de sus hombros se relajaron, su cuerpo se aflojó y se aferró a mi cuello húmedo como si yo fuera su salvación. Sus besos dominantes eran casi descuidados, como si se dejara llevar mientras empujaba con urgencia dentro de mí. Se estaba acercando. Los pequeños sonidos

[9] Te necesito.

en el fondo de su garganta me hicieron desentrañar completamente mis sentimientos por él y me asustaron un poco.

Kova dio una última y buena caricia, me sujetó la mandíbula con las palmas de las manos y me besó tan profundamente y con tanta desesperación que se me contrajo el corazón y se me curvaron los dedos de los pies. Gemí, mi cuerpo se estremeció de placer. Su polla se sacudió, jadeamos, y luego ambos caímos en un estado de éxtasis al mismo tiempo. La forma en que su lengua envolvía la mía, cómo utilizaba una mano para agarrar mi cadera y asegurarse que estábamos perfectamente unidos, cómo podía sentir cómo se descargaba dentro de mí, hizo que me doliera el pecho.

—*Malysh* —susurró en un gemido.

Al retirarse, Kova me miró y se lamió los labios. Estábamos nariz con nariz y respirábamos con dificultad. Su mirada recorrió mi rostro. El sudor le resbalaba por las sienes y se lo limpié. La forma en que me miraba hacía que mi corazón se sintiera atraído por él con tanto afecto que era difícil de expresar con palabras. Los dos estábamos pegajosos y acalorados. Pasé mis manos por su pelo mojado y encerré mis dedos detrás de su cabeza.

—Sabes que te amo, ¿verdad?

Tragando grueso, asentí con la cabeza. Estaba esperando que le respondiera. Tenía muchas ganas de decirle que yo también lo amaba, porque así era. Deseaba poder dárselo, pero algo me advertía que debía contenerme.

—*Ya vlyubilsya f tyebya s pyervava fsglyada*[10].

Esperé a que me lo tradujera, pero esta vez no lo hizo. En cambio, sonrió, un poco triste, pero lo disimuló con un rápido beso.

Acunándome contra él, se deslizó y se puso de pie, llevándome con él. Apoyé mi cabeza en su hombro y un aire de paz nos rodeó mientras él se dirigía a la puerta corrediza de vidrio y entraba. Estaba lista para dormir, aunque el sol aún no se había puesto del todo.

[10] Me enamoré de ti desde la primera mirada.

—Puedo caminar, sabes.

Kova se inclinó y me besó el cuello.

—Pero me gusta tenerte en mis brazos. Nunca quiero dejarte ir.

—¿Quién iba a saber que podías ser tan dulce?

Se rió y dijo:

—No soy dulce.

—Está bien admitir que a veces eres blando —le dije, incitándolo.

Se detuvo justo delante de mi baño. Levanté la vista, esperando.

—¿Suave? —respondió con una sonrisa confusa. Su mano rozó mi cadera y bajó por mi trasero y se posó sobre mi sexo goteante. Introdujo dos dedos y yo me apreté alrededor de ellos, respirando mientras él empujaba su semen dentro de mí—. Esto no es por ser suave, *moya lyubov.* —Me miró los labios—. Mi amor —tradujo, con la voz baja.

Me sonrojé. Mis dientes se clavaron en el labio inferior y me derretí un poco. Volví a apretar y sus ojos brillaron.

—Lo que tú digas, grandullón. Ahora bájame para poder limpiarme.

—Te limpiaré.

Suspiré con fuerza, fingiendo fastidio.

—¿Por qué tienes que actuar como un hombre de las cavernas todo el tiempo?

—¿Por qué tienes que ser tan franca? Déjame hacer lo que quiero y no tendremos problemas —respondió.

Me reí.

—Te gusta mi boca.

Levantó las cejas, sus ojos brillando de hambre.

—*Me encanta* tu boca, especialmente cuando tus labios están...

Le di una palmada en el pecho juguetonamente.

—¡Kova! Cállate! —Me reí, retorciéndome en sus brazos mientras él entraba en mi baño y abría la ducha—. Tengo que lavarme el pelo.

—Puedo lavarlo.

—¿Crees que puedes lavarlo y abrazarme al mismo tiempo? Te das cuenta que necesitas dos manos, ¿verdad?

Dio una palmada en uno de sus muslos que resonó en las paredes de azulejos.

—Me subestimas.

Me mordí el labio inferior.

—Necesito afeitarme las piernas.

—Te las afeitaré.

Levanté una ceja.

—Bien. Si tú puedes afeitarme las piernas, yo puedo afeitarte las pelotas.

Los ojos de Kova se abrieron de par en par por la conmoción y su mandíbula cayó horrorizada. Una carcajada brotó de mis labios ante su expresión.

—Nunca, nunca va a suceder —dijo claramente.

—Eso es lo que pensaba —dije—. Ahora bájame.

—Bien. Pero quiero que vuelvas a estar en mis brazos justo después.

Al unirse a mí bajo el cálido rocío, su tono suave levantó algunas banderas.

—Oye, ¿qué pasa?

Sacudió la cabeza, incapaz de encontrar mi mirada.

—Dime —presioné—, por favor.

Kova dejó escapar un largo suspiro y sus dedos bailaron a lo largo de mi hombro. Nos separamos unos centímetros y pude sentir sus emociones como si fueran mías. Nos lavamos rápidamente.

—No pasa nada. Solo quiero que vuelvas a tu sitio. No tenemos mucho tiempo así juntos y quiero aprovecharlo al máximo mientras podamos.

Quédate con mi maldito corazón. Hice que Kova se encontrara con mi mirada y respiré tranquilamente. Estaba desprotegido, el agua goteaba por su cara, pero fue el dolor en sus ojos lo que me hizo sentir. Había tanta angustia que me desgarró. Siempre pensé que nunca ganaría con él, pero ahora me preguntaba si realmente se sentía así conmigo. Él lo estaba intentando y yo me estaba conteniendo.

La sangre me corría por el pecho, intentaba mantenerme fuerte y no ceder y admitir mi amor por él, pero cuando era tan raro que fuera tan sincero con sus sentimientos, quería soltar ese último muro que había levantado y correr hacia él.

—No podremos tener momentos como éste a menudo —dijo, como si la realidad hubiera caído sobre él.

Una media sonrisa se me dibujó en los labios. Kova cogió el champú y me enjabonó el pelo.

—Lo sé. Aunque quizá algún día. —Tragué saliva y decidí dar por fin un pedacito de mí que sabía que él necesitaba escuchar—. Soy tuya. —Puse énfasis en mis palabras, esperando que viera que lo decía en serio.

Sin dudarlo, se inclinó y me rodeó con sus fuertes brazos, apretando sus labios contra los míos. Su lengua recorrió la costura,

solicitando acceso. Cedí de buena gana, cayendo en su emotivo abrazo.

Al retirarse, exhaló un fuerte suspiro y apretó su frente contra la mía.

—Dios. ¿Cómo se supone que voy a alejarme de ti cuando todo lo que quiero es tocarte, abrazarte, simplemente estar junto a ti respirando el mismo aire? Me estoy volviendo loco tratando de hacer que esto funcione y no sé cómo hacerlo sin que se vaya a la mierda. Estoy obsesionado con cada parte de ti y no quiero dejarte ir nunca.

Sin aliento, supe que necesitaba tranquilizarlo tanto como a mí.

—Ojalá tuviera una respuesta para ti que fuera correcta. Para nosotros, nada es correcto. Solo tenemos que tomar cada día como viene. Recuerda siempre que siento lo mismo que tú.

Asintió con la cabeza.

—Lo sé. Tienes razón. Es una puta mierda —dijo, casi con rabia, pero no hacia mí.

Me sentí mal.

—Nada que valga la pena es fácil, ¿recuerdas? Eso es lo que lo hace mucho mejor. —Justo entonces mi estómago gruñó vergonzosamente fuerte—. Me has abierto el apetito.

Me pellizcó la cadera.

—Podrías perder algunos kilos. —Se me cayó la mandíbula—. Solo estoy bromeando. —Se rió—. Déjanos terminar y te cocinaré algo.

Levanté los dedos y dije:

—De todos modos, me estoy volviendo un poco más tonta.

Kova me besó los dedos y se rió. Cerré la ducha y él abrió la cortina para salir.

—Ustedes los americanos y sus extrañas descripciones. ¿Dónde están tus toallas?

Me quedé mirando, fascinada por su cuerpo y por la forma en que el agua se deslizaba por las curvas de su musculatura natural. Fue cuando se giró hacia un lado cuando mis labios se separaron y un suspiro me recorrió. Era físicamente perfecto, con un culo firme y redondo, y unas caderas de infarto que desembocaban en unos muslos poderosos. Pero fue la sexy V de su bajo vientre la que despertó en mí la necesidad de alcanzar y tocar. Lo que este hombre me hizo…

Kova chasqueó los dedos y mis ojos se dispararon hacia él. Me sonrojé y él sonrió como un tonto. Le encantaba.

—¿Toallas?

Tuve que pensarlo un momento.

—Ah, están en el armario, en la estantería.

Me quedé en la ducha temblando mientras Kova salía y abría mi armario de ropa blanca. Miré su reflejo en el espejo contemplando su magnífico trasero hasta el suelo cuando algo me llamó la atención.

De la basura sobresalían las cajas de pruebas de embarazo y los cuatro palos en los que había orinado.

Capítulo 69

Intenté pensar en cómo ocultarlas cuando me di cuenta que el armario que Kova estaba abriendo contenía la última caja que aún no había utilizado.

Oh, Dios.

Mi corazón latía más fuerte que nunca. Los oídos me latían con fuerza, con un pitido que me hacía sentir una ansiedad aguda. Sentí que mis emociones subían a lo más alto amenazando con romper la barrera que había levantado cuidadosamente. Sentí que las lágrimas se formaban antes que las palabras fueran pronunciadas. Sentí que todo venía, las palabras acaloradas, el dolor que seguiría, las acusaciones. No tenía ni idea de qué hacer. Todo estaba sucediendo a cámara lenta y no podía detenerlo por mucho que lo deseara.

Respirando hondo, intentaba no ahogarme, pero me ardía el pecho y no encontraba las palabras para impedir que entrara. Había tenido la oportunidad de decírselo y no lo había hecho. Había sido una cobarde, demasiado asustada para decirle que estaba embarazada. Me temblaron las manos y me tembló la mandíbula. Sentí que la comida en mi estómago se agitaba.

Había olvidado que había metido la caja entre las toallas. Aquel día estaba tan disgustada que no quería mirarla ni pensar en los resultados positivos, así que la había escondido.

Me sujeté el estómago, el miedo me paralizaba mientras Kova me entregaba una toalla y luego me miraba la cara. Sus ojos se llenaron de repente de preocupación y abrió su hermosa boca para hablar cuando oí que la caja caía al suelo.

La sangre se me escurrió de la cara. Me iba a poner enferma. La habitación empezó a girar, el frío llenaba mis venas y me hacía temblar.

Lo vi volverse para mirar el armario y luego el suelo. Sus cejas se fruncieron y se agachó para recuperar la caja. Me llevé la toalla a la cara, aún sin poder hablar, mientras él la recogía y le daba la vuelta.

Kova se quedó helado y sentí su confusión palpitando a nuestro alrededor. El silencio era ensordecedor mientras miraba atónito la caja de la prueba de embarazo. Ni siquiera podía oír su respiración.

Las gotas de agua rodeaban sus pies. Todavía no había cogido su toalla.

—¿Cuándo ibas a decírmelo? —preguntó en voz baja, sin mirarme.

Me faltaron las palabras. Oh Dios, iba a vomitar. Mi estómago estaba apretado por la presión y mi corazón estaba a punto de explotar.

—¿Cuándo? —Su voz era grave, baja.

Giró la cabeza para mirarme y todavía no pude decir nada. Sus ojos eran enormes. El color se le fue de la cara también y sentí un temblor de culpa en su mirada. Mis labios se separaron pero no salió nada, porque sabía que no había nada que pudiera decir para arreglar esto o para justificar el no habérselo dicho.

—¿Cuándo, Adrianna? —Las lágrimas llenaron mis ojos. Su voz, tan gravemente dolida, me dejó clavada en el sitio—. ¿O no ibas a hacerlo? —Me sentía tan culpable, y él lo sabía—. ¿Cuándo? —volvió a preguntar, esta vez su voz se elevó. Sus hermosos ojos verdes tenían el corazón roto.

De alguna manera, pude envolver la toalla alrededor de mi cuerpo y correr a mi habitación. Rebusqué en mis cajones y cogí un par de bragas de bikini y una camiseta de tirantes. Dejé caer la toalla y me puse la ropa justo cuando Kova entraba con un pantalón

corto, el agua aun goteando por su cuerpo y la caja firme en la mano. Ni siquiera se había secado.

Mi corazón se aceleró con fuerza y rapidez. Di un paso atrás, asustada por su reacción. Solo había un camino que podía tomar esto, y era hacia el sur.

—Te hice una pregunta, Adrianna.

Miré la caja ahora aplastada en su mano. Eso fue todo lo que necesité para derrumbarme. Empecé a llorar profusamente, mi respiración era errática. Intentaba recuperar el aliento, sabiendo que esto iba a matarnos a los dos. Habíamos llegado tan lejos y ahora todo estaba arruinado.

—Lo siento. Lo siento. Lo siento —grité. No sabía qué más decir.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

Me sobresalté ante su tono áspero.

—Quiero decir que no sé de cuanto estoy.

Busqué a ciegas detrás de mí la cama. Me iba a caer si no me apoyaba en algo. Dejé caer mis caderas para sentarme, la vista de mi alfombra borrosa por mis lágrimas. La vergüenza me invadió. No podía ni siquiera mirarlo.

—Haz la prueba.

Sacudí la cabeza, con los labios apretados. Lágrimas de gruesa fluyeron por mi cara.

—Tómala, Adrianna.

Miré hacia arriba y un chorro de aire salió de mí.

—Ya lo hice.

Con los ojos heridos, dijo:

—¿Cuándo?

—La semana pasada.

La comprensión resonó en su interior y se volvió blanco como la ceniza. Sus ojos se dirigieron a mi estómago y luego volvieron a encontrarse con los míos.

—Estás embarazada.

No era una pregunta sino una valoración. Tapándome la boca con la mano, asentí en silencio. Un grito estrangulado brotó de mis labios y jadeé, respirando con fuerza. El aire denso me chamuscó los pulmones. El dolor que me sacudía el corazón era insoportable, pero no se comparaba con la tortura que veía arder dentro de Kova. Lo sentía, Dios, lo sentía, y era abrumador. Como una nube negra de humo que me mataba lentamente. No parecía enfadado. Parecía francamente devastado, y no sabía si era porque no se lo había dicho antes, o porque estaba embarazada. Toda su cara era de pena y arrepentimiento y me estaba asfixiando. Me miraba fijamente, como si estuviera extendiendo la mano, buscando una respuesta que yo era incapaz de dar. Sus emociones estaban a la vista de todos, eran tan frecuentes que apenas podía soportar las explicaciones.

Inspirando con fuerza, finalmente hablé. Mi voz era muy baja:

—Me hice cuatro pruebas. Están en la basura de mi baño.

Kova se dio la vuelta antes que terminara la frase y encontré la voluntad de correr tras él.

Cogió mi cubo de basura y lo volteó, sacudiéndolo para que todo el contenido cayera. Uno de los palos estaba levantado y podía ver las dos líneas rosas desde donde yo estaba, así que sabía que él también podía.

—Lo siento —dije de nuevo—. Sé que debí habértelo dicho, pero tenía miedo y no quería que me culparas y pensaras que lo había planeado. Intenté decírtelo varias veces pero no pude hacerlo. Estaba demasiado asustada. Luego empezaste a hablar del

embarazo de Katja y no quería que pensaras que yo también mentía.

Kova se arrodilló y recogió las pruebas, dándoles la vuelta. No dijo nada, solo las estudió, leyendo las dos que mostraban claramente que estaba embarazada.

—Sé que probablemente me odias por esto, pero realmente lo intenté. No sé qué pasó... Tomé las píldoras como se suponía. Ni siquiera sabía que estaba embarazada hasta que volvimos de la reunión.

Con las pruebas en la mano, se volvió hacia mí. Apretó los ojos, el remordimiento llenaba su rostro.

—Nunca podría odiarte —dijo.

Otro sollozo brotó de mí y corrí hacia donde él estaba arrodillado. Me agaché y lo miré a los ojos.

—Lo siento mucho

—Estabas embarazada en la reunión —dijo.

—Sí, solo que no lo sabía.

Se le cayó la cara.

—¿Qué te hizo hacer la prueba?

—Avery. Estaba tan enferma, y fue su idea. Solo pensé que estaba enferma debido a los viajes y a mis estúpidos problemas de riñón y a lo mucho que me han quitado. Nunca se me ocurrió que podría estar embarazada.

Bajó la vista a los exámenes, mirándolos fijamente como si buscara una respuesta.

—Tienes que estar de unos meses. Dos, cerca de tres.

—No. —Lloré, con la mandíbula temblando—. Eso significa que el corazón está latiendo. —Cayeron lágrimas frescas y cálidas.

Kova levantó la vista, pero antes que pudiera decir nada, le dije lo que ya había decidido.

—No puedo tener un bebé, Kova. Lo siento, pero no puedo. Voy a abortar. Ya he tomado una decisión. Es mi cuerpo y no puedes obligarme a tener un hijo, no es que crea que lo quieras, pero no voy a cambiar de opinión. Lo siento pero es lo que tengo que hacer.

Creo que ni siquiera respiré durante eso.

—¿Ibas a decírmelo siquiera?

Parpadeé. Fui por la verdad porque a estas alturas ya no tenía nada que perder.

—Sinceramente, no lo sé. Iba a hacerlo, pero no sabía cómo decírtelo. Realmente no lo sé. Quiero decir que sí, pero he sido un desastre y no encontraba las palabras. Nunca hubo un momento adecuado. —Exhalando, dije—: No, sé que te lo habría dicho. Solo que no sé cuándo lo habría hecho.

El reconocimiento le llegó. Levantó el palo.

—¿Esto es por lo que me alejaste?

Asentí con la cabeza.

Kova cogió todos los palos y me llevó a mi habitación, donde me sentó y me puso la manta que tenía al final de la cama alrededor de los hombros. Me frotó los brazos, tratando de calentarme, y se sentó a mi lado.

Esto no era lo que esperaba. Esperaba rabia. Esperaba gritos. Esperaba lo peor y sin embargo no había nada. Pero él no estaba diciendo nada, y eso me aterrorizó.

—¿Cómo iba a decirte que estoy embarazada?

El silencio.

—Sabía que te enfadarías. Lo sabía.

El silencio.

—Un aborto es la única opción para nosotros. Solo tengo diecisiete años. No puedo tener un bebé.

El silencio.

El silencio.

El silencio.

—¡Di algo! —grité, respirando con dificultad.

Podía lidiar con la ira de Kova. Podía soportar el dolor de Kova. Lo que no podía soportar era su silencio desconsolado. Mi estómago era un pozo de piedras y el hecho que estuviera sentado en absoluto silencio no aliviaba la tensión que sentía.

Sus ojos se encendieron y me fulminó con la mirada.

—¡Qué quieres que te diga, Adrianna! —gritó—. Ya has tomado una decisión. Lo hecho, hecho está —escupió—. Eso es todo. No me queda nada que decir.

Me aparté y jadeé.

—Estás loco —susurré, sorprendida—. Esperas que tenga a este bebé, ¿no es así?

—No, no lo hago. Si hubieras querido, habría apoyado tu decisión. Nunca te obligaría a tener un hijo ni a deshacerte de él. Me duele que no hayas acudido a mí —dijo, y eso me encendió rápidamente—. Pero sé que no tengo derecho a estar disgustado después de lo que te he hecho, así que estoy afrontando esto de la mejor manera que puedo en este momento. —Se quedó callado por un momento y yo empecé a llorar de nuevo—. Solo desearía que me lo hubieras dicho antes para no tener que enterarme de esta manera.

—Lo siento —fue lo único que se me ocurrió decir. No sabía qué decir.

Frunció el ceño y volvió a mirar las pruebas y luego a mí. Sus ojos buscaron los míos. Solo había dolor en ellos.

—Estoy desolado por más de una razón. Estoy loco porque nunca quise un hijo, pero descubrir que estás embarazada, mirarte e imaginarte con mi hijo, me hace pensar diferente. Me hace desear eso contigo ahora y me mata que vayas a abortar... —Kova se interrumpió y empezó a murmurar en ruso—. Lo que sí siento es haberte dejado embarazada. —Bajó la mirada, casi como si no pudiera soportar decir sus siguientes palabras—. Y ahora tienes que acabar a nuestro hijo.

Ni siquiera pudo terminar las desgarradoras palabras. Los dos estábamos pagando el precio y me preguntaba cómo íbamos a perseverar de esto.

—Sinceramente, a mí también me mata —susurré. Había pronunciado esas palabras desde mi corazón—. Esto va a arruinar todo, ¿no es así?

—Definitivamente cambia las cosas. —Hizo una pausa y yo contuve la respiración—. En todo caso, hace que te ame aún más de lo que creía posible.

Mis labios se separaron, mi corazón se rompió por el centro. Me levanté y me puse delante de Kova, tocando sus mejillas. Me rodeó los hombros con un brazo y me atrajo hacia él. Sentí su aliento en mi cuello, la forma en que su cuerpo temblaba contra el mío. Me derrumbé, mi corazón se vació y lloré con él. Me apretó más y me puso en su regazo. Kova intentó mirarme, pero no lo dejé y mantuve la cabeza baja. Me incliné hacia él, respirándolo, necesitándolo tan desesperadamente. Rodeando su cuello con mis brazos, apoyé mi cara en su pecho y pude oír los erráticos latidos de su corazón. Levanté la vista hacia él justo a tiempo para ver cómo una única lágrima caía por su hermoso rostro.

—Nunca entenderás cuánto lo siento de verdad. Por todo lo que he hecho. Por ti. A nosotros. Por todo el dolor que te he causado. Debes saber que cualquier cosa que quieras hacer, cualquier cosa que decidas, te apoyaré. Te amo tanto, Adrianna, que a veces me resulta difícil lidiar con ello. Malditas sean las consecuencias. Somos un equipo, pero la verdad es que cuando *tú* exhalas, *yo* inhalo. No al revés. Puede que yo sea la bestia bajo tu belleza que te empuja a triunfar, pero tú eres el ancla que me mantiene firme en un océano agitado que amenaza con ahogarme. Así ha sido para

mí desde el primer día, y seguirá siendo así. Recuérdalo siempre. Así que, decidas lo que decidas, te apoyaré.

Lloré más fuerte de lo que había llorado en mi vida.

Lloré por mí.

Lloré por Kova.

Lloré por nuestro hijo que nunca llegaríamos a conocer.

Lloré más fuerte, sintiendo su dolor como propio.

Después de unos momentos en los que las lágrimas se calmaron, me aparté y respiré profundamente. Kova me limpió la cara y nos miramos a los ojos sin decir más palabras.

No había nada más que decir. Tenía razón. Esto cambiaría definitivamente las cosas.

Me desprendí de su regazo y fui al baño. El estrés emocional de esta conversación me estaba matando el estómago. Probablemente necesitaba echarme un poco de agua en la cara.

Di un paso, pero Kova me agarró de la muñeca y me atrajo entre sus piernas. Colocó ambas manos en mis caderas, luego se inclinó hacia delante y me dio un suave beso en el estómago. Solté un grito ahogado, tratando de contener las lágrimas. Kova me miró con pena en sus tristes ojos verdes, casi como si estuviera de luto.

Con su mano extendida sobre mi estómago, se adelantó para presionar sus labios contra los míos.

—Bésame, maldita sea —suplicó.

Oh, Dios, mi corazón. Su voz grave hizo que me temblara la mandíbula y que las lágrimas surgieran de nuevo.

—No quiero que esto cambie nada entre nosotros —dije contra sus labios. Empezó a respirar con dificultad—. Tengo miedo.

—Bésame, *Ria*, por favor —suplicó, con la voz completamente rota esta vez—. Necesito que me beses para saber que no me odias. Para saber que todavía me amas tanto como yo te amo.

Y así lo hice. Lo besé mientras él mantenía su mano en mi estómago, como si necesitara recordar este momento, a nosotros, y lo que estaba creciendo dentro de mí y que habíamos creado. Le devolví el beso por no tratarme como había temido que lo hiciera. Le devolví el beso por entender que, aunque esta era nuestra elección, yo tomé la decisión y él la aceptó. Le devolví el beso por nosotros y por la esperanza que, a partir de ese momento, viera que yo seguía siendo suya y él seguía siendo mío y que siempre seríamos Kova y *Ria*.

Mientras Kova me arrastraba hacia él, sonó un golpe en la puerta. Nuestro beso se separó y nuestras expresiones se imitaron.

—¿Esperas a alguien? —preguntó.

Sacudí la cabeza y di un paso atrás.

Desconcertados, ambos nos levantamos para abrir la puerta. La única otra persona que sabía dónde vivía y que se acercaba era Hayden, pero después de la discusión que acababa de tener con Kova, rezaba para que no fuera él.

Los rápidos golpes persistieron y miré por encima de mi hombro y vi a Kova cerca, con las pruebas de embarazo aún en la mano. Me destrozó ver eso porque sentí que significaba que estaba reteniendo la única prueba que tendría de nuestro bebé.

Al girar la cerradura, no miré por la mirilla antes de abrirla. La retrospectiva es 20/20, y mirando hacia atrás, no debí haber abierto la puerta.

Quizás había rezado demasiado, porque ahora mismo, haría cualquier cosa para que fuera Hayden.

Capítulo 70

—¿Papá?

No me escuchó.

No me vio.

El silencio fue ensordecedor, la acusación clara. Todo lo que vio fue a Kova en mi apartamento sin camisa, recién salido de la ducha, con el agua de su pelo goteando sobre la letra con cicatrices que le había marcado en el pecho.

Iba a vomitar. Papá inclinó la cabeza hacia un lado, su dura mirada observando a Kova. Estaba en nada más que una pequeña camisa y ropa interior.

Me pareció que todo sucedía a cámara lenta cuando mi padre entró en el apartamento y cerró la puerta.

Papá miró el pecho desnudo de Kova y luego se le trabó la mandíbula. Con la nariz encendida, dijo:

—Bueno, esto sí que es una sorpresa. ¿Quieres decirme qué estás haciendo en el apartamento de mi hija, Konstantin?

Un escalofrío de terror recorrió mi columna vertebral. Me sujeté el estómago. Esto era mucho peor que contarle a Kova lo del embarazo.

Kova se quedó con la cara de piedra. Ambos sabíamos que no había ninguna razón legítima para que estuviera aquí, y esperaba que no intentara poner una excusa. Kova no dio nada. Su respiración era constante y mantenía la calma bajo presión. La

situación era jodida, e incluso yo sabía que no había nada que pudiera decir para sacarnos de esto. Nos habían atrapado a los dos con las manos en la masa.

—¿Tienes una respuesta para mí? —preguntó papá. Se quitó la chaqueta azul marino y la dobló sobre una de las sillas de respaldo alto.

Los ojos de Kova se dirigieron a los míos y la tensión creció a un nivel cada vez mayor. Su nuez de Adán se balanceó.

—No. No mires a mi hija —dijo mi padre despreocupadamente, como si le invitara a comer. Se quitó las mangas y se las subió—. *Te he* hecho una pregunta y espero que me respondas.

Kova levantó las manos.

—Frank...

—Sabes cómo se ve esto, ¿verdad? Un hombre, al que le confié mi hija adolescente, mi hija enferma, para que la cuidara está en su condominio. Los dos llevan unos putos retales de ropa, por no hablar que eso es un puto tatuaje con la letra de su nombre. —Su mandíbula se flexionó y creí que le iba a estallar un vaso sanguíneo en los ojos—. Así que, dime, ¿qué carajo estás haciendo en mi condominio con mi puta hija?

Se me cayó el estómago. Sus maldiciones no fueron lo que me inmovilizaron, fueron sus palabras pronunciadas con tanto asco las que me asustaron.

—¿Eres un maldito pervertido enfermo que se aprovecha de las chicas jóvenes?

Se me cayó la mandíbula.

—Papá...

Papá me señaló con un dedo.

—Cierra tu maldita boca, Adrianna. No hay nada que puedas decir que te ayude a salir de esto. He visto todo lo que necesitaba. Ve a empacar tu ropa. Sea lo que sea esto, termina aquí.

Se me saltaron las lágrimas.

—No —jadeé.

—Frank, por favor…

—No puedes hablar en serio —dije, casi sin poder respirar. Tenía el corazón en la garganta—. Solo déjame explicarte. No es lo que parece, lo juro.

Papá bajó la voz y sus ojos se estrecharon hasta convertirse en rendijas.

—¿Parece que estoy bromeando? No estoy jugando contigo.

Me acerqué un paso, pero también mantuve una distancia decente. Podía sentir el calor y la rabia que lo rodeaba, y me asustó.

—Papá, no es lo que piensas. Realmente no lo es. —Traté de pensar en una mentira que él creyera—. No me sentía bien. Me enfermé y él me estaba ayudando.

Se le escapó un resoplido socarrón.

—Joy tenía razón. Todo este tiempo tuvo razón sobre ti y tu entrenador, y yo lo negué. Me enseñó una foto de ustedes y la rechacé, diciendo que la había retocado por su propio motivo. Supuse que le daría el beneficio de la duda y me presentaría para que me explicara, pero entonces me encuentro con esto… —Miró a Kova con repugnancia y luego volvió a mirarme—. Te defendí. Pensé que eras más inteligente que esto. Creía que eras mejor. —Se burló en voz baja—. Qué maldito tonto fui.

Se me cayó la cara. Parpadeé y papá estaba de pie frente a mí. Salté hacia atrás, pero me agarró con fuerza y tiró. El dolor me atravesó el hombro y grité.

—¡Ay, me estás haciendo daño! —grité y traté de alejarme.

A papá se le salieron los ojos de las órbitas.

—¡Esto es lo que te pones con tu entrenador! Haz lo que te digo y coge tus cosas ahora, Adrianna, o lo perderé, joder. —Hizo una pausa—. Ahora.

Kova intervino.

—No necesitas herirla por mi culpa. Déjala ir.

La cabeza de papá giró hacia Kova. Su mirada era mortal.

—No me digas lo que tengo que hacer con *mi* hija, maldito enfermo. Te pedí que la cuidaras y la protegieras. ¿Y así es como lo haces? Quítate de mi vista, pedazo de mierda asquerosa. —Hizo una pausa, su cara se ponía más roja a cada segundo, su agarre se hacía más fuerte—. ¡Confié en ti! Voy a llamar a la policía, quiero que te metan en la cárcel.

—¡No! ¡Papá, no! —Volví a tirar, pero fue un error porque solo me sacudió más fuerte. Un suspiro brotó de mí. Algo se retorció en mi brazo y me hizo flaquear las rodillas. El dolor me hizo perder el aliento y casi me caigo al suelo.

Kova levantó tranquilamente las manos en señal de rendición. Mis ojos se abrieron de par en par ante las pruebas de su puño blanco. El aire se me atascó en la garganta. Había olvidado que las tenía en la mano. Si existiera Dios, vendería mi alma para que papá no viera lo que tenía entre sus manos. Solo agravaría las cosas y las empeoraría.

—Frank, por favor no le hagas esto. Me iré.

Papá se volvió hacia Kova con fuego en los ojos.

—¿Esto es por lo que he estado pagando? ¿Para qué te folles a mi hija? —Luego se volvió hacia mí.— Joy tenía razón. No tenía ni idea que fueras tan puta.

Sacó su teléfono con la otra mano y lo abrió. Necesitaba mantener su atención en mí y alejada de Kova ahora.

Kova se acercó un paso más.

—Da otro paso hacia mí, Konstantin, y no dudaré.

Se me hizo un nudo en el estómago. No quería que papá intentara golpear a Kova porque, por mucho que quisiera a mi padre, Kova era mucho más grande y fuerte y me preocupaba que un golpe lo dejara fuera de combate.

—¡Papá! ¡Para! Aquí no pasa nada. ¿Por qué no me crees? —grité, pero él tiró de mi brazo con tanta fuerza y en alto que me obligó a ponerme de puntillas. Me lo retorció por detrás de la cabeza y un grito brotó de mi garganta. Había tenido la suerte de no haberme roto nunca un hueso, pero a juzgar por la agonía que me dejó sin aliento, diría que estaba fracturado o dislocado.

—He terminado con tus mentiras, Adrianna —dijo papá.

Kova me miró. Ya no vi las pruebas en su mano, debió de embolsárselas. Estaba blanco como un fantasma, pero irritado y rebosante del impulso de protegerme. Nunca lo había visto como ahora, dividido entre intentar hacer lo correcto y tratar de no empeorar las cosas. Se resistía a intervenir con la razón, se equivocaba, los dos nos equivocábamos, pero tampoco podía soportar verme con tanto dolor.

—Mi brazo, por favor, suéltalo —dije sin aliento, las lágrimas volvían a correr por mi cara—. Me duele.

Tragando, Kova levantó la voz.

—No llames a la policía. Me alejaré de todo. Venderé mi gimnasio, volveré a Rusia si es necesario. Nunca me verás de nuevo, pero esto no es su culpa. No arruines su carrera por mi culpa. Solo déjala ir y me iré.

Los dedos de papá se clavaron en mi piel, y mis propios dedos se entumecieron por su fuerte sujeción.

Papá ignoró a Kova mientras pulsaba erráticamente los botones de su teléfono. Lo observé, tratando de ver a quién llamaba. El corazón se me iba a salir del pecho. Me sorprendió que llamara a la policía porque eso afectaría al nombre de Rossi y a la reputación de Kova.

Eché una rápida mirada a Kova, luego me giré hacia la parte delantera de mi padre y le empujé el pecho con la mano libre, empujando tan fuerte como pude. Mis fuerzas eran débiles, pero no podía dejar que esto sucediera. Tenía que detenerlo.

Solo que no presioné lo suficiente.

Los ojos de papá se encendieron, una negrura se apoderó de ellos. No lo reconocí. Mi estómago se apretó de miedo. Reaccionó, retorciendo mi brazo con tanta fuerza que sentí otro estallido. Los ojos de Kova se abrieron de par en par y se apresuró a agarrarme. Un grito salió de mi garganta y mi padre finalmente me soltó. El dolor me dejó sin aliento y me apreté el brazo contra el pecho, cerrando los ojos en señal de agonía mientras caía sobre Kova.

—Adrianna —dijo Kova. El tono de su voz me alarmó.

Abrí los ojos y vi que mi padre estaba a punto de pulsar el icono del teléfono. Me levanté, me abalancé con mi mano buena y le aparté el teléfono de un manotazo. Cayó al suelo y la pantalla se rompió.

El alivio me recorrió, pero no por mucho tiempo.

El dorso de su mano voló hacia mi cara.

Mi cabeza se desvió hacia un lado y salí volando, mi cuerpo se estrelló contra el suelo con un golpe tan fuerte que mi cabeza se estrelló contra él. Kova se agachó inmediatamente y trató de ayudarme, pero papá lo apartó de mí.

—¡No te atrevas a tocar a mi hija! —rugió.

Sosteniendo mi mejilla, abrí los ojos justo cuando Kova se levantó, pero eso fue todo lo que papá necesitó. En un arrebato de rabia, se abalanzó sobre Kova con el puño en alto. Kova se agachó y se apartó rápidamente, pero sorprendentemente no tomó represalias. Miré hacia abajo y vi que tenía las manos cerradas en un puño y que los nudillos le apretaban la piel.

—¡Tócala de nuevo y te arrancaré la cabeza del cuello!

—Le diré a la policía que me has pegado —dije con voz ronca, tratando de detener la pelea. Parpadeé, tratando de aclarar mi visión borrosa. No creo que pueda hacerle eso, pero necesitaba una distracción. Me dolía el estómago y me costaba ponerme en pie—. La huella de tu mano seguirá estando en mi cara. Por no hablar que no puedo mover el brazo. Me has atacado. Negaré todo lo que digas sobre nosotros porque no hay nada que admitir.

—Quién iba a decir que te convertirías en una joven manipuladora. ¿Olvidaste que eres menor de edad y tienes cero autoridad aquí? Te vienes a casa conmigo, y Konstantin se va esposado.

Sacudí la cabeza. Intenté levantarme y gemí por la punzada en el brazo. Las lágrimas corrían por mis mejillas y ya sentía el ojo hinchado.

Un puño carnoso aterrizó en la mandíbula de Kova y su cabeza voló hacia un lado, con la sangre brotando de la comisura de los labios. Se levantó rápidamente y dio un paso hacia mi padre, pero se detuvo rápidamente cuando se dio cuenta de lo que iba a hacer.

Su piel estaba enrojecida, húmeda de sudor. Podía sentir la furia de su sangre hirviendo a fuego lento bajo la fina capa. Nunca había visto a Kova tan contenido. Las venas que bajaban por sus brazos sobresalían, y cada vez que cerraba el puño se hinchaban más. Tenía la mandíbula cerrada mientras miraba fijamente a mi padre.

—No me pegarás porque sabes que tengo razón. Eres un maldito pervertido —acusó papá, caminando hacia él. Mi corazón se desaceleró mientras lo observaba—. Pero eso no me detendrá —dijo, y lo golpeó de nuevo.

Kova recibió otro golpe en la cara y mi corazón se rompió por él. Levantó los brazos, bloqueando algunos golpes, y luego le dio a mi padre un fuerte empujón. Papá retrocedió a trompicones y Kova se llevó el dorso de la mano a la boca y se limpió la sangre, dejando una mancha en la mandíbula.

No podía soportar que le pegaran otra vez a Kova. Sabía que se contenía por mí, y quizá porque eran amigos, y sabía que en el fondo se equivocaba, pero no podía soportarlo más. Me estaba matando lentamente.

Levantándome del suelo, corrí hacia delante y me metí entre ellos. Kova vio lo que pretendía y me arrojó a un lado mientras mi padre le asestaba otro golpe a Kova. Me golpeé contra el suelo con tanta fuerza que mi visión cambió a doble.

—Para —grité y me volví a levantar.

Kova vio, sus ojos frenéticos de par en par mientras yo me levantaba.

—¡Para, Adrianna! —me ordenó, pero no pude.

Papá estaba en una furia ciega y tuve que separarlos antes que pasara algo peor.

—Papá, por favor, para —dije y me agarré a su bíceps.

Se echó hacia atrás sin mirar y me empujó con tal fuerza que tropecé con los pies. Me quedé sin aliento cuando me golpeé contra la mesa de centro de madera y mi cabeza se estrelló contra la esquina del sofá. Todo se volvió negro durante una fracción de segundo, mientras las estrellas bailaban en mi visión, y me derrumbé en el suelo.

De repente me sentí demasiado débil. Mi cuerpo estaba cediendo.

Intenté empujar hacia arriba, pero me costaba encontrar siquiera un gramo de energía. Escuché a Kova gritar algo, y luego, un sonido crujiente.

Tuve que volver a levantarme.

Estaba tan desorientada que no podía saber de quién era la sangre del puño de mi padre, y estaba segura que mi brazo estaba fracturado. Aspiré un aliento estrangulado y traté de levantarme, acunando mi vientre. Un dolor agudo me laceró el estómago. Solté un grito ahogado, sintiendo que iba a vomitar. Algo cálido se deslizó

por mis muslos, pero estaba demasiado desequilibrada y volví a caer al suelo.

—¡Por favor! Dejen de hacerse daño —grité, y conseguí ponerme en pie con las piernas tambaleantes. Tenía miedo de caminar.

Miré hacia arriba. Papá estaba de espaldas a mí mientras lanzaba golpes a Kova, que seguía bloqueándolos. Di unos pasos para alcanzarlo, esperando que se detuviera al verme.

No sé quién me empujó, pero mi intento de separarlos fue frustrado. En un abrir y cerrar de ojos, estaba volando de nuevo por la habitación, esta vez por encima del sofá y sobre la mesa de centro de madera.

Mi cabeza se echó hacia atrás y se estrelló contra la madera con un crujido. Me deslicé por la mesa, llevándome la decoración. Los cristales se hicieron añicos bajo mi cuerpo mientras me desplomaba en el suelo. La cabeza empezó a latirme con fuerza y sentí un líquido caliente y pegajoso a mi alrededor.

Esta vez no pude moverme.

Esta vez, no me levantaría.

La frialdad se filtró en mí y un sabor metálico me llenó la boca. Me pregunté si me había mordido el labio al caer.

Intenté respirar, pero me estremecí y grité de dolor agudo y punzante. Me salió una tos que me hizo doler las costillas. Gemí y las lágrimas cayeron de mis ojos. Me esforcé por volver a aspirar una bocanada de aire sin sentir que me asfixiaba.

Podía oír cómo se peleaban y traté de levantarme por última vez, para caer de nuevo al suelo.

—Está embarazada. —Oí decir a Kova.

—¡Embarazada! ¿Qué quieres decir con embarazada?

—Adrianna. —Oí mi nombre en la distancia.

—¡Abre los ojos!

—¡Está sangrando!

—¡Ana! Abre los ojos.

—Llama a una ambulancia. Rápido.

—¡Qué has hecho!

No podía mover los labios para responder. No podía levantarme para evitar que se mataran.

Mi visión era irregular. Intenté parpadear varias veces, tratando de mantenerme despierta y luchar contra la fatiga que se apoderaba de mí. Solo quería dormirme.

Dormir parecía una buena idea.

—*¡Malysh!* ¡Quédate conmigo!

No pude.

Lo único que pude hacer fue quedarme allí tumbada en agonía, con mi cuerpo roto temblando en un cálido charco de sangre mientras mis ojos se cerraban y la oscuridad me consumía.

Continuara una última vez...